CRÓNICAS OBRERAS DE RAMIRO REIG

Edición y presentación de
Pere J. Beneyto

Fundación de Estudios e Iniciativas Sociolaborales
CCOO PV

Col·lecció Memòria Obrera. Sèrie Major

Publica
FEIS (Fundación de Estudios e Iniciativas Sociolaborales CCOO PV)

Editor
Pere J. Beneyto

Coordinación editorial
Alberto Gómez Roda

Diseño
Antoni Domènech

Impresión
LAIMPRENTA CG
www.laimprentacg.com

© de los textos y las imágenes: los autores
© de esta edición: FEIS

ISBN: 978-84-942328-1-7
Dep. Legal: V-2898-2018

Créditos fotográficos

Construcción del buque "Río Calinsgata" en la grada de los astilleros de Unión Naval de Levante en el puerto de Valencia, 1971. Archivo Histórico José Luis Borbolla de CCOOPV (Fondo Unión Naval de Levante). Pág. 33.

Vista aérea del Puerto de Sagunto en la década de 1920. Fundació de la CV de Patrimoni Industrial. Port de Sagunt. Pág. 165.

Trabajadores de la empresa Miró Reig en huelga. Fotografía de Paco Grau. Ajuntament d'Alcoi. Arxiu Municipal. Pág. 321.

Manifestación del 1º de Mayo de 2007 en Valencia. Colección fotográfica de la Secretaria de Migracions de CCOOPV. Pág. 421.

Dobladoras en una fábrica textil alcoyana en la década de 1950. Colección Ricardo Canalejas. Alcoi. Pág. 437.

Fundación de Estudios e Iniciativas Sociolaborales
Calle Serranos, 13. 46003 Valencia
feis@pv.ccoo.es - www.feis.es

ÍNDICE

Presentación 7

1. Los grandes relatos

El sindicalismo y la cuestión social. Una reflexión histórica 35

Historia del sindicalismo español: Desde sus orígenes hasta la conquista de la democracia actual 55

Republicanos, socialistas y sindicalistas ante los cambios del sistema productivo a principio del siglo xx 92

Los conflictos sociales durante la II República 103

Años de autarquía, estraperlo y hambre 123

El moviment obrer al País Valencià sota el franquisme 127

Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975) 136

2. Episodios de una historia admirable

La formació històrica de la classe obrera. El cas de la ciutat de València (1875-1939) 167

Blasquismo y movimiento obrero en la Valencia de 1900. Cara y cruz de una relación compleja 189

Las novelas sociales de Vicente Blasco Ibáñez 199

El 'Novecento' valencià. La lluita més heroica: la vaga dels blanquers 207

La tradició cultural obrera a les primeries del segle xx 228

Alcoy, cuna de la industria y del movimiento obrero 234

Recuérdalo tú y cuéntaselo a otros. Las relaciones laborales en Altos Hornos de Sagunto 237

Cómo se construye un sindicato 251

Retablo de las maravillas sindicales 261

La jornada de lucha del día 12 271

El compromís en la lluita dels cristians progressistes 275

La crisi orgànica del moviment obrer (balanç de tres anys de legalitat) 291
Lugares de la memoria 306
Tal como éramos 313
Obrers i estudiants, units en la lluita 317
Enterarse de la película 319

3. Materiales para el debate
Los agentes económicos y sociales en la Comunidad Valenciana 323
Discurs capitalista i pràctica sindical 349
¿Qué hace una chica como tú en un lugar como este? 377
El cuento de la buena pipa (real como la vida misma) 379
Los abogados del Seguro 382
La soledad del sindicalista de fondo 384
¿Crisis de la conciencia obrera? 385
Nos juzgarán los parados 388
La opinión de un premio Nobel 391
Matar a un ruiseñor 394
Mi deuda con el Valencia 396
La cultura de Ford 399
La crisis del Estado de Bienestar 402
Los chicos del coro 419

4. Una reflexión de futuro
Lo que queda por hacer 423

5. Bibliografia 439

Ramiro Reig, un intelectual comprometido con la clase obrera

Pere J. Beneyto
Universitat de València - Presidente de la FEIS

Entre los numerosos obituarios publicados tras la muerte de Ramiro Reig (Valencia, 19 de mayo de 2018), en los que, desde perspectivas diferentes, se glosaba tanto su trayectoria humana, formación académica y religiosa, como su militancia sindical y política, actividad laboral, docente e investigadora, libros y publicaciones, etc.,[1] había siempre una referencia común a su temprano compromiso social, la opción preferencial por los pobres y la defensa de los trabajadores, lo que habría operado como eje vertebrador de su vida y obra.

[1] Miquel Alberola (El País): *Ramiro Reig, el jesuita que bajó a las fábricas para cambiar el mundo* https://elpais.com/politica/2018/05/21/actualidad/1526910415_013288.html; Joan Sifre (CCOO PV): *Ramiro Reig: militancia comprometida, rigor y capacidad crítica, humanismo y servicio*http://pv.blogs.ccoo.es/cms.php?cd_cms_conte=296006&cd_cms_pag=11349&cd_cms_elcon_from=10253&cd_cms_elconmaster_to=61&BLOG=206. Joan Sifre (Revista Cresol): *Ramiro Reig, una llarga vida de compromís militant* http://www.revistacresol.es/145/vida-de-compromis-militant,-per-j.-sifre.html. Alberto Guerrero (Info-SJ): *Semblanza del P. Ramiro Reig Armero, SJ* https://infosj.es/semblanzas/13974-semblanza-del-p-ramiro-reig-armero-sj. E. Serón (Revista Cresol): *Muere el padre Ramiro Reig Armero* http://www.revistacresol.es/145/ramiro-reig-armero,-por-e.-seron.html. Pere J. Beneyto (Levante-EMV): *Ramiro Reig, In memoriam* https://www.levante-emv.com/economia/2018/05/22/ramiro-reig-in-memoriam/1721022.html. Pere J. Beneyto (CCOO PV): *Adéu a Ramiro Reig: un dels nostres* http://www.pv.ccoo.es/noticia:296008--Adeu_a_Ramiro_Reig_un_dels_nostres. Gustau Muñoz (El Diario): *Ramir Reig, In memoriam* https://www.eldiario.es/cv/opinion/Ramir-Reig-in-memoriam_6_773832616.html. Alejandro Mañes (Levante-EMV): *Con Ramiro Reig en Gandia* https://www.levante-emv.com/opinion/2018/05/24/ramiro-reig-gandia/1722047.html. Adolf Beltrán (El Diario): *Ramiro Reig: estudioso del movimiento obrero* https://www.eldiario.es/cv/Ramiro_Reig-necrologica_0_773422956.html. Salvador Catalá (Levante-EMV): *Ramiro Reig: un cura rojo* https://www.levante-emv.com/costera/2018/06/16/breve-semblanza-ramiro-reig-cura/1732674.html. Violeta Tena (El Temps): *Adéu a Ramir Reig, el jesuïta proletari* https://www.eltemps.cat/article/4212/adeu-a-ramir-reig-el-jesuita-proletari. Xavier Ribera (Levante-EMV): *Dos vidas, dos destinos* https://www.levante-emv.com/opinion/2018/05/27/vidas-destinos/1723319.html. Agustí Garzó (Levante-EMV): *Ramiro Reig: profesor, sacerdote y referente intelectual de la izquierda* https://www.levante-emv.com/economia/2018/05/22/fallece-profesor-historia-economica-ramir/1721021.html. Alfons Cervera (Cartelera Turia, 27-05-18): *Una manera de no decirle adiós a Ramiro Reig*. Javier del Pino y Luis Alegre (Cadena SER): *En memoria de un cura obrero*. http://play.cadenaser.com/audio/cadenaser_avivirquesondosdias_20180610_080000_090000/# (a partir del minuto 26)

Años de formación

Había nacido en Xàtiva, el 8 de abril de 1936, en el seno de una familia de clase media (propietaria de la fábrica de chocolates *Chiquilín* y de una conocida tienda de coloniales) con cierta relevancia social en el ámbito municipal (su abuelo paterno había sido alcalde en 1923 y su padre lo fue también, aunque por un breve periodo, en 1940). Su madre, Teresa Armero, fallecería pocos meses después de dar a luz, cuando ya había estallado la sublevación franquista y el país se desangraba en una terrible guerra civil que habría de marcar la vida (y la muerte) de varias generaciones de españoles.

Tras completar los estudios primarios se trasladó a Valencia para cursar el bachillerato, ingresando en el Colegio San José, el centro jesuita de la avenida Fernando el Católico que el propio Ramiro definiría, muchos años después, como "un contenedor de cachorros de la burguesía, hijos de los vencedores, bien estantes y bien pensantes":

> *Era una maquinaria pedagógica con siglos de experiencia, dirigida a formar a las élites de la sociedad, muy exigente en los estudios y asfixiante en la práctica religiosa. Te pasabas allí de ocho de la mañana a ocho de la noche, soportando interminables horas de estudio (en las que, como en los versos de Machado, contemplabas la lluvia sobre los cristales), continuas evaluaciones y soporíferos sermones. Pero te lo pasabas bien, hacías amigos para toda la vida, había profesores que te marcaban por su buen hacer. El Colegio era nuestro mundo, un mundo relativamente feliz (contando con las tribulaciones de la adolescencia), pero ensimismado y cerrado sobre sí mismo. A solo unos metros de distancia estaban las* escuelitas, *nombre cariñoso y paternalista que se daba a una Escuela Nacional, situada en el mismo solar, que había creado y dirigido un bondadoso y utópico jesuita. Frente a frente, el Colegio, majestuoso e imponente, y las escuelitas, destartaladas y humildes, los ricos y los pobres, los vencedores y los vencidos.*[2]

Durante aquellos años vivió en casa de unas tías de su padre en la calle del Palau, justo enfrente del Palacio Episcopal, donde llegaría a coincidir con su sobrina María Teresa Fernández de la Vega, trece años menor, que con el tiempo formaría parte del gobierno socialista de Rodríguez Zapatero y preside actualmente el Consejo de Estado.

De inteligencia brillante y gran capacidad de trabajo, se adaptó bien a la exigente y competitiva pedagogía jesuítica participando, asimismo, en las agrupaciones y actividades de su peculiar religiosidad nacional-católica. Como miembro de la congregación mariana del colegio, las tardes de domingo iba con sus compañeros y un par de curas a los barrios pobres a hacer apostolado:

[2] Biografía de Rafael Casanova, escrita por Ramiro Reig y publicada en el libro *De la misa al tajo. La experiencia de los curas obreros* (X. Corrales (2008), Valencia: PUV, p. 83). que aporta información sobre escenarios y trayectorias comunes a ambos.

Eran los años del racionamiento y del hambre. En El Cabañal todavía se veían casas destruidas por los bombardeos de la guerra y, por la parte de la Cadena, había muchas chabolas. Nosotros llevábamos un balón, unas películas de Charlot y unos bocadillos de pan blanco que nos habíamos agenciado de las meriendas sobrantes del colegio. Venían más de cien chavales, desharrapados y hambrientos, no precisamente para aprender catecismo, sino para comer algo y pasar la tarde calientes. La verdad es que no volvíamos satisfechos ni con la conciencia tranquila por haber hecho una buena obra, sino desconcertados, sin capacidad para explicarnos aquello que veíamos cada domingo.[3]

Sería esta una imagen recurrente en su memoria y origen remoto de su conciencia social hasta el punto de que, como le oí decir en alguna ocasión, adaptando una famosa cita de Marx, dedicaría gran parte de su vida no solo a explicar aquella realidad injusta sino a trabajar para cambiarla, convencido de que "el mundo se transforma desde abajo, en la lucha por la justicia".[4]

Concluido el bachillerato se inscribió, por consejo paterno, en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, donde permaneció solo un curso, durante el que perfiló su vocación religiosa mientras frecuentaba más el teatro y la nueva poesía que las aulas y sus viejos códigos, según recordaría años más tarde:

Todos llevábamos bajo el brazo los Hijos de la ira *y Madrid era "un cementerio con un millón de cadáveres" y no lo que habíamos creído. Los nietos del 98 éramos esos hijos iracundos. Comenzaba el "redoble de conciencia", como dijo Blas de Otero.*[5]

Al año siguiente ingresó en el seminario que la Compañía de Jesús tenía en Raimat (Lérida), donde permanecería entre 1954 y 1958 para hacer dos años de noviciado y otros dos de "juniorado" (humanidades), pasando luego al monasterio de Veruela (Zaragoza), donde siguió estudios de letras, lenguas clásicas y literatura, que ampliaría posteriormente con los de filosofía en la facultad de Sant Cugat (Barcelona, 1959-1962), magisterio en Valencia (1962-1965) y teología en la universidad austríaca de Innsbruck (1965-1968), en la fase final del Concilio Vaticano II, cuyos debates y resoluciones contribuyeron decisivamente a la transformación de muchos clérigos jóvenes que, procedentes como él de familias del régimen, iniciarían desde entonces un acelerado proceso de cambio:

[3] *De la misa al tajo…, op. cit*., p. 84.

[4] Declaraciones al diario *El País*, 23 de junio de 2002.

[5] *Memoria de ingreso a la Escuela Oficial de Periodismo de Barcelona,* Sant Cugat, copia mecanografiada, 1969, p. 5.

Fueron los mejores años de nuestra vida, por decirlo con un título cinematográfico, los años de Kennedy, Kruschev, Juan XXIII y el concilio. Recordando otra época de grandes esperanzas, Samuelson escribió: "fue una gozada ser economista durante el New-Deal". Pues lo mismo. Fue maravilloso ser estudiante de Teología durante el Concilio, una experiencia única que difícilmente volverá a repetirse […] *a partir de ahí todo cambió, cayeron las murallas que separaban la Iglesia del mundo, se dinamitaron siglos de prejuicios. La Iglesia se definía como compañera de los hombres y mujeres que luchaban por un mundo más justo. El impacto del Concilio en España fue tremendo ya que suponía el fin del nacionalcatolicismo y el distanciamiento del franquismo. Y fue muy fuerte también en la Compañía, que presumía de ser la fuerza de choque de la Iglesia y se convirtió en portaestandarte de las reformas conciliares, experimentando una profunda radicalización hacia la izquierda a partir de la elección, en 1965, del padre Arrupe como superior general.*[6]

Completada su larga etapa de formación, se ordenó sacerdote el 28 de junio de 1968, con treinta y dos años cumplidos, siendo destinado a Zaragoza, donde empezó a trabajar en la revista *Hechos y Dichos,* editada por la Compañía, en la que publicaría regularmente artículos de información política y social (mientras convalidaba su título de periodismo en la Escuela Oficial de Barcelona), por alguno de los cuales le fue impuesta la correspondiente multa gubernativa, y en los que daba ya muestras de su amplia cultura (parecía haberlo leído todo… y, además, en seis idiomas!), capacidad de análisis y habilidad polémica.

Trabajo y sindicalismo

De vuelta a Valencia, a mediados de 1969, comenzó a dar clases de literatura y formación humanística a los alumnos de Maestría Industrial y Oficialía de las Escuelas Profesionales San José de la Pista de Ademuz, creadas en 1945 por la Compañía y que tuvieron luego un papel importante en la provisión de mano de obra cualificada para la renovación industrial de los años sesenta y en la configuración de una nueva clase obrera:

En las Escuelas había una dinámica, casi una mística, de formar líderes obreros. Para nosotros las clases tenían sentido, no solo para dar a los chavales formación profesional, sino para formar a gente que después, dentro del movimiento obrero, tuviera una actuación destacada […] *Por aquellos años, en las Escuelas funcionaban dos equipos, de unos seis o siete jóvenes cada uno, de lo que llamábamos 'Vanguardias Obreras Juveniles' (VOJ), Alberto Guerrero llevaba uno y yo otro, que representaban un paso*

[6] Ramiro Reig, en *De la misa al tajo…, op. cit*., p. 88.

más allá de las JOC (Juventud Obrera Católica), muy centradas en la mística de la honradez y el compromiso personal […], *mientras que las VOJ tenían un carácter más político, de compromiso colectivo.*[7]

Fue a finales de aquel año cuando, tras participar en el entierro de dos jóvenes de las VOJ y un profesor de las Escuelas fallecidos en accidente, tendría el primer contacto con gente de Comisiones Obreras a través de su amigo Rafa Casanova, jesuita que trabajaba entonces en una contrata de Astilleros y formaba parte, junto a Joan Jaume y Joan Lluís Clausell, del primer grupo de *curas obreros* de Valencia, que trataban de reproducir aquí el movimiento de *prêtres ouvriers* que, tras una prohibición inicial se estaba desarrollando en Francia coincidiendo con la renovación conciliar y las grandes luchas sociales de los años sesenta.[8]

La situación en nuestro país era considerablemente más difícil, tanto en términos estructurales (treinta años de dictadura y complicidad eclesial, débil desarrollo económico y grandes diferencias sociales) como coyunturales, pues ante los primeros síntomas de recuperación del movimiento obrero entre los años 1962-1967, el régimen había reforzado sus leyes y prácticas represivas,[9] con la declaración por el Tribunal Supremo (octubre de 1968) de las Comisiones Obreras como "subversivas", lo que incrementaba las condenas imputables a los acusados de pertenecer a las mismas, como los 36 que fueron detenidos en Valencia al mes siguiente (sumario 275/1969 del TOP), entre los que se encontraban los principales líderes obreros (Salvador Boïls, César Llorca, Rafael Castellote y Miguel Lluch, entre otros) junto a dirigentes comunistas (Antonio Palomares, Eduardo Alcázar) y algunos nacionalistas (Vicent Ventura, Enric Tàrrega).[10]

La dureza del golpe retrasaría el proceso de reconstrucción de las redes y actividades del movimiento en las que, con su habitual humildad, no exenta de toques humorísticos, Ramiro recordaba que sus primeras funciones fueron de carácter logístico:

[7] Ibídem, pp. 48-49.

[8] Respecto de los orígenes y desarrollo del movimiento de curas obreros en Francia puede consultarse el texto fundacional de H. Godin e Y. Daniel (1943), *La France pays de mission?,* Lyon: Éditions de l'Abeille; y la historia global del mismo de E. Poulat (1999), *Les prêtres-ouvriers. Naissance et fin,* París: Le Cerf.

Para el caso español: S. Juliá (1988), "Obreros y sacerdotes: cultura democrática y movimientos sociales de oposición", en J. Tusell *et al*., *La oposición al régimen de Franco*, Madrid: UNED, pp. 147-159; J. Pérez Pinillos (2004), *Los curas obreros en España (1963-2003)*, Madrid: Nueva Utopía; E. Berzal (2007), "Católicos en la lucha antifranquista. Militancia sindical y política", *Historia del presente,* 10: 7-23; J. Centeno *et al.* (2009), *Curas obreros: cuarenta y cinco años de testimonio (1963-2008)*, Madrid: Herder Editorial.

[9] Véase, entre otros, J. P. Fusi (1986), "La reaparición de la conflictividad en la España de los sesenta", en J. Fontana (ed.), *España bajo el franquismo,* Barcelona: Crítica, pp. 160-169; D. Ruiz (ed.) (1993), *Historia de Comisiones Obreras*, Madrid: Siglo XXI; N. Sartorius y J. Alfaya (1999), *La memoria insumisa: sobre la dictadura de Franco*, Madrid: Espasa-Calpe; A. Cazorla (2016), *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo (1939-1975)*, Madrid: Alianza Editorial.

[10] J. A. Gómez Roda (2004), *Comisiones Obreras y represión franquista en Valencia 1958-1972*, Valencia: PUV, pp. 141-147; P. J. Beneyto *et al*. (1991). *CCOO. Ara que fa vint-i-cinc anys*, Valencia: L'Eixam-FEIS.

> *La cosa vino porque los de Comisiones necesitaban algunas veces reunirse clandestinamente o imprimir unos panfletos y yo tenía posibilidades de ayudarles, al estar en el colegio, pues podía fácilmente camuflar una reunión, tirar un panfleto en el ciclostil de la secretaría* […] *Venía a verme César Llorca para darme las gracias por la ayuda que les prestaba y aprovechaba para explicarme la estrategia del PCE, lo del Pacto para la Libertad* […] *Luego, para completar la catequesis, se dejaba caer de vez en cuando* Angelón *(Ángel García Aparicio), venía siempre con el* Triunfo *bajo el brazo y me comentaba el artículo de Miret Magdalena.*[11]

A mediados de 1970 se había conseguido articular de nuevo la *Comisión Intersectorial*, con objeto de coordinar los diferentes núcleos de comisiones obreras existentes (metal, construcción, madera, banca…) y se trabajaba en desarrollar una *Interprofesional* que facilitase la convergencia del movimiento sindical con las propuestas y protestas emergentes de otros grupos ciudadanos (abogados, intelectuales, universitarios…). Fue en ese contexto de convergencia entre lucha sindical y democrática cuando se produjo la *caída* del 25 de octubre de 1970 en la que fue detenido Ramiro junto a otros 16 sindicalistas:

> *Entonces vino el Proceso de Burgos* […]*, en octubre del año setenta. Se montaron toda una serie de movilizaciones y me pidieron un local para hacer una reunión* […] *de las fuerzas del trabajo y la cultura contra la represión* […] *Y organicé la reunión, clandestina naturalmente, en el colegio, a la que asistieron unas 60 o 70 personas. Coincidió también que les había buscado otro local, el mismo día y a la misma hora para hablar del convenio del Metal en las Escuelas Profesionales* […] *La policía había oído rumores de aquello y se puso en el puente de Ademuz, y cuando salieron los del metal detuvieron a dos o tres, pero otros se les escabulleron, aunque los cogieron esa misma noche. Entonces, claro, nos dieron el aviso a los que estábamos en lo de Burgos y a los más comprometidos, que eran Llorca, Boïls y otros, los sacamos por una puerta trasera. Los demás salimos y no nos quisieron detener. Pero luego empezó la redada y, el lunes por la noche, vinieron a por Rafa Casanova y a por mí.*[12]

[11] Entrevista a Ramiro Reig en D. Sánchez-Durá y J. A. Gómez Roda (2009), *Tres generaciones de antifranquistas en el País Valenciano*, Valencia: FEIS, p. 266.

[12] Ramiro Reig, en *De la misa al tajo…, op. cit*., p. 50.

El proceso instruido en el Tribunal de Orden Público contra los detenidos (sumario 981/1970) se inició con una petición fiscal total de 144 años de cárcel y 280.000 pesetas de multa, por los delitos de asociación ilícita y propaganda ilegal[13] que, tras cuatro años de tramitación, quedó limitada a "solo" 9 años y diez meses de prisión para cinco procesados, que finalmente no se aplicaron, gracias a la intervención de un excelente equipo de abogados (García Esteve, Del Hierro, Albiñana, Ruiz Mendoza, Ríos Mingarro, Montés…) y a las protestas sociales que anunciaban el próximo fin de la dictadura.

Pero, mientras tanto, todos cumplieron dos meses de prisión preventiva en la cárcel provincial de la avenida del Cid, salvo Ramiro y Casanova que, en aplicación del Concordato, fueron recluidos durante el mismo periodo en el propio Colegio jesuita:

> *Cuando nos llevaron del juzgado al Colegio nos metieron en un furgón esposados y acompañados de varios* "grises" *con fusil, como mandan las ordenanzas. En el patio de entrada del Colegio nos estaba esperando mucha gente, amigos que se habían enterado, y, claro, nuestra aparición fue un espectáculo bastante impactante. Esposados y encuadrados por policías armados, como en las fotos esas de mafiosos, debíamos parecer unos peligrosos criminales. Los* "grises", *según decía uno de ellos, tenían orden de* "depositarnos" *en el interior del Colegio, pero el Rector les mandó, así, un poco en plan chulo, que nos quitaran inmediatamente las esposas y que se marcharan* […] *Nos concedieron la libertad provisional la noche de navidad* […] *Lo recuerdo porque fuimos a las Escuelas Profesionales, a la Misa del Gallo, donde se habían reunido muchos amigos, y al terminar lo celebramos con brindis, abrazos, cantos* […], *fue una gozada! Después nos reincorporamos a la vida política y sindical con bastante naturalidad, casi diría que con más ganas.*[14]

[13] En sus conclusiones provisionales el fiscal del TOP hacía constar, con ínfulas procesales y prosa pedregosa, *que "el procesado Ramiro Reig Armero, sacerdote jesuita, buena conducta y sin antecedentes penales* […], *a sabiendas de la finalidad perseguida y conociendo el carácter clandestino y subversivo de Comisiones Obreras, a requerimiento de alguno de sus miembros, al parecer sin contar con la debida autorización de sus superiores, facilitó a dicha agrupación ilegal locales en el Colegio y Escuelas Profesionales de San José de Valencia, de la Compañía de Jesús, asimismo consiguió el local del Instituto Social de la Mujer, en todos ellos las Comisiones Obreras celebraron las reuniones que se han detallado e incluso en alguna de ellas intervino dicho procesado juntamente con el también sujeto a este procedimiento Rafael Casanova Colomer, sacerdote miembro de la Compañía de Jesús. Además de la intervención que queda narrada el procesado Reig en la multicopista propiedad de los Jesuitas, conociendo el contenido, en varias ocasiones ayudado por uno de los procesados ciclostiló 300 ejemplares sobre "Informe sobre Comisiones Obreras", ejemplares del Boletín de Comisiones Obreras "Libertad", 1.000 ejemplares sobre los sucesos de Granada (*), que una vez impresos entregaba a los procesados para su posterior reparto. En registro domiciliario, además de publicaciones subversivas, le fueron encontrados clichés par la impresión* […] *que recibía del procesado García Aparicio".*

(*) Se refiere al asesinato por la policía franquista de tres trabajadores (Antonio Ibáñez, Manuel Sánchez y Antonio Huerta), durante la manifestación en la que participaban, el 21 de julio de 1970, con motivo de la huelga de la construcción que se mantenía desde hacía varios días. *(Nota del Editor)*

[14] Entrevista a Ramiro Reig en D. Sánchez-Durá y J. A. Gómez Roda, *op. cit.*, pp. 271-272.

Volvió primero a sus clases en la Escuela Profesional y terminado el curso 1970-71 empezó a buscar trabajo, entrando pronto en una fábrica metalúrgica de la calle Sagunto (Lámparas Fortea), e incorporándose al movimiento de Misión Obrera que por aquellas fechas trataba de coordinarse en Valencia y en el que, a lo largo de la década de los setenta, participarían más de 40 curas proletarizados (una tercera parte de los cuales fueron jesuitas):

> *En setembre del 71 hom celebra la primera reunió de 'Misión Obrera', en el Col·legi de Godella, a la qual assisteixen més d'un centenar de persones de les distintes comunitats cristianes de barris* […] *que venien essent una realitat des de finals dels 60, agrupades en els petits nuclis de les parròquies punta o entorn de grups de religiosos o religioses que treballen manualment en fàbriques i viuen, fora del convent, en un pati de veïnatge d'Orriols, el Cabanyal o Benicalap* […] *La plataforma de 'Misión Obrera' serveix per a donar cohesió a tots aqueixos esforços isolats. Cohesió a nivell organitzatiu, de tal manera que hom puga donar respostes conjuntes (de l'estil d'assemblees en esglésies amb motiu d'alguna de les morts d'obrers a mans de la policia, homilies de protesta, denúncies, etc.) i cohesió a nivell ideològic de forma que hom vaja donant suport a l'avanç de cada grup amb un teologia o interpretació cristiana adequada.*[15]

Al tiempo que reafirmaba su compromiso con el cristianismo progresista, se incorporaba a la fábrica y pasaba a vivir en el barrio, proseguía su actividad en Comisiones Obreras e iniciaba también su militancia en el Partido Comunista (a través de su amigo y prestigioso abogado José Antonio Noguera), concentrando en muy pocos meses opciones que habrían de marcar el resto de su vida y a las que, en el fondo, permanecería siempre fiel, pese a las críticas y descalificaciones cruzadas que recibiría de los sectores más reaccionarios de uno y otro ámbito.

> *Ponerse a* trabajar *como obrero de fábrica era entonces un planteamiento bastante radical desde el punto de vista eclesiástico. Porque nosotros no queríamos meternos en las fábricas para convertir a la gente, o cosas así, sino para ser uno más, para unirnos a la clase trabajadora y participar en su lucha* […] *Nosotros queríamos pasar como uno más, lo cual no era tan fácil* […] *Para entrar a trabajar lo primero que te pedían era el carnet de identidad donde entonces aparecía la profesión. Yo tuve que* "perder" *el mío en el que ponía sacerdote y conseguí que en el nuevo pusiera empleado, dependiente o algo así, no recuerdo* […] *Pero era inevitable que te notaran algo raro, en el lenguaje, en la torpeza en el trabajo, hasta en el almuerzo, donde todos sacaban suculentos y grasientos bocadillos preparados por la mujer y yo siempre abría una lata* […] *Pero más bien pronto que tarde había que darse a conocer, porque un militante que lleva un año en la fábrica y nadie se ha enterado, pues no es un*

[15] R. Reig i J. Picó (1978), *Feixistes, rojos i capellans*, Mallorca: Editorial Moll, p. 257.

militante, qué quieres que te diga […] *Así es que, o te descubrían ellos o te descubrías tú, pero para eso estabas, ¿no?, para dar la cara.*[16]

Y fue así como, durante los cinco años siguientes, pasó por varios talleres pequeños y medianos (de lámparas, plásticos, pinturas) y, tras ser despedido de dos grandes empresas del sector de la madera (Vilarrasa y Micó Estellés) por sendos "chivatazos" sobre su condición sacerdotal y trayectoria subversiva, acabó de pulimentador en Palmero, con una nómina inicial de 6.127 pesetas mensuales. Se trataba de una importante empresa de ebanistería y serrería, situada en la avenida de Gaspar Aguilar de Valencia, que en abril de 1974 tenía una plantilla de 350 trabajadores aproximadamente, entre los que había ya un activo grupo de Comisiones:

Recuerdo que el primer día de trabajo, al llegar a casa por la noche ya estaba Montalbán [Antonio], *que no me conocía, esperándome. En la madera los líderes de CCOO formaban un grupo humano estupendo, nos llevábamos muy bien, no solo entre los del PC sino entre todos* […] *Creo que esto se debió a que practicábamos un sindicalismo poco ideológico, muy pegado al terreno, a los problemas de la gente. Yo aprendí mucho y de la mano de Montalbán, que fue mi maestro, entré a formar parte del núcleo dirigente.*[17]

Con todo, su activismo no se limitaba al ámbito laboral y sindical sino que se extendía, asimismo, a los movimientos cristianos de base, vecinales e, incluso, estudiantiles. En el primer caso, participó como promotor y conferenciante, junto al Padre Llanos, del ciclo desarrollado en las Escuelas como alternativa crítica al VIII Congreso Eucarístico Nacional que, con gran pompa y circunstancia (incluida la asistencia de Franco al aquelarre final en la Alameda) se celebró en Valencia en mayo de 1972.

Por aquellos años era elegido también secretario de la Asociación de Vecinos de Orriols y consiliario del Colegio Mayor CEM, por el que pasaron varias promociones de universitarios progresistas.

Tanta actividad acabó provocando las iras de la autoridad competente (eclesiástica, por supuesto, pero también de la civil) y a principios de 1973 era suspendido *a divinis* (retirada de las licencias sacerdotales) por el obispo auxiliar y vicario general de la diócesis Jesús Plá y al año siguiente le era impuesta *otra multa* de 10.000 pesetas por el gobernador de la misma circunscripción (cuyos apellidos –Oltra Moltó– daban ya pistas de su furor disciplinario), como responsable de una manifestación vecinal realizada el 19 de enero de 1974.

La sanción eclesiástica se basaba en confusas acusaciones de carácter tanto ideológico (su detención y activismo sindical, el marxismo que parecía desprenderse de alguno

[16] Entrevista a Ramiro Reig en D. Sánchez-Durá y J. A. Gómez Roda, *op. cit.*, pp. 268-269.
[17] Ibídem, p. 267.

de sus artículos publicados en la revista *Iglesia Viva*[18]) como litúrgico (celebraciones eucarísticas despojadas de parafernalia y de bodas para gran parte del rojerío local) y pastoral (impulso y participación en las actividades de comunidades cristianas de base), que él impugnó de forma contundente,[19] recibiendo la solidaridad de numerosos colectivos y personalidades públicas (Manuel Broseta, Joaquín Maldonado, Vicente Ruiz Monrabal, Antonio Duato…), lo que obligó finalmente al obispo a retirar una suspensión para la que, en el caso de Ramiro, carecía incluso de jurisdicción, pues esta correspondía a sus superiores jesuitas que siempre mantuvieron una posición correcta:

> *A nosotros la Compañía nos trató bien. Hay que decir que en algún momento, cuando, por ejemplo, se enteraron de que yo estaba en el PC, hubo cartas a Roma de gente que te denuncia, de carcas, pero los superiores siempre me defendieron.*[20]

Mientras seguía trabajando de peón en Palmero impulsó la creación de la Escuela Sindical de Promoción Obrera (ESPO) junto al periodista Jesús Sanz y otros colaboradores, cuyas actividades de formación y coordinación (desde finales de 1974 y hasta su prohibición gubernativa un año después), reforzaron la estrategia de Comisiones para la preparación de las elecciones sindicales a delegados y jurados de empresa que, celebradas entre junio y diciembre de 1975,[21] constituyeron un importante éxito de las Candidaturas Unitarias y Democráticas, precipitando el fin del verticalismo e impulsando las grandes luchas sociales de la transición.

Aquel *invierno caliente* registró una auténtica "galerna de huelgas"[22] que se prolongaría, con algunas oscilaciones, durante los cinco años siguientes, en los que el volumen de conflictividad se multiplicó prácticamente por diez.[23] El ciclo de protesta se

[18] R. Reig (1972), "Hacia la superación de la división entre trabajo manual e intelectual", en *Iglesia Viva,* 41-42: 475-500.

[19] En carta de fecha 17 de abril de 1973 remitida al Obispo Plá afirma que, tras consultar a diferentes teólogos, comunidades cristianas y compañeros jesuitas, *"he decidido volver a ejercer el ministerio sacerdotal en todos aquellos grupos y ocasiones que lo requieran* […] *Me parece recordar que los moralistas clásicos enseñaban que para la validez de un mandato se requería una gravedad proporcionada. Personas de muy diferentes situaciones y mentalidades estiman que aquí no se da esta proporción o que está por demostrar. Hasta que esto no se verifique considero que puedo y debo seguir ejerciendo el sacerdocio en la única forma que me parece válido: en la Iglesia* […] *Puede ud. estar seguro que ni me marcharé ni ejerceré el sacerdocio de una forma marginal, pero también y con la misma firmeza, que no renunciaré a él fácilmente ante actos de autoridad que muchas personas están de acuerdo en calificar sin contenido o improcedentes* […] *y, reitero, que es a partir de la autonomía de la fe por lo que he optado por un planteamiento y una praxis socio-política que en su nivel me han parecido correctas…"*, Archivo Histórico de CCOO PV (Fondo Ramiro Reig).

[20] R. Reig, en *De la misa al tajo…*, *op. cit*., p. 58.

[21] Para un análisis pormenorizado de aquel proceso de "elecciones sindicales" pueden consultarse los artículos del propio Ramiro Reig publicados en la revista *Hechos y Dichos,* 462 y 465 (el segundo de los cuales reproducimos en este volumen), así como el capítulo correspondiente del libro de J. Sanz (1976), *El movimiento obrero en el País Valenciano (1939-1976)*, Valencia: Fernando Torres Editor, pp. 203 y ss.

[22] N. Sartorius y A. Sabio (2007), *El final de la dictadura*, Madrid: Temas de hoy, p. 73.

[23] P. Beneyto (2018), "La transición sindical. Reivindicación de una obra colectiva", *Debats,* 132/1: 103-122.

desarrolló aquí con cierto retraso respecto de los principales países de nuestro entorno (mayo del 68 en Francia, *autunno caldo* de 1969 en Italia) y presenta, asimismo, una diferencia significativa: mientras que la institucionalización de las relaciones laborales en los países europeos centrales había aislado el conflicto político del social,[24] en el nuestro operaba la tendencia contraria. De tal forma que aquí las condiciones de la dictadura conferían contenido político a la movilización obrera, la cual alcanzaba así un fuerte componente expresivo y acreditaba su consolidación como actor social relevante en un contexto de crisis, tanto política como económica.

Sería, precisamente, la presión social "desde abajo", ejercida por los movimientos vecinal, estudiantil, profesional y, especialmente, obrero",[25] la que resultó determinante para desbaratar primero las maniobras continuistas, acelerar más tarde las reformas y forzar, finalmente, la ruptura con el franquismo. En este contexto, y tras varias suspensiones temporales de empleo y sueldo por participar en paros y asambleas, la dirección de Palmero despidió al "cura rojo" a finales de 1976 por un plante de protesta contra la imposición de cronometrajes abusivos.

Durante varios meses siguió buscando trabajo en las fábricas del sector, pero el agravamiento de la crisis económica (el año concluiría con una inflación del 19% y un fuerte incremento del paro) y la creciente conflictividad laboral complicaban la contratación de quien ya era un conocido activista sindical que, desde entonces, incrementaría su compromiso con la lucha obrera, de cuyo desarrollo daría cuenta en varias publicaciones, al tiempo que preparaba, en colaboración con su amigo Josep Picó, el que sería su primer gran libro, escrito a mano en el pequeño piso de Orriols, de una austeridad espartana, que compartía con Alberto, Jaume, Rafa y Joan Sifre y en el que –como este último recordaría en su intervención en el funeral de Ramiro– acogieron durante un tiempo a un pobre vagabundo alcoholizado (Juanito) que alguien había encontrado una noche tiritando entre cartones y al que, además de buscar trabajo, siguieron recibiendo cada sábado, y durante años, para compartir su humilde cena junto a otros amigos y compañeros.

Mientras tanto, para el 12 de noviembre de aquel mismo año había sido convocada una huelga general por la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS), integrada por Comisiones Obreras, UGT y USO, cuyo relativo éxito contribuiría a reforzar la posición sindical en la negociación colectiva, pero que resultó insuficiente para bloquear el proyecto político del gobierno Suarez (su Ley para la Reforma Política fue ampliamente aprobada en el referéndum del 15 de diciembre siguiente), poniendo de manifiesto los límites de la tradicional estrategia resistencialista del movimiento sindical y planteando la necesidad de alternativas proactivas que combinasen presión y negociación.

[24] C. Crouch y A. Pizzorno (comp.) (1991), *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental a partir de 1968*, Madrid: Ministerio de Trabajo.

[25] R. Quirosa-Cheyrouze (ed.) (2011), *La sociedad española en la Transición. Movimientos sociales en el proceso democratizador*, Madrid: Siglo XXI.

La cuestión fue objeto, desde entonces, de numerosos debates y tensiones orgánicas, que en muchos casos se prologarían durante años y en los que el propio Ramiro intervendría en su doble condición de dirigente sindical y analista cualificado, aportando reflexiones, propuestas y estudios relevantes (algunos de los cuales se incluyen en el presente volumen[26]) orientados a dirimir la tensión dialéctica, no exenta de conflictos prácticos, entre unidad y pluralidad sindical, tradeunionismo laboral y sindicalismo sociopolítico, autonomía de los movimientos sociales o subordinación a las estrategias partidarias, movimiento asambleario o sindicato organizado… cuya progresiva decantación contribuiría a configurar la estructura y estrategia de unas organizaciones obreras que conquistaban, finalmente, su libertad a finales de abril de 1977.

Se trataba, con todo, de una situación precaria, tanto en términos coyunturales (tres días después de la legalización de las principales organizaciones sindicales, la manifestación del 1º de Mayo convocada por ellas era brutalmente reprimida por la policía) como, sobre todo, estructurales (incertidumbre política, agravamiento de la crisis económica, marco de relaciones laborales anacrónico), que lastrarían durante años su capacidad organizativa y de intervención.

Mientras intervenía directamente en dicho proceso trabajaba, como ya se ha indicado, en una investigación socio-histórica sobre las estructuras, actitudes y bases doctrinales de la Iglesia valenciana durante la dictadura que, en colaboración con el sociólogo J. Picó, se publicaría por primera vez en 1978 con el expresivo título de *Feixistes, rojos i capellans*:

> *Hem pretès ací de narrar la història d'aquests quaranta anys al País Valencià seguint un fil que no és, ni de bon tros, conductor, però que ens ajuda a desfer el paquet* […] *Les premisses de les quals partim en la nostra indagació són ben senzilles: la ideologia és part d'aqueixa història, hi va junta, unes vegades avançant, d'altres consolidant l'establert, i en la formació ideològica ha jugat un paper decisiu l'Església* […] *El llibre consta de quatre parts prou diferenciades. Una introducció i un epíleg mostren els dos pols extrems de manifestació de la ideologia cristiana. Al costat del poder més fosc i tenebrós els anys quaranta, i juntament als qui lluiten per la llibertat del poble els anys setanta* […] *El bloc central el constitueix l'anàlisi del període 1945-1960, on no s'han defugit les notes grotesques del moment al costat d'un esforç de valoració positiva dels aspectes que, al nostre parer, ho mereixien, i l'estudi del període 1960-1970, en què la participació d'un sector de l'Església en la lluita social de banda dels oprimits i explotats no força la seua lloança indiscriminada.*[27]

[26] De entre los correspondientes a esta primera época, véanse su crónica de "La jornada de lucha del 12 de noviembre de 1976" (*Lluita*, 33); el "Prólogo" al libro de J. Picó (1977), *El moviment obrer al País Valencià sota el franquisme,* y el capítulo "La lucha social en el marco democrático", incluido en el libro coordinado por T. Carpi y E. Bono (1977), *El País Valenciano ante la democracia.*

[27] R. Reig y J. Picó (1978) *Feixistes, rojos i capellans*, Mallorca: Editorial Moll, prólogo a la primera edición, pp. 6-9.

Este importante estudio, reeditado en 2004 por la Universitat de València, combina diferentes géneros, desde la historia cultural al análisis de la formación social valenciana, conforme al aparato conceptual de Althusser y Poulantzas hegemónico entonces en la nueva izquierda, pasando por la sociología crítica de orientación bourdiana sobre la configuración de las élites y su capital simbólico, así como por la revisión crítica del modelo de desarrollo económico y la crónica de la reconstrucción del movimiento obrero valenciano, con especial referencia a la participación en dicho proceso de los cristianos progresistas, y todo ello con un lenguaje ameno, solo aparentemente fácil, y de notable calidad literaria que devendrá, en adelante, marca de la casa.

Entre tanto, las grandes esperanzas y expectativas generadas por la legalización de los sindicatos y sus primeras acciones en libertad se vieron pronto limitadas por diversos factores de carácter tanto endógeno (fragilidad de sus estructuras organizativas y de encuadramiento) como exógeno (agravamiento de la crisis económica, con el consiguiente incremento de los cierres de empresa y expedientes de crisis), lo que afectaría a su capacidad de agregación y representación de los intereses colectivos, provocando tanta conflictividad en las protestas como impotencia en las propuestas, situándolos en posiciones socialmente defensivas y políticamente subsidiarias, sobre todo tras las primeras elecciones democráticas de junio de 1977, que inauguraron un nuevo ciclo de consenso parlamentario y desarrollo institucional, cuya máxima expresión fueron los Pactos de la Moncloa que, en su vertiente política, asentaron las bases de la futura Constitución, y en la socioeconómica trataron de hacer frente a una crisis que presentaba ya indicadores alarmantes.[28]

Además de su indudable contribución a la estabilización económica y consolidación democrática (pese a sus incumplimientos parciales en el primer caso y sobredeterminación partidista en el segundo), dichos pactos indujeron a un cambio en la estrategia sindical que, superando inercias defensivas y viejos acordes de *lucha final* arrastrados desde la época de la clandestinidad, se orientó desde entonces hacia el reforzamiento de su poder contractual y representación social. Sin embargo, el cambio de estrategia que representaba la posición del movimiento sindical, y especialmente de CCOO, respecto de los Pactos de la Moncloa y, al año siguiente, de la Constitución, fue reiteradamente impugnado por las corrientes más radicales del mismo, que de manera recurrente insistían en calificarla de claudicante y desmovilizadora, ignorando, cuando no despreciando, tanto la grandeza del intento como las dificultades del momento en el que se desarrollaron.

Las elecciones sindicales (enero/febrero de 1978) y los convenios colectivos negociados tras las mismas aportaron ya entonces suficiente evidencia empírica para re-

[28] E. Fuentes-Quintana (1990), "De los Pactos de la Moncloa a la Constitución", en J. L. García (dir.), *Economía española de la transición y la democracia*, Madrid: CIS, pp. 24-34; J. Trullén (1993), *Fundamentos económicos de la transición española. La política económica de los acuerdos de la Moncloa*, Madrid: Ministerio de Trabajo; M. Cabrera (2011), "Los Pactos de la Moncloa: acuerdos políticos frente a la crisis", *Historia y Política*, 26: 7-23.

chazar tales descalificaciones, en la medida en que el primero de dichos procesos aclaró la representatividad de unos y de otros (aplastante mayoría del sindicalismo de clase y, especialmente de CCOO),[29] mientras que el segundo demostró la capacidad de diálogo y movilización de los sindicatos que avalaban la estrategia de pacto social.

Tras el triunfo en las elecciones sindicales y con objeto de cerrar la primera fase de su estructuración organizativa y funcional, en mayo de 1978 se celebró en Castellón el I Congreso de la Confederación Sindical de CCOO del País Valenciano que elegiría un secretariado de 12 miembros dirigido por Antonio Montalbán y con Ramiro Reig como responsable de relaciones políticas y sindicales.[30]

Los dos años en que permaneció en la dirección del sindicato fueron especialmente difíciles tanto por el contexto externo como por la dinámica interna. En el primer caso se trataba de una situación extraordinariamente complicada, caracterizada por el agravamiento de la recesión económica (segunda crisis del petróleo), que se tradujo en un aumento sostenido del paro que se prolongaría hasta finales de 1985, la ausencia de una legislación adecuada que no llegaría hasta 1980 con el Estatuto de los Trabajadores, y la imposición gubernamental de topes salariales en función de los objetivos anti inflacionistas establecidos en los Pactos de la Moncloa.

Con todo, la intervención de los sindicatos consiguió articular un amplio movimiento de presión y negociación que permitió acceder a importantes incrementos salariales y mejoras sociales (reducción de jornada, control de las horas extraordinarias, vacaciones, etc.), tras protagonizar los más altos niveles de conflictividad huelguística hasta entonces registrados.[31] Una actividad que desmiente, en la práctica, las acusaciones de traición y liquidacionismo que entonces se hicieron, y que aún ahora se repiten, de forma tan acrítica como recurrente, reiterando los mitos y tópicos que ya denunciara en su momento el propio Ramiro:

> *Entenc que les posicions de resistència obrera enfront de la crisi tenen sentit com a tàctica dura, que tensa forces, davant del perill d'una excessiva confiança en les possibilitats d'uns acords. Però, com a estratègia, és profundament disgregadora. Resistència, ¿per a què?. A mi sols se m'acudeix que per agreujar les contradiccions del sistema, cosa que en un moment de crisi molt fonda el que agreuja és l'atur, les tancades d'empreses, el tancament de rengles del gran capital i la seua reestructuració salvatge. O potser resistència per a culminar també en algun tipus d'acord. En aquest cas, som a les mateixes* […] *El recurs continu a la lluita oberta, a banda que és impossible i con-*

[29] Para un análisis detallado de esta primera convocatoria de elecciones a delegados y comités de empresa, véase P. Beneyto y J. Picó (1982) *Los sindicatos en el País Valenciano (1975-1981)*, Valencia: Institució Alfons el Magnànim, pp. 117-155.

[30] M. del Álamo (1993), *Los congresos de CCOO PV*, Valencia: FEIS, p. 55.

[31] Según datos del Ministerio de Trabajo en 1978 se registraron un total de 1.128 huelgas en todo el país, con la participación de 3.863.800 trabajadores y un total de 11.550.900 días de paro, cifras que al año siguiente ascendieron a 2.680 huelgas, 5.713.200 huelguistas y 18.966.900 jornadas no trabajadas. Véase D. Luque (2013), *Las huelgas en España (1905-2010)*, Valencia: Editorial Germania.

> *dueix a un desgast permanent que sols arrossega als* més valents, porta a una *situació –per molt que no s'ho creguen els ardents defensors de la tensió permanent–, en què creix la convicció que el sindicat no existeix. Quan insistim contínuament que cal lluitar perquè el sindicat som tots, la deducció escaient és que aleshores no hi ha sindicat* […], *però el sindicat o és una condensació de poder estable o és impossible que esdevinga representació orgànica de la classe* […] *Si els perills del pacte rauen en un consens desmobilitzador, també cal advertir i reconèixer que el dissens com actitud permanent i sense institucionalització dels seus guanys, produeix desagregació. I aquest és precisament el pitjor dels mals que poden caure al damunt d'un moviment obrer amb necessitat de revalidar i assentar el seu espai en la societat civil.*[32]

Se trataba, en consecuencia, de reforzar el poder contractual de los sindicatos tanto dentro como fuera de los centros de trabajo, con el fin de dotar a sus representantes (delegados, comités de empresa, secciones sindicales, federaciones sectoriales y confederaciones generales) de competencias reales en materia de representación e interlocución (derechos de información, consulta, participación y negociación).

En la búsqueda de tales objetivos, los dos sindicatos mayoritarios desplegaron a partir de 1978 estrategias parcialmente contrapuestas que acabaron deteriorando sus relaciones unitarias durante gran parte de la década siguiente. Primero fueron los debates en torno al *Proyecto de Ley de Acción Sindical en la Empresa,* que representaba un intento, finalmente frustrado, de extender al ámbito laboral el proceso constituyente en curso a nivel institucional, durante los que se pusieron ya de manifiesto las diferencias entre CCOO y UGT, al tiempo que la CEOE promovía una dura campaña en la que tildaba a dicho proyecto de "colectivista". Poco después, la aprobación de la Constitución, ampliamente refrendada en diciembre de 1978, cerraba el ciclo de consenso inaugurado por los Pactos de la Moncloa y abría una nueva fase caracterizada por los reajustes estratégicos de los principales actores políticos (elecciones generales de marzo de 1979) y sociales (nuevo modelo de concertación bipartita). El 10 de julio de aquel mismo año se firmaba el Acuerdo Básico Interconfederal (ABI) entre UGT y CEOE que fijó las bases del nuevo modelo corporatista de relaciones laborales y contribuyó al acuerdo parlamentario entre UCD y PSOE sobre el Estatuto de los Trabajadores, al tiempo que provocaba la ruptura de la precaria unidad sindical mantenida hasta entonces.

Y es que sobre los modelos y culturas sindicales diferentes de CCOO y UGT operaba, además, la estrategia divergente de sus, entonces, referentes políticos (PCE y PSOE), de manera que mientras CCOO propugnaba negociaciones tripartitas que confiriesen protagonismo al partido, la UGT optaba por un modelo bilateral, como el Acuerdo Marco derivado del ABI que firmaría con la patronal a principios de 1980, que no interfiriese en la estrategia socialista como alternativa de gobierno.

[32] Véase el artículo, incluido en este volumen, sobre "La crisi orgànica del moviment obrer. Balanç de tres anys de legalitat (1977-1980)", publicado inicialmente en la revista *Trellat,* 1: 14-24.

La negativa de CCOO a suscribir el AMI ha sido considerada como uno de los mayores errores del sindicato,[33] pues no solo no consiguió impedir su aplicación en la negociación colectiva posterior, sino que generó una dinámica regresiva que acabó provocando su aislamiento temporal y la progresiva pérdida de su anterior hegemonía electoral en beneficio de UGT, que empataría en las elecciones sindicales de 1980 y ganaría las que tuvieron lugar entre 1982 y 1994, cuando se invirtieron de nuevo los resultados.[34]

En medio de ese proceso de ruptura y polarización creciente de las estrategias sindicales, Ramiro defendió siempre planteamientos dialogantes y unitarios, desde su puesto en la dirección confederal:

> *La unidad sindical ha sido y es la niña de los ojos de CCOO. Nacimos como un movimiento unitario de los trabajadores. Luchamos esforzadamente por mantener la unidad. En los momentos de la transición política propusimos un Congreso Sindical Constituyente a partir del cual se formara una central unitaria de trabajadores. Ni la UGT ni la USO lo aceptaron* […] *y pasamos a la democracia divididos. Pero la unidad sindical sigue siendo un objetivo perseguido apasionadamente por CCOO* […] *y ahora vuelve a estar de actualidad, pese a las dificultades* […] *Hoy toda política que no pase por la alianza con los socialistas, y en el terreno sindical con la UGT, no es una política ni obrera ni de izquierdas* […] *Creo que en algunos comunistas de CCOO domina una peligrosa fijación antisocialista.*[35]

Por esta razón fue objeto de una dura campaña de descalificaciones por parte de un grupo, tan minoritario como sectario, adscrito a la rama leninista del PC, que llegó a alcanzar cotas realmente infames:

> *Algunos del Metal empezaron a fomentar el anticlericalismo, "que si Montalbán está rodeado de curas", y asociarlo con el reformismo. Porque claro, ellos eran los más izquierdistas, o se las daban de izquierdistas, incluso iban con una gorra como aquellas de Lenin* […] *"Montalbán es de derechas y la culpa de esa derechización la tienen los curas…" Fueron contra mí de una manera personal y bastante fea* […] *Sacaron el panfleto aquel del cura Gapón* […]*, que por lo visto era un cura ruso que engañó al pueblo, hizo un llamamiento a las masas para que fueran delante del palacio del zar donde les esperaba el ejército* […] *El panfleto decía que había un cura Gapón en Comisiones Obreras que estaba engañando a los obreros para llevarlos a la policía, y no sé qué más* […] *en otra ocasión, después de una entrevista en la que yo había dicho algo favorable a UGT, en una asamblea del sindicato del metal de l'Horta me pusieron que no veas*

[33] J. Estefanía y R. Serrano (1988), "Diez años de relaciones laborales en España", en A. Zaragoza (comp.), *Pactos sociales, sindicatos y patronal en España*, Madrid: Siglo XXI, pp. 17-42.

[34] R. Alós, P. Beneyto y P. Jódar (2015), *La representación sindical en España*, Madrid: Fundación 1º de Mayo, pp. 14-15.

[35] Declaraciones de Ramiro Reig a la revista *L'Opinió* (portavoz de CCOO PV), 17 (julio de 1979): 4-7.

> […], *que "hay que expulsar del Secretariado a Ramiro Reig porque se está desviando de la línea de Comisiones". Batallas muy desagradables de las que acabé harto.*[36]

Aun siendo lamentable y doloroso en lo personal, el episodio formaba parte de las tensiones internas por las que atravesaba entonces Comisiones entre quienes defendían la autonomía del proyecto sindical –que, finalmente, se consolidaría, sobre todo a partir del acceso a la Secretaría General de Antonio Gutiérrez– y los que pretendían actualizar el viejo modelo leninista de "correa de transmisión" de un PC a la deriva, que iniciaba su larga marcha de escisiones hacia el fundamentalismo ideológico y la irrelevancia electoral.

En el II Congreso de CCOO PV, celebrado en Buñol en julio de 1980, Ramiro dejó su puesto en la dirección confederal si bien se mantendría siempre vinculado al sindicato, de forma tanto orgánica (fue durante años presidente de su Fundación de Estudios) como afectiva[37] y de colaboración práctica (textos, conferencias, cursos de formación, etc.), lo que le convertiría en un referente intelectual incuestionable de varias generaciones de sindicalistas valencianos.

Estudios y publicaciones

Cerraba así Ramiro una década de activismo sindical e iniciaba, no sin dificultades, su particular reconversión post-industrial que, tras un par de años de transición, le conduciría finalmente a la docencia universitaria y la investigación socio-histórica.

> *Me tenía que reconvertir otra vez a la enseñanza, que más o menos era lo mío* […] *Nuestro planteamiento era no trabajar en colegios de la compañía, donde nos parecía que éramos los hijos del dueño. De todas formas, tanteé en las Escuelas Profesionales y me dijeron que no tenían sitio. Habían quedado bastante mosqueados conmigo, de cuando estuve de profesor, y pensaban que yo era un tipo conflictivo. No me supo mal porque yo también había quedado quemado en aquella experiencia. Aunque en el plano personal nunca se rompió la amistad, siempre he mantenido con los jesuitas que estaban allí una estupenda relación personal.*[38]

Sin empleo remunerado ni seguro de paro, se dedicará primero a realizar traducciones del alemán y, gracias a las gestiones de Josep Picó, obtendrá una beca de la Fundación Bofill para realizar su Tesis Doctoral, mientras seguía viviendo en condiciones de extrema austeridad.

[36] R. Reig, en *De la misa al tajo…, op. cit*., pp. 69-70.

[37] "Creo que lo poco bueno que he hecho ha sido en Comisiones y le tengo, aunque la expresión sea poco política, un gran cariño […] y siempre he estado dispuesto a echar una mano…" R. Reig, en *De la misa al tajo…, op. cit*., p. 71.

[38] Ibídem, p. 69.

En esa época andábamos un poco apurados. Creo que la beca era de unas 25.000 pesetas al mes y coincidió con que a Jaume lo habían despedido de "Ocaña" por un expediente de crisis y se le había acabado el paro (entonces es cuando se puso a preparar oposiciones a Correos). Teníamos solo el jornal de Alberto, mi beca y un par de traducciones que hice del alemán, pero eso no da casi dinero si no eres un traductor profesional a tiempo completo […] *Lo poco que ganábamos lo poníamos en un cajón y de allí cada uno iba sacando, sin apuntar ni esas cosas porque había total confianza. Éramos austeros porque la vida nos llevaba a eso, estábamos todo el día de un lado para otro, no teníamos mucho tiempo para vicios, alguna vez ir al cine, comprar libros, en eso si gastábamos algo más.*[39]

Entre 1981 y 1983 trabajará de forma sistemática en el diseño teórico y recopilación documental de lo que será en adelante su principal y más fértil línea de investigación, la que partiendo del análisis del populismo blasquista derivará posteriormente hacia el estudio de la historia social y económica, con especial referencia al caso valenciano.

Interesado en la historia de las ideas desde los tiempos de su temprana licenciatura en Filosofía y, más recientemente, por los orígenes del movimiento obrero, la lectura de la monumental obra de Edward P. Thompson sobre la importancia de la cultura popular y las tradiciones ideales en la formación de la clase obrera inglesa,[40] le permitió articular ambas líneas de investigación y avanzar en el conocimiento de la historia social valenciana de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, periodo en el que el movimiento impulsado por Blasco Ibáñez ocupa un lugar relevante.

Se trata, sin duda, de un personaje importante tanto por su ingente producción literaria como por su influencia en la política valenciana y proyección social internacional que, sin embargo, ha sido frecuentemente minusvalorado, cuando no ignorado, por gran parte de la historiografía nacionalista y de izquierdas[41] que lo ha presentado como

[39] Ibídem, pp. 69 y 78.

[40] E. P. Thompson (1977), *La formación de la clase obrera en Inglaterra (1780-1832)*, Barcelona: Editorial Laia, 3 vols.

[41] En su obra más canónica, *Nosaltres, els valencians,* Joan Fuster descalifica reiteradamente a Blasco Ibáñez por su demagogia ("Els escrits polítics de Blasco són d'una formidable vacuïtat, i sembla que la seua oratòria, tan fascinadora per a les masses indígenes, només es recolzava sobre tòpics d'una demagògia elemental"), sucursalismo españolista ("Tot i llur robusta base local, els blasquistes prescindiren de l'única orientació que podia haver-los donat un cert sentit: la nacional. I van establir-se com a sucursals d'altres partits…"), castellanismo ("Blasco, que militià de ben jove en la Renaixença, per inducció de Llombart, podia haver tret la 'literatura valenciana' de la postració en què malvivia. Un Blasco escrivint en català de cara als valencians hauria estat una basa formidable. No fou així") y, finalmente, de lerrouxista ("El dia que serà examinada desapassionadament la conducta política de Blasco, veurem que ha estat clarament funesta per al País Valencià i per a totes les seues classes. De cara al proletariat perquè va desviar-lo del seu destí lògic i l'enrolà al seu partit petit-burgès, o més aviat burgès […] L'evolució del blasquisme, en definitiva és la mateixa del lerrouxime […] Blasco significà un obstacle per a la Renaixença política"). Vid. *op. cit*., Barcelona (1992): Edicions 62, pp., 82-83 y 111-112.

Similares consideraciones pueden encontrarse en las obra de A. Cucó, *El valencianismo político (1874-1936)*, Barcelona: Lavinia, 1971 y "Actituds polítiques i lingüístiques al País Valencià contemporani", en *Treballs de sociolingüística catalana,* 1 (1977): 67-80.

nefasto para la toma de conciencia del País Valenciano, al tiempo que habría contribuido a la desmovilización de los trabajadores de la época.

En una primera aproximación al tema, la investigación de Ramiro se centró en el periodo de hegemonía blasquista en Valencia (1898-1911) que coincide, además, con el de auge y transformación de las primeras sociedades obreras de resistencia. El análisis documentado y riguroso de la interacción entre ambos procesos le permitirá matizar y, en gran medida, superar interpretaciones anteriores excesivamente apriorísticas:

> *En líneas generales estoy de acuerdo en que la política blasquista cometió numerosos errores y que algunos contribuyeron a distorsionar el proceso de toma de conciencia colectiva y autónoma de nuestra sociedad. No me atrevería a afirmar, en cambio, que su orientación general fuese equivocada ni creo que se puedan pasar por alto importantes aportaciones que corren paralelas a sus distorsiones. He intentado demostrar que no está tan claro eso de que el blasquismo desorientó y desvió al movimiento obrero de sus objetivos de clase. Más bien parece deducirse* […] *que contribuyó a su reorganización y a darle un nuevo impulso.*[42]

La primera entrega del "ciclo blasquista" de Ramiro fue el libro publicado en 1982 con el significativo título de *Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer* que, como afirmaba el propio autor en la Introducción, ofrece la posibilidad de una lectura en tres niveles desde la crónica inicial de estructura casi periodística al posterior análisis político-ideológico, pasando por la reconstrucción histórica.

Se nos ofrece, de entrada, la crónica fundacional del movimiento obrero valenciano mediante la narración de unos hechos que, por su frescura y vivacidad, convierten muchas páginas en un trozo de vida:

> *Es narren ací els fets d'uns homes i dones que lluitaren per llur dignitat. Hom hi pot sentir llurs pròpies veus, llegir llurs escrits palpitants d'esperança, carregats de raó, no exemptes de còlera* […] *Al cap i a la fi, cap aventura humana no pot comparar-se a l'avanç dels oprimits en la història, i el contingut d'aquest llibre comprèn una part no molt vasta, però sí molt pròxima, d'aquesta història. Tracta d'un moment fonamental de recomposició de les organitzacions obreres i de les lluites a què això va donar lloc en la ciutat de València. Intenta recuperar per a la memòria col·lectiva paraules i gestos d'indubtable grandesa moral.*[43]

El relato alcanza un indudable tono épico y su lectura evoca las imágenes de la epopeya colectiva de "Novecento", la crónica de las luchas heroicas de los trabajadores italianos de principios de siglo (uno de cuyos principales episodios seria, en su ver-

[42] R. Reig (1986), *Blasquistas y clericales*, Valencia: IVEI, pp. 11-12.

[43] R. Reig (1982), *Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer*, Valencia: Institució Alfons el Magnànim, p. 5.

sión valenciana, la huelga de los curtidores en 1900, cuyo relato reproducimos en este volumen), en la estela de la película de Bertolucci y la iconografía del cuadro de Pelliza sobre *El cuarto estado,* cuya grandeza e interés el autor reivindica y sitúa muy por encima de la prestada tradicionalmente por los historiadores locales al "noucentisme" de las clases dirigentes.

Además del relato de los hechos, el libro analiza el proceso de formación histórica de la clase obrera valenciana, conforme al paradigma ya ensayado por Thompson, es decir, el proceso de confluencia y asimilación por los trabajadores de tradiciones culturales y prácticas sociales diversas, en torno a las "sociedades obreras de resistencia al capital", que alcanzan su mayor nivel de desarrollo alrededor de 1900, en colaboración con el republicanismo blasquista, y serán progresivamente superadas por el sindicalismo cenetista y ugetista a partir, sobre todo, de 1910.

Finalmente, el libro ofrece también una interpretación política e ideológica del blasquismo, su confusa mezcla entre populismo y demagogia, pero también la influencia que sobre la clase obrera ejercerá la tradición republicana, laica y progresista.

Un año después de la publicación de este importante libro, su autor se incorporó, por mediación de Mario García Bonafé, al Departamento de Historia Económica de la Universitat de València con un contrato de profesor ayudante, mientras concluía su tesis doctoral sobre "Movimientos populares e ideologías populistas (Valencia 1900)", que defendería brillantemente en noviembre de 1984 en la Universitat de Barcelona, ante un tribunal de prestigiosos historiadores (Fontana, Valverde, Garrabou, Valls-Plana y Bermudo).

Haciendo uso de un sólido aparato teórico (de Gramsci a Laclau, de Thompson a Hobsbawm, de Poulantzas a Touraine) plantea el análisis ideológico de los movimientos populares y la reconstrucción socio-histórica de los populismos católico y blasquista en la España de la Restauración, definiendo a este último como:

> […] *un movimiento popular que, mientras pudo mantener los límites municipales que se había marcado, llevó una política innovadora y viva de participación democrática de las masas, gestionó con audacia y eficacia para los intereses de una burguesía progresista inexistente, y educó a la clase obrera para la libertad y el exceso.*[44]

En 1986, dos años después de presentar su Tesis, publicará en formato libro la segunda entrega del ciclo bajo el título de *Blasquistas y clericales. La lucha por la ciudad en la Valencia de 1900,* en el que analiza las frágiles bases sobre las que se asienta el sistema oligárquico de la Restauración canovista y cómo a partir de la crisis de 1898 surgen nuevas tentativas populistas de reagrupamiento socio-político, de orientación tanto tradicional-católica como liberal-republicana:

[44] R. Reig (1984), *Movimientos populares e ideologías populistas (Valencia 1900)*, Barcelona: Centre de Publicacions UB, p. 52.

> *La existencia de dos totalidades en pugna* [los populismos católico y blasquista], *aclara, aunque no justifique, el emparedamiento a que fue sometido el despertar del nacionalismo valenciano que, obviamente, tenía que producirse desplazándolas en la medida en que también aspiraba a ser totalizador. Todo esto, posiblemente, matiza un tanto las afirmaciones sobre su demagogia caprichosa o su visceralidad antinacionalista.*[45]

Es en ese marco en el que sitúa el estudio del blasquismo, que llegaría a operar como vehículo y cauce de representación de las clases populares durante un cierto tiempo pero que se demostraría, finalmente, incapaz de consolidarse como un partido renovador alineado con las fuerzas políticas de carácter reformista. El sueño de una Valencia municipal, ilusoriamente autónoma, consume todas sus energías. Blasquistas y clericales, enfrentados y encerrados en el microcosmos de la ciudad, la convierten en el centro de sus pequeñas y grandes batallas, personificando asimismo la ardua confrontación entre modernidad y reacción.

> *El blasquismo pretendió totalizar el espacio social de una forma antagónica, es decir, frente al intento de totalización clerical y el sistema establecido. En este sentido fue doblemente de izquierdas. La síntesis abstracta de su totalidad era la República como nuevo espacio para un desarrollo político plural y participativo. En este sentido su proyecto era radicalmente democrático y progresista. Los problemas que no supo o pudo resolver comenzaron cuando esa abstracción tuvo que concretarla. El blasquismo optó por limitar la totalidad abstracta del pueblo a las fronteras del municipio de Valencia*. [Donde, tras una década de hegemonía, acabaría agotándose a partir de 1911.][46]

Sus investigaciones sobre la Valencia blasquista le llevarán a interesarse por el urbanismo de la ciudad, sus planes de expansión y desarrollo, estructura social e institucional, participando activamente en los trabajos del I Congreso de Historia de la ciudad de Valencia celebrado en 1988 bajo los auspicios del alcalde Ricard Pérez-Casado y la coordinación del profesor Josep Sorribes, con motivo del 750 aniversario de la conquista de Jaume I.

La trilogía blasquista de Ramiro se completará con la biografía del personaje publicada en 2002 por Espasa Calpe y reeditada diez años después por la misma editorial en formato faximil-books, que le consagraran como el mayor y mejor especialista en el autor y su mundo, materia a la que seguirá dedicando durante años buena parte de sus esfuerzos de investigación y difusión (publicaciones, congresos, conferencias…), tal y como registra el anexo bibliográfico del presente volumen.

Entretanto, había sido nombrado, en 1989, miembro del Consell Valencià de Cultura a propuesta de su partido (Esquerra Unida), colaborando estrechamente con el

[45] R. Reig (1986), *Blasquistas y…, op. cit*., p. 19.
[46] Ibídem, pp. 19-20.

cardenal Tarancón,[47] en un ejercicio práctico, e incluso pedagógico, del compromiso de ambos con el diálogo y la reconciliación, del que solo le incomodaban las generosas dietas por asistencia a las sesiones correspondientes, que acababa transfiriendo siempre a la caja de su partido, en una muestra más de su austero estilo de vida:

> *Entré cuando se marchó García Esteve, porque estaba ya muy enfermo* […] *Las reuniones eran muy inofensivas, aunque había gente interesante, y al cabo de los seis años reglamentarios, me dijeron que continuara, pero lo dejé. En aquellos tiempos te pagaban 25.000 pesetas por reunión del pleno, una al mes, y 25.000 por comisión de trabajo. Lo normal era estar en una comisión y llevarte 50.000 pelas. Los secretarios de las comisiones cobraban algo más. Tarancón, el cardenal, se empeñó en que fuera secretario de la comisión de la que él era presidente, o sea que debía "ganar" unas setenta mil al mes. Yo pensaba que ese dinero no me correspondía porque yo no estaba en el Consell por ser Ramiro Reig, sino por EU, y se lo entregaba religiosamente. Para mí la cuestión de las dietas era una lata. De vez en cuando, en el 'Levante' aparecía: "este año los del Consell de Cultura han cobrado tantos millones". Precisamente, justo antes de entrar yo, salió especificado cuánto se había llevado cada uno. Claro, tanto al mes por diez, o por once, era bastante dinero, y a mí, al principio, me daba vergüenza que me sacaran y por eso no iba a algunas reuniones. Hasta que Tarancón me dijo: ¿por qué no vienes?" Pues porque no quiero salir en la prensa como el que más ha cobrado. Tarancón me metió una bronca cardenalicia y me nombró secretario de su comisión para que no pudiera faltar.*[48]

En 1990 marchó a París, con una ayuda de la Institució Valenciana d'Estudis i Investigació (IVEI) para seguir un curso de especialización en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales" (EHSS), instalándose en una de las residencias jesuíticas de la capital francesa, a la que volvería regularmente en las escapadas culturales que tanto amaba. Al término de aquella estancia presentó una excelente memoria de investigación socio-histórica sobre *Construcción y crisis del Estado liberal. Análisis de un modelo: la III República Francesa,* que bien merecería una edición académica.

Tras superar la correspondiente oposición a profesor titular del Departamento de Historia Económica de la Universitat de València, su proverbial responsabilidad profesional y elevado nivel de auto-exigencia le orientaron a adaptar su perfil docente e investigador, hasta entonces más próximo a la historia social y de las ideas, al del área de conocimiento a que había accedido, especializándose pronto en historia económica de los siglos XIX y XX y, más tarde, en historia de la empresa, sin abandonar por ello sus estudios y publicaciones sobre los movimientos sociales, con especial atención al sindicalismo, y la evolución de las relaciones laborales

[47] Para un retrato de la personalidad de Tarancón y de las relaciones que mantuvieron, véase R. Reig (2007), "El cardenal que jo vaig conéixer", *Saó,* 40 (monográfico): 33-35.

[48] R. Reig, en *De la misa al tajo…, op. cit*., p. 72.

Entre los productos derivados de esta nueva línea de trabajo cabe destacar su participación en el *Manual de historia económica*, coordinado por el catedrático Jordi Palafox y publicado en 1999, así como los exhaustivos dossiers sobre historia de la empresa que preparaba para uso de sus alumnos de los últimos cursos de Económicas y ADE, al tiempo que daba cuenta de sus estudios y reflexiones sobre la materia en revistas especializadas, obras colectivas (*Cien empresarios valencianos*) y monografías propias (*Las grandes corporaciones del siglo XX*), en las que combinaba la defensa de la economía productiva y el modelo schumpeteriano con la crítica feroz de la especulación financiera y las políticas antisociales.

Tras su jubilación en 2006 hizo donación de la parte de su biblioteca especializada en historia social y de la empresa, integrada por más de 6.000 volúmenes, a la Fundación de Estudios e Iniciativas Sociolaborales de CCOO PV (la de contenido literario y pastoral la cedió al Colegio jesuita), en un ejercicio que ponía de manifiesto no solo su generosidad sino la amplitud y solidez de sus conocimientos y estudios.

Con todo, siempre mantuvo su interés y dedicación, tanto académica como militante, por la historia social y del movimiento obrero pues, en definitiva, se consideraba "un anticuado marxista al que le interesan más los trabajadores que los empresarios", como se permitió hacer constar, con un toque de humor marxiano, en su colaboración a un libro colectivo de historias empresariales.[49]

Y todo ello, al tiempo que mantenía su compromiso con el cristianismo de base, la lealtad crítica con su partido[50] y la colaboración permanente con sus amigos y compañeros de Comisiones Obreras, contribuyendo con sus siempre entusiastas aportaciones, tanto teóricas como prácticas, al relato coral del sindicalismo de clase en defensa de los parias de la tierra y la lucha por la libertad y la justicia social.

Incluso en los últimos meses, cuando ya estaba enfermo, seguía acudiendo a las reuniones a que era convocado, redactando papeles para publicaciones del sindicato, como el artículo "Lo que queda por hacer", incluido en el catálogo editado por la Universitat de València con motivo de la exposición conmemorativa del 50 aniversario de CCOO PV, inaugurada apenas un mes antes de su muerte, y revisando su colaboración en un libro que preparábamos sobre *Historia y sociología del sindicalismo*.

La suya ha sido, pues, una larga y fructífera vida de estudio, trabajo y compromiso, la de un hombre bueno, amigo entrañable, militante fiel, intelectual brillante y… por encima de todo, un compañero, cuya muerte en *le temps des cerises* dejó también una herida en el corazón de todos los que le quisimos tanto y de quien recuperamos aquí la memoria y la palabra.

* * *

[49] R. Reig (2005), en *Cien empresarios valencianos*, Madrid: LID Editorial, p. 642.

[50] Aun considerándose un "socialdemócrata tradicional" seguía afiliado al PC "porque, como decía Hobsbawm, sería una traición abandonar un barco donde ha habido tanta gente generosa que ha luchado por los demás", según declaraba en una entrevista publicada en *El País* el 23 de junio de 2002.

Como en el famoso libro de su admirado Cortázar también este, formado por una selección de *crónicas obreras* de Ramiro Reig, puede leerse como en una "rayuela", saltando de un texto a otro sin seguir necesariamente un orden rígido, pues cada uno tiene entidad propia y todos juntos configuran el gran friso de la lucha por la dignidad del trabajo y de los trabajadores. Y puede hacerse, asimismo, siguiendo la secuencia narrativa, más que cronológica, en que hemos organizado los materiales seleccionados que, en ambos casos, ponen de manifiesto tanto el rigor analítico como la calidad literaria e, incluso, la habilidad dialéctica de su autor.

El primer bloque, Los grandes relatos, incluye, de entrada, dos textos de largo aliento sobre los fundamentos de la "cuestión social" y los orígenes del movimiento obrero a nivel internacional, el primero de ellos y sobre la historia del sindicalismo español el segundo, que pueden funcionar como marco general de todo el volumen.

Los cinco artículos siguientes presentan perfiles más acotados, tanto temporales como temáticos, y se centran en analizar el impacto de los cambios productivos registrados en nuestro país con la expansión del nuevo orden industrial sobre el naciente movimiento obrero y la configuración de las relaciones laborales; los conflictos sociales durante la II República, los duros años del hambre y la reconstrucción del movimiento obrero durante el franquismo, con los consiguientes cambios en sus estrategias de acción colectiva.

El segundo bloque, Episodios de una historia admirable, está integrado por un total de 16 textos de factura y contenido muy diferente que funcionan casi como un puzle de la historia obrera y la lucha sindical. Los cinco primeros proceden de lo que hemos denominado el "ciclo blasquista" de Ramiro y se refieren, en conjunto, al proceso de formación histórica de la clase trabajadora valenciana, constituyendo la emocionada y emocionante crónica de nuestro *Novecento,* que nos permite aproximarnos al conocimiento de las condiciones de vida, trabajo y esperanzas de un grupo de trabajadores (*els blanquers*) que, aun en la derrota, ejemplifican la lucha por la dignidad obrera.

Los tres artículos siguientes se refieren a los orígenes, y en algún caso al desarrollo posterior, del movimiento obrero en dos localidades emblemáticas (Alcoi y Puerto de Sagunto), sede histórica de la Internacional obrera (AIT) la primera y núcleo duro del sindicalismo valenciano durante la dictadura y la posterior reconversión siderúrgica la segunda.

A la transición sindical, desde los últimos años del franquismo a los primeros de la democracia, se dedican los cuatro textos siguientes, planteándose cada uno desde perspectivas y momentos diferentes (últimas elecciones sindicales del verticalismo, primera gran jornada de huelga en noviembre de 1976, legalización y crisis económica), con especial atención a la participación de los cristianos progresistas en el nuevo movimiento obrero.

Los cuatro últimos artículos de este grupo comparten un marcado tono memorialístico, evocador y reivindicativo a un tiempo, de lugares, tipos, acciones y canciones que pueblan el imaginario colectivo de los viejos combatientes por la libertad ("Obre-

ros y estudiantes, uni-dos-en-la-lucha!") y que ahora se trata de actualizar y proyectar hacia el futuro, demostrando que los sindicalistas sí que nos enteramos de la película!

El tercer bloque, Materiales para el debate, incluye 14 textos de estructura y contenido muy plural pero caracterizados, en la mayoría de los casos, por su común estilo polémico y voluntad de intervención en el debate público, sea sindical, empresarial, académico o político.

Los dos primeros artículos de este grupo combinan el rigor académico en el análisis de las relaciones laborales y la intervención de los agentes sociales con la crítica de las asimetrías que caracterizan dicha interacción, centrándose especialmente en la deconstrucción del discurso empresarial pretendidamente deslegitimador de la práctica sindical.

Se aportan, seguidamente, cuatro textos breves, publicados en boletines de prensa sindical y de partido durante los años de mayor protagonismo orgánico de nuestro autor (1978-1979), mediante los que interviene en los debates que por entonces se planteaba y, en ocasiones, se enredaba, el sindicato (la participación de las mujeres, los conflictos internos, la acción sindical en la empresa, los servicios jurídicos), con una prosa limpia que oscila, según los casos, desde el humanismo entrañable a la diatriba implacable aunque siempre matizada por un toque de ironía o de humor.

Los ocho artículos restantes corresponden a fechas y temas distintos y distantes: la crisis de la conciencia obrera, la cobertura a los parados, la desregulación del mercado laboral, el trabajo infantil, una huelga en la Ford, la crisis del Estado de Bienestar, las propuestas neo-liberales de reforma de las relaciones laborales e, incluso, una defensa del Valencia CF en horas bajas… que pareciera, a priori, difícil de encajar entre estos textos si no fuera porque se trata de una hermosa declaración de amor al fútbol, a la vida… y a la justicia social.

El libro se cierra con una reflexión de futuro planteada por el último texto escrito por Ramiro, cuyo mismo título, "Lo que queda por hacer" parece enfatizar su carácter testamental y constituye una magistral reivindicación del sindicalismo.

Partiendo de la evocación histórica de las luchas obreras que configuraron al sindicalismo como el eje que articulaba el combate contra las injusticias del sistema y como referencia inexcusable de la transformación social, se centra luego en analizar la destrucción del discurso y los recursos sindicales que ha ido realizando el neoliberalismo, con la pretensión de convertir al movimiento obrero organizado en una fuerza marginal en medio de un bosque de protestas y propuestas fragmentarias y muchas veces enfrentadas, para plantear, por último, estrategias de intervención que permitan recomponer, mediante experiencias renovadoras, un nuevo relato de solidaridad social y liberación colectiva.

Valencia, octubre de 2018

1. Los grandes relatos



El sindicalismo y la cuestión social. Una reflexión histórica

Publicado en el libro *Reivindicación del sindicalismo*, coordinado por Pere J. Beneyto y editado en 2012 por Bomarzo.

En el paquete de exigencias que los mercados financieros (ese ente todopoderoso y misterioso que nos gobierna) han puesto sobre la mesa, figuran tres demandas que atañen al sindicalismo y cuyo cumplimiento parece inexcusable: la reforma del mercado laboral, el ajuste de las pensiones y la supresión de la validez general de los convenios colectivos. Los sindicatos, como es lógico, se han opuesto a estas medidas con una actitud dura y consecuente, pero sorprende comprobar cómo la opinión pública parece ganada para la causa. Se echa en cara a los que tienen empleo que no acepten el despido, como si se lo estuvieran quitando a los parados, y se lanza un velo de sospecha sobre los pobres ancianos que, con 600 euros mensuales, parece que viven en las delicias de Capua. La dejación de derechos conseguidos con enorme esfuerzo a lo largo de los años, que han supuesto un avance civilizatorio, es saludada con aplauso, como si de ello se esperaran múltiples bienes. Dejemos que el mercado, sabio y supremo árbitro, dé a cada uno lo que le corresponde, sin acuerdos o normas contractuales para el conjunto. Llegados a este punto, los sindicatos sobran puesto que cada uno debe apañárselas por su cuenta. Entramos en un mundo nuevo, sin rigideces que entorpezcan el libre juego de la oferta y la demanda.

Sin embargo, ni es tan nuevo ni tan maravilloso sino que más bien significa una brutal vuelta atrás, a los orígenes del capitalismo, cuando parecía que todo estaba permitido: el trabajo de niños de siete años, las jornadas de doce y catorce horas, los salarios de miseria, y aquellas calamidades que describe Dickens en sus novelas. Los sindicatos surgieron para cambiar ese mundo y, a lo largo de una larga historia, con avances y retrocesos, consiguieron dignificar el trabajo y mejorar las condiciones de vida de quienes lo realizaban. La intención de estas páginas es describir cómo se construyó un mundo en el que la justicia y la solidaridad llegaron a ser valores determinantes y advertir de lo que significaría su desaparición.

La prioridad de la cuestión social

A lo largo del siglo XIX se produjo en los principales países europeos la revolución industrial, punto de partida del desarrollo capitalista. Se mecanizó la producción de bienes de consumo, se utilizó la máquina de vapor como poderosa fuente de energía, se construyeron las redes ferroviarias y nació la industria siderúrgica.

Todo ello dio lugar a la consolidación de los diversos mercados nacionales y al crecimiento exponencial del comercio internacional. Elemento esencial en el funcionamiento del sistema fue la utilización y explotación de mano de obra asalariada, sometida a largas jornadas de trabajo, condiciones precarias y salarios de miseria. Los testimonios imparciales de las comisiones de encuesta, por ejemplo la Comisión de Fábricas del parlamento británico, en 1833, reflejados en imágenes y descripciones literarias, nos muestran un panorama de extrema dureza: niños de siete años agazapados durante toda la noche debajo de los telares para quitar la borra, expuestos a continuos accidentes, hombres sudorosos picando y empujando las vagonetas en el interior de una galería sostenida por frágiles troncos, mujeres extenuadas sometidas al doble trabajo de la casa y el taller. Para quienes se enriquecían con el nuevo sistema económico, estas situaciones parecían normales, más aún teniendo en cuenta situaciones pasadas, y las justificaban con una rotundidad rayana en el descaro. Empresarios hubo que declararon ser mejor que los niños trabajaran diez horas a que anduvieran descarriados por las calles. En cualquier caso, era el precio que había que pagar para sostener un sistema que producía riqueza y progreso.

Al principio los trabajadores, empujados a las fábricas desde el trabajo artesano o desde el campo, intentaron detener el proceso rompiendo las máquinas. Los *ludditas*, llamados así por un mítico e ignoto caudillo, Ned Ludd, al que se atribuía el inicio de la revuelta popular, asaltaban las fábricas y destruían las máquinas en un intento vano por detener el avance industrial. Pronto vieron que se trataba de un camino sin salida y que el objetivo tenía que ser la defensa de la dignidad del trabajo en el nuevo orden socioeconómico. Tomando como modelo los antiguos gremios crearon sociedades que agrupaban a los trabajadores del mismo oficio con el fin de hacer frente a las imposiciones de los patronos y mejorar sus condiciones de vida. Aunque al principio tuvieron una influencia limitada, con el paso del tiempo se fueron federando, ampliando de esta forma su capacidad de lucha y su presencia social. En 1835 tuvo lugar en Gran Bretaña el primer Congreso de las *trade unions* (sindicatos), en 1864 se reunieron en Londres representantes de diversos países europeos y se creó la I Internacional obrera, con lo que el movimiento se proyectó a escala mundial, y en 1870 se celebró en Barcelona el I Congreso Obrero con asistencia de un centenar de delegados de toda España.

A lo largo de este periodo, las luchas obreras estuvieron circunscritas a una empresa o un sector, pero en ocasiones se produjeron estallidos de conflictividad que adquirieron gran resonancia. Las revueltas de los *canuts* de Lyon (tejedores de seda), en 1831 y 1834, paralizaron la ciudad y llevaron a la intervención del ejército. En la década de los 40, algunas huelgas de las industrias de Londres derivaron en graves altercados en los barrios pobres de la ciudad. El proletariado, nombre que se dio a los trabajadores asalariados, fue adquiriendo fuerza y mostrando su disconformidad con las condiciones que le eran impuestas. La colaboración de las clases populares con la burguesía para terminar con el antiguo orden social, como había ocu-

rrido en la Revolución francesa, se rompió al comprobarse que el nuevo orden capitalista no era menos opresor. La revolución de 1848 en Francia, impulsada al principio por una alianza de la burguesía republicana y los obreros de París, amenazó en convertirse en una incipiente revolución socialista, hasta que fue cortada de raíz por el golpe de Estado de Napoleón III. También en España, en la revolución del 68, se produjo la ruptura de la alianza entre burguesía y clases populares, fraguada para destronar a Isabel II. El gobierno provisional y el intento de instaurar una nueva monarquía dieron paso a la República federal hasta que la burguesía, asustada por el poder adquirido por las clases populares, reclamó la intervención militar que restauró la antigua monarquía.

La historia política del siglo XIX, hasta 1871, es un reflejo de lo que estaba ocurriendo en el campo económico. Rota la imposible alianza, las fuerzas sociales generadas por el desarrollo capitalista, la burguesía y el proletariado, fueron perfilando un mutuo antagonismo. Los dos bloques eran incompatibles, el enriquecimiento de unos se basaba en la explotación de los otros, y la mejora de las condiciones de vida de los de abajo requería un ataque a la lógica del beneficio de los de arriba. Basándose en esta incompatibilidad una serie de pensadores, los socialistas utópicos (Owen, Fourier, Proudhon) y, sobre todo, Marx y Bakunin, trazaron un modelo socioeconómico alternativo, el socialismo o comunismo, que debía convertirse en el objetivo final de la lucha obrera. La próxima revolución llevaría a un enfrentamiento del proletariado con la burguesía para implantar el socialismo, y esto es lo que ocurrió, a pequeña escala, en la Comuna de París de 1871.

La Comuna, a pesar de su corta duración y de la confusión de sus planteamientos, tuvo un enorme impacto, provocando una ola de pavor en la burguesía de toda Europa, correlativo al entusiasmo despertado entre los trabajadores. A pesar de la derrota obrera, la Comuna significaba que, bajo determinadas circunstancias, el capital podía ser derrotado y, frente a él, construirse otro mundo. Pero esto no quiere decir que los trabajadores se lanzaran de forma desaforada a la revolución, ni mucho menos. El mundo ideal y feliz de una sociedad comunista quedaba como horizonte a conquistar, pero si se exceptúa a algunos grupos anarquistas que creían en un Apocalipsis inminente y recurrían al terrorismo para acelerarlo, el conjunto de los trabajadores se orientó hacia la lucha reivindicativa. El periodo que va de 1875 a 1914, no fue un tiempo revolucionario sino de consolidación de poderosos sindicatos y realización de grandes luchas de fábrica que tuvieron una trascendental importancia para el futuro. Dejando aparte los logros de tipo salarial o las mejoras en las condiciones de trabajo, de las que luego hablaremos, la acción sindical fue decisiva porque puso al descubierto las disfunciones del capitalismo, deslegitimando la lógica, pretendidamente intocable, del mercado y del beneficio. Conviene subrayar este aspecto sin el cual el sindicalismo pierde todo sentido: la defensa de los trabajadores llevaba necesariamente a la denuncia del funcionamiento del sistema.

Los capitalistas se opusieron con firmeza, y muchas veces con fiereza, al asociacionismo obrero, argumentando que impedía la libertad de mercado y, más adelan-

te, identificándolo con la subversión y el desorden, pero difícilmente podían negar la realidad que los sindicatos denunciaban. El desarrollo capitalista generaba un amenazador problema social, esto era innegable. El mismo año que F. Engels publicaba *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845) apareció *Sybill, las dos naciones*, una novela en la que el político conservador Disraeli, representante de la sociedad victoriana, reconocía que el país estaba dividido en dos bloques, los ricos y los pobres, dos naciones irreconciliables, según su propia expresión. Una idea remachada por Dickens en *Tiempos difíciles*, donde realiza una acerada crítica del capitalismo manchesteriano y de su ciego optimismo. Encuestas como la de Mayhew sobre los barrios pobres de Londres o la de Villermé sobre el trabajo en el sector textil en Francia, ambas realizadas en torno a 1850, mostraban un panorama desolador y preocupante.

Los gobiernos crearon comisiones para ocuparse del asunto y comenzaron a legislar sobre las cuestiones más sangrantes (trabajo de las mujeres y niños). Alemania fue el país donde más tempranamente se estableció una incipiente legislación social (seguros de accidente, enfermedad y vejez), de la mano del canciller Bismarck. En España se creó, en 1883, la Comisión de Reformas Sociales, que comenzó realizando una completísima encuesta en centenares de municipios sobre la situación de los trabajadores y promovió la acción del gobierno. También la Iglesia católica tomó cartas en el asunto, movida por el deseo de ofrecer soluciones a la miserable condición obrera y por el temor a que las doctrinas socialistas y anarquistas arrastraran a los trabajadores a posiciones que consideraba erróneas. La doctrina social de la Iglesia permaneció atenazada por un miedo irracional al socialismo, que le puso a la defensiva y le impidió despegar, pero alguna de sus propuestas parecería revolucionaria a los neoliberales actuales (la obligación de pagar lo que el obrero necesita para vivir con su familia, en abierta oposición al salario de competencia, hoy sería tachada de ignorante y utópica). En todo este concierto de personas e instituciones conscientes de las limitaciones del sistema, se contaban empresarios de notable peso (Lever, Cadbury, Krupp, Michelin) que, movidos por convicciones religiosas o filosóficas, trataban de suplir las imperfecciones del mercado con medidas (vivienda, ambulatorio médico, escuela) tachadas de paternalistas, pero que indudablemente mejoraban la situación de sus trabajadores.

A diferencia de las sociedades agrarias, donde el conflicto se manifestaba de forma esporádica (*jacqueries*, quemas de cosechas en situaciones extremas), en las sociedades industriales anidaba de forma permanente y canalizado por los sindicatos, comenzó a aparecer con regularidad. Como hemos visto, gobernantes, ideólogos del sistema y empresarios reaccionaron a la presión del movimiento obrero de dos maneras. En primer lugar, trataron de frenar a los sindicatos por todos los medios, legales e ilegales, marginándolos o atacándolos de forma violenta. Y, al no conseguirlo, tuvieron que reconocer que los problemas que denunciaban eran ciertos y debían solucionarse o, al menos, paliarse desde el propio sistema. Lo que importa destacar es que la ingenua o interesada proclamación de un capitalismo libre de toda sospecha desapa-

reció muy pronto de la boca de sus promotores, para dar paso al reconocimiento de los desequilibrios y limitaciones. La cuestión social no era un asunto marginal o secundario, sino que pasó a ser el centro de la agenda política.

El sindicalismo de lo concreto

A finales del siglo XIX, lo que querían conseguir realizando una huelga los mineros de Carmaux, en Francia, los albañiles sindicados de Barcelona, o los trabajadores del acero de la U.S. Steel, afiliados al IWW, en Pittsburg, era mejorar sus condiciones de vida y trabajo. Con esa acción no pretendían cambiar el mundo, lo cual no quiere decir que no aspiraran a un mundo diferente, sin las injusticias del presente. Por este tiempo, en los países avanzados, se habían difundido ampliamente las doctrinas anarquista y socialista, y los líderes sindicales eran acusados de "internacionalistas" o "comunistas", palabras nada tranquilizadoras para la burguesía, que las identificaba con la subversión mundial. Ni los más fervientes anarquistas consideraban esta hipótesis como algo inmediato, y en este sentido era una acusación desmesurada, pero no cabe duda que muchos trabajadores, los "obreros conscientes", según la terminología de la época, creían que el mundo era injusto y debía cambiar. Desde que a mediados del XIX comenzaron a difundirse modelos alternativos al capitalismo, el sindicalismo estuvo siempre orientado hacia la construcción de un nuevo modelo de sociedad y, conviene repetirlo de nuevo, dejaría de tener sentido si perdiera esta referencia al futuro.

Otra cosa es cómo se alcanza una sociedad más justa, si mediante reformas que vayan transformando el capitalismo, o mediante una revolución que lo arrumbe y sustituya por un modelo de sociedad radicalmente diferente. Repasando la historia comprobamos que el sindicalismo, excepto en momentos puntuales, ha sido mayoritariamente reformista. El sindicalismo francés se autodenominaba "sindicalismo revolucionario" y, en España, las sociedades que estaban en la órbita anarquista y formaron la CNT, en 1910, también se consideraban revolucionarias. La tendencia a extremar hasta el límite la lucha reivindicativa, la negativa a aceptar la mediación de los partidos políticos, y la insistencia en la huelga general, eran elementos que los diferenciaban de los sindicatos de la órbita reformista. Sin embargo, en la praxis concreta coincidían con ellos y se comportaban de manera prudente, resistiendo hasta un límite razonable y buscando asegurar lo conseguido. En una de las huelgas más famosas de nuestra historia, la huelga de La Canadiense, que paralizó Barcelona durante más de un mes, en 1919, el dirigente de la CNT, el Noi del Sucre, pidió, en un espectacular mitin celebrado en la plaza de toros, la vuelta al trabajo. En la ciudad se respiraba un clima revolucionario, pero el experto líder cenetista prefirió una retirada ordenada antes que un fracaso. Es cierto que tanto la CNT como el sindicalismo francés fueron más radicales que la UGT o el sindicalismo alemán, y en líneas generales se mostraron más intransigentes, pero no es correcto establecer una línea tajante de se-

paración entre dos modelos, el revolucionario y el reformista, puesto que tienen muchos puntos en común.

El reformismo sindical tuvo su fuente de inspiración en el revisionismo marxista de Bernstein y Kautsky. Para Bernstein los intentos revolucionarios de derribar el capitalismo estaban llamados al fracaso por varias razones. En contra de lo señalado por Marx sobre la proletarización de la sociedad capitalista, que había de llevar a la concentración de la riqueza en pocas manos y al empobrecimiento del resto, el desarrollo capitalista había fortalecido y ampliado el espectro de las clases intermedias, poco interesadas en un cambio radical. Unido a esto, las sociedades modernas desarrollan un entramado institucional muy amplio y resistente que continúa en pie aunque se ataque y destruya el aparato del Estado. La idea de que con unas barricadas en París se cambiaba el país entero, como ocurrió en las revoluciones de 1830 y 1848, era cada vez más incierta. La transformación social no se conseguiría mediante un golpe de mano, sino mediante reformas progresivas impulsadas por la lucha sindical y de masas. Con este planteamiento, el reformismo sindical no renunciaba a cambiar el mundo, aunque se propusiera un camino más lento y metas más limitadas, y es un hecho que lo consiguió. El capitalismo del Estado de Bienestar en Alemania o Suecia, en los años 60 del siglo XX, era completamente diferente al capitalismo de cien años antes.

Cada pequeño avance fue conquistado con sangre, sudor y lágrimas. En la lucha por la jornada de ocho horas cayeron los mártires de Chicago, acusados falsamente de haber matado a unos policías en una manifestación (1888). En su honor, y para conseguir los tres ochos (ocho horas de trabajo, ocho de descanso y ocho para poderlas dedicar a la familia y la formación), se instauró la jornada internacional del 1 de Mayo. A partir de 1890, en esta fecha, se celebraron mítines y manifestaciones en todo el mundo que fueron, en muchos casos, reprimidas por la fuerza pública. En 1891 en Fourmies, un pueblo minero de Francia, el ejército disparó contra los manifestantes, causando nueve muertos y treinta y cinco heridos. El mero reconocimiento del sindicato como representante de los trabajadores llevó a duros enfrentamientos en muchos lugares. En Homestead Mill, la factoría de la U.S. Steel en Pittsburg, propiedad del magnate Carnegie, trescientos agentes de la agencia Pinkerton, contratados por la empresa para atacar a los huelguistas, fueron repelidos por estos, muriendo siete obreros y tres agentes (1894). La petición de un aumento salarial chocaba, por lo general, con la negativa de la patronal, y derivaba en conflictos que a veces involucraban a toda una ciudad (huelga general en Milán, 1898, Barcelona, 1902, Bilbao, 1903), o a todo un sector (huelga de los mineros del Ruhr, en 1905, en la que participaron 240.000 y que se prolongó durante cuatro semanas). Los citados son, tan solo, algunos ejemplos de los centenares de luchas que fueron marcando el avance del movimiento obrero. Con tenacidad y coraje, afrontando la amenaza de los despidos y de la cárcel, dando en ocasiones la vida, los sindicatos fueron consiguiendo mejoras importantes y, en vísperas de la guerra del 14, en los países industrializados, eran una fuerza con la que los patronos y los gobiernos tenían que contar. ¿Había llegado el momento de dar

un paso más, derrocar el capitalismo y sustituirlo por un sistema comunista? Las devastadoras consecuencias de la guerra y, más tarde, la crisis del 29 crearon un terreno propicio a los estallidos revolucionarios.

Las rupturas revolucionarias

En Rusia, en octubre de 1917, los bolcheviques tomaron el poder acabando con el gobierno provisional formado tras el derrocamiento del zar. Aunque la guerra civil entre blancos, partidarios del antiguo régimen, y rojos continuó en algunas regiones, al terminar la guerra mundial, en 1918, el régimen comunista parecía suficientemente consolidado y se ofrecía como ejemplo a seguir por los revolucionarios de todo el mundo. Alemania fue el país donde aparentemente se daban las condiciones óptimas para que estallase la revolución. El inesperado fin de la guerra, con la rendición de Alemania y la abdicación del emperador, dejó un extendido sentimiento de frustración, acompañado de una situación de vacío de poder. Por doquier surgieron consejos de soldados y obreros que, a la manera de los soviets en Rusia, proclamaron la república socialista en Baviera y Berlín. Pero el gobierno provisional, dirigido por los socialdemócratas más moderados, fue haciéndose con el control de la situación con la ayuda del ejército y de los *freikorps*, cuerpo de voluntarios de extrema derecha, y se estableció una república parlamentaria. Diversos factores (el pago de las reparaciones de la guerra, la hiperinflación, el elevado desempleo) hicieron que la República de Weimar viviera en continua zozobra, zarandeada por las tensiones sociales y por un nuevo fenómeno, el fascismo o nazismo, que aglutinaba bajo la bandera nacionalista a las fuerzas contrarrevolucionarias y que terminó por imponerse en 1933, en el contexto de la crisis económica mundial. La pregunta sobre si la colaboración de los socialdemócratas moderados con los partidos burgueses, y el recurso al ejército para frenar la revolución, no solo fue una traición a sus principios sino un grave error que dejó abiertas las puertas a las fuerzas reaccionarias, o si por el contrario la república de Weimar podía haber sido la solución a los graves problemas con los que se enfrentaba Alemania, es una cuestión que sigue abierta en el debate historiográfico.

La crisis de la posguerra repercutió también gravemente en Italia. A lo largo de 1919 y 1920, en el llamado "biennio rosso", grupos de campesinos del centro y del sur ocuparon las tierras, y en las ciudades industriales del norte se produjo una oleada de huelgas, que terminó con la ocupación de las principales fábricas en Turín y Milán y la formación de consejos de fábrica, a la manera de Alemania. No obstante, la inminencia de la revolución parece haber estado mucho más alejada aquí que en Alemania, donde el movimiento obrero estaba mejor organizado. La represión del gobierno contó con la ayuda no solo del ejército sino de los escuadristas del partido fascista. Ante la pasividad de las fuerzas del orden, las "casas del pueblo" fueron asaltadas e incendiadas por los fascistas, y los líderes sindicales atacados de forma violenta. Al

biennio rosso le sucedieron dos años, 1921-1922, el "biennio nero", durante los cuales los fascistas actuaron libremente, con la típica táctica de crear el desorden para reclamar una mano dura que lo frenara. Tras la marcha sobre Roma, el rey encargó a Mussolini la formación de gobierno dejando el país en sus manos. Como en Alemania, la revolución fue derrotada por el fascismo.

Por lo que respecta a España, que no había sufrido la guerra pero era una sociedad atrasada susceptible de recibir el impacto de la oleada revolucionaria, la revolución apuntó pero no tuvo fuerza suficiente para extenderse por todo el país. El trienio bolchevique (1919-1921) comenzó en Barcelona con la huelga de la empresa eléctrica, La Canadiense, que paralizó la ciudad al unirse a ella las compañías de gas y aguas potables. Se militarizaron los servicios, se hicieron centenares de detenciones y la CNT aceptó un final negociado del conflicto. El malestar obrero persistió y explotó en actos de terrorismo antipatronal, que fueron respondidos por pistoleros de la propia patronal. Barcelona se convirtió en una ciudad peligrosa, con decenas de asesinatos por las dos partes, una lucha en la que el sindicalismo de masas salió perdiendo, ya que con la excusa del terrorismo el movimiento sindical fue severamente reprimido y muchos de sus líderes encarcelados. En 1923, el golpe de Estado de Primo de Rivera y la instauración de la Dictadura, cortó de raíz las posibilidades de lucha.

En 1929 la crisis económica, al extenderse por todo el mundo, abrió un periodo de incertidumbre y de inestabilidad que hacía temer por la supervivencia del sistema. En los estudios en los que se comparan las diversas crisis económicas, se suele pasar por alto que lo que distingue la del 29 de todas las demás no es su gravedad sino la percepción de la misma. Se creía, lo creían los propios representantes del sistema, que el capitalismo liberal estaba herido de muerte y que se necesitaban profundos cambios para evitar su derrumbe. En este contexto, el fascismo se presentó como el movimiento que podía reorganizar la sociedad y la economía sometiéndolas al poder despótico de una dictadura. La sociedad alemana cedió a esta tentación y se dejó avasallar por el nazismo. Por el contrario, en los Estados Unidos la intervención del Estado en el mercado, necesaria para salvar la economía, se realizó de forma democrática implicando en ello a empresarios y sindicatos. El programa del *New Deal*, propuesto y llevado a término por el presidente Roosevelt, supuso, en palabras de Keynes, el fin del *laissez faire* y el impulso del capitalismo corporativo. El dilema entre reformas y revolución se resolvió liquidando definitivamente la segunda, pero abriendo un camino hacia cambios profundos. Las reformas estructurales tenían un calado muy superior al practicado hasta el momento y pretendían de esta manera asimilar el movimiento obrero al sistema, ofreciendo una respuesta satisfactoria a sus principales reivindicaciones (empleo, vivienda, seguridad social).

El periodo de entreguerras, de 1919 a 1939, fue un momento crucial en la historia de Europa y América, en el que chocaron con enorme violencia tres proyectos: el avance por el camino de las reformas, como hemos visto en el New Deal, la construcción de un mundo nuevo ajeno al capitalismo, como se iba a intentar en Rusia, y el establecimiento de regímenes totalitarios, como el nazismo alemán. A España le

tocó vivir, con enorme dramatismo, la posibilidad de una vía reformista y, tras el fracaso de esta, el enfrentamiento entre la revolución y la contrarrevolución. Como es bien sabido, durante la República (1931-1936) la izquierda republicana y los socialistas llevaron a cabo una serie de importantes reformas (reforma agraria, jurados mixtos, escolarización, autonomías), que fueron brutalmente interrumpidas por la rebelión militar. Durante la guerra, los anarquistas, y en parte también la UGT, intentaron poner en pie un modelo económico basado en la propiedad colectiva, mientras los rebeldes avanzaban brazo en alto con toda la parafernalia fascista. Fue el preludio de la segunda guerra mundial, en la que iba a decidirse el rumbo de la historia. Con la victoria de los aliados, el fascismo quedó definitivamente desacreditado y vencido, y las posibilidades de una revolución comunista fueron confinadas a Europa del Este, sometidas a los dictados soviéticos. En Europa occidental el ciclo revolucionario, característico del periodo de entreguerras, quedó clausurado para siempre, se implantaron democracias avanzadas en el terreno social, y el movimiento obrero optó por una estrategia de reformas de la que obtendría un excelente resultado. De ello hablaremos en otro apartado, pero antes es conveniente que analicemos la cultura sindical que la lucha obrera fue fraguando y que, a su vez, contribuyó a impulsarla.

Ellos y nosotros

En la inolvidable película de John Ford *Qué verde era mi valle*, historia de una familia obrera de Gales, el poblado minero, en el fondo del valle, y la mansión de los propietarios de la mina, en una colina, aparecen claramente diferenciados y contrapuestos. La disposición espacial, expresamente buscada por Ford, escenifica algo que va más allá de las diferencias de estatus o de riqueza y tiene que ver con la oposición de dos mundos culturales, el de nosotros y el de ellos. Nosotros entendemos el trabajo, el dinero, la amistad, la utilidad de las cosas, la diversión y el ocio, de una manera distinta a ellos. Esto no significa, claro está, que todos los obreros se atuvieran en su conducta a una determinada concepción del mundo, sino que los obreros más conscientes habían ido creando un mundo de representaciones y valores que los envolvía a todos.

En los inicios del capitalismo industrial en Francia Frédéric Le Play, considerado uno de los pioneros de la sociología, estableció la tesis del desarraigo. Según esta teoría, los obreros de las grandes industrias, procedentes del mundo rural, se encontraban perdidos en un mundo que para ellos carecía de referencias y no conseguían integrarse en la nueva realidad. Aunque esto era cierto al principio ocurrió que muy pronto los trabajadores, en interacción con el nuevo medio, fueron generando una forma de actuar y de estar en el mundo, es decir, una cultura, acorde con la nueva realidad. La disciplina fabril imponía esfuerzos desacostumbrados, pero tenía también un valor educativo. El torpe campesino convertido en obrero de fábrica aprendía

a ser tenaz, ingenioso y hábil, cumplidor y perseverante. De estar sometido a la naturaleza, había pasado a dominarla con la máquina y sentía el orgullo del trabajo bien hecho. Esas fotos de los trabajadores de un astillero sobre la cubierta del barco, en la embocadura de un túnel, o sobre un gran puente de hierro, sonriendo satisfechos el día de la terminación de la obra, muestran la centralidad del trabajo en la cultura obrera. El trabajo no es solo necesario para vivir sino lo que da sentido a la vida, de ahí el tremendo drama del desempleo. Una de las escenas más desoladoras de *Los lunes al sol* es aquella en que los trabajadores del astillero, ahora en paro, pasean frente al barco arrumbado para el desguace. Es el fin de su mundo.

Trabajar cansa y, en los comienzos de la industria, podía resultar agotador. Al terminar la embrutecedora jornada el obrero buscaba distracción y reposo en la taberna. En los informes de la Comisión de Reformas Sociales (1883) aparece la taberna como el principal enemigo del obrero, el lugar de perdición donde consumía su dinero y su salud. El Casino republicano y la Casa del Pueblo se ofrecían como alternativa al obrero consciente. Allí podía encontrar sano esparcimiento, jugando con los compañeros al dominó (sin los efluvios del alcohol), e instruirse escuchando alguna interesante conferencia. La instrucción es el gran tópico de la cultura obrera, la suprema aspiración, porque de la falta de instrucción provienen todos los males del pueblo. Así lo reconoce un simpático personaje de *Sangre y arena*, la novela de Blasco Ibáñez, que por su pertenencia a la Internacional había sido despedido del taller metalúrgico y se había metido a banderillero, *un ofisio reasionario*. El antiguo internacionalista lo tenía bien claro: *a los probes nos engañan porque no tenemos instrusión*. Para remediar este mal estaba la prensa obrera, que no solo informaba sino que conformaba la visión del mundo del militante.

Los ricos se pelean entre ellos para ser más, los pobres nos tenemos que ayudar para sobrevivir. Este sentimiento de la cultura popular de todos los tiempos se incorpora y reformula en la cultura obrera, debido al entorno en el que nace. De un lado la prepotencia de los capitalistas, del otro la solidaridad de los trabajadores. El conocido economista y premio Nobel Robert Solow, en *El mercado como institución social*, ha explicado las razones de la solidaridad obrera a partir de las características del mercado de trabajo. Dado que, por lo general, la oferta de mano de obra es superior a la demanda, actuar de forma individualista y competir a la baja por el puesto de trabajo llevaría a una situación de desvalorización total, ya que siempre habría alguien dispuesto a trabajar por menos. Incluso desde el punto de vista egoísta es mejor presentarse unidos, fijando un tope salarial por debajo del cual nadie aceptará trabajar. Sin necesidad de esta argumentación, planteada desde el individualismo metodológico, los trabajadores siempre han sentido que necesitaban unirse para vencer a los patronos, y esta percepción elemental de que la unión hace la fuerza es la base del sindicalismo. Las características del trabajo industrial, realizado con frecuencia en equipo y acompañado por rituales de grupo (el almuerzo con los compañeros, la salida multitudinaria de las fábricas, los paros espontáneos cuando se producía un accidente mortal), reforzaban el sentimiento de compañerismo. En la

cultura sindical, la unión ha sido y es mucho más que una actitud defensiva o una estrategia para conseguir fuerza. Se trata de un sentido de identidad y de pertenencia a un colectivo, la clase obrera, los oprimidos y explotados en el trabajo, sin distinción de raza, sexo, religión o nacionalidad. La solidaridad de clase traspasa las fronteras. Los sufrimientos de un fundidor de Pittsburg, de una tejedora de Manchester o de un minero de Asturias, tienen la misma causa y su lucha contra la opresión capitalista es la misma. Como expresaba el lema del IWW, International Workers of the World, *an injury to one is an injury to all*, una injuria a uno de los nuestros es un ataque a todos nosotros.

A finales del siglo XIX un gran número de ciudades, imitando lo realizado en París por Haussmann, acometieron grandes planes de reforma urbana. El saneamiento del antiguo casco urbano y la apertura de espaciosas vías tenían varios objetivos, entre los que se contaba la cualificación y diferenciación de espacios. La demolición de la vieja ciudad suponía la expulsión de la gente humilde, que desde siempre había vivido allí y el nacimiento de los barrios obreros en la periferia, plasmándose así en la disposición del espacio la contraposición ellos-nosotros. Los barrios obreros respondían, muchas veces, a las sórdidas descripciones de Dickens o Zola, hacinamiento, miseria, estrechez de los habitáculos, insalubridad. Pero en muchas ciudades industriales de Gran Bretaña, en las grandes empresas de la cuenca del Ruhr, o en las zonas mineras y textiles del nordeste de Francia, se construyeron muchos barrios con casas unifamiliares con un cierto decoro. Donde se podía vivir con algún desahogo, y ese era el objetivo de la lucha sindical, la cultura obrera generaba un comportamiento en la vida cotidiana basado en la "respetabilidad". Hacerse respetar no significaba aparentar más de lo que se es, como hacían los burgueses, sino todo lo contrario, mostrar que la pobreza llevada con dignidad merece el máximo respeto. Los obreros no se avergonzaban de lo que eran, presumían de ello. Mirémosles, hoy es domingo y ahí están haciendo gala de su condición, con la gorra calada el hombre, la camisa abrochada sin corbata, blanca, bien planchada, la mujer con la toca sobre los hombros y el moño recogido, el chico pequeño con la chaqueta del mayor arreglada por la madre, las botas usadas relucientes. Caminan orgullosos, pero es sobre todo la madre la que ocupa el centro de la escena. En la asignación de roles de la cultura obrera correspondía a la mujer, responsable de los hijos y del hogar, garantizar la respetabilidad. En los sainetes costumbristas se dice de esa mujer ejemplar que es "honrada y limpia", subrayando no solo que es fiel a su hombre sino que sobresale por el orden y el aseo. Del marido se afirma que es un hombre "serio y cabal", que entrega todo lo que gana a la mujer para que lo administre.

Anselmo Lorenzo, el conocido líder anarquista, cuenta en sus memorias, *El proletariado militante*, que mientras trabajaba en un taller, en Francia, se puso a cantar un aria de ópera lo cual provocó el asombro de sus compañeros, sorprendidos de que un obrero español tuviese cultura musical. Lorenzo, que tenía el genio corto, se molestó por la observación que él consideraba un menosprecio del proletariado español. Seguramente exageraba. La ópera, como espectáculo, era el templo sagrado

donde iba la burguesía a lucir sus galas y no es casual, sino simbólico, que un anarquista lanzara una bomba en el Liceo de Barcelona. Al margen de esto, al pueblo le gustaba la música de calidad, como lo prueban los Coros Clavé creados a imitación de las sociedades musicales formadas por obreros en Gran Bretaña y Alemania. En *Qué verde era mi valle* la confirmación de la *respectability* que se merecen los obreros es que el coro de los mineros sea recibido por la Reina. Y en *Tocando el viento*, la película de M. Herman, lo último que les queda por hacer a los trabajadores de una fábrica que va a ser cerrada, para mantener su orgullo y fijar la memoria colectiva, es que su coro gane en los Proms.

El asociacionismo obrero para canalizar el ocio fue muy rico y variado. A principios del siglo xx el deporte, que había sido exclusivo de las clases ociosas y de las universidades que competían entre sí (la famosa regata Oxford-Cambridge), pasó a ser una poderosa forma de agregación de las clases populares que se identificaban con los colores del equipo de su barrio. Este fenómeno se desarrolló, sobre todo, en Gran Bretaña donde en las principales ciudades competían el equipo de los obreros y el de los ricos (Tottenham y Chelsea, en Londres, Everton y Liverpool). Una rivalidad que ha perdurado hasta nuestros días es la del Celtic Glasgow con el Rangers atribuida al enfrentamiento entre católicos y protestantes. Aunque esto es cierto, se trataba, en el fondo, de un enfrentamiento de clase ya que los católicos eran los emigrantes irlandeses que se establecieron en Glasgow en busca de trabajo. Nosotros éramos distintos a ellos, y cuando jugábamos a lo mismo lo hacíamos en equipos diferentes.

La riqueza de una cultura depende, en buena parte, de su capital simbólico y la cultura obrera fue acumulando a lo largo del tiempo una buena cantidad. Las fechas conmemorativas (el 1 de mayo y el 8 de marzo, día de la mujer trabajadora) adquirieron y aún gozan de un potencial simbólico universal. Las banderas rojas y los puños en alto. Las canciones que hablan de sufrimiento, coraje, lucha y esperanza, *Bandiera rossa*, en Italia, *Which side are you on*, 'De qué lado estás tú', la vibrante canción de los "wobblies" americanos, transmitidas de padres a hijos. La entrega y recepción del carnet de afiliación, en una ceremonia con cierto carácter sacramental, la iconografía de los locales y la liturgia de los mítines. En una palabra, el mundo obrero forjó toda una simbología que reforzaba sus señas de identidad, y que perduró incluso cuando la sociedad de consumo comenzó a difuminar las diferencias externas. Hay que tener en cuenta que la operatividad de una cultura no requiere que se esté viviendo en idéntica situación, sino en que se compartan los ideales y valores que expresa.

Cambio estructural y poder corporativo

El periodo que va del final de la segunda guerra mundial, en 1945, a 1980 se caracteriza por el cambio de modelo económico y por el apogeo del sindicalismo. Suele llamársele periodo keynesiano fordista, por estar vertebrado por grandes corporaciones de

tipo fordista y orientado por la teoría económica keynesiana. Se distingue por el pleno empleo y el consumo de masas, la protección social y la intervención del Estado.

Hasta este momento la vida obrera había crecido amenazada por cinco terribles espectros: la enfermedad, la vejez, la ignorancia, la falta de vivienda y el paro. La magnitud de estos problemas superaba la capacidad de los sindicatos cuyo primer objetivo era asegurar el empleo con un salario que permitiera vivir y que difícilmente daba para ahorrar. Las sociedades de socorros o de ayuda mutua, las *Friendly Society* británicas, las *Mutualités* francesas, inspiradas en las ideas de Owen y Proudhon, podían disponer de una cantidad de capital muy escasa. La gravedad de la cuestión social que, como hemos dicho al principio, era la principal preocupación de los gobiernos, exigía la intervención de estos, pero la cobertura de las necesidades sociales tuvo un ritmo de implantación y una amplitud diferente según los países. Incluso en los que estaba más desarrollada, como Alemania y Gran Bretaña, tenía un carácter fragmentado, limitado a colectivos específicos, y prestaciones muy bajas. El salto a un sistema de cobertura universal, concebido como un derecho ciudadano, se dio tras la segunda guerra mundial y tuvo como punto de referencia el informe Beveridge de 1942 y la Nacional Insurance Act de 1946 que establecía una contribución específica para cubrir las pensiones de vejez, el seguro de desempleo y la atención sanitaria. El Servicio Nacional de Salud británico, creado en 1948, sirvió de modelo al resto de países europeos y su filosofía se resume en el siguiente principio: "la atención proporcionada no dependerá del pago sino de la necesidad". En un centro público debía darse la misma atención al patrón y al obrero. Como escribió con fina ironía F. de Wendel, el gran patrón de la siderurgia francesa, hospitalizado a pesar de sus millones en un centro público: "en la habitación de al lado se encuentra el camarada Jouhaux" (secretario general de la CGT).

La implantación del Estado de Bienestar en Europa ha sido uno de los hechos más trascendentales del siglo xx, seguramente el que ha tenido una repercusión más positiva. Como escribió el sociólogo T. S. Marshall, abrió un nuevo ciclo histórico, el de la democracia social. Los bienes más valiosos (sanidad, enseñanza) se ofrecen por igual a todos los ciudadanos y su financiación, basada en un sistema fiscal en el que pagan más los de mayores ingresos, realiza una redistribución de la renta a favor de los que menos tienen.

La intervención del Estado en la economía cambió la forma de actuar del sindicalismo, ya que comprendía una serie de actuaciones en las que se buscaba implicar mediante pactos a los agentes sociales, las grandes corporaciones industriales y los sindicatos. Antes de que se generalizara esta política, tras la segunda guerra mundial, se practicó con mayor o menor amplitud en algunos países. El *New Deal*, el nuevo contrato propuesto por Roosevelt al ser elegido presidente en 1932, contenía diversos programas de recuperación económica entre los que destacaba el dirigido a la industria, el NIRA. Las empresas que se incorporaban a este programa, debían elaborar un código de conducta comprometiéndose a no reducir la producción y colaborar con los sindicatos. Por la ley Wagner estaban obligadas a reconocer al sindicato que hubiera obte-

nido la mayoría y a negociar con él. La afiliación sindical se duplicó, pero algunas de las empresas más poderosas se negaron a cumplir la ley. La derrota de la General Motors, en 1937, ante el sindicato del automóvil, el UAW, después de una huelga durísima, con ocupación de la fábrica, se convirtió en el símbolo de los nuevos tiempos. El convenio firmado entre la empresa y el sindicato sirvió de referencia a todo el sector del automóvil, y el modelo contractual se aplicó en los principales sectores de la industria (electricidad, siderurgia, minería). El New Deal prefiguró un modelo, llamado por algunos corporatismo democrático, basado en un sistema de *checks and balances*, o de equilibrios, en el que los intereses económicos organizados (patronal y sindicatos) intentaban, de acuerdo con el gobierno, regular la actividad económica.

El gobierno del Frente Popular, en 1936 en Francia, intentó discurrir por un camino parecido. Alentado por las promesas de cambio, se produjo en todo el país un movimiento de ocupación de fábricas que terminó con los acuerdos de Matignon entre el gobierno, la patronal y los sindicatos. La medida más espectacular fue la semana de vacaciones pagadas, que ha pasado a la historia en decenas de relatos literarios y cinematográficos. Pero donde primero se produjo el cambio del modelo, del *laissez faire* al keynesiano fordista, fue en Suecia con la llegada al gobierno, en 1932, del partido socialdemócrata. A falta de una mayoría holgada para llevar adelante su política de reactivación económica, los socialdemócratas se apoyaron en un pacto social entre patronal y sindicatos, cuyo eje era la redistribución de la renta mediante la presión fiscal y la oferta de bienes y servicios públicos. Los sindicatos entraron en el juego que prometía una sociedad más igualitaria, y el empresariado vio con buenos ojos una sociedad que aseguraba la estabilidad y la demanda. El modelo sueco se consolidó con sucesivos triunfos electorales de los socialdemócratas y se convirtió en el ejemplo a imitar.

La segunda guerra mundial dejó un legado de valiosas enseñanzas de cara a la construcción del nuevo orden mundial. El sentimiento más extendido era que no podían repetirse las circunstancias y los hechos que habían llevado a aquella horrible orgía de muerte: el paro masivo y las dictaduras fascistas. Había que construir sociedades democráticas firmemente asentadas en el pleno empleo, la protección social y el consumo de masas. El modelo económico adoptado fue el de economía mixta en la que se compaginaba la libertad de mercado con la regulación, y el respeto a la propiedad privada con una amplia presencia del sector público. Un modelo, es necesario recordarlo, sobre el que existía un consenso generalizado entre los partidos políticos de la derecha y de la izquierda, entre la mayoría de economistas, puesto que el paradigma keynesiano se impuso en las universidades, y entre los agentes sociales. Para las grandes corporaciones, dedicadas a la producción masiva de mercancías (electrodomésticos, automóviles), el impulso dado por el Estado al desarrollo era fundamental, y los sindicatos veían la posibilidad de una sociedad más justa.

Pero esto no significa que desapareciera el conflicto social y que la clase obrera se integrara mansamente en la sociedad de consumo. A lo largo del periodo hubo dos grandes oleadas huelguísticas, impulsadas por un sindicalismo en alza, la primera en

torno a 1950 para asegurarse una posición de poder en la nueva sociedad que se estaba diseñando, la segunda a mediados de los 60 para ampliar las reformas en un momento en que parecían detenerse. Desde todos los puntos de vista estos años (1950-1970) representan la edad de oro del sindicalismo por la afiliación, la combatividad, el poder contractual y las mejoras sociales alcanzadas. La tesis que califica este periodo como una etapa de dejación e integración pasiva en el sistema capitalista es difícilmente sostenible. Sociológicamente la centralidad obrera alcanza el punto más elevado, propiciada por corporaciones gigantes con miles de trabajadores. Ideológicamente la creencia en que la clase obrera es el motor del cambio continúa vigente y, en este sentido, es significativo que, en Francia, el gesto de los curas-obreros de ir a trabajar, en 1946, a las fábricas lo repitan con la misma fe los estudiantes sesentayochistas. Para unos y otros, la salvación tenía que venir de la clase obrera. Los *métallos* que desfilaban por París en una manifestación multitudinaria, en 1960, se parecían poco a la imagen frentepopulista personificada en la pantalla por Jean Gabin, con la gorra ladeada y el eterno *gauloise* en la comisura de los labios, pero avanzaban con la misma firmeza. Vestían mejor, vivían mejor, pero ¿acaso la lucha se afronta para vivir peor? Colectivamente eran más fuertes. Billancourt y Mirafiori eran bastiones obreros y una huelga de la Renault, de la Fiat, o del IG Metall, podía poner en jaque al país. Los sindicatos, incluidos los de mayoría comunista como la CGIL, se identificaban con el proyecto socialdemócrata. Creían que los cambios estructurales que se estaban produciendo, no solo mejoraban sustancialmente el bienestar de los trabajadores sino que imponían barreras a las tendencias destructivas del capitalismo. Estaban por la labor de apoyarlos, pero la elevada conflictividad de este periodo demuestra que no habían renunciado a seguir luchando por una sociedad más justa.

Los acuerdos de Grenelle entre los sindicatos CGT y CFDT, la patronal y el gobierno, con los que se trató de poner fin a la oleada huelguística que acompañaba la rebelión estudiantil de mayo del 68, en Francia, no fueron un acta de rendición del movimiento obrero frente al capitalismo. Significaron, eso sí, la confirmación de la renuncia a una revolución de carácter cataclísmico (derrumbamiento repentino y total del capitalismo), de la que el movimiento obrero hacía tiempo que se había apartado en los países avanzados para seguir un camino de reformas. Lo mismo cabría decir del sindicalismo italiano, donde la CGIL participó activamente en las luchas del *autunno caldo* hasta que se llegó a un punto en el que había que optar entre el camino de demolición del capitalismo, propuesto por grupos izquierdistas insurreccionales, sin arraigo en las masas y sin perspectiva alguna de éxito, o el camino tradicional del sindicalismo reformista. Puede juzgarse acertada o equivocada esta opción, que es determinante y reiterativa a lo largo de la historia del sindicalismo, pero lo que no puede afirmarse es que haya supuesto una renuncia a la lucha por la transformación social. Si el mundo es hoy más justo que hace ciento cincuenta años se debe, en gran parte, a la lucha sindical. Y si se ha producido un retroceso en los últimos veinte años no ha sido debido a la abdicación de los sindicatos, sino a que los cambios en el modo

de producción han sido aprovechados por los representantes del capital para recuperar el terreno perdido.

España, diferente a la fuerza

Durante todos estos años, en los que se produjo un significativo avance del sindicalismo, España permaneció al margen debido a la dictadura franquista. Los sindicatos obreros fueron prohibidos en 1939 y no volverían a ser legalizados hasta 1977, ya en democracia, sus líderes perseguidos y encarcelados, y la actividad sindical libre y al margen del sistema fue reprimida con extrema dureza. En su lugar se creó un sindicato oficial ligado al aparato del Estado, del que formaban parte empresarios y trabajadores, con escasas posibilidades reivindicativas. Bajo un régimen dictatorial, en el que el más mínimo signo de disidencia era motivo suficiente para ser encarcelado, y en una sociedad sumida en la miseria y dominada por el miedo, resultaba prácticamente imposible poner en pie una oposición organizada y estable, si se exceptúa la guerrilla confinada en las montañas y con nula incidencia en las ciudades, liquidada en torno a 1948. La protesta en las fábricas quedó reducida a acciones puntuales, dispersas y con escaso seguimiento, ya que la huelga estaba considerada como un delito político de sedición y severamente castigada. No obstante, el malestar estalló en alguna acción de masas de gran importancia, como la huelga general en las grandes empresas de Bilbao, en 1947, y la huelga por la subida del precio de los tranvías en Barcelona, en 1951, a la que se adhirió gran parte de la población.

Esta situación cambió por completo a partir de los años 60. A finales de los 50 la desastrosa política económica del gobierno había llevado el país al borde de la bancarrota. Hubo que pedir ayuda al FMI y al Banco Mundial y realizar un plan de estabilización y de ajuste. Superado con éxito, el nuevo equipo gubernamental intentó seguir el camino del desarrollismo económico, transitado con anterioridad por los países europeos, aunque sin ceder un ápice en el terreno político. Los ingredientes son de sobra conocidos: bajos tipos de interés para facilitar el crédito, modernización industrial, pleno empleo, oferta asequible de bienes de consumo duradero (comenzando por la lavadora hasta llegar al mítico *seiscientos*). Franco y sus nuevos colaboradores, los ministros tecnócratas, pensaban que las mejoras económicas bastarían para calmar el malestar, sin necesidad de cambios políticos, pero ocurrió lo contrario, que el malestar hasta entonces soterrado y contenido, comenzó a manifestarse en protestas de cariz político dirigidas contra la dictadura. Este giro, que convirtió al movimiento obrero en el eje de la lucha por la democracia, se debió a varias razones.

En primer lugar, la entrada masiva en el mundo del trabajo de una generación que no había conocido la guerra, que carecía de la experiencia y la cultura sindical de sus mayores, pero que a diferencia de estos no estaba traumatizada y paralizada por la derrota. Los jóvenes obreros pensaban que debían aprovechar las oportuni-

dades de mejora que les ofrecía el desarrollismo, abandonando la actitud pasiva y resignada de sus padres y exigiendo lo que merecían por su trabajo. En segundo lugar, los esfuerzos de modernización industrial llevaban consigo mejoras en los sistemas de trabajo, sustituyendo el arcaico ordeno y mando por métodos de control de tiempos e incentivos. Sin idealizar la "organización científica del trabajo", que en el fondo refuerza la autoridad de la empresa, no cabe duda que su práctica se basa en un cierto contractualismo. Por ello fue necesario crear la figura jurídica de los Convenios Colectivos (ley de 1958) por medio de los cuales empresas y trabajadores pactaban las condiciones de trabajo. En tercer lugar, la intuición táctica de quienes desde la oposición a la dictadura, vieron las posibilidades que abría la nueva situación para impulsar la lucha reivindicativa. Ocupando los cargos de representación sindical, elegidos por la base, se podía participar en la negociación de los convenios y convertir estos en una punta de lanza de la lucha contra el franquismo. Aunque, en principio, la plataforma de los convenios se ceñía a reivindicaciones económicas y laborales, la exigencia de libertad sindical los convertía en una denuncia contra la dictadura.

De la combinación de estos elementos nacieron las Comisiones Obreras que con una forma flexible de organización, vertebraron e impulsaron el nuevo movimiento obrero. El detonante de las movilizaciones fue la lucha de la minería asturiana en 1962. Durante dos meses, sesenta mil mineros de la región se mantuvieron en huelga, desafiando al gobierno que utilizó la violencia para vencerles y, al final, tuvo que aceptar sus reivindicaciones. Era la primera vez, en el franquismo, que se producía un conflicto de tal envergadura y su repercusión nacional e internacional fue notable. En solidaridad con su lucha, se realizaron paros en los principales centros industriales de Madrid, Barcelona, Bilbao y otras capitales, hubo asambleas y manifestaciones de apoyo de los universitarios, y un resonante escrito de protesta firmado por los intelectuales y artistas más famosos. La huelga de Asturias significó un punto de ruptura con las inoperantes formas de la lucha clandestina y el paso a un enfrentamiento a cara descubierta, en el que las Comisiones Obreras llevaron la voz cantante.

En 1964 se creó la Comisión Obrera del Metal, en Madrid, y la Comisión Obrera de Barcelona, que pueden considerarse el punto de partida organizativo del nuevo movimiento, y a su imagen y semejanza se crearon Comisiones Obreras en la principales capitales, a lo largo de 1965-1966. Participaron en ellas líderes comunistas (obviamente sin dar a conocer su afiliación) y militantes de los movimientos cristianos de base (JOC, VOJ y HOAC), bastantes de ellos con el cargo oficial de enlace o jurado que los legitimaba ante los compañeros como cargos electos. Asegurada la estructura organizativa, las Comisiones se dieron a conocer públicamente en las manifestaciones del 1º de Mayo que tuvieron lugar por primera vez en 1967 y que se convirtieron en una cita anual obligada, siempre brutalmente reprimida por la policía. La conflictividad creció de una forma exponencial en las fábricas y en la universidad, de tal manera que el gobierno se vio desbordado y, en 1969, declaró el Estado

de excepción durante dos meses. A partir de 1970 comenzó la cuenta atrás del franquismo que era incapaz de controlar los continuos conflictos laborales y universitarios, a pesar de la contundencia empleada en la represión, en ocasiones saldada con muertes de manifestantes. Hubo huelgas en empresas de gran significado, como la SEAT, y huelgas generales, en la construcción en Granada, Sevilla y Madrid (1970) en los astilleros de Vigo y el Ferrol (1972) en la zona del Baix Llobregat (1974). Al morir Franco, en noviembre de 1975, se produjo una impresionante oleada de huelgas, con las que el movimiento obrero quería impedir la continuidad del régimen. En enero de 1976 había dos millones de trabajadores en huelga, en una movilización sin precedentes de amplios sectores de la población. La operación continuista fracasó y el Rey tuvo que nombrar jefe de gobierno a Adolfo Suarez, quien pactó con la oposición la transición a la democracia.

La transición sindical, es decir, el paso de un movimiento de oposición a la dictadura a su institucionalización como agente social de la democracia, no fue fácil. La propuesta de CCOO de convocar un Congreso Constituyente de todas las fuerzas sindicales que diera lugar a una central unitaria no pudo llevarse a cabo por la voluntad de UGT, a su vuelta del exilio, de mantener la autonomía. El panorama quedó configurado con dos grandes sindicatos, CCOO y UGT, y otras fuerzas con una implantación restringida a algunas zonas o sectores (caso de la USO activa en algún sector de producción, o de ELA-STV con fuerte presencia en el País Vasco). La competencia por el espacio sindical enturbió las relaciones entre los dos sindicatos mayoritarios y restó claridad a sus propuestas, hasta la huelga general de 1988, a partir de la cual han venido actuando de común acuerdo en las cuestiones fundamentales.

La situación económica con la que se encontraron, en 1977, no era nada halagüeña. La crisis se había extendido por los países industrializados y el crecimiento parecía haber tocado techo, el peor escenario para comenzar su actuación unos sindicatos que querían imitar a los europeos. Tanto CCOO como UGT (a pesar de las declaraciones con las que pretendían diferenciarse), adoptaron una estrategia orientada a conseguir grandes acuerdos con el gobierno y la patronal, con los que se garantizara el empleo y se ampliara la protección social, ni más ni menos que una estrategia socialdemócrata. Los Pactos de la Moncloa, en los que se aceptaban restricciones salariales para frenar la inflación, a cambio, entre otras medidas, de una profunda reforma fiscal, podrían calificarse de un acuerdo de política de rentas a la sueca. Pero como el desempleo seguía su curso imparable, sin que se pusiera remedio, los sucesivos acuerdos se convirtieron en un contrasentido, puesto que se basaban en la hipótesis de que se iban a llevar a término políticas keynesianas, cuando gobierno y patronal estaban practicando políticas neoliberales de ajuste duro. Tras una serie de acuerdos, en los que se consiguieron cosas interesantes (la consolidación de los derechos sindicales) pero no lo principal (una política activa de empleo), los sindicatos rompieron con el gobierno y la patronal convocando, en 1988, una huelga general que tuvo un seguimiento masivo. A partir de entonces, CCOO y UGT se alinearon con los sindicatos europeos en la lucha contra el neoliberalismo.

La continuación de la historia

En los años 70, de lo que más se hablaba en los círculos políticos y económicos era de la "estagflación", un fenómeno hasta entonces no detectado pero cuya aparición significó el fin del modelo keynesiano. Consistía en que la política de déficit público, dinero barato y salarios altos con la que se pretendía sostener la demanda y mantener el empleo provocaba el efecto contrario, a saber, una inflación incontrolable sin crecimiento económico y, como consecuencia, un retorno del desempleo. Los dos shocks petrolíferos, en 1973 y 1979, agudizaron aún más el problema, ocasión que aprovecharon los economistas hostiles al keynesianismo para desarrollar una contraofensiva en toda regla. A su juicio, nos encontrábamos en una crisis de oferta, no de demanda, frente a la que había que llevar a cabo un ajuste duro, aunque este provocara una auténtica debacle de empresas y un desenfrenado aumento del desempleo. El programa de los monetaristas, o neoliberales, encontró dos fanáticos abanderados en el presidente de los Estados Unidos, R. Reagan, y la primer ministro de Gran Bretaña, M. Thatcher, que gobernaron en sus respectivos países durante la década de los 80 y llevaron a cabo las propuestas más radicales: desregulación de los mercados, ataque a los sindicatos y a los derechos de los trabajadores, privatización del sector público, incluyendo parcelas del Estado de bienestar. Los *reaganomics* y el thatcherismo se convirtieron en obligada referencia y, en cierto modo, se vieron favorecidos por dos hechos de extraordinaria importancia: la aparición y rápida difusión de las tecnologías de la información, y el hundimiento del mundo comunista. De la combinación de ambos ha surgido la característica distintiva de nuestro tiempo, la globalización. Vivimos en mercados abiertos e interconectados, en los que es sumamente fácil deslocalizar la producción a otro país, con un peso agobiante de los mercados financieros que, con fabulosas jugadas especulativas, marcan el paso a la actividad industrial relegándola a un segundo plano. Tan hostil es el entorno a todo lo que signifique actividad sindical, que algunos piensan que ha llegado al final de su historia. La clase obrera industrial, antes compacta y homogénea, se ha ido descomponiendo y ha sido sustituida por el magma fluido de los trabajadores/as de servicios. Las dificultades para encontrar empleo (y para mantenerlo), han exacerbado el individualismo y el desinterés por la acción colectiva, con la consiguiente caída de la afiliación.

La cultura obrera, como sentido de pertenencia a una clase con unos valores y unas pautas de conducta diferenciadas, ha desaparecido. Parece que a los sindicatos no les queda donde cogerse. Sin embargo, lo que justifica y exige la lucha sindical no ha desaparecido sino que reina de una manera opresiva. Siguen existiendo la injusticia y la explotación de los trabajadores y trabajadoras, han vuelto situaciones del pasado, la angustia de no llegar a fin de mes o de ser desalojados del piso, la desesperanza sin salida de quienes no encuentran empleo. Todo eso ha reaparecido con más fuerza que nunca, acompañado de un violento ataque a las conquistas sociales. Estando así las cosas, los sindicatos no pueden desaparecer y no lo han hecho. Aunque las circunstancias sean adversas (¿cuándo no lo fueron?) los sindicatos están ahí, se mueven y,

continuando la historia que aquí hemos trazado, se alzan contra el fatalismo de que no hay otra salida que lo que dicten los mercados. Ante todo, se trata de defender las grandes conquistas, de las que hablamos en un apartado anterior, plasmadas en el Estado de Bienestar. La importancia de estas conquistas es tan grande, y han influido tanto en la vida de las personas, que ni el político más reaccionario ni el economista más neoliberal se atreven a impugnarlas. Todos dicen defenderlas, pero existen importantes grupos de poder empeñados en socavarlas, reduciendo y privatizando sus prestaciones y servicios. Los sindicatos están siendo el único muro de contención frente a una ofensiva demoledora que afecta a toda la ciudadanía y en España, Italia y, sobre todo, en Francia, han impulsado grandes campañas para frenarla. En contra de quienes afirman que en la sociedad postindustrial el papel de los sindicatos ha quedado reducido a la defensa de los cada vez más irrelevantes trabajadores industriales, los sindicatos están jugando un papel central en la defensa de toda la sociedad. Son los aglutinadores de la protesta por problemas que atañen a todos.

La razón por la que los sindicatos siguen teniendo ese papel central es bien sencilla aunque trate de ocultarse: porque la cuestión social sigue siendo el principal problema. Quien se atreve a recordarlo es tachado de anticuado y retrógrado por los mandarines del sistema, porque en el terreno de las ideas la izquierda ha perdido la batalla. A lo largo de los últimos veinticinco años se ha producido un recambio espectacular de la hegemonía ideológica. No solo el marxismo, sino también el progresismo latente en el intervencionismo keynesiano, que dominaron la interpretación de la realidad durante el periodo 1945-1980, y que incluían, cada uno a su modo una crítica al funcionamiento del mercado, han sido barridos y sustituidos por un tipo de liberalismo economicista, para el cual lo único que cuenta es la eficiencia del mercado. Ya no hay cuestión social, solo existe la cuestión económica, lo cual tiene importantes consecuencias porque entonces está de más la política. Si todos hemos de obedecer a los mercados, entonces ya no hay política de derechas ni de izquierdas. Sin embargo, como en el dibujo de El Roto, tal vez no haya derecha ni izquierda pero sigue habiendo arriba y abajo. La realidad muestra que hay ricos (muy ricos) y pobres, explotadores y explotados o, como decía un personaje de Blasco Ibáñez, *esquiladores y esquilaos*. La cuestión social existe, encubierta pero sangrante, y la función del sindicalismo consiste no solo en resolver algunos de sus problemas sino en volverla a poner en el centro del debate ideológico y político. Esto no significa que deba recluirse en un doctrinarismo de denuncia permanente de los desmanes del capital. A lo largo de su historia, el sindicalismo ha sabido combinar la intransigencia con la moderación, el enfrentamiento con el pacto, y lo ha de seguir haciendo. Pero si quiere tener futuro no puede identificar su lógica con la lógica del capital. Ellos y nosotros no tenemos los mismos intereses.

Historia del sindicalismo español.
Desde sus orígenes hasta la conquista de la democracia actual

Texto inédito elaborado por Ramiro Reig para el libro *Historia y sociología del sindicalismo,* de próxima publicación.

Introducción

La historia de España del siglo XIX y gran parte del XX aparece ensombrecida por calificaciones pesimistas. Atraso (agrario), fracaso (de la revolución industrial), desastre (ultramarino), debilidad (financiera), quiebra (del Estado), decadencia (del país). Los historiadores económicos, de 1980 en adelante, han venido mostrando con datos contrastados que estos juicios derrotistas gestados por la generación del 98 no siempre contaban con argumentos convincentes. Ciertamente España no fue "le malade de l'Europe", como se decía de Turquía, pero aun con las correcciones al alza queda como un país periférico alejado de las grandes potencias (Gran Bretaña, Francia y Alemania) y con graves desequilibrios económicos espaciales y sectoriales. La ruptura económica con el Antiguo Régimen, por la forma en que se llevó a cabo la desamortización y venta de los bienes eclesiásticos y comunales, no produjo una difusión de la propiedad y una mejora de los cultivos sino un aumento de la gran propiedad en todo el centro y sur de la península. El peso de unas estructuras agrarias anquilosadas bloqueó la articulación del mercado y el crecimiento de la industria.

Principal causa de nuestros males fue la tardía y raquítica revolución liberal. La Constitución de Cádiz, de 1812, en la que se proclamaron los principios básicos de una sociedad moderna (soberanía de la nación y derechos y libertades fundamentales) fue ignorada y conculcada a la vuelta de Fernando VII. La muerte del rey, en 1833, pareció despejar el camino hacia la libertad pero esta se encontró con serios obstáculos. La guerra carlista, promovida por los partidarios del hermano del rey, defensores de la política liberticida del difunto, en contra de su hija y de la regente, supuso un enorme coste en vidas humanas y en dinero y prolongó la situación de anormalidad. Los "espadones" no solo mandaban en el campo de batalla, también en la corte los políticos tenían que contar con el apoyo de algún militar para tener acceso al gobierno, un mal que se convertirá en endémico y caracterizará la vida política española hasta el destronamiento de la reina. La historia de nuestro siglo XIX es una sucesión ininterrumpida de "pronunciamientos" militares, de los que tenemos un admirable retrato literario en las obras de Galdós y Valle-Inclán.

La Restauración de la monarquía borbónica (1875) se propuso acabar con un sistema político basado en intrigas palaciegas, asonadas militares y motines callejeros, pos-

tulando como objetivo supremo la estabilidad. Para conseguirlo el modelo ideado por Cánovas se asentaba sobre un turno pacífico de partidos que se irían alternando de mutuo acuerdo en el poder. Si nos atenemos a su principal objetivo, la ansiada estabilidad, hay que decir que el modelo funcionó durante treintaicinco años, hasta la crisis de la Semana Trágica (1909), de una forma aceptable, superando la grave crisis del 98, pero lo hizo a costa de dejar fuera del juego político a una amplia franja de la población. Los partidos del turno representaban opciones ideológicas con las que podían identificarse, a lo sumo, las clases medias, pero no las clases populares que mostraban una clara inclinación hacia el radicalismo republicano. El "tinglado canovista", como se decía en la época, tuvo importantes repercusiones en el sindicalismo ya que, al no poder canalizarse las reivindicaciones populares por la vía política, descargaban todo el peso por la vía de la protesta social.

Esta situación de forzado equilibrio comenzó a desmoronarse con la crisis provocada por la Semana Trágica (1909). El turnismo se descompuso por disensiones internas y por su incapacidad de integrar nuevas fuerzas sociales, y los intentos de crear nuevos equilibrios fracasaron. La alternativa estaba al margen del sistema, pero las fuerzas opositoras, después de una débil y efímera coalición republicano-socialista, se mostraron incapaces de articularla. La única fuerza organizada de oposición era el sindicalismo. Crecido en número, organizado en dos fuertes centrales, CNT y UGT, y radicalizado en sus exigencias, a partir de 1914 el movimiento sindical, por su capacidad de agitación social y por la carencia de mediadores que canalizaran sus demandas, se erigió en protagonista de la vida política con actuaciones que pusieron contra las cuerdas a los gobiernos de la monarquía, El golpe de Estado de Primo de Rivera, prolongado en una breve dictadura (1923-1929), salvó a la monarquía del inminente colapso.

Al fin vino la República, tan idealizada y anhelada. Había llegado el momento de poner a prueba las ilusiones y los sueños y los sindicatos ocuparon el escenario político, por delante de los partidos, para defender sus respectivos proyectos. Para la UGT la república ofrecía la oportunidad de llevar a término el proyecto reformista por el que siempre había abogado, para la CNT la república reformista era simplemente una antesala, el trampolín para dar el salto a la república social. La derecha veía en las simples reformas el fantasma de la revolución que había que evitar a toda costa recurriendo, si era preciso, a un golpe militar. Al fin, tras el triunfo electoral de la izquierda en 1936, el temido y esperado golpe se produjo y llevó a España a una trágica y prolongada guerra.

El franquismo sumió al país en una interminable noche. Miles de personas fueron fusiladas, encarceladas o forzadas al exilio y se montó un aparato represivo para impedir cualquier asomo de disidencia. La desastrosa política económica del Régimen, basada en el aislamiento y la autarquía, mantuvo al país durante años en un angustioso estado de hambre y miseria. Esta situación dio un giro a partir de los años 60. Después de un durísimo Plan de Estabilización y de ajuste (1959), la economía española entró en una fase de impresionante crecimiento que en algunos casos superó el

7% de incremento interanual del PIB. España cambió por completo, aunque en lo político siguiera estando sometida a la dictadura. Dejó de ser un país agrario, atrasado, de campesinos con boina, y en el espacio de pocos años realizó una auténtica revolución industrial con una masiva emigración del campo a las grandes ciudades que experimentaron una espectacular transformación. Las costumbres y las pautas de conducta se hicieron más modernas, más libres, aunque al principio solo fuera en aspectos superficiales, como el atuendo juvenil o la imitación de las conductas de los turistas extranjeros, otrora tan denostados por la retórica del régimen.

La oposición al franquismo, especialmente la liderada por el Partido Comunista, supo darse cuenta de la importancia de estos cambios que de una u otra forma entraban en colisión con la esencia inmovilista del régimen. Aprovecharse de ellos e impulsarlos para hacer saltar las contradicciones del sistema se convirtió en una estrategia de acoso y derribo de la dictadura llevada a término con creciente éxito. En el campo de las relaciones laborales generó una amplia conflictividad y abrió paso a un nuevo movimiento obrero, encarnado en las Comisiones Obreras, que se caracterizaban por sus formas abiertas y participativas de lucha.

A lo largo de la década de los 60 el movimiento de Comisiones Obreras se extendió y afianzó convirtiéndose, a la vez, en impulsor de las reivindicaciones de los trabajadores y en el eje de la oposición antifranquista. Al movimiento obrero vino a unirse la protesta estudiantil, favorecida por el impresionante crecimiento de las Universidades, un mundo en el que el carácter arcaico del régimen resultaba chocante e insoportable. A partir de 1966 la conflictividad social y universitaria fue aumentando de forma imparable a pesar de la contundencia represiva empleada por el gobierno que en 1969 tuvo que decretar el Estado de excepción. Era una confesión explícita de que la dictadura no controlaba la situación y de que la oposición al régimen llevaba la dirección del proceso hacia la democracia. De 1970 a la muerte de Franco, en 1975, la conflictividad se multiplicó por doquier e hizo imposible, en 1976, con una impresionante movilización de masas, el continuismo franquista.

La transición y la instauración de la democracia fue lo que su nombre indica: el establecimiento de un sistema democrático idéntico a los que existían en Europa. No más, pero tampoco menos. España dejó de ser una anomalía, pasó a ser un país normal, y los problemas que luego han sobrevenido no han sido consecuencia de un mítico pecado original cometido en la transición sino de los cambios ocurridos en el contexto internacional en el que ahora estaba plenamente inmersa. Desde esta perspectiva hay que juzgar a los sindicatos. La crisis económica con la que se encontraron era un problema español que requería moderación (Pactos de la Moncloa) pero escondía la crisis del modelo de crecimiento que se estaba produciendo en toda Europa. El margen de maniobra se hizo cada vez más estrecho y la política de pactos se fue vaciando de contenido. La huelga general de 1988, la de mayor seguimiento en toda la historia de España, significó un giro radical en la estrategia sindical orientada a partir de ahora a defender de forma autónoma las conquistas sociales y el empleo.

1. Del movimiento popular al movimiento obrero (1830-1873)

La revolución industrial y las primeras sociedades obreras

La revolución industrial fue un proceso histórico al que es difícil asignarle un principio y un final, pero en el que podemos encontrar hitos orientadores. En el caso de España suele citarse como referencia del inicio la puesta en marcha de la fábrica El Vapor de la familia Bonaplata, el año 1833, en Barcelona. La elección de este punto de partida está justificada ya que fue el primer establecimiento textil en el que se empleó la máquina de vapor abriendo así el camino al sistema de "fábricas". Antes de esta fecha existió en Cataluña un fenómeno de industrialización difusa con una proliferación por toda la región de pequeños centros de trabajo dedicados al hilado y el tejido de algodón que paulatinamente se fueron mecanizando mediante la utilización de energía hidráulica. La mayor parte de estos centros estaban dispersos por el interior para aprovechar las acometidas de los ríos, eran numerosos y, en 1833, se agruparon en una Junta de Fábricas para hacer sentir su influencia. Pero en rigor no puede hablarse de revolución industrial hasta la irrupción del vapor que impulsó la creación de empresas integradas (con hilado y tejido), mecanizadas y de considerable tamaño.

El detonante que puso en marcha el movimiento obrero fue una revuelta popular. En 1835 las escaramuzas de la guerra carlista, que había empezado a la muerte de Fernando VII, se aproximaron a Barcelona. El pueblo llano, para quien el carlismo significaba la vuelta al despotismo, se echó a la calle en señal de protesta y arremetió contra los símbolos de la reacción, las iglesias (una prioridad que perdurará hasta la II República) los edificios públicos y, cosa nueva, contra la gran fábrica de los Bonaplata que acababa de ser construida y fue incendiada. Por primera vez en el repertorio de ataques a los símbolos del poder se contaba también el poder de los patronos representado en la gran fábrica.

Poco después, en 1838, representantes de los trabajadores del sector textil acudieron al Capitán General para que les autorizara a formar una sociedad puesto que los patronos ya disponían de la suya, la Junta de Fábricas. No les fue autorizado pero al año siguiente el gobierno aprobó la creación de mutuas obreras y cooperativas. Al amparo de esta ley se crearon la Asociación mutua de los obreros de la industria algodonera y la Sociedad de tejedores de algodón, esta segunda forzando la legalidad ya que se trataba de una sociedad de resistencia. El impulsor de ambas fue un tal Juan Munts. Los patronos pidieron que se prohibiera la sociedad de resistencia a lo que los organizadores respondieron con una proclama que es una muestra del nivel de conciencia alcanzado: *Tejedores y demás jornaleros asociados, no os dejéis sorprender. Nuestra asociación no necesita la aprobación ni la reprobación de nadie. Con los derechos que nos concede la naturaleza y la ley tenemos bastante y los que digan lo contrario son unos perturbadores. Mucha firmeza y mucho silencio es lo que debemos guardar y vengan decretos.* La Sociedad aguantó con firmeza hasta que, en 1842, se vio envuelta

en la revuelta contra el regente Espartero que terminó con el bombardeo de Barcelona y la consiguiente represión de los núcleos populares sospechosos.

Durante la década moderada (1843-1854) las sociedades obreras estuvieron oficialmente prohibidas, pero a pesar de ello se crearon bastantes. Seguían el patrón gremial del "closed-shop", o mercado cerrado, delimitando estrictamente los límites que deseaban controlar lo cual les daba mayor cohesión y fuerza pero ocasionaba numerosas fricciones con otras sociedades, como puede verse en el famoso conflicto de las selfatinas. El nombre, corrupción del inglés "self-acting", indica que se trataba de máquinas de hilar mecanizadas que sustituían a la manual "mule-jenny" y que se fueron implantando en las fábricas conforme se generalizó la utilización de máquinas de vapor. En 1854 se produjo en Barcelona el asalto a más de cincuenta fábricas por parte de airados obreros y la destrucción de las citadas máquinas. El asalto ha sido interpretado con frecuencia como una muestra del ludismo de los obreros barceloneses lo cual es cierto si se interpreta correctamente el ludismo. Como escribió Hobsbawm, a propósito del ludismo británico, lo que pretendían los trabajadores destruyendo las máquinas no era frenar la mecanización y oponerse al progreso sino controlar las condiciones de utilización de la nueva maquinaria. Esto mismo es aplicable a la destrucción de máquinas por parte de los obreros barceloneses. Cuando se produjo el asalto a las fábricas, los obreros sabían que la mecanización era un proceso irreversible y que no generaba necesariamente destrucción de empleo. Lo que estaba en juego era el control de las nuevas máquinas. Como ha mostrado C. Borderías la instalación de las selfatinas planteaba un conflicto entre los propios trabajadores y, más en concreto, un conflicto de género. Los hiladores de Barcelona, encargados de las "mule-jenny", todos ellos varones, temían que las nuevas máquinas selfatinas fueran asignadas a mujeres, como se había hecho en las fábricas de las comarcas. No estaban en contra de las máquinas sino de ser apartados de ellas. El asalto y la destrucción de la maquinaria fue una prueba de fuerza de la Sociedad de hiladores, todos hombres, para así poder negociar el control del nuevo mercado de trabajo. El hecho de que consiguieran fijar quién y cómo debían emplearse las controvertidas máquinas (dando preferencia a los hombres) demostró la fuerza que habían adquirido algunas sociedades de oficio, asentadas sobre un gremialismo cerrado y excluyente, y el papel secundario otorgado a la mujer en la cultura obrera.

La proliferación y consolidación de las sociedades de oficios llevó, en 1855, a la formación de una federación que englobaba a treinta de ellas, la Unión de Clases. Inmediatamente se produjo la respuesta de las autoridades declarándolas fuera de la ley. La Unión de Clases convocó una huelga de las sociedades obreras, con el lema *Asociación o muerte,* que fue seguida por todas ellas y que está considerada la primera huelga general en una ciudad. La huelga duró nueve días y la represión fue muy dura. Setenta obreros acusados de promover disturbios y no dejar entrar al trabajo fueron deportados a Cuba. La prohibición del asociacionismo continuó en vigor aunque su aplicación dependía del humor de los Capitanes Generales. Las

Sociedades continuaron existiendo y en 1865 se celebró un Congreso Obrero en Barcelona al que asistieron cuarenta.

Hasta aquí hemos hablado de las primeras sociedades obreras surgidas al calor de la revolución industrial, y concentradas en Cataluña. Hubo otros focos industriales importantes, como los Altos Hornos en Mieres y Duro Felguera, en Asturias, y los de Heredia en Málaga. Cabría citar también casos dispersos por la península en los que la manufactura tradicional incorporó maquinaria moderna y se convirtió en una empresa de considerables dimensiones, por ejemplo la fábrica de seda de Dupuy de Lome, en Valencia, en la que en 1836 se introdujo la energía de vapor. Pero permanecieron como casos aislados y, salvo alguna excepción, no dieron pie al surgimiento de un movimiento obrero organizado en sociedades de resistencia. Durante estos años el malestar de las clases populares por la miseria y la falta de trabajo, por la guerra y los abusos de los gobernantes, se expresó en algaradas y motines que servían de apoyo a una revuelta de carácter interclasista para cambiar el gobierno, generalmente encabezada por un militar progresista. El pueblo llano se echaba a la calle en apoyo de la correspondiente Junta Revolucionaria que prometía libertad, trabajo, la abolición de las quintas y los consumos. Algún representante del pueblo entraba a formar parte de la Junta pero siempre ocurría que, triunfara o fracasara la revolución, la Junta se disolvía y para el pueblo todo seguía igual. Al siguiente pronunciamiento volvía a repetirse la misma historia porque la clase obrera no tenía suficiente consistencia, ni autonomía organizativa ni objetivos definidos. Se necesitaba todavía un tiempo para que la presencia de las sociedades obreras se generalizara y pudieran dirigir a los trabajadores de forma autónoma.

El mundo rural (Andalucía, Extremadura y las dos Castillas) discurrió por otro cauce. La situación en que se encontraban los jornaleros era, con diferencia, mucho más grave que la de los trabajadores urbanos y los cambios promovidos por la revolución liberal en la estructura económica no hicieron sino agravarla. Las desamortizaciones de Mendizabal (1837) y de Madoz (1855) en lugar de crear, como se proponían, una gran masa de medianos propietarios, aumentaron la extensión, el poder y la ineficiencia de los latifundios y, al suprimir las tierras comunales, privaron a los campesinos de un último recurso. El hambre real, cotidiana y sangrante, y el hambre de tierras, la esperanza de acceder a ellas para poder vivir, conformaban la vida campesina. Diaz del Moral, el mejor especialista en el tema, afirma que estos hombres y mujeres antes de haber oído las doctrinas revolucionarias ya eran socialistas, sabían cuál era la solución de sus males, el "reparto" de las tierras, y en diversas ocasiones se lanzaron a exigirlo, no de una forma metódica y organizada, como las sociedades industriales, sino de un golpe, mediante una sublevación. La más famosa fue la sublevación de Loja (Granada), en 1861, dirigida por Rafael Pérez del Álamo. Al frente de un grupo de unos seiscientos hombres armados de palos y malas escopetas se dirigió a Iznajar, en Córdoba, ocupó el Ayuntamiento y lanzó una proclama llamando a los campesinos a que se unieran a sus fuerzas. Los sublevados fueron aumentando hasta unos diez mil y se apoderaron de Loja, Huetor, Alhama de Granada y otros pueblos, y cuando se

proponían entrar en Granada fueron atacados y derrotados por un contingente del ejército. No puede negarse que fue un fracaso, pero a pesar de ello produjo un fuerte impacto en la imaginación popular. La ocupación de las tierras dejó de ser una ilusión y se convirtió en el modelo a seguir en la lucha de los jornaleros.

Los precursores

A mediados del siglo XIX los centros de transmisión de información eran las tertulias de los cafés. En torno a una escueta mesa de mármol, el poeta romántico y el cantante lírico unidos por su odio a la burguesía, el periodista a la caza de rumores, el cesante que los sabía todos, el inevitable masón, algunos políticos, el desterrado llegado de París, el bohemio impenitente y algún obrero instruido intercambiaban ideas, aventuraban cambios y tramaban conspiraciones. Por debajo del café estaba la taberna, tan criticada por los obreros conscientes, como lugar de embrutecimiento de sus compañeros de trabajo. Y por arriba, o al lado del café, encontramos las Sociedades o Ateneos creados por algún filántropo para instruir a la clase obrera. Uno de los más antiguos fue el Fomento de las Artes fundado en 1847, en Madrid. Allí se daban clases para niños y adultos, se podía leer revistas en la sala de lectura y jugar al billar o el ajedrez, pero sin beber alcohol, y semanalmente algún personaje de renombre (S. Moret, M. Becerra o el rector de la Universidad F. de Castro) daba una conferencia. Otro centro parecido fue el Ateneo Catalán de la clase obrera fundado en 1861 en Barcelona, y a imitación de estos se fueron creando ateneos obreros en diversas ciudades.

El exilio era parte esencial de la formación de aquellos ilustres tertulianos. Mezclados en alguna complicada conspiración, tenían que huir al extranjero de donde regresaban cargados de novedosas ideas. Así comenzó a difundirse el socialismo utópico entre nosotros con Fernando Garrido y Sixto Cámara como sus principales apóstoles. Garrido, en uno de sus exilios en Inglaterra, conoció la obra de Owen y se dedicó a difundirla en España desde el semanario *La organización del trabajo* donde se significó como uno de los pioneros del asociacionismo obrero. Una de sus obras más conocidas lleva un título bien explícito *Historia de las clases trabajadoras regeneradas por la asociación.* La obra está dividida en cuatro partes, 1) El esclavo, 2) El siervo, 3) El proletario, 4) El trabajador asociado, que recuerdan los modos de producción de Marx aunque no consta que lo hubiera leído. Se trata más bien de una visión historicista de la evolución de la humanidad que culmina con la asociación de los trabajadores en cooperativas o falansterios. Íntimo amigo de Garrido fue Sixto Cámara, que fundó una revista *La Reforma Económica,* en la que defendía la solución fourierista. Juntos formaron una sociedad secreta de tipo carbonario, *Los hijos del pueblo,* cuyo fin era, según escribió Pi y Margall, *trabajar por el triunfo de la República como paso a mayores progresos político-sociales.* En un complot, en el que debía sublevarse la guarnición de Badajoz, fueron descubiertos y Sixto Cámara decidió escapar con un com-

pañero hacia Portugal. En un emocionante relato, en el que Pi y Margall quiso rendir homenaje a este precursor del socialismo utópico, leemos: *El día era horriblemente caluroso y ni Cámara ni su compañero conocían el camino de Portugal adonde pretendían dirigirse. Caminaron por entre matorrales, rastrojos y trochas con un sol abrasador y atormentados por la sed arrojose sediento Sixto Cámara a beber agua de una ciénaga que por su malaventura encontró en el camino. En vano quiso su compañero detenerle. A los pocos momentos se sintió Cámara enfermo y presa de mortales angustias.* Cuando la tropa les descubrió, escondidos en una pequeña casa, Cámara ya había muerto. Garrido fue también capturado, pero el sargento que debía acusarle ante el tribunal se negó a hacerlo y le salvó la vida a costa de la suya.

Más influyente que los dos citados fue Pi y Margall que elaboró una síntesis entre las ideas de Proudhon y el republicanismo federal. El federalismo, en principio, no se refería a las unidades territoriales sino a la articulación de las sociedades de base. La República sería la federación de las agrupaciones primarias de una sociedad, una formulación que tuvo mucha influencia en el movimiento obrero ya que se identificaba o confundía con la propuesta anarquista de una libre federación de sociedades de productores. Cuando Bakunin apenas era conocido en España, la divulgación de las ideas de Proudhon realizada por Pi y Margall hizo de puente para su entrada.

La I Internacional en España

En 1868 estalló en Andalucía una revolución que venía preparándose desde hacía un tiempo entre los generales más importantes y cuyo propósito, esta vez, era acabar con la monarquía. Un hecho que no pasó desapercibido a los dirigentes de la I Internacional, Marx y Bakunin, que creyeron llegada la ocasión de enviar mensajeros a España. La crisis financiera, con hundimiento de sociedades ferroviarias y bancarias, y la crisis de subsistencias, provocada por malas cosechas, habían despertado un gran descontento que podía desembocar en alzamientos populares. Lafargue, el yerno de Marx, fue el encargado de venir a España, pero por diversas razones retrasó el viaje, mientras que el enviado de Bakunin, A. Fanelli se presentó inmediatamente en Madrid. La reunión de los veintiún primeros apóstoles de la Idea, tenida en el local del Fomento de las Artes, ha sido narrada con mano maestra por uno de los asistentes, Anselmo Lorenzo, y posee el encanto de lo mágico. Fanelli les habló de los fines de la Internacional que no eran otros que unir a los trabajadores de todo el mundo para terminar con la explotación capitalista. Aunque les hablaba en italiano, idioma que no conocían, la pasión que ponía en sus palabras era tal que todos quedaron convencidos de que el capitalismo era una cosa "orribile, spaventosa", y que debían crear una sección de la Internacional en España para combatirlo. De Madrid marchó a Barcelona donde mantuvo una reunión parecida. Dado que el transmisor de las ideas, Fanelli, era anarquista, esta fue la línea que siguieron los internacionalistas españoles en sus primeros pasos.

Como primera medida para darse a conocer decidieron convocar un Congreso de sociedades obreras con la intención de constituir la sección española de la Internacional. El I Congreso Obrero Español se celebró en Barcelona en junio de 1870 con la participación de 90 delegados en representación de 150 sociedades obreras y de unos 15.000 trabajadores. La mayoría eran sociedades procedentes de Cataluña entre las cuales estaba la Sociedad de las Tres Clases de Vapor con unos 8.000 socios. Los cuatro puntos debatidos en el Congreso perfilaron con claridad el marco de la acción sindical. Se otorgaba prioridad a la lucha en la empresa, a la huelga, para la que serían necesarias cajas de resistencia, y se dejaba en un segundo plano el cooperativismo, que solo era admisible para suplir alguna necesidad. La base de la organización era el sindicato local de ramo, a partir del cual se irían articulando las federaciones, de ramo, de localidad, de comarca, y así sucesivamente. Y como cuestión que cerraba el modelo, se rechazaba la participación política. Es importante señalar que este postulado, que define lo más característico de la cultura anarquista, fue interpretado de manera particular. El rechazo a la política significaba rechazo a los partidos políticos (progresistas, republicanos, socialistas o como quiera que se llamaran) pero no a la lucha por la república desde las instancias sociales. La república, en la cultura anarquista de tradición proudhoniana, no es una forma política de Estado sino un modelo de sociedad configurado por la libre federación de las sociedades de base. Esto explica que en la cultura obrera impregnada de esta tradición, que en España fue mayoritaria, la república se convirtiera en un ideal, un mito redentor a partir del cual vendrían todos los bienes. Esta aclaración es fundamental para entender el curso futuro del movimiento obrero. De momento el Congreso aprobó los puntos citados y constituyó en base a la sociedades obreras presentes, la Federación Regional Española, FRE, como sección de la Asociación Internacional de Trabajadores, AIT. Pero el sesgo bakuninista adoptado no fue del agrado de todos en un momento en que se estaba agudizando el enfrentamiento entre Bakunin y Marx en la AIT y pronto surgieron las diferencias. Lafargue por fin vino a España y contactó con el grupo pro marxista (Mora, Mesa, y un joven P. Iglesias) que fueron expulsados de la FRE y más adelante, en 1879, fundaron el PSOE.

Mientras tanto la revolución del 68 proseguía su errático avance. El gobierno provisional fue sustituido por una monarquía italiana y, tras la abdicación del rey, se proclamó la I República. En solo un año, 1873, consumió cuatro presidentes, y soportó varios intentos de segregación cantonal, además de una insurrección anarquista en Alcoy, llamada la "revolución del petróleo" por el material incendiario utilizado en el intento. La desventurada república tuvo que habérselas con el inicio de una tercera guerra carlista, y no tuvo tiempo ni sosiego para aprobar una ley sobre el trabajo de mujeres y niños elaborada por el gobierno. Un golpe militar terminó con la experiencia republicana y dejó el país en una especie de limbo político, dirigido de forma interina por un general, hasta que un nuevo golpe, el 29 de diciembre de 1875, reinstauró la monarquía borbónica en la persona de Alfonso XII.

La Restauración (1875-1923)

Un inicio confuso. Milenarismo y nihilismo

La restauración de la monarquía borbónica en 1875 abrió un largo periodo de estabilidad democrática. El modelo político, diseñado por Cánovas, tenía como primer objetivo terminar de una vez por todas con la sucesión de pronunciamientos y golpes militares estableciendo un riguroso turno de partidos. Mediante elecciones controladas el partido conservador y el liberal, representantes de las dos facciones de la burguesía, se irían turnando y tendrían garantizado el acceso al poder. El sistema funcionó a costa de ir vaciando de contenido la vida política y de excluir a los partidos que representaban a las clases populares, dos males que terminarían por hacerlo insostenible. El sindicalismo tuvo que moverse en un estrecho marco institucional que fomentó la radicalización.

La FRE había sido declarada ilegal durante la República, a raíz de los sucesos de Alcoy, acusada de pertenecer a la Internacional, y los intentos por mantenerla en la clandestinidad al producirse la Restauración no dieron resultado. Dejó de existir aunque siguieran funcionando muchas de las sociedades obreras que la habían formado. Esto posibilitó que en 1881, acogiéndose a una nueva ley de asociaciones, renaciera con el nombre de Federación de Trabajadores de la Región Española, FTRE, pero su existencia fue breve, en cuatro o cinco años se fue extinguiendo debido a las divisiones internas. Una corriente era anarco-colectivista y defendía que en el futuro la propiedad sería común, pero a cada uno se le daría según su trabajo, la otra se proclamaba anarco-comunista y defendía que a cada uno se debía darle de acuerdo con sus necesidades. Estas hipótesis de futuro, tan alejadas de la realidad, se traducían en una práctica sindical de reivindicaciones concretas, en el primer caso, o en una pulsión insurreccional, en el segundo. El sindicalismo predominaba en las sociedades obreras de Cataluña, mientras que el insurreccionalismo, siguiendo una antigua tradición impregnada del milenarismo de los campesinos pobres, había rebrotado con fuerza en Andalucía. En estos momentos, el número de sociedades y de asociados a la FTRE de Andalucía (35.000) doblaba el de Cataluña (15.000) lo que nos indica la fuerza que había adquirido el anarquismo en el campo y el pánico de los propietarios.

A principios de los años 80 grupos de jornaleros sin trabajo, armados con palos y hoces de segar, recorrían los campos robando lo que podían para poder vivir. En este contexto en el que los terratenientes exigían mano dura contra los revoltosos, un coronel de la Guardia Civil remitió al Director General del cuerpo y este a su vez al ministro de la Guerra un documento en el que una misteriosa sociedad secreta, La Mano Negra, detallaba los planes de una terrible insurrección para acabar con los ricos. No se ha podido aclarar si realmente existió tal sociedad, más bien parece que fue un invento de las autoridades para justificar una campaña de represión indiscriminada contra las organizaciones de jornaleros cuyos dirigentes fueron brutalmente perseguidos, desterrados, encarcelados, quince de ellos condenados a muerte y siete ejecutados.

Los propietarios, con la ayuda de la fuerza pública, habían conseguido frenar el movimiento de protesta, pero el malestar por las duras condiciones de vida seguía latente y volvió a surgir en diversas ocasiones con extraordinaria violencia. En 1892 unos cuatro mil jornaleros, armados rudimentariamente, entraron en Jerez con el propósito de ocupar y hacerse fuertes en la ciudad. Intentaron asaltar la cárcel, el cuartel de la guardia civil y el ayuntamiento pero al ser rechazados escaparon para refugiarse en la sierra. Fueron detenidos muchos campesinos y se acusó como instigador de los hechos a Fermín Salvochea, a pesar de que cuando ocurrieron estaba en la cárcel. Salvochea es el prototipo del santo laico, de vida ejemplar, completamente entregado a la causa. Pertenecía a una familia de comerciantes ricos (su madre era prima del ministro Mendizabal), pero abandonó su clase social, y renunció a la herencia, para dedicarse a la política revolucionaria. Participó en la revolución del 68 y fue elegido alcalde de Cádiz durante el Cantón republicano. En el exilio en Francia conoció la obra de Kropotkin y, al volver a España, se convirtió en apóstol del anarcocomunismo. En *La Bodega*, la excelente novela de Blasco Ibáñez donde se describe la situación del campo andaluz y los sucesos de Jerez con notable fidelidad, aparece un cálido retrato de Salvochea, con el nombre de Fermín Salvatierra.

Las sociedades obreras de Cataluña eran partidarias del anarco-colectivismo al que se llegaría por la educación y la organización de la clase obrera, no por la violencia y la insurrección que, cuando se produjo en Andalucía, condenaron de forma tajante. Las sociedades que ya tenían años de experiencia continuaron la actividad sindical, pero en la crisis finisecular la violencia se había puesto de moda en Europa, entre las vanguardias circulaba el nihilismo, la negación radical, destructora, de la sociedad burguesa, y sin quererlo se vieron envueltas en ella. Barcelona era una ciudad abierta adonde llegaban estas ideas que los anarquistas de toda la vida rechazaban, pero que los rebeldes y marginales aceptaban con pasión. Hacer saltar por los aires la sociedad y acabar con los tiranos, dinamita en vez de palabras. La década de los noventa fue pródiga en atentados. Se buscaba "la propaganda por el hecho", que tuviera un fuerte impacto en la opinión pública buscando para ello personas significativas. En 1893 se intentó contra el general Martínez Campos, capitán general de Cataluña, mientras presidía un desfile militar. Ese mismo año se llevó a cabo el atentado del teatro del Liceo, lugar simbólico de reunión de la alta burguesía, en el que murieron 22 personas. En 1896 se arrojó una bomba en la calle Cambios Nuevos al paso de la procesión del Corpus causando la muerte de 12 personas. En este caso la represión fue muy dura, 400 personas fueron encarceladas en el castillo de Montjuich, entre ellas la plana mayor del anarquismo, en el juicio se pidieron 28 penas de muerte y fueron ejecutadas 5. Y en 1897, para vengar las torturas e irregularidades del proceso de Montjuich, un periodista italiano disparó sobre el presidente del gobierno, Cánovas del Castillo, cuando descansaba en un balneario causándole la muerte. Se trata de un trágico balance que dañó la imagen del anarquismo identificándolo con el terrorismo. Para distanciarse de la acusación, las sociedades obreras catalanas se desengancharon de la FTRE y de otros intentos que hubo

de organizar las corrientes anarquistas. Tuvo que pasar un cierto tiempo para que esto fuera posible.

Discurriendo en paralelo a las corrientes citadas inició su andadura la corriente marxista. Como antes indicamos, el grupo madrileño de la FRE que se entrevistó con Lafargue y se declaró partidario de la formación de un partido político fue expulsado de esta organización y en 1879 fundó el Partido Socialista Obrero Español. La histórica reunión fundacional tuvo lugar en el café Labra, en el barrio madrileño de Tetuán, participaron veinticinco personas, dieciséis de ellas tipógrafos, y fue elegido presidente Pablo Iglesias. La personalidad de Iglesias marcó profundamente la línea del partido durante los cuarenta años que estuvo al frente. "El abuelo", como se le llamaba cariñosamente los últimos años, en algún tiempo fue joven pero ya entonces era una persona severa y responsable. De familia muy humilde, educado en el hospicio, nunca olvidó sus orígenes y mantuvo siempre una vida ejemplar de sencillez y austeridad. No tuvo una gran formación teórica, ni fue un orador o escritor brillante, pero estas carencias las suplía con la voluntad y el tesón. Iglesias representa el empeño en mantener un partido intachable, fiel a los principios y a la clase obrera a la que había que guiar paso a paso, apartando los compromisos oportunistas y los sueños utópicos.

El crecimiento del Partido Socialista fue muy lento ya que su base obrera se limitaba a la Asociación del Arte de Imprimir de Madrid y poco más. Los socialistas estaban contra la sociedad capitalista y por la revolución pero, mientras se creaban las condiciones necesarias, eran partidarios de cambiar las cosas que se pudiera, denunciando las injusticias y forzando a mejorar las leyes. Con este fin colaboraron con la Comisión de Reformas Sociales, creada por el gobierno en 1883, que realizó una amplísima encuesta en toda España sobre las condiciones de vida y las actitudes y formas de pensar de la clase trabajadora.

El objetivo principal del partido era ampliar su presencia en las Sociedades Obreras potenciando su organización y para ello creó la Unión General de Trabajadores, UGT, cuyo primer Congreso se celebró en Barcelona en 1888. Se eligió Barcelona porque era el centro obrero por excelencia, el lugar donde había más industria. Sin embargo, a pesar de que la FTRE había desaparecido, la impregnación de la cultura antipolítica era muy fuerte y muy pocas sociedades obreras se sintieron atraídas por la UGT. En cambio el socialismo consiguió avanzar con éxito en Bilbao. A finales del siglo la villa de Bilbao se había convertido en una ciudad industrial que rivalizaba con Barcelona y la superaba en lo que a gran industria se refiere. Sucedió que el hierro de las minas de Somorostro tenía unas cualidades que lo hacían especialmente apto para su uso en los nuevos convertidores Bessemer de la siderurgia británica. Comenzó así una intensa relación comercial entre Bilbao y Gran Bretaña, en la que se intercambiaba hierro por carbón, que llevó a la creación de una poderosa industria pesada en Vizcaya. En los montes de Somorostro que rodeaban Bilbao, barrenando y picando a cielo abierto por un mísero salario, se dejaban la vida 25.000 trabajadores llegados de toda España. Una nueva clase obrera que nunca había oído hablar de organizarse para luchar contra la

explotación capitalista y a la que de repente se le abrieron los ojos. El 1 de mayo de 1890 (que en realidad fue el 4 ya que la celebración se retrasó al domingo) más de 10.000 se concentraron en el centro de Bilbao para escuchar al líder socialista Facundo Perezagua. Era la primera vez que, respondiendo al llamamiento de la recién creada II Internacional, se celebraba en todo el mundo el día del trabajo para exigir "los tres ochos". La jornada discurrió con normalidad pero, al día siguiente, el despido de varios trabajadores provocó el estallido de una huelga general en la minería que se extendió por todas las grandes empresas de la margen izquierda. Como escribió Unamuno fue la primera de las grandes huelgas y el comienzo de la hegemonía socialista en el movimiento obrero de Vizcaya.

De las sociedades de resistencia a los grandes sindicatos, UGT y CNT

En 1898 se produjo la primera gran crisis del sistema de la Restauración. La pérdida de las últimas colonias, Cuba y Filipinas, fue percibida por los contemporáneos como la confirmación de la decadencia del país. España era una nación de segunda fila, sin peso ni relevancia alguna en el concierto de las grandes naciones, y sin fuelle interior para salir del atasco, sin alma para superar el declive. Sin embargo "los males de la patria" y las consecuencias del "desastre" fueron bastante menores de lo que los pesimistas representantes de la Generación del 98 escribieron. La pérdida de las colonias supuso el cese de una inútil sangría de vida humanas y de recursos económicos, y ofreció la posibilidad de concentrarse en la recuperación del país siguiendo el consejo de Joaquín Costa, uno de los más insignes regeneracionistas de la época: *Despensa, escuela y siete llaves al sepulcro del Cid.* Surgieron fuerzas sociales y corrientes intelectuales renovadoras dentro y fuera del sistema. El republicanismo, maltrecho tras la experiencia de la I República, retornó con fuerza como movimiento de las clases populares, y el catalanismo, respaldado por una parte de la burguesía, planteó la reforma del modelo de Estado. En torno a Joaquín Costa y a sus propuestas de reforma impositiva y de planes hidráulicos se creó la Unión Nacional, el partido de las llamadas "clases neutras". Y en el interior del sistema, los partidos conservador y liberal se mostraron sensibles a los problemas sociales con algunas leyes importantes sobre el trabajo de mujeres y niños, el descanso dominical, y la creación del Instituto de Reformas Sociales (sucesor de la Comisión y antecedente del Ministerio de Trabajo). El impacto del desastre ultramarino despertó al país de la somnolencia, aunque fuera por poco tiempo, y propició un clima menos hostil hacia el movimiento obrero.

En los primeros años del siglo, las sociedades obreras experimentaron una notable expansión. Se llamaban Sociedades de resistencia al capital para distinguirse de las sociedades de ayuda mutua, o sociedades de oficio por la forma de organizarse. Tratándose de un mundo muy amplio existía una gran diversidad, pero podría establecerse un retrato robot con los rasgos comunes. Las sociedades obreras eran reivindi-

cativas, no revolucionarias, exigían que se les reconociera como representantes del oficio para negociar mejores salarios y menos horas de trabajo. Pero estos objetivos realistas y concretos se enmarcaban en un discurso redentorista sobre la miseria, la explotación, la dignidad del trabajo, la emancipación de los trabajadores, que remitía de una forma confusa tanto a la tradición anarquista como al republicanismo popular. La cultura de los asociados, sobre todo de los líderes, se alimentaba en los casinos republicanos donde se hablaba en inextricable amalgama de Kropotkin, Darwin, Garibaldi o Victor Hugo. En Cataluña, los centros de sociabilidad popular se llamaban Ateneos Obreros y en ellos se daba la misma ambivalencia entre republicanismo federal y anarquismo que hemos señalado para los casinos.

Las sociedades eran independientes entre sí, no existía un centro directivo de todas ellas, En muchas localidades disponían de un Centro Obrero, una casa alquilada donde se reunían, con una junta directiva que ejercía meramente funciones administrativas, no de representación, coordinación o dirección. En este sentido los Centros Obreros se distinguían de las Chambres du Travail y de las Camere del Lavoro, que ejercían un papel protagonista en la respectiva localidad. Estas carencias organizativas, notorias desde la desaparición de la FTRE, intentaron solventarlas los socialistas con la creación de la UGT, y se hicieron cada vez más acuciantes para las sociedades que se encontraban en la órbita anarquista. En 1907 las sociedades de Barcelona crearon la Federación de Solidaridad Obrera con una orientación anarcosindicalista, que pasó a convertirse en Federación regional con la intención de extenderse a toda España, pero el proceso quedó interrumpido por el estallido de la Semana Trágica.

Ocurrió en Barcelona en julio de 1909. El gobierno ordenó el llamamiento de varias quintas de reservistas para enviarlos a una guerra en Marruecos cuyo único propósito era defender las instalaciones de la Compañía de Minas del Rif, pertenecientes a influyentes personajes de la oligarquía, del ataque de unas kábilas rebeldes. La decisión despertó una gran indignación entre las clases populares, las únicas destinatarias del decreto ya que no podían eludirlo, como los soldados de cuota, pagando dinero. En las principales ciudades surgieron manifestaciones y protestas con el "No a la guerra" y "Que vayan todos, ricos y pobres" y en una de estas, cuando un batallón de reclutas embarcaba en el puerto de Barcelona, estalló una revuelta que se extendió por toda la ciudad. La huelga general se prolongó durante una semana acompañada del incendio de iglesias y conventos (más de 80) y de profanaciones burlescas de símbolos religiosos. Que una protesta razonable y justa contra la guerra derivara hacia actos vandálicos fue un tremendo error que se explica por la tradición anticlerical de las clases populares (justificada por el peso negativo de la Iglesia) y por la insistencia del republicanismo radical (el lerrouxismo) en convertirlo en tema central. Por desgracia no sería la última vez en que se produjeran estos inútiles desahogos.

Las consecuencias de la Semana Trágica se hicieron notar dramáticamente en la severa represión emprendida por el gobierno de Maura, personificada en el juicio y condena de Ferrer i Guàrdia al que se acusó de instigador de los hechos. El juicio le-

vantó una oleada de protestas en todo el mundo, como años más tarde ocurrió con el de Sacco y Vanzetti, que no consiguió su propósito de salvar a Ferrer, pero erosionó gravemente al gobierno. La crisis del gobierno derivó hacia una crisis del modelo bipartidista fraguado por Cánovas. Retirado al Olimpo Maura y asesinado Canalejas, la falta de liderazgos en los partidos dinásticos hizo inviable el turno. Apareció la coalición republicano-socialista con el propósito de hacerse presente en la escena política, pero era demasiado pronto. En las elecciones de 1910 Pablo Iglesias fue el único socialista elegido. Los trabajadores seguían sin tener quien les representara y los sindicatos decidieron dar un paso al frente en un camino que llevaba al pansindicalismo. En el caso anarquista, porque no creían en la delegación política y aspiraban a ocupar todo el espacio público, en el caso de la UGT porque su partido de referencia era muy débil. Así fue como las sociedades obreras se convirtieron en dos grandes sindicatos que fueron los ejes del devenir histórico nacional. En 1910 se celebró en Barcelona el Congreso fundacional de la Confederación Nacional del Trabajo, CNT. En 1911 el X Congreso de la UGT, celebrado en Madrid, aprobaba la sustitución de las sociedades de oficios por sociedades de industria con el fin de potenciar la acción sindical. Comenzaba una nueva era.

La huelga general de 1917 y el trienio bolchevique

España tuvo el acierto y la inmensa fortuna de no participar en la guerra de 1914-1918. La opinión pública se dividió entre germanófilos y aliadófilos, los políticos conservadores apoyaron a los Imperios Centrales, los liberales a los Aliados, pero por una vez gobernantes y gobernados estuvieron de acuerdo en que no se nos había perdido nada en aquella descabellada guerra ni estábamos preparados para afrontarla. Quedamos fuera del apocalíptico recuento de víctimas: 10 millones de muertos, 23 millones de heridos, 6 millones de viudas, 8 millones de huérfanos. La neutralidad nos eximió del horror pero no de las repercusiones económicas de la contienda. El mercado internacional se vio profundamente alterado, bloqueado por los países beligerantes, y aparecieron escaseces de bienes de primera necesidad que produjeron alteraciones en los precios. La cesta de la compra de una familia obrera se encareció. En las tahonas faltaba el pan porque los contados barcos de trigo que llegaban de Argentina se los quedaban los acaparadores, y escaseaba también el arroz, aunque en Valencia se producía en abundancia, porque era más rentable exportarlo desabasteciendo el mercado interno. La vida se puso por las nubes y se produjeron manifestaciones de protesta de mujeres contra los acaparadores y asaltos a las tahonas donde se sospechaba que había alimentos escondidos.

En contraste con estos problemas la industria experimentó un fuerte crecimiento impulsada por la demanda externa. Los países beligerantes eran buenos clientes (de armas, uniformes, botas) y habían dejado muchos de sus mercados habituales desabastecidos en los que ahora España podía entrar. Para las empresas vascas y catalanas

fueron tres breves años de trabajo a tope y beneficios desorbitados. Barcelona se convirtió en una ciudad febril, de negocios millonarios, de agentes internacionales que ofrecían suculentos contratos, de espías que sobornaban a periodistas, de viejos y nuevos ricos; donde bohemios sin causa, señoritos depravados y anarquistas feroces hablaban de volar el mundo en algún lugar del Paralelo. Barcelona era una ciudad fabril, de obreros y fábricas, de dinero fácil, fruto de un plumazo, una firma, o un contrato, y de dinero difícil conseguido con doce, catorce horas de trabajo: dos formas de vida, dos Barcelonas.

En torno a 1916 se daban las condiciones para la tormenta perfecta. En el campo laboral existía trabajo en abundancia, pero las expectativas de mejora generadas por la coyuntura favorable no se veían satisfechas debido al alza de precios. Una situación, según los sociólogos, más conflictiva que aquella en que se está muy mal y hay pocas esperanzas de mejora. En noviembre de ese año UGT y CNT, que se habían consolidado como dos poderosos sindicatos nacionales, firmaron un pacto de unidad de acción y convocaron una huelga por el problema de las subsistencias que tuvo lugar con éxito en todo el país. La oposición política al sistema, encabezada por la coalición republicano socialista, encontró un nuevo aliado en los regionalistas catalanes formando entre todos un grupo de presión que se autodenominó "asamblea de parlamentarios". Y aún se añadió una nueva e inesperada fuerza, las Juntas de Defensa, formadas por militares de artillería descontentos por cuestiones corporativas. Contando con estos tres arietes, se creyó que había llegado el momento de dar un ultimátum al régimen con una gran acción nacional que exigiera la convocatoria de una asamblea constituyente. El eje de la acción debía ser una huelga general revolucionaria, convocada por UGT y CNT en agosto de 1917, a la cual vendrían a unirse los parlamentarios disidentes exigiendo la disolución del gobierno, para lo cual se contaba con la neutralidad del ejército garantizada por los artilleros. Pero una serie de malentendidos hábilmente manejados por el gobierno (a los artilleros y catalanistas fue fácil contentarlos) desbarató la operación y dejó solos a los sindicatos en una huelga general que tuvo mediano seguimiento.

El fracaso de la operación montada en torno a la huelga general tuvo repercusiones muy importantes en la marcha del sindicalismo, radicalizando la postura de las dos centrales. El contexto económico y político impulsaba a ello. Al terminar la contienda y comenzar a reorganizarse el mercado internacional, la economía española se encontró con que se le cerraban las puertas que la guerra le había abierto. El boom industrial se desmoronó, centenares de empresas cerraron, y el paro se disparó. Una nueva crisis azotaba de nuevo a los trabajadores, más sangrante si cabe por las grandes fortunas que el boom había generado, pero esta vez llegaba acompañada de vientos de fronda. En Rusia había llegado "el Gran Día", la revolución había triunfado. El impacto emocional en la CNT y UGT fue tan fuerte que inmediatamente, sin pensarlo dos veces, pidieron el ingreso en la III Internacional aunque al cabo de dos años, mejor informados, la abandonaran. Que las organizaciones del proletariado español creyeran posible la revolución y se la lanzaran a por ella no es tan extraño si tenemos en cuenta que

por el mismo tiempo tenía lugar en Alemania la revolución consejista y, en Italia, el "biennio rosso". El sindicalismo español no tenía la capacidad del alemán, pero era comparable al italiano, y durante el "trienio bolchevique" (1919-1920-1921) emprendió acciones parecidas y se encontró también sin saber a dónde ir o cómo acabar lo que había empezado. En el sur, sobre todo en las provincias de Córdoba y Sevilla, se produjeron numerosas ocupaciones de tierras, pero fue en la industria catalana donde se concentró la conflictividad y adquirió mayor violencia.

En 1918 la CNT de Cataluña celebró un congreso, conocido como el Congreso de Sants (por el lugar donde se reunió) en el que se acordó el paso de los sindicatos de oficio a los sindicatos de industria, que fueron llamados sindicatos únicos. En cada sector, por ejemplo la metalurgia o la construcción, debía haber un "único" sindicato, terminando con la fragmentación organizativa. Una decisión que fue aplicada a rajatabla y que tuvo una enorme eficacia a la hora de movilizar a las bases en huelgas de solidaridad, como se pudo ver en el conflicto de La Canadiense ocurrido unos meses después. La Canadiense era una gran empresa internacional que suministraba energía eléctrica a Barcelona, todo un reto para una CNT ansiosa de demostrar su fuerza. La huelga comenzó a principios de febrero de 1919 e inmediatamente se extendió a toda la ciudad, paró la otra empresa suministradora de energía dejando la ciudad completamente a oscuras durante una noche, pararon las empresas de agua y gas y el ejército tuvo que asumir los servicios mínimos. Al cabo de 44 días la empresa cedió y, en un histórico mitin en la plaza de toros, ante veinte mil personas, Salvador Seguí, el Noi del Sucre, líder cenetista, pidió y consiguió la vuelta al trabajo para asegurar las mejoras conseguidas.

En contra de lo acordado, los despedidos y encarcelados por la huelga no fueron liberados lo cual llevó a una reanudación del conflicto en un clima de gran crispación dominado por los intransigentes de ambas partes. El sector moderado de la CNT, dirigido por Seguí, Pestaña y Peiró, expertos sindicalistas que presentían un desastre, intentó negociar pero se vio desbordado por los compañeros más radicales que los acusaban de traidores y por una patronal dispuesta a todo para acabar, incluso físicamente, con el anarcosindicalismo. Aparecieron los primeros cadáveres por las calles asesinados por pistoleros de la patronal, a los que respondían los del sindicato, en una guerra sin cuartel. En respuesta a las huelgas, la patronal organizó un lock-out, un cierre de empresas, que duró dos meses y afectó a 140.000 obreros. El enfrentamiento creció a lo largo de 1920-1921. El gobierno optó por la mano dura nombrando gobernador al general Martínez Anido que se dedicó a una auténtica tarea de aniquilamiento del anarcosindicalismo. Potenció, ofreciéndole dinero y protección, a un pequeño sindicato amarillo, de origen clerical, el Sindicato Libre para que con la excusa del derecho al trabajo se enfrentara con las armas en la mano al sindicato anarquista. Los pistoleros del Libre y los de la CNT protagonizaron una sangrienta lucha con numerosas víctimas que, en ocasiones, parecía más un ajuste de cuentas entre criminales a sueldo que una lucha ideológica. Por si fuera poco, Martínez Anido autorizó a la Guardia Civil a aplicar la "ley de fugas" que permitía disparar sobre los que huían (o

sobre los que se decía que huían). En 1923 la CNT había sido descabezada, incluso sus líderes más moderados habían sido víctimas de la violencia (Pestaña resultó herido en atentado y Seguí fue asesinado en la calle).

En septiembre de 1923 el capitán general de Cataluña, Primo de Rivera, dio un golpe de Estado e instauró una dictadura militar. El agotamiento del sistema de la Restauración era evidente, había que recurrir a gobiernos de concentración o de salvación nacional para salir adelante, y el descontento y la crisis social se habían agudizado. En lugar de dejar que fueran las fuerzas de la oposición democrática las que lo resolvieran, el general decidió cortar por los sano recordando a los antiguos espadones del XIX más que a los nuevos dictadores que se avecinaban. Comparada con estos y en lo que a represión se refiere fue una dictadura blanda. Esta actitud contemporizadora del nuevo régimen planteó un serio problema a la UGT cuando fue invitada, como antiguo miembro del Instituto de Reformas Sociales, a participar en los nuevos organismos corporativos, el Consejo de Trabajo y el Consejo de Estado, y posteriormente en los Comités Paritarios. Largo Caballero, entonces máximo dirigente del sindicato, defendía que la UGT debía estar presente en todos los organismos donde pudiera defender a los trabajadores, una decisión que importantes líderes del partido socialista consideraban colaboracionista. Las diferentes posturas se aunaron cuando sindicato y partido rechazaron la oferta de participar en la Asamblea Nacional Consultiva con la que Primo de Rivera quería institucionalizar el régimen. Pero no hubo lugar ya que un año más tarde el dictador, inesperadamente, dimitió. La república estaba a la puerta y, empujada por el entusiasmo popular, fue proclamada el 14 de abril de 1931.

La República y la Guerra Civil (1931-1939)

Ilusiones y decepciones

Por fin, la tantas veces soñada y mitificada República había llegado. En la Puerta del Sol, y en miles de plazas por toda España, la gente se abrazaba llorando de emoción, dando vivas y flameando las nuevas banderas. Ahora todo sería posible. Los niños aprenderían a leer, los curas dejarían de mandar, los jornaleros tendrían un pedazo de tierra con una casa limpia para vivir. Pero para ello había que comportarse con seriedad, cuidar a "la niña bonita" (como la llamaba la prensa), no atosigarla, darle tiempo. Así pensaban los socialistas y ugetistas dispuestos a apoyar al gobierno, del que formarían parte sus líderes. Contrariamente a los cenetistas (no todos, como enseguida se verá) que de inicio desconfiaban de una república burguesa y creían que había que desengañar a las masas con acciones de fuerza para pasar rápidamente a la revolución.

Si nos atenemos a la obra que en poco tiempo realizó el gobierno reformista, habrá que darle la razón a los ugetistas en que valía la pena confiar. La construcción de cen-

tenares de escuelas, el voto a la mujer, el divorcio, la separación de la Iglesia y el Estado, los estatutos vasco y catalán, la reforma militar, la reforma agraria, los problemas más candentes que llevaban años sin resolverse, fueron abordados con diligencia y valentía. El Ministerio de Trabajo fue ocupado por Largo Caballero, el conocido líder ugetista, que en unas semanas consiguió aquello por lo que llevaba tanto tiempo luchando el sindicato. Si cuarenta años atrás le hubieran dicho a aquel joven, que por primera vez escuchaba a Pablo Iglesias en la manifestación del 1 de mayo, que un día sería ministro y firmaría leyes a favor de los trabajadores se hubiera echado a reír, él que era medio iletrado. A los siete años, con apenas las primeras letras, tuvo que ponerse a trabajar, y hasta los treintaisiete fue un currante de a pie que compaginaba las faenas de estuquista con las de la dirección del sindicato. Se instruyó como pudo, quitando horas al sueño, leyendo *El Socialista*, escuchando al Abuelo. Iglesias le inculcó la necesidad de cambiar las leyes y siendo vocal del Instituto de Reformas Sociales se esforzó por conocerlas y promoverlas. En 1919 participó en Washington, representando a la UGT, en la creación de la OIT, la Organización Internacional del Trabajo. Nombrado miembro de su Consejo de Administración mantuvo un estrecho contacto con su presidente, el socialista Albert Thomas, y con sindicalistas de otros países, y adquirió un amplio conocimiento de la legislación laboral. Cuando fue nombrado ministro de Trabajo, Largo Caballero no era el demagogo inculto que la prensa de la derecha caricaturizaba sino un experto en derecho laboral que intentó poner la legislación española a la altura de los países europeos.

La ley sobre el contrato de trabajo otorgaba validez jurídica a la negociación de convenios colectivos de ramo bajo los cuales debían formalizarse los contratos individuales. La ley de los Jurados Mixtos creó organismos mediadores en los conflictos. La Ley de Términos Municipales trató de evitar los abusos que se cometían en la contratación de jornaleros en el campo. No cabe decir que eran leyes sobre el papel ya que algunas tuvieron notable efectividad. La negociación de las bases de trabajo, realizada en numerosos sectores industriales, elevó sensiblemente los salarios, un dato positivo constatado por los economistas que repercutió en el consumo. Sobre la actuación de los Jurados Mixtos encontramos repetidas quejas de los empresarios, pero viniendo de patronos acostumbrados a hacer su santa voluntad es un indicio de que cumplían con su función. La ley de Términos Municipales encontró muchas dificultades para su aplicación debido a la oposición de los propietarios del campo que veían cómo se les arrebataba el poder de contratar caprichosamente a quienes quisieran. A pesar de las dificultades e incumplimientos, en conjunto la legislación reformista fue positiva y eficaz y aún lo hubiera sido más si se hubiera aprobado el proyecto de control obrero de las empresas, inspirado en la ley de cogestión de la República de Weimar.

Tenían la razón de su parte los reformistas, pero no el corazón que jugaba en el campo de los extremistas. Para el hambre secular de tierra y de justicia la revolución social no admitía demoras. El 4 de julio (la República había sido proclamada en abril) la organización anarquista, la CNT, se lanzó a una huelga en Telefónica, la poderosa

ATT que contaba con unos 7.000 trabajadores en toda España. Se trataba no solo de derrotar a una compañía internacional sino de obligar a definirse al gobierno mostrando si estaba con el gran capital o con los trabajadores. La huelga adquirió una gran tensión, con sabotajes a líneas, explosión de algún artefacto, insultos y agresiones, pero fue controlada por el gobierno al cabo de un par de días, excepto en Barcelona y, sobre todo, en Sevilla donde la intervención del ejército adquirió una gran violencia. Ahora ya se sabía de qué parte estaba la república, y estaba claro que había que hacer la revolución, fue la conclusión que sacaron los cenetistas.

Pero no todos. Un grupo de experimentados dirigentes, liderados por S. Pestaña y J. Peiró, pensaban que había que priorizar el trabajo sindical en el marco de la legalidad republicana y publicaron una declaración, conocida como "Manifiesto de los Treinta", en la que se pronunciaban tajantemente contra el insurreccionalismo. Volvía a aparecer la división, recurrente en el anarquismo, entre los anarcosindicalistas, partidarios del trabajo de masas, y los defensores de métodos directos y expeditivos, ahora organizados en la FAI y dirigidos por líderes que se habían formado en los duros años del pistolerismo, Durruti, Ascaso, García Oliver. Los "trentistas" fueron expulsados y crearon los "sindicatos de oposición" pero solo consiguieron arrastrar consigo a una parte minoritaria, quedando el grueso de la organización en manos de los "faistas". El camino hacia una estrategia insurreccional de acoso a la "república burguesa" quedaba despejado.

La primera tentativa tuvo lugar en enero de 1932, en Fígols, un pueblo minero del Alto Llobregat, y se extendió por algunos pueblos de la comarca, Sallent, Berga, Súria, sin mayores consecuencias. Los insurrectos proclamaron desde el balcón del ayuntamiento el comunismo libertario y esperaron a que sucediese lo mismo en el resto de España, o al menos en Cataluña. En lugar de esto, al cabo de cuatro días llegó la tropa y los cabecillas huyeron al monte donde fueron capturados. A pesar del fracaso la CNT volvió a llamar a otra insurrección en enero del año siguiente, 1933. Los focos rebeldes se concentraron en esta ocasión en algunos pueblos de las comarcas del interior del País Valenciano, Bugarra, Gestalgar, Buñol, Benaguacil, Pedralba, Ribarroja, sin que se produjeran graves alteraciones del orden público salvo la acostumbrada proclamación del comunismo libertario. En el marco de esta insurrección se produjeron los trágicos sucesos de Casas Viejas, en la provincia de Cádiz, de los que enseguida hablaremos. Por fin tuvo lugar la tercera y última, en diciembre de 1933, a los pocos días del triunfo del centro derecha en las elecciones. Comenzó en Zaragoza con una huelga general y se extendió por varios pueblos de la provincia con un tono de violencia muy fuerte. En los enfrentamientos entre la fuerza pública y los insurrectos murieron 75 civiles y 11 guardia civiles, la cifra más elevada hasta el momento.

Es evidente que la actitud beligerante de la CNT contra el reformismo socialista, practicado desde el gobierno, contribuyó a su desgaste. Creó un clima de tensión y desconfianza entre los trabajadores, incluso entre los propios ugetistas que terminaron por pedir al partido el abandono de esa política. Y con sus continuas e inútiles

insurrecciones, algaradas y embrollos, reforzó el argumento de la derecha de que la república era ingobernable e imposible. En la destrucción de la democracia, que luego tanto habría que lamentar, participaron todos y no solo sus enemigos de la derecha. Pero sería injusto equipararlos. El asedio a la República lo llevaron a cabo los militares, la Iglesia, los banqueros, y en el campo que aquí nos ocupa, el de los derechos sociales, los grandes propietarios agrarios negándose a aceptar medidas que simplemente pretendían sacar al país de un atraso de siglos, exagerando el desorden e incitando a la represión. La obstinación y la desmesura con que los terratenientes se opusieron a la reforma agraria y a cualquier mejora en el campo, despertó la justa ira de los campesinos y trajo como consecuencia enfrentamientos sangrientos con la fuerza pública. Símbolo de todos ellos fueron los trágicos sucesos de Casas Viejas, un pequeño pueblo de 2.000 habitantes en la provincia de Cádiz. En enero de 1933, siguiendo el llamamiento insurreccional de la CNT, un grupo de vecinos atacó el cuartelillo de la guardia civil hiriendo a dos agentes (que luego murieron) y proclamando el comunismo libertario. Al conocer la noticia, el gobernador de Cádiz envió una numerosa tropa de guardias civiles y de asalto, más de cincuenta hombres, con orden de acabar con la rebelión "como fuera". Los guardias acribillaron a tiros la choza donde se refugiaba con su familia el cabecilla, un campesino conocido como "Seisdedos", y la incendiaron muriendo todos abrasados, ocho personas en total. Solo se salvó la nieta de Seisdedos que pudo escapar de la masacre. Cuando ya todo estaba en calma el comandante quiso dar un escarmiento y dio orden de matar allí mismo a doce personas más.

La tragedia de Casas Viejas produjo un enorme escándalo en la opinión pública y fue utilizada por la derecha para desgastar al gobierno al que acusaba de haber sido el instigador de la masacre. La posición de los ministros socialistas se tornó muy comprometida ya que la CNT les acusaba de ser cómplices de una república burguesa que asesinaba a los campesinos. A Largo Caballero, sindicalista ferviente, le preocupaba el desgaste que estaba sufriendo la UGT sobre todo porque consideraba que las posibilidades del reformismo habían tocado techo. En el campo, donde la UGT tenía el 40% de sus afiliados, apenas se había avanzado, la ley de reforma agraria había quedado recortada y progresaba con cuentagotas por la oposición a las expropiaciones de tierras y la falta de financiación para realizarlas. En julio de ese año, 1933, en un mitin multitudinario en Madrid, Largo Caballero anunció un giro a la izquierda del PSOE y la UGT y la próxima salida del gobierno. El siguiente paso ya no serían las reformas sino la revolución.

El triunfo de las derechas en las elecciones de noviembre del 33 aceleró las cosas. El nuevo gobierno acometió una obra, según sus palabras, de "rectificación" de lo realizado anteriormente. Se desactivaron los jurados mixtos, tan criticados por la patronal, y se permitió a los empresarios el incumplimiento de las bases de trabajo pactadas. Para frenar esta política los sindicatos, ahora con la UGT al frente, emprendieron una oleada de huelgas en toda España. En Andalucía la Federación de Trabajadores de la Tierra, FNTT, perteneciente a la UGT sostuvo una larga huelga sin conseguir doble-

gar a los propietarios. Que os dé de comer la República, cuentan que decían estos. Por fin, en octubre, estalló la huelga general revolucionaria que venía anunciándose y preparándose para el día en que entrara la CEDA (derecha autoritaria) en el gobierno. La huelga pretendía derribar al gobierno, al que se atribuía la intención de cargarse la democracia y la república, pero fue un fracaso en toda España menos en Asturias, donde los mineros, expertos en el manejo de dinamita, se hicieron fuertes durante quince días y para doblegarlos hubo que recurrir a un contingente del ejército de África que actuó con enorme brutalidad.

El giro derechista, la paralización de los avances del primer bienio, la represión indiscriminada de centenares de sindicalistas, despertó al electorado que en las elecciones de febrero de 1936 dio el triunfo al Frente Popular. El nuevo gobierno, formado por republicanos de izquierda, intentó acelerar las reformas a la vez que controlaba el orden público y devolvía la confianza al país. Aunque el clima político se encontraba gravemente deteriorado existía la posibilidad de volver a empezar y de salvar la república. Pero no fue posible porque quienes tenían algo que perder no quisieron y se alzaron para derrocarla.

De sindicalistas a milicianos

En una imagen de archivo, vemos los cuarteles de la Alameda de Valencia y a un numeroso grupo de milicianos que ocupan la avenida impidiendo la salida de los soldados. Es el domingo 19 de julio de 1936. La tropa se ha acuartelado y los jefes no se atreven a dar la orden de salir para ocupar la ciudad y ponerla de parte de los sublevados. Podríamos elegir otras, igualmente conocidas, de aquellos primeros y decisivos momentos. La del asalto al Cuartel de la Montaña que decidió la suerte de Madrid, o la de aquellos milicianos parapetados tras el lomo de un caballo, tirado sobre el asfalto de la plaza de Cataluña, mientras les disparan desde el edificio de Telefónica. Para hacer frente a la sublevación militar, respondiendo al llamamiento de las centrales sindicales, el pueblo se echó a la calle, pidió armas al gobierno y con ellas en la mano salvó la república en muchas ciudades. Luego, en los camiones que habían requisado, donde habían pintado con grandes letras UHP, Unión de Hermanos Proletarios, en mangas de camisa, calzados con alpargatas, con un improvisado gorro cuartelero y el fusil en bandolera, los milicianos (nombre que se dio a los integrantes de las milicias populares) marcharon a la sierra para defender Madrid o formaron las columnas que de Barcelona partían hacia Aragón.

En el territorio que, después de la sublevación militar, quedó en manos del gobierno legítimo de la República continuó en pie el mismo aparato administrativo y político, pero surgieron importantes vacíos de poder que hubo que ocupar. Los pueblos donde había alcalde y mayoría de derechas quedaron sin gobierno al dimitir, y en muchos casos huir, sus integrantes, y por todas partes aparecían nuevas necesidades provocadas por la guerra a las que había que hacer frente. A esto vino a añadirse el

poderoso sentimiento, muy difundido entre el pueblo, de que había que crear un poder popular que se hiciera cargo de la situación. Las improvisadas milicias populares que habían nacido para hacer frente a la sublevación se autoconstituyeron en milicias permanentes para organizar el reclutamiento, requisar los bienes necesarios para el frente, poner en marcha la producción, asignar la tierra que había quedado abandonada, vigilar la retaguardia y juzgar a los elementos sospechosos.

Los comités populares funcionaban independientes entre sí y mantenían discrepancias ideológicas (de procedencia ugetista o cenetista) pero tenían en común un marcado sesgo revolucionario. Había llegado la hora de los de abajo, de eso estaban todos convencidos y era difícil no estarlo ante una rebelión militar que pretendía el retorno de los de siempre. En conjunto los comités constituían un amplio entramado de poder en competencia con el poder institucional u oficial de los órganos republicanos. Esta dualidad causaba confusión y desorden y se fue paliando mediante la integración de los comités en órganos regulares, de buen grado o a la fuerza. El último episodio de esta pugna fue el enfrentamiento armado, en mayo de 1937 en Barcelona, entre el gobierno de la Generalitat, apoyado por los comunistas, y los anarquistas y miembros del POUM que terminó con la derrota de estos y la disolución de los comités y milicias populares. En el fondo de esta lucha estaba el enfrentamiento entre dos estrategias sobre la forma de llevar la guerra: la que priorizaba ganar la guerra apartando de momento los experimentos revolucionarios (defendida por los comunistas que contaban con el apoyo de la URSS) y la que defendía la posibilidad de compatibilizar los dos objetivos, la guerra y la revolución (defendida por los anarquistas). Un dilema cuya resolución sigue sin aclararse y que resurge cada vez que los historiadores vuelven a abordar la guerra de España.

No cabe duda que la actuación de las milicias populares ofrece claroscuros muy acusados. Zonas de luz, como la defensa heroica del "No pasarán", y zonas oscuras que ensombrecen el conjunto. El capítulo más negro es el que se refiere a la actuación en la retaguardia de los comités dedicados a la represión y el asesinato. Durante los primeros meses se creó un auténtico clima de terror y de persecución contra los curas y monjas, los políticos de derechas, los burgueses y los ricos, los terratenientes y los empresarios, en fin, contra todo aquel que algún miembro de un comité señalara con el dedo. Los odios ancestrales acumulados durante años, las humillaciones sufridas, más crueles que la propia miseria, y el deseo de vengarlas, incluso algo tan humano como la posibilidad de quedarse con lo ajeno unido a un vago sentimiento de justicia, de hacer pagar a quienes tanto daño habían hecho en el pasado, todo eso en un estallido brutal. Los "paseos" a medianoche hacia la muerte, las "sacas" de la cárcel, los cadáveres abandonados en la Casa de Campo de Madrid o en los bosques del Saler valenciano. Comenzaron en los primeros días de la sublevación, tuvieron un máximo durante el mes de agosto y decrecieron a partir de septiembre, cuando el gobierno de Largo Caballero tomó cartas en el asunto consiguiendo que cesaran a finales de año. En total fueron unos 40.000 los asesinados y no vale decir que en la otra parte fueron más. Cada cual debe cargar con su responsabilidad.

En contraste con este oscuro capítulo, la movilización popular tuvo un papel creativo y lleno de futuro con la organización de las colectividades. En las zonas donde fracasó la sublevación militar, los terratenientes huyeron abandonando sus tierras que fueron incautadas por los sindicatos para ser explotadas en común. Posteriormente un decreto del gobierno vino a confirmar un proceso que se había ido desarrollando desde abajo impulsado por los sindicatos. Una gran mayoría, sobre todo en Aragón, eran de inspiración anarquista, pero hubo también muchas creadas por la UGT, y "mixtas" en las que había afiliados a los dos sindicatos. Las colectividades, un fenómeno único en la historia social, han merecido juicios muy dispares. Para unos, al estilo de Ken Loach en *Tierra y libertad,* representan la plasmación perfecta del ideal igualitario y solidario, para otros fueron una respuesta a las necesidades de la guerra, una simple economía de subsistencia. Sin caer en una idealización beata, sería injusto negar que latió en ellas el aliento poderoso de un mundo nuevo. Un sueño que se derrumbó con la derrota pero que nunca puede darse por vencido.

La guerra de España atrajo la atención internacional, se jugaba en ella la defensa de la libertad frente al avance del fascismo y los demócratas de todo el mundo levantaron la voz en defensa de la República, pero los gobiernos, siguiendo la política de apaciguamiento, la dejaron sola. Se levantaron entonces los valientes, voluntarios de todo el mundo que formando las Brigadas Internacionales vinieron en su ayuda. Estibadores del Támesis, mineros de Pennsylvania, fugitivos alemanes escapados de los nazis, estudiantes de Cambridge. *Aquí estamos, vuestra causa, la causa de España, es nuestra misma causa, es la causa de la humanidad avanzada y progresiva...* Así lo expresó Dolores Ibarruri en su emocionante discurso de despedida. *Nos lo daban todo y nada nos pedían. Es decir, sí, querían un puesto en la lucha, anhelaban el honor de morir por nosotros.* Vinieron unos 40.000, estuvieron en todas las batallas, desde la primera, defendiendo Madrid en el Jarama, a la última, en el último empeño por salvar la República en el Ebro, y murieron unos 15.000. *No os olvidaremos.*

A comienzos de enero de 1939, tras la batalla del Ebro, las tropas franquistas se acercaban victoriosas a Barcelona por el sur, mientras por el norte, una larga, interminable fila de derrotados escapaba hacia la frontera. El anciano con una manta sobre los hombros que ya no mira al frente sino al suelo, los dos niños que se dan la mano tratando de mantener el paso, el hombre y la mujer que empujan una carreta con el viejo colchón y las maletas, la imagen de la desventura repetida cien, mil veces, a lo largo de la caravana que camina hacia el exilio. Aunque la propaganda de los vencedores repite que no tiene nada que temer quien no tenga las manos manchadas de sangre, y ellos no las tienen, sospechan, adivinan que no será así, que se les perseguirá porque un día creyeron que la tierra debía ser de quien la trabajaba. Cuando lleguen los otros, y ya quedan pocos días, haber sido de la UGT o de la CNT será un crimen.

Cautivos y derrotados. El primer franquismo (1939-1960)

Años de miedo y hambre

Terminada la Guerra Civil la implantación de la dictadura se llevó a cabo con afán vengativo y propósito exterminador. Había que ajustar las cuentas con los que, a juicio de los vencedores, habían llevado España a la catástrofe, e impedir que pudieran volver a intentarlo, eliminándolos físicamente, manteniéndolos en prisión, expulsándolos de los cuerpos profesionales, o marcándolos con el estigma moral de "rojos", sinónimo en la época de indeseables. En una palabra, haciéndoles la vida imposible. En 1940 las cárceles rebosaban con más de 250.000 presos acusados en la mayoría de los casos simplemente de haber pertenecido a partidos de izquierda y de haber defendido la República. De ellos unos 50.000 fueron condenados a muerte y ejecutados, el resto permaneció en prisión con condenas de veinte y treinta años y fue saliendo en sucesivas amnistías a lo largo del decenio. En 1950 aún quedaban unos 30.000 de los condenados por la guerra.

La represión, aunque se fuera atenuando con el tiempo, se convirtió en el rasgo distintivo del régimen. El edificio institucional del franquismo se asentó en instituciones monolíticas sometidas al arbitrio del dictador. Los sindicatos de clase, UGT y CNT, fueron prohibidos, incautados sus bienes, perseguidos y encarcelados con saña sus líderes, y sancionado con extrema severidad cualquier intento de recomenzar una actividad. Se creó un sindicato único, la OSE, Organización Sindical Española, de carácter corporativo en el que estaban integrados obligatoriamente todos los empresarios y trabajadores, y la huelga fue declarada delito de sedición. Una atmósfera irrespirable de opresión envolvía todos los aspectos de la vida: la censura de espectáculos, la obligatoriedad de los actos religiosos, la conducta arbitraria de los jerarcas del régimen, el despotismo de los patronos, la credibilidad otorgada a las denuncias, el temor constante a ser delatado.

La España de la posguerra no fue solo un país tenebroso dominado por la dialéctica de la amenaza y el miedo. Fue además un país empobrecido hasta límites de extrema miseria en amplias capas de la población. Baste mencionar que la renta per cápita de 1935 no se recuperó hasta 1953, un hundimiento difícilmente atribuible a las consecuencias de la guerra civil. A diferencia de la Europa de la posguerra, con numerosas ciudades reducidas a escombros y las fábricas aniquiladas por los bombardeos, los daños materiales sufridos en España fueron limitados. El aparato productivo podía haberse puesto en marcha con prontitud con una política de apertura al exterior, aprovechando la neutralidad del país en la guerra mundial. En lugar de esto el gobierno adoptó una política económica autárquica basada en la quimérica idea de que España era autosuficiente y podía por sí misma abastecerse de todo lo necesario. Inmediatamente aparecieron las carencias, no solo de imputs necesarios para la industria, sino también de bienes de subsistencia que hubo que racionar. La nefasta política de aislamiento económico se agudizó por motivos políticos al termi-

nar la guerra mundial con el triunfo de los países democráticos. El encastillamiento del régimen franquista, dispuesto a perpetuarse como dictadura, provocó que España fuera excluida de los organismos internacionales y de los planes americanos para la recuperación europea.

Los "años del hambre" han quedado grabados para siempre en la memoria de quienes los padecieron. La falta de alimentos llevó al racionamiento de los mismos. La oferta de productos era muy limitada y de pésima calidad: un "chusco" de pan negro, un pedazo de tocino, garbanzos, judías y lentejas como alimentos básicos, un poco de aceite para toda la semana. Los huevos y la leche solo aparecían en ocasiones excepcionales, con motivo de alguna señalada efeméride del régimen. Aunque las cantidades asignadas variaron con el tiempo, siempre fueron escasas y, en los peores momentos, lo racionado no alcanzaba el 40% de lo necesario para subsistir. Había que recurrir al mercado negro a precios que las familias obreras no podían pagar. Esa fue la otra cara de la moneda, la especulación con los alimentos, conocida como "estraperlo". Con la complicidad de autoridades del régimen, los grandes propietarios y comerciantes sustraían una parte del cupo obligatorio, que debía ser entregado a los organismos oficiales para ser distribuido a precios de tasa, y lo vendían en el mercado negro a precios exorbitantes.

"Cautivo y derrotado el ejército rojo", la guerra seguía omnipresente en la sociedad española, en los dolorosos recuerdos y las ilusiones perdidas, en humillaciones y penurias, en la desolada impotencia de los perdedores. La mayoría acató la derrota y se resignó a pasar la larga y fiera noche de la dictadura en silencio. Pero no todos.

Las primeras protestas

En el Madrid recién ocupado por las tropas franquistas, cuando estaba en su apogeo la implacable cacería de "rojos", un grupo de jóvenes comunistas de apenas veinte años intentaban organizarse para sustituir a los apresados y continuar la lucha contra el fascismo. El 16 de mayo cinco de ellas fueron detenidas y la redada prosiguió hasta llegar a trece. Fueron llevadas a la cárcel de Ventas, condenadas a muerte y fusiladas el 5 de agosto en una tapia del cementerio de la Almudena donde actualmente una lápida las recuerda con el nombre de "las trece rosas". Este pequeño grupo representa a la perfección el heroísmo, la tenacidad y el desamparo con el que una minoría llevó a cabo una lucha sin descanso contra la dictadura. Desde los primeros momentos socialistas, comunistas y cenetistas, que no habían sido apresados o huido al extranjero, intentaron con enorme esfuerzo y valor formar pequeños grupos clandestinos que dieran constancia de la resistencia a la dictadura. Con dramática puntualidad, cuando el grupo había sido formado y comenzaba a actuar era descubierto por la policía y sus miembros sometidos a largas penas de prisión. Había que volver a empezar, partiendo de cero y contando cada vez con menos efectivos disponibles. A lo largo de los diez primeros años fueron desarticuladas cinco comisiones ejecutivas del PSOE-UGT,

quince grupos de contacto de la CNT y otros tantos del PCE, y las posibilidades de reconstruir un mínimo tejido organizativo parecían nulas.

A pesar de estos fracasos los conatos de resistencia no siempre fueron ahogados y consiguieron salir a la luz en algunas protestas de masas. En 1947 estalló una huelga en las grandes empresas de la margen izquierda de Bilbao que se extendió por toda Vizcaya durante cuatro días. La huelga tuvo un carácter laboral, la exigencia de mejoras salariales, pero la intervención de los partidos clandestinos, socialistas, comunistas y curiosamente también del PNV, le dio un cariz político de protesta contra el régimen. Es importante destacar este aspecto porque dado el carácter totalizante del franquismo la deriva de lo laboral hacia lo político, promovida por la oposición, va a ser una constante de la mayoría de los conflictos. En 1951 se produjo en Barcelona un boicot a los tranvías, una protesta ciudadana provocada por la subida del precio de los billetes que involucró a toda la población y derivó hacia una huelga de la industria. El movimiento fue un éxito debido al apoyo espontáneo de la gente que encontró por fin la manera de expresar su malestar por las difíciles condiciones de vida, y contó además con la implicación de activistas de diversos grupos. Entre ellos estaban, como cabía esperar, los comunistas del PSUC y, para sorpresa del gobierno, militantes de las Hermandades Obreras de Acción Católica, HOAC, organización legal dependiente de la Iglesia que, desde su periódico *Tu* se puso de parte del boicot.

Aun contando con estas acciones de masas, importantes pero inesperadas y aisladas, el balance del primer decenio resulta desolador. Puesto que todos los intentos de reorganización en el interior habían fracasado, el PSOE y la UGT decidieron concentrar la actividad en el exterior pensando que prepararse para el futuro y hacer valer su influencia en los organismos internacionales sería más provechoso que continuar el combate en España. Y lo mismo, aunque sin explicitarlo de forma tan clara, decidió la CNT que prácticamente desapareció del mapa. Solo la obstinación, el heroísmo, y una mejor organización del PC le permitió mantener, a pesar de repetidas caídas, una presencia en el interior del país sin cesar nunca en el empeño. En 1946, tras el fracaso de una operación guerrillera en el valle de Arán con la que se pretendía forzar la intervención de los países democráticos, la dirección del PC fue retirando paulatinamente los grupos guerrilleros que permanecían aislados en las montañas (ordenando su disolución definitiva en 1952) y concentró la actividad en las fábricas y en la universidad. Fue un acierto porque la situación internacional estaba cambiando hacia el reconocimiento del régimen y en adelante habría que combatir el franquismo con las propias fuerzas.

En 1953 terminó la cuarentena a la que la dictadura había estado sometida desde el final de la guerra mundial, cuando se le negó la entrada en la ONU y se le excluyó del plan Marshall. Las tensiones de la guerra fría, agudizadas por la guerra de Corea (1950-1953) convirtieron a Franco, abanderado del anticomunismo, en un fiel aliado de los intereses norteamericanos y llevaron a la firma de una serie de acuerdos entre España y los Estados Unidos. Aunque la ayuda económica fue notablemente menor

que la recibida por los países del plan Marshall, los acuerdos significaban un reconocimiento del régimen franquista y su aceptación por la comunidad internacional. Quedó definitivamente claro que nadie iba a mover un dedo en contra y que el derrocamiento de la dictadura tenía que ser cosa de los españoles.

Crecido con el reconocimiento exterior, el gobierno siguió firme en su política represiva y modificó ligeramente la política económica. Abandonó la disparatada creencia en la autarquía y trató de abrir la economía al exterior y de suprimir las innumerables trabas y reglamentaciones que la bloqueaban. Ocurrió entonces que al suprimir el racionamiento de bienes, sin posibilidades inmediatas de aumentar la producción, los precios se dispararon. Para hacerles frente, el gobierno dispuso por decreto un elevado aumento salarial lo cual no hizo sino acelerar los males disparando de forma imparable la inflación. A la altura de 1956 ya no cabía echarle la culpa de la carestía de la vida a la guerra, la pertinaz sequía o la conjura masónica-comunista, la culpa era de la ineptitud del gobierno y así lo percibía la nueva generación que por entonces entraba en la vida adulta y que no había conocido la guerra.

Los jóvenes universitarios fueron los primeros en rebelarse contra el oscurantismo de la dictadura. Procedentes, por lo general, de familias acomodadas para ellos pesaba más el clima asfixiante de falta de libertades que las penurias económicas. En 1956 fue detenido un grupo de jóvenes comunistas que infiltrados en los organismos del SEU, Sindicato Español Universitario, estaban llevando a cabo actividades culturales aperturistas. Ya no se trataba del típico grupo clandestino que, desde la oscuridad, lanzaba panfletos llamando a la insurrección sino de estudiantes plenamente integrados entre sus compañeros realizando actividades normales que la estrechez del régimen no permitía. Lo más notable del caso es que el grupo estaba formado por "hijos de los vencedores y los vencidos". El hecho no pasó desapercibido a quien, en cierto modo, lo había promovido, el Partido Comunista, que ese mismo año realizó un cambio radical de su estrategia política. En lugar de luchar por el retorno a la situación anterior al 36 había que aceptar el trauma provocado por la guerra civil y buscar la reconciliación de los españoles de ambos bandos que estuvieran dispuestos a luchar por la libertad y la democracia.

Confirmando el análisis del PC sobre los cambios que estaban ocurriendo en el rechazo de la dictadura, al año siguiente, 1957, estallaron diversos conflictos en protesta por la subida de los precios. Hubo un nuevo boicot a los tranvías en Barcelona, no tan amplio como el de 1951, y se produjeron paros en algunas grandes fábricas de Barcelona, Madrid, Bilbao, Zaragoza, Sevilla y Valencia, y en pozos mineros de Asturias. Eran paros de corta duración, aislados y con poca incidencia en el entorno, es decir, no se trataba de un movimiento huelguístico generalizado sino de brotes de protesta que, a pesar de su aislamiento y del esfuerzo del gobierno por silenciarlos, rompían por primera vez el silencio impuesto y expresaban un amplio y difundido malestar. Llevado por un exceso de optimismo el PC creyó que había llegado el momento de dar un salto en el nivel de lucha y el año siguiente, 1958, convocó una "Jornada de Reconciliación Nacional" en la que todas las fuerzas opuestas al franquismo, del signo que fueran, debían manifestarse exigiendo la libertad. La Jornada fue un

fracaso a pesar de lo cual el PC hizo un análisis triunfalista de la misma y de nuevo en 1959 convocó una Huelga General Pacífica con parecido objetivo e idéntico resultado. Era cierto, como afirmaba la dirección del PC, que la gente había ido perdiendo el miedo y se mostraba muy crítica con el gobierno, pero de aquí a participar en una protesta organizada, con riesgo de ir a la cárcel, había mucha distancia. Los focos de protesta eran todavía escasos y débiles, aunque prometedores. El régimen franquista, aunque pasaba por una grave crisis económica y comenzaba a ser cuestionado de una forma abierta, conservaba intacta su capacidad de intimidación y supo dar un giro radical a la política económica que le permitió salir del atolladero.

Desarrollo económico y resurgir del movimiento obrero (1960-1970)

El desarrollismo

A comienzos de 1959 el Estado español estaba en una situación de quiebra financiera. Las reservas de divisas se encontraban prácticamente a cero y el país no podía hacer frente a sus compromisos. Franco actuó con astucia lampedusiana, realizando cambios drásticos en lo económico para que en lo político todo siguiera igual, y dio entrada en el gobierno a expertos economistas, los llamados "tecnócratas", partidarios de la liberalización y de la apertura al exterior. Siguiendo los dictados del FMI y del Banco Mundial, y contando con su ayuda, impusieron un Plan de estabilización con severas medidas de ajuste del déficit y la inflación. Pasados los primeros momentos hasta lograr el equilibrio buscado, las medidas tomadas para incentivar el crecimiento y facilitar la inversión extranjera surtieron efecto y la economía española emprendió un imparable avance con una tasa media de crecimiento del PIB, entre 1960-1970, del 7,2%. Varias causas contribuyeron a este fenómeno. Las economías europeas y norteamericana se encontraban en pleno apogeo del modelo keynesiano de crecimiento y la española pudo engancharse a un tren que avanzaba a gran velocidad. Europa demandaba mano de obra y allá que se fueron miles de españolitos (unos dos millones a lo largo del decenio) y, al llegar el verano, enviaba miles de turistas a las soleadas playas del sur. Las remesas de los emigrantes y el gasto de los turistas se convirtieron en la principal entrada de divisas que permitía sostener las importaciones necesarias para la modernización del aparato productivo. Una vez puesto en marcha, el desarrollo generaba continuos encadenamientos hacia adelante en un país sumido en la pobreza y ansioso por salir de ella. La modernización de la industria provocó un éxodo masivo del campo a la ciudad que, a su vez, impulsó el auge de la construcción para satisfacer la demanda de vivienda. Y de aquí se pasó a la demanda de bienes de consumo para llenar la casa y no vivir como pobretones, al frigorífico, la lavadora, la televisión y, al final, con mucho esfuerzo, tal vez el soñado 600.

Las medidas tomadas para impulsar el desarrollo tuvieron importantes consecuencias en el movimiento sindical. Era condición inexcusable de la modernización de las

empresas mejorar la productividad mediante la introducción de la organización científica del trabajo o, dicho de una manera más simple, la implantación de sistemas de control de tiempos y de incentivos y primas. La generalización de estos sistemas llevaba consigo la aceptación de un modelo de negociación con los representantes de los trabajadores y con este fin se aprobó, en 1958, la ley de Convenios Colectivos y se potenció el papel de los enlaces y jurados de empresa, elementos clave de la negociación. Como enseguida veremos, el Partido Comunista supo ver la oportunidad que le ofrecían estos instrumentos legales para hacerse presente entre los trabajadores e impulsar la lucha contra la dictadura.

A lo largo del decenio se fue haciendo perceptible una mejora en el nivel de vida de las clases populares. La gente vivía mal, en bloques de viviendas de ínfima calidad construidos precipitadamente, pero a diferencia del decenio anterior existían perspectivas de mejora. Y la gente fue mejorando, no cabe negarlo. Había que matarse a trabajar para conseguirlo, pero había trabajo en abundancia. Los salarios eran muy bajos pero se completaban con un sinfín de horas extra y con los destajos. Los jóvenes trabajadores, hijos de los vencidos, que entraban en la vida laboral a principios de los 60 ya no miraban atrás para lamentar el mundo que habían perdido sino adelante, a las cosas que podían ganar con su dinero. La sociedad de consumo a la que se les incitaba a encadenarse tenía mucho de espejismo y engaño, pero proporcionaba una vida mejor y estaban dispuestos a todo para alcanzarla. Se volvieron exigentes. Si yo me mato a trabajar, pensaban, que me den lo que me gano. Así, por el prosaico camino del economicismo, retornó el sindicalismo.

Nacimiento y expansión de Comisiones Obreras

Para sorpresa del gobierno, que pensaba que las mejoras actuarían como mecanismo integrador, grupos cada vez más amplios de trabajadores comenzaron a reclamar su parte en los frutos del desarrollo. A principios de abril de 1962, en el pozo La Nicolasa, cercano a Mieres (Asturias) comenzó una huelga pidiendo mejoras salariales, que se extendió rápidamente por las dos cuencas mineras del Caudal y del Nalón, alcanzando a unos 40.000 trabajadores. Era la primera vez que el gobierno se enfrentaba a un desafío de tal envergadura, protagonizado por un colectivo con una legendaria tradición de lucha y que estaba dispuesto a refrendarla. Se había roto el tiempo de silencio. Por mucho que se esforzara la censura era imposible ocultar una huelga de tal magnitud de la que se hacía eco la prensa extranjera y los intentos de demonizarla, a cuenta del comunismo, surtieron el efecto contrario. Se difundió una canción-protesta, "hay una lumbre en Asturias que ilumina España entera", que los jóvenes cristianos progresistas entonaban en las misas conciliares, y en la puerta de las universidades se cantaba de forma jocosa y desafiante el "Asturias patria querida". Un grupo de personalidades de la cultura, encabezado por Menéndez Pidal, presidente de la Real Academia, dirigió una carta al ministro de Información, Fraga Iri-

barne, pidiéndole explicaciones. Siguiendo el ejemplo de Asturias se produjeron paros, en los que se mezclaba la solidaridad con los mineros con la reivindicación de mejoras, en grandes fábricas de Madrid, Barcelona, Bilbao y otras ciudades. Es difícil cuantificar su amplitud, debido al carácter fragmentario de las fuentes, pero los historiadores están de acuerdo en que supuso un momento de ruptura. Empujado por la onda expansiva del conflicto asturiano algo nuevo estaba surgiendo en el movimiento obrero en toda España.

La huelga minera se prolongó, a pesar de la dura represión a la que fue sometida, durante dos meses, un hecho insólito bajo una dictadura donde las huelgas estaban prohibidas. Al final el gobierno tuvo que ceder. El ministro del ramo, J. Solís, se trasladó a Asturias y obligó a los empresarios a negociar con una comisión obrera elegida por los trabajadores. El Partido Comunista vio en esta forma de negociación a cara descubierta, una fórmula flexible que ya había sido ensayada en diversos lugares, el camino para avanzar en la recomposición del sindicalismo, abandonando el vano intento de encuadrar a los trabajadores en las organizaciones tradicionales (UGT, CNT, o la nueva OSO creada por el propio partido). Sin embargo el modelo asturiano, aun cuando actuó como detonante de la salida a la superficie, no fue el patrón a seguir en la creación de comisiones obreras. En la huelga minera, la comisión obrera se creó para sustituir la inoperancia de la representación del sindicalismo oficial, mientras que las comisiones obreras que iban a surgir en toda España se articulaban en torno a los enlaces y jurados, aprovechando la protección legal de que estos gozaban. En las elecciones sindicales de 1963 se presentaron y salieron elegidos un buen número de comunistas y de cristianos progresistas (de HOAC, JOC y VOJ), pocos en términos absolutos, pero situados en fábricas importantes y con posibilidades de llevar una labor proselitista. Partiendo de esta base, al año siguiente, 1964, se constituyó la Comisión obrera de enlaces y jurados del Metal de Madrid con el propósito de dar la batalla en la negociación del Convenio Colectivo del ramo. Esta Comisión, liderada por Marcelino Camacho y Julián Ariza, jurados de la empresa Perkins, puede considerarse como el referente fundacional del movimiento de Comisiones Obreras ya que siguiendo su ejemplo fueron creándose otras muchas en toda España y articulándose entre sí.

Las elecciones sindicales de 1966, en las que los candidatos de la oposición ampliaron su presencia, fortalecieron la estrategia de las nacientes comisiones obreras consistente en parapetarse en la legalidad para llevar a cabo acciones que la desbordaran. A finales de este año estalló una huelga en la empresa Laminación de Bandas en frío de Echevarri, en el País Vasco, que se prolongó durante seis meses despertando la admiración y la solidaridad, y convirtiéndose en símbolo del despertar de la lucha obrera. En numerosas empresas se recogió dinero para los huelguistas, un acto muy importante en su simplicidad ya que suponía tomar conciencia de la unidad del movimiento obrero. A finales de enero del 67, en Madrid, tuvo lugar una jornada de lucha con bastante éxito y se extendió la impresión de que el régimen franquista era vulnerable, de que se le podía vencer y humillar, como estaban haciendo los compa-

ñeros de Bandas. En diversas ciudades se celebraron manifestaciones el 1 de mayo encabezadas con pancartas de CCOO. Las huelgas laborales, según datos oficiales del Sindicato Vertical, que desde 1962 estaban en una media de unas 200 al año, subieron a más de 500 en 1967, dándose la paradoja de que en un país donde estaban prohibidas su número comenzara a aproximarse a donde estaba autorizadas.

El gobierno reaccionó extremando la represión. Varios centenares de representantes sindicales fueron destituidos, otros fueron detenidos y encarcelados acusados de pertenecer al Partido Comunista, entre ellos Marcelino Camacho que con su incesante actividad se había convertido en el símbolo del movimiento de Comisiones. De entre todas las figuras de la lucha por la democracia, la de Marcelino Camacho es una de las más admiradas y queridas por su compromiso inquebrantable y por su cercanía y calor humano. Había nacido en Osma (Soria) en 1918, en una familia de modestos trabajadores (su padre era guardagujas ferroviario). Cuando estalló la guerra marchó a Madrid para alistarse voluntario y, al terminar, fue internado en varios campos de concentración. Exiliado en Orán, volvió a España en 1957 y entró a trabajar como fresador en la Perkins desde donde comenzó a desarrollar el trabajo sindical. En 1967 es detenido y permanece en prisión hasta 1972, pero ese mismo año cuando llevaba cinco meses en libertad vuelve a ser detenido y encarcelado hasta la muerte de Franco en 1975, nueve años en total. A pesar de haber permanecido tanto tiempo en la cárcel, la fuerte personalidad de Camacho marcó profundamente el devenir de CCOO tanto en su primera etapa como cuando fue secretario general (1976-1987), e incluso desde la cárcel donde se convirtió en un símbolo de la resistencia. Dos aspectos cabría señalar de su personalidad que dejó en herencia al sindicato: el primero, resumido en una de sus frases más repetidas, *ni nos domaron, ni nos doblegaron, ni nos domesticarán,* el espíritu de lucha, apasionado, incansable, invencible aunque sufriera derrotas; el segundo, su talante fraternal, de compañero acogedor, de abrazos calurosos y palabras entusiastas de ánimo, siempre preocupado por unir.

A los pocos días de la detención de Camacho, una sentencia del Tribunal Supremo de febrero del 67 declaró ilegales las Comisiones Obreras. La sentencia formaba parte de la ofensiva del gobierno para cortar radicalmente con un movimiento de protesta que se le iba de las manos, y lo consiguió por breve tiempo. La detención de centenares de militantes produjo una disminución de la conflictividad obrera a lo largo de 1968 compensada por una radicalización de tipo vanguardista. La agitación universitaria alcanzó una gran intensidad llevando al cierre de la Facultad de Económicas y Políticas, en Madrid, y de las Universidades de Santiago y Sevilla por algún tiempo. Los vientos del mayo francés radicalizaron a los estudiantes españoles que llevaban varios años luchando por la libertad. En el seno del PC, hasta ese momento impulsor en solitario de los movimientos de oposición, se produjeron escisiones izquierdistas que, al estilo maoísta, realizaron algunas acciones espectaculares, como los juicios a profesores y el asalto al rectorado de Barcelona en el que arrojaron un busto de Franco por el balcón. Los nuevos grupos "izquierdistas", escasos en número pero muy activos, exigían también una mayor radicalidad en CCOO. Y, en el País Vasco, el movimiento

separatista creó una organización, ETA, que al estilo del IRA irlandés era partidaria de la lucha armada. Las acciones de masas remitieron pero las pintadas, las manifestaciones relámpago, los alborotos en los claustros, los enfrentamientos con los grises, aumentaron creando la sensación de que el gobierno estaba perdiendo el control de la situación. Para demostrar que no era así decretó el estado de excepción que duró de enero a marzo de 1969, lo cual significaba un reconocimiento del fracaso de su política, una vuelta atrás, a los inicios de la represión. Pero en 1969 el régimen no podía volver a 1939 ni la sociedad estaba dispuesta a tolerarlo.

Haciendo un balance del decenio encontramos que el desarrollo económico transformó por completo la sociedad española convirtiéndola en una sociedad consumista y de masas, pero no consiguió lo que era el propósito del régimen, que la gente se identificara con el franquismo como autor del milagro. El régimen no inspiraba admiración, ni siquiera miedo, sino más bien indiferencia, como pudo comprobarse en las hueras celebraciones de los "25 años de paz", en 1966. La inmensa mayoría de la gente creía que lo mejor era apañárselas cada uno por su cuenta, "no meterse en líos", pero esta actitud fue cambiando al encontrarse inmersos en problemas colectivos. A mediados de los 60 cada vez había más fábricas en huelga y más trabajadores que las secundaban. La represión no hizo más que frenar por poco tiempo un movimiento de masas que ya era imparable. Reorganizado el movimiento obrero, volvió con mayor fuerza. A partir de 1970 será la oposición quien llevará la iniciativa teniendo que limitarse el gobierno a apagar los fuegos que se extendían por todas partes.

Crisis del franquismo y transición a la democracia (1970-1977)

Acoso y derribo de la dictadura

En 1970 se produjo, al igual que había ocurrido en 1962, un corte entre dos etapas en la historia de la oposición al franquismo. Se pasa de una etapa de acumulación de fuerzas al ataque frontal y definitivo contra la dictadura. El franquismo no murió en la cama con la muerte del dictador, en 1975, ni la democracia se fraguó en los despachos donde los aperturistas del antiguo régimen pactaron la transición con la oposición. A partir de 1970 el franquismo estaba herido de muerte, sometido a un proceso de acoso y derribo al que ya no podía hacer frente, y la democracia comenzó a practicarse en las calles impulsada por la lucha de masas.

En 1970 se produjeron, según datos oficiales de la OSE, 1.500 huelgas, una cifra que triplicaba la de 500 alcanzada en 1967. Algunas tuvieron especial relevancia por su larga duración y radicalidad, y muchas adquirieron, de resultas de la violenta actuación de la policía, una connotación política. El movimiento obrero se convirtió en el ariete de la lucha contra la dictadura. Se empezaba pidiendo aumento salarial y se pasaba de inmediato a exigir libertad sindical. En los meses de marzo y abril tuvo lugar una huelga en la AEG de Tarrasa en la que destacó la implicación de la

parroquia del barrio donde se celebraban las asambleas, una actuación que se repetirá en muchos otros casos y de la que ha quedado como símbolo la parroquia del Pozo del Tío Raimundo, en Madrid. En julio, los obreros de la construcción de Granada reunidos en asamblea en los locales del sindicato vertical decidieron ir a la huelga en apoyo del Convenio. A la salida, cuando intentaban manifestarse, fueron dispersados brutalmente por la fuerza pública que disparó y causó tres muertos y seis heridos. Por los mismos días estalló una huelga en el metro de Madrid. Inmediatamente el gobierno militarizó el servicio y abortó la huelga pero el simple conato resultaba revelador del malestar existente. En diciembre, siguiendo el llamamiento de CCOO a defender a los militantes de ETA encausados en el juicio de Burgos se multiplicaron las manifestaciones y los paros de solidaridad (conviene recordar que ETA, aunque la mayoría de los grupos antifranquistas no coincidían con sus planteamientos, estaba considerada una organización revolucionaria y no la banda de asesinos en que luego se convirtió).

En 1971 siguió el avance imparable del movimiento obrero y se produjeron algunas huelgas de gran importancia que, de nuevo, fueron reprimidas a tiros. En la construcción de Madrid la guardia civil disparó sobre un piquete y mató a un trabajador que repartía panfletos. En la SEAT de Barcelona los trabajadores se declararon en huelga y ocuparon la fábrica. Para desalojarlos la fuerza pública entró con enorme violencia en la factoría y en medio del caos un trabajador fue alcanzado y muerto por un disparo. Se estaba convirtiendo en una trágica costumbre reprimir las huelgas a tiros, y no sería la última vez. Al año siguiente, 1972, en una huelga iniciada en los astilleros de la Bazán, del Ferrol, que derivó en una huelga general en toda la ciudad, la policía disparó contra la cabecera de una manifestación y mató a dos trabajadores. El movimiento obrero tuvo que pagar un elevado tributo por la democracia.

El fortalecimiento organizativo de la Comisiones Obreras provocó un debate interno entre los diversos grupos que las impulsaban en torno a la línea a seguir. La fortaleza conseguida, opinaba el PC, era fruto de la sabia combinación de los medios legales e ilegales por lo que había que ir al copo de los cargos sindicales en las siguientes elecciones. En contra de esto los diversos grupos surgidos a la izquierda del PC defendían que había que actuar directamente en las fábricas, prescindiendo de los cargos legales. Este debate iba acompañado de otro más sutil sobre la utilización de CCOO por parte del PC para llevar a cabo una política reformista de cara al futuro, en contra de la supuestamente revolucionaria defendida por los izquierdistas. En la práctica se tradujo en que en las elecciones sindicales de 1971, en las zonas donde eran mayoritarios los grupos izquierdistas (País Vasco, Navarra), y en algunas grandes fábricas del resto de España se impuso la línea de la abstención, lo cual creó bastante confusión en el conjunto aunque no alteró sustancialmente la línea de participación.

El 20 de diciembre de 1973 debía dar comienzo el juicio del Tribunal de Orden Público contra diez miembros de la Coordinadora estatal de CCOO, entre los que se encontraban Marcelino Camacho y Nicolás Sartorius detenidos el año anterior, y

encausados en el célebre *proceso 1001*. CCOO lo había convertido con centenares de protestas y manifestaciones en un proceso contra el régimen y la falta de libertad sindical. Cuando el juicio iba a dar comienzo quedó interrumpido repentinamente. En alguna parte de Madrid se había cometido un gravísimo atentado y pronto se supo que la víctima era el presidente del gobierno, Carrero Blanco. El juicio continuó a puerta cerrada en un ambiente de gran tensión y sobre los encausados cayeron elevadas penas (de veinte años para Camacho). El asesinato de Carrero, llevado a cabo por un comando de ETA, desequilibró los planes continuistas ya que por sus convicciones reaccionarias y por su control del aparato era la persona llamada a guiar la nave desvencijada del franquismo a la muerte del dictador. Pero ni su fidelidad a la herencia del dictador ni su probado autoritarismo hubieran podido frenar el avance de la democracia.

Una prueba contundente de este avance imparable se dio en las elecciones sindicales convocadas en 1975. En esta ocasión el objetivo de CCOO de ir al copo fue secundado por todos los grupos que las integraban y para subrayar el carácter unitario se presentaron con el nombre de Candidaturas unitarias y democráticas, CUD. El éxito fue arrollador consiguiendo la mayoría absoluta en una gran número de empresas, tanto que una prestigiosa revista de aquel tiempo tituló su portada con una frase para la historia: *Ha ganao el equipo colorao.* Que el implacable perseguidor de rojos tuviera que leer esta noticia al final de su vida debió ser un amargo trago. El 20 de noviembre de 1975 murió el dictador en un país que le volvía la espalda.

La construcción de la democracia

A la muerte de Franco, la continuidad de la dictadura había sido duramente combatida en la calle mientras en los despachos los representantes de los partidos de la oposición ponían en pie plataformas alternativas con las que facilitar la transición a la democracia, la Junta Democrática, liderada por el PC, y la Plataforma de Convergencia, por el PSOE. Pero el franquismo, asentado en la estructura institucional, contaba con fuertes apoyos en el ejército, en grupos ultras muy agresivos, y en los restos del franquismo sociológico, en declive pero todavía vivo en sectores de la burguesía. La democracia había que conquistarla y con este objetivo se lanzaron de nuevo a la calle miles de personas. A principios de enero de 1976 había en huelga en toda España unos dos millones de trabajadores que unían a sus protestas contra la congelación salarial decretada por el gobierno los gritos de "libertad y amnistía" con los que se reclamaba la instauración de la democracia. Como venía siendo habitual en los últimos tiempos, junto a los trabajadores se movilizaron los estudiantes y los vecinos de los barrios en una auténtica movilización general del país a la que el gobierno respondió con desproporcionada violencia. En este contexto se produjeron los trágicos sucesos de Vitoria donde una multitud de obreros en huelga fue atacada por la policía a tiros causando cinco muertos.

La apuesta continuista había resultado un fracaso, el país no toleraba ya más franquismo, y el rey sustituyó al presidente del gobierno nombrando a un desconocido joven, Adolfo Suarez, perteneciente al aparato del régimen, que resultó ser el principal impulsor de la transición a la democracia. Suarez presentó un proyecto de Reforma Política que incluía la disolución de las Cortes franquistas, la legalización de partidos políticos y la convocatoria de elecciones libres a unas nuevas Cortes encargadas de elaborar una Constitución democrática. El proyecto fue aprobado, en un llamativo harakiri político, por las Cortes franquistas y, presentado a referéndum en diciembre de 1976, fue ratificado por un 94% de los votantes.

Mientras tanto en el campo sindical ocurrieron algunos hechos de importancia. En torno a 1975 reapareció la UGT en diversos lugares de España de la mano de emigrantes que retornaban de Alemania y de algún veterano militante. Como dijimos al comienzo, la UGT, después de sucesivas detenciones y caídas, decidió a principios de los años 50 abandonar los intentos de organizarse en el interior y hacerlo fuera de España. Permanecieron algunos núcleos de militantes en Vizcaya, pero en el resto del país todo el protagonismo de la oposición sindical perteneció a CCOO. Ahora reaparecía el histórico sindicato con la pretensión de ocupar su propio espacio. Existía también la USO, Unión Sindical Obrera, un pequeño pero activo sindicato de origen cristiano fundado en 1961 que por lo general había trabajado en el interior de CCOO, pero que también ahora reclamaba un espacio autónomo. Ante esta perspectiva de división sindical CCOO proponía la convocatoria de un Congreso Sindical Constituyente donde se disolverían las tres opciones en pro de la unidad. Pero la UGT no estaba dispuesta a sacrificar su independencia y convocó su propio Congreso dando a entender sus intenciones. CCOO tuvo que responder convocando una Asamblea de delegados en Barcelona (semiclandestina, puesto que el Congreso no le fue autorizado) en la que se definía como sindicato de nuevo tipo, vertebrándose en torno a una estructura organizativa pero manteniendo la prioridad del movimiento asambleario. Para paliar este paso hacia la división sindical se constituyó la COS, Coordinadora de organizaciones sindicales, de la que formaban parte los tres sindicatos pero que se deshizo al cabo de poco con la salida de la UGT.

Aprobada en referéndum la ley de Reforma política, propuesta por el gobierno Suarez, la extrema derecha franquista intentó frenar su puesta en marcha creando un clima de miedo e inseguridad que provocase la intervención del ejército. El 24 de enero de 1977 un pequeño grupo de fascistas armados, relacionados con el Sindicato Vertical del transporte, se presentó en el despacho de abogados laboralistas de la calle de Atocha, en Madrid, ligados a CCOO y al PC, y asesinó brutalmente a cinco de ellos, dejando gravemente heridos a otros cuatro. La intención de los asesinos era provocar una reacción airada de CCOO y del PC para que salieran a la calle de forma violenta, justificando así no ser legalizados. Resultó todo lo contrario. Una multitud inmensa acompañó los féretros de los compañeros asesinados por todo Madrid, en absoluto silencio, dando un impresionante ejemplo de dolor y autocontención. El PC había demostrado ser un partido responsable, evitando con admirable disciplina todo

lo que pudiera entorpecer el proceso democrático, y al cabo de poco fue legalizado. También fueron legalizados los sindicatos y suprimido el Sindicato Vertical. En junio de 1977 se celebraron con toda normalidad las primeras elecciones democráticas, interrumpidas desde hacía casi cuarenta años. Con altura de miras y búsqueda del consenso, los distintos partidos políticos elaboraron una Constitución, perfectamente homologable a la de cualquier país del entorno europeo, que fue aprobada en referéndum el 6 de diciembre de 1978. España ya era un país democrático, pero quedaban muchos problemas por resolver.

Republicanos, socialistas y sindicalistas ante los cambios en el sistema productivo a principio del siglo xx

Artículo publicado en 1999 por la revista *Historia Social,* editada por la UNED.

El republicanismo y los nacionalismos (de los que aquí no voy a tratar) constituyen dos fenómenos difíciles de encajar en la tendencia historiográfica actual a "normalizar" la situación española del primer tercio de siglo. En los países del entorno o bien se ha instaurado la república, o bien las fuerzas que presentan una alternativa al sistema son otras y para ellas la república es una cuestión secundaria. Los herederos de Mazzini y Garibaldi no forman un partido sino que actúan dispersos entre los *anarchichi* o han pasado a integrarse en el movimiento socialista. Ni este ni el poderoso partido socialista alemán tienen como objetivo prioritario derrocar la monarquía. La singularidad española consiste en que la alternativa de las fuerzas de oposición pasa imprescindiblemente por el cambio de régimen político, en que esta alternativa cuenta con un partido republicano sólidamente implantado (aunque dividido) que la representa, y en que este movimiento canaliza, casi en exclusiva, las aspiraciones de un amplio espectro de la población, desde el catedrático al obrero manual.

Este monopolio de la representación retrasó el desarrollo normal del Partido Socialista (Iglesias es elegido diputado en 1910, cuando los parlamentarios socialistas en otros países se cuentan por decenas) y sobrecargó al republicanismo de expectativas desmesuradas que más tarde le pasarían factura. El discurso republicano, urdido de promesas redentoristas, no contribuyó precisamente a deshacer el equívoco, y una práctica amigable con las sociedades obreras lo acrecentó por algún tiempo. El republicanismo radical (al que aquí me voy a referir) se mostraba intratable con todo aquel que pretendiese disputarle la representación política de la soberanía popular, como lo prueba la breve y azarosa vida de la Conjunción) pero actuaba de forma condescendiente con quienes se situaban en el espacio social. Republicanismo y sindicalismo societario caminaron juntos, cerrando el paso al socialismo, mientras pudo darse una identificación de perspectivas, es decir, mientras el término *república social* permitió, no el engaño, pero sí el equívoco. Quisiera mostrar que esto fue posible debido a un determinado nivel de desarrollo institucional y económico y que se rompió al acelerarse ambos con ocasión de la guerra europea.

Invención de lo social y desarrollo institucional

El último tercio de siglo es un periodo, en Europa, en el que, según la afortunada expresión de Jacques Donzelot, se lleva a cabo "la invención de la cuestión social". Los acontecimientos de la Comuna, uno de esos hechos propicios a suscitar "la peur des bienpensants", y el malestar provocado por la gran depresión de los 80, hicieron que los gobiernos y los medios intelectuales se tomaran en serio las consecuencias desagregadoras del desarrollo capitalista. Había que convertir las *classes dangereuses* en *classes laborieuses*. La constatación de Tönnies sobre la ruptura de la Gemeinschaft, los trabajos pioneros de Le Play y sus discípulos y, sobre todo, la obra de Durkheim y la aparición de la sociología como ciencia responden a esta preocupación. Abordar la cuestión social suponía acotar un nuevo espacio de saber, definir conceptos, cuantificar, inventariar, con el objetivo de crear un dispositivo de normas e instituciones adaptadas a las nuevas relaciones industriales. Para los historiadores influidos por Foucault, que llevan al extremo la identificación entre campo de saber y campo de poder, el proceso de construcción de lo social tenía como única finalidad disciplinar y controlar, "regimentar al ejército del trabajo", marcando los límites en que el problema podía ser pensado. No obstante sería absurdo negar a los reformadores el deseo de mejorar la condición obrera, aunque es evidente que cualquier reforma pensada desde el capitalismo es funcional al sistema y tiene un objetivo de control. En todo caso lo que aquí nos interesa es que la conceptualización e institucionalización de lo social tuvo interesantes repercusiones sobre el movimiento obrero: contribuyó a perfilar con claridad los dos órdenes del imaginario colectivo propios del capitalismo (capital y trabajo) y creó una serie de "contested terrain", según expresión de Richard Edwards, por donde discurrirá la lucha obrera. Las nuevas categorías sociológicas y jurídicas (población activa, paro, riesgo y seguridad, jornada laboral, salario, contrato de trabajo), la información estadística y cualitativa (sobre horas trabajadas, cuantía de los salarios según cualificación profesional, número y duración de las huelgas, cifras y causas de los accidentes) y la creación de instituciones reguladoras (inspectores, tribunales de arbitraje, bolsas de trabajo, *prud'hommes*) metieron de lleno a los trabajadores en el orden industrial pero les proporcionaron también un utillaje para hacerle frente.

España no fue ajena a este movimiento inspirado, en nuestro caso, en el armonismo krauso-institucionista, o en el paternalismo conservador, y buena prueba de ello es la temprana creación de la Comisión de Reformas Sociales (1883) y las primeras leyes sociales del gobierno Dato. Aunque la tarea legislativa avanzó con lentitud (la ley sobre el contrato de trabajo, propuesta en 1906 y retomada varias veces, no se aprobó hasta 1926) la filosofía que desarrollaron y propagaron los reformadores tuvo repercusión en la definición de algunos puntos importantes: a) reconocimiento de la autonomía de las partes, con intereses económicos distintos, aunque armonizables, b) constatación objetiva, basada en la información, de la debilidad de la parte obrera, c) insistencia en la necesidad de una intervención reguladora y normativa del Estado, al principio muy limitada pero con tendencia a ampliarse.

Republicanos, sindicalistas societarios y socialistas se situaron de distinta manera ante la construcción del nuevo orden industrial. En el plano político los socialistas mantuvieron una actitud de denuncia del desorden, y de distancia ante las mejoras, para no verse involucrados en la insuficiencia de las mismas, postura coherente con su planteamiento general de no colaboración con los partidos burgueses. Al día siguiente de ser elegido diputado, Iglesias declaraba que no iba a las Cortes a proponer leyes que ayudaran al gobierno de Canalejas, sino a denunciar su inexistencia. Sin embargo, su práctica sindical, basada en arrancar pequeñas mejoras, desmintió a cada paso esta intransigencia ya que se centró en aprovechar el aparato legislativo e institucional, y en luchar por su ampliación. Los socialistas aceptaron colaborar con la Comisión de Reformas Sociales, y luego con el Instituto en el que eran vocales, recurrieron a él, lo mismo que a los inspectores de trabajo, y denunciaron el poco caso que hacían los patronos de organismos y leyes. Creo que en todo esto había algo más que una simple táctica y que se trataba de una concepción de fondo. Para los socialistas el orden industrial perfecto sería el regulado por el Estado, aunque esto era imposible bajo el capitalismo. Por eso vieron con buenos ojos las tendencias intervencionistas del periodo de entreguerras y no fue por oportunismo sino por institucionismo por lo que decidieron colaborar con la política social de Primo de Rivera. Al fin y al cabo la idea de los Jurados mixtos, propuesta por Pérez Pujol en el Congreso Sociológico de Valencia (1882), de los Comités paritarios de la dictadura y de los Jurados mixtos caballeristas, no es tan diferente, su objetivo es la regulación institucional del conflicto.

Para los sindicalistas (societarios, sin más, o influidos por doctrinas anarquistas y, a partir de 1911, integrados en la CNT) las relaciones industriales tenían el carácter de una confrontación directa entre patronos y obreros, sin mediación institucional. Esto se debía a que, en gran parte, actuaban en empresas donde la relación directa era habitual, y a la confusión o conjunción entre el sentimiento primario del obrero sobre las leyes e instituciones (inventadas para engañar a los pobres) y las ideas anarquistas sobre el Estado y sus aparatos. Cuando en el periodo de entreguerras el sistema productivo adquiera una mayor complejidad, el modelo anarco-sindicalista no evoluciona hacia su institucionalización sino hacia un enfrentamiento directo más radical.

Hasta esa fecha el republicanismo mantuvo buenas relaciones, e incluso notorias afinidades, con el sindicalismo (me refiero siempre al republicanismo radical y al sindicalismo no ugetista). Esta sintonía estuvo propiciada por la amalgama ideológica fraguada por el republicanismo en la que se mezclaban el impacto redentorista con proposiciones concretas, muy del gusto del obrero societario, referidas a la valoración del oficio, de lo que luego hablaré. Pero el acercamiento se vio también favorecido por la peculiar forma de actuar de ambos. En realidad el programa republicano no difería del típico programa reformista (legislación sobre la jornada laboral, los seguros sociales...) y en este sentido era muy poco apto para satisfacer el inmediatismo societario o el maximalismo anarquista. Lo que ocurre es que el republicanismo mantuvo de cara a las tareas gubernativas, excepto las municipales, un cerrado *non expedit* (mucho

más cerrado que el tan criticado guesdismo de Iglesias) y practicó, en el terreno político, un maximalismo semejante al anarquista en el campo social. El hundimiento de *lo existente*, término intencionadamente impreciso y con una gran carga emocional, era para ambos movimientos condición *sine qua non* para construir una nueva sociedad. En las Cortes, los republicanos exigieron la abolición de determinadas leyes (de jurisdicciones, de culto y clero), aplaudieron con entusiasmo las referentes al laicismo, de Romanones y Canalejas, pero se desentendieron de actuaciones importantes, como la legislación social de Dato, y no presentaron propuesta alguna sobre esta cuestión. Al menos los blasquistas solo intervinieron, a remolque de los partidos dinásticos, en alguna proposición de ley en defensa de la agricultura valenciana. Sería interesante, al respecto, comparar la actividad parlamentaria de los catalanistas y republicanos y constatar la diferencia. Este, llamémosle, "desprecio de la ley" y de las instituciones les alejaba de la práctica socialista, que las utilizaba y esgrimía con frecuencia, y les situaba en sintonía con la versión popular del anarco-sindicalismo. Las cosas había que conseguirlas en la calle, en el mitin, en la manifestación, sin mediaciones institucionales que legitimaran el sistema e interfirieran la representación, con pretensiones de monopolio, que se arrogaba el republicanismo. Una muestra muy clara la tenemos en la oposición a la Liga de productores de Paraíso, a quien los blasquistas ridiculizaron de forma sangrienta. Un día de lío en la calle, bien (y ellos fueron los más activos en cerrar tiendas), pero formalizar una representación corporativa que suplantara a la única y verdadera, la republicana, eso ni hablar. En este sentido resulta llamativo el distanciamiento, por no decir hostilidad, mantenido respecto al institucionismo, ya sea a las personas, a las ideas o a las obras. En Valencia, por referirme de nuevo al caso que mejor conozco, existía una importante corriente krauso-institucionista representada por Pérez Pujol y A. Sela, que pasaría a formar parte del grupo ovetense. El blasquismo no tuvo ocasión de enfrentarse a estos señores pero sí a alguno de sus seguidores (R. de Castro, canalejista, presidente del Ateneo y de la Cámara de Comercio, y A. Calderón, melquiadista, director de *El Mercantil Valenciano* y promotor de la Extensión Universitaria) a los que convirtió en blanco preferido de sus ataques. Esta animadversión, manifiesta también en el menosprecio con que consideraba la convocatoria por el Ateneo de las "fuerzas vivas" para solucionar algún problema, tenía su raíz en la concepción exclusivista de la representación. Los republicanos prestaron muy poca atención a la labor del IRS (en el Ayuntamiento de Valencia no funcionaba la correspondiente comisión a pesar de que, años antes, dirigida por Pérez Pujol había sido tomada como ejemplo) y minusvaloraron la tarea de crear mutuas, cooperativas, patronatos de casas baratas, en la que estaban interesados los socialistas y los católicos. Potenciaron las Sociedades obreras, insistieron en su autonomía y confiaron en que se mantendrían en el terreno reivindicativo, dejando el horizonte despejado para que ellos ejercieran la representación política. Creo que este propósito se cumplió hasta el periodo bélico y que, a partir de entonces, se hizo inviable por diversas circunstancias pero, especialmente, por la evolución del sistema productivo y de las relaciones industriales.

El sindicalismo de oficios: su vigencia y trascendencia política

A finales de siglo se produjo la aparición de nuevas tecnologías (electricidad, química, motor de explosión) que por sus amplísimos efectos inducidos dieron lugar a lo que conocemos como segunda revolución industrial. Fue también un periodo en el que, según Chandler, se formaron las grandes corporaciones caracterizadas por la integración de procesos, la diversificación de productos y un nuevo tipo de organización, jerárquica y gerencial, que sustituía la dirección personal de origen familiar. Sin embargo, aunque la difusión de estas tecnologías se realizó con relativa prontitud, su implantación generalizada y la consolidación de grandes corporaciones, según el modelo chandleriano, es un fruto más tardío, si se exceptúan Estados Unidos y Alemania (aun aquí la fusión de Bayer, Hoechst y Basf en el gigante IG Farben es de 1926). Puede decirse que hasta el periodo de entreguerras no se desarrolla la gran empresa moderna y que es entonces cuando se realiza el ensayo general de un nuevo modelo de acumulación capitalista centrado en el control del mercado por grandes corporaciones, la generalización de tecnologías de producción en masa y la construcción de un sistema institucional de regulación de las relaciones laborales. Ensayo, en suma, de implantación del capitalismo corporativo (no necesariamente fascista, como lo prueban el *New Deal* o los primeros avances del modelo sueco) que va acompañado de conatos de cambio del paradigma interpretativo de la realidad económica (creciente influencia de las ideas keynesianas a partir de la crisis del 29). Aceptando este esquema los años 1890-1914 podrían caracterizarse como un periodo en el que domina un capitalismo de libre competencia, según el modelo marshalliano: medianas empresas de tipo familiar, con sistemas de trabajo basados en la cualificación de los *skilled-workers*, con una organización empresarial personalizada, con relaciones laborales poco reguladas y con tendencia a la multiplicación de enfrentamientos directos. Evidentemente se trata de una estilización puesto que existen también grandes empresas y obreros no cualificados, pero difícilmente se puede generalizar para este periodo ni la tesis de Chandler sobre el tamaño, ni la de Braverman sobre la descualificación.

En España, donde el sistema industrial se desarrolló con mayor lentitud, los rasgos del cuadro aparecen con relieve. Al lado de algunas grandes empresas (compañías de ferrocarril, Tabacalera, empresas mineras como Río Tinto y Peñarroya, AHV), alguna de ellas homologable por su tamaño a otras europeas, el textil catalán, como era norma en el sector, estaba formado por unas pocas de tamaño medio e infinidad de pequeñas. El Madrid galdosiano es una ciudad de oficios tradicionales (y así se refleja en el informe de la Comisión de Reformas Sociales de 1883) y la Valencia de Blasco nos ofrece un panorama de pequeños talleres de serrería, ebanistería, trabajo del metal, azulejo, cuero, con tres o cuatro de tamaño medio en cada sector. De esta realidad surgen las Sociedades Obreras caracterizadas por la ruptura con la matriz gremial y, a la vez, por una actitud defensiva de reivindicación del oficio como medio de mantener el control del trabajo. Es esta realidad la que otorga credibilidad al mensaje republicano.

Del republicanismo se acostumbra a decir que era un movimiento interclasista. Sin embargo el radicalismo fue un movimiento popular con una elevada componente obrera. La burguesía de ideas republicanas votaba a la Unión republicana de Salmerón y, al disolverse, seguiría la línea reformista (de Melquíades Álvarez a Azaña) o, en Cataluña, pasaría a la Esquerra. En Valencia la trayectoria de personas de cierta relevancia, como el Dr. Peset, fue la indicada. Al blasquismo le votaba, según la calificación de la prensa dinástica, *el populacho* o, como decía Blasco, *los obreros honrados que se forjan su opinión libremente*, de los distritos populares del Grao, Museo y Hospital. Ciertamente el radicalismo no era un partido exclusivamente obrero. Se presentaba, al igual que su homónimo francés, como el partido de "los humildes", de los pequeños, y prometía una sociedad donde cada uno pudiera ser dueño de su trabajo sin estar sometido a la voluntad de los grandes y poderosos. Este proyecto, aparentemente pequeño-burgués, entroncaba con las aspiraciones de los obreros de la época. Me remito aquí a la sugerente explicación formulada por Manuel Pérez Ledesma. Para los obreros de oficio *la emancipación del trabajo* significaba poder disponer libremente de su trabajo y este horizonte se refleja, incluso entre obreros concienciados, en la polémica entre anarquistas individualistas y colectivistas. El ideal de una sociedad proudhoniana formada por productores independientes que se asocian libremente y en la que la gran propiedad sería un robo, acercaba a republicanos y societarios.

Es verdad, como afirma Pérez Ledesma, que estas posibilidades emancipatorias se iban cerrando con el desarrollo capitalista pero no deja de ser significativo que en la vecina Francia, de 1900 a 1914, periodo de gobiemos radicales, la matrícula industrial pasara de un millón a un millón cuatrocientos mil, con un crecimiento demográfico prácticamente nulo. En cualquier caso, aunque el horizonte emancipatorio de los productores independientes se fuera alejando, el oficio constituía un poderoso instrumento de control del trabajo que poseían los trabajadores, no solo de cara al mercado (y de ahí la preocupación por el *closed-shop*) sino, más aún, al proceso productivo. Como ha escrito Michael Burawoy, la destreza en el oficio es lo que permite al obrero "apañárselas por su cuenta", escapar a la disciplina fabril, disponer de un poder frente a los jefes, preguntarse para qué sirven y sacar la conclusión de que están de más. Por encima de todo, el oficio constituía la fuente de la autoestima y de la identidad obrera. Por todas estas razones el capitalismo luchó por proletarizar a los trabajadores, por hacerlos intercambiables y dejarlos con la única posesión de la fuerza de trabajo. Pero esto no fue obra de un día, ni lo consiguió del todo, y tuvo como resultado la formación de una conciencia de clase más amplia. En el periodo que comentamos, dado el nivel de las fuerzas productivas, de la tecnología y de la organización empresarial, parece coherente que los trabajadores se organizaran en Sociedades de oficios. Por lo que sabemos de Valencia los republicanos prestaron un decidido apoyo a la creación y consolidación de un modelo que tan bien concordaba con su proyecto de sociedad de pequeños productores.

El sindicalismo socialista, en sus inicios, siguió los mismos pasos puesto que, como escribió Morato, la cuna de un gigante fue la modesta sociedad de tipógrafos madri-

leños. Pero su modelo teórico de referencia era muy distinto al de los republicanos y societarios, mirando en este caso, no a Francia, sino a Alemania y a su poderosa federación de sindicatos, implantados en las grandes industrias y con una dirección centralizada. Es curioso que se haya hablado tanto del guesdismo de Iglesias, para explicar su intransigente aislamiento, y no de la influencia alemana, para interpretar su modelo sindical. A partir del Congreso de París (1900) en el que los alemanes zanjan la polémica sobre el apoyo a gobiernos burgueses, el socialismo español se cobija en la solidez de Kautsky para sortear del buen lado los debates teóricos. Recordemos que la polémica de este con Bernstein resultó mucho más dramática que la provocada por el conciliador Jaurès ya que remitía la cuestión de las alianzas a la revisión de las bases teóricas del marxismo. Contra lo previsto por Marx, afirmaba el heterodoxo, el proceso capitalista no llevaba a la polarización entre unos pocos propietarios del capital y una masa proletarizada sino que iba acompañado de la ampliación del abanico de grupos intermedios. Para Kautsky el proceso de concentración capitalista conducía ineluctablemente a la destrucción del sistema, por lo cual el papel del partido socialista consistía en fortalecer su organización en espera del ansiado día (postura que, a su vez, le valdría ser arrojado al campo revisionista por Lenin).

Todo esto es de sobra conocido y lo he traído a colación para explicar con mayor claridad la posición del PSOE. El socialismo español fue kautskiano frente a Bernstein, dirigido por Iglesias (no a la colaboración) y kautskiano frente a Lenin, liderado por el dúo Besteiro-Caballero (no a la revolución) y esta óptica de análisis repercutió en el campo sindical. Primero, desplazando la atención de las arcaicas relaciones de oficios hacia las relaciones generadas por la modernización industrial, sobre todo de las grandes empresas. Es cierto que el mismo Largo Caballero propuso, en el Congreso de 1920, una resolución ambigua entre sociedades de oficios y federaciones de industria, pero desde mucho antes eran las grandes federaciones (de la minería, del ferrocarril, de la construcción) las que asumían el protagonismo en los Congresos. Segundo, dando prioridad absoluta al asentamiento organizativo, evitando luchas de desgaste que lo entorpecieran y consolidando el poder contractual y la relación con las instituciones. Esto quiere decir que el sindicalismo ugetista se encontraba mejor dispuesto para adaptarse a los cambios del sistema productivo que el societario, el cual reaccionará de la mano de la CNT creando los Sindicatos Únicos y lanzándose a una lucha frontal. Por uno u otro camino el sindicalismo se irá apartando del republicanismo radical cuyo modelo de sociedad de productores independientes se va difuminando y haciéndose inviable. Valga una anécdota, intrascendente pero reveladora. En 1899 la Sociedad de tipógrafos de Valencia, dirigida por la UGT, organiza una huelga de los impresores de *El Pueblo* por el simple deseo de hacer quedar mal a los republicanos, propietarios del periódico. Por este mismo tiempo la Sociedad de tranvieros, de inspiración societaria, se adhiere con una cena al triunfo republicano. En 1920 entre los varios atentados anarquistas se cuenta una bomba en los locales de *El Pueblo*. El republicanismo ya no es lo que era para los trabajadores.

El cambio en las relaciones industriales

He señalado la guerra del 14 como punto de ruptura porque todos los autores están de acuerdo en que las necesidades de la contienda obligaron a un enorme esfuerzo industrial y a una intensa modernización del aparato productivo con importantes consecuencias para el periodo posterior. Por ejemplo, la industria europea del automóvil, obligada a fabricar aceleradamente vehículos de transporte, entró definitivamente por la vía del fordismo. España tuvo la oportunidad de aprovechar el vacío dejado por los países contendientes y algunos sectores, como el químico y el naviero, experimentaron un crecimiento espectacular. Es un hecho constatado por los estudios pioneros de Roldán y García Delgado y, para el País Valenciano, por Soler Marco. No obstante, la idea de que la vuelta a la normalidad supuso para la industria española un retorno a la situación anterior está siendo corregida por nuevas investigaciones. Hay una diferencia importante de tipo institucional con respecto a los países contendientes y es que en estos el esfuerzo bélico propició la creación de organismos estatales, con la participación de patronales y sindicatos, que continuaron actuando en los años de la reconstrucción, mientras que en España el crecimiento industrial se hizo de una forma desordenada. Pero los desajustes, por exceso de producción en algunos sectores, y los reajustes por la aparición de nuevas tecnologías fueron moneda común en todos los países, abrieron un periodo de gran inestabilidad y plantearon la necesidad de cambios en el modelo social de acumulación.

La economía española tuvo que pasar por este trance, que desembocó en la crisis social del trienio bolchevique, y si no pudo conservar su ventajosa posición en el mercado exterior no fue porque no hubiera mejorado sino debido a que, tras la contienda, los países industriales entraron en una competencia encarnizada para la que España no estaba preparada. Las dificultades internas vinieron precisamente porque parte de la industria española sí que había cambiado, y el resto necesitaba reajustes traumáticos. Los sectores tradicionales, basados en el trabajo cualificado por el oficio, pasaron a ocupar un lugar secundario siendo desplazados por los que utilizaban técnicas modernas. En algunos casos con la creación de grandes industrias (cementeras, químicas, centrales eléctricas) pero en muchos otros mediante la utilización en pequeñas empresas de las nuevas tecnologías, la electricidad y la máquina herramienta. En 1914 la *España Industrial* se presentaba como la primera industria textil que había electrificado toda su maquinaria, en 1919 más del 50 por cien del sector estaba electrificado. Lo mismo podría decirse de las serrerías, en Valencia, y de la mayoría de pequeños talleres del metal, en los que no existía el coste alternativo de tener que sustituir las antiguas instalaciones sino que bastaba con comprar alguna máquina y conectarla a la red. Resulta revelador que las importaciones de bienes de equipo crecieran muy por encima de la media y que el Arancel de 1922 (el llamado Arancel Cambó) tenido por la cumbre del proteccionismo, aumentara la imposición sobre productos de industrias con sobrecapacidad (textil) o baja competitividad (siderurgia, carbón) pero dejara libre la importación de maquinaria, dando facilidades además para la instalación

de industrias extranjeras de este tipo, con el consiguiente efecto de difusión tecnológica. La inversión industrial, que en 1900 no alcanzaba más que el 3 por cien del PIB, en 1910 estaba en un 6 por cien, y en 1919 superaba el 12 por cien.

Estos cambios repercutieron, como es lógico, en el campo de las relaciones laborales. En primer lugar produjeron una alteración cuantitativa y cualitativa de la clase obrera. Comparando 1910 con 1919 se observa que el número de trabajadores del metal se ha triplicado y el del sector químico se ha multiplicado por seis, mientras que el de trabajadores del textil ha descendido ligeramente. Las nuevas cualificaciones profesionales, ligadas a procesos técnicos (tornero, fresador, electricista, montador, ajustador), desplazan a los oficios que solo dependen de la destreza personal (broncista, marmolista, fundidor, cerrajero). Se trata de cualificaciones polivalentes que amplían el campo de utilización y revalorizan la fuerza dc trabajo pero que la hacen más susceptible de ser controlada por sistemas organizativos. Álvaro Soto apunta que en las industrias donde se concentran estos empleos, fundamentalmente del metal, el porcentaje de obreros entre 15 y 35 años es más alto que en el resto. Sin transponer a nuestro país la mitología del *métallo* parisino, es indudable que nos encontramos ante una recomposición de la clase obrera en la que adquieren mayor peso personas jóvenes, con algún saber técnico, que han entrado en el sindicalismo, no a través del contacto con los compañeros de oficio y en el marco de la tradición republicana, sino sintiéndose parte de la industria moderna, movidos por un clima general de protesta y en el marco de la revolución rusa.

En segundo lugar, la modernización del aparato productivo suscitó en los responsables de la economía (empresarios de peso, patronales como el Fomento catalán, técnicos) una preocupación acuciante por la mejora de la productividad. Asistimos en estos años a una proliferación de estudios y escritos arbitristas de signo opuesto a la retórica del 98, ya no sobre los males de la patria sino sobre los bienes de la industria y sobre los remedios concretos para mejorarla. En este concierto de voces reivindican un papel protagonista los ingenieros, deseosos de abandonar las rutinas de la Administración y de ocupar puestos de dirección en las empresas. A través de ellos se difunde la obra de Taylor, traducida al castellano en 1912, nace la *Revista de Organización Científica* y se crean los Institutos de orientación profesional de Barcelona y Madrid. La constatación generalizada es que en España, a pesar de pagarse salarios más bajos, se produce a precios más altos, y las propuestas coinciden en señalar que la renovación tecnológica debe ir acompañada de mejoras en la preparación, incentivación y organización del trabajo.

La aplicación de estas orientaciones se hizo notar en un notable incremento de la productividad que en algún sector, como el de maquinaria eléctrica, se triplicó. Aunque no es posible separarla de la productividad del capital, la intensificación del trabajo y las presiones para conseguirlo debieron ser muy fuertes. En la información del IRS aparece un sensible aumento de los problemas de organización del trabajo entre los motivos de conflicto. No se trata de que antes no existiera el trabajo a tarea, o a tanto la pieza, puesto que en la construcción, en la minería o en la confección se utili-

zaban. Ni tampoco debemos pensar que en estos años se introdujera la OCT (en empresas tan destacadas como Altos Hornos de Sagunto y Macosa, en Valencia, los cronometrajes se implantan en 1957). Lo que ocurre es que la máquina herramienta permite estandarizar muchos procesos (por ejemplo la fabricación de piezas) y objetivar la contabilidad de lo realizado, sustrayéndola al tiempo determinado por la pericia del obrero de oficio. El caso de la fábrica McCormick, estudiado por Toharia, aunque alejado en el espacio puede servirnos de ilustración. En dicha fábrica los moldeadores, expertos en la tarea, se marcaban a sí mismos el ritmo de trabajo, graduando a su voluntad las primas que querían conseguir, hasta que la implantación de máquinas moldeadoras convirtió a estas en las pautadoras del ritmo que tenían que seguir los obreros. Como afirma Paul K. Edwards se pasa de una relación de trabajo personal (obrero de oficio-capataz) a una relación técnica, mediatizada por la máquina, que a su vez, con la aplicación estricta del taylorismo, se convertirá en relación burocrática, controlada por los departamentos de organización. No hace falta decir que el obrero experimenta estos cambios como una desposesión, y de aquí la intensificación de las protestas.

Estas transformaciones del sistema productivo se produjeron en unas circunstancias que contribuyeron a agudizar su impacto. Por una parte, una situación política sumamente deteriorada y enrarecida, en la que la incapacidad de los partidos dinásticos para formar gobiernos estables alimentaba entre los opositores la ilusión del hundimiento del sistema. Por otra parte, una situación económica marcada por los desequilibrios: entre las grandes fortunas, acumuladas por los negocios de la guerra, y la crisis de subsistencias soportada por las clases populares; entre empresas capaces de afrontar la reorganización postbélica y otras condenadas a la desaparición; entre obreros a los que se exigía intensificar su ritmo de trabajo y obreros arrojados al paro.

La condensación del malestar, que marca la línea divisoria entre un modelo periclitado, tanto política como económicamente, y la búsqueda de alternativas, podría establecerse simbólicamente en la crisis del 17. Los dos sindicatos, que han formalizado un pacto de unidad de acción en 1916, aportan su concurso a una alianza política, encabezada por los republicanos y apoyada por los catalanistas, para liquidar al régimen. El movimiento fracasa y el republicanismo demuestra su incapacidad para liderar a las fuerzas de la oposición. Se quiebra lo que he llamado, al comienzo, la representación tribunicia y monopólica ejercida por el republicanismo radical y, a falta de otras fuerzas políticas (el PSOE es muy débil y el catalanismo demasiado periférico) ese vacío lo tienen que llenar los sindicatos, produciéndose lo que Santos Juliá ha denunciado como sindicalización de la vida política. Ambos sindicatos se reorganizan convirtiendo las sociedades obreras de oficios en poderosas federaciones de industria para hacer frente a los cambios del sistema productivo, antes mencionados. Pero mientras CNT confía en aprovechar su fuerza para una confrontación directa con los patronos de cuya derrota vendrá, no una república cualquiera, sino la auténtica República social, UGT dirige su estrategia a exigir instituciones de negociación y regula-

ción que configuren una democracia social avanzada, sea republicana o no. En enero de 1919 el Comité Nacional de la UGT elaboraba un Código o Estatuto del Trabajo que Largo Caballero presentó al gobierno urgiendo su aprobación. Un mes más tarde se iniciaba la huelga de *La Canadiense*, prueba de fuerza entre la CNT y la patronal catalana que se iba a prolongar trágicamente durante el llamado trienio bolchevique. Largo Caballero prometió su apoyo pero hizo todo lo posible por mantener a la UGT al margen del conflicto. Con la misma firmeza impidió que el sindicato se mezclase en la discusión, mantenida por el PSOE a lo largo de 1920, sobre la adhesión a la Tercera Internacional. Como ha escrito José Luis Martín Ramos: "la UGT se reafirmaba en un sindicalismo de presión y negociación para la obtención de conquistas sociales, garantizadas institucionalmente, con una táctica que había de imponerse mediante la consolidación de estructuras de dirección y propaganda nacionales. Se dejaba cada vez más el sindicalismo de protesta y vindicación circunscrito al ámbito local y a la confrontación directa con los patronos inmediatos"

Llegados a este punto sería preciso analizar con mayor detalle los problemas de los años 20 que, obviamente, sobrepasan el campo de las relaciones industriales, aunque en este se manifiesten con especial crudeza. Pero esto excede los límites trazados a este artículo. Lo que he querido explicar es que ante los cambios experimentados en el modelo de acumulación capitalista, en el sistema productivo y en la organización empresarial, ya no valía ni el sindicalismo reivindicativo y microeconómico de las Sociedades de oficios, ni el proyecto republicano radical de una sociedad de pequeños productores que, sin embargo, había funcionado en el periodo anterior. Que el capitalismo fuera capaz de afrontar los reajustes necesarios al conjunto del sistema, integrando al movimiento obrero, o que, por el contrario, este tuviera la ocasión, tanto tiempo esperada, de implantar el socialismo, es otro debate.

Los conflictos sociales durante la II República

Publicado en el volumen editado por la Generalitat Valenciana con motivo del 50 aniversario de la guerra civil *(La Comunitat Valenciana 1936-1986).*

Aunque una simple resta nos indica que han pasado cincuenta años no faltan indicios para poder afirmar que la distancia histórica entre 1936 y 1986 es, en realidad, de un siglo. Los historiadores suelen hablar de "el siglo de las revoluciones" para referirse al periodo que va desde la revolución francesa a la española, y ciertamente, todavía en la década de los 20, y en su trágico epílogo del 36, los hombres y mujeres de la vieja Europa creían o temían que el mundo, como decían los himnos, iba "a cambiar de base". La revolución había triunfado en Rusia y sacudido violentamente Alemania, Hungría, el norte de Italia, Viena y hasta la inmunizada Inglaterra se había visto amenazada por una huelga general en 1926. Nunca, por otra parte, la reacción restauracionista y conservadora que acompaña las oleadas revolucionarias había sido tan brutal como la manifestada en los fascismos. Por decirlo en el lenguaje iluminado de un Blake, en ningún tiempo hubo tanto fulgor o tan sombría tiniebla, y a España le correspondió ser escenario final del drama de Europa y vivir el último acto de la tragedia.

Cuarenta años más tarde o, si es cierto el supuesto, después de un siglo, España volvía a ser por un momento el centro del escenario europeo, esta vez para convertirse en el ejemplar modelo de una transición histórica sin traumas. Por este tiempo el viejo continente estaba sumido en un proceso de entropía social y nadie pensaba que en un mundo dominado por el equilibrio de bloques pudiera producirse una grave alteración en el corazón del sistema. Estas evidentes diferencias de contexto o marco histórico no lo explican todo, pero sin tenerlas en cuenta es imposible entender lo que vamos a tratar a continuación.

Sin embargo, acotadas las distancias no es menos importante señalar las proximidades, pues por alejados que estén o parezcan estar los dos periodos en cuestión, existen espacios comunes, puntos de evidente coincidencia que sugieren un análisis en el que destacar los paralelismos. No puede pasarse por alto que en ambos casos el país se encontró en una situación de aceleración histórica y ante la necesidad de dar una respuesta adecuada al brusco cambio de ritmo. Problemas económicos, sociales y políticos durante muchos años postergados, reprimidos o mal resueltos saltaban al primer plano con la urgencia de unas soluciones largo tiempo aplazadas. Si la República fue recibida en 1931 como panacea y remedio de todos los males, desde el hambre secular de tierras de los campesinos hasta la defectuosa configuración del Estado, basta repasar los alegatos políticos de las elecciones de 1977, con la inevitable y fogosa

alusión a los cuarenta ominosos años, por fin dejados definitivamente atrás, para percibir un parecido clima de aceleradas expectativas. No puede negarse: en uno y otro caso parecía vivirse una situación genesíaca.

Por qué del paraíso entrevisto se vino a caer, en un caso, en el abismo infernal de una guerra civil y, en el otro, en la desencantada aceptación de los límites de la humana felicidad, es la cuestión capital que se plantea en cada uno de los trabajos de este libro y la que probablemente habrá que responder con matizadas diferencias. De todas formas aquí, como en tantas otras cuestiones, la objetividad de las respuestas está condicionada por un previo posicionamiento ideológico o político. Quien piense que las expectativas puestas en los dos cambios de régimen eran excesivas, que el cercano paraíso de ilusiones era puro espejismo y que, por lo tanto, la radicalización de las exigencias en la República fue un error, verá sin duda en la moderación de la transición postfranquista un modelo de sabia adaptación a las posibilidades objetivas. Quien, por el contrario, crea que en ambos casos estaba al alcance de la mano un profundo cambio estructural y que este exigía una fuerte presión de las masas, estimará excesivas las concesiones hechas en la reciente transición democrática, concesiones que, según este criterio, han tenido tan graves consecuencias, como la desmovilización de la sociedad civil y el reforzamiento de los tradicionales poderes fácticos. Por donde quiera que se mire, sobre estos dos momentos cruciales de nuestra historia contemporánea planea "l'ombra del combattimento" entre el posibilismo reformista y el radicalismo. El lector sabrá entenderlo, pues, a fin de cuentas, él también está involucrado en el asunto.

La república de los trabajadores

La transición

La caída de la dictadura de Primo de Rivera provocó en todo el país una extraña e indefinible sensación de interinidad. Esta provenía no tanto de los imprecisos propósitos del general Berenguer sobre la vuelta a la normalidad constitucional, cuanto de la posibilidad de llevarlos a cabo. La descomposición del sistema de partidos de la Restauración era tan manifiesta e irrecuperable en el momento del golpe primo-riverista que difícilmente podía esperarse que después viniese de ellos el soporte que la Monarquía necesitaba. Parecía llegada la hora de la República, aunque sus representantes, los partidos republicanos, poco seguros de sus fuerzas, se deslizaran al tradicional ejercicio conspiratorio. Fueron los estudiantes y los trabajadores los que, con su agitación, dieron la señal de que la irremisible cuenta atrás del régimen monárquico ya había sonado. Tomando como índice de la temperatura social las huelgas, vemos que estas se disparan y en la provincia de Valencia pasan de 8 a 30. Aunque en ello tenga que ver la permisividad de que ahora gozan, las características de las mismas nos indican algo más.

Se apuntan ya aquí algunos elementos que luego cobrarán enorme relieve. En primer lugar, los trabajadores tienen prisa por reivindicar mejoras, por reconstruir sus organizaciones y por hacer valer sus derechos. En segundo lugar, lo hacen en un régimen de tensa división y competencia entre sus principales representantes. La UGT se encuentra ante el difícil equilibrio entre mantener por la vía de la prudencia la sólida organización conseguida durante la dictadura y hacerse perdonar, mediante la eficacia reivindicativa, la colaboración prestada. La CNT necesita recuperar rápidamente las Sociedades Obreras que habían estado bajo su influencia y que durante el paréntesis dictatorial habían actuado como sociedades profesionales. Finalmente, esta actividad sindical intensa y competitiva desborda la débil dirección política de los partidos que, como ha sido subrayado por el profesor Santos Juliá, se encontraron con que la República había sido proclamada en la calle cuando ellos todavía dudaban en hacerlo.

En otro plano distinto, el económico, la caída de la dictadura introdujo una preocupación, que para algunos ministros fue casi obsesión, a la que J. J. García Delgado calificó, parodiando a Ortega, como "el error Argüelles". Nos referimos, claro está, a la preocupación por el gasto público. La polémica sobre esta cuestión continúa abierta, pero aun cuando fuera exacto, como se afirma en algún estudio reciente, que ni fue tan exorbitante el derroche de Calvo Sotelo ni tan drásticas las medidas de austeridad de los ministros de Hacienda de la República, lo cierto es que los contemporáneos creían que la política económica de la dictadura, de una u otra forma, había tocado techo. Hay que pensar que a Primo de Rivera le dejaron caer los mismos que habían apoyado su subida, los industriales catalanes y vascos, y aunque se juntaran diversas razones (la incomprensión del dictador de la cuestión catalana, el que la cura de orden público no podía prolongarse en exceso), entre ellas también contaban las económicas. Un modelo de crecimiento lastrado por graves desequilibrios estructurales, entre ellos la debilidad del mercado interior, tenía que alimentarse de una cada vez mayor protección del Estado, cosa que ya se sabía desde que en los inicios de la Restauración se optó por este camino, pero que la dictadura había llevado al paroxismo. Como en su día mostró Perpiñá Grau, y más recientemente Senén Florensa, la aceleración del crecimiento, en la medida en que solo se sustentaba en las exportaciones de la zona mediterránea y en el interior tenía un techo que no podía o quería romper, llevaba al progresivo estrangulamiento de sus posibilidades. Este problema, más complejo y radical que el del déficit, es el que se puso de manifiesto con las contradicciones insuperables de la política económica de la dictadura y el que llevó a amplios sectores industriales a ver con alivio la caída de Primo de Rivera y a mirar con cierta esperanza la República en la medida en que esta, al gozar de mayor consenso social, podría llevar a cabo las reformas necesarias. Como tendremos ocasión de ver, los sectores económicos valencianos no mostraron especial reticencia ante la República, es más, criticaron duramente la fuga de capitales llevada a cabo por grupos de la oligarquía financiera calificándola de antipatriótica. En esto coincidían con las patronales vasca y catalana que, en principio, incluso vieron con satisfacción la reforma agraria que destaponaba los obstáculos del secular atraso del campo.

A tenor de estas expectativas, los primeros gobiernos de la República asumieron el reto, que todavía hoy se llama "modernizador", y proyectaron un programa de prudentes reformas. Fracasaron, y esto es lo que nos toca ver, ya que el 36 es la imparable explosión de este fracaso. No existe una explicación unicausal del mismo, pero es preciso señalar que ya en el momento de la transición quedan solapados algunos obstáculos que emergerán posteriormente con descarnada claridad. Hemos apuntado el empuje con que asume el cambio obrero y la incapacidad de los partidos políticos para asumir su representación. Por parte de los sectores económicos, aparte los decididamente hostiles, habría que destacar lo contrario, es decir, su pasividad. A pesar de los numerosos memoriales de carácter arbitrista elaborados por patronales, Cámaras de Comercio y demás instancias económicas, lo cierto es que ningún sector, y esto es manifiesto en el caso valenciano, tenía un proyecto de política económica, si por tal hay que entender un programa global y articulado, con medios y fines y con una voluntad política de llevarlo a cabo o de apoyar a quien lo hiciere. De resultas de este consenso pasivo y condicionado, ante las primeras dificultades experimentadas por el reformismo republicano los sectores económicos se corporativizaron de forma alarmante, propugnando cada uno medidas defensivas de su parcela de intereses y criticando, desde tan reducida óptica, los esfuerzos gubernamentales, cada vez más confusos, por mantener la coherencia. Los empresarios se refugian en una permanente queja de la politización de las decisiones y en una continua reclamación de que se atienda a la economía como si esta existiera en una región aparte de los conflictos de intereses que suscita.

El protagonismo sindical: salarios y huelgas

Las tendencias que hemos visto esbozadas se desarrollan de una forma compleja durante los años republicanos. Indudablemente, la conflictividad social es abundante, semejante por número de huelgas a los años del trienio bolchevique, aunque las 95 de 1933 no lleguen a superar el record de 1919. Sin embargo, haciendo un análisis más cualitativo que cuantitativo se observan particularidades reveladoras. Para el caso de Alicante y durante el período 1931-1934, S. Forner hace notar el descenso paulatino de las huelgas motivadas por reivindicaciones salariales y el aumento de las que tienen un carácter político o demostración de fuerza. En el caso de Valencia, la diferencia de número entre unas y otras no es tan notoria, pero ocurre parecida politización. En 1932 aparece un aparatoso despliegue de huelgas exigiendo aumento de salarios, gran parte de ellas en pueblos agrícolas (Villalonga, Alzira, Cullera, Alberique, Villanueva de Castellón, Simat de Valldigna, Carcagente, Gandía y Algimia de Alfara). Esto se debe, en gran parte, a la nueva legislación sobre los contratos de trabajo y el salario mínimo aplicado al campo, que empujan a los sindicatos a plantear nuevas bases de trabajo. El hecho parece asustar a los propietarios, y en este sentido encontramos varios informes del Instituto Valenciano de Economía en los

que se hace ver que las reivindicaciones salariales están muy por encima del alza del coste de la vida. Como suele ocurrir en estos casos, la alarma es fundada y exagerada. Ciertamente, el coste de la vida no estaba experimentando alzas sensibles, pero hay que tener en cuenta el desfase que durante la dictadura experimentaron los salarios más bajos, la gran variedad que existía entre los distintos sectores (con una notable baja en el campo) y el que, en líneas generales, los aumentos tendieron a estabilizarse. Sucede, eso sí, un acoplamiento general al alza, en torno a las 10-11 pesetas para el salario medio industrial y las 6-7 para el campo, y es revelador que todavía en abril de 1936 las reivindicaciones de los ferroviarios de la Central de Aragón estén a ese nivel. No existe ni una llamativa desmesura en las peticiones ni un hostigamiento continuado en torno al tema, sino un movimiento de ajuste, y la prueba de ello es que la patronal, a pesar de las rituales voces de alarma, no opuso gran resistencia. Casi todas las huelgas sobre reivindicaciones salariales se cuentan como ganadas por los trabajadores, o pactadas, y, lo que es más importante, suelen tener una duración muy corta, a veces se resuelven en un día.

Algunas modestas conclusiones pueden ya adelantarse. La conflictividad social no se situó directamente en el terreno económico. Ni los trabajadores estaban hundiendo la economía con peticiones excesivas ni empresarios o patronos vieron que la República estaba sembrando el caos, sino que más bien participaban de la idea de que un alza salarial moderada podría favorecer el consumo interior. Los informes del IVE oscilan entre la preocupación por las repercusiones que pueden tener los salarios en los precios agrarios, en un momento de dificultades para la exportación, y la no menor inquietud por estimular el mercado interior, ya que, según sus estimaciones, más del 75% de la producción industrial valenciana debe ser absorbida por él.

Algo distinto es que las huelgas sobre reivindicaciones salariales se juntaran a las de otro tipo y dieran fuerza a las organizaciones sindicales que se lanzaban a nuevos empeños, produciendo en conjunto una impresión de movimiento huelguístico continuo. Las huelgas por las bases de trabajo tienen un seguimiento masivo en los pueblos citados (3.000 o 4.000 jornaleros), los sindicatos crecen en afiliación y credibilidad, y al año siguiente, 1933, la oleada de conflictos tiene una amplitud mayor juntándose a reivindicaciones político-sindicales. En 1934, la conflictividad desciende por agotamiento y las dos grandes huelgas generales de carácter estatal, la del campo en abril y la de octubre, tienen desigual seguimiento. En 1935, la represión desarticula el movimiento sindical (el número de conflictos desciende significativamente), incubando una respuesta más agresiva a partir del triunfo electoral de febrero del 36, sobre la que luego hablaremos.

Por lo tanto, para ser exactos, hay que referirse a la conflictividad que, paralelamente a la estrictamente limitada a las condiciones de trabajo, fue desarrollándose y motivó el repetido reproche de la patronal sobre la politización del marco económico. En este sentido, el primer tópico que nos sale al paso –verdad a medias, como buen tópico– es que estuvo provocada por el radicalismo cenetista al que no importaba poner en peligro la República y que arrastró a partir de 1933 a la UGT. Algunos

estudios lo han cuestionado y han mostrado que la CNT valenciana pertenecía en buena parte a los sindicatos de oposición, más moderados que los de influencia faísta, y que en alguna ocasión se pronunciaron por la prudencia y la mediación. Sin duda alguna es así, pero el problema subsiste en la medida en que estos sindicatos anarquistas moderados eran aún más vulnerables que la UGT ante el tirón de los radicales. Como dijo A. Pestaña, en unas declaraciones reproducidas en la prensa valenciana, bastaba que en un sector hubiese un pequeño núcleo que azuzase las brasas para que prendiese fácilmente el fuego. Lo cual no hay que atribuirlo, añadimos nosotros, al singular resuello de los agitadores, sino a circunstancias diversas que podrían resumirse en la siguiente proposición: la República, al hacer entero y verdadero, fluido y transparente el juego democrático, desveló de forma descarnada el enfrentamiento de clase, propio de una sociedad capitalista, sin disponer de mecanismos aptos para integrarlo. El tema de fondo es ese, por más que no pueda negarse que determinadas intervenciones de exaltados cenetistas contribuyeran a agudizarlo en ocasiones, por ejemplo, en la huelga de Telefónica en los primeros meses de la República, o en la huelga general de Alcoy en el 34. Pero también hubo huelgas generales en Xàtiva y Ontinyent en 1932, donde predominaban los socialistas. Sería, pues, conveniente introducir otra tipología distinta a la dicotomía moderación-radicalismo, UGT-CNT. A mi entender, la conflictividad tiende a agudizarse en cuatro espacios en los que se interfieren distintas causas.

En primer lugar, en algunos pueblos agrícolas la tradición de explosiones de ira a modo de *jacquerie*, unida a la fuerte influencia del utopismo republicano, lleva a las ingenuas proclamaciones de la "república social" cuando se tienen confusas noticias de que la revolución se está realizando en el resto de España. Es el caso de Sueca en enero de 1932, de Pedralba, Bugarra y Bétera en enero de 1933, coincidiendo con las proclamaciones anarquistas del día y la hora definitivos y puntualmente fracasados.

En segundo lugar, algunas empresas o sectores con dificultades se convierten en focos de una tensión que va aumentando peligrosamente. Los casos más manifiestos son los de Altos Hornos y Astilleros, en los que se producen dos y tres paros al año como protesta por los despidos ante falta de trabajo. O la huelga general de Elda, motivada por la crisis del calzado. También en el campo, cuando el paro se deja sentir, se genera un tipo de conflictividad que no tiene nada que ver con la utópica proclamación del santo advenimiento, sino con el muy cruento problema del reparto del trabajo y el control de la contratación.

En tercer lugar, los sectores de mayor tradición e implantación societaria, adscritos mayoritariamente al sindicato único, pero cuya praxis tiene más de un societarismo fuerte que de un anarquismo descontrolado. Destacaríamos, en Valencia, las distintas sociedades del ramo de la Madera y las del Puerto. Ebanistas, carpinteros, aserradores, junto con los estibadores, son los que protagonizan mayor número de huelgas, con mayor seguimiento y de más larga duración. Sus reivindicaciones son las más típicamente sindicales, ya que al aumento salarial se une la reducción de jornada, el reconocimiento del sindicato, los turnos de trabajo, la readmisión de des-

pidos o el apoyo a una empresa particular del sector. Su radicalismo no es el planteamiento a priori de un revolucionarismo a ultranza, sino una consecuencia de fuerza y cohesión societaria. Tengamos en cuenta que la orientación de los sindicatos únicos se adaptaba mejor a las sociedades de oficio o sociedades de resistencia al capital, con larga tradición e implantación, que las federaciones de industria, hacia las que intentaban encaminar el sindicalismo tanto la UGT como la CNT-treintista sin demasiado éxito. Esto quiere decir que la identificación entre sociedades de oficio y sindicatos únicos cenetistas no era tanto ideológica, aunque muchos trabajadores simpatizaran con el anarquismo, como organizativa, de adecuación a la estructura laboral y a la praxis sindical. Este tipo de praxis sindical, muy pegado al terreno limitado y concreto de la sociedad de oficio (a los toneleros del Grao, a los camareros de la ciudad, etc.), era, en abstracto, más reformista que el de las federaciones de industria, las cuales, también en abstracto, se podían plantear luchas más amplias, globalizadoras y articuladas. Sin embargo, en concreto, por ser una práctica que se daba, y usando el símil boxístico, en la corta distancia producía enfrentamientos más empecinados, solidaridades más fuertemente cohesionadas y vías de salida y negociación menos flexibles. Una vez más, la dicotomía CNT-UGT habría que matizarla, pues muchas veces lo que se daba eran prácticas sindicales distintas por el terreno en que se planteaban: la CNT, en las distancias cortas y en espacios limitados; la UGT, en el horizonte en una política global. Por tanto, el que la UGT se viera desbordada por los cenetistas no hay que atribuirlo solo a su moderación, que por supuesto existió, sino a que el modelo que le hubiera permitido llevar a cabo una práctica articulada y de conjunto no estaba mínimamente asentado, ni podía estarlo, sobre una realidad industrial enormemente parcelada.

Por último, citemos el cuarto espacio de conflicto con el que se acaba de perfilar el complejo cuadro de la lucha de clases. Se trata de los enfrentamientos con empresas señaladas por su especial significación o dureza y normalmente por las dos cosas. La huelga de Telefónica y en ferrocarriles podrían servir de arquetipo. Como es sabido, la CNT planteó el conflicto de Telefónica con la máxima radicalidad, y en los inicios del régimen republicano, como una demostración de fuerza en la dura etapa de lucha de clases que se iniciaba y como un test para saber de qué lado estaba el gobierno. Algo parecido podría decirse de los ferrocarriles, a los que la propaganda sindical presentaba como la suma representación de compañías enriquecidas con la explotación de los trabajadores y la protección del Estado. Lo notable del caso es que tales compañías asumían la representación de símbolo del capitalismo que se les otorgaba y reaccionaban con extrema dureza e intransigencia. En el País Valenciano, además de los ejemplos citados, tenemos algún otro no menos significativo. Hidroeléctrica no solo se ve envuelta en frecuentes conflictos, sino que además arrastra a una dinámica de enfrentamientos en cadena. Las reclamaciones salariales provocan despidos en Valencia, estas huelgas de apoyo en algunos pueblos, como Xàtiva, y al final una huelga general de todos los centros en febrero del 32. Cuando en 1936 el gobierno del Frente Popular decreta la amnistía laboral, Hidroeléctrica se negará tozudamente a la read-

misión de los despedidos, y es curioso que el sindicato compare esta actitud con la más benévola de Gas Lebón, empresa de tradición negociadora y con algunos ejecutivos simpatizantes del blasquismo. En el panfleto del sindicato se habla del jefe de personal de Hidroeléctrica como un reaccionario clerical que en las elecciones ponía su coche a disposición de los votantes. Prescindiendo de anécdotas, los trabajadores veían en estas grandes empresas no solo baluartes del capitalismo más duro, sino aliados de la reacción política que se mostraban intransigentes para empeorar la situación social. Ejemplos igualmente notorios serían la Yutera de Foyos, la fábrica Raff de Buñol, el Bambú de Alcoy, la Papelera de Villalonga, donde el carácter de baluarte capitalista se veía envuelto de una densa bruma de despotismo semifeudal por el papel omnipotente que tales empresas tenían en los pueblos. Todas ellas provocaron conflictos de bastante dureza que, unidos a los de los jornaleros del campo, elevaron la tensión social de la zona,

Los cuatro espacios conflictuales, interrelacionados entre sí, nos presentan el campo abierto de una lucha de clases que afloraba por primera vez con libertad y crudeza, pero que se daba en situaciones diversas, impulsada por variadas tradiciones sindicales y configurando tipologías diferenciadas. Esto no resta validez a la constatación, aceptada unánimemente, sobre las tensiones entre las tácticas cenetista y ugetista. Pero ni la CNT fue, como un ubicuo deus ex machina, la agitadora inconsciente de todos los conflictos ni, por su parte, la UGT tenía demasiadas posibilidades de articular un sindicalismo consensual. Ambas estaban inmersas en una dinámica de lucha de clases con prácticas propias que las envolvían y superaban. El utopismo milenarista que flotaba en el ambiente, las dificultades económicas de algunos sectores, la tradición de las sociedades de oficio, con su sindicalismo cuerpo a cuerpo, tan propenso a heridas personales, y la dureza de no pocas empresas, no exenta de intenciones políticas, configuraban un paisaje antes de la batalla. No hay que olvidar que en los años 30 el viejo fantasma que anunciaba Marx todavía recorría Europa. Y no pocos pensaban que, como la cola del cometa Halley, iba a chocar con España.

La intervención del Estado

En la realidad social el movimiento obrero y sindical es la parte más directamente implicada, pero no la única. Por el otro lado están los empresarios, de algunos de los cuales se han adelantado insinuaciones malévolas, que hará falta confirmar. Enmedio se sitúa la actuación del Estado. Comencemos por los actos del gobierno, ya que para nuestro caso no podemos hablar de la Generalitat. Nos referimos especialmente a los que tenían que ver con el mundo del trabajo, aunque también hayamos de aludir a la política económica.

La actuación de Largo Caballero al frente del Ministerio de Trabajo fue calificada repetidamente por la derecha como provocadora. Nada más disparatado, y el que esto se dijera es un síntoma alarmante de actitudes que tienden a ver la realidad a

través de prejuicios. El aumento de salarios, propiciado desde el Ministerio, no tuvo consecuencias negativas, como antes comentamos. La ley de contratos de trabajo, que perfeccionaba técnicamente la de Aunós, era irreprochable. En la introducción del Seguro de Desempleo se mostró sumamente prudente, optando por las entidades aseguradoras a las que el Estado subvencionaba, cosa que hubiera hecho las delicias de nuestros neoliberales. Tal vez la medida más discutible fuera la de términos municipales, socialmente bien intencionada, pero con dificultades de aplicación. En realidad, fue la única –dejando aparte la de jurados mixtos– protestada por los propietarios valencianos con cierta razón, ya que en época de siega del arroz o recolección de la naranja la reducción del mercado de trabajo creaba complicaciones innecesarias entre pueblos limítrofes. Por ello, fue posteriormente ampliada. Sin embargo, también los propietarios y empresarios valencianos, aunque sin el grado de animosidad de los latifundistas andaluces, cayeron en la trampa de considerar a Largo Caballero como un tremendo socializador, a lo que contribuyó aún más la ley de jurados mixtos.

Esta ley fue concebida como complementaria de la de control obrero. Ya el solo nombre evocaba, por lo visto, la idea de los soviets. Sin embargo, el proyecto, sin duda avanzado, no podía ser más razonable. "No hay, pues, motivo para que se alarme nadie", se dice con contenida ironía en el preámbulo, y se cita el ejemplo de "otros pueblos que nos señalan un camino que es de justicia social y esperemos que, como en ellos, lo sea también de eficacia para la potencialidad económica y política del nuestro. Austria, Alemania, Checoslovaquia, Noruega, la misma Inglaterra avanzaron firmes en tan sustancial reforma. Francia, Holanda y Bélgica, todavía remisas en sus disposiciones oficiales, ofrecen numerosos ejemplos particulares de empresas donde se practica una concepción tan humanitaria y culta del trabajo, algunas por cierto dirigidas por patronos generosos de las escuelas cristianas. En Estados Unidos han ensayado el sistema, también por privada iniciativa, los grandes *trusts*..." Todo inútil; ni el suntuoso acompañamiento de países, ni las alusiones a los empresarios cristianos, dirigida a los "corporativos" de *El Debate*, o a las empresas americanas, dedicada a los sabios liberales de *El Sol*, convence. Entre nosotros el eco de las dos posturas se expresa en *El Diario de Valencia*, que quiere participación obrera, sí, no faltaría más, pero sin lucha de clases materialista, y *La Correspondencia*, que no quiere nada que interfiera la sacrosanta libertad del empresario. Tan solo *El Pueblo*, en uno de sus postreros arranques populistas, se pronuncia a favor, y aunque reconoce que "producirá trastornos", porque ni empresarios ni trabajadores están preparados, "no traerá una catástrofe" y será beneficioso a medio plazo. Pero no hubo lugar, ya que el proyecto fue retirado, y fue una lástima, puesto que en él se plasmaba más la parte que Largo Caballero tenía de "corporativista reprimido" que la del futuro soviet: "que los obreros aprendan en la intimidad de los negocios a no perturbarlos con huelgas anárquicas y suicidarse. Que donde lograsen, a más del control, la participación en los beneficios, redoblen sus intereses en la labor", nos dice en el preámbulo citado.

Fracasado el proyecto de control obrero, la participación de los trabajadores se vio reducida a los jurados mixtos que, como es sabido, se convirtieron en el centro de machacones y desproporcionados ataques. La derecha se queja de que sus decisiones no sirven para nada porque los anarquistas no las aceptan y, a la vez, de que son tan amplias que están hundiendo las empresas. *El Debate* afirma que el 90% son contrarias a los empresarios, lo cual es manifiestamente falso. Si tenemos en cuenta las conciliaciones, el porcentaje de sentencias desfavorables a las empresas baja notablemente, pero aun sin esta imprescindible salvedad no alcanza nunca el 90%, sino el 70-75 como máximo. En estas sentencias hay que tener en cuenta un dato importante, y es que, como media, conceden el de la indemnización reclamada, lo que quiere decir que son moderadamente favorables al obrero. El único caso anómalo se da en la provincia de Valencia, donde las cantidades determinadas por los jurados superan las reclamadas. Esto nos obliga a pensar que la acusación de la derecha sobre parcialidad y obrerismo podría ser cierta en determinados casos, pero no invalida unos datos globales que más bien denotan un razonable funcionamiento. En cambio, el bloqueo que sufrieron después del triunfo electoral de la derecha, sobre el que no tenemos datos detallados pero del que los mismos ministros de Trabajo alardeaban, fue tomado por los trabajadores como un ataque a una de sus más justas conquistas y resultó un elemento más a añadir al clima de revanchismo con que sombríamente se tiñó el negro bienio. En resumen, y a tenor de lo dicho, no parece que la política laboral del Ministerio de Trabajo tuviera grandes repercusiones económicas, aunque indirectamente contribuyera a agudizar las tensiones. Pero esto no fue culpa suya, a no ser que se acepte que medidas racionales, justas y moderadas, por chocar con una derecha montaraz, perdían todas sus virtudes.

Debemos preguntarnos de una forma más amplia en qué medida la política económica del periodo repercutió sobre las relaciones laborales y sobre un problema que pasa al primer plano por su gravedad y potencial conflictividad: el paro.

La dura realidad: crisis y paro

Como hemos dicho al hablar de la transición, los primeros gobiernos republicanos se propusieron un modelo de política económica moderadamente innovador. Los historiadores económicos, manteniendo reservas críticas sobre distintos aspectos, coinciden en afirmar que dio resultados positivos, desmintiendo definitivamente la creencia, difundida por la derecha de la época y recogida por la historiografía franquista, de que el primer bienio sumió al país en un caos económico, que no pudieron enderezar los gobiernos conservadores del 34 al 36, y que el breve paso del Frente Popular acabó de llevar a extremos de desastre. En algunas parcelas importantes de la economía hubo continuidad del 31 al 36, como es el caso de la política monetaria y fiscal. En cambio, en las reformas que tenían relación con lo social, como la reforma agraria, los gobiernos de la derecha hicieron modificaciones que perjudicaron el desarrollo eco-

nómico y exasperaron el resentimiento social, y lo único que pueden apuntarse es que su autoritarismo inspiraba más confianza a los inversores. En conjunto, pues, no puede hablarse de caos económico. Según los datos de A. Carreras, la inversión privada desciende un entero y la pública tres, con respecto al periodo anterior, pero aumentan el consumo privado y público casi en idéntica proporción.

Asimismo, los historiadores coinciden en que, dentro de una tónica de ajuste, reforma y moderado crecimiento, algunos sectores se vieron afectados por la crisis. En concreto, la gran industria (siderurgia, cementeras...) ligada al modelo de expansión primo-riverista, y el comercio de exportación con las dificultades inherentes al proteccionismo desencadenado por el crack del 29. Y señalan, por último, que la inseguridad, motivada no solo por el tenso clima social, sino por la novedad de todo cambio y por el clima de crisis mundial, pesó negativamente sobre las expectativas empresariales coartando su dinamismo.

Por lo que respecta al País Valenciano observamos el cumplimiento de algunas de estas afirmaciones. La gran industria siderometalúrgica y la Unión Naval de Levante pasaron fuertes apuros por falta de pedidos. La prensa nos informa con regularidad sobre las gestiones para que la Campsa o Transmediterránea encarguen algún barco. El paro parcial de distintas secciones, afectando entre 300 y 500 trabajadores, es lo normal. Idéntico problema aparece en Altos Hornos de Sagunto, que ve reducida su plantilla de 1.300 a 500 trabajadores, y en Construcciones Devís, ligada a las construcciones ferroviarias, en la que trabajan 150 personas de una plantilla de 300. Pero estos problemas parecen de menor importancia al lado de la magnificación de la crisis de las exportaciones agrarias. Las cifras son, desde luego, elocuentes y no cabe duda que fueron la causa de una no despreciable tasa de desempleo. Lo que queda, a nuestro entender, poco explicado es por qué en sectores ajenos a los dos polos indicados y más bien ligados al consumo interior, como la madera o la cerámica, aparecen índices de paro elevado, lo que convierte a la provincia de Valencia en una de las más afectadas por este problema.

En el "Proyecto de Ley contra el paro obrero forzoso", de 2 de mayo de 1935, aparecen los datos desagregados por provincias, aunque lamentablemente no se ponen en relación a la población activa, sino a la total en tanto por mil. En paro agrícola destacan Jaén (56,8 por mil), Badajoz (48,19), Córdoba (32,5) y otras provincias andaluzas, pero Castellón (30,36) y Valencia (28,74) muestran también una elevada cifra, en contraste con Alicante (15,88). En paro industrial destaca muy por encima Vizcaya (45,68), pero Valencia está entre las primeras junto a Madrid (23,4) y Guipúzcoa (23,8). Alicante (7,17) y Castellón (8,8) están muy por debajo, alineadas con Barcelona (7,1), con una cifra sorprendentemente baja. Los porcentajes indicados se refieren al paro total, tanto completo como parcial. El documento citado añade otros porcentajes de lo que se llama "paro virtual", para hablar de los cuales une el agrícola y el industrial y multiplica por 0,5 el completo y por 0,33 el parcial, no sabemos bien por qué. Las provincias más afectadas son por este orden: Jaén (54,4 por mil), Badajoz (43,7), Cádiz (43,4), Valencia (40,2), Sevilla (36,9), Córdoba (36,0), Vizcaya (35,2),

Cáceres (35,0); algo por debajo Castellón (28,6), junto a Madrid (26,0), y bastante más atrás Alicante (18,1). Por esta razón la provincia de Valencia es, junto a Badajoz, Córdoba y Sevilla, la que recibe más dinero para obras públicas.

Los porcentajes de desempleo proporcionados en este informe y calculados por nosotros sobre la población activa de forma que puedan servir de referencia a las cifras actuales pone de manifiesto que se trata de cifras bastante bajas, hasta el punto que hoy consideraríamos el 2,3% de paro industrial en Alicante como irrelevante, posiblemente como índice de pleno empleo. El 5,7 de Castellón tampoco parece preocupante, mientras que el 9,9 (14,4 si se incluye el parcial) de Valencia ya es un índice alarmante. Comparadas con las cifras de paro de los países industriales, en esta década, estamos en mejor situación, ya que como es sabido oscilaban alrededor del 20%. Lo mismo podría decirse si las comparamos con los datos de la situación española actual. De todas formas, esto no es ni un consuelo ni una buena razón. España salía de una situación de pleno empleo industrial y con un paro encubierto de magnitud desconocida en el campo, pero que había podido amortiguarse con la emigración interior y exterior. De pronto el problema saltaba en toda su crudeza, fomentado en parte por la sinceridad de la República al abordarlo. Además, no se veía una forma rápida de atajarlo. Los reformadores republicanos habían optado por un modelo de ajuste y relanzamiento que requería colaboración y tiempo. A colaborar se negó la oligarquía tradicional y esperar no podían los trabajadores, de modo que el aumento del paro se convirtió en la coartada de los sectores tradicionalmente favorecidos por el proteccionismo del Estado para pedir mejor inversión pública y en el motivo fundamental de descontento de las masas populares que lo atribuían a la timidez de las medidas reformistas.

Por otra parte, el paro se acumulaba en bolsas con una gran concentración donde se arremolinaba el descontento. En algunas provincias del sur, secularmente sometidas al subempleo, el aumento del paro arrojó a miles de jornaleros a una situación de hambre y desesperación. Los datos que tenemos sobre estos puntos negros del País Valenciano, procedentes de las oficinas de colocación, son muy dispersos pero sintomáticos. Referidos a mayo de 1934, en Castellón capital encontramos 565 personas en paro parcial en la agricultura sobre un total de 3.900 activos, pero, en cambio, 533 en paro completo en la construcción sobre un total de 884, es decir, el 60%. Los datos de los pueblos son muy irregulares y no hay que excluir que se falsearan para reclamar más ayuda. En Almazora, 1.600 completos y 726 parcial-agrícola, lo que supondría alrededor del 75% de la población activa. En Onda, 395 completos, 385 parcial (35%). En Peñíscola, 100, sin contar a los pescadores (10%).

En Valencia capital tenemos 10.150 en paro completo (11%) más 3.150 parcial (15%). El sector más afectado es el de la madera con 3.500 parados completos (61%), comercio 800 (6%), agricultura 300 (7%), banca y oficinas 650 (31%). Los 4.530 restantes no están especificados, pero el Ayuntamiento nos da la cifra de 3.000 en la construcción (58%), por lo que es probable que pertenecieran a este sector. Respecto a la provincia, en 45 pueblos no existen obreros en paro, en 37 hay menos de 100 y en

51 más de 100, pero solo se especifica en algunos casos. En Almàssera, 376 en total (45%), de los cuales 140 parciales en el metal, 85 en la agricultura y 60 en la construcción. En Cofrentes, 126, "casi todos en paro completo" (22%). En Paterna, 120 de la construcción (5,3%), 80 en completo y 40 parcial. En Manises, 543 (23%), de los cuales la mayoría, 460, pertenecen a la cerámica. En Tous "la situación es desesperada", según la oficina de colocación, ya que hay 270 parados completos (54%). En Alzira, 1.775 del campo (23%), de los cuales 825 en paro completo.

Los datos sobre la provincia de Alicante correspondientes al primer semestre de 1934 son escasos, por lo que utilizamos aquí también los de 1933, recogidos por S. Forner. Vemos que aparecen, en el marco de una situación de conjunto más positiva que la de Valencia, algunas bolsas anormalmente altas. En la ciudad el paro en la construcción, completo y parcial, ronda el 60% y en la madera el 25%. En cambio, es muy bajo en el metal, donde no llega al 5%. En pueblos importantes como Elda no existe (hay 30 apuntados en la oficina de colocación), o es muy bajo, como en Alcoy, donde la cifra de 410 no llegaría al 4% de la población activa. En otros pueblos la cifra es alta: Crevillente, 1.000 (25%), Pego, 1.000 (33%), Denia, 750 (18%).

Puesto que los datos que acabamos de enumerar son dispersos e insuficientes hay que interpretarlos a la luz de la estadística global. Ya hemos dicho que los índices de cada una de las provincias solo son especialmente llamativos en el caso de Valencia. Sin embargo, en una situación de psicosis colectiva en torno a este problema, a la vista de la alarmante situación mundial que parecía contagiarse a la economía española sin encontrar la forma de atajarla, las bolsas de parados en algunos puntos negros se contemplaban como sombríos presagios de una inminente tormenta.

Añadamos a esto que no existían amortiguadores que paliasen el mal. Entre las medidas reformistas de Largo Caballero estaba el seguro de paro, que fue aprobado en abril de 1932 bajo una modalidad extraordinariamente prudente. Se asignaba mediante instituciones aseguradoras, a las que el Estado subvencionaba en un 50%. La patronal y la derecha conservadora insistían en que el dinero del Estado no se gastase en subvenciones a parados, que según el manido argumento fomenta el *dolce far niente*, sino en inversiones a obras públicas. Argumento trágico-cómico, ya que hasta 1933 se habían inscrito en las entidades aseguradoras, en la provincia de Valencia, 1.137 asociados y solo tan ínfima cantidad tenían derecho a cobrar el seguro de desempleo. Desde su creación en abril de 1932 hasta finales de 1933 la Caja Nacional había pagado a las entidades aseguradoras en todo el Estado 1.175.233 pesetas. A pesar de ello, la patronal repetía su obsesiva idea de que el gobierno, empujado por el terrible Largo Caballero, se gastaba el dinero en pagar a gente que no hacía nada en lugar de invertir en obras públicas para que trabajase.

No es que censuremos la utilidad de la inversión pública ni a la patronal por reclamarla, aunque ello no cuadre demasiado con su oposición al «intervencionismo estatal» en otras cuestiones. Dejando esto, lo que aquí queremos destacar, por sus consecuencias, es la voluntaria ceguera a la que se fue dejando arrastrar la patronal, por intereses económicos de corto alcance y por intereses políticos de la derecha tradicio-

nal, ceguera que vino a ser equiparable y tan dañina como la del radicalismo obrero. Pasemos a la consideración de este aspecto de la realidad social.

La actitud de los empresarios

Frente a la idea de una patronal cerrando filas contra la República, el estudio de Mercedes Cabrera ha venido a demostrar que el frente empresarial no fue desde los comienzos un bloque homogéneo, sino que se manifestaron en él matizadas y diversas actitudes. No podemos saber si esto era así en el País Valenciano, ya que el estudio citado se centra en las asociaciones empresariales madrileñas, vascas y catalanas, y en los propietarios agrarios del sur. Lo que aquí diremos es una primera aproximación basada en las actitudes expresadas por dos grupos significativos a la que debería añadirse una contrastación más amplia.

En primer lugar tenemos el Instituto Valenciano de Economía. Creado por personas ligadas al capital financiero, concretamente al Banco de Valencia, no representa directamente los intereses empresariales, aunque algunas de estas personas tengan importantes empresas (por ejemplo los Noguera, Bonora y Villalonga). Como su nombre indica, no es una asociación, sino un instituto de estudios a cuyo frente se encuentra R. Perpiñá Grau. En cierto modo se podría equiparar al Centro de Estudios de la Unión Española de Empresarios dirigido por M. Marfil y orientado también al análisis de la coyuntura económica como respaldo de la política de los grandes empresarios. En este sentido, el IVE causa una cierta admiración por el material de trabajo que fue capaz de recoger y producir: revistas extranjeras especializadas en economía, una selecta biblioteca, informes... Los empresarios podían estar al día y opinar con cierto fundamento.

Respecto al contenido de los informes cabe destacar su objetividad, en el marco, claro está, de los supuestos de la economía de mercado, y una decantación muy marcada hacia los intereses agrario-comerciales. La proporción de informes sobre este tema en relación con cuestiones industriales es abrumadora, y no solo sobresale la cantidad, sino la calidad. Los primeros tienen una orientación muy definida y vienen a reforzar la demanda de una política liberal protegida, tema predilecto de las fuerzas económicas valencianas, mientras que en los segundos es perceptible su vaguedad. Bajo el sugerente epígrafe de "Condiciones de vida y salario en Cataluña, Vizcaya y Valencia" nos encontramos un decepcionante informe lleno de generalidades, y lo mismo podría decirse de casi todos los que tratan de la industria (crisis de la metalurgia, importancia del juguete, etc.). Por el contrario, cuando se habla de la agricultura y el comercio de frutos, sobre todo de la naranja, se toma siempre posición, se piden cosas concretas y se expresan quejas que coinciden con las tradicionales de la clase dominante valenciana. Ni siquiera falta un informe con el título de "Quejas de la región valenciana al poder central". Lo más destacable de este claro posicionamiento "naranjero" es que se expresa en él una sutil doctrina económica. Se clama, como es

habitual, contra la protección de algunos sectores, la minería asturiana sobre todo, pero como las dificultades de cara al exterior aumentan se pide no menos vehementemente que el gobierno intervenga para asegurar los tratados comerciales.

Pero lo preocupante no es esto, sino que un centro dedicado al estudio de la economía valenciana, impulsado por dinámicos financieros vinculados a la industria y los servicios, no pueda sustraerse al potente magnetismo naranjero, lo cual tiene graves consecuencias políticas. Significa que las fuerzas económicas valencianas identifican los intereses del conjunto del país con los agrario-comerciales y que, por lo tanto, a la hora de respaldar una política apoyarán la del partido agrario-conservador. No queremos decir que lo agrario sea conservador y lo industrial progresista, metafísicamente, sino que, de hecho, en la España de 1930 los intereses agrarios castellano-andaluces mantuvieron posturas cerradas y reaccionarias, aliadas a sectores de la oligarquía financiera y pertrechados del paquete ideológico que les proporcionaba el integrismo corporativo-católico. Los intereses del campo valenciano eran de muy diverso signo, pero formaron bloque con el incipiente partido agrario de Gil Robles y aportaron a la CEDA el contingente más amplio y sólido.

Contribuyó a esta decantación el que durante el primer bienio las exportaciones experimentaron un descenso alarmante debido a la crisis mundial, pero atribuido por los interesados a la inoperancia del gobierno, que había impuesto unas normas de control de calidad para evitar que se exportase naranja en malas condiciones. Lúcia y los suyos, la Derecha Regional Valenciana, amalgamaron con habilidad regionalismo, intereses agro-exportadores, partido de orden, reacción contra revolución, hostigamiento a la República, en un bloque granítico y arrojadizo, y de esta forma se convirtieron en la representación política de las fuerzas económicas valencianas.

Por otra parte, encontramos a una organización específicamente patronal, la Federación Mercantil e Industrial, que decía contar con 85 asociaciones empresariales de distintos sectores, las cuales ocupaban a 65.000 trabajadores, un 37% de la población activa ocupada. No sabemos hasta qué punto estaba unida orgánicamente, pero sí que tenía vinculaciones con la Confederación Empresarial Española, así como también con la Unión Nacional Española, de R. Bergé, M. Marfil y P. Garnica, cuando esta se constituyó como proyecto de una especie de patronal de patronales. A partir de 1935 comenzó a publicar un boletín mensual titulado *Producción Valenciana*. En su primer número editorializa: "¿Ideales de izquierda, del centro o de la derecha? No es el momento, ni es nuestra misión, entretenerse en estos estrechos y pasionales límites. Respeto para todas las ideas, condenación para todas las violencias. Protección a la producción, previsión arancelaria, primas a la exportación, abaratamiento del dinero..." En febrero de 1936, después de la victoria del Frente Popular, escribe: "Ni vencedores, ni vencidos. Menos política y más actos de gobierno. El nuevo gobierno que se ha constituido en cumplimiento de la voluntad nacional, inquietado por la pacificación de los espíritus, ha dicho que no le inspira ningún espíritu de persecución o saña... No se puede enjuiciar una obra cuando todavía permanece inédita. Confiemos, esperemos y colaboremos." Así pues, no solo cuando gobierna la derecha, sino también ante el Fren-

te Popular, la patronal no se muestra obstruccionista, sino respetuosa con la legalidad, aunque tales pronunciamientos tienen bastante de retórico. En cualquier caso, es cierto que después de la amnistía decretada por el gobierno, que obligaba a readmitir al personal que abandonó el trabajo en octubre de 1934, la Federación expone las dificultades que comporta, pero vuelve a repetir su "acatamiento y lealtad inquebrantable al gobierno". Los casos que conocemos de oposición a esta medida se refieren a empresas como Hidroeléctrica, que actuaba por su cuenta. No creo, por tanto, que se le pueda atribuir una actitud de boicot u obstrucción beligerante respecto a la República, ni acusar de un intencionado descenso en la inversión. En este tema se siente más víctima que culpable: echa en cara al "capitalismo ocioso, improductivo y egoísta" el que se haya llevado fuera el dinero y se queja de que los bancos hayan restringido los créditos. Sus juicios sobre la situación económica no son catastrofistas y valora positivamente los signos de recuperación de la Bolsa, perceptibles, aunque muy ligeramente, a partir del segundo bienio. Tampoco parece identificarse con los gobiernos de derecha por una sencilla razón: porque abomina de la política y de los políticos. "Como dijo Costa –escribe–, la mayor parte de los caciques políticos han estado alguna vez en la cárcel." El mal no está en las medidas económicas, que no han variado mucho de un bienio a otro, sino en que los políticos las cargan de agresividad, enfrentando a los distintos sectores sociales. La crítica y animadversión a lo político es lo más característico de esta patronal, que pide que se cree un Consejo Económico-Social, a la vista de las divisiones del Parlamento, que sea el que tenga competencia sobre las cuestiones que verdaderamente preocupan al país, que no son otras que las de la producción. Este tufillo corporativista, manifiesto en la referencia a Costa, se va agudizando y se postula la creación de un frente patriótico, ni de derecha ni de izquierda, vigorizado por las fuerzas económicas. El director de la revista, Gómez Correcher, asiste en Madrid a la reunión para lanzar el Partido Económico Patronal, y aunque lo hace a título personal y es improbable que muchos asociados creyeran en la conveniencia y viabilidad de este proyecto, revela una tendencia generalizada hacia el economicismo. Tendencia peligrosa, porque la única forma que se conoce de abolir las diferencias políticas y articular la sociedad en torno a lo económico es un régimen autoritario.

Dentro de este marco interpretativo, los conflictos sociales se atribuyen también a las interferencias políticas. Así como el corporativismo católico cree que es posible la conciliación de clases si se sustituye el odio predicado por los marxistas por el amor cristiano, los empresarios están convencidos de que todos tienen interés en la producción y que los enfrentamientos en las relaciones industriales son algo artificial inspirado por los partidos. Los obreros quieren trabajar, pero el veneno de la política les lleva por el mal camino. Y aquí sí que la visión es catastrofista. Por culpa de la política vienen las huelgas, que han llevado la producción a una situación en que "ya no se puede resistir más". Los empresarios no están en contra de la República, pero desean tranquilidad social, orden y normalidad en la producción.

Esta postura no invalida la buena voluntad democrática manifestada en las declaraciones de acatamiento a la República, pero la lleva a un callejón sin salida en el que

la añoranza de algo parecido al autoritarismo de Primo de Rivera se va haciendo cada vez más fuerte. Me parece excesivamente benevolente juzgar la actitud de esta patronal como neutral por el mero hecho de que no hostigó a la República como lo hicieron algunos sectores de la oligarquía. El acatamiento no se puede confundir ni siquiera con el consenso pasivo, de que habla Gramsci, y que supone una actitud plenamente integrada. Más bien habría que decir que los empresarios mantuvieron una postura de disentimiento pasivo que tendió a manifestar cada vez más el disentimiento y a ser menos pasivo.

La defensa de la República

Esta era la situación, si hemos acertado al describirla, en febrero de 1936 cuando las elecciones dieron el triunfo a la coalición frentepopulista. El candidato más votado de la izquierda, entre los elegidos, fue el Dr. Peset Aleixandre, con 89.106 votos; el primero de la derecha, Luis Lúcia, con 68.227, y el primer blasquista, Sigfrido Blasco, con 15.826, que ya no fue elegido. El espectacular hundimiento de un partido, el republicano-blasquista, que había dominado el escenario político de la ciudad de Valencia durante treinta años, por quedar al margen de las dos grandes coaliciones, es una muestra, entre otras, del grado de polarización a que se había llegado. Los tres mítines multitudinarios en el campo de Mestalla indican la pasión política que había despertado la campaña. Las elecciones se habían planteado a cara o cruz no solo para ganar una mayoría parlamentaria, sino para derrotar completamente al adversario. Pero con una importante diferencia entre las dos partes. Para el Frente Popular, prescindiendo de las intenciones últimas que pudieran tener algunos de sus integrantes de llegar a la revolución social, se trataba primariamente de recuperar la República y su programa de reformas. Para la derecha no se trataba de lo que pudieran soñar o desear sus miembros más integristas, sino de lo que se proponían hacer sus dirigentes más cualificados al día siguiente de la victoria y que no se recataban en anunciar: liquidar la República. Las proclamas de Largo Caballero sobre la futura revolución podían ser más o menos amenazadoras, pero al día siguiente del triunfo el Frente Popular iba a continuar la obra de la República, todo lo contrario de lo que hubiera ocurrido de triunfar la derecha. Creo que no puede negarse que en febrero de 1936 la revolución era una hipótesis mucho más cercana y posible, esperanzadora o temible, pero una hipótesis, mientras que la reacción era la primera tesis a llevar a cabo por los oponentes. Dadme la mayoría absoluta, pedía Gil Robles, y os daré un gobierno autoritario a lo Dollfus, mientras que un Frente Popular podía muy bien desembocar, como lo haría el francés, en los acuerdos de Matignon entre empresarios y trabajadores. Ciertamente, la situación socio-económica de uno y otro país no era la misma, pero no por culpa de la República, sino del atraso secular que esta había heredado.

En las páginas que preceden se ha partido del hecho de que la revolución en la Europa de los 20 no era un sueño utópico, sino un acontecimiento histórico que se

había dado y seguía latente, aunque ya en los años 30 la contrarrevolución se había impuesto en algunos países. Tal vez era España el último país europeo donde aún podían salir triunfantes los ideales revolucionarios, por sus profundas contradicciones sociales, por el radicalismo de una parte numerosa del movimiento obrero y por la incapacidad de las clases dominantes para adaptarse al compromiso. También en el lugar donde la contrarrevolución podía encontrar más fácilmente apoyo en un ejército acostumbrado a intervenir resolutivamente en la sociedad civil. Sentado esto desde el comienzo, hemos tratado de averiguar el desarrollo de la conflictividad social durante la República. Después de repasar los principales espacios de conflicto podríamos concluir con una afirmación solo en apariencia contradictoria: de 1931 a 1936 se radicalizó la lucha de clases, pero no se disparó de una forma alarmante, caótica e irreparable la conflictividad. El marco de libertad, el entusiasmo de unos y el temor de otros, el crecimiento de las organizaciones obreras y el atrincheramiento defensivo de las clases dominantes para pasar a una despiadada ofensiva a partir de 1934, a lo que hay que añadir la radicalización ideológica y la propensión a importar todos los conflictos con una dosis añadida de enfrentamiento irreparable, pusieron en evidencia una lucha de clases solapada durante muchos años. Esto es algo muy distinto a una situación de continuos conflictos y huelgas que lleven a la ruina la economía del país, o de insoportable violencia callejera, o de caos social, situación que estuvo muy lejos de darse en el periodo republicano. La prueba está en que la lucha de clases se exasperó en el periodo en que la derecha la llevó hasta las últimas consecuencias desde el poder, incubando en los años de más orden y menos conflictos, 1934 y 1935, una situación de más difícil salida que la que había recibido.

No tiene demasiado sentido discutir si a partir de febrero de 1936 la situación de enfrentamiento era ya irreparable. No pocos protagonistas escribieron posteriormente sobre ello y se pueden encontrar opiniones para todos los gustos. Nos limitaremos a conclusiones más modestas. Parece claro que el triunfo del Frente Popular fue vivido por sus protagonistas como una victoria sin retorno, lo cual no significa que había que dar un vuelco revolucionario, sino que la República de los trabajadores, como decía la Constitución, no podía dejarse arrebatar el control del poder, un poder legitimado y democrático, ni podía consentir que frenasen o boicoteasen su programa de reformas, como había ocurrido en los años anteriores.

Sin esperar a que el gobierno decidiese sobre la reforma agraria los jornaleros andaluces ocupaban las tierras, forzando así a que se acelerase un programa que desde 1931 se venía dilatando. Este estado de ánimo, que en principio solo exigía que se cumpliese lo prometido, lo vemos reflejado en Valencia en un clima de urgencia que no admite demoras.

El 19 de febrero, al cabo de cuatro días del triunfo electoral, se abren de nuevo las Casas del Pueblo, clausuradas tras los sucesos de octubre, y son puestos en libertad los presos políticos. El 21 se celebra una gran manifestación. El 22, *El Pueblo*, al que ahora se puede considerar neutral, ya que no participa en el Frente Popular, afirma en primera página y refiriéndose a la amnistía laboral: "El anhelo del país, cumplido". Co-

mienza entonces la batalla por la readmisión que, en general, los empresarios van aceptando con las excepciones de siempre. Hidroeléctrica se niega a readmitir a 34 despedidos y el Sindicato Único de Gas, Agua y Electricidad responde con una nota que expresa el estado de ánimo de los trabajadores después de la victoria: "Todo en este mundo tiene un límite y nosotros ya hemos llegado a él. Se dirá que nos aprovechamos de la bicoca del triunfo. Tenemos que decir bien alto que nuestro Sindicato en todas las ocasiones, malas o buenas, ha sabido mantener muy alta la dignidad de los trabajadores. Pero en una situación pre-fascista, durante dos años en perpetuo estado de excepción, no nos estaba permitido movernos. Ahora que se ha abierto la espita de la libertad..." Esto es lo que piensa la mayoría de los trabajadores, que ha llegado la hora, no de la revancha, sino simplemente de la justicia, del respeto a su dignidad. Eso es la República y esta vez no están dispuestos a que haga marcha atrás.

Los problemas de readmisión se van resolviendo en un tira y afloja. Las amenazas de huelga no se cumplen, aunque Hidroeléctrica sigue sin ceder. El sindicato se queja amargamente: "Las empresas de servicios públicos gozan del favor oficial en todas las circunstancias." Entonces, ¿con Monarquía o República la patronal va a seguir impunemente vulnerando los derechos de los trabajadores? "En estas condiciones nada bueno puede esperarse de nosotros, *pues si sus puertas me cierra, de mis pasos en la tierra responda Hidroeléctrica, no yo*", responde el sindicato con gracejo tenorio. Los sindicatos se aproximan, y el 17 de marzo hay un mitin pro-readmisión de despedidos de la CNT y los sindicatos de oposición que han decidido volver a unirse con esta. Al calor de la unión se disparan los discursos: "No necesitamos de la burguesía. No tenemos compromiso alguno con el Frente Popular." *El Pueblo*, que desde su fracaso electoral ni quita ni pone rey pero conserva una cierta sensibilidad progresista, insiste en que es un problema que debe resolverse, y ataca la prepotencia de Telefónica, que con su negativa a la readmisión parece querer provocar un conflicto como el del año 31. "No queremos indemnización, sino trabajo, y si no nos lo dan lo tomaremos." Así se llega al 1 de mayo, que se celebra en la ciudad con normalidad en medio de encendidos discursos. Los oradores rivalizan en frases fuertes: "Romperemos el Frente Popular cuando estemos preparados para tomar el poder." Se pide la ilegalización de la Derecha Regional Valenciana, la depuración de los mandos del ejército responsables de las masacres de Asturias, y el reconocimiento de las milicias populares. Porque esta es la novedad, el desfile de jóvenes uniformados y organizados en escuadras. *El Pueblo*, acostumbrado por el propio uso que de ello hiciera, no se espanta de las palabras fuertes, se felicita del orden del mitin y se alarma ante esas demostraciones de organización paramilitar, "afán exhibicionista que imita una moda inflamada de latente dramatismo", ajena a las tradiciones sindicales. "Ni camisas rojas ni azules." En algunos pueblos, el 1 de mayo ha ido acompañado de disturbios. En Puebla Larga, Gandía, Favareta, Alzira, se amenaza alguna iglesia y los locales de DRV. El gobernador ordena un registro del Círculo Carlista de Alzira donde se encuentran algunas pistolas. El clima parece adensarse, enrarecerse, pero hasta ahora no ha habido ninguna huelga importante. El 2 de mayo se anuncia la de tranvías y

la de la construcción. Esta se resuelve rápidamente con el aumento de cuatro pesetas semanales para los oficiales y tres para los peones. La de tranvías se prolonga del 2 de mayo hasta el 20 de junio.

A finales de mayo han ido a la huelga los trabajadores de ferrocarril de Aragón, que, como recuerda *El Pueblo*, ha sido desde siempre uno de los colectivos peor pagados y más indefensos. Las juventudes autonomistas abren una suscripción para socorrer a las familias que llevan 28 días sin cobrar. La solidaridad de sectores tan poco revolucionarios, en estos momentos, como los blasquistas parece indicar que nos encontramos ante una huelga de lo más clásica, en la que unos trabajadores defienden con esfuerzo el pan de sus hijos y que atrae la simpatía de propios y extraños. Así pues, entre las palabras encendidas de los mítines, las demostraciones infantiles de carácter paramilitar, las explosiones de ira de los pueblos y las huelgas, más bien pocas, de unos trabajadores que como veinte, treinta años antes reclaman el derecho a vivir de su trabajo, ¿se había llegado ya a la revolución? Lo que hoy parece cuestionable es que la derecha tuvo la osadía de afirmar que era cierto porque para los sectores oligárquicos, la Iglesia y el ejército de 1936, la simple posibilidad de perder una parcela mínima de poder era ya la revolución. Estamos en julio. De Valencia salen cartas confirmando que aquí ya está todo dispuesto para el golpe militar. Tres años más tarde se justificaría con cruel sentencia: "cautivo y desarmado el ejército rojo la guerra ha terminado". Lo cierto es que en 1936 el proletariado, durante siglos cautivo, estaba desarmado. Estaba, eso sí, algo menos cautivo y mucho más esperanzado. Esa es la única explicación: que la esperanza de los oprimidos es un aroma insufrible para los poderosos.

Años de autarquía, estraperlo y hambre

Artículo incluido en el fascículo 50 de la *Historia de Valencia,* publicado en 1999 por el diario *Levante-EMV.*

Tras la entrada en Valencia de las tropas franquistas el 29 de marzo de 1939, una Comisión de Incorporación Industrial y Mercantil fue la encargada de poner en marcha la actividad económica, asumiendo funciones de emergencia que no tenían por qué continuar. El aparato productivo no se encontraba en estado óptimo, por los avatares de la guerra, pero no había sido dañado. La ciudad no sufrió ataques ni bombardeos, con excepción de los Poblados Marítimos, y muchas fábricas y talleres trabajaron durante la contienda. Lo previsible era que, aun con dificultades, pudieran ir recobrando la normalidad y funcionar sin trabas. Ocurrió lo contrario. El aparato burocrático de control e intervención creció hasta límites inverosímiles, todo quedó reglamentado (las cantidades que había que producir, los precios, las plantillas) y así continuó durante años. Uno de los ejes de la maquinaria fue la CNS, la Central Nacional Sindicalista, a cuya rama profesional debían pertenecer todos los empresarios, que se responsabilizó de distribuir los "cupos" de materias primas. Para llevar a cabo tan delicada tarea, de la que dependía la producción de las empresas, no existían criterios definidos. La opacidad, las influencias políticas y el favor, además de la imposibilidad de reclamar, eran la norma, de la que se derivaba una cadena inextricable de complicidades, sobornos y corruptelas. Los favorecidos en el reparto obtenían una sustancial ventaja sobre los competidores pero, dada la escasez de materias primas y sus precios en el mercado negro, en ocasiones las revendían, en lugar de utilizarlas. Los jerarcas del sindicato daban ejemplo, declarando menos de lo recibido y vendiendo lo sustraído, en una especie de subasta, a los propios empresarios.

Por encima del Sindicato, quien decidía la asignación de recursos era el Ministerio de Industria, ateniéndose a "los altos intereses de la nación", criterio suficientemente vago para estar sometido a fuertes presiones. La industria pesada tenía preferencia, pero había que estar bien situado para recibir encargos oficiales. Altos Hornos de Sagunto se vio favorecida, al pasar a depender de AHV, pero Construcciones Devís (material ferroviario) fue relegada ante el mayor peso e influencia de La Maquinista, de Barcelona, o de la CAF guipuzcoana. Los Devís dieron entrada al Banco Central, pasando a ser presidente del Consejo de Administración Joaquín Reig y Consejero Delegado Juan Villalonga, hermano del omnipresente Don Ignacio, y a partir de entonces todo fue como una seda. Vinieron los pedidos de Renfe, se le permitió importar costosa maquinaria y la plantilla pasó de 250 empleados en 1940 a 1.200 en 1943. El tamaño fascinaba a los jerarcas del régimen que disfrutaban visitando las llamadas

"empresas ejemplares", donde eran recibidos brazo en alto por el "batallón de productores", y a las que colmaban de discursos y favores. Calzados Segarra, con una plantilla de 1.500 trabajadores, se llevaba el 50% del suministro de cuero, dejando el resto para un sector que ocupaba unos 40.000.

Las empresas de Valencia-ciudad, y de su entorno, al ser casi todas de pequeño tamaño, merecieron poca atención y se las tuvieron que arreglar por su cuenta. Con lo que nos dan, confesaba un empresario, tendríamos para trabajar quince minutos al día. Un cargamento de madera, procedente de Guinea, era tan anhelantemente esperado por nuestros empresarios del mueble como la flota de Indias. Hubo momentos en que, por ejemplo, las empresas de chapas Vilarrasa y Tormo trabajaban al 15% de su capacidad. Pero es cosa sabida que la escasez agudiza el ingenio. Al faltar la madera no se podían fabricar envases para la naranja y a Suñer, que entonces comenzaba lo que luego sería una gran empresa de cartonajes, se le ocurrió hacerlos de cartón, utilizando la paja de los arrozales de Sueca. Los talleres metalúrgicos subsistieron reparando máquinas usadas, el textil-confección reciclando la borra. El sector que se vio más afectado fue el químico por su dependencia de Alemania. La fabricación de abonos, en las fábricas de Niederleyner, Trenor y Cros, descendió a unos límites alarmantes, con la consiguiente repercusión en la agricultura. El bajo nivel de producción de los primeros años aún disminuyó más durante 1946-48 debido a las restricciones eléctricas, llegando a trabajarse solo tres días a la semana. Era condición inexcusable, para obtener autorización para abrir una nueva empresa, el que se pudiera proporcionar la energía por su cuenta, cosa nada fácil ya que los grupos electrógenos funcionaban con petróleo y este escaseaba tanto como la electricidad. Los camiones y los coches circulaban con unos enormes aparatos adosados, los *gasógenos*, que se alimentaban con carbón y les daban un aspecto de carretas con la casa a cuestas.

Más graves fueron, por su incidencia directa sobre la población, las restricciones en los bienes de primera necesidad causadas por un sistema que incentivaba el fraude, conocido con el popular nombre de *estraperlo*. El gobierno obligaba a los agricultores a declarar la cosecha y venderle un tanto por cien de la misma a un precio tasado. Como el precio oficial era bajo se practicaba una sistemática ocultación. Se ha calculado que lo sustraído ilegalmente al mercado oficial, para venderlo en el mercado negro, representaba el 60% en el caso del trigo, el 40% en el aceite, y el 30% en el arroz. Es evidente que no se ocultan, transportan, muelen y venden toneladas y toneladas de cereal sin que nadie se entere y que había muchas personas y organismos oficiales implicados en el fraude. El propio Ministerio de Agricultura, en un informe interno, explicaba uno de los trucos para hurtar la supuesta vigilancia. "Se obtiene autorización, dice con resignada impotencia, para transportar 3.000 kilos, se cargan 5.000, y como el permiso es para 48 horas y no se visan la salida y la llegada con la necesaria rigidez, con el mismo permiso se pueden hacer dos o tres viajes y trasladar hasta 15.000 kilos. Posibilidad que se multiplica con las guías expedidas por las delegaciones provinciales de abastecimientos que suelen tener una validez de varios días".

A la vista de todos y con la bendición oficial se realizaba el tráfico ilícito de mercancías y, mientras esto ocurría, se detenía a algún pobre diablo que ocultaba un saco de arroz. Al llegar al paso a nivel que había en el cruce de Tránsitos el tren se paraba y un enjambre de mujeres, cargadas con pesadas cestas donde escondían una docena de huevos o una ristra de longanizas, bajaba apresuradamente y entraba a escondidas en la ciudad. De tanto en tanto se detenía a unas cuantas, se les daba un buen susto en el cuartelillo y, para público escarmiento, se les cortaba el pelo al rape. En las fallas se hicieron habituales los ninots de la falsa embarazada y del jorobado, que ocultaban la mercancía bajo su dolorosa apariencia, y, con la debida cautela, los de los nuevos ricos del estraperlo presumiendo ostentosamente de su lujoso "haiga". La censura se mostró tolerante en este campo para dar la impresión de que se perseguía a los culpables. En las rarísimas ocasiones en que esto ocurría la prensa realizaba un gran despliegue informativo, como si se hubiera cortado de raíz el problema. Pero, si alguien se atrevía a atacar la corrupción del sistema, lo pagaba caro. El que luego sería cardenal Tarancón, entonces obispo de Solsona, publicó una pastoral titulada *El pan nuestro de cada día* en la que denunciaba la complicidad de las autoridades, lo cual le valió permanecer en Solsona durante veinte años, vetado por el gobierno para cualquier otro nombramiento.

La penuria de alimentos en el mercado oficial obligaba a racionarlos por el procedimiento de la cartilla con cupones. El gobierno estableció los mínimos que debían repartirse de acuerdo con una espartana dieta que raramente se cumplía, ya que la principal característica del racionamiento fue la discontinuidad y la baja calidad. La carne brillaba por su ausencia y en los años del hambre (1946 y 1947) la ración diaria de pan no llegaba a los 250 gramos. Suplir la carencia comprándolo en el mercado negro resultaba prohibitivo. Una barra de pan de un kilo, cuyo precio oficial era de 2 ptas., se vendía de estraperlo a 12 ptas. Como, según un estudio del Instituto Valenciano de Economía, el salario oficial de los trabajadores no alcanzaba ni siquiera para comprar a precios oficiales, el único recurso para no morir de inanición era comer boniatos.

Además de la cartilla de racionamiento los mayores de 21 años podían solicitar la cartilla del fumador con la que recibían la ración de picadura que suministraba Tabacalera. Con gran sorpresa se descubrió que casi el 90% de los valencianos adultos fumaba. En realidad no era así sino que los no fumadores pedían la cartilla para cambiar los cupones de tabaco por los de alimentos. El heroico fumador se quitaba, literalmente, el pan de la boca para obtener dos paquetes de *Ideales*, hasta que caía tísico, pero no a causa del tabaco sino del hambre. La tuberculosis experimentó durante estos años un sensible incremento y de ahí que una de las primeras aplicaciones del tratado de amistad con los Estados Unidos fuera, después de la ocupación de Rota, el envío de leche en polvo y queso, sobrantes de la guerra de Corea, pero que a nuestros escolares les sabían a maravilla.

Una de las pocas excepciones a la política autárquica fue la exportación de cítricos. Por mucho que se presumiera de autosuficiencia había que pagarle el trigo a Perón, con algo más que agasajos a Evita, y comprar materias primas y maquinaria, y para

eso se necesitaban divisas. Según la Cámara de Comercio, aproximadamente el 50% de las conseguidas procedía de la exportación de naranjas, de lo cual se beneficiaba bastante poco la economía valenciana debido al rígido control de cambios y al empecinamiento de Franco, que lo consideraba una cuestión de prestigio, en mantener sobrevalorada la peseta (en 1946, al cambio oficial un dólar costaba 10 ptas., en el mercado libre 25 ptas.) Los exportadores estaban obligados a depositar las divisas en el Instituto Nacional de Moneda y Cambio que se quedaba con los dólares y les daba en pesetas la mitad de lo que valían. Gracias a este procedimiento de prestidigitación monetaria el Estado ingresó 2.376 millones y los exportadores 2.932, según la estimación realizada por el profesor Ernest Lluch para el periodo comprendido entre 1940 y 1959. Pero no es aconsejable llorar demasiado por los sufridos exportadores ya que los más influyentes o audaces sabían sacarle provecho a la situación. Detraían, con la complicidad de altos cargos, parte de lo cobrado y lo cambiaban en el mercado de Tánger o, lo que es más gordo, depositaban parte de las divisas en un banco extranjero y luego solicitaban autorización para importar bienes escasos y valiosos en España. Conseguir autorización para importar estos bienes se convirtió en un negocio más provechoso que la misma exportación de naranjas.

En 1954, después de 15 años de terminar la guerra, se recuperaba el nivel de renta per cápita de 1936, cuando los países vecinos, que habían pasado por una guerra más devastadora que la nuestra, crecían ya a un ritmo imparable. Lo peor no fue el tiempo perdido sino el tremendo sufrimiento inflingido a la población. Alguna vez, de las cenizas de la memoria, salta una chispa que nos deja petrificados por la dolorosa gravedad con que se pronuncia: *¡Tú no sabes lo que es pasar hambre!*

El moviment obrer al País Valencià sota el franquisme

Extractos del prólogo al libro que, con dicho título, publicó en 1977 Josep Picó en la editorial valenciana 3i4. El texto de Ramiro Reig está fechado en octubre de 1976, en pleno debate sobre el proceso constituyente de las Comisiones Obreras.

La recuperació de la memòria col·lectiva

[...] El franquisme intentà amb el moviment obrer quelcom més greu encara que l'extermini físic. La liquidació de les organitzacions obreres, acomplerta el 39 no solament amb l'assassinat i empresonament de centenars del seus millors homes, sinó amb la seua extinció total (confiscació de béns, prohibició i persecució, Sindicat Vertical, etc.), buscaba un objectiu a més llarg termini: l'anorreament de la consciència. El Règim, tot i la incapacitat dels seus representants, no ha ignorat la forma brutal de defendre els seus interessos. En aquest sentit no podía ignorar que la classe obrera –i no solament "els productors", com en deia– continuaria existint amb una capacitat objectiva de retrobar-se i de recuperar el seu paper històric. Això era el que calia impedir de qualsevol manera.

Els elements més contundents utilitzats contra tota possible reorganització dels treballadors són de sobra coneguts. La repressió, que en cap moment ha desaparegut, es combina durant els primers anys amb la fam i la misèria. Entre ambdós focs s'esgoten les forces d'una classe obrera desmoralitzada per la derrota militar. Els primers moviments de protesta (la vaga de l'Euskalduna en el 47 i les subsegüents vagues generals en el País Basc i en Barcelona) tenen el caràcter agònic de qui no es resigna a morir. L'expressió no te rés de metafòric ja que es tracta, veritablement, d'un combat a mort. El lector restarà impressionat, sens dubte, davant el testimoni que succintament se li ofereix al llibre: la vastitud de la fam mostrada amb xifres i dates. Així fou. Es tractava de no morir de fam. Es tractava de no deixar-se morir definitivament junt amb els que agonitzaven en la presó. *Temps de silenci,* l'anomenà Martín Santos. Mentre Celia Gámez cupletejava el "hemos pasao" per a estraperlistes, les "cançons per a després d'una guerra" el poble se les empassava amb muda impotencia.

Les coses canvien, però la repressió roman. Heus ací la llei inalterable, amb categoría de principi físic, de conservació del Règim. El 'caimán', que deia la canço, no se'n va, canvia només les dures escates. L'autarquía no havia deixat solament la classe obrera en pell i ossos, sinó l'economía de tota la nació. El capitalisme espanyol modifica els seus plans i, recuperat després d'un parèntesi d'estabilització, es llança a la persecució del desenvolupament. Les consequències en són massa conegudes perquè ens hi atu-

rem. El grau d'explotació intensiva del treball augmenta, embolcallat amb les promeses del consumisme. Els mitjans de dissuasió es modifiquen. Continua la repressió, amb els mateixos mètodes i les mateixes formes, però tractant de disfressar-se amb els diversos conats de liberalització i obertura. La permanent acció desarticuladora contra la classe obrera es conjuga amb un esforç d'integració d'aquesta. "Adelante hombre del 600, la carretera nacional es tuya", canta el cor dels tecnòcrates. Endavant, milió i mig d'espanyolets que en ninguna de les dues Espanyes cabeu i heu de passar a l'emigració. Endavant, "olivareros de Jaén, aceituneros altivos", que mentre el senyor Solís apuntala el Sindicat, vosaltres camineu cap els centres industrials a vendre-vos la força de treball. Endavant el desenvolupament amb els seus milers d'hores extres sobre les esquenes dels treballadors i els seus enormes amuntegaments urbans. Endavant, sí, primer manament, l'acumulació disparada del gran capital financer i monopolista. Entrem en una nova época.

La mobilitat de la feina, el creiximent real de força indústries, la flexibilitat negociadora que el capitalisme necessita per a incrementar els ritmes de treball i l'extracció de la plusvàlua relativa (concretada en la implantació dels Convenis Col·lectius) i, sobretot, la consciència que tots aquests fets generen en el proletariat, produeixen un despertar generalitzat de les lluites obreres. L'estabilització fou el primer truc en la consciència de la classe. Després dels anys de la fam, haver-se d'estrényer el cinturó novament era ja massa. En el 58 hi ha lluites importants en les mines d'Astúries. Els anys del fracás s'han allunyat i uns nous lluitadors relleven els veterans. El PCE, que ha abandonat fa uns anys les guerrilles, aboca tot el seu esforç a l'acció de masses, amb la seua feliç crida a la reconcialiació nacional. Sectors progressistes de base cristiana constitueixen un nou germen d'inquietud. Davant la política desenrrollista, la classe obrera no està disposada a aguantar sense més ni més. En el 62 uns nous conflictes en Astúries s'estenen per tota la nació. Neixen les Comissions Obreres. De les accions heroiques, però aïllades, de la dècada anterior, hom avança cap a un nou combat generalitzat. El moviment obrer ha iniciat una marxa imparable.

La formació de la consciència

[...] Desarticulades la UGT i la CNT fins al punt d'anorrear-les, substituïdes pel fantasma –amb cadenes reals– del Sindicat Vertical, la repressió no hauria estat suficient si en la memòria de la classe hagués subsistit el record d'aquelles organitzacions. Hagués existit sempre en aquesta memòria subsersiva, com l'anomena E. Bloch, en la tradició acumulada per la pròpia història, un potencial de referències, un impuls latent. I aquí rau la permanent labor de desprestigi, silenci, calúmnia, oblit, sobre el seu record. Fins al punt que la generació inmediata a la guerra civil les creu definitivament mortes.

[...] Destruïts en els primers anys els vestigis de qualsevol forma d'organització obrera, estroncada i falsejada la memòria, el pas inexorable del temps i el canvi acce-

lerat de circumstàncies fan cada vegada més que aquella rememoració esdevinga nostàlgia de lluitadors veterans més que citació operativa. La classe obrera es reconstrueix a si mateixa des del buit, i els nous senyals que va deixant esdevenen memòries completament intolerables per al sistema. El poder establert intenta per tots els mitjans no solament que el movimen obrer no avance, sinó que no se n'assabente, que no prenga consciència d'una història nova que ara comença. El poder emmordassa i silencia els fets, pretén que siguen oblidats, a fi que la classe obrera es veja despullada en cada moment, obligada a un salt en el buit. Aquesta parcel·lació, aquest entroncament continu de la història no cap dubte que ha debilitat el creiximent del moviment obrer. No solament per allò que la història és mestra i perquè de l'experiència de les lluites anteriors podem treure una lliçò profitosa, sinó sobretot perquè la història és consciència acumulada, i el record del passat forma part de la pròpia personalitat col·lectiva i del seu futur.

[...] És significatiu que llibres com aquest comencen a sorgir quan la classe obrera i els seus aliats han imposat, amb la seua presència combativa, un espai de llibertats. La lluita per l'amnistia total, que durant tots aquests anys ha constituït l'objectiu fonamental de les forces del treball i de la cultura, i, en general, de totes les forces progressistes, no significa solament la recuperació dels nostres millors lluitadors, sinó la recuperació de la història vertadera d'aquests 40 anys. No es tracta solament de fer-los eixir de les presons, sinó d'afirmar amb això que, sense cap delicte, representaren la lluita per la llibertat del poble. Amb l'amnistia, una altra història, nova, és la que apareix públicament reconeguda davant els nostres ulls.

Aquesta operació de recobrar els fets segrestats i tornar-los a llurs legítims propietaris, la classe treballadora que els realitzà, és la primera condició que ha d'acomplir un llibre com el present. Es recupera així la memòria col·lectiva de la classe.

La recuperació de la memòria no pot ser una acumulació indiscriminada de dades. Com seleccionar-les, doncs? L'autor ha optat per la màxima objectivitat, sense ficar-se en judicis valoratius [...] Crec que el llibre mostra amb bastant claredat que, per circumstàncies concretes, foren els corrents cristians de base els que fruïren d'una major facilitat per a la presa de consciència, i que nuclis valuosos d'aquests corrents saberen estar a l'altura que se'ls demanà. Crec que s'hi palesa també que foren els comunistes els qui durant molts anys constituïren el motor del moviment obrer. Finalment, i això és el que més m'interessa destacar, crec que en el llibre s'evidencia clarament que el moviment obrer rebé el seu major impuls de les Comissions Obreres, que no solament han representat el sector més avançat i combatiu, sinó que amb la seua originalitat organitzativa (com a moviment sòcio-polític) han representat i representen la troballa més important que la memòria col·lectiva ha de tenir present. Sembla que l'objectivitat del llibre queda descompensada si una lectura precipitada prescindeix d'una valoració del que els fets mateixos canten. D'igual manera que hagués estat injust fer una història que passàs per alt l'aportació qualitativa que representa la USO, o la contribució dels grups cristians, o la tasca arriscada i abnegada d'homes aïllats de les antigues organitzacions (UGT-CNT).

En el marc d'una crisi general

[...] A partir del 68 assistim a una de les crisis més fortes del sistema (recessió econòmica, auge de les lluites obreres, volta de maneta, garrot vil, des del Govern, que acaba amb la declaració de l'estat d'excepció). La tímida liberalització empresa tanca el seu breu cicle i s'arrapa, davant la descomposició del sistema, a la mecànica repressiva. El procés de Burgos i el procés consegüent de mobilitzacions obreres i populars que desencadena marca el punt d'inflexió en què les forces democràtiques i populars passen a l'ofensiva i el règim a una defensiva brutal i cega

[...] D'altra banda, l'any 68 representa un moment clau en la crisi del moviment comunista internacional i el començament d'una fase d'esgotament en el model capitalista a nivell mundial. Els anys 60 havien significat la fi de la guerra freda i el començament d'una *entente* entre els grans blocs. Com a referències iconogràfiques recordem Kennedy, Kruschev i Joan XXIII. La "dècada prodigiosa" ha anomenat Alberto Corazón a aquests anys, en un bell llibre que evidencia les noves pautes estètiques. Oberta per l'explosió de color i imaginació de *Yellow Submarine,* entonada per la generació *beat*, vestida amb els informals *blue-jeans* o desvestida alegrement per Mary Quant, foren el anys de la irrupció dels joves. Deu anys *à bout de souffle*, perdent el lleu. Quedaven darrere el bloqueig de Berlin, la cursa d'armaments dels dos blocs enfrontats. Quedaven darrere l'estalinisme i Pius XII, i la barreja d'ambdós, Eisenhower. El nou bloqueig americà és desbordat per la jove Cuba i Kennedy ha d'anar a Viena per tractar amb Kruschev sobre el control nuclear. Estèticament, èticament, si hom vol anomenar així aquest *rissorgimento* d'esperances és una década prodigiosa. En realitat, políticament, no es produeix sinó un acoblament de poders que de moment permet un respir i una mobilització apassionant de noves forces socials i nacionals. Quan aquestes amenacen amb el desbordament, el control imperialista tornarà a colpejar amb més duresa. *L'últim tango a París* que Alberto Corazón assenyala com un signe d'una nova época desencantada, no expressa més que una part mínima del que ara vivim. L'arcaisme i la barbàrie que, com a reacció davant la seua propia crisi, implanta l'imperialisme, no poden expresar-se amb símbols, sinó amb fets. El guerriller ha mort a mans dels *rangers*, la feixistització d'Amèrica Llatina resulta més tenebrosa cada vegada. *La grande bouffe*, el buit decadent del capitalisme ens ofega [...]

La política de distensió marcada a començaments dels 60 pels grans blocs imperialistes acaba esmicolant-se al final de la dècada. La depredació del capitalisme americà comença a ensopegar amb l'obstinada resistència del poble vietnamita i, en general, amb el despertar dels pobles del tercer món i les seues revolucions anti-imperialistes i, en molts casos, socialistes. El control de la URSS es veu contestat per "la primavera de Praga" que representa, a més, l'esgotament dels models de transició al socialisme, esdevinguts models inoperants de transacció. Finalment, l'esgotament de l'esplendor neocapitalista comença a manifestar-se en l'explosió del maig francés i en la tardor calenta del 69, que extremeix Itàlia.

L'agudització de la lluita de clases a l'Estat espanyol

[...] Aquests anys, enmig d'un cert desgavellament creat sobretot per l'enduriment de la repressió, veuen aparèixer importants lluites obreres. De primer, aïllades i de llarga duració (com la d'AEG o la de Harry Walker, en Terrassa i Barcelona). Aviat, adquireixen força i una capacitat, fins aleshores desconeguda, d'estendre's a tot un ram (com la vaga de la construcció en Granada) o a tota una ciutat (com a Vigo i al Ferrol). La repressió és tan forta, que totes aquestes lluites acaben no solament amb els habituals acomiadaments dels treballadors més destacats (aquí la xifra esgarrifosa de més de 30.000 càrrecs sindicals expedientats entre les eleccions del 66 i les del 71), sinó amb morts. Així s'esdevé a Granada, al Ferrol i a Vigo, i així més tard en la construcció de Madrid, en la SEAT de Barcelona, en la Tèrmica del Besós. I així fins als nostres dies en què els governs reformistes de la monarquia han superat, en la seua curta vida, les xifres sangonoses dels seus predecessors.

Aquestes dades revelen, millor que ningunes altres, l'agudització de la lluita de classes i la seua incidència en l'interior del bloc dominant. La recessió que es produeix en el 67 és el primer avís de l'esgotament d'un model de creiximent dirigit pel capitalisme financer i que durant els cinc o sis anys precedents ha posat el país en el camí d'una industrialització accelerada.

De l'estat d'excepció del 69 i el procés de Burgos als terribles judicis del 75 i les últimes violències de Fraga, passant pels centenars d'anys de condemna pel procés 1.001, hi ha una continuïtat clara: la incapacitat del sistema de respondre a les reivindicacions populars.

L'articulació de nous eixos d'avanç

[...] Sempre s'ha dit que la correcta comprensió d'una situació ve confirmada per la pràctica. Els fets mostren que la direcció del moviment obrer, com a eix articulador de la lluita per la llibertat i el socialisme d'àmplies capes de la població, és represa per Comissions Obreres lúcidament i amb fermesa, i assoleix les cotes més altes del consentiment de masses.

L'orientació, per dir-ho d'alguna manera, més clàssica i realista, més historicista, per expresar-ho a la manera de Gramsci, menys revolucionario-apocalíptica, en el si de Comissions, resulta confirmada pels fets posteriors a la crisi que es debat en el seu interior a l'inici dels 70. Es precisament quan es produeix a València una "caiguda" de Comissions entorn de dues convocatòries paral·leles (una, pel Conveni del Metall,

l'altra per l'amnistia i contra el procés de Burgos),[1] es manifesta una forta crítica dels sectors esquerranistes per haver dut Comissions a un terreny que no li pertanyia. Les llibertats ja les durà la burgesia, si és que li interessa, deien. Avui, hom considera fonamental que la classe obrera encapçale la lluita per la llibertat i la democràcia. Quan en aquests anys Comissions impulsa la participació en les "eleccions sindicals" del Vertical, és injuriada pels radicals. En el 75 tot el cor de "criticants" decidí la conveniència de presentar-se a les noves eleccions, i en aquests moments més que mai es veu la importància de la pràctica sindical adquirida. Podríem multiplicar-ne els exemples. El fet evident és que la insitència de Comissions de mantenir-se com un moviment sòcio-polític de tots els treballadors (en contra de les comissions revolucionàries, tantes vegades nascudes i perdudes, quasi sempre desconegudes per tothom menys per als seus promotors) ha portat el moviment obrer a consituir-se l'eix de tots els moviments progressistes.

Memòria del País

Tornant al punt de la memòria col·lectiva, cal apuntar que la seua reuperació és d'excepcional importància en el cas del País Valencià. Durant bastant de temps, i a través d'interessants polèmiques, ens hem estat preguntant si hi havia o no burguesía en el País. En canvi donàvem per suposat que hi havent, com és clar, classe i fraccions de classe dominades, no existia moviment obrer. Es a dir, no existía una consciència de classe àmpliament estesa, una lluita mínimament constatable, ni, com a consequència, cap tipus d'organització del proletariat.

[...] Cal, però, acabar amb aquest tòpic constantment repetit fins a esdevenir, no solament una deformació de la realitat, sinó, el que és més greu, una consciència frustrant: al País Valencià no hi ha hagut moviment obrer perqué predomina el petit taller. D'això a deduir que era quasi impossible que n'hi hagués, hi havia solament un pas cap el descoratjament que s'abatia angoixosament sobre la consciència militant. La puixança amb que ha despertat el moviment obrer al País Valencià (n'hi ha prou amb recordar que el mes de gener d'enguany ocupava el tercer lloc, després de Madrid i Barcelona, pel nombre de treballadors en lluita) ha servit per a desmentir categòricament la segona part de l'afirmació. Aquest salt endavant de la classe obrera ha vingut potenciat, sense cap dubte, pel canvi en la infraestructura econòmica del País, que ha vist consolidar-se un tipus d'empresa mitjana i irrompre les multinacionals. Però la força del moviment obrer no deriva mecànicament d'unes modificacions econòmiques. És fruit,

[1] El 25 de octubre de 1970 fueron detenidos, a la salida de una reunión de la coordinadora de CCOO del metal en las Escuelas Profesionales San José de Valencia, 16 sindicalistas: César Llorca, Salvador Boïls, Ángel García, María Salud Simón, Emilio Moya, César Mañas, Rafael Castellote, Juan Castro, Ramiro Reig, Daniel Girba, Vicente Ruiz, Juan José Vives, Anastasio y Miguel Pérez, Crescencio Segura, Rafael Casanova. Procesados posteriormente por el Tribunal de Órden Público (sumario 981/70) por asociación ilícita y propaganda ilegal, con petición fiscal de 137 años de cárcel. *(Nota del Editor)*

també, d'un esforç col·lectiu anterior, d'una consciència nodrida i madurada en la lluita d'anys, d'una història que de lluny ve obrint-se pas, esbossant el seu propi projecte [...] La modificació progressiva de la infraestructura ha proporcionat la pista de sortida a la labor constant i incansable de les avantguardes obreres, ha ofert una més completa possibilitat d'arrelar en les masses. Però sense aquesta feina avui estariem pitjor que abans, més industrialitzats, més integrats, i més explotats. Per això, si hem parlat de la necessitat d'una memòria històrica per al moviment obrer en general, en el nostre cas aquesta necessitat es feia més urgent. No estem avui com un xiquet que comença a llegir en la cartilla de les noves fàbriques. Estem en possessió d'un llenguatge complet, format treballosament pels que ens precediren. És nostre el crit esgarrat dels que resistiren en les muntanyes del "maquis" d'Utiel i Confrents, nostre el silenci dels que no delataren els companys a les comissaries, nostres les paraules de les primeres assemblees en Altos Hornos, o en Segarra o en Macosa, nostres les protestes d'aquest o d'aquell taller, les impugnacions en Magistratura, els discursos dels pamfltes llançats de matinada davant les fabriques [...] El llenguatge dels fets, que un altres, o nosaltres mateixos, anaren construint, forma part avui de la nostra afirmació. És necessàri, imprescindible, fer memòria, per a poder parlar com a obrers del País Valencià. Recordar no és, com diu la cançó, tornar a viure, sinó simplement saber de què es viu.

La construcció de la unitat

[...] El llibre es tanca en el moment en què s'està produint un profund i trascendental debat en el si del moviment obrer sobre un tema tan important com la unitat sindical. En aquest sentit crec que el llibre hauria d'ésser rellegit després d'haver-lo recorregut la primera vegada amb l'emoció de l'homenatge. Certament, abans d'analitzar-lo, cal protagonitzar-lo i sentir-se'n part. Sense cap mena d'infantilisme, ben al contrari, amb l'orgull del militant, molts dels lectors podrán dir, com qui mira en la fotografía d'un grup familiar: ací estic jo. Després de la lectura, tots voldriem imitar aquell personatge de Vallejo que amb el seu enorme dit va escriure en l'aire: *¡Biban los compañeros!*

[...] El recurs a la memòria ha estat fet no a fi d'invalidar ningú amb la postura infantil del "jo hi era primer", sinó per a recordar a tots la seua responsabilitat històrica, en uns moments en què la unitat ha de ser l'objectiu prioritari. Si algú, després d'anys de silenci, irromp de nou, només pot fer-ho responsablement en funció de potenciar la unitat. Comissions no nega –seria vertaderament estúpid– el dret d'aquestes velles organitzacions a presentar a la classe obrera els seus plantejaments. És més, Comissions pensava que en un moment en què eixíem de l'uniformisme feixista, aquestes organitzacions podien enriquir el dinamisme intern del moviment obrer, considerant-les i considerant-se a si mateixa com a 'propostes'. Totes elles havien de culminar el seu procés orientador i renovador en un Congrés Sindical Constituent en què desaparaeixerien fonent-se en un únic Sindicat. Projecte utòpic? Teòricament no ho era tant.

La realitat, no obstant, ha vingut a mostrar l'excessiu idealisme del projecte. El capitalisme, al qual per suposat interessa la divisió sindical, ha fet mil maniobres per aconseguir-la del Govern i propicar-la amb els òrgans d'opinió pública, retardant la possibilitat d'aquest Congrés Constituent, només realitzable en un àmbit de plena llibertat; enfortint la UGT, a la qual permeté el seu Congrés, i desprestigiant Comissions; confonent amb les seues continues promeses reformistes i enfocant aquestes a la plasmació de la pluralitat, etc.

Davant aquesta situació que es va perfilant i apuntalant en poc temps, Comissions modifica lleugerament els seus plantejaments en un esforç de salvar la unitat. Si les organitzacions sindicals es consoliden organitzativament, no té cap sentit pensar en la possibiitat d'un sindicat Únic [...] Amb aquest propòsit Comissions manté dos fronts clarament delimitats. D'una banda la unitat estructural amb les organitzacions existents, constituint coordinadores en le quals s'establesquen une basses d'acord, començant per la unitat d'acció (d'ací parteix la iniciativa de la COS). D'una altra banda desenrrollant a nivell de base el sindicalisme de nou tipus que, des de sempre, fou la nota característica de Comissions: decisions preses en les assemblees de fàbrica o ram amb la participació dels treballadors (afiliats i no afiliats), elecció directa dels representants o delegats en aquestes assemblees de fàbrica, caràcter reivindicatiu i sòcio-polític d'aquest ample moviment de base [...] No cal dir que en aquest esquema, en el qual es realitza la unitat, per sobre i per sota, se sobreentén l'existencia de les diverses organitzacions i la llibertat d'aquestes per afiliar i orientar els seus militants.

El plantejament proposat es manté per Comissions, i aparantment és acceptat per les altres organitzacions sindicals, fins a l'Assemblea de Barcelona en juny de 1976. En ella, alhora que es confirma com a vàlid teòricament, s'endevina (i les paraules de Camacho són profètiques en aquest sentit) la seua inadequació pràctica.

[...] Qué ha passat després? Senzillament i clarament que la situació s'ha anat deteriorant per diferents forces entestades a aïllar la majoria de Comissions, fidel a la seua tradició unitària. A fi de no tornar a citar el Govern i la burgesia, amb la seua continua tàctica obstruccionsita i divisionista, ens limitarem als corrents i organismes sindicals. D'una banda, les organitzacions al marge de Comissions anteposen la seua pròpia consolidació al procés unitàri [...] D'altra banda, a l'interior de Comissions, l'anomenada tendència minoritària emprén una aventura singular: abandonada la seua insistència que Comissions esdevingués un sindicat, ara es dediquen a fundar sindicats d'empresa [...] solament resta fer el mateix a totes les empreses, juntar després tots aquests sindicatets, i ja està, ja tenim la Central única de Treballadors. "Vale", que diria Forges. Encara una objecció: mai com en aquest cas han estat els desitjos presos tan equivocadament per la realitat. Perquè aquest procés que es proposa és totalment idealista, ja que les organitzacions sindicals no sembla que desapareguen només perqué els propulsors d'idea tan original ho desitgen. En comptes d'això, aquestes organitzacions s'estan consolidant, el que fa pensar que el procés unitari haurà d'anar per uns altres camins.

D'avant d'aquesta situació, Comissions ha decidit convertir-se en Confederació Sindical de Comissions Obreres. S'està començant aquest dies l'afiliació de cara a la convocatòria d'un pròxim congrés en què s'aprovaran els Estatuts. Es fomenta amb aquest pas la divisió sindical en proposar als treballadors un sindicat més? De cap manera. Comissions continua fidel als seus principis de construir un sindicalisme de tipus nou basat en les assemblees d'empresa. Fidel a la seua vocació d'unitat, però comptant amb les circumstàcies descrites, l'única manera de poder continuar treballant per la unitat del moviment obrer és convertir-se en un Sindicat.

Fins ací, la història inmediata, la que s'obri en tancar el llibre. El que la història futura siga dependrà en gran mesura de nosaltres. Si he dit que, des de l'òptica dels nostres problemes presents, convendria de rellegir el llibre, ha estat perquè hi ha en ell una crida a la responsabilitat històrica. Tothom té el dret d'aportar al moviment obrer, a més del seu esforç militant, les orientacions que estime necessàries. Però ningú no es pot atribuir autoritat per a malversar aquest cabal inmens que amb tant d'esforç ha anat acumulant el moviment obrer.

Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975)

Artículo publicado en la revista *Afers. Fulls de recerca i pensament* (1995). Para facilitar la lectura se han eliminado las notas y referencias bibliográficas.

El règim franquista, qualsevol que siga la qualificació que se li atribuesca (conservadurisme autoritari, feixisme, bonapartisme...), va ser, durant els quaranta anys d'existència, una dictadura, és a dir, un sistema antidemocràtic on les llibertats individuals van estar limitades per mitjà de la coacció i l'acció col·lectiva organitzada va ser perseguida i sancionada. Però és innegable que, al llarg d'aquests quaranta anys, el Règim va canviar les seues formes de coerció i control de la societat. La divisió tradicional en dos franquismes, separats pel Plà d'Estabilització de 1959, em sembla la més operativa, bé que pel seu excesiu esquematisme permeta altres subdivisions. Es pot parlar de molts franquismes (i d'un només vertader, el del mateix dictador i la seua inqüestionable autoritat), però el que permet identificar amb claredat dos franquismes netament diferenciats, si més no en la seua relació amb les classes populars, és la forma diversa d'entendre i d'exercir la dominació.

En el primer franquisme s'imposa la dominació política i la coerció ideològica sobre les persones i les consciències, sobre els costums i relacions familiars o socials, i fins i tot sobre les lleis econòmiques més elementals a què es pretén, segons una expressió molt repetida "domar". La irracionalitat extrema del discurs contrarevolucionari, la seua voluntat anihiladora, només es poden sostenir mitjançant l'exercici d'un poder absolut dels vencedors sobre els vençuts. És el *discurs de la guerra* continuat per altres mitjans: la presó, la por, la sospita generalitzada, la delació, l'arbitrarietat.

Amb l'inici dels projectes de desenvolupament canviarà radicalment el sistema de dominació, originat per la necessitat d'adequar-se al nou model d'acumulació. La instància econòmica exercirà ara la funció primària de control social i l'adoctrinament contrarevolucionari deixarà pas a la difusió d'una ideología basada en les oportunitats i la integració. El discurs de la guerra és substituït pel dels *vint-i-cinc anys de pau*.

Sota aquests dos franquismes, clarament diferenciats, l'actitud de les classes populars va ser diferent. Durant el primer franquisme, marcat pel discurs de la guerra, en què els treblladors eren els vençuts i, per això, sospitosos (la majoria són rojos, es llegeix en una pila d'informes), i on s'afegia una situació d'extrema misèria, només era possible una *estratègia de supervivència*. El segon franquisme, construït sobre la doble cara del desenvolupament, a saber, l'explotació i les promeses de benestar, emmenava una *estratègia de millora*. En aquest treball miraré d'oferir una panoràmica del movi-

ment obrer i de les classes populars des de la perspectiva dels condicionaments, motivacions i recursos de l'acció col·lectiva.

I. *Estratègies de supervivència (1939-1959)*

Els relats dels protagonistes de la frustrada fugida pel port d'Alacant compendien la dramàtica situació dels vençuts. Centenars de persones esfereïdes, carregades amb els seus pobres béns, arraïmades als molls esperant arribar al vaixell, capturades per les tropes de la divisió Littorio i conduïdes al camp d'Albatera. Aquesta sensació de trampa que plana per damunt i de què ja no es podrá eixir es la que degueren de sentir milers de persones a mesura que el poder franquista s'implantava als pobles. Els més compromesos tractaven d'escapar i eren capturats; uns altres, pensant que no tenien cap motiu per acusar-los, tornaven al seu poble i allí eren denunciats pel simple fet d'haver pertangut a un comitè. "Desafecte", es diu en un document de la fàbrica de ciment de Bunyol, de juny de 1939, com a únic motiu per a no readmetre 50 treballadors. Sospitós pel simple fet de ser obrer (qui no havia estat ugetista o cenetista o votat pel Front Popular?), culpable per la simple formalitat de ser acusat.

L'amplitud de la repressió ha quedat constatada en investigacions minucioses. No insistiré en una qüestió que ha quedat demostrada àmpliament i que no és objecte d'aquest treball. No obstant això, cal destacar les seues conseqüències en l'actitud de les classes populars. La repressió no es va limitar al terror dels primers mesos, sinó que es va prolongar durant molt de temps, sobre tot als pobles, sota la forma d'una vigilància contínua que, en el moment més inesperat, podía convertir-se en denúncia i en detenció arbitrària. El marcat com a *roig* se sentía vigilat, i de fet ho estava. Les fitxes del cens incloïen un qüestionari on es feia constar la filiació política abans de la guerra i si era amic o enemic del règim. D'un paquet de mil fitxes que he pogut trobar a Bunyol, els enemics del règim pugen a 960. Calia, doncs, anar amb compte. Una paraula de més al bar, un gest al carrer (no saludar a la creu dels caiguts), un error al treball, la més petita desviació de la norma moral, podien costar molt cars. Com ha assenyalat F. Chueca, el franquisme no va buscar l'adhesió de les classes populars sinó la submissió. La legitimitat del seu poder provenia de la victòria i, per tant, calia exhibir-la davant els vençuts. Aquest és el tema que apareix més sovint en els relats orals, la fanfarroneria dels petits capitosts falangistes i dels rics del poble, el despotisme arbirari dels alcaldes, els continus *trágalas,* les discriminacions humiliants. El fil dels relats és sempre el mateix i l'amargor que destil·len revela la impotència en què es van viure.

Caldria recordar, de més a més, alguns elements i circumstàncies que contribuïren a fer més aclaparador el setge intimidatori. La misèria, en primer lloc. Per a menjar s'havia de recorrer a l'Auxili Social, enviar el xiquet al campament del Front de Joventuts, acceptar els favors del Règim (un racionament extraordinari per conmemorar algún fast franquista), del rector o de l'amo de l'empresa. S'havia de passar per l'adreçador, suplicar per aconseguir treball o habitatge, que la dona es deixara veure per

missa, que la filla que estava en amo ho demanara a la senyora. La fam traçava un cercle encara més angoixós, si és posible, que la repressió, i provocava que les estratègies de supervivència hagueren de recórrer al servilisme humilant. Però no sempre, ni de la mateixa manera. El coratge d'uns pocs que plantaren cara a la dictadura, arriscant la vida, la submissió de molts, oculten unes altres formes de resistència que cal tenir en compte.

La transgressió

La violència repressiva del Règim, unida a la concepcio "cuartelera" dels seus mandataris, es va plasmar en un entramat jurídic i policíac asfixiant. Amb una decisiva particularitat: els amics podien passar-ho tot per alt, els enemics tenien que aceptar-lo. Llavors, la trangressió fou, durant els primers anys, la única forma possible de protesta.

– La transgressió penal

En l'evocació dels *anys de la fam*, la imatge del gran estraperlista, amb el seu luxós Haiga, i la del petit, amagant les mercaderies en una cistella, apareixen molt sovint unides com si formaren part d'un continu que començava al capdamunt de tot i tenia ramificacions en la base. Tanmateix eren dues realitats diferents i, fins i tot, oposades: protegida la primera, perseguida la segona. El gran estaperlo formava part del funcionament del sistema, el petit constituïa un mecanisme de defensa dels condemnats a suportar-lo. El primer es basava en l'epeculació amb els béns sostrets al mercat oficial mentre que el segon consistía en la simple permuta de productes que, en altres circumstàncies, haurien anat al consum domèstic, però que es preferia canviar per uns altres de més necessaris. Les diferències no són de grau sinó de fons: materialitzen en l'àmbit econòmic la divisió entre vencedors i vençuts. El gran estraperlo, basat en la connivència entre les autoritats del Règim i els gran propietaris i especuladors, privava la població empobrida dels recursos necessaris per a subsistir i era una forma brutal d'acumulació de capital i d'explotació de les classes populars. D'avant d'això l'estraperlo a petita escala representava la forma desesperada que pren la lluita de classes com a lluita per la vida.

Aquestes afirmacions, que poden semblar doctrinàries, són avalades per dades. Els estudis realitzats sobre el tema estimen que l'ocultació de la collita, i la seua venda especulativa en el mercat negre, arribà al 50% en el blat, al 30% en l'oli, al 60% en la creïlla. La consequència, no per òbvia, deixa de ser sagnant: fam per a uns, enriquiment per a uns altres. L'escassa dieta del racionament assignava 365 grams de pa diaris per persona adulta. Doncs bé, el 1944 la ració lliurada es va reduir a 150 grams. Amb paraules textuals del mateix governador civil d'Alacant: *"Si tuviéramos que vivir con lo racionado por la Delegación de Abastos seríamos todos cadáveres"*. El més greu, però, era que un obrer ni tan sols podia viure, ni que fóra cadavèricament, amb la quantitat racionada perquè no podía comprar-la. Segons un informe del govern civil, *"el valor*

de lo racionado oscila entre 15 y 20 pesetas diarias que no se corresponde con el nivel medio del jornal de la provincia. Para obtener dicha cantidad precisarán trabajar, como mínimo, dos personas de la familia".

La fam era tanta i la impossibilitat de satisfer-la tan extrema que el Sindicat d'Elda, en una mostra de realisme, va permetre que la paga del 18 de juliol (en 1944 era equivalent a un dia i mig de jornal) fóra substituïda: *"...si algún empresario desea obsequiar a sus obreros con la comida, quedaran exentos de la gratificación en efectivo*". Un estudi del Institut Valencià d'Economia (IVE), organisme lligat a un grup financer i patronal, no podía amagar l'angoixosa situació de les famílies treballadores. L'obtenció de les 2.188 calories per persona, que s'estimaven necessàries, requeria que una familia treballadora de quatre membres ingressara 18 pessetes al dia. Si hi afegim altres despeses imprescindibles (vestit, calcer, habitatge), el pressupost diari pujava a 27 pessetes. Els ingresos mitjans, calculats amb molt d'optimisme, eren de 17 pessetes al dia. *"Es evidente* –concloïa l'informe– *que el jornal medio de un trabajador no llega a la cantidad requerida*". Cinc anys més tard, en 1950, l'estudi realitzat per l'Institut Social de l'Arquebisbat, i que va donar peu a una célebre pastoral sobre el salari minim, denunciava amb cruesa que els ingressos d'una familia obrera, arribaven només a un poc més de la meitat del que es consideraba necessari per a viure (un 56%).

L'altra cara de la moneda era tan escandalosa que es permetia a la premsa, de tant en tant, llançar alegats moralitzadors i publicar les sancions contra els especuladors, per a fer l'efecte que se'ls perseguia. La realitat era molt diferent i tothom ho sabia. En la llista, publicada pel profesor R. Moreno, de les sancions imposades durant l'any 1944, el total puja a la quantitat irrisòria de 77.000 pessetes. Si restem un parell de multes de 10.000 pessetes, la mitjana de les sancions imposades és de 30 pessetes. Això indica que les 200 persones multades eren pobres diables, petits estraperlistes, a qui es comissava la mercaderia, se'ls donava un bon ensurt a la prevenció i damunt se'ls imposava una multa que, tot i que petita, era un bon colp per a les seues minses economies.

D'avant d'aquesta situació, la població treballadora no tenia una altra alternativa que morir-se de fam o situar-se al marge de la llei i fer petits intercanvis en el mercat negre. "El meu germà estava malalt, li receptaven coses rares, molt cares, i vaig haver de fer estraperlo... D'estraperlo n'hi havia molt. Portaves alguns quilos d'arròs i havies de saber totes les passeres i agafar camins veïnals i anar per tots els llocs. Perquè no m'agarraren havia de carregar-me la bicicleta al coll i a voltes anar per dins de tolls d'aigua o de les sèquies per passar algún control", recorda un jornaler de la Ribera. Uns altres conten que aprofitaven el pas d'*el sevillà* per Carcaixent o Alzira per canviar un poc d'arròs per oli, o que baixaven a València, dissimulant en cistelles grans alguns productes del camp, amb la precaució de baixar al pas a nivell de Trànsits per a no ser descoberts.

Aquest, però, no era un món de bergants, sinó de persones normals que no es resignaven a morir de fam. En aquest sentit, l'estraperlo a petita escala no només escapava a la vigilància sinó a la ideología de la passivitat i la submissió imposada pels vencedors. En primer lloc comportava l'assumció d'un risc, cosa que en una població paralitzada per la por representava una novetat. En segon lloc exigia unes mínimes

pràctiques de cooperacio espontània (el silenci de qui ho sabia, la circulació d'informació sobre els llocs i persones adequats...), fet significatiu en una societat desconjuntada. Per últim, era una proposta elemental, primària, lligada, si se'ns permet l'expressió hegeliana, més al regne de la necessitat que de la llibertat. Ni una virtut ni un vici, ni una forma de resistència ni un indici de corrupció. En el record apareix sempre en la mateixa sequència en què es relata la fam: "menjàvem moniatos llevat de quan aconseguíem guardar-ne alguna cosa per canviar-la". Es tractava, una vegada més d'una estratègia de supervivència que obligava a situar-se en la frontera del que permetia el sistema.

– La transgressió laboral

El consentiment en la producció, com anomena Burawoy a la submissió a la disciplina de l'empressa, és prou més complex que el que es dóna en altres àmbits, ja que l'obrer, per més autoritària que siga l'empresa, sempre té un cert marge d'autonomia en la realització del seu treball. Perquè el sistema de producció funcione amb fluidesa és convenient que l'obrer puga, segons el terme acunyat per Burawoy, *apanyar-s'ho,* cosa que comporta, alhora, aportar el rendiment exigit i conservar una certa capacitat per a *ronsejar* el treball. Durant el franquisme, tot i el seu reconegut autoritarisme, no pogueren lliurar-se d'aquesta llei no escrita de les relacions laborals.

La concepció feixista de l'empresa, derivació totalitaria de l'idea premoderna i romàntica de la primacia de la comunitat sobre la societat, es basava en dues premises: l'empresa no és un societat contractual sinó la comunitat natural de treball, integrada i sotmesa als interessos de la comunitat nacional, i, per tant, la seua peça clau és l'autoritat del *cap d'empresa,* representació delegada del Cap *(Führer, Caudillo)* de la comunitat nacional. Aquesta concepció, present d'una forma retòrica en els textos fundacionals de l'Estat Nou (Fur del Treball) no es va concretar en un desenvolupament jurídic, tant per les dificultats tècniques com perquè, presa al peu de la lletra, comportava la negació total de l'autonomia empresarial, aspecte que ni els empresaris estaven disposats a consentir ni el Règim a dur a terme. No obstant això, les tendències de fons van subsistir d'una forma que satisfera totes dues parts. Els empresaris acceptaven una certa dosi d'ingerència en l'empresa, de què ben aviat aprengueren a treure'n profit, i, en canvi, veien reforçada la seua autoritat sobre els treballadors. En aquest equilibri, els grans damnificats foren els treballadors, que no només estaven privats de drets fonamentals sinó que es trobaven emparedats per un doble poder per a vigilar els seus deures. Però no hi ha que passar per alt que es tractava d'un equilibri no exempt de contradiccions d'on els treballadors podien traure algún profit per *apanyar-s'ho,* en el sentit de Burawoy, és a dir, per a cumplir i per a fer trampa. N'indicaré un parell d'aspectes.

La preocupació de l'Estat per l'atur (propagandística, d'ordre públic, retòrico-doctrinal, però preocupació al cap i a la fi) pressionava sobre les empreses perquè aquestes acceptaren unes plantilles sobrecarregades i va establir una legislació tendent a la seua fixació: això dificultava els reajustments tecnológics. En un informe de la Dele-

gació Provincial de Sindicats de València, febrer de 1945, dirigit al governador civil, on es queixa de la facilitat amb què la Delegació de Treball accepta regulacions d'ocupació, hi podem llegir: *"Gracias a la enérgica política de colocación mantenida por su autoridad, el paro obrero ha sido notablemente reducido"*. Tot seguit recrimina a *"... quienes tienden a buscar una defensa simplista a la crisis en el ahorro de mano de obra"*, i al·ludeix a *"las consignas recibidas de V.E. en el sentido de procurar la colocación de los trabajadores útiles, instando a las empresas a que hagan frente a la situación adversa sin provocar el despido de su personal dependiente"*. L'al·legat es completa retraient a algunes de les empreses que demanen la regulació d'ocupació, els grans beneficis obtinguts, amb la insinuació d'una mena de *do ut des* basat en el manteniment de l'ocupació en canvi de tancar els ulls en altres qüestions. De fet, bé que d'una forma artificial i forçada, els 674.161 aturats registrats en el conjunt de l'Estat, en 1935, i els 507.903, en 1940, quedaren reduïts a 163.522 en 1944.

Les contrapartides són conegudes: fixació de salaris baixos, protecció a la producció, llibertat absoluta per a l'acomiadament disciplinari o polític. Tot i amb això, la pressió sobre l'ocupació era innegable i es veía alimentada, a més, amb incentius positius com ara la concessió de qüotes de matèries primes segons la dimensió de l'empresa (mesurat pel nombre de treballadors) o de permisos d'importació de maquinària condicionats, no a la substitució de mà d'obra sinó al seu increment. Els casos de les anomenades *empreses exemplars* com Segarra, Payà, Gregorio Molina, amb plantilles desmesurades, il·lustren aquest funcionamment que podía esdevenir un bon negoci. Segarra rebia tres vegades més de la quota teòrica de primera matèria per a mantenir una plantilla de 1.670 treballadors i convertir-se en l'aparador de la política gironista d'ocupació, mentre que les petites empreses no rebien ni la tercera part del que se'ls havia assignat.

Sota aquestes circumstàncies, que obligaven i afavorien el manteniment d'efectius numèrics excessius, la productivitat era molt baixa, tenint en compte el caràcter obsolet de la maquinària utilitzada. Una sèrie de factors, a banda de la pressió política, afavoria aquesta situació. El subministrament irregular de primeres matèries o els talls en el fluid elèctric feia rendible mantenir hivernats els treballadors (atés el seu baix cost salarial) per utilizar-los fins al límit en els moments requerits. L'atonia del mercat i la intermitència de les comandes, que moltes vegades depenien de tràmits i favors, feia que les empreses no forçaren la producció, en l'espera d'alguna oportunitat. Segons un informe del president del sindicat de la pell de la provincia d'Alacant, amb la primera matèria que rebien només haurien pogut treballar, a un ritme normal, durant 11 minuts diaris. El cas de l'empresa P. Bellod, a Elda, pot servir d'exemple. Abans de la guerra fabricaven 500 parells de sabates diaris (a vegades arribava a fer-ne 750) amb una plantilla de 250 treballadors, és a dir, 2,5 parells per persona empleada. En els anys quaranta, amb una plantilla de 323 treballadors, fabricava 250 parells diaris, menys d'un parell per persona. Òbviament se les enginyaven per trobar material al mercat negre o el substituïen per un altre de menys qualitat, com en el cas de les fàbriques tèxtils d'Alcoi que utilitzaven borra i draps per als subministraments de mantes a

l'exèrcit. "No hi havia cuir ni per a talls ni per a soles. Nosaltres hem fet sabates de cavaller amb soles de roda d'auto i entresoles de tablex de fusta", confesava un fabricant d'Elda. És evident, que totes aquestes complicacions repercutien sobre la normalitat del treball.

Tot i això no significa que els treballadors no foren explotats, en el salari o en les condicions de treball. Però és indubtable que un marc tan irregular afavoria un joc subtil de *ronseria.* En les grans empreses (Unió Naval, Elcano), segons confessió dels protagonistes, els caps de secció feien els ulls grossos davant de treball lent perquè sabien que en acabar allò no n'hi havia més i els havien de fer agranar. No tinc informació de casos en què els treballadors, pel seu coneiximent de l'ofici, que els permetia dissimular la complexitat de la tasca, feren un boicot intencionat contra l'empresa, com sembla que passava a les mines asturianes. La meua impressió és que, en general, es tractava d'un mecanisme de defensa més que d'atac. Atès que se'ls pagava poc, hi havia que *apanyar-s'ho* per a treballar poc. Atès que en sobraven la meitat, hi havia que enginyar-se-les perquè no es notara.

Un altre fet igualment paradoxal, que amb el temps invertirà el seu sentit, procedia de la frondositat de la legislació laboral franquista. La minuciosa normativa protectora era una cortina de fum per a dissimular la realitat i es passava per alt amb una impunitat absoluta. El fet pintoresc, relatat per uns obrers de Bunyol, que quan s'assabentaven de la visita de la Inspecció de Treball es feia eixir els menors que treballaven il·legalment, revela com funcionnaven les coses. D'avant d'aquesta situació era inútil exigir el compliment de les lleis, i era millor apanyar-s'ho inventant una mena de subcodi de treball. En una realitat on les normes eren lletra morta, els obrers es procuraven unes mínimes regles en la realització del seu treball que els encarregats havien d'acceptar perquè el taller funcionara normalment: descansar tot fent un cigarret o anant al lavabo (*perdre's,* com es diu en l'argot de fàbrica), acceptar o no una determinada tasca amb risc, sostraure una part del rebuig amb la tolerància del capatàs (per exemple, serradures per alimentar el braser familiar). Quan les empreses comencen a implantar mètodes de control de treball ensopegaran amb aquests codis informals sòlidament arrelats. Un tema inevitable de discussió en la negociació dels convenis, en la década dels seixanta, serà la inclussió o no en el còmput de la jornada laboral del temps de l'entrepà, considerat pels treballadors com un dret adquirit.

La protesta

En la historiografia antifranquista se sol insistir, amb arguments sòlids, en el caràcter antiobrer de les institucions encarregades del món del treball. Sota el pressupòsit, repetit insistentment pels jerarques i ideòlegs del Règim, que la lluita de classes havia desaparegut, la seua funció consistía en abortar qualsevol temptativa de protesta i, en el cas del sindicat vertical, enquadrar i controlar el moviment obrer. En els últims anys, l'accés a la documentació d'aquests organismes ha fet veure que la seua actuació

no era sempre tan monolítica com aquests pressupòsits feien entendre. La qüestió és saber si aquestes institucions serviren per elles mateixes per a canalitzar els interessos obrers, durant els anys quaranta i cinquanta, al marge de les seues contradiccions internes i de la intel·ligent utilització que en féu l'oposició a partir dels anys seixanta.

– La protesta inútil

En primer lloc cal dir que, per molta condescendència que les institucions tingueren amb els empresaris, alguna vegada havien de donar la raó al treballador. El sindicat podía sentir-se picat en el seu amor propi (per exemple, amb alguna festa patriótica impagada) i necessitava legitimar-se davant els empresaris no només servint-los sinó inspirant-los un mínim de temor. En l'escrit, abans esmentat, de la Delegació Provincial de Sindicats dirigit al Governador civil es manifesta un malestar profund per *"la forma en que la Delegación de Trabajo desatiende de manera reiterada los informes emitidos por esta Delegación, entendiendo que el prestigio de la Organización Sindical no debe quedar sujeto a estas ofensas manifiestas"*.

Però no ens enganyem. En el camp laboral estava clar des del començament que el Sindicat no tenia una funció reivinicativa sinó d'enquadrament dels treballadors en l'anomenada *comunitat nacional de productors.* Això era especialmente evident per als sectors jonsistes, suposats revolucionaris però de la revolució *nacional,* que tractaren de fer-se els amos del poder sindical. El problema plantejat per Salvador Merino i els seus seguidors no era el de convertir el Sindicat en un sindicat de classe que defensara els interessos dels treballadors enfront dels empresaris, sinó el de l'enquadrament dels uns i dels altres, també dels empresaris, i el del control de la producció. En una economia concebuda, durant tot el període autàrquic, com un sistema controlat i dirigit per l'Estat, els jonsistes postulaven que havia de ser el Sindicat, com aparell fonamental del mateix Estat, qui havia d'exercir aquesta tasca directora. Aquestes pretensions topaven amb les funcions del govern, amb sectors poderosos de l'Administració que buscaven el mateix i, és clar, amb els empresaris, no perquè afavorira els obrers, sinó perquè els privava de llibertat d'acció. Merino i els seus escasos seguidors van ser derrotats en allò que no era cap altra cosa que una batalla pírrica pel poder, i els empresaris més destacats ocuparen els llocs econòmics clau del sindicat, des d'on assignaven, i s'autoassignaven generosament, les quotes de producció, mentre va durar el període autàrquic. El Sindicat es va quedar en allò que n'havien pensat des del començament, un òrgan burocràtico-adminisistratiu per al control, no de l'economia, sinó dels treballadors.

Aquest control s'exercia mitjançant l'obligació preceptiva que totes les queixes i demandes dels treballadors foren sotmeses a la seua jurisdicció. La seua missió consistía a *conciliar* aquestes demandes amb els interessos dels empresaris. Unes breus observacions sobre aquests *actes de conciliació,* com s'anomenàven tècnicament, ens ajudaran a entendre el paper representat pel verticalisme: 1) Només s'admetien demandes individuals. Si diversos obrers tenien el mateix problema havien de formular la queixa per separat. Aquesta condició va estar vigent fins la Llei de conflictes col·lectius de

1962. No és necessàri aclarir que amb això es bloquejava frontalment qualsevol possibilitat d'acció col·lectiva, ni que fóra legal. 2) Les demandes havien de referir-se a incompliments de la llei, no a millores sobre les condicions salarials o de treball. Dit d'una altra manera, el Sindicat no era un instrument de pressió sobre els empresaris o una via per a les reivindicacions dels treballadors, sinó un simple àrbitre d'unes lleis o disposicions que se suposaven perfectes. 3) Per acabar-ho d'adobar, el Sindicat era, alhora, jutge i part: defensava el treballador i l'empresari i, de més a més, jutjava sobre el cas ja que, segons la seua peculiar teoría, no hi havia interessos oposats de classe, sinó l'interès nacional de la producció de què n'era garant.

Aquestes carácterístiques donaven com a resultat que els actes de conciliació fóren simples acords sobre injustícies perpretrades als treballadors. Aquests, quan no tenien altre remei, acudien al sindicat com a una instància judicial, completament indefensos, i s'hi trobaven que, en general, se'ls proposava una avinença. A la provincia d'Alacant, de 1940 a 1950, es van celebrar 49.359 acte de conciliació. Doncs bé, el 80% es van resoldre en el sindicat, sense necessitat de passar a Magistratura. No es tracta que el Sindicat decidira sempre a favor de l'empresari, ja que això seria absurd. En vista d'una demanda de salaris impagats no podía dir que s'havien pagat. El pitjor del sistema era que el Sindicat interceptava l'accés a una instància de judici neutral (amb el supòsit que Magistratura ho fóra) i obligava el treballador a conciliar-se amb la cessió de part dels seus drets davant l'empresari, fins i tot en els casos en què la raó era per complet de part seua. No cal dir-ho en els dubtosos.

Tot i la coerció exercida pel sindicat, en l'exemple adduït de la província d'Alacant trobem un 20% de demandes que van passar a Magistratura, la majoria per no acceptar el treballador l'acord proposat pel sindicat. És un nombre apreciable, ateses les circumstàncies adverses en què es produïen. *Anar a jui* representava un acte de coratge quasi desesperat ja que, segons l'opinió regnant entre els empresaris, era *posar-se a males,* enfrontar-se públicament amb la seua autoritat, amb els riscos que això comportava per al lloc de treball tot i guanyar. Encara en els anys seixanta, quan era menys extrany el recurs a judici, es podía escoltar els empresaris exclamar indignats: "això no m'ho havien fet mai". El més normal era que no es presentaren a la sala per considerar-ho una ofensa. Aquest 0,5 per cent de treballadors que van recorrer a judici representa, en els anys quaranta, un percentage elevat de gestos de desesperada rebel·lia.

– La protesta puntual

Davant la inutilitat de la via sindical era més pràctic protestar directament que passar pels tràmits d'una denúncia, encara que comportara un risc més gran, ja que podía caure sota l'acusació de rebel·lia política. En una data ben primerenca, novembre de 1939, any de la Victòria, com s'encarrega de recordar-nos l'escrit, la direcció de la Valenciana de Ciments, de Bunyol, comunica al sindicat el que segueix: *"En las fiestas recuperables hay algún sector de la fábrica, que desgraciadamente es siempre el mismo, que está haciendo campaña de oposición a la recuperación de las jornadas festivas que con ese carácter ordena la Delegación de Trabajo. Desearíamos saber si esa recupe-*

ración es obligatoria o potestativa tanto por parte del obrero como de la empresa y la forma legal en que esa recuperación se debe hacer". S'apunta ací un tipus de conflicte molt allunyat de la vaga, més pròxim a la *insubordinació,* i que podriem definir com *demostració d'hostilitat.* En un racó de la fàbrica tres o quatre parlen amb un cert aire conspiratori, es retarden en el començament del treball, agafen les eines amb una parsimònia estudiada, esperen que s'acoste l'encarregat, mesuren les forces en silenci, es produeix un concís i tens diàleg, alguna velada amenaça per les dues parts.

En la vida qüotidiana d'un taller no és extrany que es produeixquen situacions d'aquest tipus perquè la relació de forces no és tan lineal com sembla, ni tan sols amb un règim polític que els dóna suport. L'encarregat es troba diàriament afrontat, *face à face,* amb persones que poden posar en un compromís la seua autoritat. Aqueix *sempre són els mateixos,* de l'escrit esmentat més amunt, defineix no un grup organitzat, ni encara menys un grup politizat, sinó algunes persones potencialment hostils per la seua personalitat, pel tipus de treball que realitzen o, per què no, per la seua falta d'esperit de treball. Aquestes persones constitueixen núclis latents i informals d'un tipus de conflicte que consisteix simplement a mesurar les forces, amb la desestabilització, ni que siga momentàniament, del sistema de poder ("si és tan fácil, fes-ho tu, que per això et paguen més").

La dificultat per a l'estudi d'aquest tipus de conflictes puntuals és que es pot convertir en un enfilall d'anècdotes de valoració dubtosa, amb el perill de magnificar fets irrellevants. Vegem dos casos que pel context mereixerien una valoració diferent. El primer és el relat d'una treballadora de Payà, la fàbrica de joguets d'Ibi: "Quan acabà la guerra llevaren el preu-fet, anàvem només a vuit hores. Però hi hagué algunes, que durant la guerra eren revolucionàries, que volgueren fer l'escarada i hi hagué algunes coses. Després reclamaren les estrenes, almenys una setmana, alguna cosa. Ens vam anar animant, jo de les primeres ¿per què no dir-ho?, i quan passava l'amo li deiem: 'agarrat, volem estrenes'. No podìen passar per allí, estaven sufocats. I ens van donar estrenes. Payà i Rico pagaren, però Rico pagava més. Hi hagué molt d'escàndol i els encarregats van veure de qui es tractava i les van tirar al carrer. A mi, l'lencarregat no em va dir res".

Aquest atrevit i simpàtic motí, ocorregut després de la guerra i que va acabar en tragèdia per a les caps, mereix ser consignat, però potser ens equivocaríem exagerant-ne la importància. La història de Payà és la d'una empresa exemplarment paternalista on convivien importants concessions (economat eficient, escola professional, atenció mèdica i fons per a malats...) amb notables abusos (fred polar en algunes seccions, absència de vacances...) i amb un jurat d'empresa a remolc de la direcció. Caldria preguntar-se si, després de l'expulsió de les caps per aquell gest, la plantilla es va integrar mansament en la política paternalista de l'empresa o si tornaren a repetir-se accions com l'esmentada.

En canvi, s'ha de sospitar el contrari en el segon cas. En l'empresa de paper Bambú d'Alcoi, als pocs mesos d'acabar la guerra s'hi produía un fet insòlit, del qual es va fer ressò amb gran escàndol el comandant militar de la plaça: un petit grup es posà a

cantar la Internacional, durant el treball, sense que ningú s'atrevira a fer-los callar. Doncs bé, en aquesta empresa es produïa abans de 1950 (no hem pogut precisar la data exacta) una seriosa tempativa de vaga, probablement la primera ocorreguda al País Valencià. Unint els dos fets podem pensar amb un cert fonament que a l'empresa hi havia uns quants treballadors, atrevits i respectats, que amb cançons o burles, amb qüestions sobre el treball o amb qualsevol altre motiu, havien anat minant l'autoritat de l'empresa, traient la por als companys i preparant el terreny per a una acció col·lectiva. El que vull subratllar amb aquests dos exemples és la dificultat, però també l'interès, a investigar un tipus de conflicte puntual on simplement *es planta cara*, ja que, al meu parer, és aquesta conflictivitat i no la vaga la que caracteritza els anys quaranta i una part dels cinquanta.

La resistència organitzada

L'estratègia de supervivència la van haver d'adoptar també els quadres dirigents de les organitzacions obreres que havien lluitat en defensa de la República. En primer lloc es tractava de sobreviure en el més estricte sentit de la paraula, de posar-se fora de perill i assegurar la continuïtat de les organitzacions a l'exterior. En segon lloc, passats els primers moments de desconcert, l'objectiu era iniciar uns mínims nuclis organitzats a l'interior que reprengueren els contactes, transmeteren informació i, amb la seua arriscada presència, donaren un testimoniatge que la lluita continuava.

En aquest heroic intent cal situar en primer lloc la guerrilla, que en algunes zones del País Valencià tingué una presència remarcable. Sobre l'Agrupació Guerrillera de Llevant hi ha un magnífic llibre de F. Romeu i no m'hi estendré. Pel que fa als altres grups cal dir que eren detectats primer per la policía que pels seus potencials contactes, de manera que de 1940 a 1947 la historia es redueix a una succesiva constitució de comitès clandestins (socialistes, anarquistes o comunistes) i a la seua ràpida detenció. La dificultat de mantenir contacte amb l'exterior impossibilitava el més elemental suport logístic, de manera que aquests petits grups s'autoconstituïen pel convenciment voluntarista i militant d'antics lluitadors, sense cap capacitat de renovació. Després de successius i vans intents s'extingeixen els vestigis d'una presència clandestina d'anarquistes i socialistes que coincideix, al voltant de 1947, amb la superació de la crisi política patida pel Règim en acabar la guerra mundial. El referèndum d'aqueix any, tot i el seu caràcter grotesc (Franco sí, comunisme no, era el lema), demostrava que Franco estava disposat a continuar de totes passades, que els governs democràtics no el constrenyerien més i que la població contemplava els fets sumida en la passivitat.

Només el Partit Comunista, que havia consolidat la seua direcció a París, va insistir a continuar i va saber adaptar-se a una situació que anava per llarg. Va ordenar la retirada de la gerrilla, va concentrar els seus esforços a afermar nuclis d'enllaç a les grans ciutats, i enviava, si era posible, gent nova menys fácil de detectar per la policia. Gradualment, la implantació d'aquests militants es consolidarà i s'ampliarà però, no ens

enganyem, fins que passen els seixanta la seua presència a les empreses és exigua, un o dos en deu o dotze empreses, no més.

Al País Valencià no hi hagué esclats d'una protesta general com els que es van produir a altres llocs el 1951 i 1957. D'altra banda, atès que la presència de militants ben implantats era molt reduïda, la possibilitat que sorgira alguna protesta organitzada se circumscrivia a uns pocs centres de treball. Al voltant de 1958 es produeixen vagues (aturades col·lectives d'una duració mensurable, alguna cosa més que demostracions d'hostilitat) en la Paperera de la Malva-rosa, Alts forns de Sagunt i alguna empresa del tèxtil alcoià. Es tracta de casos aïllats. Al meu parer, cal reinterpretar les informacions, recollides en algunes de les històries del moviment obrer, sobre vagues en el metall, la construcció i el tèxtil, que coincideixen amb la crida del Partit Comunista a unes jornades per la reconcialiació nacional. Abans de tot despullant-les de contingut polític, ja que sembla poc versemblant que els treballadors es mobilitzaren per una consigna que a penes era coneguda pels escasos militants clandestins. En segon lloc, cal veure-hi no vagues en el sentit estricte del terme (i encara menys vagues generals, com s'ha escrit a propòsit del tèxtil alcoià, ni més ni menys que en dos anys succesius, 1958 i 1959), sinó manifestacions d'una identitat col·lectiva mitjantçant la utilització d'un repertori d'accions fins aleshores inèdit: suport als líders, eixida massiva de la fàbrica en el temps d'hores extra, ritmes intencionadament lents. El nou context sòcio-econòmic dels seixanta afavorirà que aquest potencial emergent del conflicte laboral es vaja desenvolupant i perfilant.

2. Estratègies de millora (1960-1975)

Superat amb èxit el pla d'estabilització de 1959, l'economia espanyola, i la valenciana en particular, entra en un cicle expansiu amb taxes de creiximent excepcionals i, probablement, irrepetibles. Al País Valencià (anys 1960-1975), la taxa mitjana de creiximent industrial va ser d'un 10% i la renda per càpita es va multiplicar per 12. No em detindré en una anàlisi de les causes d'aquest fenomen, semblant al que s'esdevingué a les eonomies europees amb anterioritat, ja que compta amb estudis brillants. Però és convenient recordar alguna de les seues conseqüències, ja que van canviar per complet els paràmetres de l'acció col·lectiva.

El primer element a consdierar és l'*augment de la força de treball.* Al llarg de la dècada la població ocupada en l'agricultura, al País Valencià, va passar del 38% al 16, la indústria va pujar del 31,7 al 44,8, i els serveis del 29,7 al 38,4. La població assalariada va créixer de 689.000 persones a 990.000. El contingent net d'immigració va ser de 200.000 persones. Les xifres són prou eloqüents. Les empreses es llancen a una carrera desenfrenada per augmentar la producció, amplíen la seua capacitat física, renoven la seua antiquada maquinària, incrementen les plantilles. Una mostra entre moltes: en el reglament de règim interior de l'empresa Payà (Ibi) es va introduir en 1961, aquest article sorprenent: *"todo productor que traiga a un hijo suyo, y mientras este sea menor*

de 18 años, percibirá una gratificación anual de colaboración con la empresa de 500 pesetas". Trobar treball no era problema. Ja no se necessitava la recomanació del capellà o el favor del senyoret, n'hi havia prou de recórrer un polígon industrial i a la tercera o quarta porta s'havia trobat feina. *Enganxar-se en l'obra* als pocs dies d'haver arribat a la ciutat era el més normal, segons tots els testimoniatges orals recollits. Aquesta facilitat per a trobar treball va contribuir en gran manera a llevar la por. Unes paraules amb l'encarregat, una protesta pel preu de l'escarada, no representaven jugar-s'ho tot a una carta. Si no hi havia altre remei sempre es podia trobar feina en una altra banda. No és estrany, bé que tampoc freqüent, el cas de persones que, després d'algun enfrontament personal, demanaven el compte per simple amor propi, per demostrar que no necessitaven l'empresa.

L'increment de la producció emmenava la introducció d'una *nova disciplina del treball.* J Babiano, en un excel·lent estudi, insisteix sobre la importància de l'organització científica del treball (OCT) adoptada per moltes empreses. És cert per a les grans empreses, però crec que no es pot generalitzar per al cas del País Valencià, on les petites i mitjanes empreses van utilitzar els mètodes primitius del preu-fet, del treball a tant la peça o de les primes per treball, calculats a ull. De tota manera, és evident que es va produir un canvi radical en el sistema de producció: el treball *indefinit,* en l'argot obrer *a la marxa*, caracteritzat per baixos salaris, baix rendiment i llargues jornades, va deixar pas a un treball *definit,* a control, on els salaris continuaren sent baixos, les jornades igualment llargues, ja que les hores extraordinàries eren quasi obligatòries, però on el major rendiment permetia millorar de manera substancial els ingressos. Aquestes novetats no requerien que l'empresari fóra un Taylor, però sí que actuara de manera diferent. L'autoritarisme despòtic, emparat per les excepcionals circumstàncies polítiques i econòmiques dels anys anteriors, i mitigat de vegades per un paternalisme arcaïc i arbitrari, ja no servia.

Si tenim en compte les observacions dels economistes de l'anomenada *escola de la regulació,* el nou model d'acumulació, basat en la intensificació de la producció, no es podía dur a terme sense determinats *canvis institucionals*. Com tothom sap, el principal obstacle, la uniformitat imposada a les condicions de treball, va ser modificat per la Llei de convenis col·lectius (1958), d'origen gironista però que va ser assumida pels desenvolupistes com l'instrument bàsic de regulació dels nous sistemes de treball. El conveni permetia un marge d'autonomia als sectors i empreses, sense el qual era impossible que es produïren les adaptacions necessàries per intensificar la producció. Per definició, un conveni és un acord entre les parts, cosa que comportava, enfront del model anterior basat en la pura i simple submissió, el reconeiximent de la part obrera i una certa modernització de les relacions industrials.

Del que hem dit no s'ha de deduir que l'acceptació de l'autonomia negociadora representara un reconeiximent de l'autonomia dels treballadors. Ben al contrari. Els *desenvolupistes* pensaven que la negociació seria canalitzada i controlada per la burocràcia verticalista, que seria fàcilment acceptada pels treballadors en veure que milloraven els seu ingressos i que, si no hi havia altre remei, es podria tallar dràsticament qualse-

vol focus de dissidència ja que, no cal dir-ho, la vaga encara estava prohibida. És més, estaven convençuts que la nova política de pactes salarials actuaria com un poderós instrument d'integració dels treballadors, i així va ser en part.

Per aconseguir-ho era necessàri canviar el discurs polític, vigent en les dècades anteriors, per l'econòmic, el discurs de la guerra pel de la pau (els "25 anys de pau" inventats per Fraga, que esborraven tot el que s'havia dit abans). Calia substituir el discurs dels vencedors i vençuts pel de la integració, deixar de parlar de sacrificis patriòtics, per a dissimular la misèria, i promoure la prosperitat; canviar la por generalitzada per l'amenaça d'una repressió selectiva; insistir contínuament en l'equívoc entre poder comprar-se un cotxe i ser lliure.

Aquest discurs desenvolupista va fer un impacte profund en la gent, i va despolititzar per complet la seua perspectiva vital. El mut rancor, l'oblit obligat, de la generació de la guerra, es va transformar en mancança de passat i en indiferència total cap al Règim en les noves generacions. "Què m'importa Franco o no Franco? A mi Franco no em dona de menjar". Aquesta frase enclou l'abast i les limitacions del discurs desenvolupista. D'una banda, els efectes de la seua devastadora despolititització van interceptar per complet els reflexos de les classes populars enfront de tot el que fera olor a política, cosa que va dificultar la lluita de l'oposició i va deixar una seqüela inesborrable. En canvi, la legitimació economicista, a la qual els desenvolupistes havien confiat la consolidació del sistema, no tingué els efectes que ells desitjaven. En el pla de la consciència col·lectiva els béns del desenvolupisme no van ser percebuts com un do del franquisme. L'esforç demanat per accedir-hi va generar un sentiment d'autovaloració, inèdit fins aleshores en els treballadors, expressat en la repetida frase: "el que tinc m'ho he guanyat". Així, doncs, trobant-se amb la consciència política barrada, quasi diríem blindada, però amb una sensibilitat a flor de pell davant dels incentius econòmics, l'estratègia de lluita no podía incidir en la gent d'una altra manera que com a estratègia de millores.

Les expectatives materials

Els beneficis del desenvolupament no es van deixar sentir immediatament. Dels primers anys cal retenir la imatge neorrealista reflectida en la pel·lícula *El techo*: una afluència de gent que arribava a la gran ciutat sense ni tan sols tenir on instal·lar-se i que es construïa amb les seues pròpies mans una petita casa entre els enderrocs de la perifèria. València no va patir un impacte tan fort com Barcelona i Madrid, però els barris del Crist o de Sant Francesc són dos bons exemples per a recordar-nos com eren els primers passos de la via espanyola al desenvolupament. Avançar per aquest camí exigia un esforç ardu: treballar al límit (preu-fet, feines), jornades interminables, no poques vegades fins a dotze hores. Però, a diferència de l'època anterior, amb aquest treball es podía tirar endavant. Per baixos que foren els salaris, l'esforç addicional conseguia de mitjana un 50% suplementari. Al començament dels seixanta, el mínim vi-

tal, per a una família obrera amb dos fills, es calculava al voltant de les 100 pesetes. El salari mitjà del peó especialista, en els princpals convenis de branca, estava en unes 75 pessetes, però els famosos *serrels salarials* l'incrementaven per damunt del mínim. Algúns béns bàsics, fins aleshores impensables en unes vides centrades en la pura subsistència, començaren a estar a dos dits. Primer, aconseguir un pis en propietat, després omplir-lo (el frigorífic, la rentadora), arranjar-lo (aplacar la cuina, reformar la cambra de bany...). Més endavant, el televisor, el *sis-cents*. Al començament dels anys setanta ja se'n veien pocs, i la gent anava al treball en un flamant 127. Les enquestes de l'INE testifiquen aquesta marxa ascendent: un 50% de llars obreres disposaven dels anomenats béns de consum durador en 1968, per un 97% en 1975.

Aquest afany possesiu va ser molt criticat pels *progres* de l'època que predicaven el menyspreu a la societat de consum i llançaven llargs discursos marcussians sobre l'alienació. En abstracte, qui ho dubta, tenien tota la raó amb la seua teoria de la *desublimació repressiva.* En la realitat concreta, l'accés de les classes populars a determinades comoditats tenia més de fet civilitzador que d'alienació. Viure millor, adquirir un cert nivell de benestar, és dignificar l'existència. No cal emfasitzar-la, per òbvia, la importància de la rentadora i d'altres estris domèstics per a l'alliberament de la dona, o el paper del cotxe en l'autonomia personal. Bona prova d'això és què els hàbits de conducta i les formes de relació i d'expressió de les classes populars van canviar radicalment durant la dècada. Més que d'alienació caldria parlar d'explotació, amb tota la càrrega potencialment explosiva del concepte. L'obrer es veía obligat a un esforç sobrehumà i, certament, interioritzava les hores extres i l'escarada com una cosa positiva que li permetia viure millor. Però, alhora, era molt conscient que ningú li feia un favor ni li regalava res.

"*Time is money*"

Els treballadors tingueren la primera i més immediata percepció de les seues forces a través del control del temps. L'empresari era qui mesurava i posava i imposava un preu a la relació temps-treball, però, per molt indiscutible que fóra la seua autoritat, necessitava un cert acord del treballador perquè el sistema funcionara. Uns temps massa curts i inassolibles o unes primes massa baixes i poc incentivadores tindrien l'efecte contrari al desitjat. El treballador podía no acceptar entrar en el joc o, si s'hi veía forçat, tenia un marge per a *apanyar-s'ho* i demostrar que estava mal plantejat. D'una manera amigable o forçada, implícita o explícita, el sistema obligava a un diàleg, fins aleshores inexistent, entre empresari i treballador, i amagava un germen de conflicte.

D'altra banda, encara que l'oferta de primes i escarades es feia, en les petites empreses, de manera individual (i no hi havia secret millor guardat que la nòmina de cadascú), inevitablement implicava un joc cooperatiu. El que es veía privat d'avantatges, per exemple els peons, podía alentir la preparació i lliurament del material que els altres necessitaven. Encara més a les grans empreses on el càlcul es feia per equips i on la dependència

d'uns amb els altres és més manifesta. Certament, el que es pretenia era fomentar l'afany individualista de guanyar més diners treballant amb major intensitat o rapidesa i, en part, s'aconseguia. Però també passava que els companys assenyalaven amb el dit i procuraven boicotejar al *pilota, mamó* o *venut* que, amb l'acceptació de tot tipus de tasques, forçava als altres a anar a ritmes superiors. Les tensions internes entre persones o seccions aconsellaven l'empresari a negociar els incentius de manera conjunta.

D'acord amb el que ha estat exposat, el tipus de conflicte característic dels primers anys seixanta va ser el derivat de les tensions provocades per les primes i el treball a preu-fet, i la seua expressió més freqüent era el boicot a les hores extra. Tenim informació que això va passar diverses vegades en empreses grans (Macosa, Drassanes, Alts Forns...), peró cal presumir, per notícies fugaces i disperses d'empreses menys notòries, que aquestes accions no eren rares. En un moment de pujada de tensió, els treballadors d'una petita empresa podien posar-se d'acord, capitanejats per dos o tres més decidits, a deixar de fer hores. El més difícil era conduir el conflicte, que en un principi era només un gest, una *homenada,* i portar-ho a bon terme. A l'empresari li resultava molt fácil, en empreses petites i amb marcades relacions personals, convèncer uns quants amb una puja de la prima, per sota mà, i desfer la precària unitat. Només era possible tenir èxit on la presència d'algùn avesat militant de l'oposició sabia maniobrar amb habilitat i era capaç d'unir els interessos, fixar els termes de la negociació i sostenir el conflcite. En aquests casos el resultat era la formació d'un nucli dur al seu voltant, capaç de respondre i arrossegar la resta la següent vegada.

Podrién dir que l'etapa de 1960 a 1965 es caracteritza fonamentalment per la consolidació de nuclis conflictius sòlids i estables, més que per l'eclosió de grans conflictes, que no la hi ha. Al voltant de 1966 es podría traçar un mapa del País Valencià amb la presència d'uns vint-i-cinc o trenta punts rojos, quasi tots en l'àrea de València-l'Horta, on la presència d'un nucli actiu, reunit per un o dos militants d'oposició, en general càrrecs sindicals, garantia una reposta als problemes plantejats a la seua empresa. El pas següent era coordinar aquests nuclis i estendre'ls per a dur a terme accions de conjunt. Aquest pas es donarà amb la creació de Comissions Obreres a la fi de 1966. Però abans de donar aquest pas qualitatiu és necessàri que coneguem les xarxes de suport que ho van possibilitar.

– La xarxa comunista

En primer lloc cal esmentar el canvis operats en la xarxa clandestina del Partit Comunista, principal força de l'oposició. L'orientació marcada per la política de *reconciliació nacional* apuntava cap un canvi democràtic que havia de fer-se mitjançant la creixent participació de les masses. Això implicava que els militants estigueren en contacte amb l'organització clandestina però, alhora, que actuaren públicament com a líders naturals en els seus respectius llocs de treball i que establiren un contacte obert amb tots aquells que mostraren descontent, discrepància i esperit de lluita.

S'ha discutit si aquesta forma d'actuar els feia més vulnerables, ja que es donaven a connèixer tan fàcilment, o si per contra els protegia, atès que eren coneguts i apreciats

pels seus companys. Caigudes de l'organització del PC n'hi hagué abans i n'hi haurien després, amb la diferència que el Règim ja no podía acusar els detinguts de delictes misteriosos, sinó d'allò que era a la vista de tots els companys, és a dir, d'haver participat activament en la lluita en la defensa dels seus interessos. El mateix Règim es va veure obligat a canviar la tipificació dels delictes (la vaga va passar de *delicte de sedició* a *delicte d'ordre públic*) i a reduir-ne les penes. Això no vol dir que s'acabara la repressió, sinó que el Règim no podía segrestar una realitat que apareixia amb força a la llum del dia i tornar a omplir les presons, com en els anys quaranta. En 1962 van ser detingudes unes 80 persones acusades de pertànyer al PC. Entre ells hi havia un ex-aprenent d'Elcano, dos membres de la JOC, alguns joves universitàris (actualment professors) i un bon nombre d'obrers sense tradició comunista, simplement incorporats a la lluita sindical per mitjà del partit. La composició d'aquest respecte a la dels anys quaranta i cinquanta, formada per uns pocs talps supervivents de la guerra, havia canviat per complet. Això li permetria recompondre les seues forces, no sense dificultat, però sí amb extrema vitalitat en la mesura que el contacte amb la societat li proporcionava una renovació dels seus efectius. Les caigudes de 1966, 1968 i 1970 representaren colps durs, però en cap cas la desaparició de l'escena social, ja que el partit, amb una gran agilitat, era capaç de reorganitzar les seues forces.

Cal insistir en que la xarxa comunista, no molt àmplia (fins als anys setanta, els militants van oscilar entre els 100 i els 200 a tot el País Valencià), però extemadament flexible i resistent, va ser el principal suport de l'oposició. Però tot seguit cal afegir que no hauria pogut ser-ho si no haguera entrellaçat amb altres xarxes: la cristiano-eclesial, la sindical i la que podriem anomenar natural.

– La xarxa cristiano-eclesial

L'Església va experimentar durant la dècada dels seixanta un canvi radical, al compàs dels esdeveniments del Concili que el bon Papa Joan havia impulsat. Quan a la matèria que ara ens interessa, direm que la jeraquia es va distanciar d'una manera lenta, cautelosa i minoritària de la seua identificació amb el Règim, tot i que en això no es van destacar els bisbes que governaren les diòcesis valencianes. Més important va ser que una part del clericat, reduïda però molt activa i influent en el seu medi, va optar per la línia desclericalitzadora marcada en el document conciliar sobre *L'Església en el món d'avui,* tot entenent que la seua missió era "compartir els patiments i esperances del poble". Els *rectors progres* aspiraven a viure amb la gent i com la gent, parlar el seu mateix llenguatge i no la *langue de bois* del clericat, participar en els seus esforços i lluites. Alguns es feren capellans-obrers, uns altres convertiren les seues parròquies en enclavaments oberts a tot el que es feia al barri, uns altres concentraren els seus esforços en la dinamització de grups (HOAC, JOC, VOJ, JARC). Ara bé, el que caracteritza aquests rectors i els grups cristians d'aquesta època, el que els distingueix amb claredat del anys quaranta i cinquanta i els fa particularment interessants, és el seu convenciment de l'autonomia d'allò temporal i la seua inserció en la ciutat secular en un pla d'igualtat. La companyonia substitueix el pa-

ternalisme, les aspiracions obreres i populars a l'abstracta doctrina social de l'Església, la denúncia a la predicació.

La xarxa cristiano-eclesial va ser important en la provisió de recursos oragnitzatius per al nou moviment obrer per la seua riquesa logística (disponibilitat de locals i ciclostils)[1] i perquè en les seues organitzacions es produïa el despertar militant d'un limitat nombre de joves, que després es canalitzava cap a les organitzacions obreres. Però, sobre tot, perquè va contribuir a legitimar a aquestes organitzacions o, potser és més convenient de dir, a deslegitimar l'acció repressiva del Règim contra elles. El paper de cobertura o de paraigua protector que van exercir, i que va ser bàsic en l'organització de CCOO, crec que s'interpreta massa instrumentalment i que va ser prou més que una defensa contra la policia. El joc d'ocultament practicat per algunes parròquies era, alhora, un joc de revelació, ja que se sabia el que passava i no es desmentia de quina part s'estava. En aquest sentit, la xarxa cristiano-eclesial reforçà l'esforç de l'oposició per aparèixer a la superficie i convertir-se en una referència visible i asequible al conjunt dels treballadors. En canvi, al meu parer, la seua contribució directa durant aquesta dècada va ser menor del què s'ha dit a vegades. Si es té en compte què en la seua época d'esplendor, 1960-1964, n'hi hagué més de trenta equips de JC-HOAC, es podría suposar un reforç impressionant a la militància clandestina. Això no obstant no va ser així, tot i considerar algunes excepcions que formaren la USO a la darreria dels seixanta i tingueren una presència destacada en el sector tèxtil (és als setanta quan es produeix una expansió significativa de la militància cristiana en el moviment obrer, en general, a l'extrema esquerra). Al contrari que en el moviment estudiantil, on una bona part dels líders es formaren en les organitzacions cristianes, el planter de quadres del moviment obrer va ser la pràctica sindical.

– La xarxa sindical

El *verticalisme* constituïa una xarxa inmensa, encara que estiguera pensada per atrapar els treballadors. La seua utilització comportava un risc, però es va fer amb audàcia i l'operació resultà beneficiosa. En cap moment significà la confusió per als treballadors ni va servir per a legitimar el Sindicat Vertical, sinó que, per contra, accentuà el seu desprestigi en comprovar-se que era desbordat i s'oposava als que agafaven seriosament les reivindicacions obreres. Tret d'aquest obstacle, el verticalisme oferia una via de recursos organitzatius que hauria estat un suïcidi no aprofitar.

Hem vist que en els anys cinquanta ser enllaç era l'única manera de fer arribar alguna queixa a la direcció sense ser acomiadat o detingut. Davant uns treballadors esporugits podía utilizar-se pedagògicament per reconstruir la imatge de la repre-

[1] En el auto de procesamiento ante el TOP de los detenidos en Valencia en octubre de 1970, por pertenencia a CCOO, se habla del "...impulso a las actividades subversivas en el que intervienen, ayudan y colaboran Sacerdotes jesuitas facilitando locales para las reuniones en un Colegio de la Compañía de Jesús y Escuelas Profesionales San José, entre otros, confeccionando las hojas, panfletos y escritos subversivos en aparatos multicopistas propiedad de los Jesuitas y participando en los actos de las reuniones que se celebraron en dichos locales" (Sumario 981/70). *(Nota del Editor)*

sentació obrera. Al començament dels seixanta, en introduïr-se la necessitat de la negociació, el càrrec sindical adquireix una major operativitat. D'una banda garantía la representació dels treballadors en un temps en què aquests no anaven sobrats de forces per a imposar-la; de l'altra, coordinava els interessos, que el sistema de primes i treball a preu-fet tendia a individualitzar, i feia alhora veure la necessitat de presentar un front comú, primer d'empresa, després de sector. És l'articulació d'enllaços i jurats en la defensa dels convenis de branca la que provocarà el naiximent de CCOO, fet que es produeix a Madrid quan la comissió d'enllaços i jurats del metall passa a denominar-se Comissió Obrera del metall (1964), a Catalunya amb la reunió de Sant Medir (1964) i a València amb l'acte de Lo Rat Penat (1966). És en aquell moment quan es formalitza l'existència de CCOO com una alternativa sindical diferenciada, amb una estructura pròpia i una actuació autònoma. A partir d'aquell moment els càrrecs sindicals passaran, de ser la plataforma bàsica de representació, a un simple camuflament d'una nova realitat sindical en què la mobilització de les bases será l'element determinant.

El verticalisme oferia uns altres recursos organitzatius interessants. La utilització de les hores sindicals permetia als militants d'oposició establir contacte amb representants d'altres empreses on no faltaven el que la terminología comunista denominava *càrrecs sindicals honrats i combatius,* i on un es podía donar a conèixer amb alguna pregunta indiscreta, passar una fulla amb la plataforma reivindicativa del conveni o establir una cita. La circulació de la informació quedava més assegurada per aquestes vies que per la de l'incert pamflet, i permetia avaluar la situació del sector i on es podia comptar amb gent.

– Afinitats naturals i electives

Com va demostrar E. P. Thompson, els treballadors passen d'una actitud individualista a una acció col·lectiva, motivats per influències ideològiques molt diverses i partint de trames organitzatives que poc tenen a veure amb la lluita de classes. J. Foweraker, en un interessant estudi sobre la lluita dels treballadors del marc de Jerez, ha subratllat la importància de les xarxes de parentiu, d'amistad, de vinculació personal amb el líder, en l'entramat organitzatiu de CCOO.

Al País Valencià trobem una cosa semblant en l'origen de les CCOO del camp, que tingueren un dels seus nuclis més consistents en una trama d'aquest tipus. Em referesc al cas de Riola, un poble de la Ribera Baixa, on la personalitat d'un líder, les relacions de parentiu i d'amistad i, sobre tot, els vincles personals teixits en un grup que emigrava temporalment a la zona francesa de la Camarga, actúen d'element de cohesió de les futures accions col·lectives de tipus reivindicatiu. És interessant observar, pel que diré després, que l'emigració a França realitzava la funció de cohesió i, alhora, tenia el caràcter de viatge iniciàtic durant el qual el grup s'obria a unes altres formes de vida i d'actuació (a tall d'anècdota, se substituïa l'aiguardent pel *ricardet,* com s'anomena al pastis a la Rilbera Baixa). La gent era acollida per la CGT, coneixia les formes d'acció sindical, vetades a Espanya, i les incorporava a la dinàmica del grup. Aquesta super-

posició de xarxes de relacions és fonamental per entendre el teixit associatiu de CCOO. Més endavant insistirem en el tema al analitzar el cas de la branca de la fusta, on les relacions gremials originen un nou tipus de relacions sindicals.

Un altre cas igualment interessant seria el del barri de Sant Francesc (Manises), amb un 72% d'immigrants, un 47% d'andalusos i un 27% de manxecs. L'homogeneïtat d'origen era encara més forta del que indiquen aquestes xifres, ja que trobem grups de fins 60 persones procedents del mateix poble. Això es va traduir en una forta cohesió veïnal. "Per a col·locar les bigues, que això és més pesat, per tirar el formigó, aleshores jo ajudava a un, l'altre m'ajudava a mi, i així s'anaven fent les cases", relata un dels habitants. Després d'ajudar-se a construir les cases van edificar, amb la col·laboració de tots, una petita església i van constituir una confraria sota l'advocció d'una Mare de Déu andalusa. Al començament dels setanta es va formar una associació de veïns que donà mostres d'una gran capacitat reivindicativa. Es completava així una evolució que comencava en l'ajuda mútua, passava per la col·laboració en les tasques comunitàries i acabava en una acció col·lectiva de caràcter reivindicatiu.

Això no obstant, aquests exemples, i uns altres de semblants, són poc generalitzables per la seua singularitat, i si els extrapolem ens donarien una idea equivocada de l'entramat social de les classes populars, dins ja dels seixanta. Al meu parer, el més característic d'aquests anys és la disgregació més que la conservació de tradicions, el canvi sociològic més que la persistència antropológica. El cas esmentat del barri de Sant Francesc podría comparar-se amb el del Carme, també a Manises i amb una composició de la població semblant, on la cohesió del grup d'immigrants s'esquerda amb més rapidesa, i això és degut, entre altres raons, a la configuració massificadora dels habitatges. En analitzar aquest fenomen hem de guardar-nos d'imatges romàntiques, a l'estil de les contemplades per Laslett en el seu conegut llibre *El mundo que hemos perdido.* La urbanització comporta la modernització i el seu ambigu bagatge. El que es perd en cohesió es guanya en llibertat. En aquest sentit, els anys seixanta plantegen el repte, analitzat per Durkheim, del pas de la solidaritat mecànica a la solidaritat orgànica o, amb paraules de Tönnies, de construcció de la societat, una vegada es van trencant els llaços de la comunitat.

El problema raïa, en l'època franquista, en el fet que no hi havia referències societàries, ni vies de socialització democrática, i en el fet que eren negades les possibilitats de construir noves solidaritats. Però aquesta situació de canvi també plantejava dificultats al Règim: esfondrava el mite de la comunitat nacional en les seues diverses variants, la comunitat familiar, rural o gremial, desprenia els individus de les matrius protectores, que el Règim utilitzava com a mecanismes de coerció, i els deixava lliures per assumir les seus pròpies eleccions. Com confessaven els entrevistats del barri de Sant Francesc: "els joves ja no en volen saber res, els diumenges se'n van a València, a les discoteques o al cine". Abandonaven Manolo Escobar, amb el seu carro de la nostàgia rural i la seua "madrecita del alma querida", pels Beatles i el seu "yelow submarine".

Davant d'aquesta situació, una majoria era arrossegada pel corrent atomitzador, però una quantitat considerable percebia les possibilitats que se li obrien (i que el

Règim li tancava) per a la seua inserció en xarxes de relació triades per un mateix. Les Comissions Obreres es van anar formant amb aquesta mena de gent que buscaven alguna cosa sense saber-ne quina, captades en un contacte esporàdic, en una conversa fortuïta, a qui se'ls passava un paper, se'ls convidava a una reunió, se'ls orientava en els seus problemes d'empresa, fins a incloure-les en una xarxa permanent de contactes. El gran encert de la formalització de CCOO com un moviment semipúblic, amb formes d'actuació visibles i amb una estructura organitzativa molt fluïda, que anava des del treball clandestí a les coordinadores fins a la simple participació en una assemblea, estarà en el fet que d'aquesta manera podien captar els subjectes inquiets que començaven a aflorar a les fàbriques.

L'alternativa sindical

En decembre de 1966 es reunien, als locals de la societat cultural Lo Rat-Penat, mig centenar de representants obrers. Era l'acte fundacional de CCOO. El modest nombre d'assitents fa pensar que el procés d'acumulació de forces, d'expansió i implantació a les empreses, havia estat relativament dèbil. En realitat, els assistents pertanyien, quasi tots, al cercle reduït de militants comunistes, junt a un parell d'agossarats valencianistes. Això confirma la idea que els contactes amb els líders naturals a les fàbriques i la seua articulació en un cercle més ampli estava encara per fer. Entre els assitents hi havia representants de les empreses més grans, algunes de les quals tenien una significativa experiència de lluita. En tot cas, s'ha de reconèixer que, al 1966, el nivell organitzatiu i conflictiu del moviment obrer al País Valencià, considerat en conjunt i relació amb les zones més avançades de l'Estat era baix.

Cal suposar que els assitents traurien la conclussió que era necessari fer un salt endavant, donar-se a conèixer amb prontitud i consolidar l'organització mitjançant la coordinació de les empreses on es comptava amb una certa presència (el terme *coordinadora* passarà a ser habitual en CCOO per a designar els òrgans de direcció).

Així degué ser. Com aquell grup que, al cèlebre relat d'Anselmo Lorenzo, va escoltar Fanelli entusiasmat, els assitents a la reunió de Lo Rat-Penat posaren tot seguit fil a l'agulla. El Primer de Maig de 1967 l'oposició militant eixia per primera vegada al carrer en una manifestació, convocada per CCOO, que va recórrer el centre de la ciutat fins que va ser dissolta violentament per la policia. És un moment decisiu, ja que marca el punt d'inflexió en què l'oposició decideix eixir a la llum pública i plantejar obertament la lluita contra la dictadura. CCOO encapçala aquest combat, cosa que l'obligarà, com veurem en l'apartat següent, a incorporar elements polítics a la seua estratègia sindical.

Per ara el més prioritari és atraure les persones combatives cap a l'òrbita de CCOO. Es fan diverses reunions de coordinació a La Canyada, el Vedat, Onda, per a la qual es lloga un autobús, com si anaren d'excursió. Es preparen les plataformes reivindicatives dels convenis, es multipliquen els contactes i tot va pel bon cami quan, de sobte, es

produeix la caiguda. El govern en veure que, tot i declarar il·legals les CCOO creix la seua influència i augmenta la combativitat del moviment obrer, decideix reiniciar un dels seus habituals cicles repressius, que culminarà el 1969 amb l'estat d'excepció. En novembre de 1968 són detingudes, a València, 36 persones, algunes d'elles conegudes i destacades a les seus empreses, unes altres pertanyents a l'aparell del PC, entre els quals el seu màxim responsable. El procés d'expansió va quedar interromput en el moment crucial de l'arrancada i roman apagat al llarg de 1969. En 1970 reprèn la marxa, ara ja imparable.

L'enfrontament amb el Règim

L'any 1970 ha quedat en la història de la lluita antifranquista com el del procés de Burgos. L'onada de protestes que va desencadenar el judici va sorprendre el Règim, que pensaba haver controlat la situación amb l'estat d'excepció de l'any anterior. Per contra, le manifestacions al carrer, l'agitació universitària, la protesta dels intel·lectuals i l'extensió dels conflictes laborals mostraven que l'oposició tenia una capacitat de mobilització impossible de frenar. El que va pasar en aquests cinc anys, entre el procés de Burgos i la mort del dictador, durant el quals l'oposició es va llançar a una lluita sense quarter per la conquista de la democràcia enfront d'un Règim que s'obstinava a no cedir, mostraren que va ser aquesta lluita la que va fer impossible els arranjaments continuistes i els intents involucionistes.

La necessitat d'embarcar-se en un combat frontal contra el Règim plantejà alguns problemes en el moviment obrer. Per a l'obrer normal i corrent, l'economia proporcionava encara treball en abundància, els salaris havien millorat i es podía viure. Per quins cinc sous anava a posar-se en política ara que, finalment, havia assolit un benestar passable? Embarcar-lo en una batalla per enderrocar el Règim, impulsar una onada de vagues de carácter polític, per molt just que fóra, era impensable. En canvi, un plantejament on l'estratègia de millora anara lligada a l'exigència de llibertat sindical, tenia moltes possibilitats d'èxit, i indirectament contenia un fort significat polític.

El sector majoritàri de CCOO va optar per aquesta orientació, enfront d'unes altres més polititzades, i va ser un encert perquè això era el que esperaven els treballadors. Després de deu anys de desenvolupisme, elogiats triomfalment per la propaganda del Règim, hi havia la consciència entre la classe obrera que havia arribat l'hora de passar factura. De tot el que havien treballat n'havien rebut una part mínima, i no era qüestió de continuar sempre així. Una reivindicació típica dels convenis d'aquests anys explica, a pesar de la seua aparent insignificança, l'estat d'ànim dels treballadors. Em referesc a la inclusió de les hores extres en la paga, cosa que no es feia en moltes empreses.

Aquesta nova sesibilitat orientada a reclamar el compliment de la llei no significava una caiguda en el legalisme, sinó una consciència dels propis drets i del poder que es tenia per a exigir-los. Recordem el que s'ha dit en la primera part sobre la transgressió de les normes. El treballador, inerme davant l'empresari, percebia que tota la frondo-

sitat legal estaba disposada per atrapar-lo, en la mesura que les parts beneficioses podien escamotejar-se impunement, i només li quedava l'eixida d'*apanyar-s'ho.* En sentir-se fort sap que pot exigir el compliment d'aquestes parts que expressen el reconeiximent dels seus drets. En aquest context cal entendre la magnífica tasca duta a terme durant aquests anys pels bufets d'advocats laboralistes, adscrits a CCOO. A banda de ser centres de contactes i d'assessorament en conflictes importants, exercien de pedagogs en la iniciació a la lluita. Allí els treballadors aprenien que tenien uns drets i que, en principi, era molt senzill reclamar-los però, també, que no resultava tan fàcil aconseguir-los i que amb aquesta finalitat calia organitzar-se i lluitar. No pocs militants de base van eixir d'aquesta escola.

La pràctica sindical que es dugué a terme amb una intensitat febril durant aquests anys va potenciar aquesta nova sensibilitat o mentalitat de classe obrera fins a fer-la incompatible amb el sistema. Del "jo reclame allò que és meu", que en altres temps havia representat un gran avanç, es va pasar al "exigim els nostres drets". Aquesta exigència anava molt més enllà del que s'establia legalment. Trencar els sostres salarials imposats a la negociació pel govern es va convertir en l'eix de tots els convenis, no només per aconseguir que la pujada salarial fóra real i no merament nominal, sinó com a símbol de victòria. Així, les plataformes dels convenis es van convertir en la caixa de reclutament d'importants mobilitzacions i vagues on la frontera entre l'element económic i polític es traspassava ben sovint.

Aquest estil de treball, realista i molt sobre el terreny amb la finalitat d'aconseguir el major nombre de gent, tenia també inconvenients. Es podrien sintetitzar en un: l'excés de possibilisme, posat sempre per davant de qualsevol altra consideració, enfront del maximalisme d'alguns sectors radicals. La idea, encertada en principi però de difícil interpretaió, qué "és tan important saber acabar una vaga com començar-la" provocava fortes tensions entre les diverses tendències existents en el moviment obrer.

Per a entendre-ho cal que ens remuntem al 1968 i a les conseqüències que tingé entre nosaltres. L'explosió revolucionària (potser millor contestatària) del país veí va provocar ací una eclosió de grups polítics de caràcter maoísta, trotskista o consellista que se situaven a l'esquerra del Partit Comunista, impulsor fins aleshores de les CCOO i majoritari sempre, tant a la direcció com entre els militants de base. Aquests grups, com és habitual en el *gauchisme*, acusaven el partit comunista de: 1) frenar les lluites supeditant-les a l'estratègia de pacte per la llibertat amb sectors burgesos, 2) utilizar els mitjans legals (enllaços, convenis) en lloc de triar directament els representats i imposar, sense mediacions, la voluntat dels treballadors, 3) actuar burocràticament des de la direcció, per evitar que el moviment se'ls escapara de les mans, en lloc de fomentar la participació de les bases. El PC, alhora, reprotxava els esquerrans justament el contrari: 1) cremar les lluites, amb la seua radicalització sense sentit i sense eixida, 2) desaprofitar uns mitjans que permetien arribar al major nombre de treballadors i aïllar-se de les mases, 3) fomentar l'assemblerisme ficitici on la confusió afavoria la demagògia.

Si se separa el blat de la palla, el que es deia amb grans paraules i citacions de Lenin i el que es feia després, què és el que hi queda, a banda d'un conflicte de poder entre

els diversos grups? En l'àmbit teòric, una diferent concepció sobre l'enderrocament i el postfranquisme que no ens toca examinar ací. Assenyalem, només, que els diversos projects incloïen un model sindical diferent. Per als qui defensaven que després del franquisme s'establira un sistema de democràcia política que permetria avançar cap una democràcia social (el PC i els seus aliats), el moviment obrer havia d'articular-se com un moviment sindical. Els qui somiaven amb una situació revolucionària (OIC, LCR) eren partidaris d'un movient consellista i llançaven consignes futuristes (poder obrer!). Enmig hi havia els qui per la seua subtilesa (Bandera Roja, MC) o per la seua confussió (PT, ORT) no se sabia massa bé què deien, bé que els seus militants eren quasi tan cabuts com generosos.

En la pràctica, tret d'alguna *lluita exemplar* que s'agafava com a referència del model, les diferències eren poques i es podien resumir en la fórmula matemàtica de n+1. Si els militants del PC proposaven un augment salarial del 7%, els altres s'aferraven al 8% com a meta revolucionària. Si després d'una setmana de vaga els del PC aconsellaven negociar, els altres s'entestaven en prolongar-la una setmana més. Després cadascú feia el que podía. En canvi sí que crec que hi havia diferències en el tipus de militant. Els militants del PC solien ser persones avesades en l'etapa anterior, comptaven amb un lideratge natural a les seus empreses, acreditat durant anys en el dia a dia, i presumien de la seua experiència. Els qui s'hi anaven aderint pertanyien al tipus d'obrer *honrat i combatiu,* molt aferrats als problemas concrets i a la pràctica sindical, i amb molt poc d'interés per les disquisicions revolucionàries. Per contra, els militants esquerrans eren, en general, joves radicals, incorporats de nou al treball (no pocs eren estudiants proletaritzats), que necessitaven acreditar el seu lideratge fent gala d'audàcia, ja que no d'experiència. Les escasses adhesions que aconseguien pertanyien al tipus d'obrer *descontent,* rondinaire, a qui satisfeia les gran paraules. No pretenc ridiculitzar cap persona, sinó cridar l'atenció sobre les aportacions de cadascú. Les grans lluites del període van estar dirigides per l'experiència dels militants del PC, que en cap cas les van frenar, però l'impuls dels esquerrans va ser decisiu algunes vegades.

En lloc d'analitzar fil per randa cadascun dels conflictes, em sembla preferible centrar l'atenció en les característiques que els singularitzen. El període s'obre el 1970, d'acord amb la resta de l'Estat, amb un acte semiclandestí, convocat per CCOO, en contra del judici de Burgos, que reuneix més de cent persones del món de la cultura. He dit semiclandestí perquè, tot i que es va fer clandestinament, el assitents van firmar amb el seu nom i professió un telegrama que va ser enviat al ministre de Justícia. Aquesta característica de forçar la legalitat será una de les constants d'una etapa en què l'oposició ha decidit enfrontar-se a cara descoberta al Règim. Tot seguint aquesta lógica d'assalt final al sistema, l'etapa es tanca en 1975, any de la mort del dictador, amb un gran triomf a les eleccions sindicals de les candidatures unitàries i democràtiques (CUD), sigles amb que es presenta CCOO i la vertadera identitat de les quals coneixen tots. En mig hi ha una sèrie de conflictes i mobilitzacions dels que cal destacar:

1. *La incorporació de zones* amb una nombrosa població obrera, on el pacient treball militant dóna finalment fruit, que s'afegeien d'aquesta manera als nuclis tradicionalment conflictius d'Alcoi i el Port de Sagunt. En la Segarra de la Vall d'Uixó, autèntic *bunker* del paternalisme, CCOO aconsegueix entrar en el comité d'empresa. A Bunyol, una vaga de dos mesos en l'empresa metalúrgica D. García actúa com una martellada sobre la memòria històrica d'un poble amb una forta tradició republicana i comunista, i prepara el terreny per a la vaga de Cointex, ja en la transició, que movilitza tota la població. En cartonatges Suñer d'Alzira, també amb un fort component paternalista, l'efecte causat per la primera vaga és tan fort que fa que l'empresari munte una manifestació en la seua pròpia defensa (contrarietats del paternalisme o el caçador caçat).

2. *L'esclat de conflictes radicals* en empreses sense tradició obrera, amb mà d'obra incorporada de nou. El cas més típic és el de la Lois de Xest, amb una dura vaga de vint dies. Aquesta empresa, que tingué un creiximent espectacular a la darreria dels seixanta, va adoptar una estratègia de creació de plantes de dimensions mitjanes a zones de predomini agrari (Benifaió, Xàtiva, Xest), on la mà d'obra femenina no solia tenir experiència de fàbrica i, a causa de l'aïllament, tenia menys risc de veure's contaminada. Davant els vents de conflicte, que començaven a bufar amb força, la separació de plantes actuava de tallafocs. El dispositiu es va mostrar eficaç, ja que va impedir que el conflicte de Xest es propagara als altres centres, però va accentuar la radicalització de la fàbrica en vaga. Com va escriure Sabelm a propòsit de la tardor calenta italiana, la mà d'obra incorporada de nou tendeix a ser, en situacions de conflicte generalitzat, més extremista que la que gaudeix d'una major antiguitat. En aquest i en algún altre conflicte semblant (per exemple, en les contractes de muntatge de la IV Planta) representaren un paper destacat joves líders de grups esquerrans, ja que no necesitaven una llarga implantació a l'empresa per a posseir autoritat entre els companys o companyes.

3. *La revalidació del model clàssic de pràctica sindical,* és a dir, el que combinava els mitjans legals i no legals, la mobilització i la negociació. L'exemple més acabat és el de la fusta. Aquest sector, un dels més representatius de l'economia valenciana (petita empresa amb mà d'obra especialitzada), presentava no poques dificultats per a l'acció col·lectiva, però també, si sabien aprofitar-se, alguns avantatges. El minifundi empresarial quedava compensat per la concentració espacial, ja que la majoria de tallers es trobaven en l'arc nord-oest de la comarca de l'Horta. Hi havia, de més a més, algunes grans empreses que podien actuar com a mecanisme de tracció del conjunt. El tipus d'obrer, orgullós de l'ofici i poc procliu a aventures, és per açò mateix molt sensible a la valoració del seu treball. Una pràctica sindical bén organitzada, que insistira en aquests aspectes, el podia atraure.

Així es va fer. En les eleccions de 1970 CCOO aconseguí llocs d'enllaç o jurat a les principals empreses (Mocholí, Palmero, Vilarrasa, Martínez Medina) des d'on va començar una pacient tasca d'articulació del sector. La presència constant en el sindicat per multiplicar els contactes (en un local, per cert, que s'hi prestava, separat de la CNS

i amb un magnífic pati medieval[2]), l'espera a l'eixida del treball; s'arribava fins i tot a visitar personalment molts càrrec sindicals en la seua pròpia casa per discutir el conveni. Un treball de formiga que va donar el seu fruit en el conveni de 1974, on una bona part del sector es va mobilitzar, en les eleccions de 1975, saldades amb un èxit ressonant de CCOO, i en la vaga de 1976. Sens dubte, en el moment de la transició, el sector de la fusta era el que disposava d'un teixit associatiu més dens i ben travat, constituït per un gran nombre de quadres de tipus mitjà, més a gust en el seu paper de delegats d'empresa que de militants de partit. Això es pogué comprovar en les primeres eleccionns sindicals de la democàcia on CCOO aconseguí més del 80% dels delegats.

4. *La consolidació del metall com a eix organitzatiu i mobilitzador.* Recordem que les grans empreses d'aquest sector (Alts Forns, Unió Naval, Macosa, Elcano) havien estat, ja a mitjan dels anys seixanta, els primers focus de conflictivitat. En canvi, el petit metall, pel seu caràcter atomitzat i dispers, presenta molts obstacles per a la mobilització. En constituir-se, en 1966 el primer nucli organitzat de CCOO, quasi tots els esforços es van dirigir cap a aquest sector, ja que, pel nombre de treballadors i pel seu pes econòmic, havia d'actuar de catalitzador. Els convenis del metall eren els més publicitats per la propaganda clandestina i les campanyes d'agitació amb aquest motiu van ser les que més van contribuir a donar a conèixer l'existència de CCOO. No s'aconseguí, tot i els esforços, una acció concertada de moltes empreses, sinó moviments aïllats de suport. Cal dir que la repressió va recaure especialmente en persones d'aquest sector. En la caiguda de 1968 hi havia alguns dels seus millors líders i en el setanta va ser detinguda la coordinadora a l'eixida d'una reunió en la qual s'estava preparant el conveni. Finalment, en 1974, la vaga de Drassanes (Unió Naval de Llevant) situà el metall en el lloc central de les lluites. Aquesta vaga tingué una gran influència per la presència social de l'empresa als poblats marítims de València, on es van fer múltiples accions de solidaritat, per les quals va ser clausurada l'associació de veïns de la Malva-rosa. Després, ja en la transició, vindrien les vagues de la Ford.

5. *El desplegament de les formes específiques de lluita de la construcció.* Al contrari que en la fusta, on l'arrelament en l'empresa és fonamental, en aquest sector quasi no hi ha fixos de plantilla i el que compta és l'actuació en el tall. En aquest sentit era el lloc ideal per a combinar l'autoritat de líders experimentats, en general caps de brigada, amb l'audàcia de joves acabats d'incorporar a l'obra. Aquesta fructífera combinació va generar una actuació continua de manera que quan s'apagava un foc se n'encenia un altre, pel fet que el grup d'agitadors havia canviat de tall. Tinguem en compte que en aquesta época es fan grans obres, amb una notable concentració de treballadors: construcció de la Ford, de la IV Planta i de La Fe, de les Facultats de Burjassot i del Politècnic, del polígon de La Fonteta i de les *sis-centes* vivendes. Les formes d'actuació eren molt diferents al model sindical que hem descrit, ja que ací no tenia cap sentit articular xarxes estables de suport. El que prevalia era l'acció directa: assemblees a peu

[2] Actual seu de la Conselleria d'Hisenda de la Generalitat Valenciana, al carrer del Palau, número 14 de València. *(Nota del Editor)*

d'obra, elecció de delegats allí mateix, cadenes informatives pels talls. El panorama del sector durant aquests anys és el d'un *continuum* conflictiu que va passant d'un lloc a un altre i que desemboca en la vaga general de 1976.

El balanç del període 1970-1975 és molt positiu per al moviment obrer que, en la consecució dels seus pròpis objectius, va desbordant les barreres imposades pel Règim i es converteix en el principal protagonista de l'oposició política. Podria sintetitzar-se en la coneguda formulació de Gramsci: mentre la década dels seixanta correspon a una guerra de moviments, de lenta acumulació de forces, amb accions puntuals i aïllades, en els setanta es passa a una guerra de posicions on, amb una actuació de conflictes ininterropuda, es van guanyant espais de poder. A partir de la mort del dictador, en 1975, s'entra en una fase d'enfrontament cos a cos, ja que està en joc qui s'emportarà la victòria definitiva, si el continuisme o l'alternativa democrática. En vigílies de transició, el moviment obrer, de la mateixa manera que havia passat en 1967 amb la primera manifestació pública de l'oposició, se situava com a eix de la mobilització general. Això es posa en relleu en la gran manifestació de la Junta Democràtica, en 1976, augmentada per les columnes de vaguistes que, en una acció concertada, agrupats per branques, van afluir al lloc de la convocatòria.

La solucció al dilema del presoner

Els estudiosos de l'acció col·lectiva proposen aquest joc senzill per explicar les dificultats de la cooperació. La conclusió d'aquest o altres jocs semblants és que, en situacions obertes, de resultats incerts, i on no hi ha cap incentiu o sanció per a col·laborar o deixar de fer-ho, l'actitud més racional será la de no col·laborar (tret de si es tenen motius ideològics per a fer-ho). Si les coses ixen malament, un no es veu implicat en el desastre, i si ixen bé es reben els beneficis de l'acció dels altres. Allò millor és adoptar la postura del *free-rider,* del polissó o gorrer.

Sembla prou evident que quan, a la fi dels seixanta, comencen a despuntar les lluites, l'actitud dels treballadors va ser, en general, la del prudent i egoísta *free-rider.* Els resultats no només eren incerts sinó presumiblement negatius, i la col·laboració no només no estava incentivada sinó severament prohibida. Com hem indicat, el nombre de conflictes, impulsats per militants motivats ideològicament, augmentà amb rapidesa, cosa que comportava desqualificar de mica en mica els gorrers i fins i tot a fer la seua posició bastant incómoda als llocs on la situació es radicalitzava. La participació va crèixer però, diguem-ho sense embuts, al País Valencià no es va generalitzar mai fins a l'últim i definitu moment. Les vagues generals de la fusta, metall, construcció o del calcer, a Elda, s'esdevenen en 1976, en els inicis de la transició, quan el moviment obrer asumeix la tasca de paralitzar la producció i ocupar el carrer en la lluita definitiva de l'oposició per impedir el continuisme.

Ara bé, aquest protagonisme de les masses, decisiu per a la implantació de la democràcia, no ens ha de confondre sobre la seua consistència i possible continuïtat. No

resulta convincent atribuir al conjunt dels treballadors un fervent esperit antifranquista de què fins aleshores havien donat poques mostres. Immergits dins del desenvolupisme, a molts d'ells Franco els era indiferent, no els feia ni fred ni calor. Menys versemblant és, per tant, concedir-los un radicalisme que ratllava amb l'actitud revolucionària i disposat a no retrocedir fins assolir el socialisme (o quasi). Com hem vist, el treballador vulgar i corrent, preocupat fonamentalment per millorar la seua vida, tendencialment *free-rider* per càlcul egoísta, es va incorporar a les lluites gradualment a mesura que comprén que les expectatives de triomf augmenten i que corre el perill de no gaudir-lo i quedar-se'n al marge.

Hi ha una frase que sempre s'escolta quan es planteja un conflicte i que pot ajudar-nos a entendre la situació: "jo aniré a la vaga si hi van tots", sol dir el gorrer (egoísta o covard o com se'l vullga anomenar), cosa que introdueix una condició impossible de cumplir-se per ella mateixa, ja que s'han de decidir tots els qui pensen come ell i que han posat la mateixa condició (i no en són pocs). Doncs bé, al meu parer, l'any 1976 es produeix una tal acumulació de recursos, gràcies sobretot a l'actuació dels militants i convençuts, que l'acció col·lectiva pot estendre's al conjunt dels treballadors. L'obrer gorrer, però amb una mentalitat moderna fruit del desenvolupisme, percep que el franquisme s'enderroca i que és un anacronisme; té coneiximent que un gran nombre de treballadors s'ha llançat al carrer, de que cada dia que passa en són més; entén, perquè és egoista però no babau, que és en joc el *tot o res* i que ha de triar. Es tracta d'una situació excepcional on fins el més aliè a la participació ha de donar la cara. Ha d'entendre's bé que amb aquesta caraterització *oportunista* de l'acció col·lectiva no es desvalora el pes del convenciment ideològic. Aquest es va donar, i no només en els militants d'oposició, sinó també en l'obrer vulgar i corrent que desitjava viure en democàcia com tota persona civilitzada. El que vull subratllar, perquè em sembla cabdal per a l'anàlisi de la transició, és que el convènciment ideológic només es materialitza en una acció col·lectiva de caràcter general quan es donen circumstàncies excepcionals o, com va escriure Sartre, quan es produeixen *estats de fusió.*

Però l'excepcionalitat passa, els recursos mobilitzadors i organitzatius s'exhaureixen i molta gent torna a la seua vida rutinària, al seu refugi de polissó o al seu niu de gorrer, tot esperant que li donen les coses fetes. En el cas que analitzem és discutible si podía haver-se prolongat, si la crida de la Platajunta a frenar les lluites va ser prematura o oportuna. Roca Jusmet, en un estudi sobre els Pactes de la Moncloa, insisteix en el fet que la capacitat de pressió de les masses era encara elevada i que es va malgastar, en confiar-ho tot a la negociació per les altures. Jo m'incline a pensar com H.-D. Köhler, que els principals protagonistes de les mobilitzacions de la transició (els militants de CCOO, del PC o esquerrans) sobrevaloraren, no la seua importància, que va ser decisiva, però sí la consistència de la participació, que era limitada i condicionada.

Després de les primeres eleccions polítiques la gent va interioritzar amb satisfacció la idea genèrica de democràcia vigent als països occidentals: un sistema de llibertats en què al ciutadà se li demana una participació en temps assenyalats i en què aquest delega i confia el bon funcionament de la cosa pública a unes institucions

(incloent-hi els sindicats) controlables i a uns representants elegibles. No entraré a discutir els avantatges (consolidació de la legitimitat) i inconvenients (passivitat, inhibició) d'aquesta concepció que, en les democràcies més experimentades, trova un equilibri plausible entre confiança en les institucions i mobilització ciutadana. El fet inqüestionable és que aquesta idea de democràcia va ser ràpidament assimilada entre nosaltres. Les aspiracions col·lectives de millora eren ara confiades als sindicats, concebuts com una institució del sistema democràtic. Siga bó, dolent o regular, molts treballadors pensaven així.

Aquest canvi de mentalitat, unit al fet d'haver de fer front a la crisi econòmica, encoberta durant els últims anys del franquisme, obligava a un canvi d'estratègia. L'estratègia de millora, centrada en reivindicacions concretes, havia de cedir el pas a una *estratègia institucional,* centrada en negociacions de caràcter global. UGT, que tot just havia participat en le mobilitzacions de gener de 1976 però que, en canvi, tenia ben apresa la lliçó dels sindicats alemanys, s'apartà de CCOO que, a la fi de 1976, prosseguia en el seu afany mobilitzador. CCOO s'hagué de rendir a la evidència i, en un gir sobtat, encapçalà la política negociadora amb els pactes de la Moncloa. Aquells primers pactes, acordats per les altes instàncies polítiques i per això mateix tan oposats a la cultura activista de CCOO, van ser defensats d'una manera tenaç pels seus quadres mitjans i militants per pura disciplina, sense arribar a entendre'ls o acceptar-los en el seu interior. En el fons es concebien com una treva, no com una estratègia a llarg termini. Aquesta situació, viscuda d'una manera esquizofrènica, va accentuar en el si de CCOO la cultura antipactista i embarcà la direcció en una confusa casuística sobre pactes bons i dolents que només servia per atacar el reformisme d'UGT, a la qual s'acusava de confiar-ho tot a la bona voluntat del govern socialista. Tot plegat, inclosa la poca voluntat del govern socialista, va debilitar la consolidació institucional dels sindicats, objectiu fonnamental d'aquesta etapa.

Tot i amb això és bén cert que els últims temps han ocorregut tan ràpidament que, pràcticament, abans dels deu anys s'havia exhaurit l'estratègia institucional de caràcter negociador. Analitzar el procés que menà a la vaga general de 1988, on la unitat sindical va ser el recurs organitzatiu determinant de l'èxit, se n'ix per complet dels límits traçats en el nostre estudi. A tall de conclussió, com a lliçò del passat o potser com a premonició del futur, diría que l'objectiu del moviment obrer és ara per ara no perdre el que s'ha guanyat en temps difícils i amb tant d'esforç.

2. Episodios de una historia admirable



La formació històrica de la classe obrera. El cas de la ciutat de València (1875-1939)

Extractos del libro *València (1808-1991): En tránsit a gran ciutat,* coordinado por Josep Sorribes y publicado en 2007 por la Generalitat Valenciana.

1. La vida obrera a les darreries del segle XIX

Hi havia a la ciutat bronzistes, assaonadors de pells, ebanistes, costureres i cigarreres, sabaters, barreteres i fonedors. El homes vestien una brusa ampla, com pot veure's en les fotos de manifestacions de l'època; vivien en la part oest del nucli urbà als districtes de l'Hospital, Misericòrdia i Museu. Dir que vivien malament semblarà un tòpic i és una afirmació que en altres latituds, per exemple Anglaterra, ha dut a inacabables polèmiques. Els obrers de la ciutat no es morien de fam, vivien millor que els llauradors de l'horta, però eren pobres. La seua dieta era escassa i l'habitage insalubre, tal i com consta en els nombrosos escrits sobre la "qüestió obrera" formulats tant per reformadors com per conservadors als quals començava a preocupar-los el problema. Amb dificultat cobrien les despeses de subsistència i qualsevol accident imprevist els obligava a empenyorar el poc que tenien. La casa d'empenyorament era una institució familiar de la vida obrera.

Constatada la precarietat general de la seua existència podem introduir algunes matisacions. En el període d'expansió econòmica que va de 1876 a 1886, sembla no haver-hi un gran problema salarial. Distintes fonts (informe del cònsul general de França, Heollée, 1883; enquesta de l'Institut de Reformes Socials, 1884) ens indiquen que els salaris oscil·len entre 2'50 i 3'50 pessetes per deu hores de treball. Encara en un informe de la Societat Econòmica d'Amics del País (1894) apareixen les mateixes xifres, però repetides notes d'alarma ens avisen que la vida ha empitjorat. Amb tota seguretat la baixa dels preus agraris ha anat reduint els salaris i la crisi ha obligat a reduir la producció (i, per tant, les hores treballades i pagades). De fet, en 1900, les reivindicacions de les Societats Obreres parteixen d'un nivell més baix. Podríem, doncs afirmar que els últims vint-i-cinc anys del segle tenen dues cares, la primera d'una discreta millora, la segona d'un empitjorament preocupant. Els sectors als quals calia una menor qualificació, com ara el de la construcció, són els més afectats, ja que en aquests acudeix la mà d'obra desocupada del camp. L'acceleració dels plans de reforma urbana és, en bona part, una resposta a l'augment de la desocupació. Ara també és quan s'obrin dos menjadors per a pobres on se servien unes 2.000 racions diàries. La mendicitat ha augmentat i preocupa. En 1896 s'acaba el padrò de pobres del municipi, en el qual solament s'inclou als veïns. En total són 9.489 distribuïts

segons el seu domicili, de la forma següent: Mercat, 292; Audiència, 611; Universitat, 652; Teatre, 668; Hospital, 990; Escoles Pies, 681; Misericòrdia, 1.007; Museu, 1.341; Russafa, 1.542 i Vega, 1.715.

No hem de pensar que València havia esdevingut una ciutat de la misèria ni que en anys abans ho fóra de la prosperitat. Les famílies obreres vivíen sempre amb un pressupost molt just, sense cap consum superflu, però no en la misèria. En la seua vida quotidiana no faltava mai un plat de calent en la taula, roba gastada, però neta, els diumenges i es desenvolupava amb dignitat. És, més aviat, en les conseqüències d'aquesta vida estreta on cal veure la precarietat de la vida treballadora.

L'analfabeisme (prop del 60%) estava lligat a la necessitat de posar-se a treballar d'aprenents per ajudar a la família quan encara eren uns xiquets. La dolenta alimentació i les condicions d'habitatge els feien especialmente sensibles a les malalties. Els barris obrers tenien una mitjana de mortalitat superior en 10 punts a la dels districtes d'Audiència i Universitat i resulten impressionants les dades dels afectats per l'epidèmia de còlera de 1885: jornalers, 1.920; artesans, 1.239; llauradors, 1.200; empleats, 42; propietaris, 76 i d'altres, 442. No és massa cert que la mort fóra igual per a tots, puix que no tots tenien els mateixos mitjans per a fer-li front. Amb pressupostos tan ajustats, bastava amb la malaltia del pare perquè la família es vera angoixada de necessitats. Els treballadors no aconseguien ni tan sols sobreviure quan le coses els anaven malament, però vivien amb dignitat, idea central de la cultura obrera de l'època, en circumstàncies normals.

La classe obrera encara no estaba organitzada per a "resistir al capital", però pensava vagament que era necessària un altra organització més justa de la societat, ideal que havia començat a identificar amb l'arribada de la república. Els treballadors havien donat suport al Cantó i no havien d'haver-se desenganyat, ja que en el moment que els deixaren, tornaren a votar republicà. Precisament el blasquisme arreplegarà aquesta "massa federal" de trets imprecisos i amb influències de la I Internacional. Fins aquells moments, resumim la situació organitzativa de la ciutat. Inmmediatament després del I Congrés Obrer, celebrat en 1869, es constitueix la societat de blanquers o de pells, que desapareix amb el decret del general Serrano de 1874. Quan en 1880 torna Sagasta a permetre l'associacionisme obrer, reapareix la Societat de blanquers i es constitueixen també la de Fonedors i la de obrers de vila, amb el nom de "La constructora". A poc a poc, van formant-se d'altres (cadirers, ebanistes, barreters, tenydors...) que protagonitzaren la primera manifestació de l'1 de Maig de 1890. Però la persecució governamental sobre els obrers sospitosos d'anarquisme, com a conseqüència dels atemptats de Barcelona i la clausura del seu centre de reunió en el carrer de Xàtiva, fa que vagen minvat fins a pràcticament desaparéixer. En conjunt el moviment obrer apareix encara amb una inconsistència organitzativa notable, en un procés de filar i desfilar renovat més pel voluntarisme de grups convençuts i entusiastes que pel seguiment de la resta. Llegint les revistetes obreres de l'època (*El chornaler, La cuestión social*) es percep l'eufòria dels que escriuen i la llunyania dels que la lligen.

Escoltem-los:

El ofisi d'abaniste ha quedat organisat
Els forners un atre forn – en breu comensaran
En Russafa s'organisen – els treballadors del camp
Carreters i peixcadors – en el Grau y Cabañal
En España tots s'asosien – En Fransia no cal parlar

Tanmateix, la consolidació d'aquest procés ensopegava amb moltes dificultats i no tindrà lloc fins a principi del segle, sostinguda per la indubtable capacitat organitzativa del blasquime. En l'antologia recentment publicada per Piqueras i Paniagua, hi ha uns textos preciosos sobre una reunió de forners en els quals s'expressa amb tota evidència l'oposició entre la vella concepció del gremi i la societària i obrerista: *l'ofici de forner donà mostres en aquesta reunió que no vol aparéixer a València com a una cofradía religiosa...* Estem, doncs, en un moment de transició, en el qual la consciència difusa de patir l'explotació no ha arribat a una expressió orgànica. El 3 de desembre de 1886, en el café Indusrial del carrer Roteros s'havia creat l'Agrupació Socialista de València, i el seu fundador va ser García Quejido, però la seua influència va ser poca durant llarg temps. Lògicament, corresponent amb la debilitat organitzativa, el moviment reivindicatiu va ser escàs. Entre les diferents vagues, caldria destacar la dels blanquers, el sector més combatiu de la ciutat, i la dels fonedors, ambdues en 1881, que esdevingueren en un enfrontament radical amb la patronal i acabaren amb l'abandó de la ciutat de bastants treballadors de l'ofici que no acceptaren tornar sota condicions. Destaquem també l'intent de vaga general que van promoure els anarquistes arran del primer de maig de 1890, al qual es va respondre amb l'estat de setge durant 3 dies, i una imponent manifestació de més de 1.000 obrers de la construcció demanant treball, en 1891.

Quant a si els obrers a més de pobres eren honrats, bons o dolents, savis o ignorants, les respostes dels contemporànis no són de fiar perquè estan fetes de generalitzacions i llocs comuns. En l'enquesta de l'Instiut de Reformes Socials s'insisteix, amb la millor bona voluntat, en les conseqüències morals de la misèria obrera: la taverna, la violència en família, la ignorància i aquestes coses. No tenim estadístiques sobre l'alcoholisme, ja que en els Butlletins Municipals sobre sanitat l'inclourien en algun altre apartat. En el periòdic *El Mercantil Valenciano* apareix una referència fugaç en un extens article titulat "Estadísicas sanitarias" que ofereix diversos quadres elaborats amb les dades del municipi de l'any 1899. De 4.637 casos, solament hi ha 4 d'alcoholisme al costat, per exemple, de 339 de tisi pulmonar. Es a dir, que més matava la fam que el vi.

Pel que fa a la ignorància, ja hem esmentat anteriorment que l'índex d'analfabetisme era molt alt, al voltant del 60%, la qual cosa va dur a que un grup de burgesos platònicorreformistes, creara la Lliga contra la ignorància, completament ineficaç. Tanmateix, si en aquest tot indiscriminat de les classes populars férem estudis per sectors, els índex serien molt variats i entre els obrers d'ofici sensiblement més baixos. L'Escola d'Artesans tenia una matrícula anual de 1.000 alumnes per a l'ensenya-

ment primari i uns 500 per allò que avui anomenaríem formació professional de primer grau. A més, sostenia 12 escoles d'adults, amb uns 600 alumnes, la qual cosa ens indica que enfront de la ingnorància hi havia afany per saber. L'Ajuntament va voler respondre a aquest desig i improvisà, en 1880, 14 aules per a l'ensenyament nocturn que van desaparèixer un parell d'anys després, i passà llavors a subvencionar les iniciatives privades, política que accentuarà el blasquisme. No han d'idealitzar-se aquestes experiències educatives fragmentàries i d'abast reduït. Si les recordem no és perquè pensem que contrarestaren eficaçment l'analfabetisme, sinó perquè revelen un sector del proletariat instruït o amb desitjos de ser-ho, és a dir, conscient. Un element esencial de la cultura obrera naixent, era que el fet de saber no consistia en l'adquisició d'alguns coneiximents, sinó en la capacitat de reflexió i judici i que açò s'adquiria en la pràctica societària. Com deia un pamflet obrer: *En la unió s'ensenya a l'obrer a discutir i tractar als seus companys com a germans en la desgràcia, mentre que sense la unió no se sap si està en el món per fer el paper de béstia o de persona, no pot saber quins són els seus deures i quins els seus drets.* Els anarquistes estaven tan convençuts que encara que no tingueren instrucció posseïen la veritable ciència social, que sense cap temor llançaven reptes desafiadors i emplaçaven als burgesos a discussions públiques. A València es celebrà un d'aquests torneigs en desembre de 1883 i dos anarquistes d'ací, reforçats amb dos de Barcelona, s'enfrontaren al catedràtic Pérez Pujol, al director de l'Ateneu-Casino obrer, a un redactor de *Las Provincias* i a un altre de *El Mercantil.*

Bé, bons i dolents, savis i ignorants, anarquistes i societàris, els treballadors formaven part d'aquesta multitud de valencians que, quan la calor de l'agost era forta, agafava els trastets i se n'anava a berenar a la platja. Els dies de festa arribaven a 50.000, segons la premsa. Durant l'any hi havia per a tots els gustos. Es plantaven unes 25 falles, menys en 1885 i 1886 quan per culpa dels impostos no n'hi hagué cap. Hi havia festes de carrer i miracles de sant Vicent. En el teatre Colón actuaven senyores a les quals s'anomenava "gimnastes". En la plaça de bous tocava la banda militar quan torejaven Lagartijo i Frascuelo. I el primer de maig, els obrers endiumenjats anaven a l'Albereda, després de la manifestació, *"per alternar amb els burgesos"* que, òbviament, aquest dia no hi eren. La gent es divertia, però com en tot, cadascú en el seu lloc.

2. Les Societats Obreres en la València blasquista (1898-1914)

El lector ha de pensar que amb tanta manifestació, festa, avalots al carrer, saraus polítics, mítings, cridòries a l'enemic, etc., a la gent no li quedava temps per a res. Doncs no. És un antic saber que en la vida hi ha temps per a riure i per plorar, estimar i perdre l'amor, gaudir i patir, hi ha temps per a quasi tot. A la València d'aquells anys la gent tenia, sortosament, menys probabilitats de morir-se, ja que és ara quan les taxes de mortalitat minven i el creiximent de la población té un ritme estable, però el

temps, aquest concepte tan modern, era desigualment repartit, perquè –com diuen els anglesos– és or. Les classes benestants podien malbaratar-lo amb tranquil·la voluptuositat, i no poques vegades amb avorriment; els treballadors haurien de guanyar-se'l. El jove recluta que passejava el diumenge lliure per la Glorieta no podía usar la infalible frase que posteriorment ha servit per encetar tants apassionats o efímers romanços: "Senyoreta, estudia o treballa?" Cap senyoreta no estudiava aleshores, i estava ben clar que la jove, a la qual el soldat s'adreçava, vestia almidonat uniforme, es dedicava tot el dia a treballar o, com es deia, "a servir". En les cases de certa presumció hi havia institutriu o governanta, cuinera, donzella, mainaderes o mestresses, cotxer; un petit exèrcit sobre el qual les senyores podien exercitar els seus desprofitats dots de govern. A les cases humils la dona havia d'esforçar-se per ajudar l'escàs jornal del marit, anava a llavar a les cases o feia de costurera i repassadora.

Els homes començaven a reclamar els tres vuits, una de les consignes més belles i justes que mai no s'ha escoltat i que havia estat llançada en la constitució de la II Internacional l'any 1889. Vuit hores per a treballar, vuit per a descansar i vuit per a la família, la cultura, la política. En quasi tots els oficis de la ciutat es treballaven deu hores, els tramviers dotze. Els jornals havien minvat de 2'5 pessetes diàries a 2. Els obrers volien recuperar el poder adquisitiu perdut i disminuir la jornada de treball. Per això s'organitzaren. En 1889 existien a la ciutat quatre Societats Obreres de resistència al capital, en 1899 es crearen altres quatre, en 1900 vint-i-una, en 1901 quatre, tres en 1902, vuit en 1903 i sis en 1904. Aquestes societats eren sindicats d'oficis, amb una certa tradició gremial, que anava essent desplaçada per una molt viva consciència de classe. Havien sorgit arran del I Congrés obrer, celebrat a Barcelona en 1869, de la difusió de les idees anarquistes i dels socialistes utòpics. La seua vida havia estat accidentada i trencadissa, unes desapareixien, d'altres portaven una esmorteïda existència, de manera que podem palar d'una etapa fundacional i d'assentament al voltant de 1900 i fins a 1910, quan s'hi celebra el I Congrés de la CNT.

El primer objectiu d'una societat en fundar-se era ésser reconeguda per la patronal com l'única representant dels treballadors de l'ofici, ja que sols el control del mercat de treball podrà donar-li força davant els empresaris. Obtindre aquest reconeiximent els va costar als treballadors una esforçada lluita per a la qual comptàren amb un sòlid recoltzament en el partit republicà blasquista.

Els blasquistes no sols desitjaven guanyar-se els treballadors per eixamplar la seua base electoral, sinó que tenien una idea progressista i moderna de l'equilibri social. Pensaven que en una societat industrial el conflicte és inevitable i positiu i la forma de resoldre'l no era ignorar-lo o avortar-lo sinó reconéixer-lo. Unes Societats Obreres fortes plantejarien reivindicacions i generarien conflices però permetrien que les justes reclamacions dels obrers foren ateses i que millorara d'eixa forma l'estabilitat social. Bén al contrari dels catòlics, personificats en la figura del P. Vicent, que propagaven la idea de l'harmonia social mitjançant el regrés al corporativisme gremial, els blasquistes creien en el conflicte. Açò no vol dir que foren partidaris de la revolució social, ni molt menys. Simplement confiaven en la capacitat

d'una societat democràtica per a solucionar el enfrontaments i absorbir-los. Per això es pot dir que existeix un pacte implícit entre els blasquistes i el moviment obrer d'aquells anys; "Ajudeu-nos a portar la República, a ampliar la democràcia perquè en un marc polític obert podreu resoldre els vostres problemes. Nosaltres ajudarem les vostres Societats perquè s'afermen i siguen fortes ja que són institucions necessàries per a l'equilibri democràtic". Aquest és el fons de la qüestió que els blasquistes mai no varen ocultar (n'hi ha nombrosos articles de *El Pueblo* en aquest sentit) encara que utilitzen de vegades una retòrica exagerada i agressiva per atraure's els obrers. Com a resultat d'açó, les Societats Obreres trobaren un important recoltzament en l'aparat propagandístic i organitzatiu del partit republicà que facilità el seu desenvolupament. L'Ajuntament pagava el lloguer de la Casa del Poble on es reunien les Societats Obreres, i va intervindre en alguna vaga a favor dels treballadors tot argumentant que defensava uns ciutadans als quals s'estava atropellant. Però, sobre tot, el diari *El Pueblo* va contribuir en popularitzar i fer simpàtiques algunes vagues entre la gent, tot demanant el recoltzament ciutadà, fent col·lectes i subscripcions, desacreditant el Governador quan enviava la força pública i fent veure la intransigència de la Patronal.

Gràcies a les seues cròniques revivim moments de la vida obrera de l'època plens d'emoció. Veiem els curtidors ficats fins els genolls en l'aigua del riu, vora el mur de Blanqueries, per tal de netejar les pells, assistim a l'entusiasta festival celebrat en el seu favor al Principal, els acompanyem en una vaga que es prolongarà fins l'esgotament i escoltem el seu patètic acomiadament "al generoso pueblo de Valencia", al qual confíen els seus fills quan decideixen marxar a buscar treball a un altre lloc abans que aceptar les condicions de la patronal. Un altra vegada són els tramviers, "esclaus blancs" com els anomena el diari, que amb les seues dotze hores de treball no tenen temps ni per a dinar. Cada dia la dona acudeix a la parada de la fi del trajecte amb el mocador tapant el menjar calent. Somriures i llàgrimes perquè la crònica ens conta també les angoixes dels esquirols que a punt estan d'atropellar una persona o ensopegar contra la paret. Els usuaris comprenen la raó de la vaga perquè saben que "estas Compañías extranjeras nos tratan como si fuéramos zulúes". Aquesta vegada s'obté el triomf i el menjar de germanor per a celebrar-la s'acaba amb estupends discursos sobre la unió.

Els estibadors del port són un dels col·lectius més lluitadors en defensa de la seua Societat i, enfront d'una mutualitat que vol introduir la patronal, es mostren intransigents. La vaga té un impacte elevadíssim als poblats marítims, les dones es mobilitzen per a recollir els aliments que no pocs comerços ofereixen gratuïtament. Una vegada més els esquirols són ridiculitzats, els veiem arribar protegits per la Guàrdia Civil que no pot impedir que siguen llançats a l'aigua. *El Pueblo* denuncia el lloc on es contraten els trenca-vagues i la prepotència d'algun navier (Mc Andrews) i responsabilitza el governador de tot el que passa.

També hi ha vaga dels treballadors dels forns de pa, en la qual l'Ajuntament fa una broma pesada als amos. Ja que no volen cedir a les reclamacions dels obrers, envia una

inspecció municipal perquè comprove el pes de les barres. Encara més? Doncs sí, però el lector no s'ha d'esglaiar. Ens referim a un període de quatre o cinc anys, de 1900 a 1904, en què les Societats Obreres es constitueixen i busquen el seu reconeiximent. A les ja esmentades adés, caldria afegir les vagues dels tonellers del Grau, els constructors de carruatges, els bronzers, els fogoners del Gas Lebón, els ebanistes i fusters. El procés és sempre el mateix: constitució de la Societat, exigència del seu reconeiximent i plantejament d'unes reivindicacions elementals, negativa patronal, conflicte. La solució esdevé relativament senzilla en el tema salarial i es complica amb el reconeiximent de la societat. Per això certes vagues són de pocs dies, d'altres s'allarguen i endureixen, però, en conjunt, no es té la impressió d'un caos social.

Els obrers es presenten en societat, per a la qual cosa compten amb les eficaces pàgines de *El Pueblo*. Reclamen els seus drets de ciutadans, el reconeiximent de les seues societats, el fet de poder portar una vida decorosa. El diari blasquista subratlla amb insistència aquells aspectes: els líders de les societats són persones conegudes i estimades (un és president del Casino Republicà del Grau, altre l'operari més estimat professionalment de la fàbrica de gas) el seu comportament és sempre assenyat, el que demanen no pot ser més just. Una ciutat que no reconeix i articula la participació de les masses, que no és sensible als problemes de una bona part dels seus ciutadans, no és una ciutat moderna, il·lustrada i justa. La incorporació d'aquests elements a la cultura de la ciutat, impulsada pel blasquisme, és de gran trascendència. L'autor d'aquestes línies no creu que els valencians siguen d'una determinada manera (bulliciosos, superficials, emprenedors, qué més?) perquè no creu que existisquen les ànimes col·lectives, les virtuts racials o, com deien els romàntics, un Volkgeist. Però sí que ocorre que, en la història d'un poble o d'una ciutat, es van incorporant elements i es va configurant una cultura que, en major o menor grau, contextualitza l'actuació dels individus. No crec que els ciutadans de València siguen més justos que els d'altre lloc però sí que, en aquest temps, es va teixir i s'incorporà a la ciutat un cert radicalisme justicier i jacobí.

3. La radicalització del conflicte social (1914-1923)

Els habitants d'aquesta ciutat havien aprés a posar bona cara al mal temps i prendre's a broma els problemes. Però prompte no tindrien més gana de riure's. L'any 1914, com era habitual, començà amb una pujada dels impostos. Res no feia presagiar mals majors. El nebot de l'emperador Francisco José passejava despreocupat per Sarajevo, ignorant de la bala assasina que tenia preparada; una gavarra passava baix el pont de Londres, el capità dels granaders de S.M. asistia al canvi de guàrdia i l'alcalde d'una ciutat mediterrània era esbroncat. Més normalitat no es podia demanar. Març havia començat bastant calorós i per la nit la gent pujava als terrats, tocava les cassoles i cantava aquestes cobletes:

Qué alcalde es más pedestre
Maestre.
Quien aquí nos hace daño
Centaño
Comprenda el señor Gobernador
Que esto se pasa de la raya
Que se vaya ese señor
Que se vaya, que se vaya

Es tractava d'una vaga de tota la ciutat contra els arbitris municipals iniciada pels comerciants amb el tancament de les botigues, a la qual s'havien afegit els treballadors, que agradava a les senyores, els xiquets i els militars sense graduació i que acabava en esquellotada a l'autoritat incompetent. L'acomiadament de la "belle époque" el feien amb acompanyament de platerets.

Tres mesos més tard començava la gran guerra, de la qual ens arribarïen seqüeles importants. Observem ara la reacció dels ciutadans davant d'aquestes. De moment es dividiren en partidaris dels Imperis Centrals, admiradors del canó Berta i de la serietat prussiana (de la precissió dels prismàtics Zeiss, de la puntualitat de les oficines i coses per l'estil) enfront dels partidaris dels aliats, als quals es considerava, com als exèrcits de Valmy, coratjosos defensors de l'Europa de "las luces". Però aquestes discussions eren pur entreteniment al costat de la fractura real produïda per les dificultats econòmiques. La societat es va corporativitzar i sorgiren unes anomenades "Juntas de Defensa", per imitació de les que havien creat els militars, que revelaven la vitalitat del cos social, però també un perillosa desconfiança en les solucions polítiques. A València van crear la seua Junta de Defensa els gremis de comerciants i els usuaris d'energia elèctrica, i l'Ajuntament inicià també una Junta de Defensa de la ciutat en la qual tractava d'unir els interessos de tots, inclosos els obrers. Aquests participaren en les dues grans manifestacions de 1916 i 1918, que acabaren enviant un telegrama contundent a Madrid subscrit per totes le entitats, però decidiren actuar pel seu compte. Aquesta és la impactant novetat del període: la creixent autonomía del conflicte social, cada vegada menys integrable, i la seua progressiva radicalització.

A la fi de febrer de 1916 es produí una vaga general en la ciutat que va durar una setmana i, pel seu aspecte esquerp, va fer entendre que no s'estava per orgues. "S'apagà el foc, però la sacsejada ha estat tremenda", comentava *El Mercantil.* Del nerviosisme de la Guàrdia Civil que ocupava la ciutat, en estat de setge, ens fa una idea el que una patrulla, en veure que s'apropava un paisà que duia al braç un altre, disparà i matà al paisà, que era un guàrdia que actuava per lliure. Al poc temps es declararen en vaga el ferroviaris de la Companyia del Nord i el pes cada vegada més gran d'aquest sector arrosegarà en juliol de 1917 a una nova vaga general de tots els oficis de la ciutat. Sobre aquests fets s'ha escrit i discutit molt, ja que trencà el moviment previst a tota Espanya per la reunió de l'Assemblea de Parlamentaris a Barcelona, en agost, i no falta qui parle d'infiltració, provocació o, al menys, precipitació. Sense entrar en aquestes qüestions, cal

constatar que la de juliol va ser molt violenta mentre que la d'agost, que havia de recoltzar a la iniciada en tota Espanya, resultà un fracàs. No es poden sostenir dues vagues generals en tan curt termini, sobretot si la primera ha acabat amb el saldo tremend de quatre morts, vint ferits greus i quaranta-cinc despatxats entre els ferroviaris.

A partir d'aleshores, les vagues dels diferents sectors adquireixen un to dur, d'irreconciliable hostilitat, que no poques vegades acaba amb atemptats als caps visibles de la patronal. En octubre del 1918, en una vaga d'ebanistes, és assasinat un empresari del sector. Al llarg de 1919 es succeixen els atemptats i els enfrontaments armats. En el mes de març es produeix l'assalt d'uns vaguistes famolencs a uns ultramarins, es creuen trets i mor un guàrdia civil i set civils no guàrdies, és a dir, vaguistes. En juny, durant la processó del Corpus, esclata una bomba en l'urinari de la plaça Emilio Castelar, i causa cinc ferits. En juliol moren tres obrers esquirols de la Unió Espanyola. En setembre, tiroteig en la carretera real de Madrid on mor un guàrdia i un líder sindicalista conegut per "el Rotget". Aquest mateix mes un tramvier acomiadat i desesperat apunyala, a les onze del matí en el carrer del Micalet, el gerent de la companyia, senyor Blanco. En octubre són ferits tres patrons ebanistes en el transcurs d'una vaga d'aquest sector que adquireix una violència dramàtica. La patronal declara el lock-out i els obrers, exasperats, assalten alguna fàbrica i trenquen els mobles. I en desembre un vigilant que s'havia distingit per la seua diligència en el descobriment de complots "sindicalistes" és abatut en eixir de sa casa, en el barri de Russafa. Observem com la mateixa premsa conservadora reconeix que es tracta d'empresaris que s'han distingit per la seua intransigència o d'esquirols o delators. La patronal adopta una posició de duresa tancada i contracta esquirols dels sindicats agraris catòlics que es presten al joc. En el camp abunden els parats a causa de la crisi de la taronja, i la fam més que la ideologia, du a molts a col·laborar amb aquests sindicats catòlicopatronals, la qual cosa contribueix encara més a enrarir l'ambient. Açò explica que en gener de 1920, quan es dirigeix a València un alt dirigent de la Confederació catòlicoagraria, un desconegut l'espera a Almansa i l'apunyala.

No començaven bé les coses en el nou any i no millorarien en el seu transcurs. Disminuïren un poc les vagues en la ciutat (de 39 passaren a 24, xifra encara molt alta) però no es calma la tensió social. En gener s'atemptà contra un agent de duanes del port "que s'havia distingit per no voler sucumbir a le exigències de les societats obreres". En febrer hi hagué cinc morts, quatre empresaris i un esquirol. En la manifestació del primer de maig, es cridava: "Visca la revolució russa! Abaix la burgesia!" La Guàrdia Civil contestà amb trets que abateren un sabater i un assaonador de pells. La tensió puja alguns graus més. Els patrons mantenen la seua intransigència, les forces conservadores demanen una actuació més ferma al governador i als agents de l'ordre, mentre que la població veu desconcertada aquesta lluita sense quarter. Una bona prova d'això és que en el judici celebrat contra el presumpte culpable de l'atempat al cap de l'estació del Nord (a qui *Las Provincias* en una relliscada tauròfila anomena "el matador") el jurat es llava les mans i el declara innocent. Tot i l'escàndol que açò suscita, la majoria republicana de l'Ajuntament es negarà i no aprovarà una mo-

ció conservadora que demanava la supressió del jurat i el restabliment del sometent. El periòdic blasquista, *El Pueblo,* tracta de mantenir el rumb en mig de la tempesta. Condemna els il·luminats i messiànics que arrosseguen els honrats treballadors valencians al crim, però es mostra ferm en la denúncia de la repressió i les detencions injusificades que solament aprofiten per augmentar la irritació dels treballadors. Açò fa que els il·luminats li posen una bomba i que el governador ordene la detenció d'un dels seus regidors més baladrers, el senyor Bort. La desorientació és total. A més de l'atemptat a *El Pueblo* han esclatat bombes en *La Voz de Valencia* i en *La Correspondencia,* en el teatre Apolo, en un parc públic i als cafés "Suizo", "La esfera" i "España". En plena fira de juliol, en agafar el tramvia per a Catarroja, es cosit a trets l'alcalde d'aquest poble, empresari de la plaça de bous i enemic destacat dels sindicats del camp. Els treballadors no perdonen i, malgrat no s'estiga d'acord amb aquests procediments, cal reconèixer que la seua llista de greuges, patiments i morts sense nom i sense causa és més llarga. Mentre estiueja tranquil·lament l'exgovernador de Barcelona, En Francisco Maestre, Comte de Salvatierra de Álava, que en aquella ciutat es va distinguir per la seua presecució als sindicalistes, té un atemptat i mor. Poc després que aquest altiu senyor de bona soca fóra plorat per tota la bona societat valenciana, era assasinat un jove extrany, Domingo Martínez, al qual no se li ha dedicat com al desafortunat comte, un carrer de la ciutat. Havia estat un actiu sindicalista i un apassionat del progrés científic a l'estudi del qual dedicava les hores lliures del seu treball. Es va enamorar bojament d'una jove que pel que sembla li demanà que no es clavara en embolics i que estalviara per comprar-se un pis i poder-se casar. Aquest home abandonà el Sindicat però no la seua passió per la ciència, ja que presentà al Rector de la Universitat un treball on deia demostrar la quadratura del cercle i demanava que al seu sensacional descobriment l'anomenaren amb el nom de la seua estimada. Els antics companys dels sindicat pensaren que els havia denunciat i el mataren. Ningú no el va plorar excepte la seua núvia i sa mare, si es que la tenia. Probablement molts es van riure dels seus disbarats i pretensions científiques. I encara produeix en nosaltres un tendre somriure. Pobre babau enamorat, que havia lluitat amb els seus companys, que els abandonà perquè havia de comprar-se un pis i treballar molt, que pensava tenir dret a saber encara que no havia anat a la universitat i que, aparentment, va caure víctima dels seus companys quan, en realitat, havia estat condemnat des del seu naiximent a ser víctima d'una societat injusta.

Aquest dramàtic any va acabar amb una nova vaga general convocada a tota Espanya per la CNT i la UGT que havien arribat a l'acord d'unitat d'acció i amb això es tocà el sostre de la capacitat ofensiva de la classe obrera. La divisió sindical, el desgast patit, les creixents dificultats en el treball que feia als obrers molt més vulnerables i sobretot la repressió iniciada brutalment per Martínez Anido a Barcelona amb la famosa "ley de fugas", van assetjar el moviment obrer i el portaren a una situació de total indefensió. Durant 1921 només es registraren a la ciutat 5 vagues. Tres sindicalistes cauen morts en gener, quan pretenien "fugir-se'n", un altre en febrer, un altre en juny. Els sindicats ja no tenen capacitat de resposta, l'anomenat trienni bolxevic s'ha acabat.

Havien estat uns anys de dura confrontació, segons l'opinió, sens dubte exagerada, del que fóra Ministre de la Governació, senyor Burgos i Mazo, "més temibles i difícils de véncer" que a Barcelona. Però, a la fi, la ciutat havia recuperat la calma i tot tornava al seu lloc. O al menys això deien els que tenien por que els llevaren el que era seu.

4. L'ocupació dels homes i el quefer de les dones (1923-1930)

El treball dels qui vivien en la ciutat havia canviat prou. Del total dels treballadors actius (un 30% sobre el conjunt) tant sols un 9% pertanyia al sector primari, la qual cosa suposa una transformació radical de l'estructura social de la ciutat si recordem que en 1900 la xifra superava el 40%. Grans zones, abans ocupades per alqueries, com Arrancapins o Patraix, han deixat el lloc a fàbriques i tallers que s'han desplaçat dels barris tradicionals (Museu, Hospital, Misericòrdia) cap a la perifèria i que absorbeixen mà d'obra en un procés de creixement industrial no molt intens però apreciable. Al sector secundari pertanyen ara el 40% dels actius enfront del 22% de 1900 i al de serveis el 44% enfront del 33. Si ens atenem a les xifres és indubtable que València ha deixat de ser una ciutat eminentment agrària i que la seua activitat productiva es basa en la indústria i els serveis. Però tampoc no convindrà exagerar les dades. El creixement dels serveis, comercials, financers i de transport i comunicació, es produeix fonamentalment provocat per l'entorn agrari al qual la ciutat serveix de pont i, en aquest sentit, la seua base econòmica segueix sent la mateixa. No ocorre el mateix amb el seu entramat o teixit social en el qual el gran retrocés del treballador del camp, i la seua tendència a la desaparició de l'escenari ciutadà, assenyalen unes importants transformacions en les relacions socials. Sobre aquesta qüestió importa que ens aturem un moment, ja que sembla que l'hem agafada amb els llauradors i que el simple augment del percentage d'obrers ja ens du a entonar el "proletaris del món, uniu-vos!" Deixem bén clar que ací no es discuteix la capacitat revolucionària dels camperols, tema del qual es pot opinar i sobre el que els jornalers de l'Horta i la Ribera es van pronunciar amb contundencia en els anys 17 a 20. Simplement ens interessa constatar que el predomini de les relacions industrials (en les quals s'ha d'incloure no solament el treball assalariat sinó la disciplina, l'ofici, la distribució del temps, la concetració espacial, etc.) genera actituds, hàbits, aspiracions, formes d'organització i de lluita, en fi, una cultura específica que configurarà, com l'altra cara de la cultura burguesa, allò que s'anomena una ciutat moderna. Per això, esbrinar quin tipus de canvis s'han produït en les relacions industrials és el camí obligat per tal de conèixer l'evolució històrica de la ciutat.

El cens de 1930 ens informa de la distribució de la població segons rams d'activitat. Sembla bastant sorprenent que el sector de la fusta ocupe gairebé tants treballadors com el que es considera més modern, el del metall, i encara ho és més que aquest presente una gran fragmentació i es compose de petits grups entre els quals llauners i lampistes són el doble que els dedicats a aparells de precisió, el mateix po-

dia dir-se dels sectors textil i confecció, amb una relació molt baixa d'ocupats en el teixit, que se suposa tecnològicament més avançat, i un gran nombre de dones dedicades a modisteria. Podria replicar-se que precisament perquè són sectors més avançats ocupen menys mà d'obra, la qual cosa es certa però no convincent quan la desproporció és tan manifesta. La conclusió més lògica és que la classe obrera de la ciutat segeix treballant en oficis i sectors del tipus tradicional, la qual cosa no és cap obstacle, com veurem tot seguit, per a la seua progressiva proletarització. Ja vam tenir ocasió d'assenyalar que durant el boom de la guerra del 14 es creen noves empreses, es modernitzen i tendeixen a la concetració, però que tota aquesta evolució es bastant moderada i es realitza sobre les bases de la mateixa estructura productiva. Si exceptuem la Unión Naval de Levante, que es crea sobre la base dels poderosos Talleres Gómez, i si deixem les indústries de fora de la ciutat (Port de Sagunt, Cementos de Bunyol...) les gran empreses, com La Primitiva o Talleres Devís, procedeixen de finals del segle passat. Volem dir amb això que la distribució ocupacional dels treballadors de la indústria no ha experimentat uns grans canvis i roman dispersa i heterogènia. La mitja de treballadors per empresa és molt diversa segons els sectors: de 2'5 en els tallers de fusteria a més de 50 als d'ebanisteria i moble corbat, de 1'5 en manyeria a uns 50 en fontaneria, de 3 o 4 en el ram de l'alimentació a més de 100 en les empreses d'adobs químics.

Expliquem-nos de forma pràctica. Entre els primers i més famosos curtmetratges del cine espanyol es troba el "Obreros saliendo de una fábrica de Sants". Filmat a València solament hauria donat per a un spot, ja que quan eixia el quint o el sisé ja no hi quedava ningú en molts tallers. Tanmateix, i malgrat d'aquestes evidències que hem volgut constatar per no desfigurar la realitat i creure'ns que aquest 44% d'obrers industrials havia convertir València en Detroit, la classe obrera de la ciutat s'havia homogeneïtzat ideològica i culturalment durant els anys del trienni bolxevic i ja no se li podía anomenar, com feia el diari blasquista a principis de segle, "la massa federal", o amb el vaporós títol de "poble". Ens trobem amb un proletariat fet i dret. La història del moviment obrer, que constitueix una de les parts més apassionants de la història de la ciutat, ha avançat fins adquirir una consistència social. I ho ha fet no tant a causa d'una modificació radical de l'estructura productiva quant per la seua activa articulació en les canviants relacions socials, polítiques i ideològiques. No ha estat el resultat reflex i mecànic d'unes formes de producció arquetípiques, que tal i com es postulen perquè poguera existir no es donaren a València ni en altres llocs, sinó que s'ha configurat a si mateixa en una llarga i complexa pràctica social en la qual es barregen els sòlids elements de la tradició amb els nous impactes rebuts. Sense les Societats de Resistència de 1900 no haurien sorgit els grans sindicats en 1910, i sense les lluites dels anys 20 aquests no s'haurien enfortit. Però tot aquest procés no es produeix en abstracte, sinó en el marc de la unificació creixent i la concentració de mercats i interessos que conforma el capitalisme. Per això, durant la Dictadura de Primo de Rivera, el moviment obrer es veu reprimit i frenat, però uns importants elements configuradors de la seua consciència segueixen actuant sobre ell, fins i tot

amb més força. La globalitat del sistema capitalista es percep d'una manera molt més impositiva i, d'altra banda, la reducció corporativa a la qual se somet als treballadors els hi torna, sense pretendre-ho, als orígens de la seua consciència diferenciada: el treball, l'ofici, el salari, el company. Entre les normes del ram del metall encara vigents en 1931 llegim:

> "Pel fet de l'admissió de l'aprenent, el patró s'obliga a procurar enèrgicament que els operaris del taller proporcionen a l'esmentat aprenent els ensenyaments de la professió amb cura i estima. Al mateix temps l'aprenent es presentarà perfectament net, practicarà les regles d'higiene més escrupuloses, es produirà amb la major educació i tractarà a tots amb el major respecte."

Qualsevol diría que aquestes recomanacions són una herència del paternalisme primoriverista, però no és així. Pertanyen a la més pura tradició obrerista, tant o més que els textos incendiaris. Perquè la consciència obrera és, abans de tot, consciència de la pròpia dignitat i de la dignitat del treball. Que València en aquesta época estiguera plena d'ebanistes, manyers, marbrers, soldadors de primera i segona, aprenents, en lloc de disposar d'un nombrós planter d'obrers fordistes, denota que la distribució de l'ocupació de la indùstria havia canviat relativament poc en vint-i-cinc anys, però no significa que la classe obrera romanguera endarrerida. La formació històrica de la classe obrera, per usar el cèlebre títol de Thompson i les seues idees, no és uniforme ni està mecànicament prefixada i el que els treballadors valencians configuren la seua consciència col·lectiva des de l'arrel a diversos oficis constitueix la seua peculiaritat. En 1925 ens trobem amb un moviment obrer reprimit però ja format, i tant sols així s'explica la seua ràpida organització amb la República.

Una novetat trascendental, sobre tot per a les clases populars que eren les que havien suportat la seua mancança, es refereix a les millores aconseguides en l'escolarització i, com a conseqüència, en la disminució de l'analfabetisme. La Dicatdura, s'ha de reconèixer, va dedicar una lloable atenció a la construcció d'escoles però els resultats que ara passem a constatar no se li poden atribuir en exclusiva sinó que són el resultat d'un lent i llarg camí en resposta a una de les demandes més sentides de la població. En 1930 asistiren a escoles públiques o privades un total de 18.949 xiquets i 16.446 xiquetes la qual cosa representa un percentatge del 83 i el 78 per cent, respectivament, sobre el grup de 7 a 15 anys estipulat en el cens. No sabem fins a quin punt responen les dades a la realitat o si molts xiquets farien "fugina", però sobre el paper és un índex bastant elevat. Els resultats d'aquests progressos en l'escolarització es poden apreciar perquè fins els 15 anys no s'aconsegeuix el nivell òptim d'alfabetització que, per cert, és més elevat que els dels que han anat a l'escola. Aquesta notícia sorprenent no crec que es puga atribuir a una dotació especial de ciència infusa en els valencians sinó que, entre els 14 i els 15 anys, les xiques podien aprendre en les cases on "servien" i els xics en alguna escola del mateix ofici on treballaven com aprenents. El grup intermedi, que segueix immediatament al nivell òptim, és el dels compresos entre 20 i 30 anys,

és a dir, els que anirien a l'escola entre 1919 i 1920, etapa en que es donaren ja uns progressos significatius. Aquestes xifres són més esclaridores si es comparen amb les d'abans. Entre els joves de 20 anys hi havia en 1900 un 16% d'analfabets homes i un 36% de dones, mentre que entre els joves de la mateixa edat hi havia en 1930 un 7% d'homes i un 16% de dones. La disminució és més evident en les dones, que partien d'uns índex molt baixos.

Encara hauran de pasar molts anys perquè la dona ocupe un paper en la societat. Primo de Rivera presumia que per primera vegada, a través de la representació corporativa, hi havia dones regidores i citava sis o set ajuntaments. No va ser el cas de València, on el general Avilés i el marqués de Sotelo s'envoltaren d'homes conspicus, encara que foren designades en 1927 una senyora i una senyoreta per l'Assemblea Nacional Consultiva. La bona voluntat del dictador quedava bastant minvada en un sistema que mancava de representativitat i no passava del terreny anecdòtic. En el terreny real la dona burgesa complia amb el rol que se li havia assignat d'estar en el seu lloc; la classe mitjana tenia poques oportunitats de canviar de lloc, i la dona treballadora, doncs, treballava molt. La seua activitat es concentrava en sectors molt determinats (ensenyament, comerç, modisteria i servei domèstic) que, pel distint nivell de qualificació i les possibilitats d'adquirir-lo, cal suposar que s'abastirien de persones de burgesia mitjana els primers i per dones d'obrers els segons. En conjunt treballava un 10% del total de dones que representaven el 15% dels actius, uns índex que poden semblar elevats per a l'època però que queden debilitats en comprovar que la majoria es dediava al servei domèstic. La incorporació de la dona al treball com a magnitud socialment significativa era, per consegüent, baixa. Tanmateix, hi ha una peculiaritat destacable. Dels 1.144 mestres de la ciutat 619 eren homes i 525 dones, i aquesta devia ser l'única sortida per a les senyoretes de classe mitjana que vullgueren emancipar-se. Com a dependents de comerç hi ha un bon nombre, encara que en proporció 1 a 14 respecte els homes, i la major part figuren en els apartats "gèneres alimentaris" i "despatx de begudes". En els bancs, farmàcies, ultramarins i botigues de teixit, amb ben poques excepcions, seguien despatxant els homes. Una dona podía ser confitera i orxatera, però no podía usurpar a l'home altres tasques més complexes. Hi havia "dependents" de farmacia però no "dependentes". A les botigues de teixit o de moda, com Sánchez de León o Conejos, atenien a la selecta clientela homes fets i drets. Es requeria un vigor físic acreditat per baixar les peces de les prestageries, una paciència il·limitada per desplegar-les i tornar-les a plegar fins trobar el color buscat pel client de la casa, i era imprescindible aquell posat de confiança que donava haver estat en la casa tota la vida. Qualitats que se suposava, era un suposar, no posseïa la dona.

Estaven també les modistes, protagonistes d'incontables sarsueles i fins i tot d'alguna òpera de finals de segle, la pobra Mimí i l'alegre Musette puccinianes a les quals l'arriscat Miguel Fleta cantava romances, "oh che gellida manina" i coses molt apassionades. Personatges alegres, tendres i entranyables que acompanyaven a la bohèmia "estudiantina", "guapetonas" de tota una peça que posaven gelós a Felipe en la verbena, floretes tendres que algún desaprensiu duia a la perdició, sobre les quals el

mateix Marx va escriure un al·legat filosòfic on ens contava els amors de Rodolf i Fleur de Marie i Blasco, per a no ser menys, un al·legat literari en *Arroz y tartana*. En fi, així eren sobre el paper. En la realitat sabem, per les protestes i les reivindicacions d'un grup de senyores catòliques que crearen el Sindicat de l'Agulla, que eren filles d'obrers que necessitaven que entrara en sa casa un complement del seu pobre jornal. La faena d'aquest sindicat meresqué els elogis de l'Institut de Refornes Socials per la qualitat de la seua informació i certament, en un sector que es caracteritzava pel que avui anomenem "treball submergit", posar en clar les coses era una faena de gran importància. Els resultats semblen haver estat òptims, però no ho podriem garantir, ja que aquest caràcter submergit feia difícil el control perquè es complira l'estipulat. De tota manera, és important constatar les tasques d'aquest sindicat que era un model per a tota Espanya i que ofereix aquests resultats magnífics: en 1914 la "cosidora" cobrava aproximadament la meitat que una dona que treballava en una fàbrica de teixits, mentre que en 1925 el salari-hora s'havia equiparat. València es l'única província que presenta uns augments significatius en aquest sector, ni més ni menys que del 206% seguida de Biscaia (156), Barcelona (129), La Corunya (123) i Madrid (114). Felicitem a les modistes valencianes i el seu Sindicat de l'Agulla, una de les poques mostres de sindicalisme lliure que va demostrar ser eficaç, encara que, repetim, les dades sempre es refereixen als tallers de costura, d'una dimensió i nombre d'operàries que es podien controlar, i no sabem de quina manera funcionaria el mercat de treball negre, el de la "cosidora" que se'n duia la faena a casa o la modista amb dues ajudantes. En el cens de 1930 apareixen 1.700 dones dedicades a la costura, i això és el que podem dir. És signifiatiu que el major nombre (el 82%) es concentrava entre els 15 i els 30 anys, amb un elevat percentatge (el 15%) de menors de 15 anys. Devia ser un treball que agafaven ben aviat les filles de les famílies obreres, fins i tot abans d'acabar l'escola que les preparava especialment per això (popularment es deia "anar a la costura" per designar l'escola). Quan es casaven ho deixaven, com així es pot comprovar en el nombre minvant de treballadores per blocs d'edat, pràcticament irrelevant a partir dels 30 anys.

Si fóra cert allò que diu el cuplé, "pobres chicas las que tienen que servir", el panorama d'aquesta època no seria gens falaguer. El servei domèstic acapara, amb 10.694 dones dedicades, la major part del treball femení de la ciutat. Com en el cas anterior es concentren entre els 15 i els 30 anys, la qual cosa ens ha suggerit comparar-les amb el total de les dones d'aquesta mateixa edat. Resulta impresionant constatar que, entre els joves, un 25% feren de minyones. Això vol dir que gairebè totes les famílies obreres possaven una filla a servir. Una boca menys per alimentar i vestir, i els petits estalvis que la xica poguera fer amb les estrenes simbòliques que li donaven per quan arribara el moment de casar-se, representava un alleujament a les estretors del salari. Però vista la qüestió des d'un altre angle resultava que no solament l'amo d'una fàbrica treia la plusvàlua de l'obrer sinó que en aquesta noble faena col·laborava la seua santa esposa tot dirigint l'exèrcit domèstic de reserva. Es pagava poc al pare però es donava de menjar a la filla. En 1925 encara anaven les coses així.

5. Els anys de la República (1931-1936)

"Por las calles de la ciudad la gente se abraza, se besa, sin conocerse, sin haberse visto jamás". Es formen grups, s'escolten vítols, flamegen els mocadors, es llancen les gorres a l'aire. Ja és tard, però ningú sembla tenir ganes de tornar a casa. Tots volen viure aquelles hore inoblidables, brindar, comunicar-se l'alegria... El lector no pot equivocar-se, és la nit del 12 d'abril de 1931 i comencen a conèixer-se els resultats de les eleccions muncipals que donen un clamorós triomf a les candidatures republicanes. Fins als disrictes tradicionals de la dreta, a Universitat i a Audiència, hom ha superat el 50%. Al Port s'ha assolit el 83%. Indubtablement tenen raó els historiadors en afirmar que aquelles no foren unes eleccions sinó un plebiscit sobre la continuïtat del règim. A València havia vençut la República amb un 71% de vots favorables als seus representants, i pels carrers, com ens conta *El Mercantil,* es veien homes abraçant-se, joves que pujaven als farols per donar "visques", infants que preguntaven a l'aví perquè plorava, i era d'alegria. Les tantes vegades somniada, esperada, cantada República anava a venir, aquesta vegada era segur. València sencera ho havia dit a les urnes.

[...] En apuntar l'alba del dia 14, la República havia estat proclamada des del balcó de l'Ajuntament d'Eibar. Hores més tard ho seria a Barcelona. L'espera no podía prolongar-se indefinidament i que la victòria li fos arrebatada al poble. A l'Ajuntament, a l'Ajuntament! Una inmensa gentada empenyia els seus representants cap a la Casa de la Ciutat perquè hi prengués possessió en nom de la República. En arribar a la plaça veieren que ja onejava la bandera tricolor a l'edifici de Correus. Minuts més tard, serien les 3 hores, era hissada al balcó de l'Ajuntament entre aclamacions delirants de la multitud. La frase encunyada més de trenta anys enrere, per fi es feia realitat: València era una ciutat republicana i lliure. A les poques hores ho seria oficialment tota Espanya.

Aquestes jornades compendien anticipadament i a la perfecció el que va oferir la República durant els seus dies solejats i feliços, tot el que volgué ser i no pogué, en gran part perquè no la deixaren: il·lusió i bona voluntat. La il·lusió desbordada del poble, dels "trabajadores de todas clases", que hi havien dipositat esperances i somnis des de feia tants anys i que, ara, eixien al carrer amb l'absoluta convicció que anaven a complir-se. I el reformime moderat, prudent, savi, contingut, tal vegada en excés, d'uns dirigents que aspiraven a modernitzar les arcaiques estructures socioeconòmiques del país

[...] Després vindrien les dificultats, els errors, tal vegada els excessos, i per damunt de tot la decidida oposició dels sectors més reaccionaris i poderosos de la societat espanyola entestats en fer inviable l'experiència reformista.

[...] No volem dir que durant el període republicà no hi haguessen tensions socials, n'hi va haver i molt fortes, ni tampoc que els Governs reformistes del primer bienni foren perfectes. El que sí que volem destacar, però, és que la idea de caos social, d'una república encesa en flames i sense timó, dirigida per demagogs destrellatats és completament falsa. Hi hagué un bon govern de la cosa pública, com pogué-

ren apreciar els valencians que tant es queixàren i que, després, amb tres o quatre ministres contribuiren al gir reaccionari. Hi hagué en les masses més paciència i moderació de la que calia esperar. Es donà, però un progressiu divorci entre l'acció del govern i la societat, que anà derivant fatalment cap a un buit de representació i cap a una reorganització de la societat al marge del sistema establert de manera cada vegada més polaritzada.

[...] Durant aquests anys hi hagué durs conflictes socials i la passió política aflorà en algunes ocasions amb violència [...], però no tant com l'apocalíptica visió que traçava la dreta i que de tant repetir-la enfosquí la comprensió de la realitat als mateixos que la vivien. La lectura de la premsa conservadora de l'època recorda el conegut acudit en el qual dos filòsofs de café van fent comptes dels que treballen a Espanya i al final resulta que només ho fan ells dos que ja duen tres hores discutint. Vaga rere vaga, ahir els fusters, hui el enllustrabotes, demà els telefonistes, ens anem assabentant que sota la República només teballen els empresaris, l'especificitat dels quals, certament, mai no havia estat aquesta. El mal és que, per aquesta premsa, tan singular história no era un acudit i, per als seus lectors, un dogma de fe.

Els informes de la Cambra de Comerç ens fan saber que en 1931 hi hagué 15 vagues en la ciutat de València, el mateix nombre en el 32, 10 en 1933, 17 en 1934 i 3 en 1935. En 1919 se'n comptabilitzaren 39 i en 1926 i 1927 no n'hi hagué cap. Aleshores, és greu el que tinc, doctor? Doncs veurà, si consultàssem un sociòleg funcionalista, el doctor Dahrendorff, per exemple, persona no gens sospitosa d'extremisme, ens diría que és tan roí que el conflicte social estiga reprimit, car és a través del conflicte que la societat troba el seu equilibri, com que desborde les possibilitats d'integració. En el nostre cas seria aventurat dir que la conflictivitat dels anys repulicans estigué en el punt mitjà donat que la temperatura social no es mesura matemàticament pel nombre de vagues. El que sí que es pot afirmar és el següent: l'elevada conflictivitat del trienni bolxevic no anunciava una revolució, perquè era evident que el moviment obrer no hi era organitzat, però denotava amb tota claredat la descomposició de l'Estat de la Restauració, definitivament incapaç de garantir el consens social. La crisi d'aquells anys feia inevitable el canvi de règim polític, el remodelatge de l'aparell de l'Estat, tal i com ho faria la República, i que en no dur-se a terme abans, requerí l'ortopèdica solució de Primo de Rivera. En qualsevol cas és evident que la descomposició social d'aquells anys no tenia més sortida, encara que es postergàs i posàs entre parèntesi, que la modernització i la democratització de l'Estat. La crisi social de la República és, en principi, completament diferent perquè no evidencia una descomposició de l'aparell de l'Estat ni una desintegració de la societat sinó un intent d'articulació d'ambdós en la forma en què ho fan totes les societats modernes, és a dir, a través del conflicte i de la integració d'aquest. Els sectors econòmics més poderosos bloquejaren totalment les possibilitats de dur a terme aquesta articulació inutilitzant la capacitat integradora de l'Estat. A diferència de la crisi dels anys 20, en què era imprescindible el recanvi, ara hi eren tots els elements per a un resolució positiva del conflicte social. Però cas de no donar-se, a diferència d'aquells anys, ara el moviment

obrer hi era preparat per imposar la seua alternativa. Fent un seguiment dels conflictes socials de la ciutat es pot veure que hi ha tota una primera fase, del 31 al 34 en què són integrables, un any crític, el 35, en què s'ofeguen per la força, i uns messos del 36 en què cal preguntar-se si la República reformsita era salvable o l'enfrontament entre revolució i reacció era ja inevitable. Vegem-ho.

El lector ha de tenir en compte que ens referirem a la conflictivitat de la ciutat que difereix bastant de la del camp. En aquest s'observa una generalització major de les vagues, un esgotament més ràpid (en el 34 baixen notablement) acompanyat d'espasmes revolucionaris en alguns pobles (Simat, Pedralba, Sollana) que pel seu compte proclamaven el comunisme llibertari per unes hores, i una radicalització més agressiva en els primers messos del 36. No anem a estudiar-ho però convé constatar-ho perquè a València el camp és més prop de la ciutat que a d'altres indrets. Ací vivien molts propietaris als quals les notícies que els arribaven dels pobles els intranquil·litzaven més que no calia i proporcionaven arguments a la dreta política que es feia forta en la seua defensa.

A la ciutat els conflictes són definits per tres elements: 1) Solen ésser motivats pel contracte de treball en el qual no només es busca millorar les condicions econòmiques sinó arribar a alguna mena, encara que siga mínima, de control de la contractació. El primer aspecte no ocasiona grans dificultats mentre que el segon es converteix en font continua de conflictes entre una patronal que no accepta interferències en les seues omnímodes atribucions i uns treballadors acuitats per l'augment de l'atur. 2) La motivació laboral s'insereix en el moment polític i queda amplificada per les seues especials circumstàncies. Es lògic que en maig i juny del 31 esclaten els conflictes perquè els treballadors pensen que en alguna cosa ha de notar-se l'arribada de la República. I lògic, tanmateix, que es tornen a incrementar a mitjan del 34 quan els governs dretans comencen a arrabassar-los les seues conquestes. 3) En últim extrem els conflictes depenen de la implantació sindical i de l'actitud patronal tal com veurem en casos ben significatius. En aquest sentit, cal fer unes observacions sobre la tant gastada radicalitat cenetista. Segons dades de l'estudi de E. Vega, un 30% dels treballadors de la ciutat eren afiliats a la CNT i un 16-18% a la UGT, cosa que, a banda d'una xifra molt elevada de sindicació, ens mostra el clar domini anarquista, tradicional de la ciutat. Doncs bé, als pocs dies de proclamar-se la República, la Federació local cenetista publicà un manifest, "La misión de la clase obrera en esta hora", en el qual es deien coses com aquesta: "Mañana estareis en el taller, en la fábrica, en el puerto, en los ferrocarriles, y la situación será la misma, angustiosa, como será desesperada la situación de miles de parados que no tienen de qué vivir. Nosotros decimos a la clase obrera que donde tiene su baluarte es en la organización de su propia clase que aspira a cambiar todo lo actual, y donde no existirán policías, ni polizontes, ni aspirantes a tales". Deduir d'ací que des del començament la CNT aspirava a enfonsar la República és absurd. Aquest no és més que un pamflet típic anarquista en què, com era lògic, es repeteix una vegada més l'idea de l'autonomia obrera i el rebuig general de l'Estat. Que la CNT actuà d'una manera més radical que

la UGT i en ocasions amb imprudència, la qual cosa conduí a inútils enfrontaments entre ambdues, no ens ha de dur a carregar-los, als anarquistes, amb el cartell de provocadors, i menys encara els de València qué, com és sabut, pertanyien a la tendència moderada o sindicalista que forma els anomenats "sindicats d'opció". Ells van a ser els protagonistes de quasibé tots el conflictes que veurem i que ofereixen característiques molt diverses.

A l'entorn de juny de 1931 diferents rams es declaren en vaga. El treballadors volien fer valdré els seus drets en la naixent República, no hi havien lluitat perquè tot continuara igual. El conflicte de la Telefònica, plantejat com una vaga general en tot l'Estat, tipifica l'actitud més sectària de la CNT. Segons el professor Santos Julià, la central anarquista intenta forçar el govern que intervinga contra la poderosa multinacional i, cas de no fer-ho com era previsible, desemmascarar el seu caràcter burgés. És el típic conflicte "exemplar" en el qual no es cerquen objectius sindicals sinó ideològics, elevar la consciència de classe. Sol tenir pèssimes conseqüències perquè es va podrint sense assolir res de tangible, es radicalitza i serveix de pretext per a la repressió. Així va ocórrer, encara que València no fos dels llocs on més es va extremar. Els treballadors s'hi enfrontaren entre ells, segons *Las Provincias* s'intentà despullar al carrer unes treballadores per esquiroles, hi hagué intents de sabotatge i es produí una pèssima impressió entre la població.

A l'altre extrem ensopeguem amb els conflictes provocats no només per la intransigència espontània dels patrons, que sovint es dóna en petites empreses, sinó per una *estratègia intencionada* d'intransigència. Dintre d'aquesta línea sobresurt Hidroelèctrica. Forta per a resistir, lligada a capital financer i als sectors ideològics més reaccionaris, sembla entestada a fer que esclaten els conflictes i que no es resolguen. Formada per diverses societats filials i amb múltiples situacions laborals, des d'oficinistes a reparadors, vigilants i, més que res, contractats eventuals per a diferents treballs, aquesta situació li permetia tota mena d'abusos, favoritismes, discriminacions, coaccions de tipus polític, acomiadaments. En 1931, davant d'una brevíssima vaga de quatre dies, Hidro promet al sindicat negociar el punt clau dels contractes laborals i dedica els tres anys restants a incumplir-los. En 1932, 33 i 34 hi ha llargues vagues, de més de dos mesos, a alguna societat vinculada a l'Hidro i sempre pel mateix motiu, els acomiadaments. Les coses, però, no acaben ací. Després del triomf del Front Popular el govern decreta una amnistia laboral. L'Hidro es posa d'una forma provocadora, igualment que la Telefònica, al cap de les empreses que no ho acepten.

Enmig d'aquests dos extrems trobem dues noves tipologies que es corresponen amb el conflicte sindical més clàsic, dur o tou segons les circumstàncies que el rodegen. Conflictes tous, resolts a poc d'esclatar la vaga, serien els de les gran empreses, com ara Cross o Lebón, on bé els sindicats, bé la patronal semblen tenir capacitat negociadora. I sobretot els dels Tramvies, amb una empresa difícil, però amb un sindicat que, des dels seus inicis en 1900, havia donat mostres d'una gran habilitat per a comprometre l'Ajuntament i guanyar-se la simpatia i el suport de la població. Com ja féu en una famosa vaga en 1902 postposada per tal de no perjudicar la Fira de Juliol,

ara l'interromp per tal de no pertorbar les eleccions. Solucionat el conflite, amb la mediació municipal, ja no tornarà a esclatar fins a 1936. Conflictes durs, però dintre de l'òrbita sindical tradicional, serien els del ram de la fusta. En aquest sector trobem dues llargues vagues en el 31 i el 34. Hi ocorre que existeix un Sindicat molt fortament cohesionat i que actua amb una gran disciplina i solidaritat. A través del informes de la Cambra de Comerç es pot veure que no és tot el sector el que es fica en vaga, sinó que allò que aconsegueixen els fusters s'intenta aténer després pels ebanistes, o que el comiat en una fàbrica de xapes comporta que s'hi solidaritzen els d'aquesta especialitat. Aquest model de lluita es practicava des que es crearen los societats obreres de manera que es pot dir que el Sindicat de la Fusta, que era, també amb les societats del Port, el més cenetista de la ciutat, actuava de forma més combativa i, també, més sindical. Finalment cal citar una vaga que s'emmarcaria en el model de les anomenades "salvatges" perquè en aquestes, una base radicalitzada i poc organitzada desborda el Sindicat i du el conflcite a un carreró sense sortida. Ens referim a la de cambrers i empleats de fondes i hotels que començava a primeries de juliol, en 1931, i acabava a primers d'octubre. Entre les reivindicacions, la més conflictiva, i que la patronal considerava innegociable, exigia la supressió de les propines, que havien de ser substituïdes per una participació en els beneficis. Encara que semble anecdòtic aquesta reivindicació podría simbolitzar les actituds del moment entre les forces socials. El desig dels treballadors per afirmar la seua dignitat més que no per aconseguir diners, suprimint allò que consideraven humiliant dàdiva dels senyorets, la intransigència de la patronal davant del que suposàs la més mínima ingerència en el control de l'empresa (contractació, beneficis, etc.) i la manca d'experiència sindical i de flexibilitat patronal per trobar una senzilla fórmula de solució (alguna mena de plus sobre el salari). La combinació d'aquests tres elements és el que donava lloc a les diferents tipologies conflictuals que hem anat veient. Quan apareixía la prepotència empresarial (casos Hidroelèctrica i Telefònica) o la inexperiència i manca de cohesió sindical (cas dels cambrers) el conflicte s'enraria i allargava, com aquest dels bars i hotels que durà 94 dies i causà una autèntica distorsió en la vida ciutadana.

Els dos anys següents, 1932 i 1933, ens ofereixen una baixa conflictivitat no només perquè descendéix el nombre de vagues, a 10 en 1933, sinó per la seua menor importància. En el 32, si exceptuem l'inevitable i crònic conflicte de l'Hidro, només hi destaquen les del metall i de la construcció, els dos rams forts que faltaven per replantejar les noves condicions del contracte de treball. Són vagues d'una duració mitjana i del més pur caràcter sindical. La del metall es resol en quatre dies en el mes de juliol, i es torna a plantejar, amb més d'un mes de duració, en desembre, en veure els treballadors que no es complien les condicions pactades. Cas a banda, dintre del metall, és la de la Unión Naval que arrossega conflictes intermitents per la inestabilitat que pateix l'empresa per manca de comandes. Això es tradueix en confusos torns de treball i en interrupcions temporals de contractes que el sindicat intenta controlar. I aquest any, no hi hagué gaire més. Menys encara ens oferix 1933 relativament tranquil i no només en comparació amb el trienni bolxevic sinó a un any normal i corrent del període restauracionista. Exceptua-

des Hidro i Unión Naval les poques vagues que hi ha són en fàbriques de menor importància o en sectors amb poca incidència, com és el cas dels enllustradors.

En 1934 el panorama canvia per complet amb l'arribada al poder de la coalició lerrouxista-cedista, definitivament consumada en octubre. Les il·lusions i les esperances reformistes s'han acabat, i s'inicia el procés de disgregació social, tot just quan la dreta pensa que la situació torna a ésser sota control. Els treballadors tracten de defensar les seues conquestes, de frenar el camí de Lerroux cap als braços de la CEDA. A la ciutat, l'endèmic conflicte d'Hidroelèctrica torna a sorgir amb major duresa, com no podía ser menys, i s'hi uneix el d'una altra gran companyia, la Societat d'Aigües, que no vol ser menys en demostrar que s'ha d'entrar pel camí de la mà dura. Començant ambdues en març es perllongaran fins a primers de maig. No obstant la intervenció de l'Exèrcit, en substitució dels vaguistes, les deficiències en aquests dos serveis fonamentals es deixen sentir en la vida de la ciutat. Mitjançat el conflicte, la CNT crida en abril a una vaga general, a la qual se suma la UGT, i és un èxit car hi participen les més de 1.000 operàries de la Fàbrica de Tabacs, tradicionament aïllades i poc combatives. En aquesta vaga general, que dura una setmana, apareixen per primera vegada els joves de la Dreta Regional conduint els tramvies protegits per la força pública. El fet parla per si mateix del tipus d'organització de qué està dotant-se la dreta. Aquesta no es la vella dreta conservadora a la qual calia donar les eleccions preparades sinó un partit disciplinat, disposat a guanyar els vots mitjançant la propaganda i l'acció, i amb simpaties creixents cap el feixisme. Aquest mateix mes d'abril, 5.000 joves valencians assisteixen al gran míting de l'Escorial en el qual la CEDA fa una exhibició de la seua força per tal d'aconseguir l'entrada al Govern, i on Gil Robles hi és aclamat amb els crits de "¡¡jefe, jefe!!, que traduït a l'italià es diu "duce" i a l'alemany "führer".

Les prolongades vagues d'aquests mesos i el fracàs de la vaga general, que no aconseguí que cediren les empreses, deixà sense alè els treballadors. La vaga revolucionària d'octubre té escassa repercussió en la ciutat i es limita a un atur, amb seguiment desigual, a l'espera de veure qué és el que passa en la resta d'Espanya. I el que passa és que el Govern controla la situació, excepte a Astúries on la reprimeix amb extrema brutalitat. A València els locals obrers són clausurats, les empreses aprofiten l'ocasió per acomiadar el líders sindicals i durant tot l'any 1935 la conflictivitat és prácticament nul·la. Això, però, no és un símptoma de pacificació social, més aviat la calma abans de la tempesta. Després de les eleccions del 36 i el triomf del Front Popular, els treballadors ja no accepten demores i es crea una situació caracteritzada per la urgència. Les espectatives renascudes no esperen a veure's una altra vegada defraudades i en no pocs llocs la iniciativa de la gent s'anticipa a l'acció del Govern. En Andalucia s'ocupen les terres promeses en la reforma agrària i, com és habitual en les situacions de canvi, a alguns llocs esclaten desbordaments d'odi innecesàris i cridaners. *Las Provincias* ens ofereix una llista de pobles de la provincia de València on ha estat expulsat el rector de la parròquia al llarg del més de març. En maig es produeixen seriosos incidents a Alzira, Pobla Llarga i Carcaixent, amb agressions personals, assalt als locals de la Dreta i l'in-

tent de crema d'algunes esglésies. Sense dubte la situacio al camp, castigat per les gelades dels anys anteriors i per l'atur, era greu i donava per aquestes explosions d'ira a l'estil de les antigues "jacqueries". En canvi la ciutat apareix tranquil·la. El Govern ha donat un decret d'amnistia laboral pel qual han de ser admesos els acomiadats per motius polítics arran dels sucessos d'octubre del 34. Els Sindicats ho exigeixen, les empreses donen llargues i, com era d'esperar, Hidroelèctrica i Telefònica es neguen. Els Sindicats amenacen amb una vaga general. "Todo en este mundo tiene un límite y nosotros ya hemos llegado a él. No queremos indemnizaciones sino trabajo y si no nos lo dan nos lo tomaremos". I com que es tracta d'un pamflet cenetista acaba amb un simpàtic desplant del Tenorio: "pues si sus puertas me cierra, de mis pasos en la tierra, responda Electra, no yo". En els discursos de l'1 de maig es diuen coses fortes: "Romperemos el Frente Popular cuando estemos preparados para tomar el poder". En la pràctica, però, els dos sindicats es mostren sumament prudents. La vaga general es postposa i es demana als acomiadats que passen pels locals del Sindicat per tal que aquest els negocie la readmissió. En tots aquests messos trobem molt poques vagues. La de tramvies que es resol, com és habitual, als quatre dies amb la intervenció de l'Ajuntament i la frase de rigor: "no queremos perjudicar a Valencia ni mostrarnos intransigentes". La de la Construcció dura una setmana i aconsegueix les seues reivindicacions. I la dels treballadors del Ferrocarril d'Aragó que, segons diuen, no han tingut augments salarials des de 1920. Tant just devia semblar el que demanaven que fins *El Pueblo,* no gens sospitós en aquests temps d'encoratjar la revolta, dóna suport a una subscripció per a les famílies dels vaguistes que ja duen més de vint dies sense cobrar.

[...] El fenòmen de desagregació social i la progressiva polarització dels extrems tingué a València un caràcter estrepitós en enfonsar-se el blasquisme, referent polític que havia representat les aspiracions populars. S'accentuà d'aquesta manera l'autonomia del sindicalisme, i la seua radicalització, en bloquejar-se les mediacions polítiques d'esquerres durant el segon bienni [...]. Per a les eleccions de 1936 els partits obrers i republicanoprogresistes s'agruparen en el Front Popular per defensar-se del demolidor avanç de la dreta cada vegada més feixistitzada. Guanyarem netament. S'havia salvat la noble causa de la llibertat i de la justícia que defensava la República, la qual estava disposada una altra vegada a dur endavant les reformes amb el renovat suport popular. Les clases dominants, l'Església i una gran part de l'Exèrcit no ho acceptaren. Ni més ni menys.

Blasquismo y movimiento obrero en la Valencia de 1900. Cara y cruz de una relación compleja

Capítulo del libro *Blasquistas y clericales. La lucha por la ciudad en la Valencia de 1900,* publicado por la Institució Valenciana d'Estudis i Investigació (IVEI) en 1986.

Una parte de la historiografía nacionalista y de izquierdas ha presentado la intervención del blasquismo como nefasta para la toma de conciencia del País Valenciano, al tiempo que habría contribuido a la desmovilización de los trabajadores... Por mi parte, debo decir que, en líneas generales, estoy de acuerdo en que la política blasquista cometió numerosos errores y que algunos contribuyeron a distorsionar el proceso de toma de conciencia colectiva y autónoma de nuestra sociedad. No me atrevería a afirmar, en cambio, que su orientación general fuese equivocada ni creo que se puedan pasar por alto importantes aportaciones que corren paralelas a sus distorsiones. En un libro anterior *(Obrers i ciutadans)* intenté demostrar que no estaba tan claro eso de que el blasquismo desorientó y desvió al movimiento obrero de sus objetivos de clase. Más bien parece deducirse, de lo que allí dije, que contribuyó a su reorganización y a darle un nuevo impulso. Me limitaré ahora a resumir y completar algo de lo ya dicho.

.../...

En el marco que nos hemos trazado y en el que inscribimos nuestras consideraciones, a saber, en el análisis de la estrategia populista del blasquismo, el movimiento obrero recibe un tratamiento que se corresponde con las tres etapas indicadas de conquista de la hegemonía, mantenimiento del consenso y del poder, y, finalmente, crisis del modelo. Según esto, el blasquismo centra su atención, primero, en reorganizar el debilitado movimiento obrero.

Durante los años 1900 a 1902 asistimos a una dedicación preferente hacia las sociedades obreras. Se va siguiendo día a día su reconstrucción y se les presta una ayuda sin la que difícilmente hubieran logrado salir a flote. No solo esto. Los blasquistas apoyan algunas importantes huelgas en las que está en juego fundamentalmente el derecho de asociación y lo hacen de una forma abierta poniendo a su disposición todos los recursos del partido: prensa, casinos, influencia social, presión en el Ayuntamiento. Esto no significa que se hagan pasar por obreristas revolucionarios. Ellos prometen la revolución política, no social, y no pocas veces dejan claro que en el marco de la República, que permitiría reformas sociales que ahora son imposibles, el problema obrero encontraría solución. En el centro de la huelga de curtidores, cuando los concejales blas-

quistas tienen la valentía de pedir que el Ayuntamiento les dé dinero, *El Pueblo* publica un artículo en el que se expresa sin ninguna ambigüedad:

> "Porque los republicanos reclamen o implanten las reformas que constituyen la legislación del trabajo (limitación de la jornada diaria, fijación del salario, reglamentación del trabajo de mujeres y niños, inspección de fábricas y talleres, enseñanza obligatoria y retribuida, jurados mixtos, indemnización patronal por accidente de trabajo, etc.) no por eso dejarían de ser republicanos burgueses. En los partidos republicanos hay, no ya afines al socialismo, sino socialistas del todo. Más claro: hay individuos que admiten el principio colectivista de la socialización, no sólo de la tierra sino de todos los medios de producción. Pero eso son aspiraciones individuales, excepciones. Los partidos republicanos, incluso el federal, no son como tales partidos, socialistas. Lo que necesita el país es que el republicano español favorezca el desarrollo de la riqueza, de la burguesía, como ya reconocía en numerosos artículos *El Socialista* de Madrid al discutir sobre las relaciones entre republicanos y socialistas. En nombre, pues, del republicanismo burgués, sin adular a las masas trabajadoras, vicio tan feo como el seducir a las clases conservadoras, pueden los concejales republicanos acceder al auxilio que piden los huelguistas".

Creemos que no se puede ser más explícito y que, en este terreno, el "revolucionarismo" y la demagogia blasquista no pretendieron engañar a nadie. Si acaso puede hablarse de engaño es en el terreno político por:

a) El carácter definitivo y resolutivo atribuido a la República que, si bien contribuía a despertar energías ideales y morales en las masas, les hacía concebir falsas esperanzas.

b) La magnificación de algunos problemas (el clerical, sobre todo), que tenían una importancia objetiva mayor de la que hoy les atribuimos, pero que absorbían y distraían en exceso la atención y la acción de los trabajadores. De todas formas, afirmar que el anticlericalismo impidió la revolución social es ignorar la capacidad organizativa del proletariado en los primeros años del siglo y pasar por alto el juego de los mecanismos ideológicos colectivos en los que un sentimiento de protesta no bloquea a los restantes sino que los dispara. Mejor sería que los obreros tuvieran una conciencia de clase "clara y distinta" pero hemos podido ver que los "sans culottes" pasaban fácilmente de deponer al rey a exigir la igualdad en el disfrute de las cosas, que las manifestaciones patrióticas del 98 derivaban en gritos contra el sistema, y que la Semana Trágica fracasó no porque los obreros perdieran el tiempo quemando iglesias (al contrario, estos hechos dieron el clima necesario de extremosidad revolucionaria) sino porque el movimiento obrero no estaba organizado para ir más lejos. Por muchas razones somos contrarios al anticlericalismo en el movimiento obrero, y por eso lo citamos como uno de los errores del blasquismo, pero creemos que deben matizarse afirmaciones simplistas como la tan repetida del desvío de la atención.

c) Más grave que el aspecto distractivo nos parece el carácter sustitutivo que adquirían esos temas magnificados como *legitimadores del movimiento* blasquista que, aun-

que no ocultara su reformismo social, gracias a ellos se hacía pasar por el más revolucionario ya que atacaba lo que decía ser más importante.

d) La intransigente exclusividad con que se presentaba ante los trabajadores como su auténtico representante político. Consecuentemente con la prioridad otorgada a los problemas "radicales" el blasquismo reclamaba para sí la confianza y la adhesión de los trabajadores. Esto le llevará a retrasar todo lo posible la alianza con los socialistas que, planteada a nivel estatal en 1910, solo es aceptada por los blasquistas en 1914. Esta exclusividad representativa, lícita y en cierto modo propia de todos los partidos políticos, al estar sobrecargada de los elementos anteriores pudo ser perjudicial para el movimiento obrero, en la medida en que le hacía confiar en un poder ficticio (hinchado por la agitación) capaz de resolver los problemas decisivos (hinchados por la prioridad que se les daba).

Admitidas estas objeciones, hay que reconocer que el movimiento obrero en Valencia se organizó en estos primeros años del siglo gracias al blasquismo y, organizado, tuvo suficiente fuerza para irse separando de él. Sin embargo hay unos hechos que suelen aducirse en contra de esta afirmación y que merecen nuestra atención. En 1900 *El Pueblo* frena la propuesta de huelga general en apoyo de los curtidores y embarca a su gente en los alborotos de la Unión Nacional. En 1902 se opone de nuevo a la huelga general en solidaridad con la de Barcelona y al cabo de poco organiza unos alborotos en la procesión del Corpus. Por no hablar de la Semana Trágica en la que hace todo lo posible, y lo consigue, porque el orden no se altere. El que crea, no solo que la huelga general es un método adecuado para hacer la revolución, como pensaban los anarquistas de aquellos tiempos, sino que además el movimiento obrero estaba preparado para llevarla a término con eficacia, tiene toda la razón del mundo en acusar a los blasquistas por haberlas impedido. Pero, desde luego, es más que dudoso. Esto no significa que el blasquismo tuviera una visión clarividente sobre lo que le interesaba al movimiento obrero y quisiera evitarle paternalmente que cayera en el funesto error de desgastar sus fuerzas inútilmente. El blasquismo no tenía ninguna estrategia específicamente obrera sino su propia estrategia. En el marco de esta, la agitación ciudadana tenía unos objetivos: fortalecer la cohesión del movimiento, demostrar su poder, apoyar al Ayuntamiento. Y tenía unos términos que ellos controlaban de acuerdo con esos objetivos. La empezaban cuando querían, por un motivo fútil y gratuito, y sabían que terminaría cuando ellos dejaran de alentarla. La agitación obrera, sacada del marco de la empresa o el ramo (que ahí sí que la apoyaban) y convertida en "Huelga general" "o es una revolución contra el capital" o no vale la pena intentarla. Por lo tanto eran coherentes al no apoyarla y lo fueron al sostener la huelga general en apoyo de la del Puerto, en enero de 1905, porque sabían que estaba en manos del Gobernador el resolverla. Es decir era una huelga con unos objetivos precisos y limitados al fortalecimiento del bloque ciudadano ya que los problemas del Puerto interesaban a todos. Repetimos que para los amantes de la huelga general y de la autonomía (abstracta) del movimiento obrero esta estrategia limitada es lógico que les parezca mal. Nosotros decimos simplemente que era

coherente con un planteamiento discutible pero no maquiavélicamente perverso y pensado para impedir el avance del movimiento obrero.

La segunda etapa, de 1902 a 1906, coincide con el momento en que el blasquismo ya está asentado en el poder y trata de que el consenso ciudadano se cohesione en torno a la gestión del Ayuntamiento. Decae el interés prioritario de *El Pueblo* por las Sociedades Obreras (ya están casi todas constituidas) y por conflictos laborales, que habían ocupado con frecuencia la primera página del periódico. El Ayuntamiento ofrece a los obreros una gestión que les favorece y mejora sus condiciones de vida (las obras públicas que dan trabajo, el servicio de aguas a los barrios, etc.). En esto se centra su propaganda de cara a los trabajadores. La única huelga que se apoya con el entusiasmo de antaño es la general del Puerto por las razones citadas.

Por último, a partir de 1907 el blasquismo empieza a desconcertarse y a temer por su exclusividad, con la aparición del nacionalismo pero esto no atañe a su relación con el movimiento obrero. Sin embargo a partir de 1909, con la Semana Trágica, la fundación de la CNT y el crecimiento del PSOE, comienza a perder la representatividad única que ostentaba, aunque la conserva en gran parte entre el sector anarquista por las razones que luego diremos. En medio de las contradicciones que conlleva la descomposición del populismo y la búsqueda de un espacio entre los partidos burgueses, el blasquismo es la sombra de lo que fue para el movimiento obrero en la década anterior. Aun así su capacidad de convocatoria en torno a las reivindicaciones democráticas ejerce una influencia positiva entre los trabajadores, como se ve en las grandes manifestaciones en defensa de Ferrer, en 1910.

Después de haber indicado los tres momentos por los que pasa el blasquismo en su relación con el movimiento obrero, veamos ahora la forma concreta en que la lleva a término.

La autonomía del conflicto social

Conviene recordar la situación del movimiento obrero en 1898, cuando el blasquismo irrumpe en el escenario político. En 1890 "el Gobernador tomó por fin una medida que debió adoptar desde el principio, cerrando el Centro anarquista que se hallaba constituido ilegalmente en una casa de la calle Játiva. Algunos individuos de aquel Centro fueron detenidos", dice *Las Provincias*. La represión se agudiza con los atentados de Barcelona de 1891 y 1893. Todavía en 1901 la Sociedad de ebanistas se queja de que la Agrupación socialista diga en la prensa que ellos son anarquistas, porque eso significaba, según dicen, entregarlos a la policía. Esta ola represiva (recordemos la de 1874, con el decreto de Serrano, y la de 1883 a causa de "La Mano Negra") y la radicalización terrorista que provoca en pequeños núcleos, descabeza el movimiento societario. En 1890 participan 26 Sociedades de oficio en la convocatoria de huelga de los anarquistas, mientras que en 1898 se han de refundir prácticamente todas las Sociedades. Por otra parte, la UGT tiene una mínima consistencia en Valencia.

Hay, además, otro problema que va más allá del desmantelamiento organizativo. Tanto la anarquista FRT (y sus continuaciones, la FRTE y el "Pacto de Unión y Solidaridad") como la incipiente UGT socialista estaban constituidas por la adhesión o adscripción de las Sociedades de resistencia de los diversos oficios. Esto quiere decir que la unidad primaria o de base del sindicalismo la formaban estas Sociedades con una definición ideológica no demasiado precisa. Aparece, pues, ligado al organizativo, un problema de práctica sindical y de evolución y definición de la misma, más importante que la simple adscripción. M. Izard nos ha dejado un paradigma de la cuestión al historiar las tensiones internas de las distintas corrientes (sin olvidar la tentación gremialista, siempre presente) en una de las más famosas Sociedades, la de "Las tres clases de Vapor", de Barcelona. Seguidamente, lo veremos en Valencia.

Pero la cuestión se hace aún más compleja si no solo atendemos a la evolución sindical de las Sociedades, sino que tratamos de averiguar la orientación política del naciente proletariado. A. Elorza y Trías Vejarano, que han estudiado este problema, señalan el sexenio revolucionario como el primer momento en que el proletariado intenta una expresión política propia, sin ser capaz aún de romper con la orientación de la pequeña burguesía. En estos años, que culminan con la experiencia republicana, asistimos al esfuerzo de la mediana y pequeña burguesía de las grandes ciudades por protagonizar el cambio, desenganchándose de la gran burguesía y aproximándose a las clases populares. Estas se resisten a aceptar los modelos moderados y dan su apoyo a los ensayos radicales del partido demócrata y, sobre todo, al federalismo, en el que ven la formulación más avanzada de sus ideas y sentimientos revolucionarios a nivel político. En cualquier caso, se mueven siempre en el marco del espectro político republicano y esta tradición perdurará mucho tiempo, tanto por la ausencia de expresión política de los anarquistas como por la debilidad del partido obrero (PSOE) hasta 1910 prácticamente (todavía en las elecciones de 1907 "el compañero Pablo Iglesias", como le llamaba irónicamente *Las Provincias*, obtuvo en Valencia 183 votos frente a los 10.000 de los candidatos republicanos). Recordemos que en la célebre encuesta de F. Urales todos los grandes personajes del anarquismo reconocen que fueron pi-margallianos. Hemos de pensar que en las masas, menos rigurosas a la hora de las precisiones ideológicas, el peso de esta tradición se expresaría políticamente en la fidelidad republicana. J. Termes afirmaba en un reciente coloquio sobre el anarquismo, que probablemente más anarquistas de los que se piensa votaron en las elecciones de 1933 (contra la consigna oficial) y, según algunos indicios, bastantes de ellos lo hicieron a Izquierda Republicana, confirmando el peso de la vieja tradición federalista entre la clase obrera.

En la lista de Sociedades Obreras de 1909, reproducida por Marvaud, casi idéntica a la de la Guía de Valencia de 1907, podemos ver que solo 4 habían sido fundadas antes de 1899. La fecha no es rigurosamente exacta, puesto que algunas han tenido una existencia anterior (por ejemplo, la de curtidores citada por A. Lorenzo en 1872, o la de aserradores que en 1901 celebraba su XI aniversario) pero nos indica que o bien se habían disuelto o llevaban una vida mortecina. El hecho es que de

1899 a 1903 asistimos a un proceso de relanzamiento societario en el que se refundan las Sociedades de la mayoría de los oficios y reemprenden una importante actividad sindical. Conociendo la forma de comportarse *El Pueblo*, que privilegia gratuita e interesadamente sus campañas de opinión con una contundencia obsesiva y machacona, puede decirse que para el periódico 1900 es el año del jubileo societario. Día tras día nos va informando de la constitución de nuevas Sociedades y se muestra entusiasmado por el hecho. Lo más curioso del caso es que para llevarlo adelante los blasquistas se alían con el pequeño grupo socialista. Este es muy reducido, pero cuenta con unas cuantas personas con indudable capacidad organizativa. M. Andreu aparece como cronista de *El Pueblo*, y se promete una colaboración quincenal de Morato. Los blasquistas aportan la presencia de cualificados militantes con prestigio en los diferentes oficios. A los que ya hemos citado, al hablar de los cuadros del blasquismo, añadamos que, de los cuatro firmantes de la convocatoria de huelga general de 1902, uno de ellos es "estimado correligionario"... Esto por referirnos a gente cualificada, puesto que a nivel de base sería interminable señalar identificaciones mutuas. Por ejemplo, un centenar de tranviarios se reúnen para celebrar el triunfo blasquista de 1901, etc.

A otro nivel, que posiblemente les interesaba tanto o más puesto que les permitía mantener las distancias, los blasquistas contaban para situarse como patrocinadores de las Sociedades con lo que suele denominarse "apoyo logístico". Las primeras reuniones se hacen en los Casinos, hasta que se constituye el Centro Obrero, y sus "técnicos" son los que llevan toda la parte legalista del asunto. Coscollá, presidente del Casino del Grao es quien redacta los Estatutos de la Sociedad de empleados de almacenes; Barral, joven abogado, más tarde diputado, es el asesor jurídico de los albañiles del Grao y Manaut, redactor de *El Pueblo,* se convierte en el abogado "laboralista" que diríamos hoy, de casi todas las Sociedades. Estas relaciones colocaban a los blasquistas en una posición privilegiada hasta el punto que participaban como invitados de honor en los mítines de la Federación de Sociedades que poco después se crearía. Por último, recordemos que uno de sus primeros actos una vez obtenida la mayoría municipal en 1901 fue la aprobación de una subvención al Centro Obrero, convertido en 1903 en Casa del Pueblo. El reglamento de esta dejaba plena independencia a las Sociedades aunque se reservaba al Pleno municipal la aprobación del ingreso. Durante el periodo que estudiamos solo fue negada la admisión a la Sociedad de Bomberos, tal vez porque los blasquistas no querían que los funcionarios se sindicasen a la vista de los conflictos que les causaba la Sociedad de empleados de consumos ("Hemos oído que los funcionarios del Ayuntamiento quieren crear una Sociedad. Muy bien, pero antes que trabajen más". El Ayuntamiento era sagrado e intocable). También conservaba el derecho a nombrar al administrador y al conserje, garantizando así su presencia. A la sibilina propuesta de las Sociedades pro-ugetistas, que estaban en otro local, para que el Ayuntamiento pagara proporcionalmente a cada Sociedad por el alquiler, los blasquistas respondieron con irritación. Finalmente, cuando se construyó un nuevo edificio, todos se juntaron allí.

Más importante que este apoyo extrínseco fue la ayuda que los blasquistas dieron a las Sociedades en las primeras luchas, que servirían para consolidarlas. En 1900 tienen lugar dos grandes huelgas, que son el banco de pruebas para el relanzamiento societario, puesto que ambas tuvieron como causa la prohibición patronal a asociarse. Nos referimos a la de tranviarios y curtidores. *El Pueblo,* banda sonora. Lista se lanza con el acalorado apasionamiento que le es propio y las convierte en tema de interés ciudadano. Organiza suscripciones de ayuda (encabezadas por Blasco y toda la redacción del periódico), patrocina festivales para recoger fondos, denuncia a los esquiroles y ataca con furia la intransigencia de la patronal. Las Compañías de Tranvías son puestas en la picota ("Esos franceses que la dirigen nos tratan a los valencianos como zulúes") con tal de conseguir la identificación del público con los huelguistas. Conocidos blasquistas del comercio convocan una asamblea de abonados para reclamar contra la Dirección "por daños y perjuicios". En el caso de los curtidores, la minoría blasquista en el Ayuntamiento pide que se les dé 10.000 pesetas. Comisiones de huelguistas van pasando por todos los Casinos de la ciudad y de los pueblos (adonde viajan muchas veces a pie para no gastar ni un céntimo de lo recogido) y allí son recibidos como héroes. Posteriormente, la atención a las huelgas decae, pero siempre existe en el periódico un espacio dedicado al movimiento societario. La huelga del Puerto en enero de 1905 vuelve a ocupar muchas páginas.

A partir de 1906 se nota un descenso de la conflictividad en toda España (en Valencia, según el IRS, en 1908 se produjo una sola huelga, con 90 participantes) que responde, tanto a la crisis económica como a una crisis de las Sociedades excesivamente parceladas por oficios. Esto se refleja en frecuentes comunicados en los que se invita a participar, se ofrecen amnistías por las cuotas atrasadas y se habla de reuniones sin quorum. En aquel momento, los blasquistas se encuentran embarcados en la polémica anticatalana que les obliga a prestar toda la atención a los temas del "regionalismo práctico", según dicen ellos (el ferrocarril a Madrid, la crisis de la naranja...). Asegurada su influencia en las Sociedades, ya hace tiempo que han abandonado la dedicación prioritaria al movimiento obrero y ahora quieren demostrar que son un partido de más altos vuelos (campañas contra Maura). Las Sociedades, por su parte, comienzan a orientarse en otra dirección, intentando salir del aislamiento de los diferentes oficios. En 1908, la de Trabajadores del campo de Alzira, fundada por los blasquistas y que había tenido de presidente de honor a Manaut, es la primera en adherirse a Solidaridad Obrera de Cataluña, germen de la CNT. En el congreso fundacional de esta central, celebrado en Barcelona en 1910, encontramos a las Sociedades de ebanistas, abaniqueros, sombrereros y horneros. Está iniciándose un proceso nuevo en la orientación del movimiento obrero, aunque este hecho no influirá demasiado en la adhesión al blasquismo de muchos trabajadores que continuarán viendo en él una expresión adecuada a nivel político. Esta afirmación, tal vez requiera una cierta explicación.

Hemos dicho que el relanzamiento lo realizan los blasquistas con la colaboración de un pequeño grupo socialista. Sin embargo, es un hecho coyuntural, Los blasquistas los

buscan para los primeros contactos y basta. Las Sociedades procedían de la tradición anarquista, aunque eso no implica que tuvieran una definición ideológica precisa. Como hemos dicho, se movían en un magma impreciso que iba desde el federalismo hasta el anarquismo, rodeado por ideas y sentimientos redentoristas y justicieros. Los blasquistas entendieron perfectamente la situación y adecuaron con inteligencia su política. Una vez en marcha, las Sociedades se reunieron para aprobar el Reglamento del Centro Obrero e inmediatamente estalló la polémica. Algunas Sociedades, encabezadas por los ebanistas entre los que predominaban los anarquistas, los zapateros, societarios "puros" y *La Constructora* de probada fidelidad blasquista, ponen como condición del Centro que se excluya a los políticos. Los socialistas preguntan si va por ellos y se les contesta que sí. Más claro agua. Se produce la ruptura y la mayor parte de las Sociedades se agrupa al margen de la influencia socialista en una Federación que tenía su local en la calle de En Sendra, casa que después pagará el Ayuntamiento. Como puede imaginarse, los blasquistas dan su apoyo a la ruptura desde la sombra (todavía en un mitin de 1910 Pablo Iglesias acusará a Blasco de esta división) porque los socialistas intentan capitalizar políticamente su presencia en el movimiento obrero, y en el terreno político nuestros amigos no soportan la competencia. Con los anarquistas este peligro no existe, el protagonismo de la lucha obrera queda para los trabajadores en general, permitiendo a los blasquistas aparecer como paternales protectores, que ayudan sin meterse donde no deben, pero que a la hora de las elecciones ponen la mano y recogen votos. La orientación anarquista les garantiza que las Sociedades se moverán entre la práctica economicista-sindical y el redentorismo abstracto. Terreno ideal tanto para la concepción blasquista de la autonomía del conflicto laboral, de la que hablaremos seguidamente, como para permitir los desfogues populistas, especialidad de *El Pueblo*, en el que el redentorismo obrero encajaba fácilmente.

A pesar de que Blasco había escrito un durísimo artículo en 1895 ("Anarquismo y carlismo"), es un hecho que después *El Pueblo* cultivó las buenas relaciones con los anarquistas. Como decía irónicamente *El Radical* "el periódico blasquista pidió y obtuvo la colaboración de algunas plumas prestigiosas del anarquismo", y así podemos ver algunos artículos de Anselmo Lorenzo y un par de colaboraciones del mítico Fermín Salvochea, del cual tenemos un retrato entrañable en *La Bodega*. Recordemos además las publicaciones de la editorial Sempere con gran abundancia de títulos de Reclús, Bakunin, Koprotkin, Malatesta. Y sobre todo las campañas, hechas por propia convicción y no para dar gusto a los anarquistas, pero que coinciden con sus simpatías y muchas veces en sus personas o hechos: por la revisión del proceso de Montjuich, por los obreros encarcelados tras la huelga de 1902 en Barcelona (con este motivo *El Pueblo* publica una carta de agradecimiento de Teresa Claramunt), contra las torturas a los detenidos en Alcalá del Valle, por la amnistía de los que aún quedaban de La Mano Negra, contra la Ley de Maura de represión del anarquismo, la monumental campaña pro-Ferrer... No podemos extrañarnos de que *El Pueblo* quedara ante los trabajadores como justiciero ejemplar, y en este sentido, hay que reconocer que lo era. Por otra parte, los blasquistas tenían una singular habilidad para eludir la confronta-

ción y acogerse a las grandes ideas en las que existía un terreno común muy amplio: la fe en la ciencia y el progreso, el anticlericalismo, la corrupción de "lo existente", la Comuna de París... Una anécdota, a este respecto, es reveladora. En un Casino republicano se celebra una velada de homenaje a Louise Mitchell. "En el transcurso de la misma se produjo un ligero incidente al atacar uno de los oradores a los republicanos. Pero inmediatamente se disculpó viéndose que libertarios y republicanos iban unidos en el homenaje a tan insigne mujer".

Sin embargo esta confluencia en las ideas generales no habría sido suficiente, para no pelearse y caminar relativamente juntos, si el blasquismo no hubiese tenido una concepción de las Sociedades que distaba mucho de la anarquista pero que permitía un curioso acoplamiento. El blasquismo tenía una concepción del conflicto industrial que podríamos llamar "funcionalista". Es decir, el conflicto como un hecho que forma parte de las relaciones sociales de una sociedad moderna en la que cada grupo, con mayor o menor razón, defiende sus intereses. Un hecho, por tanto, que tiene su propia autonomía y en el que los actores tienen derecho a jugar el papel que les corresponde. De aquí su defensa jurídica de las sociedades y su indignación cuando el Gobernador de Castellón pretende suprimirlas ("¿pero en qué país vivimos?"). De aquí también, su oposición a las Sociedades "amarillas", como el "Montepío del Puerto", puesto que de esta manera una de las partes en conflicto no está representada sino absorbida y manipulada.

Por otra parte, en el marco de esta concepción "moderna" del conflicto social, cree en una solución reformista. Más cultura (también para los empresarios "feudales") para racionalizar los problemas, una legislación progresiva, una moderada socialización, compatible con el espíritu individualista de empresa tan admirado por Blasco, en fin, las ideas normales de todos los reformistas de la época (desde los "institucionistas" hasta Moret y Dato). Obviamente, esta postura no tiene nada que ver con el anarquismo y, de hecho, los blasquistas se remitían al socialismo belga del que eran fervorosos entusiastas. Pero contenía dos virtualidades que conviene subrayar. En primer lugar, al dar consistencia propia y no negar la realidad del conflicto, constituía una aportación fundamental para el paso del gremio al Sindicato, que las Sociedades se proponían. Casi todas las luchas de estos años están marcadas por este combate decisivo frente a una patronal de pequeños empresarios empeñada en mantener el carácter gremial del oficio. En segundo lugar, al atribuirle un carácter autónomo, pero limitado al ámbito laboral, un carácter pues economicista y sindical, los blasquistas enfatizaban el apoliticismo de las Sociedades, quedando como unos señores delante de los anarquistas y reservándose el terreno político para ellos solos. En una magna reunión de todas las instituciones de la ciudad para tratar el problema del Gobernador Martos, reunión en la que participaban las Sociedades Obreras, el representante de una de ellas se levanta y dice: "si aquí se discute de política, nosotros nos vamos". Tal vez resulte chocante el comentario de *El Pueblo*, pero viene a confirmar lo que estamos diciendo: "buena respuesta que merece nuestro aplauso". Para hacer política estaban ellos. Hemos de reconocer que en la práctica respetaron bas-

tante escrupulosamente este principio, recomendando el acuerdo en los conflictos, pero respetando el derecho de los trabajadores a plantear sus reivindicaciones. El interclasismo del partido no era un obstáculo para reconocer y dar apoyo al derecho de huelga. "Nos ha costado disgustos con queridos amigos", dice a propósito de la ayuda prestada a la huelga de los talleres de Gómez. Otra cosa es cuando se trata de una huelga contra el Ayuntamiento (los basureros) o en el caso de huelga general, de la que ya hemos hablado.

Paralelamente a este respeto a la autonomía societaria anotemos que en muy pocas ocasiones los blasquistas "utilizaron" a las Sociedades para sus objetivos políticos. De una forma directa, instrumentalizaron su influencia con ocasión de la Feria de Julio en 1902. Las señoras de la buena sociedad (no obrera, evidentemente) habían anunciado un boicot a las primeras fiestas organizadas por los "masones y republicanos" y era previsible el fracaso. A esto se añadía el rumor de una huelga de tranviarios y otra de la construcción. Ambas Sociedades obreras respondieron con gallardía: "Valencia está por encima de nuestros intereses..." *El Pueblo* emocionado comenta: "No podíamos esperar menos de estos honrados obreros valencianos..." Tal vez algún otro caso, pero normalmente las campañas y movilizaciones, por cierto muy frecuentes, las hacía a través de los Casinos, dejando tranquilas a las Sociedades. A estas recurrían, como a confirmación definitiva de su política, en aquellos casos que tenían relación con el axioma "obras públicas del Ayuntamiento igual a trabajo para los obreros". Así vemos que las Sociedades se pronuncian en tres cuestiones clave a favor de la política blasquista: traslado de la Estación, construcción de la fábrica de tabacos y reforma de las aguas potables. Todo esto no significa que los blasquistas fueran unos benditos pero sí que actuaban con inteligencia. El prestigio ante los trabajadores, que era lo que les interesaba, lo ganaban mejor de esta manera que con injerencias en el terreno propiamente obrero.

La conclusión que se desprende de lo dicho es que el blasquismo supo llevar una política inteligente y hábil de cara a los trabajadores que, al aumentar su prestigio entre ellos, le permitió ampliar su base social con una adhesión, durante toda esta década, permanente y entusiasta. Era una pieza clave para la conquista de la hegemonía y la supieron ganar. Así en 1901, cuando gana la mayoría en la Corporación municipal, el blasquismo es un partido fuerte y bien organizado, con una enorme capacidad de agitación y con una fuerte implantación en los principales sectores sociales, ya que el hecho de que no centre su política económica en los pequeños comerciantes no significa que no los atraiga con su radicalismo ideológico. Le falta ganarse a la burguesía media, o, al menos, lograr su colaboración. A ella va a ir dedicada la gestión municipal y las grandes reformas de la ciudad. Por tanto, con un proyecto aglutinador consistente en hacer de Valencia una ciudad republicana y libre (ideología) a la vez que moderna (economía) el blasquismo se dispone a gobernar y a hacer política.

Las novelas sociales de Vicente Blasco Ibáñez

Extracto de la biografía de Blasco Ibáñez que Ramiro Reig publicó en la editorial Espasa Calpe (Madrid, 2002).

La teoría blasquista sobre la función social de la novela remite a la metáfora stendhaliana del espejo. El escritor copia de la realidad, pero no al pie de la letra, sino lo que se refleja en él. Formulado con sus propias palabras, "la novela es la realidad vista por un temperamento" [...], y al plantearse qué realidad debe escrutar y reflejar en sus novelas, llega a unas conclusiones que hubieran encantado al marxista Lukács:

> *La novela de nuestro tiempo debe ser social... Con el despertar político de los pueblos y el advenimiento de la democracia, ha cambiado totalmente el valor de los sujetos novelables. Antes, los amores, las alegrías y las tristezas de unos cuantos millares de seres perezosos e inactivos, que forman la alta clase social, bastaban para llenar la novela... La revolución social ha abierto nuevas ventanas para examinar la vida. Hay algo más allá de las voluptuosidades, placeres y penas, de las contadas gentes que ocupan la cima del bienestar. Toda una humanidad se agita abajo, en la sombra, rugiendo de dolor al salir de un ensueño de siglos, atropellándose por encontrar la senda que conduce a lo alto, y sus miserias, sus anhelos, son materia de arte.*

El novelista no varía su código estético de observador de la realidad, es más, lo extrema para poder transcribir la vida en toda su crudeza, pero enfoca el objetivo en otra dirección. Y el político que hay detrás del novelista asume el compromiso de reflejar y trasmitir el dolor de los humildes y sus gritos de rebeldía, con sinceridad y entusiasmo.

El ciclo de novelas sociales está integrado por cuatro obras con las que pretendía abarcar los problemas más agudos de la realidad española. En *La catedral* (1903) aborda el tema de la España inmóvil, bloqueada en sus posibilidades de progreso por la Iglesia. En *El intruso* (1904) damos un salto, del inmovilismo al progreso. El autor nos traslada a Bilbao, la ciudad industrial por excelencia junto a Barcelona, y nos introduce en el enfrentamiento entre capital y trabajo, aunque el tema se les escapa de las manos y vuelve a reincidir en el problema clerical. *La bodega* (1905), posiblemente la más lograda, se sitúa en Jerez y trata de los problemas del campo andaluz. Por último, en *La horda* (1905), ubicada en Madrid, se trata la cuestión de los cinturones de miseria de las grandes ciudades, un tema estrella de la investigación sociológica de los años posteriores. Por el simbolismo de las cuatro ciudades, la ciudad levítica (Toledo), la ciudad industrial (Bilbao), la ciudad de los señoritos (Jerez) y la

gran urbe moderna (Madrid), entronca con el ciclo de Zola sobre las tres ciudades, Lourdes, Roma, París, pero la temática de Blasco es diferente. Es más probable que se inspirara en el siguiente ciclo del escritor francés, el titulado *Los cuatro evangelios,* comenzado en 1899, cuando aún seguían las discusiones sobre al *affaire* Dreyfus, e interrumpido en 1903 por la muerte del autor. Zola, erigido en símbolo de la III República por su papel en el *affaire,* se propuso en este ciclo, como su nombre indica, sentar las bases del evangelio republicano en cuatro tomos: la lucha contra el clericalismo, el militarismo y el capitalismo, y la defensa de los derechos humanos. En el proyecto de Blasco no aparece la ampulosidad profética del escritor francés, que le llevó a escribir sus peores obras, sino la intención de recoger la realidad española a través de cuatro calas sociológicas.

Crónicas de rebeldía

La catedral fue una novela relegada por su autor. No llegó a repudiarla, como a *La araña negra,* pero decía que era una de las que menos le gustaba. Tal vez por congraciarse con los críticos, que la consideraron, los más benignos, como un traspiés. El resto juzgó severamente la extensión desproporcionada de los discursos explicativos o ideológicos, algo inusual en las novelas valencianas, pero que empezó a convertirse en una fea costumbre del autor. Este juicio negativo ha prevalecido hasta la fecha, incluso en personas tan interesadas en desmentirlo como su más reciente editor, el cual reconoce con inhabitual objetividad que no es una de sus mejores novelas. Pero tiene también sus amantes. Un reputado escritor contemporáneo la considera "una novela perfecta, muy bien cuadrada, llena de la energía de los constructores de catedrales". A mi juicio el exceso de equipaje ideológico se nota más por la endeblez de una trama narrativa que no soporta tanto peso.

Gabriel Luna, un hombre que ha combatido en todas las batallas de la libertad sin vencer en ninguna, llega a Toledo desengañado y enfermo, con el solo consuelo de una muerte próxima. Allí encuentra, entre los servidores de la catedral, a un pequeño grupo de infelices, dispuestos a escucharle, y renace en él la esperanza de abrir aquellos pobres espíritus a las más sublimes ideas. Se dedica, pues, a instruirles en maratonianas sesiones de las que todos parecen salir transformados. "Yo soy lo que tú seas, Gabriel, decía con firmeza el campanero. ¿No eres anarquista? Pues también seré yo eso. ¿No quieres que viva el pobre, que el rico trabaje, que cada uno posea lo que gane y que todos nos ayudemos?" Incluso les enseña astronomía. Lamentablemente aquella buena gente le entiende a su manera y decide pasar a la acción desvalijando el tesoro de la catedral. Gabriel se opone y sus propios discípulos le matan. No hay mucho más. La simplicidad del esquema narrativo apenas se ve alterado por los amores entre Gabriel y Sagrario, y tiene que cargar con largas discusiones doctrinales, no solo las de Gabriel con sus discípulos, sino las que mantiene con el canónigo mayor, sobre la historia de España y su decadencia (donde, por cierto, ya apunta

su manía a Alemania, afirmando que nuestros males proceden de Carlos V), con el chantre, sobre la sublimidad del arte, con un joven sacerdote, sobre la fe, y con un cadete, sobre la vanidad de la gloria militar. Ciertamente son muchas lecciones para una sola novela.

Sin embargo, hay un par de aspectos que le confieren una extraña fuerza. La omnipresencia de la catedral. Desde el comienzo, en que vemos entrar a Gabriel Luna en ella, hasta el final trágico de su muerte, todo transcurre en su interior, como si la gigantesca mole hubiera fagocitado a la ciudad y las vidas de todos sus habitantes. La catedral es algo más que la metáfora del inmovilismo y del atraso provocado por la Iglesia, es un monstruo viviente que devora a los hombres, que les impide salir y los mantiene aherrojados. Las palabras liberadoras de Gabriel adquieren una resonancia siniestra al chocar contra aquellas bóvedas vacías que despiden el sonido de la muerte. No hay escape posible de aquel mundo asfixiante, y los que intentan huir arrebatándole sus tesoros son atrapados. La única alternativa es hundir definitivamente el pavoroso galeón encallado hace siglos. El destino de los protagonistas parece desmentir esta posibilidad o, más bien cabría decir, la deja en suspenso. Gabriel y Sagrario son dos rebeldes vencidos, representan la figura del proscrito al que la sociedad persigue implacablemente y expulsa de su seno. La vida de Gabriel es la de un místico poseído de un ardiente amor a la humanidad, que ha luchado siempre al lado de los humildes, sufriendo por ello continua persecución. El relato de las torturas sufridas en la cárcel de Montjuich, presentado con una clara intención política (recuérdese la campaña de denuncia de estos hechos llevada a cabo por los republicanos) condensa su biografía de víctima de la sociedad. Sagrario es la muchacha engañada por un amante cobarde, que huye a la gran ciudad donde se dedica a la mala vida y enferma. A su humilde manera también es rebelde y, desde luego, víctima. Estos dos seres vencidos, que se encuentran en la estación final de sus vidas, se aman. Poco importa que la sociedad les abata. Representan en la novela la misteriosa imagen del futuro.

Con *El intruso* podía habernos dado la novela de referencia sobre la revolución industrial en España y, en cierto sentido, lo es, pero solo en la primera parte. La novela comienza con un recorrido por las encartaciones mineras que rodean Bilbao. A través de la mirada escéptica y compasiva del doctor Aresti, el médico de la zona, vamos conociendo las miserables condiciones de vida de aquella población, en su mayoría emigrantes, sobre la cual se está amasando la riqueza de la gran burguesía industrial. Blasco tenía –esto todos se lo reconocen– una formidable capacidad para fotografiar la realidad y entresacar de ella los datos relevantes. El cuadro que nos ofrece es de una fidelidad a los hechos tan objetiva y precisa que puede ser tomado como uno de los mejores documentos de la época. La explicación sobre el funcionamiento de las cantinas, que servían para que los capataces hiciesen negocio a costa del salario de los obreros, ha sido citada repetidamente por los historiadores al tratar las causas de la huelga de 1903. Lo mismo ocurre unas páginas más adelante, cuando el doctor visita la planta siderúrgica acompañado de un joven ingeniero que le va describiendo el proceso de fundición. Las imágenes que aparecen a nuestra vista, en las que se nos

muestran los más modernos avances de la técnica, capaces de domeñar la materia, entrelazados con el trabajo sobrehumano, en condiciones dantescas, de los obreros, son de una insuperable riqueza documental.

Sin embargo, no debe pensarse que estamos ante un frío documento que solo puede interesar a los historiadores. Es un cuadro vivo, en el que desfilan ante nuestros ojos seres famélicos, amenazados por la tuberculosis incubada en sus húmedas viviendas, en el que sentimos el calor insoportable de los hornos y experimentamos el peligro del momento de la colada, donde late el odio, la desesperanza, y también la bondad. De ese cuadro emergen tres figuras, cada una con su pasión a cuestas. El médico de los pobres, que ha dejado su clínica en Bilbao para atender a los mineros, una figura clásica del imaginario popular y frecuente en la novela social. Recordemos al doctor Zarzoso, de *La araña negra*, o la amplia y calurosa información que *El Pueblo* dedicó al entierro del doctor Rufino Ferrando, en Valencia, al que acudió más gente que al del malogrado torero Fabrilo. El doctor Aresti, al que muchas veces invade un sentimiento de impotencia, mantiene su fe en la Ciencia como remedio de los males sociales. Junto a él, aunque con menor protagonismo, aparece el ingeniero que confía en que la técnica pueda humanizarse y servir al Progreso. Y, entre ambos, la soberbia figura del rebelde, personificada en El Barbas, el minero despedido por sus protestas, que lleva la vida miserable de un proscrito y espera. Algún día aquello tiene que estallar, y estallará. Desvelado, pero oculto, reconocemos al principal actor del drama, el dueño de los Altos Hornos. Todos hablan de él y nos van dando a conocer rasgos de su personalidad, pero él permanece ausente de las primeras páginas. Como hubiera dicho Marx, Blasco tiene el acierto de mostrarnos de esta manera el carácter abstracto del capital y, a la vez, su omnipresencia y poder.

En los primeros capítulos, la novela se perfila como un conflicto entre el capital y trabajo del que esperamos que surja, como en *Germinal*, un dramático enfrentamiento. Sin embargo, la narración da un giro inesperado a partir de los amores del ingeniero con la hija del capitalista. Salimos de la zona industrial y nos adentramos en un paisaje clerical, que nos resulta conocido. La esposa de Sánchez Morueta, el capitalista, es una redomada beata que vive bajo la férula de los jesuitas. La buena señora, de las mejores familias de Bilbao, se opone ferozmente al noviazgo con el ingeniero, no solo por su origen modesto, sino porque sus ideas no son de fiar, y defiende la candidatura de un pollo de Deusto, fiel cachorro del jesuitismo. Una vez ganada esta primera batalla, emprende la tarea de devolver al redil al marido, descarriado más por sus ideas liberales que por sus amores extramatrimoniales, para lo cual cuenta con el inestimable apoyo de su confesor (de aquí el nombre de *El intruso* que se da a la novela). La estrategia de cerco, diseñada por el confesor, surte el efecto deseado y al final vemos al capitán de empresa convertido en manso cordero al servicio de los jesuitas.

A pesar de la reaparición del tema antijesuítico, que nos recuerda a *La araña negra*, existe un abismo entre ambas. El poder de convicción de *El intruso* no se basa en el tremendismo, sino en un análisis social y político extremadamente lúcido. El autor

diseccciona la estrecha relación entre el viejo carlismo, el clericalismo y la aparición del nacionalismo *bizkaitarra*. A su juicio, confirmado por los estudiosos del fenómeno, lo que ocurre es que los grandes industriales, temerosos del crecimiento del proletariado, de ideas socialistas, buscan un muro de contención a su avance y se apoyan en la gente de los caseríos, arraigados en la tradición carlista, fuerista y clerical. La Iglesia propicia este acercamiento, como una forma de mantener su poder sobre la sociedad. El separatismo *bizkaitarra* que surge de aquí consiste en la defensa de una sociedad cerrada y tradicional, pura e incontaminada, frente al avance de los de fuera, los maketos, inmorales, socialistas y anticristianos. El retrato del sabinismo no puede ser más certero. Blasco insiste en la traición que esto significa a la historia liberal de Bilbao, y lo ilustra con escenas de enorme vigor, como el concurso de levantamiento de piedras en Azpeitia, exaltación de valores ancestrales y bárbaros, o la llegada tumultuosa a la ciudad de la gente de los caseríos para enfrentarse a los obreros. En este momento la novela recoge el hilo del conflicto social trenzado al comienzo y describe la batalla campal librada entre obreros y bizkaitarras, extraña mezcla de señoritos de Deusto y señorones de la industria con rústicos caseros, a los que viene a ayudar la tropa. Sin embargo, el enfrentamiento entre capital y trabajo queda bastante diluido por la presencia de los símbolos religiosos y por la importancia que se les da en las motivaciones de los contendientes. Blasco se cree obligado a explicar el contrasentido que significa el que los obreros estén más preocupados por los curas que por los salarios. Concluye que esto no se debe a su falta de comprensión del problema social, sino a que intuyen que el clericalismo es un obstáculo previo que impide resolverlo. No es un argumento demasiado convincente (los socialistas acusaron al lerrouxismo y al blasquismo de desviar la atención de los trabajadores con la obsesión anticlerical) pero sí una explicación de por qué su novela, cuyo planteamiento inicial era el antagonismo entre capital y trabajo, se desvía del camino emprendido y nos priva de tener una gran novela sobre la industrialización y sus consecuencias.

La lucha de clases

Hay algo de injusticia en que a Blasco se le cite como al autor de *La barraca* y no de *La bodega*, una novela con una riqueza de personajes y de situaciones, y con un ritmo narrativo tan calculado y, a la vez, tan intenso, que se lee sin desfallecimiento alguno. *La bodega* habla de esas cosas tremendas que conmueven el corazón humano, del hambre, de la callada dignidad de los oprimidos y de su justicia, de la muerte de una gitanilla inocente, de la rebelión y, ¿por qué no?, de la venganza, pero también del perdón. La novela nos cuenta dos historias relacionadas entre sí, una coral y otra individual. La historia coral es el relato de la gestación de una huelga de los jornaleros del campo de Jerez, que termina con el asalto a la ciudad, reprimido brutalmente por las fuerzas del orden. Blasco se inspiró en la gran huelga que tuvo lugar en el marco jerezano, en 1883, y en un intento de ocupación de la ciudad, similar al des-

crito en la novela, que se produjo en 1902. La novela funde los dos hechos en uno y sitúa en el centro de los acontecimientos a Fernando Salvatierra, que responde a la persona de Fermín Salvochea, el gran *apóstol de la Idea*, aunque cuando se produjo el asalto a Jerez estaba en la cárcel. La libertad del creador está aquí plenamente justificada porque su objetivo no es hacer la crónica de unos hechos históricos concretos, sino ofrecer un cuadro general de la situación social, provocada por el latifundismo, y un compendio de las agitaciones campesinas. Aunque no se atenga a la cronología, la objetividad de la información es uno de los rasgos más destacables de la novela y lo que la convierte, como ya tuvimos ocasión de apreciar en *El intruso*, en un documento excepcional. El Fernando Salvatierra, que vuelve a Jerez después de ocho años de cárcel, iluminado, rebelde y bueno, como un santo laico, es talmente el Fermín Salvochea real, "igual voz paternal y suave, la misma sonrisa bondadosa, los ojos claros y serenos, lacrimosos por la debilidad, brillando tras unas gafas ligeramente azuladas", con el único añadido del cambio de nombre, Salva-tierra para evidenciar su misión.

La historia individual está centrada en una familia de *aperadores* de cortijo, los Montenegro, el señor Fermín, sus hijos Fermín y Mari Luz y el novio de esta, Rafael, y en la familia de los amos, los Dupont, dueños de las más importantes bodegas de Jerez y de los correspondientes campos y cortijos. La novela narra el enfrentamiento entre los de abajo y los de arriba, los oprimidos y los poderosos, que no solamente son dueños de las haciendas y de las vidas, sino que quieren serlo también de las conciencias, imponiéndoles la religión o arrebatándoles la honra. El gran acierto de Blasco está en situar el eje narrativo de la tragedia en el medio, individualizándolo en la familia de los Montenegro. Por su cargo de aperadores, algo así como encargados (el hijo del señor Fermín y principal protagonista desempeña funciones algo más altas en la administración) son personas de confianza de los Dupont, y por venir de abajo se sienten unidos a los trabajadores. Se muestran comprensivos con los jornaleros y se ven obligados a condescender, a veces de una manera servil, con los amos. Cuando estalla la huelga procuran contemporizar con unos y otros hasta que irrumpe la tragedia en sus propias vidas. Uno de los Dupont, señorito juerguista, viola a Mari Luz, la novia de Rafael y hermana de Fermín, y el otro Dupont, el patriarca de la familia, hipócrita y santurrón, se niega a darles reparación del hecho. Comprenden entonces que el egoísmo de los ricos no tiene límites, que su dureza de corazón ante los huelguistas –"Ya se cansarán. El invierno es duro y el hambre mucha"– afecta a todos los que se oponen a su despótica brutalidad, a todos. No hay una zona neutral entre los de arriba y los de abajo. La noche en que los huelguistas entran en Jerez, Fermín Montenegro mata a Luis Dupont y, poco después, Rafael, el novio de la muchacha deshonrada, se une a los contrabandistas dispuesto a desafiar a una sociedad en la que solo reina la injusticia:

> *Quería declararle la guerra a medio mundo, a los ricos, a los que gobiernan, a los que infunden miedo con sus fusiles y son la causa de que los pobres se vean pisoteados*

por los poderosos. Ahora que la gente de Jerez andaba loca de terror, y trabajaba en el campo sin levantar la vista del suelo, y la cárcel estaba llena, y muchos que antes querían tragárselo todo iban a misa para evitar sospechas y persecuciones, ahora empezaba él. Iban a ver los ricos qué fiera habían echado al mundo, al destrozar uno de ellos sus ilusiones.

El resumen argumental de una novela nunca le rinde justicia y más en este caso donde apenas sobra nada. Por eso creo que es importante destacar algunas de las virtudes que la convierten en una de las mejores obras de Blasco: l) la riqueza del material histórico y sociológico (la historia de la *Mano Negra*, la descripción de las formas de trabajo, de la disposición de los cortijos, del negocio del vino); 2) la tensión dramática de algunas escenas (la muerte de la gitanilla, el rosario en el cortijo); 3) el ritmo de la narración en la que se van contraponiendo en un crescendo imparable los dos mundos (Dupont versus Salvatierra, el círculo caballista versus la gañanía, la juerga de los señoritos versus la reunión de los huelguistas). El poderío del narrador se despliega en toda su plenitud, de manera que quien no ha leído *La bodega* no conoce a Blasco, aunque haya leído *La barraca*.

La bodega se publicó en febrero de 1905 y en noviembre apareció *La horda*. Es, pues, una novela escrita a toda velocidad y eso se nota. Baroja la juzgó un libro ramplón en el que había aprovechado el material de sus obras (*La busca, Aurora roja* y *La mala hierba*), dándole unidad mediante "fórmulas viejas de relleno y una retórica altisonante". Dejando lo de ramplón, ya que es sabido que don Pío sentía poca simpatía por Blasco, en lo demás lleva algo de razón. El escenario suburbial y los tipos marginales que lo pueblan tienen una impronta barojiana, pero carecen de su perfil seco y cortante y se aproximan más al universo dickensiano de rateros y deshollinadores. A pesar de que el autor insiste en su carácter de *horda* amenazadora, dispuesta, en algún momento a saltar sobre la ciudad, es más cierto que viven ajenos a ella, en un submundo que se rige por sus propias leyes. La galería de personajes que desfilan por la obra, el Ingeniero, el Federal, Zaratustra, el Indio Converso, el Hermano Vicente, el Mosco, el Barrabás, Coleta, y algunos más, conforman un grupo, a medio camino entre la picaresca del patio de Monipodio y la malicia del lumpen, que inspira simpatía, compasión y ternura más que miedo. La verdadera horda, en el sentido de masa potencialmente revolucionaria, aparece fugazmente con motivo del entierro de las víctimas del hundimiento del depósito de aguas, un hecho real que conmovió a la opinión pública. Esa masa compacta de obreros de la construcción que acompaña con rabia contenida a los cadáveres, susceptible de ser organizada, es la protagonista de la Historia, mientras que los protagonistas de la historia que nos cuenta Blasco son seres sin nombre y sin futuro, náufragos sorprendidos un momento antes de desaparecer ahogados, sin que nadie se aperciba de ello. Como el Mosco, del que nos enteramos que ha muerto días después del suceso y nunca sabremos de qué forma, o como Inés, su hija, a la que dan por muerta antes de que ocurra porque en el hospital los pobres son intercambiables. El acierto de este libro, desordenado como un desván de objetos

perdidos, está en mostrarnos la existencia de ese submundo al que van a parar las sobras del mundo, y su desacierto consiste en querer explicárnoslo. De eso se encarga el protagonista, Maltrana, un gacetillero sin fortuna que va acumulando todas las desgracias, para que no quede duda de lo que el autor quiere decirnos. Lo sorprendente del caso es que este ser apocado y oscuro, que va dando tumbos de un lado a otro sin encontrar asidero, en la última página del libro da un giro radical a su vida y decide convertirse en un cínico dispuesto a burlarse del mundo, vendiendo su pluma al mejor postor. Es la fórmula de relleno de la que habla Baroja. Si apartamos a Maltrana y prescindimos de sus cavilaciones filosóficas, encontramos que no queda una novela, sino un estupendo reportaje periodístico sobre lo que hoy llamamos *cuarto mundo*. Descubrimos, entonces, la visión de un Madrid posgaldosiano, en el que los tipos castizos han perdido su encanto y su oficio, empujados por el desarrollo capitalista, y han sido arrojados al submundo de la marginación. Y hasta podríamos ver, si afinamos la mirada, lo que nos negamos a reconocer aunque ocurre a nuestro lado, "el hormiguero de la miseria, los vagabundos, los desesperados, los infelices que la orgullosa urbe expulsa de su seno".

El 'Novecento' valencià.
La lluita més heroica: la vaga dels blanquers

Extractos del libro *Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer,* publicado por Ramiro Reig en 1982, como primer resultado de una línea de investigación que desarrollará durante años y en la que se entrecruzan el análisis del populismo blasquista con el de la construcción histórica de la clase obrera valenciana. En este caso, el seguimiento de la huelga de los curtidores *(blanquers)*, entre abril y junio de 1900, nos permite aproximarnos al conocimiento de las condiciones de vida, trabajo y esperanzas de un grupo de trabajadores que, aun en la derrota, ejemplifican la lucha por la dignidad obrera.

La Societat de Blanquers es constitueix a les darreries del 1899 i en poc temps arriba a ser la més nombrosa de les que s'adhereixen el 1900 al Centre Obrer i una de les més importants de la ciutat. Per aquells dies compta amb 1.200 associats, pràcticament la totalitat de l'ofici. Al nombre cal afegir la seua coherència i combativitat, com tindrem ocasió de veure. En la seua constitució havien estat protegits pel grup sotialista dels M. Andreu, Fambuena, etc. Aquest fet tindrà un pes important en el desenvolupament del conflicte puix no hi ha dubte que contribueix a donar-li consistència ensems que introdueix elements de fricció amb els blasquistes. Ja parlarem de tot això. Definim, d'antuvi, la característica fonamental d'aquesta important vaga, una de les que van deixar més petjada en la memoria col·lectiva. És una lluita tremenda, fins a l'esgotament d'ambdues parts, en defensa o contra l'associació. Les reivindicacions econòmiques són introduïdes una vegada iniciat el conflicte i, en el seu transcurs, són tornades a retirar perquè allò que hi ha en joc és l'altra qüestió.

La situació del sector: la Societat, els empresaris, les condicions de treball

La vaga que anem a analitzar havia tingut ja un precedent l'any anterior, només constituir-se la Societat. Els patrons no l'accepten i ofereixen, a canvi, reconstruir el gremi en base a patrons i obrers, embellint-lo amb magnífics avantatges. "Todo lo que les ofrecían aquellos corifeos del titulado socialismo lo ofrecieron los fabricantes a sus obreros: escuela, caja de ahorros, etc., dentro del gremio y con la subvención del gremio". Tot ho oferien els patrons, naturalment, davant el perill que puguessen aconseguir allò que ells no volien ni podien donar: un sindicat obrer, esqueixat i independent del gremi patronal. Els eufemismes del llenguatge patronal insinuen molt

més del que diuen: "Algunos de los fabricantes antiguos previeron el resultado del movimiento que se iniciaba entre los trabajadores para asociarlos, bajo el pretexto de siempre, de instruirlos y de mejorar su situación". I tant que ho van preveure! Immediatament alguns d'ells van acomiadar uns quants obrers per l'únic fet de saber que s'havien inscrit en la Societat. Esclatà la vaga, i fou breu perquè es tractava d'un tempteig de forces. Els patrons van reconéixer formalment el dret a associar-se, dret que ja era reconegut per la llei. El 21 de novembre del 1899 hom signava un acord al qual li era donada certa solemnitat ja que va ser fet davant el Governador i el Batlle. Per part dels treballadors el van subscriure el president i el secretari de la Societat i Fambuena, del PSOE. En la primera clàusula els patrons es comprometien a no acomiadar de les seues fàbriques cap obrer per l'únic fet d'estar associat. En la segona estipulava que "atendida la naturaleza de la industria de que se trata, la Sociedad no promoverá ningún paro en el caso de no ser atendidas sus peticiones sino después de 20 días de haber sido desestimadas". La veritat és que aquesta clàusula no passava de ser una formalitat limitativa però l'hem esmentada perquè els patrons la van emfatitzar, pretenent que no s'havia acomplert i que per això tenien la raó de part seua. Si això era cert, molt més ho era que els patrons no havien acomplert la tercera clàusula per la qual es comprometien que, en cas d'acomiadament (que mai no es produiria per pertànyer a la Societat), haurien d'avisar també amb 20 dies. Però no discutim els termes formals de la qüestió abans de donar compte dels esdeveniments. El cas és que existia un acord de reconeixement de la Societat obrera. Aquest acord tenia, si més no, un valor exemplar o paradigmàtic en la mesura que havia estat aconseguit després de la constitució i impugnació d'una de les més importants, és a dir, mitjançant una agressió patronal i una coratjosa i victoriosa defensa obrera. Per això l'incompliment patronal tingué per als treballadors tanta gravetat. En els inicis de la seua reconstitució les Societats es jugaven el seu futur i és admirable la lucidesa amb la qual van saber defensar-lo.

Hem descrit la situació de la Societat de Blanquers en el moment d'esclatar la vaga. Diguem dues paraules sobre els empresaris i la situació general del sector. Les blanqueries i magatzems on s'adobaven i aparellaven les pells abundaven en la ciutat i un índex d'això és el gran nombre de treballadors, prop de 1.300. Ho confirma, de més a més, el fet que una indústria que en depenia directament, la del calçat, comptava també amb un nombrós personal. La Societat de Sabaters dóna compte de tenir només a València 700 associats, als quals calia afegir algunes empreses importants del sector radicades a Torrent. La infraestructura econòmica de les blanqueries no la podem conéixer amb detall i exactitud. No apareixen esmentades entre les que preocupen a la Cambra de Comerç i les trobem en les seues Memòries com a indústries en crisi. Tanmateix, el 1898, a causa de la crisi cubana, van travessar un mal moment car només treballaven mitja jornada. La recuperació vingué aviat ja que a l'inici del 1900 treballaven a ple rendiment. Respecte a l'estructura empresarial cal afegir un parell de dades d'interés. *El Pueblo*, en una de les seues crides a la concòrdia, fa alusió al fet que, enfront de la intransigència d'uns pocs, la majoria dels empresaris són comprensius

puix gairebé tots han estat abans treballadors. Aquesta dada, que veurem repetir-se en parlar dels constructors de carruatges, coincideix amb la idea general que hom té sobre el caràcter de la petita empresa valenciana, sorgida de l'establiment per compte propi d'algun treballador. Idea que han verificat empíricament alguns estudis al voltant d'èpoques próximes. En aquells anys, dejuns d'enquestes, ens hem de conformar amb informacions aproximatives. La d'*El Pueblo* es veu confirmada per un dels primers comunicats dels treballadors. En ell s'adrecen als petits empresaris del sector fent-los veure que la vaga serà duta a una situació extrema pel Sr. Martínez car la seua intenció és d'enfonsar-ne molts. "A Martínez no le importa perder 3.000 ó 5.000 duros pero el prolongamiento de la huelga puede significar la ruina de otros muchos pequeños", diuen els obrers en una anàlisi que sorprén per la seua sensatesa. Després de dos mesos de vaga *El Pueblo* constata que moltes empreses ja no podran recuperar-se i la Comissió de patrons, capitanejada per Martínez, replica que és impossible d'admetre tots els treballadors. Tot ens duu a concloure que, en efecte, el grup dels "grans" ha planejat, juntament amb l'escapçament de la Societat obrera, un reajustament del sector. Pensem que quan hom diu això, han marxat de la ciutat prop de 500 treballadors dels 1.300, aproximadament, que el formaven. Sabem també que el gremi i la Societat de Sabaters es queixen de l'enorme pujada dels preus de les pells, la qual cosa s'esdevé abans de la vaga i ens confirma encara més l'operació de concentració monopolista planejada per uns quants fabricants de cuiro adobat per tal d'imposar més fàcilment els seus preus. Hom provoca la vaga en les grans blanqueries (Barea, Boluda i Martínez Lechón), i roman sota el control terrorista del "capo" dels Martínez, D. Esteban, en l'arbre genealògico-comercial del qual podem comptar quatre inscripcions en la Cambra. Ell imposa a tots els fabricants el compromís, sota determinades sancions económiques, de no acceptar aïlladament la negociació amb els vaguistes. La cosa més terrible del cas, sempre actual, és que els petits fabricants, per por a l'obrer, s'avinguen a signar la seua sentència de mort, amb molt poques excepcions.

Un altre aspecte a tenir present és la mena de treball, realitzat en condicions d'especial duresa. La majoria de les blanqueries estaven situades entre el carrer de Blanqueries i la ronda de Guillem de Castro, fins les proximitats del Temple. D'aquesta manera aprofitaven la proximitat del riu per a la feina de neteja de les pells que els obrers havien de realitzar amb l'aigua a mitja cama i a l'aire lliure. Treballant en aquestes condicions, la malaltia s'aferrava als obrers, especialment reumes i pulmonies i, com a conseqüència del seu mal guariment, tuberculosi. D'ací que la popular subscripció del cèntim del Dr. Moliner, per al Sanatori de Portacoeli, fos molt estesa en el sector. Els 500 obrers de les blanqueries dels Martínez hi estaven apuntats, i quan el gener d'aquest any s'esdevingué el trencament dels blasquistes amb l'original Doctor, se'n van esborrar. Per cert que aquell gestionà amb la direcció de l'empresa de poder parlar amb els obrers i aconseguí que alguns s'hi reapuntassen. *El Pueblo* comentà orgullosament indignat que "a nosotros la empresa no nos deja entrar porque apoyamos a los obreros en la pasada huelga de Noviembre". La resposta del periòdic fou obrir una subscripció d'ajuda a la familia d'un

obrer, acomiadat anteriorment pels Martínez, i que havia mort tísic. A desplants efectistes no els guanyava ningú. De forma demagògica va introduir en la seua campanya contra el Doctor, a qui fins aleshores havia donat suport, la idea que allò que calia era d'evitar la tuberculosi que produien les males condicions de les fàbriques, en lloc de replegar diners per guarir-la. El primer, evidentment, era cert en el cas de moltes indústries, com les blanqueries, i com veurem en parlar del sector tèxtil. Deixant, de moment, el tema de les condicions sanitàries de l'adobat del cuiro, que no era sinó un factor més de la seua duresa, acabem la caracterització general. Els treballadors d'aquest ofici es trobaven en la difícil situació de fer quelcom "especialitzat", en la mesura que no tots volien ni podien fer-ho, però sense tenir veritablement un ofici, com podríem dir d'un tallista o un ajustador. Aquesta circumstància afegirà un especial dramatisme a la lluita pel lloc de treball que anem a presenciar, i és remarcada en l'informe dels blasquistes a l'Ajuntament.

De les causes del conflicte que s'esdevé a mitjan abril tenim dues versions diferents. L'explicació de la patronal, donada en un llarg comunicat, és que els obrers havien abusat del dret d'associació. "En la fábrica de D. José Lechón impusieron la despedida de un trabajador por el pecado de no ser asociado. Igual pretensión tuvieron en la fábrica de D. José Borrás y en la Sra. Vda. de D. Vicente Boluda, imponiendo la separación del encargado por el mismo pecado de no ser asociado". En arribar ací el comunicat patronal fa un salt líric puix resulta que, immediatament després de tot això, els obrers es declaren en vaga sense el preavís dels 20 dies. El lector queda desconcertat, però per aquests casos hi ha l'infal·lible "deus ex machina" dels agents a sou i els pertorbadors que "no tienen otro interés que el de subyugar a los trabajadores para realizar sus fines a costa del sacrificio de los obreros". Les coses mai no han estat tan senzilles ni ho van estar aleshores, però les explicacions patronals romanen inalterables.

La versió dels treballadors es remunta també a l'acord de novembre de 1899 però per a denunciar el seu immediat incompliment per part dels patrons. En efecte, el gener del 1900 un d'ells, Barea, acomiada alguns treballadors pel fet de ser associats, produint-se així un primer conflicte. La vaga es resolgué d'una forma certament original. Els associats van abandonar la blanqueria, prohibint que ningú no hi treballés, i negant-se a treballar amb ningú d'aquells que havien col·laborat amb l'esmentat Barea. Aquesta fou la raó dels casos citats per la patronal, segons la qual els treballadors van imposar l'acomiadament de no associats en dues empreses. En realitat, no fou així, sinó que es van negar a treballar amb els esquirols del conflicte anterior.

De tota manera, aquells foren tempteigs preliminars. La gota que va vessar el got fou quan en la important fàbrica de la Vda. de Boluda hom comença a privilegiar els no associats donant-los un plus de jornal. Els treballadors consideren aquest procediment com un trencament del pacte de novembre. En Boluda decideixen anar a la vaga i en pocs dies, del 17 al 21 entre els dos fets, s'hi adhereix tot el sector. És aleshores quan afegeixen a la raó fonamental de solidaritat i defensa sindical una plataforma reivindicativa molt modesta. Un real augment del jornal, hores extres a doble preu, no treballar

els diumenges (encara no ha estat promulgada la llei del descans) i que els patrons acudesquen a la societat en cas de necessitar operaris. Evidentment, la vaga fou convocada amb gran precipitació "formal", pel que fa referència a terminis i preavisos, però no amb gratuïtat. La plataforma reivindicativa a la qual els patrons no van tenir temps de respondre era una qüestió secundària i el que hi pesava eren les contínues infraccions d'allò que s'havia pactat respecte als drets dels associats. El que exigien els treballadors era que hom respectàs aquest dret i que l'empresa Boluda fes marxa enrera en el seu tracte discriminatori. Però Boluda i la saga dels Martínez van veure, com hem dit abans, una ocasió propícia per als seus plans i es van tancar des del primer moment en una actitud intransigent. Podien matar dos pardals d'un tret: desfer la societat obrera provocant el seu fracàs i sagnar medicinalment el sector, sobrecarregat d'empreses, portant les més febles a la ruina. Podem preguntar-nos per què els obrers, que des del primer moment havien vist aquest perill i l'havien denunciat, van caure en la provocació. En les explicacions "a posteriori" ens parlen els uns d'inexperiència, els altres de dirigisme, i els altres de falta d'ajuda. Deixem aquestes reflexions per al final. En el moment de produir-se només caben un parell de raons elementals, però de pes suficient per tal que els treballadors prenguessen la greu decisió d'una vaga que preveien difícil. En primer lloc, no era clar que la tancada intransigència dels grans anàs a imposar-se de manera tan fèrria i disciplinada a la resta. De fet, només començar, tres o quatre empreses cediren a les demandes dels treballadors i se'ls hi afegiren unes poques més. En segon lloc, el moviment obrer s'ha vist al llarg de la seua història en situacions sense eixida davant les quals no ha tingut més remei que tirar endavant. Llargues i heroiques lluites de la seua història acabades en aparents derrotes han estat considerades com a exemple, tot i reconeixent els seus errors. Sense la vaga de "Bandas",[1] per citar un exemple conegut, el moviment obrer en la seua resistència al feixisme no hagués estat el mateix. Aquest mateix heroisme sense eixida inmediata, però sense el qual el futur hagués estat ben diferent (almenys en valors ètics per a la col·lectivitat), és allò que cal considerar en la decisió que el 18 d'abril empentava els nostres blanquers a resistir fins a la fi.

El desenvolupament de la vaga

El dia 20 d'abril, senyalat per a l'atur general del sector, un grup compacte i nombrós de més de 1.000 homes travessava el barri del Carme i recorria la ronda de Guillem de Castro. No hagués estat necessari per ells, car hi eren tots, però calia recórrer

[1] Se refiere a la huelga que durante 163 días, entre noviembre de 1966 y mayo de 1967, realizaron los 960 trabajadores de la empresa Laminación de Bandas en Frio Echévarri, de Basauri (Vizcaya), considerada la más larga y dura del franquismo. Se saldó con 33 trabajadores despedidos y el inicio de un período de fuerte represión con la declaración del "estado de excepción". Pero el conflicto aportó también métodos y formas de lucha que marcarán en adelante el desarrollo del movimiento obrero: las asambleas, la combinación de medios legales e "ilegales", la implicación de la sociedad civil (parroquias, asociaciones de vecinos, estudiantes…) y la solidaridad nacional e internacional (Nota del Editor)

les blanqueries una rere l'altra per tal de veure si hom treballava amb esquirols. De moment no els apareix res sospitós, encara que saben que aquesta serà només una de les batalles. El poderós Martínez ha fet pressió sobre els seus amics polítics i en Requena i Gandia hom ha cridat bans oferint treball de blanquer. Diversos grups resten vigilant les portes de les fàbriques, un altre més compacte s'adreça al centre de la ciutat per tal de fer palesa la vaga i una comissió marxa a protestar davant el Governador per la col·laboració de l'autoritat civil amb els patrons. Aquest no ho pot creure i, fent les investigacions pertinents, resulta que ha estat la Guàrdia Civil qui reclutava gent pels pobles. Promet que això no tornarà a repetir-se, però les promeses se les enduu el vent, ja que tindrem oportunitat de veure altres actuacions encara més descarades.

La vaga és rebuda en la primera plana d'*El Pueblo* amb paraules d'encoratjament. Serà una de les que el periòdic es prendrà amb més interés i seguirà al dia. A banda de raons de justícia i ètica ací passa el mateix que en la de tramvies, encara que no és un mos tan fàcil i, per això, a l'hora de fer-hi l'estugós no en dubtarà gens. Talment la de tramvies, aquesta vaga s'esdevé en el moment clau de rellançament de les Societats obreres i en el qual el blasquisme volia guanyar influència. Però, a diferència d'aquella, en aquesta ocasió ja s'ha produit el trencament de socialistes i blasquistes i l'escissió entre el Centre Obrer, d'influència ugetista, i les societats del carrer d'En Sendra, d'influència blasquista i anarquista, les quals formaran molt aviat una federació. Els blanquers havien restat al Centre Obrer, com era d'esperar, car ja hem senyalat que la constitució de la societat havia estat tutelada pel grup de M. Andreu i Fambuena, i que aquest signà l'acta d'acord amb la patronal el novembre del 1899. Al llarg del conflicte veurem que els socialistes actuen com a assessors en repetits moments. Hom pot comprendre que l'interés blasquista per mantenir una zona d'influència en el moviment obrer era ací major per tractar-se d'una lluita per l'hegemonia en una societat de capital importància pel seu nombre i combativitat. En conseqüència, només declarar-se la vaga, *El Pueblo* obre una subscripció d'ajuda, tal com havia fet amb els tramviaires, que encapçalaven Avalos i Manaut, coneguts prohoms del partit, Castrovido, que aleshores escrivia diàriament l'article de fons, i a la qual s'afegeix Blasco quan torna d'un viatge. A més a més de la subscripció, hi aboca tot el seu aparell informatiu dedicant sovint a la vaga la primera plana. I quan arriba el moment, trasllada la qüestió, amb la seua tàctica habitual, a l'Ajuntament.

El desenvolupament de la llarga vaga, que no s'estingeix fins a les darreries de juny, travessa diferents fases, però té un comú denominador: la cohesió i fermesa de la Societat manifestada en els primers moments d'eufòria així com en l'amarg final. L'activitat combativa i organitzada dels treballadors presenta, esquematitzant, quatre direccions: 1) mantenir la vaga, vigilant que ningún no treballe; 2) aguantar-la, buscant el suport de les altres societats; 3) resoldre-la, tractant de negociar per tots els mitjans; i 4) fer-la conéixer, tot sensibilitzant l'opinió pública. Dues paraules sobre cada punt.

1) Per tal de mantenir la vaga i evitar que la patronal la burle amb esquirols, organitzen piquets permanents davant les fàbriques, fins i tot per la nit. Els primers dies

causen un gran impacte en la ciutat les fogueres que encenen per a escalfar-se els qui romanen de guàrdia nocturna. Sotmés a pressió per part dels patrons, el Governador envia contrapiquets de la Guàrdia Civil que impedeixen els vaguistes quedar-se a la porta. Aleshores, passegen pels voltants i diverses vegades són detinguts. De l'eficàcia d'aquests piquets ens pot donar idea el comunicat de la patronal, del qual, naturalment, cal treure la palla abundant. "Cercados, sitiados por los huelguistas garrote en mano y al lado de la misma Guardia Civil encargada por la autoridad de custodiar el hogar y la vida de los patronos, éstos no han podido utilizar el servicio de otros trabajadores para atajar las funestas consecuencias de la huelga y ellos mismos, sus hijos, sus domésticos, y, en algunas tenerías, hasta sus esposas y sus hijas, se han visto precisadas a ocuparse en faenas superiores a sus fuerzas e impropias de su condición y de su sexo para salvar algo de su fortuna, amasada con el sudor y el trabajo constante. Las autoridades provincial y municipal, la prensa, han podido presenciar el espectáculo tristísimo que ofrecen esas tenerías en las que los fabricantes ven que avanza paso a paso su ruina sin que les sea dado, gracias a esas guardias organizadas contra la ley y atentatorias contra el derecho, introducir en sus fábricas trabajadores que quieren trabajar... Ante todos estos hechos la autoridad gubernativa ha creído que no podía ni debía hacer otra cosa que interponer sus oficios como amigable componedor y poner a cubierto de un golpe de mano las fábricas, estableciendo en ellas retenes de la guardia civil."

La "terribilità" dels piquets no era tan gran com els patrons planyívolament expressen. I les funcions de la Guàrdia Civil es demostraren menys circumspectes del que dóna a entendre la intencionada frase "para prevenir un golpe de mano". Malgrat tot, cal reconéixer que l'eficàcia dels piquets fou radical car molts pocs esquirols gosaren entrar a treballar fins i tot protegits per la Guàrdia Civil, i aquells qui ho van fer no s'atreviren a eixir. D'això ens informa la mateixa comissió de vaga en un comunicat a la premsa. La qüestió fou que unes senyores van dir als qui guardaven la blanqueria d'E. Martínez que dins hi havia uns esquirols tancats i van demanar que els deixassen eixir sense destorbar-los. Eren set pobres diables que portaven 20 dies tancats sense atrevir-se a eixir. El seu estat era llastimós puix sembla que l'empresa ben just ni els atenia i n'hi havia tres de malalts. Els vaguistes els van treure, els van donar de menjar i van dur els malalts a l'hospital. "Nosotros no somos inhumanos y así habrán podido comprobarlo los señores que estaban presentes." El comunicat de la Comissió de vaga acaba amb un comentari irónic i aborronador. "Los esquiroles contratados por el Sr. Martínez con promesas aún no han cobrado un céntimo. Juzgue el público por sí mismo del proceder de los obreros y de los patronos."

2) La Societat tingué bona cura de recaptar la solidaritat moral i econòmica de la resta de societats, cosa que va aconseguir amb generositat i entusiasme. En començar la vaga, els blanquers tenien en la caixa de resistència 1.020 pts., quantitat ben clarament insuficient, però cal tenir en compte que feia només uns mesos que havia hagut d'afrontar una altra vaga. De tota manera, podem veure ací per què els anarquistes atacaven, amb cert fonament, la confiança mecanicista en les caixes de resistència.

Amb aquest pressupòsit, una societat de més de 1.000 treballadors hagués necessitat un fons de resistència fabulós per poder llençar-se a una vaga perillosa i llarga. Però sobre aquest punt ens remetem al capítol anterior. Allí déiem que les Societats van anar establint unes normes mínimes per regular l'ajuda mútua i és evident que la de blanquers hi queia dins. Les Societats van fer un enorme esforç de solidaritat i al final de la vaga algunes tenien les caixes exhaustes. A banda de les aportacions globals, hom adoptà el sistema d'una quantitat fixa setmanal, per exemple, els estibadors 20 pts. setmanals, constructors de guitarres 10, boters del Grau 50, operàries d'Alcañiz 20. Els vaguistes van recórrer les fàbriques en algunes ocasions. Així els veiem a la porta de la Fàbrica de Tabacs i, en una escena amb llum de gas i color d'època, a les 4 de la matinada recorren els forns acompanyats de la dinàmica Comissió de la Societat de Forners. Hi hagueren donatius importants, com 1.000 pts. dels boters del Grau i 1.000 pts. dels sabaters. Però tot i amb això, en perllongar-se, la vaga fou necessari recórrer a un festival (per al qual la Diputació negà el Principal) i hom demanà l'ajut de l'Ajuntament, del qual parlarem més endevant.

A més del suport econòmic hom plantejà, com gairebé sempre s'esdevenia en casos semblants, la qüestió de la vaga general. La Societat de Sabaters, que era la més vinculada als blanquers, va subscriure la possibilitat molt aviat, quatre dies després d'haver-se iniciat el conflicte, demanant una reunió de totes les societats. La proposta va quedar en l'aire fins que, quan la situació començava a posar-se difícil, fou tornada a plantejar intervenint aleshores *El Pueblo* amb poderós efecte dissuasiu.

3) La negociació és buscada des del primer moment en base a l'acceptació, empresa per empresa, dels punts mínims de la plataforma (augment d'un ral, hores extres i, sobretot, reafirmació del respecte als associats). Aquesta estratègia la veurem practicada amb un relatiu èxit en les vagues de forners i fusters. Ací no dóna el resultat desitjat i l'eufòria d'*El Pueblo* en constatar que, en principi, han acceptat 4 i als quinze dies ja son 16 les empreses negociadores, sembla exagerada i ridícula. Per això es desferma aviat en fúria contra Martínez i el seu trust i es desfoga contra algun conegut republicà "mercantilero" (de *El Mercantil*, no blasquista) que donava suport a Martínez. "El ex obrero curtidor F. Lluch, transformado en patrono ha estampado su firma al lado de la de Esteban Martínez. Es extraño, pues alardea de opiniones revolucionarias. Se ve que, influido por el ambiente, sostiene los derechos de la burguesía y hasta enseña doctrina cristiana sin olvidar aquello de que a Dios rogando y con el mazo dando".

Segons va perfilant-se que aquesta eixida és impossible, hom intenta de forçar Martínez fent pressió sobre el Governador per tal que l'obligue a negociar. És el moment clau del conflicte. Han passat uns 15 dies; som a 8 de maig, i encara és temps de trobar una eixida que puga satisfer les dues parts. Els blasquistes ho entenen així i s'ofereixen a fer de mitjancers encarregant a Taroncher, que aleshores és el cap de la minoria republicana en l'Ajuntament, que plantege el problema al Ple. La sala de reunions s'omple de blanquers. Després d'una llarga discussió hom nomena una comissió de tres regidors de diferents partits per tal de transmetre al Governador la seua preocupació per la vaga. Taroncher multiplica les seues gestions conciliadores. Els

vaguistes retiren les seues reivindicacions econòmiques deixant reduïdes les seues exigències a la readmisió de tots i a les garanties pactades sobre els associats. El Governador convoca una reunió i sembla que tot pot solucionar-se. Però la Comissió es cansa d'esperar en el despatx del Temple... Els patrons no hi acudeixen. No es tracta només d'una bufetada als treballadors, d'un acte descortès i fatxenda del prepotent Martínez, sinó d'una decisió calculada. El "trust" no vol negociar de cap manera, encara que li siguen oferides totes les facilitats, i de moment retarda la resolució amb excuses, dilacions i tardades, per poder dir després que ja és massa tard. Som a 11 de maig, i, com hem dit, és el punt d'inflexió de la vaga que a partir d'aleshores entra en un atzucac. Els treballadors mantindran fins el darrer moment una dignitat exemplar, però entre blasquistes i socialistes comencen a manifestar-se discrepàncies. El fracàs de la negociació permet que els socialistes diguen a *El grito del pueblo*, un periòdic de curt tiratge que acaben d'editar, que "Taroncher ha querido hacer de Cirineo de los curtidores, bailando de Herodes a Pilatos, para llevarlos al Calvario". L'acusació és de tebiesa i indeterminació, de no voler fer-ho del tot. Per als blasquistes, que reben molt malament les crítiques, el cul de sac en què es mourà a partir d'ara el conflicte és degut a les manipulacions i la intransigència dels socialistes. Afortunadament les discrepàncies afloren menys que l'entestament que tots dos continuen posant en la lluita, i això cal reconéixer-ho en honor seu.

4) Respecte a la informació a l'opinió pública és notable la forma de cuidar-la. Trobem algun cas de Societats que després de bastants dies de vaga es despengen amb una nota en la qual, no sabem si per un cert complex d'inferioritat gremial o de superioritat obrerista, diuen: "No es costumbre de esta sociedad dirimir sus problemas en la Prensa, pero ante el remitido patronal, nos vemos obligados..." En aquest cas, i molts altres, no és així. Des del primer moment els blanquers informen detalladament dels passos que van fent, aclarint, com era en realitat, que no són ells sinó els patrons els qui han trencat el pacte signat en novembre. En aquesta freqüent comunicació amb la premsa potser hi cal veure l'orientació de M. Andreu, un dels assessors socialistes que després de la vaga de tramvies havia escrit amb una visió moderna del pes de l'opinió pública: "El triunfo se debe en gran parte al apoyo de D. Nadie, de la gente, y sería torpe indisponerse con la misma que tan buenos apoyos puede prestarnos". Potser siga degut a la consciència que tenien els blanquers de la importància de la seua vaga i d'allò que s'hi jugava el moviment obrer.

La radicalització del conflicte

La nova fase en què entra el conflicte, després del fracàs de la negociació, manté les mateixes quatre constants però radicalitzades per una forta tensió dramàtica. Les dues parts s'adonen que és ja un combat a mort: la supervivència a càrrec de la Societat i els seus principis, per una banda; la destrucció i l'anihilació d'aquella, a qualsevol preu, per l'altra.

En primer lloc, la combativitat i la cohesió dels treballadors continua en peu malgrat que les dificultats es multipliquen. La decisió de no entrar a treballar mentre hom no accepte les condicions de la Societat es manté unànime fins a la fi. Els darrers dies, quan ja molts han optat per marxar de Valencia abans de claudicar, s'esdevé un cas patètic. Un obrer associat rondeja enfront de la blanqueria de Martínez, amb la intenció d'entrar-hi, però sense atrevir-se a fer-ho. Un grup de companys, als qui acompanyen moltes dones, l'observen en silenci. L'aspirant a esquirol s'allunya penedit, però la seua muller el reté. Discuteixen i ella entra a la fàbrica. Torna a eixir-ne acompanyada d'un dels amos que demana a la Guàrdia Civil protecció per a l'esquirol. Els companys el miren callats, amb pena, sentint que els crema la vergonya aliena, però les seues dones són menys discretes. "Escoltado como un criminal entró en la fàbrica. La satisfacción de su esposa hubiera sido inmensa, pero se la malograron las mujeres de algunos huelguistas que la pusieron de oro y azul. Lo más extraño es que este obrero informal es propietario de una casa y de varias tierras." Però és un cas només. Les blanqueries continuen aturades, tot i que Martínez multiplica els seus esforços per reclutar esquirols. *El Pueblo* denuncia un bar, enfront de la plaça de bous, on hom "enganxa" jornalers que arriben dels pobles i se'ls enduu enganyats, custodiats per la Guàrdia Civil. Aquesta es pren cada vegada més atribucions mostrant una escandalosa parcialitat. Els vaguistes, per tal d'evitar conflictes inútils, i ja que la ciutat està en estat de guerra arran dels aldarulls esdevinguts el 10 i 11 de maig amb motiu del tancament de botigues de la Unión Nacional, i per a fer demostració de bona voluntat, han suprimit els piquets. La Guàrdia Civil dissol els grups que inevitablement es formen i, al final, practica nombroses detencions. S'esdevé el cas veritablement indignant que els detinguts són duts primer a presència de Martínez, el qual s'ha fet ja amo i senyor de la situació, per tal de sotmetre'ls a coaccions.

Tot això respon a un canvi d'actitud del Governador arran del boicot de les negociacions per part de la patronal i del consegüent enduriment del conflicte. L'autoritat civil s'ha deixat impressionar pels patrons després que aquells l'han fet visitar les fàbriques abandonades. Segons una nota de la patronal, en elles hi ha 400 pells ja remullades i a mig adobar que seran llançades a perdre i que suposen, a 4 i 6 pesetes el quilo, molts de milers. Els obrers repliquen que no és cert, que quasi no va quedar treball pendent i que si han de llançar les pells ells estan disposats a comprar-les a 1 pta. el quilo. *El Pueblo* comenta que si el Governador hagués visitat les cases dels obrers encara hagués vist més pèrdues. I, a més a més, "sin tener ellos la culpa". Però, naturalment, el Governador només gira visites a les fàbriques i, un cop veu fracassat el seu tímid intent negociador, està disposat a que la vaga acabe afavorint la patronal. Per altra banda, la pressió que exerceix el Governador militar és molt forta ja que la ciutat està sota el seu comandament des del dia 12 de maig.

El suport de les societats obreres en aquesta nova fase del conflicte, cada vegada més dramàtic i tens, roman incòlume. Segueixen apareixent en *El Pueblo* les llistes d'aportacions. De la Societat de Tramvies 800 pts., dels acomodadors de la plaça de bous una módica quantitat, dels blanquers de Barcelona, d'infinitat de particulars una

pesseta o dos rals. La tenacitat dels blanquers commou la gent. Alguns barbers s'ofereixen a fer-los el servei debades. Els amos d'unes casetes de Mont-Olivet, on viuen un grup d'ells, els dispensa el lloguer. Hom fa un nou festival. Els vaguistes desenrotllen una activitat incansable per a recaptar ajuda i recorren els pobles de la província. Podem seguir el seu itinerari gràcies a que *El Pueblo* li dóna un gran relleu perquè en la majoria dels llocs són acollits pel Casino Republicà. "El domingo, en el primer tren, llegaron a ésta (Xàtiva) los obreros delegados por la Sociedad de trabajadores curtidores de esa capital con el objeto de reunir recursos para el sostenimiento de la lucha entablada contra los abusos del capital. Se trasladaron al Círculo republicano..." Aquest diumenge (22 de maig) trobem una comissió que visita Xàtiva i altra Sueca i Cullera. Els dies següents els trobem a Silla, Llaurí, Riola, Gandia, Sagunt... A la fi, per tal d'estalviar el màxim allò recaptat, fan els viatges a peu. Les anècdotes, seleccionades amb intenció per *El Pueblo*, proliferen. Els republicans de Sagunt, emocionats, els conviden a una suculenta paella, mentre la Societat Vitivinícola de propietaris no els dóna res. En Tavernes i Puçol (en la geografia blasquista és zona carlo-clerical, aquella que s'estén d'Alboraia a Massamagrell) es neguen a rebre'ls. I no pot faltar un capellà, el de Xeraco, que després d'un sermó els dóna 10 cèntims. A banda del fet veritablement admirable d'aquests treballadors marxant caminant de poble en poble, la colecció d'anàcdotes recollides per *El Pueblo* no és gaire important ni importa que siga verídica. Si resulta rellevant és precisament perquê el periòdic l'empra per a marcar els seus amics i enemics tradicionals.

Amb aquesta situació de radicalització del conflicte hom torna a plantejar entre les Societats la possibilitat d'una vaga general tal com havien proposat els sabaters ja a la primeria del conflicte. La iniciativa sorgeix aquesta vegada del Centre Obrer i a proposta dels socialistes, que aprofiten l'avinentesa per atacar els blasquistes. La vaga està "podrint-se", tot i seguir incòlume la unitat i la resistència dels treballadors. Les eixides són cada vegada més tancades i, en aquest clima, és lógic que campe el nerviosisme entre els seus inspiradors. La Societat de blanquers no pot ser considerada ugetista, malgrat que en la seua fundació els promotors havien estat socialistes i que en l'anterior vaga havia signat l'acord un d'ells amb la Junta de la Societat. Segurament per a demostrar la seua autonomia, amb motiu de la celebració de l'1 de maig no accepta la invitació socialista. Però no hi ha dubte que el pes i la influència dels dirigents socialistes hi devien ser molt forts. Això ho sabem tant per les acusacions de la patronal o dels blasquistes, que podien ser interessades, com per alguna declaració de la mateixa Societat. La seua Junta protesta en la premsa contra les esmentades acusacions d'ésser manejats per un grup de socialistes i proposa, per a evitar qualsevol sospita, que hom nomene una comissió de control amb persones de les diferents Societats. Tanmateix, exclou d'aquest control la manera de dur la negociació, la qual cosa, si bé apareix com un senyal d'autonomia, permet pensar que precisament en la marxa de la negociació, i així en l'aspecte fonamental de la vaga, eren aconsellats pel grup socialista.

El fet és que després del fracàs de la negociació del 12 de maig i de la radicalització de la vaga hom celebra al Centre Obrer (recordem que a partir del dia 1 de maig n'hi

havia dos) una reunió en la qual M. Andreu, Cases i Gascó, coneguts socialistes, tenen la veu cantant. Les resolucions que s'adopten són: protestar per l'actitud propatronal del Governador. Protestar contra l'Ajuntament que no els ha ajudat, i demanar 8.500 pts. destinades a ser donades als Blanquers en les festes del Corpus. Celebrar un míting i proposar a totes les Societats obreres que acorden una vaga general.

Val la pena que ens aturem en aquestes ressolucions perquè provoquen una reacció immediata i destemprada del periòdic blasquista. El dia següent respon en una agra gasetilla: "Ya pasa de castaño oscuro la campaña que ciertos elementos que monopolizan un Centro Obrero están haciendo contra nosotros. Si *El Pueblo* no existiera, el movimiento obrero no hubiera encontrado eco ni crónica en ningún periódico". El mateix dia, l'article de fons, que habitualment signa Castrovido, és dedicat a la vaga general. L'articulista fonamenta la doctrina oficial blasquista sobre el tema, la qual, per cert, no fou sempre mantinguda d'igual forma en la pràctica. Aquest tema de la vaga general el tractarem més a fons en un altre capítol. Ara només ens interessa destacar alguns aspectes. En primer lloc que la postura mantinguda per Castrovido senyalant que la vaga general no duu enlloc és habitual, en contradicció amb la retórica radical que el blasquisme produeix entorn de la revolució i en contrast amb la seua pràctica freqüent d'aldarulls de carrer, que encara és més ineficaç. Això ens indica, en segon lloc, que el blasquisme no té una concepció revolucionària que tinga res a veure amb la tradició obrera, en la qual la paralització de la producció podria dur a un canvi social, sinó amb la concepció del motí, el disturbi i l'aldarull urbà com a manera de canviar el règim polític, amb el model de les revolucions del segle XIX. En conseqüència podem dir, en tercer lloc, que la postura davant la vaga general, per no veure's desbordats sempre serà cauta, de vegades obertament negativa i de fre, però sense excloure moments d'ajuda i suport, quan les consideracions polítiques més o menys oportunistes així ho aconsellen. No entrem ací a considerar si aquesta postura va constituir una influència nefasta sobre el moviment obrer o va servir per a corregir l'error de convocar ritualment, freqüentment i inútil, vagues generals.

Anem a veure allò que diu l'articulista d'*El Pueblo* perquè ens estalvia comentaris. "Tratan algunas Sociedades obreras de apoyar con una huelga general a los curtidores. El paro de todos serviría, a su juicio, para que cesara la porfiada y larga huelga de los obreros curtidores. A primera vista, y supuesta la afición latina por lo expeditivo, sencillo y simple, esa idea atrae, enamora y seduce. Pero es preciso no dejarse seducir por las apariencias. Sí, el procedimiento, por lo expeditivo, entusiasma, como todo aquéllo que, de pronto, por arte de birlibirloque nos dé lo que deseamos. El milagro, la lotería, la revolución, tienen en España muchos adeptos. ¿Qué extraño es que los tenga la huelga general? Creémosla, con todo, y salvada la generosidad y buena fe de los iniciadores, muy prematura y expuesta al fracaso. Lo primero que sería preciso es que esa huelga general, lo fuese en efecto. No creemos lo fuera, y no lo creemos porque en países mucho más adelantados no ha podido practicarse aún con buen éxito ese supremo recurso. Mucho es lo que han progresado las masas obreras; pero así y todo les falta cohesión, conciencia de su fuerza, unidad de

acción, ilustración y otras muchas condiciones indispensables para una huelga general. Esa idea fue ya acariciada por los partidarios de la revisión del proceso de Montjuich y no se pudo llevar a la práctica. En Valencia, además, las asociaciones obreras datan de muy poco tiempo y no son lo suficientemente fuertes para realizar un paro total. Si la huelga se hiciese y resultara incompleta, parcial, ¡cuántos contratiempos acarrearía! Daría pretexto al Gobierno para suspender las garantías constitucionales, con lo cual no podrían los obreros reunirse ni asociarse; agotaría los fondos de todas las sociedades de resistencia y, como en esos casos el desorden es inevitable, habría entre la masa trabajadora muchas bajas por muertos, heridos y prisiones. Total: un quebranto moral y material incalculable para la masa obrera y un aumento de fuerza para la burguesía. Los curtidores tienen la razón de su parte. Así los términos del problema, y sin leyes que aplicar a los fabricantes, no hay otro remedio que continuar la huelga y sostener a los huelguistas en su noble empresa cuantos amen la justicia, no solamente los obreros. Como amigo 'condicional' de los obreros me atrevo a aconsejarles parsimonia en usar de las huelgas y mucha prudencia antes de decidirse por la huelga general... Si mi voz fuese oída la huelga general no se verificaría."

Hem resenyat l'article en toda la seua extensió perquè hi podem apreciar no sols raons relativament vàlides, que un sindicat obrer podría tenir en compte en algun moment (feblesa organizativa, oportunitat...) sinó un tarannà o to particularment sospitós. És aquest to paternalista que es coloca de part dels obrers, que accepta i dóna suport "però", un "però" que amaga, entre raons i ironies, la manipulació i l'engany. Hom no pot, malgrat tot, afirmar taxativament que a l'hora de frenar una vaga, de frenar aquesta en concret, hi havia manipulació i no una visió encertada. Al nostre parer l'engany es situa a un nivell més general, és a dir, quan es presenta com a orientador dels treballadors i dels seus interessos sense tenir una perspectiva de classe. És ací on cal jutgar l'efecte perjudicial del blasquisme en la lluita obrera i no tant en l'anàlisi freda i neutra de les circumstàncies. Respecte d'aquest cas, resulta impossible tenir-ne la certesa però sembla evident que una vaga que ha pres un caràcter exemplar, en la qual s'han mobilitzat tantes energies i que comença a no tenir eixida, demanda des del punt de mira obrer un salt qualitatiu, una empenta que la puga traure de l'embús. Allò que és clarament absurd és jutjar amb el "sí", "pero", "sí" , que continue la vaga perquè no volem desacreditar-nos davant els treballadors, però que no s'estenga perquè no volem complicacions.

Els socialistes, que aconsellaven els blanquers, van comprendre amb encert la situació d'impasse en què es trobava la vaga i acusaren amb raó l'ambigüitat blasquista. Crida un poc l'atenció la postura socialista en aquest cas quan, en general, eren refractaris, enfront de l'estratègia anarquista, a la utilització de la vaga general, com tindrem oportunitat de veure el 1902. Per això no podem excloure un cert afany de protagonisme ja que ací eren ells els qui dirigien el moviment.

No coneixem amb seguretat l'efecte de la proposta socialista. No hi degué tenir molt de ressò puix, contràriament a allò que era usual quan alguna Societat proposava

una vaga general, en aquest cas no apareixen les notes de les altres donant compte del sí o del no. Això podria fer entendre que ni tan sols va ser discutida i que tenia raó *El Pueblo* quan deia que les societats eren encara organitzacions molt febles. També hi degué influir, com és lògic, l'actitud negativa d'*El Pueblo*. En qualsevol cas, la vaga general no tirà endavant i la de blanquers entrà en el seu moment més difícil.

La negativa dels blasquistes a encoratjar la vaga general i el seu suport a la de blanquers els posava en una postura incòmoda. Es veien acusats d'indecisos, ambigus i falsos pels socialistes, i de revolucionaris, o, millor dit, agitadors per l'influent *El Mercantil*, sense comptar els acostumats cants angoixats de la premsa conservadora. *El Pueblo* es regira amb acritud contra els seus acusadors i organitza una estratègia en dos fronts: escomet amb tota la seua energia per a donar un colp espectacular, demanant una subvenció a l'Ajuntament, i torna a emprendre la via de la negociació fent veure que encara és possible, i utilitzant tota mena d'arguments. A la fi perdrà els papers i igualment dirà que és necessari acabar amb la vaga com afirmarà davant la intransigència patronal que "cualquier resolución que tomen, por violenta que sea, estará justificada". És clar que dir això entrats ja en juny, quan ja comencen alguns blanquers a marxar de València, i afirmar al dia següent que "porque tienen toda la razón no deben dar motivos de queja", no és més que una mostra de retòrica inoperant.

El gest espectacular té indubtable eficàcia. La idea de demanar una subvenció a l'Ajuntament havia sorgit molt aviat, en la segona setmana de vaga. *El Pueblo* en parla positivament i ho dóna com a fet, però, sense saber per què, al dia següent, en donar notícia de la sessió de l'Ajuntament, hom diu que el blasquista Taroncher havia demanat que fos nomenada una comissió mitjancera formada per regidors, i no cita la subvenció. No sabem que hi va passar. Potser per tal d'aconseguir que fos aprovada la comissió, integrada per tots els partits, van retirar la proposta de subvenció, inadmisible per a la dreta. El cas és que els socialistes aprofitaren el buit per a demanar-la ells i acusar els blasquistes de l'abandonament dels vaguistes. De tota manera aquest fet no sembla gaire rellevant si no és per a demostrar la tensió existent entre els dos en el sentit de no deixar-se arrebatar protagonisme davant els treballadors. Empentejat per les crítiques, *El Pueblo* s'excusa amb el fet que la petició no es va fer perquè els blanquers no la van presentar "formalment" i es decideix a la fi a plantejar l'assumpte donant-li un to agressiu i arrogant de cara a la galeria, encara que mesurat de cara a la Corporació.

"Los Concejales que suscriben, presidente y vocal de la Comisión de Hacienda, creen que el Ayuntamiento puede y debe, dentro de la esfera de la ley, atender a remediar la precaria situación en que se encuentran más de mil trescientas familias, totalmente arruinadas hoy por la duración inusitada de la huelga. Respetan los que suscriben la opinión de sus compañeros de Comisión y sus escrúpulos acerca de la legalidad de semejante donativo, pero entienden que en casos extraordinarios como el que se trata, las atribuciones de los municipios no pueden contenerse dentro de los estrechos moldes de una interpretación restrictiva. En consecuencia tiene el honor de presentar al Excmo. Ayuntamiento el siguiente voto particular :

"Impórtanos en primer término declarar que nuestra opinión en este asunto importantísimo no obedece a ningún móvil político y que el acto que realizamos no prejuzga absolutamente nada en el conflicto pendiente entre obreros y patronos curtidores... A nosotros nos cumple declarar que nuestra actitud favorable a los obreros no se deriva de imposiciones ni puede atribuirse, como torpemente se ha dicho, a fomentar el odio de clases, que nunca ampararemos, ni menos podemos hacerlo investidos con el cargo honroso de concejal y, por lo tanto, como administradores de todos los intereses de Valencia. (Segueix l'escrit fent historia de les gestions realitzades per a resoldre la vaga, dels mals que produeix a tota la societat, posant especial èmfasi en la misèria dels blanquers: "veríamos perecer de hambre a centenares de inocentes niños y desgraciadas madres"). Basta este sólo argumento para justificar nuestra actitud, creyendo que bajo su aspecto moral de equidad y justicia no cabe discutirse la proposición". L'escrit acaba dient que no existeix cap impediment a que les 10.000 pts. demanades a la Comissió d'Hisenda siguen transferides d'altres partides, ja que per altres motius sí que s'havia fet. Signen Taroncher i Olmos en nom de la minoria de Fusión Republicana.

A la petició, per oportunistes que puguessen ser les seues motivacions, no podem negar-li audàcia. Basta considerar el soroll que ha organitzat recentment el que un Ajuntament amb majoria d'esquerres haja rebut i hostatjat els vaguistes de Crimidesa.[2] El paper de crític irònic i distanciat, jugat en aquest cas per *El País*, fou assumit alesho-res per *El Mercantil*. I, és clar, els periòdics conservadors van jutjar que allò era quasi convertir l'Ajuntament en la Comuna, argumentant que els diners del Municipi són de tots i que en conseqüència havien de ser concedits també als patrons. *El Pueblo* es regira amb ira, especialment contra *El Mercantil* que pretén atacar-li des de l'esquerra "assenyada" ("el correcto diario del escrupuloso partido de Concentración Republicana, ¿qué es lo que quiere?") i li llança un repte: "Los curtidores no han pedido ayuda a los concejales de Fusión Republicana sino al Ayuntamiento. Así que menos palabras y a retratarse todos en la votación. Pero estamos seguros que los concejales de Concentración preferirán dar mil pesetas de su bolsillo que dar la cara en el Ayuntamiento". De l'acritud de la polèmica es dedueix que a l'afer hom li donava una significació política. Els blasquistes encara en minoria van saber emprar-la per a demostrar que un Municipi republicà faria justícia i afavoriria els obrers. Al llarg de la sessió Taroncher denuncia els regidors monàrquics que neguen aquests diners als treballadors però no tenen escrúpols a destinar 4.000 pts. d'una altra partida per a obsequiar un ex-ministre. Tanmateix *El Pueblo* té bona cura de guardar les distàncies i insistir que no es tracta de parcialitat obrerista. Un municipi republicà no seria un municipi dels obrers

[2] Se refiere a la marcha realizada por 90 trabajadores de la mina de sulfato gestionada por dicha empresa, a lo largo de 300 kilómetros desde el pueblo burgalés de Cerezo de Río Turón hasta Madrid, donde llegaron el 18 de diciembre de 1980, siendo recibidos por una amplia concentración de solidaridad presidida por el entonces secretario general de CCOO Marcelino Camacho. La "marcha de los de Crimidesa" cerraba una larga huelga iniciada el 10 de abril de aquel año en defensa de su convenio y por la readmisión de varios compañeros despedidos. *(Nota del Editor)*

sinó que els ajudaria. El Mercantil nos acusa de haber levantado bandera socialista y de lucha de pobres contra ricos. Mienten. Nosotros hacemos propaganda republicana. El día de mañana, tal vez, dentro del régimen verdaderamente democrático, abrazaríamos una bandera más radical porque nuestro ideal es el progreso constante. Hoy por hoy militamos bajo la bandera de la República porque esta primera conquista la consideramos indispensable para lograr las demás. La masa obrera es, en su mayoría, republicana y nos ha seguido dando el triunfo en las elecciones. Nuestra casa es la de los obreros. A *El Mercantil* y a otros por el estilo no acudían. ¿Por qué? Porque allí no es la blusa la prenda más considerada, ni se pueden hacer suscripciones a favor de los obreros para que no se ofendan los burgueses."

Malgrat la seua irada protesta contra els qui gosen posar en dubte que no està de part dels obrers, *El Pueblo* no amaga que la seua perspectiva no és la d'un partit de classe. En aquest sentit és especialment clarificador un article signat per Castrovido la vespra del dia que els regidors blasquistes feien la petició d'ajuda als vaguistes. L'articulista comença subratllant la importància de la petició. És quelcom que fins ara sols havia estat fet a França, en municipis amb majoria socialista. D'antuvi, doncs, queda clar que els republicans en el moment d'ésser amb els obrers són tan avançats com els qui més. Passa després amb certa agudesa i gràcia a desarmar els adversaris de la subvenció ridiculitzant-los. "Yo lloro también al contemplar esos tristes hogares, dirá el concejal dinástico mientras se saca los puños de la camisa. Pero ah, señores, pongámonos en lo justo, en la realidad. No hay dinero en el presupuesto." "Luego surge el concejal-abogado para demostrar que la ley municipal no lo autoriza. A continuación 'el del buen sentido': Yo que no sé de leyes ni de filosofía pero tengo sentido común, digo que en ese caso también habrá que socorrer a los fabricantes." "Tercia el republicano correcto. Nadie más amigo que yo del trabajador, del proletario, de ese ilota de nuestros tiempos. Pero yo entiendo que la solución del problema social está en la asociación bien entendida, en la libertad, señores, en esa libertad por la que tanta sangre hemos derramado. En nombre de la libertad debe desatenderse la petición que, de aprobarse, entronizaría el sectarismo..." Després de les ironies en contra hom aporta arguments a favor. "Esos que se oponen ¿se opondrían a que se pidieran 10.000 pts. para socorrer a las víctimas de un terremoto? Es injusto socorrerlos, se dirá, con el dinero de los mismos fabricantes que contribuyen a levantar las cargas municipales. Contribuyen también los trabajadores, no solamente pagando el impuesto de consumos, sino resarciendo de sus pérdidas a los industriales, propietarios, comerciantes, etc., comprando a más subidos precios, alimentos, vestidos, alquileres de viviendas..."

Pero no ens enganyem. Malgrat aquesta atrevida proposició que introdueix la noció de plusvàlua indirecta, l'articulista es distancia de seguida per a retrobar el punt reformista. "¿Es esto socialismo? Si lo es habrá que considerar socialistas a las corporaciones que curan enfermos pobres y cobijan a los huérfanos. El individualista, el liberal a la inglesa, son tipos que han desaparecido de la fauna política. Sólo existen esos bichos, raros ya en toda Europa, en países intelectualmente selváticos, inaccesibles a la renova-

ción de ideas." "Pues si vais al socialismo ocuparemos vuestro puesto", diuen els republicans assenyats. "Aquí está la madre del cordero, eso es lo que quieren. Pero no hay tal cosa. Porque los republicanos reclamen o implanten las reformas que constituyen la legislación del trabajo (limitación de la jornada diaria, fijación del salario, reglamentación del trabajo de mujeres y niños, inspección de fábricas y talleres, enseñanza obligatoria y retribuida, jurados mixtos, indemnización patronal por accidente de trabajo, etc.) no por eso dejarían de ser republicanos burgueses. En los partidos republicanos hay, no ya afines al socialismo, sino socialistas del todo. Más claro: hay individuos que admiten el principio colectivista de la socialización, no sólo de la tierra sino de todos los medios de producción. Pero ésas son aspiraciones individuales, excepciones. Los partidos republicanos, incluso el federal, no son, como tales partidos socialistas. No hay que caer en aquel platónico y algo insustancial socialismo lamartiano... Así a los republicanos como a los colectivistas (esta denominación comprende a socialistas y anarquistas) no les conviene ese socialismo de similar. Al contrario, lo que necesitan unos y otros y el país es que el republicanismo español favorezca el desarrollo de la riqueza, de la burguesía, como ya reconocía en numerosos artículos *El Socialista* de Madrid al discutir sobre las relaciones entre republicanos y socialistas. En nombre, pues, del republicanismo burgués, sin adular a las masas trabajadoras, vicio tan feo como el seducir a las clases conservadoras, pueden los concejales republicanos acceder al auxilio que piden los huelguistas." L'article acaba amb una encertada previsió: "Preludios son estos de la gigantesca lucha por la igualdad que se ha de librar en el siglo XX. A su lado palidecen todas las demás cuestiones. Luz de candil parece la religiosa y la cuestión política, la que por la conquista de la libertad agitó el siglo XIX".

Sense cap dubte aquest article és una de les més clares declaracions de principis del blasquisme i de la política obrera dels republicans. En línies generals hom no la pot acusar d'incoherent sinó, ben al contrari, d'exposar amb lucidesa una política reformista, essent conscient de les seues limitacions. Però això no ens ha d'enganyar sobre la política practicada, aquesta sí incoherent, doble i oportunista. Cal tenir en compte que la voluntat d'aclariment d'aquest article està potenciada per la necessitat de fer front a una campanya, no sols de la dreta sinó del "centre", personificat en el republicà *El Mercantil* el qual presenta el blasquisme com un partit "esquerrà". D'alguna manera la situació és semblant quan, després d'alguna de les seues intervencions anticlericals, és presentat com un terrible menja capellans. *El Pueblo* fa aleshores, entre grans escarafalls, equilibris de sensatesa i racionalitat presentant la seua postura davant la qüestió religiosa com motivada pel laicisme i com contraposició al domini clerical. Però és cert també el seu furibund i estúpid anticlericalisme. Quelcom semblant, diem, s'esdevé ací. La postura reformista en allò social és veritable i, a més, molt vàlida. Però amaga un engany. Quan Castrovido diu que *El Socialista* recomana això als republicans no diu tota la veritat. En realitat, els socialistes allò que demanen, com podem llegir en el manifest de l'Agrupació socialista de València del 1903, és que els republicans deixen d'ocupar l'espai que no els pertoca, enganyant els obrers, i que practiquen clarament i decidida una política burgesa progressista. És a dir, els acusen precisa-

ment d'emmascarar la política burgesa que fan amb la jactància de ser més revolucionaris que ningú.

La proposta blasquista de subvencionar els vaguistes és derrotada en el Ple. No comptaven encara amb la majoria en la Corporació i hagués estat necessari el suport dels republicans de Concentració (els "centristes" de *El Mercantil*), i d'alguns liberals. Pero en la votació els deixen tots sols. "El eclipse de los mercantileros a la hora de votar ha sido escandaloso". La subvenció de 10.000 pts. hagués significat un globus d'oxigen salvador, amb el qual probablement els vaguistes haguessen triomfat. Derrotada la proposta, la vaga entra a la primeria de juny en la recta final.

La dignitat obrera

Els vaguistes flexibilitzen al màxim la seua actitud negociadora fixant com a punt únic l'admissió de tots sota diverses fórmules. Primer proposen d'entrar tots però treballar mitja jornada, ja que els patrons posen l'objecció que no hi ha feina per a tots. La proposta és assenyada, puix així mateix s'havia fet el 1898 quan escassejava el treball. Però la patronal la rebutja. És impossible, diuen, "sin que los fabricantes podamos elegir a los que nos parezcan más aptos". És ben clara la cosa. El trust dels Martínez vol aprofitar la vaga per tal de netejar el sector del personal que els destorba. I ho fa, ni més ni menys, "creyendo interpretar el sentir de todos los patronos del Universo". Aquesta mena de representativitat encara no l'ha reivindicat la CEOE.

La comissió presenta una nova fórmula conciliadora. Admissió teòrica de tots i, en la pràctica, reincorporació a poc a poc a mesura que augmente el treball. La proposta satisfà el Governador militar i el Batlle, presents en la negociació, però no la patronal. Aquella li dóna la volta: admissió dels necessaris i quan en faltaren més ja els buscarà on els patrons voldran. Com diu *El Pueblo*, "esto es inadmisible y demuestra que los patronos proceden con mala fe, con saña inicua. No les importa que se hunda una industria con tal de salir con la suya. No tienen amor a Valencia..." Però al Governador militar, que vol traure's de damunt aquell problema molest, li sembla molt bé allò que ofereixen els patrons i llença un ultimàtum als vaguistes. El conflicte acabarà "protegido por los maussers". El governador ordena la detenció dels principals dirigents que són duts a la presó de Sant Gregori i mana obrir les blanqueries sota vigilància militar. És inútil. Només uns pocs vaguistes, nou o deu, entren a treballar i són expulsats de la Societat. El Governador està disposat a portar treballadors d'on siga i a posar-los per la força.

Aleshores s'esdevé un fet que avui ens crida l'atenció, però que no era estrany. Coneixem diversos casos de vagues en què els acomiadats es posen a treballar pel seu compte o en què la Societat els busca ocupació en un altre ofici o lloc per tal de no cedir a les imposicions de la patronal. Això s'explica pel caràcter especialitzat i tancat dels oficis, amb una forta component gremial. El control d'un mercat de treball d'aquest tipus constituïa, de moment, la gran força de les Societats. D'ací que conside-

rassen positiu anar-se'n abans de cedir. El plantejament podia ser vàlid en circumstàncies molt concretes (per exemple, és possible que els patrons tipògrafs donassen importància al fet que la Societat obrera els retragués un grup de treballadors de diffcil especialització) però estava abocat a ser aviat de dubtosa eficàcia. La Societat que es trobava en aquesta situació tractava de bloquejar per complet el mercat de treball comunicant-ho als del mateix ofici d'altres ciutats per tal d'evitar que vingués ningú a ocupar els llocs buits. Però, com diem, aquest equilibri tancat de l'oferta i la demanda de treball, eminentment corporatiu i gremial, no podia mantenir-se molt de temps ni tenia gaire sentit en sectors on l'ofici gairebé no comptava. És clar que, de tota manera, en l'actitud de les Societats que preferien abandonar el treball ans que cedir a les imposicions patronals no jugava sols aquest plantejament tàctic sinó la important motivació de la dignitat obrera. El fet és que a la primeria de juny un grup ampli de blanquers decideix marxar de València i buscar treball en uns altres llocs. *Las Provincias* parla de desbandada, paladejant ja la fi de la molesta vaga. I en efecte, la fi s'esdevindrà molt aviat, però tindrà, per part dels blanquers, una impressionant dignitat. Per l'altra una desorbitada i venjativa fúria. En grups de 40 i 50 marxen cap a Barcelona. Ja no tenen diners per al viatge i el Governador accepta gestionar el viatge gratis als primers per tal de traure-se'ls de sobre. Però, en veure que són molts, els patrons protesten i es senten burlats. Volen que els treballadors no marxen i veure'ls tornar humiliats al treball. Només aixi el seu triomf serà complet i servirà d'escarment. Per això fan publicar en *La Voz de Valencia* la notícia que a Barcelona no troben treball i tornaran. La Societat publica en *El Pueblo* una rèplica afirmant que és fals, i que a Barcelona són molt bén rebuts. Afegeix la nota que, al contrari, un grup de Castelló, al qual Martínez havia promés un salari major i pagar-li l'estada a València, ha estat enganyat i ha abandonat la blanqueria només acabar la setmana.

Al llarg dels primers dies de juny deixen València al voltant de 500 blanquers, 521 exactament, gràcies a l'ajut económic de les altres Societats. *El Pueblo* publica una memorable carta de comiat. "Al hidalgo pueblo de Valencia: han fracasado cuantas gestiones hemos hecho para solucionar la huelga. No hemos omitido ninguna, salvando siempre la dignidad y el derecho de asociación. Todos han respondido al carácter familiar de esta hermosa ciudad menos un puñado de patronos. Emigramos para no ser más gravosos. Emigramos maldiciendo la memoria de quien nos pone en este doloroso trance pues si amor tenemos a nuestras familias, amor tenemos también a la tierra que nos vió nacer y a aquéllos con quienes hemos compartido los azares de la vida. Emigramos, repetimos, maldiciendo la inhumanidad de los patronos y recomendando nuestros hijos a vuestro cuidado para que el llanto del hambre no les atormente. Vamos a buscar pan y salvar la dignidad del trabajo. Terminad vuestra obra buena ayudándoles. Así, cuando despleguemos los labios en el Calvario que vamos a recorrer será para bendecir vuestra memoria. Adiós Valencia, adiós a todos. Gozad con los efectos de vuestra malvada obra patronos curtidores, pero sabed que antes estamos dispuestos a llegar al Gólgota que a ceder en nuestros indiscutibles derechos." "Que la suerte acompañe", postilla *El Pueblo*, "a estos honrados obreros que hasta el

último momento demuestran su cultura y su gran corazón. Con ellos va la simpatía y el cariño del pueblo valenciano. Para los patronos intransigentes y soberbios queda el odio que ha provocado su insensata conducta y el recuerdo de que han perjudicado gravísimamente a una industria valenciana y amargado a los hogares pobres."

Però allò que acompanya els blanquers en aquest amarg final no és la sort sinó la repressió més feixuga. El fiscal, en un gest inaudit, denuncia davant l'Audiència el Manifest de comiat com atemptatori al respecte degut a les persones. Els 9 detinguts són posats en llibertat, després de més de 10 dies, però immediatament en són detinguts 8 més, anant a buscar-los al propi domicili. L'ambient s'enrareix puix un tinent de la Guàrdia Civil és víctima d'un atemptat sense que hom puga conéixer l'autor. La Societat de Blanquers protesta de la seua innocència i ho considera una provocació. Pocs dies després, el 22 de juny, un obrer vaguista mor. Havia estat soldat en Cuba, d'on tornà malalt, i les privacions de la vaga han acabat amb la seua malmesa salut. Els companys acompanyen el seu soterrar amb una corona, pagada amb les darreres aportacions. És tot un símbol. El dia 25, després de dos mesos de resistència heroica i combativa, celebren la seua darrera assemblea.

En ella hom manté una discussió sobre el camí a seguir. Consultades les altres Societats han contestat que les caixes estan ja completament buides. La situació és insuportable. Hom acorda deslligar el compromís dels associats amb la Societat, deixant-los en llibertat perquè individualment accepten el treball. En la pràctica això suposava la dissolució de la Societat, a l'espera de millors temps per a refer-la. La solució ens sembla estranya però indica el concepte estricte que hom tenia de l'associació, del qual hi ha bastant a aprendre. Per una banda la Societat no estava disposada a cedir en els seus drets. Per l'altra, l'associat que acceptava el treball, essent de la Societat, n'havia de ser expulsat. El nus gordià queda tallat dissolent-la. Si hom prefereix dir-ho així, és una derrota, pero que ens assabenta de l'alt concepte que hom tenia de l'associacionisme. De tota manera, i al marge del desenllaç, la lluita duta a terme amb tan gran tenacitat i solidaritat no pot ser jutjada en el marc general del moviment obrer com un fracàs. Hi ha exemples d'ètica colectiva que valen tant com mil victòries.

Les conseqüències econòmiques de la vaga degueren ser greus, sobretot per a les petites blanqueries, algunes de les quals, segons una informació poc precisa de la premsa, no tornaren a obrir. Tanmateix, el setembre d'aquest mateix any es constitueix l'Associació de Fabricants de cuiro adobat, dirigida pels germans Martínez, Giménez, Oms, i Vda. de Boluda, la qual cosa confirma la sospita esmentada al començament: que els grans fabricants empraren el conflicte per a imposar el seu control sobre el sector. Al reglament hi ha dos articles significatius. L'ap. IV art. 4 diu que els associats es comprometen a acatar els acords de la Junta General o si no seran expulsats. Martínez i els seus havien demostrat una energia fèrria i brutal, que els permetia actuar sense contemplacions. L'apt. I art. 4 proposa la reconversió de l'Associació en l'antic gremi de blanquers, si això era possible. Desfeta la Societat Obrera, els patrons aspiren novament a lligar els treballadors a un tipus d'organització corporativa i gremial.

Afortunadament no fou possible perquè un any després, estabilitzat de nou el treball, els blanquers decidiren reconstituir la Societat. La patronal, que tant havia fet per destruir-la, no podia permetre que hom la tornàs a formar i, pel que sembla, va fer córrer la notícia alarmista entre els treballadors que els seus promotors pretenien durlos a una nova vaga general. Aquests però, contestaren que d'això, de moment, res i que constituien la Societat per tal de defensar els seus drets.

Des del punt de mira del Moviment Obrer la vaga fou una experiència decisiva i, tot i acabant en aparent derrota, tingué repercusions favorables. Per als patrons era un toc d'atenció sobre l'alt cost que podia tenir una oposició frontal a les Societats, i va servir per contenir-los. L'hostilitat patronal persistirà (no ha acabat encara) però ja no es produirà d'una manera tan brutal sinó més dissimulada. Per als treballadors va significar una revelació del valor de les Societats que estaven constituint. El triomf fàcil dels tramviaires en març, amb una vaga-llampec i un resultat feliç, havia creat un perillós miratge que la duresa d'aquesta vaga contribueix a escampar. Les Societats esdevenen més prudents i realistes, potser encara poc segons veurem, i hom no troba signes de marxa endarrere. Ja hem dit que els blanquers tornen a la càrrega un any després. "La antigua Junta", diuen, "estaba formada por hombres de buena voluntad pero inexpertos. Los que formamos la nueva nos esforzaremos por no caer en los errores que ellos cometieron". L'opinió general era que hi havia hagut precipitació, no sols perquè havien donat peu que hom els pugués acusar de no haver respectat l'avís dels 20 dies, sinó perquè pel problema d'una fàbrica havien fet embarcar tot el sector sense donar passos previs. Aquest aspecte serà tingut ben en compte d'ara endavant.

En les opinions a posteriori no podia faltar l'aspecte polèmic. Arran de la doble celebració de l'1 de maig, el 1901, hi hagué un enfrontament entre socialistes i anarquistes que relatem en un altre lloc del llibre. D'esquitllentes, els socialistes acusaven Blasco d'haver propiciat la divisió dels dos centres obrers. *El Pueblo* publica una carta de García Ballester, blanquer, en la qual es fa una valoració negativa de la vaga per descarregar les culpes sobre els socialistes. "Los de *El Pueblo* cumplieron fielmente con los trabajadores ya que publicaban todas las notas que les enviábamos, cosa que no hizo ningún periódico. Los concejales republicanos y Blasco, en particular, hicieron gestiones para resolverla y, a pesar de que nos dijeron en privado que estaba mal planteada y dirigida, no quisieron publicar sueltos contra M. Andreu para evitar la desmoralización." Fins ací el remitent que, com podem veure, a més de blanquer és fervorós republicà. No hi cal cap comentari ja que després d'haver seguit la vaga dia rere dia no ens diu res nou. Es tracta d'una interpretació. Com que la dels socialistes ja la coneixem, posem punt final. Al voltant del nas de Cleopatra i les seues conseqüències també hom discuteix dins el moviment obrer, després de cada batalla d'Actium.

La tradició cultural obrera a les primeries del segle xx

Extracto del libro *Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer,* editado en 1982 por la Institució Alfons el Magnànim, de la Diputació de València.

La tradició específicament obrera és la que es configura lligada d'una forma més estreta a la pràctica de les Societats. Com expressa amb lucidesa un escrit del PSOE de València "estas organizaciones han servido de escuela donde los trabajadores han podido hacerse cargo de provechosas enseñanzas por cuanto les han puesto de relieve el antagonismo de intereses entre el explotador y el explotado". Però al costat d'aquesta tradició que podríem anomenar proletària, i que constitueix la consciència de classe, existeix també un component de consciència, dignitat i orgull professional que, si bé es pot atribuir a l'origen gremial dels oficis, ha estat retinguda fins avui pel moviment obrer. Quantes vegades hem oït en boca d'actuals líders sindicals que, per tenir prestigi entre els companys, és molt important de ser un bon obrer, i, a ser possible, un mestre en l'ofici. En aquells temps a aquest aspecte s'atribuïa gran importància per part de les Societats i cal remarcar que expressava també la consciència de classe. És cert que podia empetitir-se i recaure en el vici corporatiu de l'estima a la qualificació per categories. Però, superat aquest perill, amb l'orgull professional s'autoafirmava la dignitat del treball, de la classe que produïa enfront de tant paràsit social, i de l'home que dominava una tècnica i transformava la matèria. Com ha dit Marcelino Camacho, la classe obrera és la que produeix tot el que hi ha de bell i útil i açò és el que en l'amor a l'ofici s'expressava. De vegades, la consciència proletària es formulava de manera tan extremosa, d'acord amb la realitat objectiva que hom vivia, que podia donar la imatge equivocada d'auto-menyspreu (els explotats, els qui patim tota mena d'injustícies). La consciència de la dignitat professional li servia de correctiu i completava el cercle de l'autèntica consciència de classe.

La component proletària

Parlem, en primer lloc, del component proletari. Al capítol primer hem repassat les diverses influències ideològiques que varen contribuir a formar-la, centrades fonamentalment en la I Internacional. Aquesta, al seu torn, recollia la llavor dels socialistes utòpics (Garrido, Sixto Càmara...) i la presència viva del pensament revolucionari federalista. En els pamflets que hem anat recollint al llarg del llibre podem apreciar els trets més característics. Al nostre entendre hi ha una diferència clara en els extrems, anarquista i socialista, però que poques vegades s'expressa amb nitidesa

en els escrits de les Societats. Aquests més bé denoten un sincretisme una mica retòric i generalitzador. Els escrits socialistes d'aquest temps que coneixem (les dues llargues i conscienciades anàlisis sobre la política de classe i la política burgesa), units a les breus notes de Martínez Andreu i el seu grup, publicades en *El Pueblo*, ens revelen dos aspectes interessants. Per una part una anàlisi marxista elemental però assimilada amb naturalitat i aplom. Per un altre costat una valoració molt pegada al terreny de les possibilitats d'avanç ressaltant la importància de les conquestes legals. Recordem les intervencions de Martínez Andreu en *El Pueblo* recomanant de consolidar la solidesa de l'organització, abans de llançar-se a aventures, i destacant que les lleis de Dato eren una conquesta de la lluita de les Societats. Aquesta prudència realista va causar no poques polèmiques amb els anarquistes, com ja vàrem dir, a propòsit de la vaga general de 1902, però amb el temps s'anà imposant en amplis sectors de treballadors. En la tradició socialista hi ha un tenaç esforç de clarificació ideològica, sostinguda a totes passades des de la seua posició minoritària. No menys constant i tenaç és la seua insistència a educar els treballadors en la necessitat del partit obrer. *El Pueblo* ens dóna una ampla informació de la celebració de 1'1 de Maig à dos llocs separats (a banda del Marítim) on es poden apreciar les diferències de matisos. El tòpic més repetit en els dos és el de la unitat : "al grito de viva la unión, venceremos a la burguesía". Al "Velódromo Cuarte" porten la veu els socialistes, encara que no totes les Societats que hi són presents estan adherides a la UGT. *El Pueblo* ironitza amb aquest fet: "el orador creyendo que todos los asistentes eran socialistas dijo..." Aquesta falsa presumpció provoca que a l'any següent hi vagen alguns rebentadors que els interromperen. Doncs els oradors socialistes fan referències al Congrés de París (de la II Internacional), a la campanya allí llançada per les 8 hores, a l'exèrcit de reserva dels aturats, a les conquestes legals senyalant també les limitacions... Al contrari, al míting del carrer En Sendra no es veu una línia tan coherent. Un orador parla contra les Caixes de resistència, un altre 'aboga' per la vaga general (dos tòpics anarquistes). El blasquista Payá, en representació de *La Constructora* i no del partit, insisteix en l'autonomia de les Societats: "manifestó que no será la redención obrera obra de determinado partido. Se deberá a la ciencia que, informando la vida universal, ha colocado al obrero en el lugar que le corresponde". Sense exagerar les diferències, al primer míting, on son els socialistes, hi ha una major precisió conceptual.

En la tradició anarquista sobreïx una confusió maximalista, la qual cosa no és obstacle per què continga molts i importants valors. Encara que pareix paradoxal, la confusió permetia la inclusió i amalgama d'una quantitat d'idees i sentiments, molt vius i actuants en el proletariat de principis de segle, i que d'altra manera s'haurien perdut. La seua retòrica, entre ingènua i grandiloqüent, però radical i amb una gran càrrega emotiva, arribava més fàcilment als treballadors que la freda anàlisi dels socialistes. No hi ha cap dubte que, si aquests contribuïren a clarificar, a la tradició anarquista es deu el mèrit de despertar i vivificar la consciència de classe. No hem pogut localitzar molta premsa anarquista d'aquests anys ja que l'organització fou

dissolta en 1890 i clausurat el centre del carrer de Xàtiva. De totes maneres, encara sense tenir una organització pròpia, es donen a conèixer com tals, àdhuc en pla de desafiament. *El Pueblo* cita l'existència d'un setmanari anarquista, *El Corsario* (tot un nom), que es pronuncia en contra que els obrers recolzen als estudiants en el seu enfrontament amb el Governador Martos. Hem pogut fullejar un exemplar de *La Víctima del Trabajo, periódico anarquista* de 1889, editat a València. És bastant il·lustratiu de la ideologia una mica tremendista de què parlàvem. En la capçalera llegim: "Quien poseyendo aptitudes para el trabajo obliga a otros a que lo hagan por él, es indigno de vivir entre nosotros. La fuerza se repele con la fuerza: para eso se inventó la dinamita". La redacció de la revisteta ens ofereix així la síntesi del seu pensament: la dignitat del treball, el famós, i tan arrelat entre les masses, principi "el que no trabaja que no coma", i al costat d'això l'acció directa per resoldre els problemes. Els articles són pesats i farragosos, animats per frases amenaçadores: "Temblad bandidos, el pueblo ya os conoce". I no falta la nota que revela la ingènua fe d'aquells homes bons que eren en el fons els anarquistes: "Estableceremos gustosos el intercambio con todos nuestros colegas de todo el Universo. Saludamos a la prensa burguesa como los contendientes de un duelo". Aquesta convicció que la raó estava de la seua part es manifesta en el poder taumatúrgic que atribuïen a les discussions públiques, ja que pensaven que als obrers bastava explicar-los la doctrina salvadora perquè l'abraçassen amb entusiasme. Contemporani a aquesta *Víctima del trabajo* i, per tant, uns anys anteriors als que ens ocupen, però factor també de la tradició anarquista, és *El Chornaler*. En la seua capçalera enuncia el mateix principi: "Periòdic defensor dels que treballen y no menchen. Enemich aserrim dels que menchen y no treballen". A l'últim, també d'aquests anys (1883-84), estava *La Reforma Social*, "periódico bilingüe, colectivista y anticlerical". En l'amalgama anarquista s'encloïa l'anticlericalisme, diferenciant-se en això de la premsa socialista i acostant-se al tòpic preferit dels blasquistes. En *La Reforma* col·laborava el republicà i extremós anticlerical Nakens i els seus continus articles sobre el tema provocaren la condemna de l'irascible arquebisbe Monescillo.

Entre aquestos dos extrems (socialista-científic i anarquista emocional), que de cap manera hem volgut caricaturitzar sinó tipificar amb evident esquematisme, es situava la ideologia de les Societats Obreres. Si repassem els comunicats i pamflets reproduïts en el llibre (dels blanquers, forners, asserradors, fogoners, tramviaires, portuaris, etc., pràcticament de totes les Societats) podrem veure que estan marcats per tres línies bàsiques. La primera i principal, que dóna pes a les Societats, és la reivindicativa. En aquesta línia és possible d'apreciar la consolidació de la tradició sindical, purificada de tot gremialisme. Al voltant d'aquesta afirmació, trobem una ideologia totalitzadora de la condició obrera, bastant aïllada de la claredat amb què la defensen les anàlisis marxistes del PSOE i més pròxima a la reivindicació de justícia universal dels anarquistes. Es tracta d'un nivell de la consciència de classe, més sentit que racionalitzat i que s'expressa més amb les categories d'explotadors-explotats que amb les de burgesia-proletariat. No cal dir que seria discutible si el segon és

un nivell superior al primer. Per un marxista és desitjable i convenient la clarificació però no pot passar per alt l'enorme força que tenen en les masses les idees senzilles amb les quals tradicionalment ha comprés i expressat la seua situació. Els explotadors dormint en bons llits (treballadors de la Ribera), menjant el pa dels pobres (forners), abusant del seu poder (blanquers), mentint i enganyant (barreters) i, per l'altra part, els fills del treball que ho donen tot, fins la seua salut, pels restants (fogoners), que no poden alimentar als seus menuts (forners), que volen com germans als companys però odien als seus explotadors (blanquers), que es rebel·len i esperen el dia de la justícia (forners, tramviaires...). Aquest és l'univers que configura globalment la consciència proletària. Es interessant de notar que, precisament perquè té aquest caràcter de globalitat sintàctica, apareix amb freqüència reforçat per tradicions dispars però en les quals es recullen els crits de protesta. Hem vist que en els pamflets de les Societats apareixen cites de Victor Hugo (voler és poder) de Zola (la veritat està en marxa), i fins de Sant Agustí (qui no produeix alguna cosa útil no té dret a la vida). Pensem en la cèlebre anècdota sobre el soterrament de Zola, en el qual els miners de Caen amb les seues robes de treball acompanyaren el cadàver cridant acompassadament "¡Germinal, Germinal!" Més que expressar una anàlisi rigorosa i freda, el llenguatge dels pamflets, d'un dramatisme una mica retòric, ens recorda el de les novelles folletinesques, molt de moda en aquells temps, on es descriuen els sofriments dels pobres i els abusos dels rics. "Nosotros estamos metidos en el agua y desnudos en un pleno invierno, mientras los patronos llevan guantes y sombrero", diuen els blanquers, i afegeixen: "si hay Dios, como ellos dicen, estará de nuestra parte". Els esquirols son "obreros que van tras un mendrugo", i amb més freqüència "traidores", els capatassos "perros de presa de los explotadores" (Societat del Port). Però la descripció de la pròpia situació, sentida com una situació col·lectiva i injusta, s'acompanya sempre d'una crida a la unitat per fer-li front. Vegem-ho: "Unamos nuestros esfuerzos al gran ejército proletario que desde las organizaciones obreras lucha por emanciparse del férreo yugo de la explotación capitalista" (Societat obrers del paper). "Esta Sociedad no puede creer que no sepáis distinguir lo malo de lo bueno, la verdad de la mentira, la luz de la oscuridad. Entonces comprenderéis que vuestro puesto está donde están vuestros hermanos y compañeros pues todos sentimos el peso de la explotación" (Societat de sastres La Igualadora). "Con el corazón dolorido, lleno de pena y amargura, cogemos la pluma ofuscados por la indignación que produce todo acto infame, y mucho más cuando se trata de hechos tan claros como los que origina la actual lucha que estamos sosteniendo los obreros panaderos. Existe en Valencia un gremio de maestros horneros, constituido a la antigua y dirigido por un procedimiento feudal, que con su mala intención y la de sus pocos adeptos están provocando un conflicto inevitable con su forma de proceder. Estos patronos, que están disfrutando de un beneficio que no es suyo sino del pueblo, se muestran tan altivos e intransigentes que la lengua se traba y la pluma se atasca para describir sus malévolos y crueles sentimientos por su insaciable egoísmo. El Gobierno les suprime el impuesto de consumos para aliviar a la clase desheredada y estos señores, guiados por su

egoísmo, se quedan con dicho beneficio. Así es que la vida le resulta al obrero tan cara que es imposible poder llevar a su hogar lo más preciso, lo más indispensable para vivir. Este oficio que, dadas las condiciones de él, es el más explotado y el más mal retribuido, pide un pequeño aumento de jornal, que a no ser por estos mangoneadores se hubiese solucionado sin necesidad de llegar a una huelga de la que ya no se puede evitar. Al mismo tiempo preguntamos a esos burgueses horneros. ¿Qué se proponen con su conducta incorrecta? ¿Adónde les lleva su enorme ceguedad? ¿Cuál es el fin que guía su malévolo proceder? ¿Es llevar la miseria a los honrados obreros? Pues si ese es el objeto que les guía, pueden seguir con esa tirantez y sólo así quedarán descansados. Pero tengan en cuenta que siembran vientos y recogerán tempestades. El día que a los obreros llegue la desolación, el día que les rodee la miseria, vendrá la avalancha arrastrada por la corriente y no os dejará ni un pan en vuestros aparadores ni un céntimo en vuestros cajones" (Societat de forners).

No insistim amb més exemples. Al nostre entendre en la cultura proletària es recullen molts més elements que els que poden resultar d'una simple anàlisi socioeconòmica i són aquests elements els que li donen força i consistència perquè s'hi expressa el dolor, la ràbia, el desig, la insubornable fe en la justícia, en fi els grans sentiments de qui ha arrossegat el pes de la historia.

No obstant això no podem passar per alt una tercera línia que, d'una forma zigzaguejant, s'entrecreua amb l'afirmació sindical i amb la consciència proletària i que presenta un caràcter ambigu. Al costat de les anteriors afirmacions que exigeixen, amb radicalitat i fermesa, "justícia" i que apunten cap a un canvi de la situació general, apareixen altres d'una exagerada, i fins humil, moderació, no sols en la pràctica reivindicativa sinó en la concepció ideològica. Per exemple en *El Ferroviario valenciano*, de gener 1901, llegim en el seu article editorial: "El programa de esta Sociedad es el mejoramiento moral y material de la clase que representa, la sufrida clase de empleados de ferrocarril... No estamos tan mal educados que si se precisa tratar con los superiores lo hagamos en mala forma... Aquí no hay masa socialista, aquí sólo hay pobres asalariados que aspiran a su mejoramiento". Aquesta pruïja de justificació, de demostrar que els obrers no volen més que un poc de mirament, que no demanen res de l'altre món sinó les mínimes coses a les quals tenen dret, apareix bastants vegades unida a una espècie de pessimisme autocompassiu. És ací on es veu més la necessitat d'esser dotats d'una anàlisi racional de la història que afirme el paper que representen, no el que els toca. Recordem una altra vegada els pamflets. El contrapunt del "sufrimiento obrero", de la humilitat del que no pretén traure els peus del plat, és freqüent. Evidentment hi ha una intenció tàctica de no esglaiar i de guanyar-se les simpaties del públic. Fins i tot hi ha també una revindicació de la dignitat de la pròpia classe, com quan en assemblees obreres dels nostres dies sentim dir : jo no sé parlar, no tinc cultura però... Aquest "però" està precisament enaltint i dignificant el que al principi semblava autodespreci. Amb això es vol dir que la noblesa de l'obrer no està tant en saber parlar com en ser un obrer conscient. Tot això és cert. No obstant també ho és que l'ambivalència d'aquestes frases expressen en la seua moderació

l'estat embrionari de la ideologia de les Societats i el perill de trade-unionisme, i en el seu pessimisme autocompassiu revelen el caràcter inestable de les ideologies grandiloqüents que tenen el seu arrelament en el sentiment. Amb freqüència sentim en l'obrer-massa o en l'obrer de base afirmacions tan contradictàries com "aquí hay que terminar con todo" i "aquí siempre estaremos igual y pocaropa es el que paga". És aquest element contradictori de la tradició proletària el que hem volgut subratllar. La necessitat del partit obrer s'assenta no sols en la importància de l'organització per la lluita en el terreny polític, sinó en l'ajuda que aquest presta a la consolidació de la consciència col·lectiva.

Alcoy, cuna de la industria y del movimiento obrero

Publicado en el volumen 7 de *La Gran Historia de la Comunitat Valenciana,* dirigida por Francesc A. Martínez y Antonio Laguna.

"*Todos, sin distinción de edad ni sexo, trabajan y ganan la comida. Vénse, en las puertas e interior de las casas, gran multitud de tornos en movimiento para hilar las lanas preparadas de antemano por los cardadores; óyense por todas partes repetidos golpes de telares; las calles y las plazas están medio cubiertas de lanas ya teñidas; crúzanse las caballerías cargadas de paños, que van y vienen de los batanes; todos están en continuo movimiento y lo comunican a los pueblos de la comarca para que, bien recompensados, les ayuden. Tres mil vecinos hay en Alcoy, con más de 14.600 almas. Y aunque anualmente se aumentan con 400 o más individuos, ni aun así bastan para acudir a las fábricas y a la agricultura*".

El paisaje descrito por Cavanilles a finales del siglo XVIII corresponde a un fenómeno que los economistas llaman protoindustrialización y que se caracteriza por la existencia, en una determinada zona, de una densa red de trabajo a domicilio controlada por ricos comerciantes del lugar. El devenir de estas redes protoindustriales fue muy diverso, algunas quedaron marginadas al sobrevenir la mecanización, otras se incorporaron al nuevo sistema de producción, entre ellas Alcoy, que lo hizo en fecha muy temprana.

En 1820 una comisión de comerciantes visitó Sabadell para evaluar directamente las ventajas de las máquinas. El trabajo de un tejedor requería unas cinco personas en las tareas previas del cardado e hilado, que la máquina reducía a un par. La ventaja era evidente y la comisión se puso inmediatamente en contacto con la Babcock & Wilcox británica para la adquisición de maquinaria. A lo largo de la década de 1820, se instalaron en Alcoy un buen número de *Jenny,* la mítica máquina de hilar con la que había comenzado la revolución industrial británica. El trabajo manual a domicilio fue sustituido por instalaciones fabriles donde las nuevas máquinas eran accionadas por energía hidráulica y, más adelante, por máquinas de vapor. A finales de la década de los sesenta, la mayor parte del hilado se realizaba mecánicamente, mientras que el tejido continuaba realizándose por telares manejados manualmente.

La rotura de máquinas

La implantación de la mecanización suscitó una fuerte reacción de los trabajadores y trabajadoras, que, en diversas ocasiones, mostraron su rechazo rompiendo las máqui-

nas, como había hecho el movimiento *luddita* en Gran Bretaña. Los empresarios fueron doblegando la resistencia en la fase del hilado, pero no se atrevieron a enfrentarse a los tejedores, que estaban muy bien organizados, esperando la ocasión propicia para hacerlo. La implantación de los telares mecánicos se realizó con rapidez a partir de 1880 aprovechando la derrota y desorganización de los trabajadores después de los sucesos del *petrolio.* En poco tiempo surgieron fábricas de ciclo completo, en las que se realizaba el hilado y el tejido de la lana con las famosas selfatinas y los telares *Jacquard* accionados por energía de vapor. Alcoy, que en1880 contaba ya con 31.000 habitantes, se había convertido en la primera ciudad industrial de la Comunitat Valenciana. *"Aquí todo el mundo vive del trabajo y para el trabajo",* puede leerse en el Informe de la Comisión de Reformas Sociales de 1884. De aquel pasado, quedan algunas chimeneas que recuerdan la intensa actividad de la ciudad, que fue llamada *la pequeña Manchester.*

Alcoy era, además, el primer centro productor de papel de la Comunitat y uno de los más importantes de España. La existencia de molinos papeleros en las cuencas del Barxell, Serpis, Vinalopó, Clariano y Palancia tenía una larga tradición que se fue consolidando a lo largo del tiempo. A finales del siglo XVIII, Xàtiva, Canals, Segorbe y Buñol competían con Alcoy en la fabricación de este producto. Pero ocurrió aquí lo mismo que había pasado con la producción textil, que los competidores no pudieron sobrevivir a la mecanización, mientras que Alcoy entró audazmente por ese camino.

En 1864 había ya varias fábricas mecanizadas que utilizaban el vapor y, en 1884, se introdujeron las máquinas continuas. Las fábricas alcoyanas se especializaron en el papel de fumar y en el papel de seda para envolver las naranjas, y algunas de sus marcas –los librillos de papel de fumar *Bambú* y *Pay-Pay*– se hicieron muy populares.

Lo más notable de la industrialización alcoyana es que se realizó en un lugar que no reunía condiciones para ello por su enclaustramiento orográfico. La implantación de la energía de vapor resultaba muy cotosa por la dificultad para traer el carbón, hasta que en 1893 se inauguró el ferrocarril de vía estrecha, que comunicaba la ciudad con el puerto de Gandía. En 1904 comenzó a funcionar el ancho normal a Xàtiva, que permitía la conexión con la línea Valencia-Madrid. El tesón y el empeño colectivo de los empresarios consiguió de los poderes públicos las mejoras de infraestructura que la ciudad necesitaba.

Unas condiciones de trabajo muy duras

La ciudad, repleta de fábricas, adquirió muchos de los rasgos descritos por Dickens en *Tiempos difíciles.* El humo del carbón y el polvo de la borra flotando en el aire, el olor penetrante de los tintes, el martilleo de los batanes, el crujido incesante de los telares, la humedad de las tinas donde se preparaba la pasta de papel, la densa atmósfera fabril se palpaba en las calles y penetraba en los hogares. Las condiciones de vida y trabajo eran muy duras. La jornada laboral era de 12 horas, pero con frecuencia se prolongaba hasta 14 y 16. Lo más insólito es el elevado número de mujeres y niños

incorporados al trabajo. En torno a 1880, en el sector textil, el 34% de la mano de obra era femenina y el 15% niños de 13 y 14 años. En el sector papelero había pocas mujeres, pero un 30% eran niños. En el Informe de la Comisión de Reformas Sociales de 1884, esta cuestión aparece repetidamente descrita con toda crudeza:

> *"Don Francisco Moltó, obrero, indica que pertenece al oficio del papel y que señalará algunos abusos que en el mismo se cometen. En las fábricas de papel hay muchos niños de trece a catorce años, los cuales se mandan a sus casas a las nueve de la mañana para que vuelvan a las cinco de la tarde a fin de trabajar toda la noche. Como es natural, en ese espacio que se les da para el descanso duermen poco, por el tiempo que emplean en ir y volver de las fábricas, comidas, et. Cuando vuelven a la fábrica se les dedica a machacar papel, operación sumamente peligrosa. Faltos de descanso como están los niños, o sobrados de viveza e impremeditación propias de su edad, o se duermen o se distraen jugando, y con la mayor facilidad puede cogerles el martillo una mano y quedar inútiles para toda la vida. Juzga que semejante clase de trabajos no es propia para los niños, sino de hombres, y que no es humanitario que por obtener una ventaja en los jornales se exponga el porvenir y hasta la vida de los pequeños."*

Los trabajadores se organizan

Los abusos de los fabricantes provocaron la airada respuesta de los trabajadores y trabajadoras. Las protestas *ludditas,* espontáneas y sin objetivos precisos, dieron paso, en 1869, a un movimiento organizado con una perspectiva sindical y revolucionaria. Este cambio estuvo impulsado por la visita a España de Fanelli, enviado por Bakunin, para que difundiera las ideas de la Asociación Internacional del Trabajo (AIT). Las sociedades obreras de Alcoy se adhirieron a la tendencia anarquista y constituyeron uno de los núcleos más importantes de España. En el Tercer Congreso Obrero, celebrado en Córdoba en 1872, la delegación alcoyana era, después de la catalana, la que contaba con un mayor número de afiliados. Por esta razón la ciudad fue elegida sede de la Comisión Federal de la Federación Regional Española (FRE), sección española de la Internacional.

Los internacionalistas acogieron la Primera República con hostilidad por considerarla *"el último baluarte de la burguesía, la última trinchera de los explotadores de nuestro trabajo"*. En 1873 se produjo una insurrección, conocida como la revolución del *petrolio,* en la que los obreros controlaron la ciudad durante varios días. La dura represión que siguió a estos procesos frenó el avance de los trabajadores durante casi 20 años. La restauración monárquica contó con su silencio y pasividad, hasta que, olvidados los sangrientos sucesos, pudieron reorganizarse. En 1890, con motivo de la primera celebración del 1 de Mayo, unos 1.500 obreros del textil comenzaron una huelga que duró hasta el día 13. Alcoy volvía a ser la vanguardia del movimiento obrero valenciano.

Recuérdalo tú y cuéntaselo a otros. Las relaciones laborales en Altos Hornos de Sagunto

Texto preparado para el catálogo de la exposición *Reconversión y Revolución. Industrialización y patrimonio en el Puerto de Sagunto,* realizada entre enero y febrero de 2000, en la Sala de la Muralla del Col·legi Major Rector Peset de la Universitat de València.

Las ciudades del hierro y del acero

En el libro de lectura de los escolares franceses de principios de siglo, *Le tour de France de deux enfants*, había unas páginas que, pasado el tiempo, todos recordaban: aquellas en que los dos niños cuentan su paso por Le Creusot, la gran factoría siderúrgica de los Schneider, y describen sobrecogidos y admirados las escenas de la fundición. El trabajo arriesgado y experto de aquellos hombres, unido a la tecnología más moderna, había doblegado el hierro con el que se construyó la Torre Eiffel. Por las mismas fechas Julio Verne, en una de sus más conocidas novelas, *Los 500 millones de la Begun*, trazaba la imagen fascinante y aterradora de la Stahlstaat, la ciudad del acero, inspirada en el complejo siderúrgico de los Krupp, en Alemania. El novelista dejaba volar su imaginación y describía la fabricación de un poderoso cañón capaz de disparar a centenares de kilómetros, tal y como lo haría en la guerra del 14 el cañón Berta fabricado precisamente por Krupp.

La historia del movimiento obrero en el Puerto de Sagunto, tan alejada en apariencia de estos relatos de iniciación para niños y adolescentes, no puede entenderse sin tomar en consideración dos elementos. En primer lugar, las connotaciones emocionales y simbólicas que rodean la siderurgia. Desde el neolítico el dominio del hierro fue, hasta fechas recientes, el símbolo de la conquista de la naturaleza por la inteligencia y la técnica. *Los hombres del hierro*, como los de la fragua de Vulcano velazqueña, aparecen rodeados de una aureola mítica. Trabajar en el Puerto, como enseguida veremos, no era lo mismo que hacerlo en Sagunto. En segundo lugar, está el hecho de que una factoría siderúrgica es un universo cerrado y autosuficiente, orgulloso y desafiante, una *"factory-town"* donde el espacio industrial y el hábitat humano se entrelazan y confunden. Le Creusot (Schneider), Essen (Krupp), Longwy (Wendel), Terni (Breda), antaño pueblos agrícolas, se convirtieron, como escribió Verne, en ciudades del hierro y del acero donde las calles salían de la factoría y llevaban a ella, donde la vida de toda la población estaba pautada por las sirenas de los turnos de fábrica. Así también en nuestro caso.

A principios de siglo, en lo que hoy es el Puerto de Sagunto, vivían unas 300 personas. En 1926, cuando se inaugura el segundo horno alto trabajaban en la factoría unas

3.000 y la población del Puerto era de 9.184 habitantes. En la década de los 50, al ampliarse las instalaciones, el número de obreros sobrepasa los 5.000 y la población asciende a 23.625. Si calculamos, como suele hacerse para estos años, cuatro personas por familia significa que la mayor parte de la población del Puerto dependía de la fábrica de los Hornos Altos. Esta vinculación se hacía aún más estrecha por el dispositivo envolvente desplegado por la empresa. Iniciado tímidamente en la época de De la Sota con la construcción de cien viviendas y el dispensario, la presencia de la empresa adquiere una dimensión considerable a partir de la posguerra. En 1960 el balance es el siguiente: 800 viviendas (adscritas a 2.200 personas, lo que supone casi la mitad del personal obrero de la factoría, dos escuelas donde asistían 2.300 niños y niñas, una escuela profesional para 200 aprendices, una clínica con 30 sanitarios, el economato (con 23.000 beneficiarios, es decir, todo el pueblo), la iglesia (con bastantes menos clientes), el centro cultural y el campo de fútbol (siempre lleno para ver al equipo de casa que, obviamente, se llamaba Acero C.F.). Quien quiera saber cuántos aficionados a la pesca había puede averiguarlo consultando los archivos de la compañía donde están consignados los permisos para entrar en los muelles. Incluso, una vez jubilado, había que pasar por las oficinas de la empresa ya que era esta quien gestionaba las pensiones. El pueblo era una continuación de la factoría.

Sin embargo, las consecuencias de la omnipresencia integradora de la empresa sobre las relaciones sociales son más completas de lo que aparece a primera vista. Por un lado coacciona pero, por otro, cohesiona y puede volverse en contra. El patriotismo de empresa, fomentado con insistencia, articula al conjunto de actores (pueblo, trabajadores, compañía) y es un elemento clave cuando la supervivencia de la factoría está en juego. El orgullo de pertenecer a una compañía conocida y puntera en el ámbito nacional, y aun internacional, con una cultura y una personalidad propias, crea un fuerte sentimiento de identidad colectiva. El trabajador de Krupp o de Zeiss se consideraba *kruppianer* o *zeissanery* no de Essen o de Jena, aun siendo esta la ilustre ciudad donde vivieron Goethe y Schiller. Los trabajadores del Puerto tampoco se consideraban saguntinos sino de Altos Hornos. Este sentimiento de identidad se encontraba reforzado por la especificidad de un trabajo basado en tecnologías que exigían fortaleza, destreza y un arraigado conocimiento del oficio. Cualquiera no podía o sabía hacer lo que ellos hacían, ni siquiera los ingenieros que daban las órdenes. El orgullo del trabajo, en el que eran difícilmente sustituibles, derivaba fácilmente hacia la identidad de clase.

La estrecha relación entre fábrica y pueblo conlleva un fuerte control de los obreros fuera del trabajo, pero es también un arma de dos filos. La buena o mala conducta entre el vecindario, las reuniones, los rumores, las causas del absentismo, todo lo que ocurre en el pueblo llega a la empresa como si ocurriera dentro de ella. Y viceversa, lo que acontece en la factoría planea sobre el pueblo como una amenaza. En este contexto interrelacionado la protesta dentro de la fábrica se interpreta como una desviación de las normas y valores de la empresa que se han impuesto fuera de ella y el protestatario es acusado de poner en peligro la vida del pueblo y marginado. Este mecanismo

de control social frena el estallido del conflicto pero tiene también su contrapartida. Si el conflicto se produce, si se rompen las normas dentro de la fábrica, el pueblo entra en la misma dinámica y se convierte en un poderoso agente de la agregación de intereses. Actúa como caja de resonancia, facilita la transmisión de información, refuerza las solidaridades y hace la vida imposible al *free-rider* puesto que ahora es este, y no el líder de la protesta, el que se ve rechazado. Estas características del modelo de *factory-town* nos ayudarán a entender mejor la vida y la lucha de los trabajadores de Altos Hornos de Sagunto.

Los años de aprendizaje

El 6 de enero de 1921, con la puesta en funcionamiento del primer horno alto, comenzaba la siderurgia en el Puerto de Sagunto. La fábrica pertenecía a la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo (CSM), de la que eran accionistas mayoritarios los Sres. Sota y Aznar, y formaba parte de un gran proyecto con ambiciosos objetivos: aprovechar el mineral de hierro de Ojos Negros (Teruel) explotado por la Compañía Minera de Sierra Minera (CMSM), de su propiedad, dedicar una parte de la producción a la construcción de buques (ya que los Sota y Aznar eran también propietarios del astillero Euskalduna, en Bilbao, y de una importante compañía naviera) y dedicarse a la exportación aprovechando la posición del Puerto de Sagunto de cara al Mediterráneo. Estos planes tropezaron con muchos obstáculos causados principalmente por las políticas proteccionistas adoptadas por los países del entorno en el periodo de entreguerras. De la Sota tuvo que entrar en la Central Siderúrgica de Ventas, un cartel dominado por su rival Altos Hornos de Vizcaya (AHV), consiguió a duras penas que se le adjudicara una cuota en el mercado interno, y despegó, aunque con plomo en las alas, merced al plan de ferrocarriles de Primo de Rivera.

Durante estos primeros años las condiciones de vida y trabajo fueron muy duras. Excepto unos pocos técnicos y capataces traídos del País Vasco el resto se fue incorporando procedente de las obras, aprendiendo el oficio en el tajo, lo que provocaba frecuentes accidentes de trabajo. Las jornadas eran largas y agotadoras y los salarios bajos. Como consecuencia de la repentina y masiva llegada de gente, la vivienda fue un problema que hubo que resolver en condiciones muy precarias, hacinando al personal de mala manera y en condiciones higiénicas insoportables. Sin embargo, a pesar de todos estos abusos, no tenemos noticia de protestas colectivas hasta pasados algunos años y se explica que así fuera. El hecho de ser una población de aluvión, heterogénea, que había ido allí en busca de trabajo al precio que fuera, dificultaba la agregación de intereses que es la base del conflicto colectivo. A esto se añadía el que se encontraban en completa inferioridad ante los mandos de la empresa, en un periodo de aprendizaje, con frecuentes cambios de tarea, y sin poder hacer valer el dominio del oficio. Por último, carecían del instrumento indispensable de canalización de la protesta, de un sindicato que les uniese y representase. De la Sota, cuyo anti-sindica-

lismo era proverbial (en sus empresas del País Vasco solo admitía afiliados a STV, sindicato amarillo bajo la bandera nacionalista) propició aquí la creación de un sindicato controlado por gente de su confianza que, a los pocos meses, pasó a formar parte de los organismos laborales de la dictadura de Primo de Rivera. Solo el paso del tiempo podía modificar estas circunstancias adversas homogeneizando la población y desarrollando una conciencia colectiva de obreros siderúrgicos.

En 1930, en medio de la agitación que sacudió al país tras la caída de Primo de Rivera, se produjo el primer conflicto en la factoría, una larga huelga de quince días. Un aspecto interesa destacar ya que responde al modelo de *factory-town* y volverá a aparecer en repetidas ocasiones: la conexión entre fábrica y pueblo. Al prolongarse la huelga aparecen en escena las esposas y madres de los trabajadores, se movilizan y alertan a la opinión pública. El partido de Unión Republicana, o partido blasquista, dispara desde el periódico *El Pueblo* su artillería pesada contra la empresa y lanza una espectacular iniciativa, albergar a los hijos de los huelguistas más necesitados. Con gran aparato propagandístico 60 niños son llevados a la colonia que el partido posee en Buñol, y otras instituciones se adhieren a la iniciativa. La lucha obrera del Puerto atrae por su bravura la simpatía de la gente y cuenta con el apoyo ciudadano.

Con el advenimiento de la República la empresa entró en un proceso acelerado de caída en el vacío. Los gobiernos del primer bienio republicano, preocupados por el equilibrio presupuestario, moderaron el gasto público y lo dirigieron hacia obras con repercusiones sociales (reforma agraria, construcción de escuelas y caminos). La siderurgia perdió su principal cliente, el Estado, y la CSM entró en una profunda crisis por falta de pedidos, agravada además por el arrastre de la deuda financiera. En 1931 dejó de funcionar uno de los hornos altos y se despidió a 400 trabajadores, en 1932 se apagó el segundo horno alto, aunque continuaron funcionando los hornos de acero que utilizaban el lingote almacenado. Los 3.000 obreros quedaron reducidos a 1.500 y solo trabajaban tres días a la semana. En julio de 1933 sobrevino la paralización total del trabajo ya que la empresa se encontraba en situación de suspensión de pagos.

Durante todo este tiempo, la lucha de los trabajadores, agrupados en el Sindicato Único de la Siderurgia con mayoría cenetista, se orientó a asegurar la supervivencia de la factoría de la que dependía la vida de todo un pueblo. De nuevo la fábrica y el pueblo actúan al unísono, esta vez para salvar a la empresa. La opinión pública, los partidos políticos y las autoridades toman cartas en el asunto indignadas por la posibilidad de que Valencia pierda una industria de cabecera de tanta importancia. Una comisión de obreros, concejales y diputados viaja a Madrid para presionar al gobierno. Parece que estamos asistiendo a un ensayo de lo que ocurrirá en 1980, puesto que en ambos casos son los trabajadores quienes asumen el protagonismo en la defensa de la economía valenciana. Al final se consiguió un pedido de 25.000 toneladas para los ferrocarriles y la factoría volvió a funcionar a media máquina hasta el estallido de la guerra. El 18 de julio, al tener noticia de la rebelión militar, los obreros, incluso aquellos que habían sido despedidos, acudieron en masa a la fábrica

y se incautaron de ella para ponerla al servicio de la República. Durante la guerra pasó a depender de la subsecretaría de armamento y fue bombardeada en numerosas ocasiones por los facciosos.

Los gritos del silencio

Al terminar la contienda, la familia De la Sota fue desposeída de sus bienes, por su apoyo al nacionalismo vasco, y el complejo siderúrgico pasó a manos de Altos Hornos de Vizcaya. Una orden de la Delegación de Trabajo conminaba a las empresas a reanudar inmediatamente la producción con las plantillas que tenían el 18 de julio pero les otorgaba la facultad de depurar la plantilla de aquellas personas que no se identificaran con los principios del nuevo Estado. Comoquiera que los más comprometidos habían huido o habían sido detenidos y encarcelados, la depuración de la empresa no debió ser muy amplia dado que además le interesaba recuperar a la mano de obra curtida en la factoría. A finales del 39 se había reintegrado una buena parte de la antigua plantilla pero, claro está, en condiciones muy distintas. Volvían como los vencidos de una guerra que aún iba a durar años bajo la forma de una implacable represión. Entraban en un túnel interminable dominado por la miseria donde sobrevivir, luchando cada día con el hambre, era el único objetivo. Como no podía ser menos las relaciones laborales estuvieron dominadas por la desmoralización, el miedo y la impotencia durante todo el primer decenio sin que ningún conflicto alterara la paz social. A fin de cuentas para eso se había hecho la guerra, para poner a los obreros en su sitio, y los vencedores no se anduvieron con miramientos para conseguirlo. Dicho esto conviene señalar algunas particularidades de Altos Hornos.

Por lo que respecta a la empresa, es importante observar su dependencia de la política económica del gobierno y su autonomía respecto a las instancias locales. La política dirigista del régimen, que asignaba los cupos de materias primas y de producción y fijaba los precios, dedicó un trato privilegiado a la siderurgia tanto por su importancia económica como por la influencia política de sus dueños, bien situados en los círculos del poder franquista. En el contexto de escasez generalizada que caracterizó el periodo autárquico, no puede decirse que la empresa funcionara bien pero, al menos, lo hizo de forma continuada. En el primer decenio la producción anual de lingote de acero osciló alrededor de las 75.000-85.000 Tm. excepto en 1947 en que bajó a 62.000. A partir de 1950, se liberalizaron algo los precios, se facilitó la compra de maquinaria, lo que se tradujo en una sensible mejora de las instalaciones, y la producción ascendió con rapidez pasando de las 100.000 Tm. de acero en 1950 a 200.000 en 1955.

A cambio de esta protección, que permitió a la empresa sustanciosos beneficios, el Régimen imponía determinadas exigencias respecto al empleo. Una de las peculiaridades de la política económica del primer franquismo fue la de resolver el problema del paro mediante la subocupación con bajos salarios. Las instancias oficiales fijaban las plantillas, forzándolas al alza, y, a las grandes empresas, que se beneficiaban de sus

favores, les imponían un número por encima de lo necesario. Este desequilibrio estaba, en parte, justificado por la imposibilidad de introducir mejoras técnicas, causado por el cierre autárquico, y por la consiguiente necesidad de tener que basarse en el uso intensivo de mano de obra, pero es evidente que semejante extravagancia solo podía ser rentable pagando salarios de miseria. La plantilla de Altos Hornos estaba notoriamente sobredimensionada y mal pagada, y persistió en la tendencia de aumentar los efectivos, sin aumentar el jornal, hasta finales de los años 50. Sin entrar, de momento, en más consideraciones, digamos que este modelo productivo, además de basarse en una explotación abusiva, era un auténtico caos organizativo que, para funcionar, tenía que recurrir a las relaciones personales de intimidación, enfrentamiento o compromiso. Como luego veremos, esto suponía una fuente constante de problemas en las relaciones laborales y dejaba una puerta abierta, aunque fuera estrecha, a la contestación obrera.

En contraste con la dependencia de las decisiones del gobierno en las grandes cuestiones, la empresa hizo gala de mantener una gran autonomía respecto a las autoridades locales. Por más que la alta dirección de Bilbao, como toda la oligarquía vasca, fuera manifiestamente franquista, y sus representantes en la tierra saguntina tanto o más, no se iban a rebajar tratando las cuestiones de la fábrica con los atrabiliarios falangistas. Por tradición y cultura, la empresa, los obreros y el pueblo constituían un mundo aparte, cerrado a las injerencias del exterior, y por prestigio y sentido de la autoridad la compañía reforzó esta línea de actuación que incluía un desdén olímpico hacia los jefecillos locales. Los problemas de la fábrica se arreglaban dentro de la fábrica. La dirección ninguneaba al Sindicato Vertical y, al contrario que la mayoría de las empresas, prefería afrontar los contenciosos con la Delegación de Trabajo o, llegado el caso, pleitear en Magistratura antes que someterse a las decisiones del sindicato. Este menosprecio del verticalismo fortaleció paradójicamente la representatividad de los jurados de empresa cuando estos hicieron valer su calidad de delegados internos del personal de la fábrica.

Pero aún hay más. Llama la atención, en la organización industrial de una fábrica de semejante tamaño y complejidad, la carencia de ingenieros de planta. Los pocos que había formaban parte del staff dirigente y en la mitología de la fábrica aparecen como seres de otro mundo que llevan una vida aparte en los chalets y a los que apenas se ve de cerca en la factoría. Esto respondía a la concepción elitista del ingeniero en España, donde las Escuelas Especiales, hasta los años 70, formaban ingenieros de dirección y proyectos, no de producción o de procesos. En el caso del Puerto los ingenieros planificaban y dirigían la producción pero su control directo quedaba encomendado a una jerarquía de capataces, mandos intermedios y encargados que desempeñaban su función bajo la forma tradicional del ordeno y mando. La empresa había depositado en ellos todo el peso de su autoridad, ya que su misión era dar la cara por la dirección y realizar la faena sucia, pero tenían que andarse con tiento puesto que se enfrentaban a trabajos difíciles y a trabajadores experimentados que, con conocimiento de causa, podían discutir sus órdenes.

El hecho de que el flujo de producción fuera bastante discontinuo, por las irregularidades en los aprovisionamientos y en los pedidos propios de la época, y el exceso de plantilla complicaban aún más la organización del trabajo. Cuando apretaba la faena había que ofrecer destajos y primas, cuando aflojaba se tenía que mantener al personal ocupado distribuyendo las tareas. Para hacerlo, los encargados disponían de un poder discrecional que podían utilizar caprichosa o despóticamente, favoreciendo a los amigos y castigando a los enemigos, pero no impunemente porque los trabajadores también tenían armas defensivas contra el abuso basadas en el dominio del oficio. Como dice Burawoy, conocido especialista en sociología del trabajo, en las grandes plantas el ejercicio de la autoridad no es lineal sino que, en ocasiones, se ve obligado a ceder para no perder el control de la situación. A partir de estas concesiones se va tejiendo un entramado de leyes no escritas, impuestas por los trabajadores, y se va configurando un contrapoder latente, pero real. Mayormente si las tareas, como era el caso de Altos Hornos de Sagunto, se hacen en equipo. Como comprobó Elton Mayo, en sus célebres experimentos en Hawthorne, el equipo crea en los lugares de trabajo jerarquías informales basadas en la colaboración y el liderazgo, al margen y muchas veces en oposición a la jerarquía oficial.

Estas observaciones de la sociología industrial describen perfectamente las relaciones industriales en Altos Hornos durante la década de los 50, cuando todavía el movimiento obrero organizado no había levantado cabeza pero no todos los obreros estaban callados. En esos años de denso silencio comenzaban a oírse en el Puerto reiteradas voces de protesta. Repasando las Memorias del departamento de personal sorprende leer el elevado número de sanciones por desobediencia, injuria a un superior, negligencia en el trabajo, negativa a realizar un trabajo, indisciplina, y el incremento de las consultas a la Delegación de Trabajo para resolver problemas de destajos y horas. Puesto que la demanda de una sanción a la dirección por parte del encargado era un reconocimiento de su falta de autoridad, hay que suponer con fundamento que no pocas tensiones, muchas más de las que aparecen en los papeles, se resolvieron con la aceptación de un equilibrio de fuerzas. Esto es muy importante porque crea las bases para el posterior desarrollo de la lucha obrera: descubre y afianza el liderazgo de las personas más audaces, crea núcleos duros de resistencia a los que los encargados comienzan a temer y que actúan como puntos de referencia, genera confianza en las propias fuerzas. Si el movimiento obrero en el Puerto comenzó la lucha organizada a principios de los 60, con bastante anticipación al resto de empresas, como comprobaremos en el siguiente apartado, fue porque un grupo de hombres valerosos no se dejaron aplastar por la derrota ni intimidar por la represión y, ya en los años más duros, opusieron resistencia.

La conquista del baluarte

En 1958 la dirección de AHV tomó la decisión de implantar la organización científica del trabajo (OCT), sustituyendo los tradicionales métodos de tareas y destajos

por el control cronometrado y el trabajo a incentivo del sistema Bedaux. No fue un hecho aislado sino que respondía a las presiones que el Instituto Nacional de Racionalización del Trabajo (INRT) venía haciendo sobre las grandes empresas y que otras instancias del Régimen se resistían a aceptar ya que suponía un cambio radical en el sistema de relaciones laborales. La OCT exige, por definición, la participación de los trabajadores. La medición y control de los tiempos no es ni tan científica como pretenden sus defensores ni tan arbitraria como afirman sus detractores, sino el resultado de un compromiso entre la pericia del obrero y la voluntad de la empresa. Si los tiempos fueran inalcanzables perderían su objetivo incentivador y lo mismo cabe decir de la escala de primas. El intercambio de premios por productividad es un juego que implica a las dos partes y que, para funcionar correctamente, exige unas estructuras de negociación. Si se quería introducir y generalizar en las grandes empresas había que cambiar el modelo de relaciones industriales y así se hizo. Se aprobó la normativa de los Jurados de empresa, bloqueada desde hacía años, y la de Convenios Colectivos. Esto no quiere decir que el Gobierno estuviera dispuesto a dar libre participación a los trabajadores, ya que confiaba controlar la negociación utilizando al Sindicato Vertical. Pero, sin quererlo, había preparado el camino.

En Altos Hornos la implantación de la OCT llevó mucho tiempo y tropezó con una fuerte oposición de los trabajadores. Tengamos en cuenta que, dadas las dimensiones de la fábrica y la variedad y complejidad de las tareas, había que realizar centenares de mediciones y muchas veces repetirlas ante la negativa de los implicados a aceptarlas. El equipo técnico se vio desbordado y la empresa tuvo que instruir a cien empleados de la fábrica para que realizaran los cronometrajes. Con frecuencia había que llamar a la inspección de trabajo y en su presencia los trabajadores, haciendo uso de su conocimiento del oficio, demostraban que la medición, aunque fuera por centésimas, estaba mal hecha, lo cual suponía un descrédito para la autoridad de la empresa. Pasó todo el año 59 y aún se andaba por la mitad. En algunas máquinas o tareas, según confesaba la dirección con el despecho de quien no está acostumbrado a que le lleven la contraria, hubo que revisar la medición hasta cinco veces, no porque fuera incorrecta, sino porque todos los que se ponían se obstinaban en no llegar al mínimo exigido.

Conviene señalar que los trabajadores eran conscientes del carácter ineluctable del sistema, es decir, no se planteaban una lucha en la que a la fuerza tenían las de perder. Su objetivo no era impedir la implantación del sistema sino obtener ventajas con la firma de un buen convenio y consolidar sus posiciones de fuerza. En este sentido la resistencia mantenida, sección por sección, fue un éxito ya que las concesiones ofrecidas por la empresa en el Convenio, firmado en 1961, fueron realmente espectaculares. La subida salarial superó el 70%, un hito probablemente único en la historia, y, lo que es todavía más notable, la mayor parte del aumento estaba en el sueldo fijo y no en los incentivos, con lo que la empresa reconocía su derrota parcial en la implantación del sistema de primas. No obstante hay que decir que consiguió parte de lo que pretendía ya que la definición de tareas y puestos de trabajo permitió

racionalizar la plantilla que, como antes apuntamos, estaba notoriamente sobredimensionada. Entre 1959 y 1965 los efectivos obreros pasaron de 4.755 a 3.857, una disminución de 858 personas.

Con la firma del suculento convenio, con el que los salarios de Altos Hornos superaban en mucho a los del resto de fábricas y sectores, la empresa pensaba que acallaría las protestas. Por decirlo en términos clásicos, esperaba el comportamiento pactista de la aristocracia obrera. Pero ocurrió todo lo contrario. En primer lugar, porque difícilmente un siderúrgico se convierte en aristócrata y, sobre todo, porque los trabajadores habían experimentado su fuerza y su capacidad de organización. Esta se basaba en los núcleos duros y con capacidad de arrastre que existían en algunas secciones y en el apoyo de algunos miembros del jurado que servían de puente para que las reclamaciones se sustanciaran ante la dirección. Este apoyo se reforzó en las elecciones de 1961 y 1963 con la entrada de más miembros activos, la mayor parte pertenecientes o próximos al partido comunista. No es, pues, de extrañar que la reanudación de las hostilidades partiera del Jurado demandando a la empresa ante Magistratura por haber cerrado unilateralmente el periodo de calificaciones de puestos de trabajo. La Magistratura consideró que debía seguir abierto y esto hizo que lo que antes habían sido acciones de protesta en determinadas secciones se convirtiera ahora en un paro en toda la factoría. Con disimulado malhumor y puntillosa exactitud la empresa constata lo siguiente en su Memoria Anual:

> "El día 11 de diciembre de 1963, a la doce horas, los productores del Tren comercial dejaron de trabajar y el día 12 la paralización del trabajo se extendió al resto de Trenes de laminación, Almacén de hierros y algún otro departamento de la fábrica (?). Por parte de la representación social se requería se revisase la valoración de las tareas y, una vez realizada, volverían al trabajo, cosa que la empresa no podía aceptar ni aceptó. Los trabajadores persistieron en su actitud y el conflicto continuó el día 13. El día 14 quedó resuelto satisfactoriamente con el compromiso de las partes de aceptar el arbitraje de un organismo independiente."

Que una empresa orgullosa y autoritaria como AHV, con todo el aparato represivo del franquismo a sus espaldas, se vea obligada a aceptar un mediador indica que empieza a preocuparle la fuerza adquirida por los trabajadores. sus temores estaban justificados. En septiembre del año siguiente se volvió a reproducir el conflicto, esta vez en la máquina Wirth, y de la misma manera. Comenzó la protesta por la valoración del trabajo en esta sección y, según anota la empresa, se propagó a la casi totalidad de los departamentos de la fábrica, teniendo que resolverlo de nuevo con un arbitraje. Con este entrenamiento en la solidaridad (el paro en una sección es secundado por otros departamentos) llegamos a la gran huelga de 1965.

Este importante conflicto se produjo con motivo de la negociación del convenio y ofrece una especial significación simbólica ya que surge en un momento en que está naciendo el nuevo movimiento obrero y se están gestando las Comisiones Obreras.

Recordemos que las grandes huelgas de la minería asturiana suceden en 1962 y que 1964 es el año en que se constituye la Comisión Obrera del metal, en Madrid. La reunión fundacional de CCOO en el País Valenciano tendrá lugar algo más tarde, en diciembre de 1966, por lo que bien puede decirse que la huelga de Altos Hornos ocurrida en 1965 actúa de detonante y de ejemplo del movimiento que se extenderá posteriormente por otras fábricas y ramos.

> "Los días 3 y 4 de abril se realizaron paros de dos horas, en los tres turnos, y se volvieron a reproducir de la misma forma los días 15 y 16. Respecto al Convenio en discusión la representación social manifestó los criterios que los trabajadores habían dado a conocer de forma unánime en la reunión que se celebró en la sede de la delegación del Sindicato local."

Este breve párrafo, transcrito de la Memoria del departamento de personal, nos informa mejor que mil palabras sobre el grado de madurez conseguido por el movimiento obrero. En primer lugar, nos indica la sincronización de los paros en fechas, horas y turnos, demostración evidente de que no se trata de un movimiento espontáneo sino perfectamente articulado y con una notable disciplina organizativa. Esta sincronización se veía facilitada por las características de *factory-town* que aseguraban la transmisión de la información. En segundo lugar, destaca que la representación sindical que negocia el Convenio (el jurado) actúa legitimada, no por el Vertical, sino por los trabajadores, quienes reunidos en asamblea le han transmitido los criterios con que debe actuar. En tercer lugar, nos dice que una asamblea ilegal, reunida para preparar una huelga ilegal y dirigida por personas conocidas como antifranquistas, se realiza ocupando los locales del Sindicato Vertical y sin que nadie se atreva a impedírselo. En una palabra, la propia empresa reconoce que el movimiento obrero en el Puerto, en 1965, es un movimiento sindical organizado al que hay que pararle los pies. En consecuencia, la dirección se niega a aceptar las reivindicaciones del Convenio y solicita a la Delegación de Trabajo un laudo de obligado cumplimiento.

La protesta por esta imposición no se hace esperar y, como ya es habitual, se sirve de un problema concreto para desencadenar la huelga. Escuchemos de nuevo la narración de los hechos realizada por el departamento de personal.

> "En la mañana del día 31 de mayo una representación de los productores de calderería, juntamente con dos vocales del jurado, se presentaron al Sr. Jefe del Servicio Social y solicitaron que se les aumentaran los grados de calificación. Se hizo saber a la comisión de productores que serían atendidas las reclamaciones de tipo individual, a pesar de lo cual se negaron a realizar los trabajos encomendados. Al día siguiente el paro de Talleres y Maquinaria se extendió a los departamentos de fabricación. La dirección de la empresa manifestó que no se impondrían sanciones si inmediatamente se volvía al trabajo, cosa que no se hizo. El día 4 continuaba la si-

tuación de paro, bien en forma casi total en los departamentos de Hornos de Acero, Laminación, Parque de Carbones, Sintering, Granulador, Hornos Altos, bien en forma parcial en el resto de los departamentos de la fábrica. El día 5, como quiera que la anormalidad persistía, se procedió a extender pases a determinados productores por ser necesarios sus servicios para la vigilancia y seguridad de las instalaciones de la fábrica, Los días 6 y 7 la situación siguió de la misma forma."

Ha pasado una semana, el paro continúa y la empresa decide contraatacar a fondo. Despide a los tres líderes más significados y declara suspendidos de empleo y sueldo de forma indefinida a 1.916 trabajadores. Los que quieran reincorporarse al trabajo tendrán que solicitarlo individualmente y la dirección juzgará. Ese mismo día lo piden 206, en el plazo de dos días 1.099, pero 610 se niegan jugándose su permanencia en la fábrica. Estos tres bloques nos remiten a las categorías que, según los sociólogos, suelen darse en todas las huelgas: los seguidistas, que han participado por miedo u oportunismo y que aprovechan la primera ocasión para desengancharse, la base que lucha con convencimiento y empeño pero que, en un momento determinado, no tiene más remedio que ceder, y los militantes dispuestos a todo. Las cifras de cada categoría hablan por sí solas de la solidez del movimiento obrero en Altos Hornos. Sin caer en la hagiografía, hay que reconocer que un número tan bajo de oportunistas y tan elevado de militantes es difícil de encontrar en otros lugares.

Las negociaciones del Jurado permitieron que fueran readmitidos todos, menos los tres líderes más destacados y otros 46 a los que se les aplicó una sanción de 10 días. Pero en esta ocasión, al contrario que en el primer Convenio, no se consiguió doblegar a la empresa. Se impuso lo marcado por el laudo que era un 17% de aumento (esto hacía que los salarios, desde 1959 a 1965, se hubieran multiplicado por diez). Los trabajadores no experimentaron la obligada vuelta al trabajo como una derrota ya que en la prueba de fuerza con la empresa, y a pesar de sus reiteradas amenazas, habían conseguido permanecer unidos. El desafío de una huelga mantenida durante diez días, en el panorama todavía apagado de 1965, y la capacidad de organización demostrada situaban a los trabajadores de Altos Hornos en la vanguardia del movimiento obrero valenciano. En 1966 participaron en la reunión fundacional de CCOO y se unieron a este movimiento que fue el más activo en la lucha contra la dictadura. En 1968 algunos de sus líderes fueron detenidos. Entre 1970 y 1975 la conflictividad, muy intensa en otros puntos del País Valenciano, se estabilizó en el Puerto, no porque el movimiento obrero retrocediera sino porque, a la vista de su solidez organizativa, la empresa buscaba la negociación antes que el enfrentamiento. En palabras del departamento de personal:

"Estimamos que se ha conseguido institucionalizar un diálogo, ni desbordado ni anárquico, sino sometido a unas normas de procedimiento. Esto supone un avance estimable ante una situación de futuro y es ya un resultado estable al que nos hemos acostumbrado ambas partes".

Que el reconocimiento del poder contractual de CCOO (puesto que la dirección de la empresa sabía perfectamente con quien trataba) se diera en 1970, en pleno franquismo, es un hecho singular. Si se prefiere la terminología del partido comunista, diremos que Altos Hornos de Sagunto era ya una zona de libertad ganada a pulso por los trabajadores.

El penúltimo combate

En 1976, se ponía en funcionamiento el tren de bandas de laminación en frío de la sociedad Altos Hornos del Mediterráneo y comenzaba la polémica sobre el futuro de la antigua factoría, pero los problemas de este último periodo se habían suscitado diez años antes. En 1966 se produjo la entrada en la sociedad AHV, con el 25% del capital, de la US Steel, la primera compañía siderúrgica del mundo fundada en el siglo pasado por el rey de acero, A. Carnegie. Algo grande se preparaba, sin duda alguna, cuando una compañía de ese calibre se dignaba a aterrizar en España, algún proyecto se estaba fraguando en las alturas que podía tener importantes consecuencias para los de abajo. De ello se hace eco la Memoria del departamento de personal al comentar la inauguración de la nueva Escuela profesional de la empresa. Por una parte constata que, por primera vez en veinte años, se ha roto una tradición de la compañía: *Hasta el momento los hijos de los trabajadores tenían por norma su ingreso casi automático en la fábrica. La vieja factoría no admite más gente. Por otra parte deja caer que la nueva escuela se ha creado con la esperanza, todavía algo incierta, de la iniciación de nuevas instalaciones y proyectos que habrán de llevar a ampliaciones futuras. Se pretende tener preparado personal idóneo cuando, dentro de unos años, entren en servicio las nuevas instalaciones.* Es decir, que si por un lado se cierra y oscurece el porvenir del empleo, por otro parece abrirse un esplendoroso futuro. El movimiento sindical deberá posicionarse ante estas dos realidades.

Tanto los malos augurios como las buenas esperanzas se cumplieron muy pronto. En 1967, la empresa intentó una reducción drástica de la plantilla que fue frenada por la movilización de los trabajadores, aunque la disminución inexorable de la misma no pudo evitarse. Tengamos en cuenta que en 1965 la fábrica contaba con 150 personas mayores de 60 años y 350 entre 55 y 60 años de manera que, por el simple procedimiento de no reponer las bajas, el descenso de efectivos en los diez años siguientes se hizo notar. Contrapesando esta tendencia también las promesas comenzaron a materializarse. En 1968, las diversas instancias implicadas en el asunto acordaron la creación de una planta siderúrgica integral en el Puerto de Sagunto, la llamada IV planta que vendría a añadirse a las tres existentes (las de Bilbao, el Puerto y Ensidesa en Asturias). La industria del automóvil estaba en su mejor momento y la demanda de productos de alta calidad derivados del acero parecía insaciable. La integración en Europa de la economía española iría en aumento y, como en su tiempo pensó De la Sota, el emplazamiento de Sagunto en el arco mediterráneo resultaba ideal.

En 1971, se constituía la sociedad Altos Hornos del Mediterráneo (AHM), y en 1974 la factoría de AHV en el Puerto pasaba a formar parte de la nueva compañía. Esta integración, que aseguraba la complementariedad del proyecto y la continuidad y modernización de la antigua fábrica como cabecera de la nueva, resultó ser la perdición de ambas. El socio mayoritario de AHM, con un 47% del capital, era AHV con su factoría principal, en Bilbao, sumida en una crisis galopante y con pérdidas multimillonarias. Se abandonó, pues, la idea de modernizar la planta de Sagunto para acoplarla al proyecto de AHM y el objetivo prioritario fue salvar la de Bilbao. De esta manera ocurrió que, justo en el momento en que entraba en funcionamiento el tren de laminación en frío del Puerto, Ensidesa y Bilbao comenzaron a postularse como industrias de cabecera de la nueva planta, rompiendo con el proyecto inicial, y en principio el más razonable, de complementariedad entre las dos fábricas del Puerto.

Es verdad, todo hay que decirlo, que un macroproyecto como el de Sagunto, a la altura de 1976, era como para asustar. Con la crisis económica mundial corrían malos tiempos para la siderurgia, aquejada de un exceso de producción, consecuencia del optimismo de finales de los 60 que había llevado a la construcción de plantas monumentales como la de Fos y Tarento. En Francia, por poner un ejemplo cercano, hubo que crear dos sociedades estatales, Usinor y Sacilor, para llevar a cabo la reestructuración del sector y de resultas de ello se cerró la factoría más emblemática, la de Schneider en Le Creusot, aquella que habían visitado y admirado los dos escolares del *Le tour de France* a principios de siglo. El asunto era grave y de difícil solución. En España, fue encomendada al INI, propietario de Ensidesa, la misión de reordenar el sector y con este fin AHM (Sagunto) y AHV (Bilbao) pasaron en 1979 a la empresa pública. Se barajaron diversas alternativas y al final, en medio de fuertes presiones, se adoptó una solución de compromiso dando prioridad a Ensidesa, conservando la planta de laminación en frío del Puerto (que luego se vendería a una empresa de Luxemburgo) y desmantelando los Altos Hornos de Sagunto y de Bilbao.

Durante todo este periodo, dramático e incierto, el movimiento obrero del Puerto supo estar a la altura de las circunstancias, asumiendo el protagonismo en la lucha por la realización del proyecto y demostrando una combatividad y un sentido de la responsabilidad ejemplares. Los trabajadores no defendían tan solo sus puestos de trabajo sino la supervivencia del pueblo y, apuntando más lejos, la necesidad de que el País Valenciano conservara su industria de cabecera más importante. Fue una lucha larga y muy dura en la que hubo que combinar la movilización en la calle con la negociación en los despachos, el mitin y la arenga con el prudente cálculo. Todos los que lo vivieron, y no solo los trabajadores sino también y en gran medida las mujeres y los que entonces eran niños, recuerdan la tensión agotadora de aquellos días, semanas y meses, las concentraciones en la puerta de la fábrica, las interminables asambleas en las que se producían duros enfrentamientos entre las diversas opiniones, pero que siempre terminaban con un abrazo porque ante todo había que mantener la unidad, las caravanas de autocares con las banderas al viento, los roncos gritos en las manifes-

taciones (¡Sagunto Vencerá!) coreados por miles de voces, las lágrimas contenidas de rabia cuando llegaban malas noticias, pero nunca, en aquellos días, semanas y meses, tan broncos y encrespados, nunca la desesperación o el desaliento. Ni siquiera cuando se supo la decisión del desmantelamiento, porque entonces comenzó una nueva lucha para asegurar la reconversión. De aquellos días, semanas y meses, felices y amargos, quedará en la memoria de todos la impresionante manifestación por las calles de Valencia en la que el pueblo valenciano, más que apoyar, agradecía el coraje del pueblo de Sagunto en la defensa de los intereses de todos.

Al final, un día cualquiera de 1985, se apagaba definitivamente el horno alto que había ardido, como una llama olímpica, desde el 6 de enero de 1923. El tiempo de las ciudades del acero, descrito por Julio Verne, había pasado y la *factory-town* dejaba de existir. Pero el Puerto de Sagunto seguía adelante lleno de vida y de futuro porque el temple de sus hombres y mujeres no es de hierro o acero sino, como escribió D. Hammett, del material del que están hechos los sueños. Hoy, cuando uno pasea por la impresionante explanada de la antigua factoría y baja la mirada desde el lejano castillo, testigo de la civilización romana, hacia los desolados restos de la fábrica, siente el temor de que estos testigos de la revolución industrial en el País Valenciano y de tantos combates por la dignidad del trabajo desaparezcan. No será así, esperamos, porque los del Puerto vencerán también en esta última batalla por conservar los lugares de la memoria.

Cómo se construye un sindicato

Texto incluido en el libro *Miguel Lluch. In memoriam,* publicado en 2004 en homenaje al histórico dirigente sindical de Puerto de Sagunto.

Como en Asturias, como en Sagunto

Corría el año 1965. Como en las novelas de espías, escondido en una maleta de doble fondo el informe del responsable del Partido Comunista llegó a París portando una noticia que debió dejar atónitos a los dirigentes que la leyeron. En la provincia de Valencia, donde apenas hacía un año la policía franquista había desmantelado la organización del partido deteniendo a medio centenar de personas, el movimiento obrero se ponía en marcha con inusitada fuerza. En la empresa más importante de la zona, la factoría de Altos Hornos de Vizcaya, en el Puerto de Sagunto, había tenido lugar una huelga, seguida por 2.000 trabajadores a lo largo de diez días. El informe, después de relatar con exactitud los hechos, terminaba con una reflexión política en la que mezclaba el habitual tono triunfalista, propio de estos escritos, con una lúcida percepción de la novedad del acontecimiento.

> *Desde el punto de vista de la lucha general de los obreros levantinos, la acción de los trabajadores de Sagunto está ayudando poderosamente en la superación de la conciencia de la clase obrera y el pueblo en su lucha contra la dictadura. No ha habido fábrica, taller, tajo, cafés y bares donde no se comente con verdadero interés estas luchas. Y la idea general tan popular de "¡Hay que hacer como en Asturias!" se va también localizando y empieza a extenderse la de "¡...como en Asturias y Sagunto!".*[1]

Como en Asturias y Sagunto. Evidentemente el informante era consciente de que no se podía comparar la huelga de toda la cuenca minera, en 1962, una huelga que duró varios meses y tuvo un amplio eco internacional, obligando al ministro Solís a dialogar con los representantes de los trabajadores, con lo ocurrido en Sagunto. Sin embargo, para el País Valenciano, hasta ese momento con un perfil conflictivo casi plano, la rui-

[1] La letra cursiva transcribe literalmente fragmentos de informes del Partido Comunista, conservados en su archivo de Madrid, o bien informes del Departamento de personal de Altos Hornos del Mediterráneo, celosa y desordenadamente guardados en la antigua gerencia. Agradezco a Alberto Gómez Roda, responsable del Archivo de CCOO del PV, haberme proporcionado los primeros. Los de la gerencia los conseguí yo, no sin esfuerzo. El mejor homenaje que se podría rendir a Miguel Lluch sería rescatar la documentación sindical (actas de reuniones del Jurado, expedientes de sanción, etc.) que se conserva en el archivo de la empresa. Pertenece al sindicato y está expuesta a desaparecer. *(Nota del Autor)*

dosa entrada en escena de los obreros del Puerto era un hecho tan importante como lo habían sido las huelgas de Asturias para toda España. Significaba una ruptura con la lucha llevada a cabo desde la clandestinidad, sin duda alguna heroica (como lo demuestran las "caídas" de 1959, 1962 y 1964) pero de muy escasa repercusión, y el comienzo de una lucha abierta que, en breve, cristalizaría en la formación de las Comisiones Obreras. *Aquí todos hablan de la huelga como una cosa magnífica y que les aportó grandes experiencias*, escribía una persona expresamente enviada desde París para que confirmara la información recibida. *Hay una juventud valiente y decidida que ha perdido el miedo. Hablan y actúan sin reservas, y son muy apreciados por los viejos que valoran su comportamiento en la huelga.* Ya no se trata del esforzado militante que le pasa a una persona de confianza un arrugado panfleto, o de los cuatro amigos que cuchichean en el bar, o de aquel que desafió al encargado, sino de 2.000 trabajadores que, a cara descubierta, se han enganchado a la lucha. La diferencia es radical, pero no se produjo por casualidad sino como fruto de un trabajo, pegado al terreno, que los líderes de la fábrica venían desarrollando desde la lucha por el primer Convenio, en 1960. Protestar desde fuera de lo mal que estaban las cosas y de la perversidad del régimen había dejado de tener sentido. Había que protestar desde dentro, desde la fábrica, desde el Convenio, y había que hacerlo, no como representantes de un misterioso y desconocido partido, sino como sindicalistas capaces de hablar con la dirección y de plantarse en el taller. Entre 1960 y 1964, en Sagunto, como en Asturias, como en el metal de Madrid o en los astilleros de Vigo, se fue produciendo un giro copernicano en las formas de protesta.

De esta experiencia surgieron las Comisiones Obreras y vale la pena analizarla para desmitificar dos afirmaciones que suelen hacerse para explicar su nacimiento, a saber, que fueron un invento del partido comunista o, según la versión opuesta, que fueron una creación espontánea de las masas. Ni una cosa, ni otra. Es cierto que el PC, a raíz del fracaso de las convocatorias de huelga general, en 1958 y 1959, unas convocatorias de las que casi nadie se enteraba ni, caso de enterarse, creía en su posibilidad, venía orientando a los militantes al trabajo en las empresas. Y es cierto, también, que el estado de ánimo de los trabajadores estaba cambiando. Las actitudes de mera supervivencia, marcadas por el miedo, estaban dando paso al deseo de mejorar, aunque para ello hubiese que arriesgar algo. Pero, ni las consignas de un partido, ni el sentimiento confuso de las masas, pueden explicar por sí solos el surgimiento de un movimiento social. El nuevo movimiento obrero se fue configurando gracias al trabajo valeroso e inteligente de líderes de fábrica que supieron combinar los elementos necesarios para ponerlo en marcha.

En mi exposición comenzaré recordando cómo se produjo la huelga de 1965, momento culminante de la lucha, pasaré después a analizar los pasos que se fueron dando para llegar a este punto (lo que en técnica cinematográfica se llama un movimiento de *flash-back*, de mirada hacia atrás) y terminaré con la ponderación de los resultados, plasmados en un triunfo notable de los líderes obreros en las elecciones sindicales de 1966 y en la consolidación del poder contractual de los trabajadores. Comencemos, pues, con la huelga.

El enviado del PC, antes citado, nos ha dejado un relato de primera mano de cómo estalló. El informante dice que habló con dos de los despedidos, *con un miembro del Jurado amigo nuestro* (sin duda alguna M. Lluch) y con algunos familiares que tenía en el Puerto, por lo que ofrece la mayor fiabilidad. Al leerlo, después de tantos años, uno tiene la impresión de estar asistiendo a una clase práctica de sindicalismo. Lo primero que llama la atención es el papel del líder, esa persona que, jugándosela, asume la responsabilidad de dar el primer paso. En esta ocasión, en el taller de calderería uno de los obreros decide no llegar al punto sesenta marcado en los cronometrajes. No sabe lo que va a pasar, ni cómo reaccionará la empresa, ni si le seguirán los compañeros. Pero hay que intentarlo. Se acerca el encargado, discuten, el cronometraje está mal hecho, no es verdad, que venga el ingeniero y lo veremos. Ha ganado el primer round. El ingeniero baja, vuelven a discutir, ya se ha revisado una vez y está bien, dice el ingeniero, la revisión está mal hecha, responde con firmeza el obrero. *Bueno, tú verás, si al final del turno no estás por encima del punto sesenta, mañana no hace falta que vengas*. El obrero mira a su alrededor y ve que los ojos de los compañeros más próximos están fijos en él. Si cede todo se habrá perdido. Rápido de reflejos, pero demostrando una gran calma, se inclina lentamente, recoge las herramientas y responde: *No hace falta esperar a mañana, me voy ahora*. Las palabras resuenan como un trueno que hace enmudecer a todo el taller. Diez o doce trabajadores se acercan, rodean al ingeniero: *Si él se marcha, nosotros también*. El ingeniero comprende que la cosa se está poniendo fea y pide que vengan algunos miembros del jurado para mediar en el asunto. Entre ellos está Miguel Lluch, elegido en las elecciones de 1963. Pero Miguel no acepta el papel de apagafuegos sino que se ofrece a acompañar a una comisión de los afectados para que hable con la dirección. Lo que ocurrió después lo sabemos por un informe del departamento de personal de la propia empresa:

> *En la mañana del 31 de mayo de 1965, una representación de los productores de calderería juntamente con los vocales del Jurado, solicitaron una entrevista con el Sr. Jefe del Servicio Social, quien dispuso que la citada Comisión fuera recibida por el Jefe de la División de Racionalización. Se le hizo saber que no concurrían las circunstancias previstas para la revisión de la prima que solicitaban. No obstante, también se hizo saber a la citada comisión que serían atendidas y estudiadas las reclamaciones de tipo individual o de errores concretos en el sistema establecido.*

El problema parece resuelto, de hecho en otras ocasiones los trabajadores habían aceptado la revisión individual considerándola, como así lo era, un triunfo. La comisión vuelve al taller, informa de la respuesta y la opinión de la mayoría es que esta vez se puede ir más lejos.

> *Aproximadamente a las doce horas del referido 31 de mayo, informa la empresa, cierto personal de la sección de Calderería de Talleres, se negó a realizar los trabajos propios de su cargo que habitualmente tenía encomendados. El día 1 de junio el paro*

se extendió a los Talleres de Maquinaria y Ajuste, así como al departamento de Almacén de Hierros. Ese mismo día, en el departamento de hornos de cock se observó que se habían efectuado tres deshornamientos menos. El día 3 el paro era casi total en los departamentos de Hornos de Acero, Laminación, Parque de carbones, Sintering, Granulador, Hornos Altos y en algunas secciones de talleres, y parcial en el resto de departamentos de la fábrica. El conflicto se prolongó hasta el día 11.

Mientras que el informe de la Empresa termina con un suspiro de alivio, felicitándose por la vuelta a la normalidad, el del PC acaba su crónica con una interpretación de la huelga en clave política. Los obreros del Puerto habían roto el silencio al que la dictadura tenía condenados a los trabajadores y mostraban el camino a seguir para vencer al franquismo. Tenía razón, y buena prueba de ello es que, durante la huelga, el pueblo estuvo ocupado por la Guardia Civil, que no reparó en medios para intimidar a los huelguistas y a sus familias. Sin embargo, al margen de esta connotación política incuestionable, en la base del conflicto hay un problema de fábrica, y en su desarrollo es un modelo de pedagogía sindical del que podemos aprender, ahora que ya no hay franquismo. Esto es muy importante porque, con frecuencia, cuando contamos la historia de Comisiones a nuestros jóvenes delegados, subrayando los aspectos de la lucha contra el franquismo, les resulta admirable pero no imitable, ajena y lejana. *Lo vuestro fue más heroico, porque podíais ir a la cárcel, lo nuestro es más duro porque vamos al paro*. Sin renunciar a ningún aspecto del pasado, tenemos que recuperar el aspecto sindical de la historia de Comisiones y explicar a los jóvenes que los padres fundadores lucharon por lo mismo que ellos, es decir, por construir un sindicato. Que sobre ellos pesó la amenaza del despido, la prepotencia de la empresa, la indiferencia de muchos compañeros, la monotonía de los días grises en que parecía que no se podía hacer nada, y que tuvieron que aprender sobre el terreno a hacerles frente. Los hechos que hemos relatado sobre el estallido de la huelga pueden contarse, como diría Shakespeare, como *una historia de ruido y de furia*, con muchos policías y amenazas (y así fue, ciertamente) pero también como un *bildung-roman*, una novela de formación o una historia de aprendizaje en la que vemos cómo los sindicalistas van tanteando el terreno, midiendo las fuerzas, mezclando el desafío con la prudencia, saltándose las normas o recurriendo a la ley, hasta que ven madura la situación para asestar el golpe decisivo. Retrocedamos un poco y veamos cómo se fue desarrollando ese proceso de aprendizaje.

Paso a paso, golpe a golpe

Los líderes del Puerto, con Miguel Lluch a la cabeza, no solo fueron valerosos luchadores antifascistas sino también esforzados sindicalistas. En 1960, cuando la empresa comenzó la implantación del sistema Bedaux, se dieron cuenta de las posibilidades que ofrecía para hacer bajar a la dirección de su Olimpo. Porque, para que el

sistema pudiera funcionar eficientemente, se requería la colaboración de los trabajadores, y estos podían obstaculizarlo aprovechando su conocimiento del oficio. Lluch y algunos otros (en el departamento de Laminación, en la máquina Wirth, en Calderería) comenzaron a poner pegas a las valoraciones impuestas por los técnicos, demostrando que estaban mal hechas y obligando a la empresa a revisarlas. Nunca se había visto algo así. Hasta entonces se habían producido conatos aislados de protesta, palabras fuertes entre un encargado y un trabajador cabreado, pero ningunear al jefe de taller, discutir de igual a igual con los técnicos y hacerles retroceder, no una, sino una y otra vez y en diversos puntos de la factoría, la verdad, nunca había ocurrido algo parecido. Para atajar el mal que se iba extendiendo y envalentonando a la gente, la dirección de la empresa ofreció un suculento convenio en el que se contemplaba un aumento salarial espectacular de hasta el 80%. De momento los ánimos se calmaron, pero la puerta estaba abierta.

Haber aprovechado la racionalización del trabajo para discutir con la empresa, en lugar de oponerse a ella, fue una intuición sindical que tuvo importantes consecuencias. Sirvió para desmitificar la aparente omnipotencia de la dirección y sus técnicos, que muchas veces quedaban en ridículo, e hizo emerger y consolidó los liderazgos. Las personas que se habían dado a conocer por sus reclamaciones y exigencias se convirtieron en el punto de referencia de sus compañeros de taller y, sobre la base del prestigio adquirido, pudieron avanzar hacia nuevos objetivos. El primero fue entrar en el Jurado de Empresa. No deja de ser curioso que Miguel Lluch, que siendo un chaval de 14 años había abandonado la factoría por no querer apuntarse al Frente de Juventudes (requisito indispensable para ser admitido en la Escuela de Aprendices) decidiera ahora presentarse a las elecciones para el Jurado de Empresa, un montaje del Sindicato Vertical franquista. Fue su instinto sindical el que le guió a dar ese paso, junto con tres o cuatro compañeros más. La presencia en el Jurado de Empresa permitía trasladar las reclamaciones de los trabajadores al seno de la dirección, y discutirlas con los altos cargos; posibilitaba la trasmisión de información y la conexión entre los distintos talleres (ya que los cargos sindicales podían circular libremente por la factoría); llegado el caso podía servir para parar algunos golpes; y, sobre todo, legitimaba a los líderes del taller que, por el voto de los trabajadores, pasaban a ser sus representantes institucionales. Como enseguida veremos, a partir de las elecciones de 1963, la actuación de Lluch y algunos otros activistas en el Jurado fue un factor determinante en la dinámica de la lucha mediante la inteligente combinación de los factores legales y extralegales, de la negociación y el enfrentamiento.

El paso decisivo fue la conversión de las reclamaciones individuales, que el sistema Bedaux había provocado, en reclamaciones colectivas. En diciembre de ese mismo año, 1963, *a las 12 horas del día 11,* informa la empresa*, los productores del Tren Comercial dejaron de trabajar, y el día 12 se extendió esta paralización a los Trenes de Laminación, Almacén de Hierros y algún otro departamento de la fábrica. Por parte de la representación de los trabajadores se requería se revisase la valoración del trabajo de la quincena pasada. Realizada esta valoración volverían al trabajo.* El paro, tras dos

intentos de conciliación entre la empresa y la representación de los trabajadores, convocados por el Delegado Provincial de Sindicatos y por el Delegado de Trabajo, continuó en el Tren Comercial los días 12 y 13. *El 14 quedó resuelto satisfactoriamente tras las conversaciones mantenidas entre la Empresa, Delegado de Sindicatos, Jurado de Empresa y personal del tren Comercial, comprometiéndose a aceptar el arbitraje de un organismo independiente.*

Varias cosas llaman la atención. En primer lugar, la salida airosa del conflicto. Los sindicalistas saben muy bien que tan difícil es comenzar una huelga como saber terminarla. En este caso, al tercer día de paro, se acepta la fórmula de un arbitraje neutral *propuesta por los Vocales Sociales del Jurado* que, en el fondo, representa una derrota para la empresa, puesto que en un principio se había opuesto a cualquier negociación. Se nota la presencia en el Jurado de sindicalistas avezados (Miguel Lluch, entre ellos) que han sabido mantener el pulso firme y encontrar la salida en el momento oportuno. Lo más importante es que no usurpan la palabra a los trabajadores, como solían hacer los Jurados verticalistas, sino que la potencian. Una comisión de los huelguistas es recibida por la dirección, discute con ella, y es la que decide aceptar o no la propuesta, pero el Jurado no es un mero espectador sino que actúa como legitimador de las demandas, las sostiene y las orienta hacia una posible solución. En esta articulación de la representación de la base y la representación institucional, de la confrontación y la negociación, de los medios legales e ilegales, se encuentra la esencia de la futura estrategia de Comisiones Obreras. En la factoría del Puerto se llevó a término en 1963, un año después de lo de Asturias, un año antes de la constitución de la Comisión Obrera del Metal, en Madrid, y tres años antes de la reunión de Lo Rat Penat. Son datos para la historia.

Una buena prueba del grado de organización conseguido es que, pocos meses más tarde, en marzo de 1964, con ocasión de la negociación del II Convenio Colectivo de empresa, el Jurado convocó, en la Delegación Local de Sindicatos, una asamblea para someterlo a consulta, un hecho inédito hasta la fecha. *En la citada reunión los trabajadores dieron a conocer sus criterios, manifestándose una tendencia unánime de no admisión de la oferta de la Empresa*. El Jurado, convertido en portavoz de la asamblea, trasladó esta negativa a la dirección y se mantuvo firme en ella, y mientras esto ocurría los trabajadores pasaron a la acción. *Los días 3 y 4 de abril se produjeron paros de dos horas en cada uno de los relevos en la mayoría de los departamentos de la fábrica, en disconformidad por las deliberaciones del Convenio.* Cualquiera que tenga una mínima experiencia sindical no puede dejar de sorprenderse ante estos hechos. Porque arrastrar a los trabajadores a un paro siempre es difícil, pero en un momento de tensión, cuando salta una chispa en un departamento, hasta los *free-riders*, los gorrones, no tienen más remedio que seguir la corriente. Pero plantear un paro en frío, con anticipación, para que se produzca a la hora fijada en cada uno de los relevos, y tener éxito en el empeño, supone que se ha alcanzado un nivel de coordinación y de seguimiento verdaderamente notables, algo totalmente inusual en la época.

La dirección de la Empresa debió comprenderlo así y cortó las negociaciones recurriendo a la autoridad laboral, que dictó un laudo de obligado cumplimiento. Con ello pretendía dar por zanjada la cuestión, ya que el laudo, con el fin de acabar con el conflicto, era bastante generoso (contemplaba un 17% de aumento salarial). Pero no fue así. Los días 15 y 16 de abril se volvió a reproducir el paro, de la misma manera sincronizada, dos horas en cada uno de los relevos. El Jurado fue llamado a capítulo y *la representación Social manifestó que existía entre los productores disconformidad completa con la Norma de Obligado Cumplimiento dictada, por estimar que el 17% de aumento salarial establecido en la misma no era suficiente*. Detrás de estas escuetas líneas podemos escuchar la poderosa voz de Miguel Lluch encarándose con la dirección y espetándole uno de aquellos alegatos sobre la clase obrera que él sabía hacer tan bien. Sin embargo, no era cuestión de tensar el arco más de lo conveniente, ya que la empresa amenazó con el lock-out, y el Jurado aceptó la oferta del Inspector de Trabajo de pasar la esponja sin sanciones, *exhortándole para que gestionase cerca de sus representados el restablecimiento inmediato de la normalidad,* cosa que de momento se produjo. Pero, solo, de momento.

La conquista del poder contractual

Al volver de las vacaciones, en septiembre de ese mismo año, comenzó en los departamentos más combativos de la factoría una ofensiva que, tras sucesivos conflictos, desembocaría en la huelga general, en abril de 1965. Cabría preguntarse por qué se arriesgaron a reanudar la lucha si la cuestión del Convenio había quedado definitivamente cerrada mediante el laudo. Pues precisamente por eso, porque se había cerrado en falso, rompiendo los equilibrios de poder entre trabajadores y empresa, conseguidos en las anteriores luchas. La que ahora comienza tiene un objetivo netamente sindical, puesto que la discusión de las valoraciones son simplemente el pretexto para recuperar la capacidad de negociación, que la imposición del laudo les había negado. De algunas tareas y puestos de trabajo se llegaron a hacer hasta cinco revisiones con gran irritación de la empresa que se veía obligada a ceder y no podía entender el empecinamiento de los trabajadores en algo de lo que sacaban muy poco provecho (incluso, en alguna ocasión, la revisión realizada por técnicos externos resultó más rigurosa). Sin embargo, para los líderes obreros estaba claro que de lo que se trataba no era de obtener cuatro pesetas más sino de obligar a la empresa a reconocer la autonomía de los trabajadores, el derecho a defender sus intereses y la capacidad de negociar en pie de igualdad con la dirección. Por la historia del movimiento obrero sabemos que este fue, en sus orígenes, el objetivo prioritario de las *sociedades de resistencia*. Casi un siglo más tarde, el movimiento sindical, destruido por la dictadura franquista, reiniciaba su andadura de la misma manera, exigiendo su reconocimiento.

A lo largo del mes de septiembre (1964) *se produjo una situación de bajo rendimiento en casi la totalidad de los departamentos de la fábrica,* constata la empresa.

Tuvo su origen en la resistencia de los productores de la Máquina Wirth a aceptar las valoraciones dadas a los trabajos realizados. El 30 de septiembre se dio por finalizada la anormalidad laboral. Para resolverla se hizo intervenir a los técnicos del Centro Valenciano de Productividad que realizaron una nueva computación de las tareas. Sin embargo, a principios de diciembre, los trabajadores de la Máquina Wirth volvieron a la carga reiniciando el bajo rendimiento. El desarrollo de este conflicto muestra la posición de fuerza adquirida por algunas secciones de la fábrica y su combatividad. El 7 de diciembre la dirección les advierte de que pueden ser sancionados, a pesar de lo cual el rendimiento continúa por debajo de lo establecido, y no es hasta el 29 de ese mes cuando la empresa se decide a enviar una carta a 30 trabajadores conminándoles a volver a la normalidad. *El 5 de enero, dada la persistencia en la actitud de no alcanzar la actividad normal por parte de algunos, pese a las comunicaciones de que fueron objeto, se impuso a 8 obreros la sanción de 10 días de suspensión de empleo y sueldo*.

Llegados a este punto es interesante ver la postura del Jurado, decantado por la presión de algunos de sus miembros (Lluch juega aquí un papel clave) a favor de los rebeldes. En el Acto de Conciliación *los Vocales Sociales del Jurado reiteraron su disconformidad con la opinión de la Empresa por creer que la misma no disponía de suficientes elementos de juicio para saber la actividad concreta exigible. Asimismo la Representación Social abundó, al considerar que no había disminución voluntaria del rendimiento, en el sentido de que se procediese a la anulación de las sanciones impuestas y se abonase a los sancionados los emolumentos correspondientes a los días en situación de suspensos*. Al no producirse acuerdo los sancionados recurrieron a la Magistratura de Trabajo y, cosa verdaderamente sorprendente pero que demuestra la fuerza adquirida por los trabajadores, en el Acto de Conciliación previo al juicio, la Empresa ofreció rebajar la sanción a un solo día, oferta que fue aceptada, valorándola como un triunfo. Los líderes de la fábrica, percibiendo la actitud titubeante de la empresa, creyeron que había llegado el momento de intentar una acción generalizada que asentara definitivamente el poder contractual de sus representantes. Al cabo de dos meses de estos hechos estalló un nuevo conflicto, en la sección de Calderería, que inmediatamente se extendió a toda la factoría.

Sobre el desarrollo de la huelga de junio de 1965 hemos hablado al principio, presentándola como la culminación de un proceso de aprendizaje sindical que había comenzado en 1960. Al contrario de lo que pudiera pensarse, por su temprana ubicación en el tiempo, no fue un punto de partida sino de llegada. Las reivindicaciones que la motivaron (la enésima revisión de tareas y cronometrajes) no se consiguieron, ya que la empresa decidió con firmeza dar el asunto por definitivamente cerrado, pero la organización sindical salió fortalecida. Los trabajadores comprendieron que habían tocado techo y que había que plantearse las cosas de otra manera. Por decirlo en términos de Gramsci, la huelga significó el paso de la guerra de posiciones, caracterizada por luchas puntuales, a la guerra de movimientos, basada en una estrategia a largo plazo. O, como dicen los teóricos de la acción colectiva, el cambio de una estrategia

reactiva a otra proactiva. A partir de ahora el objetivo ya no será luchar de una forma desordenada para ser reconocidos, sino utilizar de una forma inteligente el poder contractual conseguido. Esto no significa que se vaya a abandonar la lucha sino que se cambia la guerra caliente, sostenida mediante escaramuzas, por la guerra fría, basada en la estrategia de la disuasión. Cada una de las partes conoce las fuerzas del contrario, es consciente de que una confrontación sin cuartel tendría un desgaste demoledor para ambas, y, mientras sea posible, prefieren mantener el equilibrio. *Se ha conseguido,* afirma la empresa al presentar su valoración de la huelga*, institucionalizar un diálogo, no desbordado ni anárquico, sino sometido a unas normas de procedimiento. Esto supone un avance estimable ante una situación de futuro y es ya un resultado estable al que nos hemos acostumbrado ambas partes*. Lo que no dice la empresa es que, para llegar a esta situación de mutuo respeto, los trabajadores han tenido que acumular fuerzas en la lucha, consolidar la organización y sustituir a los verticalistas por sus propios representantes.

Hay un par de hechos que conviene mencionar para entender el nuevo escenario surgido a partir de la huelga. El segundo día del conflicto, la empresa lanzó un *ukasse* contra los huelguistas, declarándolos a todos en situación de suspensión de empleo y sueldo, e imponiéndoles la condición, para ser readmitidos, de firmar una carta pidiéndola. Con ello pretendía arrebatar a los líderes obreros la dirección del conflicto, impidiendo que fueran ellos los que decidieran sobre la vuelta al trabajo e incitando a romper la unidad.

> *Ante este problema* (copiamos las palabras del informe del enviado del Comité Central del PCE) *se reunieron los jurados y convocaron una asamblea en el local del Sindicato Vertical. Se llenó la sala, quedando muchos obreros sin poder entrar. En la asamblea hay discrepancias, por un lado los viejos plantean su situación y edad, otros el problema económico y otros que no sabían por qué se estaba en huelga. El jurado amigo nuestro* (se refiere a Lluch) *toma la palabra y dice que todos saben por qué se está en huelga tan bien como él, señala las reivindicaciones y dice: si nosotros resistimos se sumarán todos, por lo que después a la Empresa no le quedará más remedio que acceder. Al final, como no se ponían de acuerdo, decidieron que los viejos firmaran la carta, y esto fue, según nuestro amigo, un tremendo error ya que los vacilantes fueron firmando. Pero hubo otros que cogieron como una cuestión de honor no firmar, para que sirva de ejemplo en sucesivas huelgas, y consiguieron entrar sin firmar.*

Conviene destacar la rápida reacción del Jurado, ante la estratagema de la Empresa, convocando una asamblea en los locales de la CNS para que sean los trabajadores los que decidan de común acuerdo. En la reunión todo el mundo se expresó con la mayor libertad, desde el *jurado amigo nuestro*, que lanzó una soflama a favor de la huelga que haría temblar las paredes del Vertical, hasta los indecisos, que pusieron las objeciones típicas del caso. Posiblemente para ganar autoridad democrática, demostrando que allí no se coaccionaba a nadie, la asamblea dejó en libertad para que los que tuvieran

serios problemas firmaran. Desde un punto de vista táctico fue, como dice el informe del PC, un error que podía haber liquidado rápidamente la huelga. Sin embargo, si nos atenemos al informe de la empresa, más preciso que el anterior (y más fiable ya que, además de contar con los datos exactos, le interesaba mostrar que sus amenazas habían surtido efecto) no ocurrió lo esperado. Hasta el séptimo día de huelga tan solo habían pedido el reingreso 206 personas. El resto aguantó diez días, al cabo de los cuales, pidieron la readmisión 1.099, seguramente con el visto bueno del Jurado que debió juzgar conveniente dar una salida al conflicto. Aun así, un grupo muy numeroso, de 610 personas, estando de acuerdo con la vuelta al trabajo, *cogieron como cuestión de honor no firmar*, pero la empresa no quería más problemas y los admitió, aunque se mantuvo inflexible en los tres despidos

Los datos citados nos proporcionan una radiografía preciosa del nivel de lucha alcanzado que, proyectado en términos sindicales, significaría lo siguiente: entre los 3.897 trabajadores de fábrica podría decirse que hay 1.200 simpatizantes de CCOO, los que siguen la decisión de la asamblea y aguantan en la huelga, y nada menos que 610 militantes, decididos a llegar hasta las últimas consecuencias. Estas cifras las vemos reflejadas, con exactitud matemática, en los resultados de las elecciones sindicales, celebradas en 1966, al año de la huelga. Sumando los votos de los cualificados y no cualificados resulta que los más votados son los líderes de la huelga, con 1.750 votos. Según el informe del PC, en la sección de obreros no cualificados, de 34 enlaces a elegir, la candidatura obrera obtuvo 24 puestos, y en la sección de obreros cualificados, de 16 enlaces a elegir, consiguió 12. Es posible que los datos estén exagerados, por la tendencia del PC a considerar como propio al que simplemente no estaba en contra, pero es indudable que el Jurado de Empresa quedó en manos de los líderes obreros que habían dirigido las luchas y que, ese mismo año, pasarían a integrarse en el movimiento de CCOO. Como es sabido, a la reunión fundacional de Lo Rat Penat acudió Lluch en nombre de los obreros del Puerto. Para el nuevo movimiento obrero que entonces comenzaba el Puerto fue el modelo a seguir. Pero también puede serlo para nosotros porque su forma de combinar el coraje con la inteligencia, la lucha con la negociación, el liderazgo con la participación, constituyen la esencia del sindicalismo de todos los tiempos.

Retablo de las maravillas sindicales

Artículo publicado, en colaboración con J. Sanz *(Centro de Estudios Laborales)*, en la revista *Hechos y Dichos,* editada en Zaragoza por la Compañía de Jesús (septiembre de 1975), en el que se analiza el desarrollo de la primera vuelta de las que serían las últimas "elecciones sindicales" del Vertical que, pese a las dificultades, terminaron con un importante éxito de las "candidaturas unitarias y democráticas".

Debo confesar, de entrada, que este artículo es una promesa a san Agapito, patrón de los imposibles, en el momento crucial del proceso electoral. Hice voto entonces de que, cualquiera que fuera el resultado, haría una romería por las empresas para recoger las cosas curiosas allí ocurridas. El artículo no tiene, aparte el motivo de denuncia apuntado, más pretensión que la de un hermoso fin de fiesta en el que podrán ustedes ver la actuación del sindicato, vestido de lagarterana, y de diversos empresarios en atrevidos números de prestidigitación.

Me voy a ceñir en el muestrario a Valencia que es lo que conozco personalmente, y que según la Organización Sindical es donde las elecciones han sido más politizadas (en un primer sondeo le asignaba el primer lugar con un 15 por 100 de programas politizados; luego lo ha rebajado al 10 por 100 junto a Málaga y Zaragoza, y detrás de Guipùzcoa. Poco importa. Por mi parte estructuraré los datos que conozco en forma de modelo o tipos, aplicables a cualquier otro lugar. Bastará sustituir, en divertido juego, los nombres que yo cito por otro y el cuadro resultará transportable.

Modelo "El padrino"

Bastante antes de las elecciones, el Consejo Sindical de Empresarios, presidido por el señor Castellanos, uno de los financieros más conocidos del país, y con la asistencia del delegado provincial de Sindicatos, señor Ansuátegui, denunciaba un artículo aparecido en *Las Provincias* del catedrático don Manuel Broseta. En dicho artículo, entre otras propuestas de democratización, se hablaba del derecho de huelga. La denuncia llegó hasta el TOP que se desentendió y remitió al juzgado. Este, en sentencia ejemplar, absolvía al Señor Broseta considerando que es un deber la crítica pública y que en su ejercicio hay que tener en cuenta la evolución que ha sufrido la sociedad. Extremos ambos que no deben contar para quienes hicieron la denuncia. La notoriedad de este "resbalón" del Sindicato fue muy comentada. Sin embargo no fue el mismo Sindicato quien trató de enmendarlo, a través de alguna declaración de

las UTT (Unión de Trabajadores y Técnicos) que señalara las distancias entre estas y los empresarios. Tuvo que ser un grupo de empresarios, ligados al Instituto Social Empresarial, quien con un mínimo sentido del pudor montó una mesa redonda para desmentir tan arcaicas posturas.

Este hecho creo que sirve de punto de referencia del posterior desarrollo electoral. Por un lado una actitud de compadreo entre verticalistas y empresarios, por otro, un intento del Sindicato o del empresario, según lugares y situaciones, de jugar su propia baza en orden a asimilar el hecho de las candidaturas de la oposición. Aquí en Valencia ha predominado la postura paleolítica. Ha dominado la estrategia sindical del "hilo directo", del teléfono blanco con la dirección. Sin ningún recato. Unas pequeñas muestras. En la empresa Francisco Palmero S.A.[1] ocurrió que en los últimos momentos del plazo para la presentación de candidaturas estuvimos una vez más en el Sindicato para enterarnos de la suerte corrida por uno de los nuestros. Definitivamente rechazado. ¿Qué hacemos, presentamos otros? Mejor que quede vacante ya que la empresa no se ha atrevido a presentar a nadie. ¿Quedará vacante el puesto, verdad?, preguntamos, Sí, claro, no hay otro. Nos vamos, momento que aprovecha el teléfono para el oportuno aviso. En las listas aparecerá un candidato de la empresa presentado fuera de tiempo (como el mismo interesado nos confesó) y avalado por los encargados. En Sindicatos debieron pensar aquello de que el que avisa no es traidor. Y no traicionaron al que fuera su presidente, nuestro querido empresario.

Un caso más notable de este amigable compadreo. Un grupo de enfermeras de la Ciudad Sanitaria La Fe acude al Sindicato para que les den papeletas o un modelo de las mismas ya que piensan imprimirlas con su candidatura. Esto es perfectamente lícito y normal. Lo que ya no es tan normal es que se encuentren en la oficina sindical preparando la candidatura de la empresa y haciéndole las papeletas. Verdaderamente en España no ocurren Watergates. Pero es que resultan superfluos. ¿Para qué perder el tiempo espiando en el cuartel general ajeno, en el sitio donde se están preparando las elecciones obreras, si ya allí se hace lo que uno quiere?

Conozcamos ahora dos modalidades deportivas. En Mariano García S.A. (importante empresa de fabricación de muebles), se usa la táctica del fuera de juego con la complacencia arbitral-sindical. Como la empresa tiene dos factorías, una vez promulgadas las candidaturas obreras las distribuye a su gusto descolocándolas de su centro de trabajo. En Arga (delegación en Valencia de la multinacional Rivière), se utiliza la zancadilla en plena área mientras el árbitro, acogiéndose a la ley de la ventaja empresarial, permite que siga el juego, Un conocido líder obrero, detenido en el 68, presenta su candidatura. Es aceptada. Entonces se le envía de montaje. El hombre vuelve justo la tarde de la votación y ve que su nombre no figura en la lista. El jurado le explica que la empresa ha consultado a Sindicatos y han decidido quitarlo. "Pues no votará nadie, ya verás". Y los compañeros no votan hasta que se le vuelve a poner en la lista. Sale elegido por todos, sin excepción.

[1] Empresa del sector de la madera en la que trabajaba el propio Ramiro. *(Nota del Editor)*

En resumen, este primer modelo electoral, todavía de bastante uso a pesar de su vetustez, se caracteriza por la estrategia de las bases conjuntas empresario-sindicales. No obstante su primitivismo, las elecciones han significado una renovación de los acuerdos. Aunque a ambas partes contratantes no les haya servido más que de descrédito.

Los resultados de las elecciones sindicales a nivel de empresa son suficientemente conocidos. Han sido un rotundo triunfo de las candidaturas obreras, las llamadas candidaturas unitarias y democráticas. Reseñar ahora el revés de la trama, es decir, todo lo que se ha hecho para que esto no ocurriera, tiene un cierto carácter de denuncia. Pero no valdría la pena hacerla, supuesto que la fuerza del movimiento obrero se ha impuesto y ha convertido todos los manejos en pataleta impotente, si no fuera porque queda pendiente la segunda vuelta electoral. Esta va a ser decisiva para la clase obrera y es conveniente, cuanto menos, dejar en ridículo a los que intentarán controlarla.

Modelo "Arte y ensayo"

La forma de actuación reseñada hasta ahora resulta tan anacrónica, tan inadecuada a la realidad socio-política, que hace ya tiempo comenzó a ser "contestada". No solo me refiero a la contestación que ha recibido por parte del movimiento obrero en orden a defender sus intereses de clase, sino a la que los mismos empresarios o el propio Sindicato han querido darle. Por las dos partes ha habido tentativas de encontrar una salida a la actual situación sindical, verdaderamente insostenible. Tentativas de "arte y ensayo", moderadas, controladas, desnatadas, esterilizadas, uperizadas, que al final terminan, como en el cine, en una tercera vía para los pretendidos nuevos españoles, con aparente destape y poco contenido.

Hace ya tiempo, cuando nacieron las Comisiones Obreras, Trías Fargas lanzó la voz de alerta desde Barcelona. Los empresarios necesitamos interlocutores válidos de la clase obrera. Siguiendo esta misma línea, aunque con evidente retraso, aquí en Valencia, en reciente mesa redonda, Joaquín Muñoz Peirats (financiero, antiguo miembro del Consejo privado de don Juan) proclamaba esta misma necesidad. El sindicalismo oficial quedó, de momento, desmarcado por esta inteligente operación empresarial. Hasta que hace poco comenzó a dar una respuesta. Se le ha llamado en Barcelona "nueva frontera sindical". En catalán y todo, por eso que no quede: "nova frontera sindical". No puede negarse a su principal protagonista, Socias Humbert, un inteligente poder de maniobra. El Sindicato en Barcelona está mostrando una flexibilidad real en orden a asimilar el tremendo impulso del movimiento obrero. Pero los hechos demuestran que el movimiento obrero actual, en España, es difícilmente asimilable.

En este terreno de la contradicción sindicato-empresarios creo que se pueden distinguir dos submodelos de arte y ensayo, ya en las fronteras del virtuosismo.

a) Sub-modelo "calzoncillos Wong". Lema oficial: que el interior corresponda a los exteriores (en la imagen aparece una tira de señores pertenecientes a las distintas clases

sociales, muy bien vestidos ellos; y abajo la misma tira con sus respectivos calzoncillos). Pues eso, que la representación corresponda a auténticos representados, aunque el sindicato tenga que aparecer... en calzoncillos. Lema empresarial progre que se llevó bastante en Barcelona antes de las elecciones y que ha sido imitado parcialmente en otros lugares. Aquí en Valencia, en Ocaña S.A., donde existe reconocido una especie de consejo de trabajadores que se ha saltado a la torera la normativa electoral sobre los dos años de antigüedad. O en Nalda, empresa tradicionalmente dura, donde la dirección hizo firmar al anterior jurado un acta verdaderamente celtibérica. En ella se venía a decir que, en vista de la nula representatividad del jurado, había que esperar que en las nuevas elecciones salieran los hombres adecuados. De hecho no ha puesto ninguna pega en la presentación de los que, por otro lado, está hostigando continuamente.

No deja de ser interesante esta contradicción entre sindicato carca y empresarios progres. En algún caso han llegado hasta el enfrentamiento, como en Fabri (artes gráficas). En esta empresa la dirección aceptó sin oponerle competencia una candidatura democrática. Pues bien, el mismo día de las elecciones se presentaron dos enviados de sindicatos que obligaron, contra toda ley, a incluir a un verticalista. La empresa irritada ha prestado su apoyo a las gestiones de protesta de los trabajadores.

Es interesante todo esto a nivel de contradicción, no de solución. Empresarios muy progres y democráticos, como Vilarrasa, despidieron días antes de las elecciones a uno de los candidatos obreros. O sea que esperanzas empresariales no hay que tener ninguna. Pero en cuanto los núcleos obreros representativos tienen oportunidad de organizarse legalmente, en virtud de estas presiones liberales sobre el Sindicato, los empresarios se aterrorizan y se produce lo que en ajedrez se llama un enroque. Se intercambian las posiciones. Pasamos al sub-modelo b.

b) Sub-modelo "cochecito Jané". Lema: el comisario Pat Garret pasea a Billy el Niño. Así como suena. El sindicalismo oficial se decide a arropar al movimiento obrero, acogerlo, abrirle los brazos, llevarlo de paseo a la OIT, dejarlo que juegue solo por el parque. Estamos en Barcelona, vamos al Bajo Llobregat, hablamos con Ramos, líder obrero plenamente sindicalizado, escuchamos a Eugenio (el señor Socias Humbert para los que no están sindicados). Esto parece otra cosa, o al menos apunta. Volvemos a Valencia. Allí unos compañeros de Nalda (cerámica industrial) fueron a que les sellaran su programa electoral en el Sindicato. El burócrata asentía mientras lo iba leyendo hasta que llegó a aquello de un sindicato obrero, democrático, sin dependencia de la patronal ni del Estado. "Hombre, esto ya no". "¿Pero no ha leído usted que lo dicen en una declaración de la UTT del Bajo Llobregat?". "Bueno, pero Barcelona es otra cosa". Para este buen hombre Barcelona es Perpignan. Pero aunque él lo ignore, Barcelona está dentro del Estado español. ¿Y qué pasa aquí? Que la nueva experiencia sindical, la nueva frontera va a extenderse, repitámoslo, no como solución, sino como contradicción. Porque resulta que aunque el comisario Pat Garret sea un tío estupendo, que hasta se dejaría interpretar por Paul Newman, Billy el Niño de niño no tiene más que el nombre, y al movimiento obrero de ingenuo y tonto ya no le queda nada y, en vez de dejarse llevar en el cochecito, va y entra como Pedro por su casa, coge del brazo al comisario y le

enseña un par de cosas. Entonces los empresarios, ellos que querían unos auténticos representantes obreros, cogen al comisario y le recuerdan que está para guardar el orden y no para hacer experiencias originales y llevar al niño de paseo a la frontera. Y menos para darle la oportunidad de que la cruce y se comience con un sindicalismo unitario, que va pasando a ser democrático y que, desde luego, viene respaldado por los obreros. Comisario Socias que te has pasado, que te están pasando...

En resumen: qué lío se han armado entre los empresarios y el Sindicato, una vez han descubierto que la Santa Alianza no les vale.

Modelo "Peter"

Hace unos años se publicó un libro alemán titulado *El principio Peter*. La idea central era que la sociedad estaba regida por incompetentes. Lo probaba así: una sociedad competitiva tiende a promocionar a cada uno hasta el nivel en que demuestra su incompetencia. A partir de ese nivel no asciende pero permanece. No está mal la idea. Sin embargo tiene un ligero fallo y es que queda desbordada por las burocracias. Como las burocracias o no funcionan o lo hacen incompetentemente, el personal asciende en ellas mucho más allá de su nivel de incompetencia. Ocurre entonces que, cuando en un momento determinado se les pide un esfuerzo de funcionamiento, se produce el caos. Imagínese el lector lo que supone un dispositivo caótico puesto en marcha con la decidida voluntad de obstaculizar y tendrá una imagen aproximada de lo que han sido las elecciones.

Enseguida echa uno mano de Kafka y de aquel inmenso caserón donde se amontonaban los papeles. Pero es necesario compaginar la visión con una película de Jerry Lewis. Allí el protagonista aprieta un botón esperando que funcione la aspiradora y le cae la lámpara encima. Este alucinante juego ha sido lo normal en el desarrollo electoral. Comencemos por las hojas de candidaturas. Lo lógico hubiera sido que existieran abundantes y se dieran a todo el que las solicitara. Pues estaban racionadas y se enviaban a las empresas. En el Sindicato no querían darlas. "Las hemos enviado a las empresas". En las empresas decían no haberlas recibido (empresas tan serias y de tan delicada porcelana como Rosal, del omnipotente Lladró, repetían siempre esto para ganar tiempo). En otras no las habían recibido de verdad, como en Siemens. Viaje va, viaje viene. Al final se montaba un número en Sindicatos y te las daban.

Alcanzada la hoja venía el problema de conseguir que la firmaran quienes estaban obligados a ello. En el Hospital Provincial se negó la dirección aduciendo que los candidatos no llevaban dos años. "Pero es que la plantilla se ha renovado al 50 por 100 y eso no rige. Y en último extremo, se les explicaba, ustedes pueden impugnarnos la candidatura, pero después de presentada". Nada, que no firmaban. "Vayan ustedes al Sindicato". Viaje va, viaje viene. Al final firmaban.

El punto clave de este burocratismo caótico y entorpecedor fueron los planes electorales y la cuestión de los dos años. Los planes eran una auténtica lotería y parecían

estar hechos por quien ignoraba no solo los principios éticos de la equidad, sino las cuatros reglas, sumar, restar, multiplicar y dividir. "¿A vosotros qué os ha tocado?" Las desproporciones siempre eran de un 4 o 5 por 100 en el número de técnicos a un 15 o 20 por 100 en la representación que se les concedía. Los planes fueron impugnados en Astilleros Españoles (Elcano), Mocholí, Vilarrasa, Caolita, Palmero... La comisión electoral las rechazó casi todas.

El asunto de las impugnaciones caía también en la órbita del caos obstaculizador. Téngase en cuenta que para las impugnaciones había un plazo de tres días. Los diferentes papeles salieron siempre con un día de retraso, por lo cual nos quedaban un par de horas hábiles del segundo día y el tercero y último. Había que actuar contra reloj y el Sindicato jugaba a tirar balones fuera.

Quiero concluir dejando claro que esta lucha de impugnaciones contra reloj y su constante entorpecimiento no tuvo mucha importancia en el desarrollo electoral. Pero son todo un síntoma, a la vez, de la lucha de la clase obrera en estas elecciones y de la obstinación del Sindicato en ponerle el máximo de obstáculos bajo la apariencia de una regulación abierta y democrática. Nosotros impugnamos el plan, la candidatura por técnicos, el rechazo de un candidato obrero, la presentación indebida por la empresa de un no-cualificado y el desarrollo de las elecciones. Solo conseguimos que se fusionaran técnicos y administrativos en una sola candidatura. Según el parecer paternal del Sindicato, a toro pasado, deberíamos haber impugnado también la presentación de una candidatura fuera de tiempo, la coacción ejercida sobre el que se presentaba, y hasta el incumplimiento de los plazos por el mismo Sindicato. Ocho o nueve impugnaciones distintas en el plazo escaso de tres días. Que por democracia burocrática no quede. A ver si los chicos se cansan con esto. Pero los chicos no se cansaron y ganaron todos los puestos en cualificados con un respaldo que llegó, en algunos, al 98 por 100 de los votos. Lo mismo ocurrió en las demás empresas que antes he citado.

Modelo "Dentro de un orden"

Como todo el mundo sabe, o debe saber, las elecciones debían realizarse en toda España "dentro de un orden". Están lejanos los tiempos en que la Organización Sindical se proponía encuadrar a todos los trabajadores "con aire militar, constructivo y gravemente religioso". Debió ser "la sonrisa del Régimen", el señor Solís, quien a su paso por Sindicatos, los convirtió en la alegría de la empresa. Pero una cosa queda y si hay que hacer cambios los haremos todos y muchos más "dentro de un orden"; si hay que abrirse nos abriremos "dentro de un orden", y si caben todos quede bien claro que es "dentro de un orden".

La Organización Sindical y las diferentes empresas han rivalizado en que esta divisa saliera, si cabe, ennoblecida de las elecciones. En cuanto se veía a un candidato que hasta en la cara se le notaba que estaba fuera del orden se le eliminaba y chin-pum.

La gama de procedimientos de exclusión ha sido la misma que en los restantes puntos de la península. El punto de los dos años (en Palmero, no aceptando el hecho incuestionable del aumento en un 50 por 100 de la plantilla), despidos previos (ascensores Benlliure, radiadores Veri, muebles Modelex, chapas Vilarrasa...) coacciones (en Martínez Medina se amenaza con despido a quienes voten al técnico de la candidatura obrera) y hasta pucherazos o intentos de realizarlos (en Macosa se acaban las votaciones muy tarde y no se quiere hacer el recuento). Un grupo de trabajadores decide quedarse toda la noche vigilando las urnas). Pero el caso más original del mantenimiento del asunto "dentro de un orden" ha sido el de Lladró. La empresa Lladró merece esta mención aparte que le dedico porque no se contenta con un orden cualquiera, sino que mantiene en su feudo un orden auténticamente medieval. En su marquesado laboral que se extiende por los pueblos limítrofes (Tabernes, Alboraya, Chirivella) a través de cuatro o cinco fábricas (las dos Lladró, Rosal, Tang, Zafir) "da trabajo" (¿qué más quieren los desgraciados? Padre nuestro...) a más de 2.500 personas, en su mayoría jóvenes. Un grupo de esas jóvenes desagradecidas decide agruparse en una candidatura democrática y se presenta a las compañeras en una asamblea que se hace en el almuerzo. El señor Lladró queda maravillado de la audacia de las jóvenes, ya que el asunto de las elecciones él no lo ha notificado a nadie y si alguien lo sabe en su empresa es que se lo han dicho los comunistas. Llama a las muchachas y las amenaza con el despido si no retiran la candidatura, pues han hecho una cosa gravísima, una reunión ilegal. Las chicas van al Sindicato de Tabernes dispuestas a que este les apoye en la presentación de su candidatura. Y, ¡oh maravilla del orden!, ¡oh sublime acuerdo del Sindicato y la empresa en una voluntad común!, el Sindicato les dice que de candidatura, nada, monadas, y que ya tienen que dar gracias a que el señor Lladró es tan bueno y no les ha querido denunciar a la policía por aquel acto ilegal.

Modelo "Ford-ranchera"

¿Estará aquí el sindicalismo del futuro? Pobrecitos de nosotros, entonces. Pero no lo creo. Porque a Mr. Ford le deben haber dicho que España es una cosa (paraíso laboral) y resulta que es otra. Y él seguramente cree que la Ford es diferente (paraíso de la integración neocapitalista) y nunca ha dejado de ser lo que son todas. Lástima, hombre. Con lo hermoso que sería una inmensa factoría donde se trabajara cantando "¡viva la gente!" con la contagiosa música del "¡que viva mi España!"

Hace poco le preguntaron, en una rueda de prensa, al jefe de personal de la Ford sobre el hecho de que en su factoría de Almusafes hubiera tantas huelgas, hasta el punto de que se les termina una y empiezan otra. "Con gesto de dignidad ofendida. Caballero, en Castilla no hay curvas", que decía Ortega. En la Ford no hay conflictos y esperamos que no los haya, respondió. Ocurren en las compañías arrendatarias.

En la Ford se celebraron las elecciones con toda normalidad, Los chicos de Mr. Ford no se rebajan a quitarle a fulanito su candidatura, o a trapichear con el Sindicato.

Al menos por ahora. Pero el primer toque de atención vino a las inmediatas. Cuando los recién elegidos enlaces, en el uso de sus cuarenta horas legales, dijeron que se iban al Sindicato a consultar una cosa, les hablaron bien claro, en un inglés plenamente españolizado. "Muchachos, de Sindicatos nada. Si tenéis problemas los arreglamos aquí entre nosotros". Por lo visto, Mr. Ford piensa construir una isla que no solo tenga sus propias leyes fiscales (como ya ha ocurrido con los préstamos que ha recibido), sino sus propias leyes laborales. En este sentido es significativo recordar que, en uno de los recientes conflictos que allí hubo, se presentó la Guardia Civil. La dirección de la Ford les hizo retirarse indicándoles que no habían sido llamados. Verdaderamente resulta superfluo llamar a la Guardia Civil cuando existen vigilantes internos armados y con esposas a punto.

Pero no es el caso de la Ford algo tan nuevo. Todas las grandes empresas y complejos industriales tienden a conseguir este aislamiento militarizado, encubierto bajo el velo protector de las ventajas que otorgan (o dicen otorgar). Recuérdese al obrero de la Renault francesa muerto por uno de los vigilantes de la empresa. Sin embargo, es en estas grandes empresas donde la clase obrera está dando con un nuevo sindicalismo, más radical, menos burocratizado. Las experiencias de la Fiat son reveladoras. No digamos nuestra Renault y nuestra Seat. La consigna de Mr. Ford de no ir al Sindicato es de una estupidez de héroe del Oeste. Quizás no sabe Mr. Ford que, donde los obreros se organizan y luchan, ha nacido un sindicato.

Modelo "Odisea 2001"

Entre 1001 y 2001 hay, si las matemáticas no fallan, unos cuantos. Pero, como el lector avisado habrá descubierto enseguida, en el juego de palabras se concreta el reto que tiene ante sí la Organización Sindical. O lanzarse en vuelo espacial (Odisea 2001) hacia un horizonte nuevo, o repetir infatigablemente su propio proceso que llevará parejos continuos procesos de dirigentes sindicales. ¿Por dónde llegaremos al 2001? ¿Mediante una ruptura transformadora que nos ponga en las puertas de un nuevo tipo de sindicalismo, propio de una sociedad avanzada y de una democracia política y social? ¿O a través del 1002, del juicio de los del Ferrol (Pillado; Amador... del 1003, del juicio de los 16 sindicalistas de Valencia; del 1004, de Tranquilino en Carabanchel, del 1005...?

La Organización Sindical no parece haberse dado cuenta del problema y se ha marcado un ritmo de avance que semeja al de la indemnización por despido: un mes por año y nunca sobrepasando los cuatro. Es decir, que partiendo de 1956, por poner una fecha donde algo empieza a cambiar, a lo más que vamos a llegar es a un sindicalismo del 60. Y eso cuando lleguemos. El año 2001 aún nos cogerá en marzo del 58. Me refiero, claro está, al sindicalismo oficial. La lógica del sindicalismo oficial es, nada más y nada menos, la de Zenón de Elea, que tanta tinta ha hecho correr entre los filósofos analíticos. Yo nunca conseguí entender aquello de Aquiles y la tortuga, que tanto emocionara a Wittgenstein y a sus amigos del círculo de Viena, hasta que me lo expli-

có un vocal provincial del Sindicato de Actividades Diversas. La tortuga avanza y Aquiles corre tras ella, me decía el hombre. A usted le parece que enseguida la va a alcanzar, ¿verdad? Pues nada de eso. Como el espacio es infinitamente divisible, a cada zancada, el pobre Aquiles sigue estando a la misma distancia. "Oiga, pero eso es absurdo. Si el tío corre, más pronto o más tarde la cogerá, ¿no?" Tenga calma, amigo mío, me replica el vocal provincial del Sindicato de Actividades Diversas. Se lo explicaré más claro. El espacio sindical es infinitamente divisible. Entonces, aunque la tortuga casi no se mueva y el movimiento obrero dé grandes zancadas, siempre se pueden crear nuevas distancias. ¿Lo entiende ahora?

La cosa está así de clara. Se anuncian las elecciones sindicales y Aquiles se pone a correr para alcanzarlas. Bueno, pues entonces se interpone la ley del silencio. En el Sindicato se deja de saber todo sobre las elecciones. Aquí en Valencia, a los funcionarios se les impuso el secreto de confesión. Se les iba a preguntar y contestaban que tenían orden de no decir nada sobre las elecciones. ¿Habrá que ir al Rastro o a la plaza Redonda para enterarse de las cuestiones sindicales? Pues se fue a la plaza Redonda y se prepararon las elecciones.

La tortuga, entonces, se inventó otras distancias. Escoger y preparar a sus hombres. Aquí fueron las célebres reuniones del Hotel Lido (cinco estrellas) para convencer, con la dialéctica de la langosta y el entrecot, a sus personas de confianza. Allí se les adoctrinaba sobre el sindicalismo vertical (versión Torre de Pisa) y se les animaba a presentarse. Luego vinieron las cartas personales con el tema de la infiltración y la necesidad de contar con hombres honestos. Como decía el anuncio de prensa: "Hombres honestos. Porque los políticos mucho bla, bla, bla y luego no hacen más que meter líos". Tanto esfuerzo para hacer el ridículo. Los hombres "honestos" sufrieron una derrota estrepitosa. En Unión Naval de Levante (Astilleros), con más de 2.000 trabajadores, el presidente de la UTT del Metal, señor Galiana, consiguió tres votos.

En la Madera, uno de los vocales nacionales, Reina, que trabaja en Mocholí, empresa de unos 500 trabajadores, no consiguió ser elegido enlace a pesar de que la propia empresa le hizo la propaganda. Aquiles, en dos zancadas, casi se come a la tortuga en las elecciones. Es decir, en cuanto le han permitido correr un poco.

Entonces, ¿qué? ¿Se hunden las teorías del círculo de Viena y las trincheras de los vocales provinciales y nacionales? Nada de eso, amigo mío. Siempre son posibles nuevas distancias. Recuérdelo bien: el espacio sindical es infinitamente divisible y complicable. Y vamos a complicarlo, faltaría más. Un "test" de la veracidad de lo que me dice mi informador, el vocal provincial del Sindicato de Actividades Diversas, lo tenemos en el freno inmediato que se ha puesto a la actividad que, acto seguido a su elección, han comenzado a desplegar los nuevos representantes. En varias empresas, los enlaces, haciendo uso de las cuarenta horas libres que les concede la ley, se presentaron en Sindicatos a hacer preguntas. "Hombre, no hace falta que vengáis todos. Y solo cuando el asunto sea muy urgente» (a los de Palmero). En Lerival (empresa textil) una de las enlaces dice que se va al Sindicato a arreglar un asunto. Se lo prohíben. "Pues llamemos al Sindicato". Desde allí, una señorita que no quiere identificarse, pero que

dice tener responsabilidad, le da la razón a la empresa. La enlace se presenta por la tarde en los locales sindicales donde los abogados se deshacen en excusas. "Tiene usted razón. Presente un escrito de protesta al presidente de la UTT".

Más grave aún ha sido lo ocurrido en estos días (17 de julio) en la empresa SADE (700 trabajadores), una de las constructoras de la IV Planta Siderúrgica, en el Puerto de Sagunto. Ante unas reivindicaciones que la empresa no atiende se generaliza el paro. Como es habitual, los trabajadores son suspendidos de empleo y sueldo cuatro días, desalojados de la factoría, y hay veinte despidos. Un grupo de los nuevos enlaces, actuando en todo momento al lado de los compañeros, propone celebrar una asamblea en la Delegación del Sindicato. Se celebra la primera. El delegado sindical pretende separar a los enlaces del resto de los compañeros. Estos responden que quieren solucionar el conflicto pero siempre como representantes de los que les han elegido, y piden al Sindicato que tome la misma postura. Como consecuencia, la segunda y tercera asambleas se tienen que celebrar en una iglesia. Actualmente diez enlaces tienen abierto expediente para proceder a su posterior despido, que se añadirá al de los veinte compañeros. Ya tenemos los primeros. ¿Aspira la Organización Sindical a superar su propio récord, la cifra de más de 60.000 representantes obreros expedientados?

Así están las cosas después del triunfo de las candidaturas unitarias y democráticas. Antes de las elecciones muchos representantes no representaban a los trabajadores. Ahora, sí. Pero no tienen la representación del Sindicato. Y no la tienen porque obstáculos interiores la frenan y la bloquean. Grave problema que se debatirá en la segunda vuelta, en el asalto al interior del Sindicato que se presenta a la clase obrera como una cuestión de decisiva importancia. Es de prever que la tortuga complique el espacio de acceso máximo. Otra vez, y con más refinamiento, se guardará silencio hasta última hora, se harán los planes electorales a gusto del consumidor, se rechazarán candidatos. Pero Aquiles apretará la zancada.

Oiga, ¿usted de verdad cree que la tortuga es inalcanzable? Pues, no. La práctica social desmiente las abstracciones mentales, y la lucha del movimiento obrero es capaz de suprimir y conquistar todas las distancias. ¿Y si la tortuga es un tanque? Hombre, cuesta un poco más. ¿Entonces? A la segunda vuelta.

La jornada de lucha del día 12

Artículo publicado en el número 33 de la revista clandestina *Lluita*, portavoz de la organización universitaria del PC, en el que se analizan el desarrollo y resultados de la huelga del 12 de noviembre de 1976, convocada por la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS) en protesta por los recortes laborales y en demanda de libertad sindical.

Para el Sr. Ortí Bordás, subsecretario de Gobernación, no debía ser nuevo defender impávidamente en la TV algo que ni él mismo podía creerse. No hay que olvidar que este mismo señor mantuvo, acabado el SEU, las "Asociaciones Profesionales" cuando el Sindicato Democrático de Estudiantes las había ya borrado del mapa. Dejemos, pues, al Sr. Ortí Bordás con sus cuentas de la lechera, presentadas en esta ocasión con el refinamiento del euro-bunker. La exactitud asombrosa con que se nos daba el número de huelguistas resultaba jocosa.

La realidad de la verdad de la vida, que diría Umbral, fue diferente. Nosotros no necesitamos computadoras manipuladas porque a la vista están algunos datos aplastantes. Solo recordaremos algunos. Ciñéndonos al País Valenciano tenemos, en primer lugar, el paro de las cinco grandes empresas: Astilleros, Macosa, Elcano, Ford y Altos Hornos. Además de esto, en todas y cada una de las ramas de producción secundaron el paro las empresas más relevantes: en artes gráficas, Shark, Fabbri; en cerámica y vidrio, La Cova, Nalda, Lladró, Cedolosa, Pal; en la piel, Segarra; en la madera, las dos de Mocholí y Vilarrasa; en la construcción, los tajos más numerosos (Fuente de San Luis, Politécnica, Campanar); en el textil, Texma y Lois de Benaguacil; en la banca, las centrales de los grandes bancos (Valencia, Banesto); en la sanidad, todos los grandes centros (Clínico, Provincial, La Fe, Psiquiátrico); en el metal, las ya citadas más muchas otras de tipo intermedio (Tusa, Practic, Asa, Ocaña, Cointra, Mariner...). Es decir, todas las empresas tradicionalmente combativas pararon.

Junto a ellas sería interminable hacer un recuento minucioso de la extensión de la huelga. En la construcción paró un 70% de las obras. En la madera, que es el ramo que mejor conozco, contabilizamos más de 150 empresas medianas y pequeñas. Pero aparte este recuento cuantitativo habría que valorar los hechos más significativos. Por ejemplo, el que en Alcoy pararan la mayor parte de las empresas del textil aporta un hecho cualitativamente importante dado que constituyen el eje de la actividad de dicha ciudad. O el cierre de las librerías y algunos kioskos, que contribuía a hacer presente la jornada de lucha en el centro de la ciudad. O el que en el Polígono de Alboraya más de 400 trabajadores (muchos de ellos chicas con sus batas de trabajo) fueran pasando por las puertas de las distintas fábricas improvisando una pequeña asamblea en cada una

de ellas. Había quien estaba ya en paro, otros se adherían entonces, y hubo también empresas que siguieron trabajando sin que mediara ninguna violencia. De una u otra forma todo el Polígono vivió la jornada de lucha. O todavía más y mejor: en el Puerto de Sagunto, donde el peso de las mayores factorías es tan grande, los trabajadores en paro "ocuparon" pacíficamente la ciudad, donde ni siquiera los autobuses funcionaban. Para no hacerme largo, citaré finalmente la importancia que tuvo el cierre de más de cincuenta centros de enseñanza y la disminuida actividad que tuvieron la mayoría.

Ante este panorama, al que habría que añadir lo ocurrido en las demás nacionalidades y regiones del Estado, se puede afirmar sin exageración que la jornada del día 12 ha sido la movilización más importante de la clase obrera en estos 40 últimos años. De este movimiento consciente y con capacidad de intervención social quisiera señalar algunos aspectos.

1) Tan importantes como los paros fueron las asambleas que se celebraron en todos los lugares de trabajo. La misma convocatoria del día 12, a pesar de haberse hecho de la forma más abierta y pública, llegaba a las fábricas con las mil y una interferencias de la represión. Casi más como un ambiente que como una llamada. Y desde luego, nunca como una orden. Las asambleas de fábrica han materializado no solo la respuesta sino la misma convocatoria, al recogerla, discutirla y aceptarla. Creo que esta conciencia de la soberanía de la asamblea no podrá ya suprimirse, ni siquiera cuando las centrales sindicales puedan funcionar con más fluidez y eficacia orgánica. La convocatoria del 12 respondía a una exigencia, a una necesidad objetiva de la clase obrera sentida por miles de trabajadores. Ante las medidas antiobreras tomadas por el Gobierno urgía dar una respuesta.

2) La convocatoria quiere decir, a mi manera de ver, que no solo no son incompatibles el movimiento asambleario y la organización y dirección de las centrales sindicales, sino que mutuamente se necesitan y complementan. Sin esa convocatoria unitaria, dada "desde arriba" pero apreciando correctamente la situación, no habría sido posible el éxito de una jornada extendida tan ampliamente. La existencia de un poderoso movimiento asambleario no sustituye la necesidad de órganos de dirección. La corrección y acierto de sus decisiones no puede quedar bloqueada por un permanente estado de consulta, convirtiendo dichos órganos de dirección en una especie de Instituto Gallup de encuesta. Al contrario, se legitiman precisamente en la asunción o el rechazo que hacen las masas de sus propuestas. No ver esto es confundir, como ya advirtiera Gramsci, la guerra de posiciones con la de movimientos. El "consejismo", con su energía de delegados, es válido, bien en una situación revolucionaria donde se ocupan posiciones en medio de la fragmentación de la estructura social, o bien ya en una situación de transición al socialismo donde se ensaya la autogestión. Pero cuando el tejido social es enormemente compacto y se impone un prolongado avance de movimientos, se requiere estructurar un tejido sindical, con los respectivos centros motores, receptores y emisores.

3) La convocatoria de la COS no era inocente. Esto, lejos de esconderlo o ignorarlo, hay que ponerlo de relieve. Existían unos motivos laborales para protestar por la

política del gobierno Suárez. Pero es evidente que se quería algo más: potenciar las instancias unitarias de la oposición en su lucha por la democracia, y potenciar el peso del movimiento obrero en el seno de dichas instancias. A este respecto es importante recordar que Comisiones siempre se ha concebido como un movimiento socio-político. El planteamiento de Comisiones ha pretendido siempre evitar el aislamiento del movimiento obrero al terreno reivindicativo y laboral. El cambio estructural de la sociedad se juega eminentemente en el escenario político y la clase obrera debe garantizar su propia influencia en el mismo. Hoy, la política más favorable a los intereses de la clase obrera se plantea en la lucha de las instancias unitarias por la democracia. Apoyarlas debe ser un objetivo fundamental de los trabajadores. Más aún, demostrar en el marco de la lucha democrática que es el más fuerte (y la jornada del 12 lo ha demostrado bien claramente) es la mejor forma de situar a la clase obrera como eje del fututo cambio social y político. El que una convocatoria de organizaciones sindicales se convierta en el eje vertebrador de una amplia movilización ciudadana (escuelas universidad, barrios, mercados...) constituye un aspecto francamente positivo, poniendo de manifiesto que la clase obrera, al pronunciarse, es capaz de aglutinar a otras capas y grupos sociales que asumen su proyecto como el más coherente para el conjunto.

4) La jornada del día 12 desmiente una afirmación que, a mi entender, es errónea y francamente peligrosa; lo cual no impide que se repita como una cantinela por grupos de izquierda y actúa sobre los mecanismos más simples y elementales de las masas. Me refiero a la división del movimiento obrero. Continuamente se oyen lamentos sobre la misma, propiciados por noticias de la prensa burguesa que magnifica anécdotas sin relevancia alguna. Creo que nunca la clase obrera había dado una muestra más esplendida de unidad activa y combativa. Cuando solo en el País Valenciano se contabilizan cerca de 150.000 participantes en la jornada de lucha (y más de dos millones en todo el Estado), respondiendo a una convocatoria unitaria y asumiéndola en sus centros de trabajo, tras discusión en asamblea, no se puede hablar tan superficialmente de división en el movimiento obrero. Tengo la impresión que un desmedido afán de protagonismo de algunos grupos se combina con una equivocada concepción de la unidad. La corriente mayoritaria de Comisiones siempre ha defendido una unidad mayor de la que ahora existe. Unidad que será fruto de un proceso de discusión, de acuerdo y de luchas en común. Nosotros pensamos (como hace ya tiempo expresó Nicolás Sartorius en el número 8 de *Zona Abierta*): a) que la unidad se fragua en las asambleas de fábrica donde sin preocupaciones de siglas los trabajadores eligen y deciden; b) que esa unidad del movimiento asambleario debe combinarse con la coordinación de las distintas tendencias sindicales, ya que son estas las que reúnen y agrupan a los trabajadores más conscientes y militantes (de aquí que apoyemos la COS); y c) que las tendencias o corrientes sindicales organizadas (anuladas unitariamente por abajo, en las asambleas, y por arriba en los acuerdos generales) pueden y deben tener vida propia. Primero porque la están teniendo, y no se borra por decreto ninguna realidad. Segundo, porque en el momento en que estamos aportan una riqueza ideo-

lógica y práctica imprescindible en un proceso abierto. Tercero, porque de una forma u otra el futuro Sindicato, si no queremos caer en una nueva dictadura sindical, habrá de tener en su interior una gran fluidez y permitir corrientes con alternativas y propuestas diferentes. De lo contrario solo cabe o el exterminio de los discrepantes o que funcionen sin nombre ni figura, como grupo de presión, lo cual es mucho más nocivo para la unidad...

Comisiones ha decidido convertirse en un Sindicato porque está convencida de que con la afiliación de miles de compañeros los sitúa en un proceso unitario, junto a los demás. La jornada del 12 ha demostrado que ese proceso avanza por la base y a través de su coordinación estructural. El éxito de la jornada del 12 es una confirmación de que se puede avanzar hacia una unidad cada vez más estrecha desde propuestas plurales. La conversión del movimiento de comisiones obreras en un Sindicato se sitúa en el reforzamiento de ese proceso.

El compromís en la lluita dels cristians progressistes

Capítulo del libro *Feixistes, rojos i capellans,* publicado en 1978 en colaboración con Josep Picó.

El procés ascendent del moviment obrer, iniciat amb les vagues d'Astúries del 61 i la solidaritat que aquestes provoquen en distints llocs de l'Estat, arriba al punt més elevat a la meitat dels 60. El fet decisivament important d'aquest moment no és sols l'augment de la conflictivitat, sinó la troballa de la fórmula organitzativa que permetrà als treballadors d'avançar amb més seguretat i capacitat ofensiva. Ens referim, és clar, a les "Comisiones Obreras". Entre el 65 i 66, coincidint amb la negociació d'alguns convenis d'abast provincial, per als quals hom ha elegit "comisiones" d'autèntics representants, hom veu la necessitat de fer permanent aquesta estructura organitzativa. A partir d'aleshores les "Comisiones" esdevenen l'eix d'avanç del moviment obrer i aporten, a més d'una gran capacitat de lluita, una notable originalitat i eficàcia en els seus plantejaments, tot combinant els mitjans legals amb els il·legals i la lluita reivindicativa amb la política i social.

Semblantment, la Universitat esdevé en els anys 65-66 un lloc de lluita antifeixista i per la democràcia. El més destacable d'aquesta etapa, com mostren alguns dels seus principals protagonistes, és que el moviment universitari és capaç de definir clarament els seus objectius i polaritzar entorn d'ells la gran massa d'estudiants. L'existència i implantació de l'avantguarda en aquest temps és molt reduida, en contrast amb la proliferació i dispersió dels anys següents. La lluita contra el SEU i per l'elecció d'autèntics representants és quelcom sentit i que es ve plantejant, amb alts i baixos, des dels enfrontaments del 56. Diem amb alts i baixos perquè, com podem llegir en els informes anuals de la JEC, en ocasions o en determinades Facultats domina la inèrcia i el desinterès, expressat en els ja històrics vots a Sofia Loren, Di Stéfano, etc. El desvetllament del moviment obrer repercuteix en la Universitat, on la necessitat d'un "Sindicato Democrático de Estudiantes" es fa imperiosa i mobilitzadora. De la participació en les Cambres de Facultat hom passa a la impugnació total del SEU i de les AP (Asociaciones Profesionales), un dels fantasmes més extravagants i còmics inventats pel Règim, fins al punt que es veu obligat a retirar-les de la circulació. En un treball arriscat i difícil, que costaria moltes detencions i càrcers, s'arribà a les "Asambleas de Constitución del Sindicato" en les diverses Universitats, la més célebre de les quals és la Caputxinada de Sarrià. A València hom realitza en el 67 1'"Asamblea General del Estado".

Hi ha determinades connexions extrínseques, que no per açò deixen de tenir importància, entre "Comisiones", la lluita universitària i l'Església. Les primeres reunions de "Comisiones" a Madrid tenen lloc en el "Sindicato del Metal", passen al "Cír-

culo M. Mateo" i s'estableixen al "Pozo", on el P. Llanos, com ell diu, "se apunta para siempre". A Barcelona la històrica Assemblea Fundacional s'esdevé a la Parròquia de Sant Medir. A València la primera reunió es celebra al Rat-Penat i per mediació de Tàrrega i Ventura. Després la major part de les grans assemblees es faran en esglésies, especialment en la de Fàtima. Respecte a la lluita universitària hom recordarà, a part de l'Assemblea dels Caputxins, que la manifestació de més de cent capellans davant la Comissaria de Policia de Barcelona, en maig del 66, fou motivada per la repressió contra els líders del "Sindicato Democrático de Estudiantes" i, en concret, per les tortures infringides a un d'ells, Joaquim Boix, que estigué a punt de morir. Aquella manifestació, i la lletra dels 330 capellans bascos de l'any 60, foren els signes més espectaculars de l'enfrontament d'un sector del clericat amb el Règim. Aquest ho comprengué perfectament i respongué amb una campanya furibunda d'insults que en alguns moments arribà a ésser còmica, com quan la TV reposà escenes de la crema de convents del 31 o un escriptor de front arrufat com Ignacio Agustí, els anomenà "bonzos" incordiants en un article que sempre fa gràcia. Entre nosaltres la lluita universitària tingué poca o nul·la repercussió eclesial, no sols per la raó abans apuntada que predominaven els nuclis obreristes, sinó també perquè àdhuc entre aquests no existia una contextura coordinada i amb capacitat de resposta. Eren nuclis per a deixar-se arrossegar allí on eren per les exigències concretes del moment, però, com a conjunt, era un tot desconjuntat i feble.

L'impuls de "Comisiones" es déu a València, abans de tot, als militants del "Partido Comunista". La versió oficial, segellada en el 67 pel "Tribunal Supremo", és que constiuien una organització del propi PC, cosa que és notòriament falsa. "Comisiones" ha estat sempre un moviment obert a tots els treballadors i hi han participat comunistes, independents, cristians sense afiliació política, i fins i tot membres d'altres tendències sindicals. Avui, desaparegudes les barreres de la repressió, hom palpa diàriament aquest caràcter plural amb l'afiliació de centenars de treballadors. El que s'esdevenia sota la Dictadura franquista és que, evidentment, els qui assumien les responsabilitats d'una lluita arriscada eren els comunistes o els militants d'uns altres grups d'avantguarda. A Madrid, per exemple, participaven en "Comisiones" els joves militants d'AST, organització sindicalista nascuda de les "Vanguardias Obreras", mena de JOC dels jesuïtes. A Barcelona, el FOC. Entre nosaltres els únics nuclis obrers de consistència eren els comunistes, que havien patit el 61 i en el 62 dues caigudes de la major part de la seua organització. Açò, i l'endarreriment del nostre desenvolupament industrial, explica que ací hom comence amb un cert retard. Al costat dels militants del PC hem constatat la presència combativa, menys experta, més ingenuament sindicalista, d'antics jocistes pertanyents a la USO. Aquests participen en l'organització de "Comisiones", en pla teòric d'igualtat, tot i ésser veritat que en la pràctica els qui dirigien l'assumpte eren els comunistes, simplement perquè la seua organització els permetia d'acudir a les reunions sabent el que volien, la qual cosa provocava el desconcert dels jocistes que es veien desbordats. Durant tota aquesta primera etapa de "Comisiones" les relacions entre comunistes i el sector cristià procedent de JOC foren normalment

cordials, malgrat que el PC jugava a ésser en l'afer i utilitzava els cristians per a la recerca incansable i exhauridora de locals i ciclostils. Aquesta forma de procedir, si és que tenia quelcom d'incorrecta o si és que era inevitable en circumstàncies molt determinades, era una qüestió que s'havia de dirimir en termes polítics. Açò és el que feren companys esforçats de JOC, comprenent implícitament la necessària divisió del treball i carregant-se la feina que els tocava. Anys més tard, en el 70, plantegen la seua eixida de CCOO per raons de política sindical, és a dir, perquè estimen que la USO ofereix una altra alternativa més vàlida. Una i altra cosa semblen actituds pràctiques proposades en el terreny de les coses concretes.

No es pot dir el mateix de l'actitud del sector cristià procedent de l'HOAC. L'HOAC participa en CCOO, i alguns dels capellans vinculats a aquesta organització demostren un alt grau de compromís amb el moviment obrer (Antoni Andrés és detingut per la policia en el 67). L'honradesa de tots està fora de discussió, corre parella al seu idealisme i entrebanca la seua pràctica. La seua integració a CCOO és reticent, encara que els hoacistes ho anomenen, açò, actitud crítica. D'on prové? Al nostre parer de plantejar el problema polític a un nivell ideològic, cosa que es manifesta de diverses maneres. En primer lloc en un concepte, avui afortunadament superat, però que en aquells temps tingué una gran circulació entre els medis cristians: la "manipulació". El PC, i en general tots els partits, manipulen la gent. Se'n serveixen, la instrumentalitzen i àdhuc l'enganyen per als seus fins. El pitjor és que açò no prové d'una certa susceptibilitat psicològica, perquè es veuen relegats, sinó de dues idees que es repeteixen sistemàticament sense verificació concreta i pràctica, sinó, al contrari, en un nivell d'abstracció absoluta. Així ocorre amb el tan gastat "respecte a la persona". Exactament no es pot perfilar el que aquests cristians volen dir, car el concepte esdevé un tòpic manipulable a gust del consumidor. Qualsevol proposta pot ésser presa llavors com a consigna que ve de dalt i amb la qual hom pretén de llançar el personal a objectius que desconeix. Qualsevol acció pot interpretar-se com un mitjà del PC per a "cremar" gent amb el fi de prestigiar-se. La idea d'"instrumentalització" de les persones es converteix en una obsessió en alguns medis cristians que la veuen darrere de la cosa més innocent. Comprovar si era certa o no, refutar-la i superar-la, només podia fer-se des de la pràctica, com hem vist en uns altres grups procedents de JOC o en la VOJ de Madrid. En un cert sentit els qui s'hi aferraven era perquè temien veure's desbordats per la pràctica i sentien un amagat complex d'inferioritat.

El tema de la "manipulació" no es basa únicament en aquesta idea personalista del respecte a la persona, ans es revestia també d'un extremós radicalisme, igualment abstracte i idealista. L'HOAC d'aquests anys està estretament vinculada a l'editorial ZXY, a través de la influència de Tomás Magalón i de Julián Gómez del Castillo. De la confusió ideològica que caracteritza aquesta editorial, palesa en les seues publicacions, és possible d'extraure una línia insistent i clara: l'anticomunisme i la proclivitat devers un magma indefinit i borrós, d'aparença neoanarquista i antiautoritària. Sens dubte ens sembla molt lícit i respectable que es defensen aquestes idees socials o polítiques, però el que ja no ens sembla tan correcte és que s'identifiquen discutibles

opinions sobre el moviment obrer amb el missatge cristià. Açò és el que, en gran manera, esdevé a l'HOAC de València. La mania de la "manipulació" –acomodador, que em violen!– troba el seu fonament ideológic en aquest antiautoritarisme neoanarquista que hom fa passar per cristià. El cristianisme és una crida a la llibertat total i en aqueix sentit tant pot ésser anarquista com comunista. Quant a compromís amb el progrés de la història cap a l'alliberament de les persones i els pobles és intercanviable amb l'un i amb l'altre, com aquests poden ésser-ho entre si. El problema està en el fet de confondre els plans i davallar al terreny de les opcions polítiques amb una nova impostació clerical, encara que aquesta siga d'esquerres. L'anarquisme antiautoritàri, que defenia ZYX, era tan sols una concreció política discutible de quelcom en què anarquistes, comunistes i cristians estem d'acord, tan d'acord que per això lluitem: l'abolició de l'explotació de l'home per l'home. Aquesta abolició inclou, indubtablement, la desaparició de la diferència entre dirigents i dirigits, però és ja una qüestió dubtosa i opinable si açò conté avui un desacord frontal amb l'esquema leninista d'organització. En tot cas serà una opció política, mai un pressupòsit generalitzable com una d'aquelles "cuatro cosas por las cuales vale la pena dar la vida", segons deia bellament el poeta Paul Eluard. L'HOAC opera amb aquesta confusió, que es tradueix en una pràctica constant de la sospita i la desconfiança, i en una insistència desproporcionada en "conscienciar" abans d'actuar.

Per fi hi ha un tercer nivell en que aquest tipus d'ideologia totalitza la realitat concreta amb conceptes vagues i imprecisos i, per açò mateix, de difícil utilització. Ens referim a la comprensió de la lluita de classes que, naturalment, s'accepta, però amb una mitificació romàntica i maniquea més pròpia del segle XIX que de l'Espanya del desenvolupament. La realitat social es divideix d'una forma esquemàtica en explotadors i explotats, opressors i oprimits, cosa que no deixa d'ésser veritat, per simple que parega, però permet més matisos dels que estan disposats a fer aquests sants barons de l'HOAC. El PC, que és, llavors, l'única força organitzada a València, en el moviment obrer és mirat amb recel per la seua política de pacte per la llibertat. La sospita d'instrumentalització s'eleva al cub d'aquesta manera, ja que qualsevol cosa s'interpreta com una traïció a la classe en benefici de la política d'un partit. Aquest mateix esquema de bons i de dolents es trasllada a l'Església, encapçalant la jerarquia el Leviathan del mal i deixant molt poc espai per a acumular forces progressistes d'oposició, ja que a aquestes se'ls exigeix una difícil puresa. Tot açò comporta molts inconvenients que caldrà apuntar sense per això minusvalorar les aportacions. En l'àmbit cristià aquest radicalisme, que descansava en l'autenticitat de vida (aqueix parell de capellans "porchieri di notte", escombraires, per exemple), suposa una bufada de vida atraient i contagiosa. Per això els capellans i grups d'HOAC tingueren una gran influència en les comunitats cristianes que hom intentava formar. Durant força temps un grup nombrós format per persones de distintes comunitats es reunia cada divendres en la parròquia de Marxalenes per preparar l'homilia del diumenge. Era aquesta una experiència original, ja que hom tractava de rompre la tradició del sermó prefabricat pel capellà en el seu laboratori. D'aquestes reunions sortien algunes de les homilies denúncia més

seriosament elaborades. La seducció de la ideologia, pel seu purisme i radicalitat, atreia també prou joves universitaris cristians. Al voltant de Pepe Bueno, un capellà del grup HOAC, que era al Col·legi Major "Pío XII", es formà un actiu grup de JEC marcat profundament per l'obrerisme i l'afany de proletarització. Aquests xicots, com alguns de les Escuelas Profesionales de San José, que havien passat a treballar a Elcano, s'entusiasmaren amb la ZYX. Muntaven també la seua "paraeta" de llibres de l'editorial en la Plaça Rodona, o vora l'Estacioneta, i hagueren de suportar moltes vegades que la policia la desbaratàs. En els cercles d'estudi s'amaraven d'aquelles idees que mitificaven la condició obrera. L'inevitable Politzer o Pare Astete del grup era un llibret del propi Pepe Bueno, que s'exhaurí. *Cultura Obrera* s'anomenava, i hom ja pot suposar que s'hi abominava dels intel·lectuals i dels llibres i que presumia la possibilitat d'una nova cultura basada en els valors de la classe treballadora: solidaritat, idealisme, menyspreu del poder i la riquesa...

Però si el més positiu que cal apuntar són totes aquestes coses i moltes més, el pitjor no era només el to tristot i transcendent, d'estar jugant-s'ho tot en cada instant, que envoltava el grup. A un podia avorrir-lo la preferència insistent per aquella cançó amb melodia russa que recordava el cor de la manifestació de *El Doctor Zhivago* i que deia "ell era un obrer i per això el mataren". Açò no passava d'anecdòtic. En canvi era més greu el garrotament que la ideologia produïa en els seus seguidors cara a una polititització concreta en les organitzacions polítiques o sindicals de la classe obrera. El PC, ni parlar, maneja, traeix. Els partits que vindran després, tampoc, perquè tot i semblar més radicals també van a la seua. Amb tants d'escarafalls es desgastaren i frenaren moltes forces. La mateixa participació en CCOO no era una integració en aquestes, sinó en el moviment obrer, de manera que es demostrava que no s'havia entés que en CCOO el moviment obrer havia trobat la seua forma organitzativa i de combat més original i potent. De fet, "los cristianos" (com anomenava el PC aquest grup amb evident manca de tacte polític, car bloquejava la seua evolució en posar-los tots en un sac i contradistingir-los dels comunistes), aquest grup de cristians, i no uns altres que es consideraven totalment de CCOO, participaven amb força reticència en el treball superestructural, no en el de base. Açò provocà algun célebre enfrontament, el més famós dels quals fou en una assemblea prèvia a l'u de maig del 68, en què hi hagué de tot: acusacions de covards per no voler participar, i imprecacions als traidors per voler portar la gent a l'escorxador. Aquestes petiteses formen part també del moviment obrer, perquè, lluny de demostrar immaduresa, ens recorden la duresa en què es desenvolupaven les lluites sota la repressió feixista, la seriositat, afany i generositat amb què un grapat d'homes i dones hi participaven. Als salons on es pren el te, mai no puja el to de la veu. Entre companys de la classe treballadora, per darrere de la brusquedat dels mots s'amaga la veritat de la vida. Com diu Miguel Hernández, "aquí no se pelea por un buey desmayado". Uns i altres lluitaren en aquells tibants i fecunds anys del 66 al 68 pel futur que avui nosaltres tenim en les mans.

Fins que caigueren. Era massa. Massa reunions en la semiclandestinitat de les esglésies o en el camp. Massa gent que en les fàbriques començava a conèixer les

CCOO i a prendre consciència de la possibilitat de la lluita. Massa. Molt i insuportable. Intolerable poder dels treballadors que s'atrevien a eixir al carrer i a desafiar la brutalitat de la repressió en aquell 1er de maig de 1967. El "Supremo", en una farsa com la que descriu Costa Gavras en el seu *Tribunal Especial*, declarava il·legals les CCOO. El "Sindicato Vertical", en una operació de terres calcinades, desposseia del seu càrrec milers d'enllaços i jurats pel sol fet d'ésser autèntics representants dels seus companys. I què? No per això deixarien d'existir les CCOO. Seguiren l'activitat, les reunions, els contactes, la preparació dels convenis, les denúncies de les irregularitats empresarials. Fins que un dia el Dictador s'alçà més capriciós que de costum, l'Almirall, més sinistre, el senyor Camilo, més servil, i decidiren que ja estava bé, que calia acabar no sols amb allò, sinó també amb tot el que tingués vida. Entre finals del 68 i inicis del 69 el feixisme emprengué una de les seues operacions més brutals i sistemàtiques de destrucció. En tota Espanya es comptaren per milers i a València arribà a haver-hi al voltant dels 100 detinguts, 36 dels quals passaren al TOP amb petició de penes de deu i quinze anys. Alguns havien estat bàrbarament torturats amb aplicació de corrents elèctrics. Palomares, Llorca, Calero, Rafael Castellote (valencià fins la medul·la, home bo i just, exemple de lluitador incansable), Bataller, Boils, Fondo... els 36 de CCOO, als quals després seguiria un altre grup de les "Juventudes Comunistas", i els millors líders del moviment estudiantil (Castillo, Nácher, Cipriano, Jesús Sanz) i algun advocat laboralista, com ara Vicente Álvarez. Antoni Andrés, que, per la seua condició de capellà, la policia deixà després en llibertat. Dos anys més tard tornarien a ésser detinguts uns altres capellans, que aquesta vegada hom processaria.

Aquella brusca arremesa, que desféu en unes poques "noches de cuchillos largos" el laboriós esforç de mesos, deixà el moviment obrer escapçat. No es tractava només de la pèrdua momentània dels millors dirigents, tot i ésser lamentable en un moment en què una orientació ferma es feia més necessària que mai. Tot aquell cúmul de detencions era símptoma d'una crisi del sistema (recessió econòmica, accentuament de la seua incapacitat política posada de relleu davant les demandes de les masses), crisi multiplicada per la del sistema capitalista mundial, seriosament esgavellat en aquests anys.

> "Reaccionando contra varios años de control de los salarios y del empleo, los obreros franceses imponen una paridad de salarios entre París y las provincias, y una fuerte revalorización del conjunto; la patronal contraataca acelerando la reestructuración de la organización del trabajo que provoca la eliminación de los capitales menos rentables. En Italia, Alemania, Gran Bretaña, Japón, Estados Unidos, los obreros más explotados emprenden batallas que provocan el mismo contrataque patronal. En Indochina el pueblo vietnamita hace fracasar la intervención americana y la extensión de las luchas antiimperialistas ataca los intereses americanos en todas partes; la burguesía americana incrementa la ayuda antiguerrillera para consolidar las oligarquías que aseguran la prosperidad de sus capitales".

Així descriu la conjuntura A. Granou. I E. Arrighi afegeix:

> "Una serie de fases recesivas ha alcanzado sucesivamente a todos los países capitalistas avanzados y desde finales del 67 (devaluación de la esterlina) asistimos a frecuentes e imprevistos brotes de crisis monetarias que culminan dramáticamente en la crisis, no resuelta todavía, del verano pasado (1971)".

En el 68, que és quan es produeixen les ràtzies sarraïnes de la Dictadura franquista, ens trobem en l'espiral d'una crisi general que no sols és del sistema capitalista, ans té la seua versió als països de l'Est (invasió de Txecoslovàquia). Però analitzar una crisi a nivell de les estructures resulta a totes passades insuficient, si hom no fa referència a la lluita de classes. A partir del 68 s'obre un procés d'agudització de la lluita de classes, que es reflecteix de múltiples maneres. Ho veurem immediatament com a final d'aquesta part per així empalmar amb el darrer capítol del llibre. Allí narrarem la història contemporània amb que es tanca el procés que hem tractat de descriure. Tanmateix, abans d'acabar, ens sembla imprescindible de fer un repàs als anys d'auge i creixement que acabem d'historiar d'un altre punt de vista. Hem avançat des dels anys 64 a 68, en dies i mesos de gran intensitat, a través de la base, és a dir, d'aquells grups cristians més sensibles i dinàmics.

.../...

En 1970 comença el compte endarrere de la Dictadura franquista. El sistema munta un espectacular judici a Burgos que es converteix en el seu propi judici. A Burgos, seu del primer Govern i del penal on centenars de lluitadors antifranquistes deixaren 20, 25 anys, i alguns tota la vida. És certament un símbol. El Govern ha tancat files al voltant del Dictador, després d'un dels escàndols més sonats: l'afer "Matesa". Assumptes com aquest n'hi ha hagut molts. Només que no han estat divulgats. El sistema en el seu conjunt ha estat un gran "Matesa" i, això, arriba un moment que ja no té solució. La repressió toca ja el fons. L'Estat d'excepció habitual es veu obligat a decretar estats encara més excepcionals en el 69 i el 70. És impossible ja frenar l'avanç de la llibertat i Burgos significa això: que el Règim no pot transigir, perquè ara més que mai s'assenta sobre la repressió, i també que muntant aquell sagnant "auto de fe" es condemnarà ell mateix. Els acusats s'aixequen el darrer dia per dir en nom de tots els pobles d'Espanya, dels mils i mils que aqueixos dies s'han mobilitzat i eixit al carrer per salvar-los, que la injusticia i el terror té els dies comptats, que ha finit el seu cicle. Franco-stein i l'Home-llop, Franco-pedra, Franco-merda, Franco immortal, allibera'ns Senyor de tot mal, es queda sense corda. L'Home-llop, l'Almirall de les celles hirsutes de senglar, ombriu i taciturn com el Capità Nemo, bucaner com Simbad i amb idees de Popeye, "con ceños como yugos peligrosos", que diría Miguel, la persistent ombra de la nit, enfosqueix. Poques llunes li queden.

L'estiu del 70 torna a la Granada de Federico amb sang. No ha variat el sistema, durant més de 30 anys, les seues raons. Tres obrers moren a trets de la policia en el

carrer. Poc després, Pedro Patiño, treballador de la construcció, que abans d'eixir de casa per repartir unes octavetes sobre la vaga, havia deixat sobre la taula uns versos per a la companya. Els poetes i els obrers moren més, i Pedro era les dues coses, i comunista. Cada conflicte important acaba amb alguna víctima: "Seat", Erandio, Ferrol, Vigo, la "Térmica" de Sant Adrià del Besós.

> "Martes 3 de abril de 1973. Este día murió, murió Manuel Fernández Márquez, obrero. Pero no de cansancio como morimos muchos. Pero no de accidente de trabajo como seguimos muriendo, pero no de hambre y de miedo, como quisieran que nos muriéramos. Murió por gritar que no quería morir por nada, eso, murió por decir que... soy yo y mis compañeros. Murió porque el único argumento de nuestros opresores se le incrustó en el cuerpo. Ese martes, ese 3 de abril teñido de sangre, asesinaron a Manuel Fernández, compañero nuestro".

Cap resum millor de la situació d'aquests anys que aquests mots d'un company de la "Térmica". La repressió deixa en el camí els millors companys, però es veu desbordada per la combativitat del moviment obrer. Del 70 al 73 i 74 tenen lloc les grans lluites que serveixen per a anar donant cohesió organitzativa a la classe obrera (fet que culminarà en l'èxit de les eleccions sindicals del 75 a favor de les candidatures unitàries i democràtiques) i per a convertir els treballadors i el poble en eix de les conquestes democràtiques. En el 70, la construcció de Granada, el metro de Madrid, l'AEG i la Harry Walker de Barcelona; en el 71-72, la Seat; en el 72, el Ferrol; en el 73, Vigo i Pamplona en impressionants vagues generals; el 74, el Baix Llobregat... En desembre del 73 hi ha un altre judici que torna a mobilitzar centenars de treballadors: el 1001. El franquisme deixa ben clar contra qui dirigeix el seu furor: contra la llibertat dels pobles a Burgos, contra l'hegemonia de la classe obrera en el 1001. Casualment el mateix dia del judici, mentre els ultres intentaven entrar en les "Salesas" per agredir Camacho i els seus companys, l'Almirall d'aigües transcendentals deixava aquesta vall de llàgrimes, que ell tant havia contribuit a fer dolorosa per al proïsme. El sistema es quedava sense l'única persona capaç de portar-lo endavant. Les dictadures es basen en els interessos d'una classe social i en algú que sàpiga sostenir l'aparell d'excepció per a defendre'ls.

A València assistim durant aquests anys al mateix esforç de reorganització i d'avanç, que es realitza amb més lentitud i un cert retard. La crisi, que es produeix en el 68-69, s'aguditza en fracassar el primer intent d'engegada a causa de les noves detencions de dirigents de CCOO. Són dos o tres anys de recerca, amb excessives discusions internes de les avantguardes, erupcions momentànies a base de manifestacions llamp al carrer i poc arrelament en les empreses. Els comunistes, massa marcats en el moviment obrer, alternen la seua activitat en els barris, i del 71 al 74 és el temps d'esplendor de les "Asociaciones" de la Malva-rosa, Marítim, i Orriols, que, a la fi, són clausurades pel Governador, Sr. Oltra Moltó, que hom solia anomenar "Ultra i Multó" per les seues idees i per la seua tenacitat i persecució a aplicar-les. El moviment de barris és en aquest temps una mena de lluita de la periferia contra el

centre, i Paco Candel és el Samir Amín de la cosa. A València tenim algú que des de *Las Provincias* s'interessa pel tema, Naranco, que amb breus apunts dóna a conèixer els problemes de la manca d'escoles, zones verdes o punts de llum, i fins i tot parla de les assemblees tingudes al carrer i de les visites a l'Ajuntament. De gairebé tot fins que quelcom es posa un poc perillós i la situació es complica. Llavors Mª Consuelo diu que ja s'ha parlat prou del tema. Però, en fi, aquells apunts de barris foren les primeres llampades dels lleugers canvis haguts en la nostra estimada premsa. Perquè el país canvia, però la imatge que aconsegueix d'ell mateix continua essent mesquina i provincial, pobra i deformada. Els mitjans d'expressió són entre nosaltres instruments de depressió, i si Larra deia que escriure a Espanya era plorar, llegir a València és el desconsol més atroç. Les direccions dels nostres dos periòdics posseeixen el filtre màgic i meravellós per a convertir la realitat en un conte sense gràcia. Capriciosament i sense cap criteri, de sobte començaren a parlar dels barris. Després vingueren les notícies laborals i el "Patio", per a evitar, com deia Fraga de *Le Monde* que haguéssem d'assabentar-nos del que passa a València llegint la premsa de Madrid. Pel que es veu, la modernització de *Las Provincias* resulta avui tan radical per a la seua sots-directora i ama que de tant en tant la compensa amb aqueixos Longs Play (LP) editorials, llarg "rollo" per a posar els punts sobre les is, i diàriament amb les "Cartas al Director". La mitjana de les lletres publicades és com per a acudir al psiquiatra. El tema obsessiu és la defensa de no se sap bé quin valencianisme contra el drac català, que se li ha escapat a Sant Jordi i ve disparat a menjar-nos. Deixem-ho córrer perquè és un problema sense solució i esperem que surta un periòdic. Amb tan poc ja ens conformaríem.

El moviment obrer va reprenent impuls, mal que li pese al silenci. El 72 hi ha alguns conflictes seriosos a Port de Sagunt, a propòsit del tancament de Serra Menera, Alzira (Cartonatges Suñer), i la Vall d'Uixó (Segarra). En gener del 74 és la vaga d'"Astilleros", i a continuació el conveni de la fusta que assolí una àmplia mobilització del ram. A partir d'ací hom pot ja parlar d'un moviment obrer seriosament consolidat organitzativament i amb gran capacitat de lluita. Açò es demostrarà a la llarga del 75 i en les grans mobilitzacions de gener del 76 després de la mort del Dictador. Culminació d'aquest procés és la manifestació del 12 de juliol per l'amnistia i l'Estatut d'Autonomia. El més destacable és que, amb el moviment obrer, s'incorporen a la lluita per la democràcia uns altres sectors socials, ensenyants, professionals, PNNs, metges i ATSs. El moviment de barris decau quant a capacitat d'organització dels veïns, però té accions puntuals destacables (per exemple per a reivindicar protecció del trenet a Benimaclet) i es prefigura com a moviment ciutadà (accions entorn de El Saler i el riu). Àdhuc la burgesia, a través d'algunes persones conegudes, entra en la «Junta Democrática» que es constitueix a mitjan del 74. La 'Junta' ocasiona una certa distorsió, ja que hom venia treballant en la posada en peu de l'Assemblea del País Valencià. Però, estant encara en procés de consolidació les organitzacions de masses i les entitats ciutadanes, l'Assemblea és un ens de representativitats formals i buides, de manera que sembla convenient de consolidar un organisme polític que s'articule amb la lluita per la democràcia a ni-

vell d'Estat. A uns altres els sembla que cal constituir un òrgan de poder a nivell del País Valencià, i creen el Consell. Com es recordarà, "Junta" i Consell s'unificaren en la Taula i aquesta arriba a assumir un protagonisme valuós com a organisme unificador de totes les forces en lluita per la Llibertat, l'Amnistia i l'Estatut d'Autonomia.

Aquest és el resum esquemàtic en què presenciarem l'actuació de l'Església: crisi del sistema, que es caracteritza per l'accentuació folla de la repressió, incapaç de contenir l'avanç de les forces de l'oposició, i consolidació progressiva d'aquestes tant en els moviments de masses com en plataformes de poder, constituïdes en altemativa democràtica. Aquest marc es concreta al País Valencià en un procés de reorganització i d'ascens de la capacitat de lluita de les forces democràtiques i populars que entre el 73 i el 74 demostren ja una sòlida consistència i fermesa. No pot oblidar-se que aquests anys decisius s'insereixen en una crisi general de l'imperialisme. El reajustament de forces que es produeix a nivell mundial aporta, dins una ombrívola perillositat, elements positius. La caiguda de les dictadures de Grècia i Portugal, entre cants de Theodorakis i clavells del poble. El procés xilè, com a esperança d'un socialisme assolit per via democràtica i advertência de la disposició d'USA a feixistitzar el món. I la unitat de socialistes i comunistes a Europa, com a resposta possible a la transformació de les societats avançades i defensa contra al sempre amenaçant cop d'estat de dretes. Tant Xile (amb el naixement de "Cristianos por el Socialismo" que contribueixen poderosament a l'enfortiment de la "Unidad Popular" a través del MAPU i de l'esquerra cristiana) com Itàlia (on els cristians progressistes aïllen les maniobres vaticanes: primer en el referèndum del divorci, després en la seua presentació en candidatures comunistes) serveixen d'exemple i estímul en la vigorització del nostre mateix procés. Tractarem del seu desenvolupament a València recorrent primer el camí de reorganització de les bases cristianes i la seua pugna amb la jerarquia. Analitzarem després l'eixida de la realitat d'aquesta, en una carrera com la d'"aquellos chalados con sus locos cacharros", però sota pal·li, cosa que li afegeix vistositat, i a cop d'hisop i excomunió fins aconseguir ésser un dels búnkers més acabats i perfectes. Finalment tractarem de fer un balanç del que avui pot significar en la història de la llibertat, que passa per l'autonomia del País i porta al socialisme, la presència de grups que continuen mantenint l'esperança cristiana. Possiblement una valuosa aportació.

Consolidació de la base

El Judici de Burgos marca una profunda línia divisòria en l'Església a València. CCOO es proposa celebrar una reunió o assemblea amb representants de diversos sectors de l'oposició democràtica per protestar de l'esmentat judici i reclamar l'amnistia. El fet que fos CCOO qui convocàs aquella reunió demostra que ha estat el moviment obrer el fil conductor de la lluita antifeixista. L'assemblea se celebra en el Col·legi dels jesuites, amb la participació d'unes duescentes persones, entre elles, alguns sacerdots, metges, advocats, ensenyants, etc. Aquest mateix dia són detinguts

alguns membres de la "Coordinadora" del Metall, que havia estat la promotora de l'acte. La policia estava des d'abans de l'estiu sobre la pista de CCOO, que, després de la gran caiguda i després d'haver eixit els principals líders de la presó, estaven intentant la reorganització. Hom havia tingut diverses reunions i amb ocasió de les morts esdevingudes a Granada s'havia fet una gran pamfletada i alguns mítings en diferents obres. Aquest cop, assestat en el mateix moment de començar a assentar-se, retardava força la reorganització del moviment obrer. En aquesta caiguda són detinguts dos sacerdots per als quals el TOP demanava presó preventiva (atenuada amb reclusió durant dos mesos en un col·legi) i la pena de cinc anys. El fet té una certa importància per ésser la primera vegada que ocorre. Representa la confirmació, per a tot un sector cristià, que hom és en una autèntica lluita, ja que l'esdevingut a aquests companys podia haver-li ocorregut a uns altres. I introdueix una connotació que tindrà molta repercussió durant aquests anys: l'oposició que preocupa al Règim, la que aquest persegueix i reprimeix no és la denúncia profètica, per molt que aquesta puga molestar, sinó la lluita en les organitzacions de classe. Doncs, deixem-nos de profetisme i anem a la realitat.

El Judici mobilitza les comunitats, però s'introdueix en sectors d'Església aparentment més de centre. La Junta Diocesana d'Acció Catòlica, on està Ruíz Monrabal (que ha participat en la reunió abans esmentada) exigeix al bisbe Lahiguera una condemna d'aquest atropellament. El mateix s'esdevé en el Presbiteri, on un grup de sacerdots presenta una moció en què es diu, entre altres coses:

> "Un juicio sumarísimo no admite, como es sabido, apelación. La complejidad de los mismos hechos, la gravedad de las penas pedidas, reclamaba que se siguiese la jurisdicción ordinaria, susceptible de mayores matizaciones y recursos. Por ello, fieles a la concepción cristiana del ordenamiento jurídico, nos adherimos a todos aquellos que lo solicitaron: Congreso de Abogados de León, Declaración de los Colegios de Abogados de Barcelona, Madrid, del Colegio de Arquitectos de Barcelona, y en especial a la pastoral de los obispos de Bilbao y San Sebastián".

En el document hom protesta per la campanya calumniosa muntada pel Govern i per la manca de llibertat del poble basc, hom demana que s'aclaresca l'afer de les tortures infligides als detinguts, i hom acaba així:

> "si hemos hecho esta declaración es porque estimamos, como sacerdotes, que debemos participar en las preocupaciones de nuestras comunidades. Sus miembros están viviendo estos días una difícil crisis de conciencia".

En termes semblants, però més clars, s'expressa la "Iglesia Universitaria":

> "El gobernador civil de Guipúzcoa ha dicho: utilizaré al máximo las facultades que me otorga la suspensión de garantías constitucionales a fin de obtener la máxima

> eficacia policial. Nosotros decimos que poniendo como meta la eficacia policial, y cuando las garantías legales han sido suspendidas, se puede llegar demasiado lejos. Más lejos de lo que a una conciencia cristiana le está permitido aprobar".

Aquest comunicat fou distribuit en mà en les parròquies de la ciutat pels equips de l'Església universitària.

En aquests primers anys de reorganització de la base eclesial que va del 70 al 73, després de l'experiència frustrada de la "contestació" que ja hem ressenyat, hi ha tres eixos d'avanç que convé destacar: la "Iglesia Universitaria", la constitució de "Misión Obrera", i la consolidació d'un ampli grup sacerdotal amb una orientació renovadora.

La "Iglesia Universitaria" naix en el curs 68-69 per iniciativa del P. Mosquera, que després se'n va a América. El substitueix García Roca que és el seu vertader impulsor. Pràcticament funciona durant els cursos 69-70 i 70-71, plena de vitalitat i d'iniciatives. En aquest segon curs, amb ocasió del Judici de Burgos, es radicalitzen les seues posicions i el bisbe Pla intervé per canviar l'equip dirigent. És un breu període de dos anys, però del qual hom pot parlar amb el nostàlgic accent que deixen les experiències intenses. En els diversos equips s'agrupaven un poc més de cent universitaris, amb una flexibilitat organitzativa i una agilitat d'enfocaments que contrastaven amb la rigidesa que havia adquirit la JEC i l'arcaisme de l'apostolat universitari. En els equips hom portava un catecumenat (s'utilitzen preferentment el catecisme holandés i la "Introducción al cristianismo", de Ratzinger). Setmanalment hom celebra una Eucaristia, preparada per un dels equips, en què apareixen els temes del moment. I en algun Col·legi Major, especialment el CEM i "Reparadoras" s'ofereixen breus cursos de reflexió teológica (Bonhoeffer, Teologia de la revolució...) o diàlegs oberts sobre qüestions importants: Marcuse i l'home unidimensional, l'atzar i la necessitat de Monod, Freud i la seua crítica a la religió, i, és clar, la confrontació entre marxisme i cristianisme enfocada des d'una pràctica fraternal i concreta com la que ja es donava en la nostra Universitat. Aquest esquema d'actuació possiblement no suscitarà en el lector un interes major que l'acostumat, i com és natural, no es descobrí allí la pedra filosofal. Simplement es dóna resposta d'una manera adequada, no a la Universitat, com pretén la "Iglesia" amb antiquada pedanteria, sinó als universitaris que volien viure la seua fe i participar activament en el moviment i en la lluita. L'articulació dels dos àmbits es plantejava, per primera vegada, amb correcció. L'àmbit de la fe es presentava amb la seua especificitat pròpia, però enriquit amb la materialitat de la història. El compromís amb aquesta es resolia amb total autonomia i d'aquella petita "Iglesia" sortiren militants que avui són al PCE, al PSOE, a BR, alguns d'ells en comites de direcció. Finalment els dos àmbits no defugien entrecreuar-se en aqueix punt tangencial en que, segons diu K. Barth, es toca el cristianisme amb la política i que exigeix manifestacions concretes. Per exemple, prenent postura com a comunitat cristiana davant el Judici de Burgos, però donant a aquesta presa de posició un llenguatge polític. A la fi d'aquest bienni intens, la "Iglesia Universitaria" es desféu, però no la majoria dels compromisos que en els dos plans s'havien pres. Aquest fet és important, car la majo-

ria de les experiències d'aquest tipus finien negant un dels dos pols. Dos anys més tard "Cristianos por el Socialismo" donarà solidesa teològica, i un marc més ampli, a allò que ací s'havia viscut intuïtivament.

En setembre del 71, i a proposta sobretot d'Amargós i de l'equip del "Marítimo", hom celebra la primera reunió de 'Misión Obrera', en el Col·legi de Godella, a la qual assisteixen més d'un centenar de persones de les distintes comunitats cristianes de barris. La recensió de l'activitat de M.O. resultarà inevitablement tòpica, de manera que preferim de destacar el que significa la consolidació d'aquesta plataforma de "Iglesia de los pobres", com s'anomena ella mateixa en un llenguatge místic que potser a alguns lectors resulte pintoresc. Traduesca, "please". Les comunitats cristianes dels barris venien essent una realitat des de finals dels 60, agrupades en els petits nuclis de les parròquies punta o entorn de grups de religiosos o religioses que treballen manualment en fàbriques i viuen, fora del convent, en un pati de veinatge d'Orriols, el Cabanyal o Benicalap... La plataforma de M.O. serveix per a donar cohesió a tots aqueixos esforços isolats. Cohesió a nivell organitzatiu, de tal manera que hom puga donar respostes conjuntes (de l'estil d'assemblees en esglésies amb motiu d'alguna de les morts d'obrers a mans de la policia, homilies de protesta, denúncies, etc.) i cohesió a nivell ideològic de forma que hom vaja donant suport a l'avanç de cada grup amb una teologia o interpretació cristiana adequada. La importància de M.O. pot veure's en el fet que pràcticament tots els grups vius existents la converteixen en el seu punt de referencia. Tenir una imatge i una realitat alternativa a l'Església oficial és decisiu a l'hora d'oferir quelcom, i, de fet, M.O. opera com a pol d'atracció de nous grups que, altrament, haurien d'inventar-se cada volta el salt de l'àngel.

El camí recorregut per M.O. durant tots aquests anys no ha estat exempt de dificultats. Donant per suposades les que la jerarquia ha posat (quina altra cosa havia de fer?), han existit també crisis interiors. Sense arribar a resoldre's a favor d'una o altra tendència (seria absurd imitar en açò la jerarquia i ventilar les qüestions sense més), les contradiccions internes han contribuit a perfilar els objectius comuns. Potser el més clar siga la pretensió de bastir una Església fidel a l'esperit alliberador de l'evangeli i, per tant, compromesa en la lluita dels explotats i oprimits. Una Església sense afany de poder i grandesa, conscient que manté en ella mateixa un impuls d'esperances i somnis, que desitja compartir amb tots aquells qui els encoratgen des d'unes altres perspectives. Així, doncs, sense afanys hegemònics o de protagonisme. Fins ací, tots d'acord. A partir d'ací han existit, i per sort subsisteixen, donant-hi un cert exemple d'antidogmatisme, diverses interpretacions i pràctiques. El compromís amb els pobres i explotats, l'opció de classe, l'esforç per distingir-se netament de l'Església que está a favor de les classes dominants, és interpretat per alguns evangélicament; per uns altres, políticament. Quan les categories d'explotació tenen traducció política s'amplia el cercle als professionals, universitaris, classes mitjanes..., mentre que els "puros" creuen que, encara que açò siga vàlid políticament, l'Església ha de mantenir el radicalisme del compromís amb els més pobres. Quelcom semblant s'esdevé quan hom tracta d'interpretar la segona tesi: una Església sense poder, servidora i no con-

queridora de la història. També ací els qui tenen més influències del pensament marxista opinen que no es pot renunciar idealísticament al poder i que si l'Església, de fet, té una influència i un pes social cal utilitzar-lo per a compensar el de les classes dominants, que certament es valen de l'Església. Aquesta postura troba múltiples ocasions d'ésser polemitzada. Per exemple, en un cas com les detencions de membres de CCOO, el procés 1001, la participació en l'Assemblea del País Valencià o el suport a la Junta Democràtica, els "políticos" pensen que cal utilitzar el nom de l'Església per a donar el seu ajut a una campanya política concreta, mentre que els "puros" defensen que si hom parla com a Església cal mantenir-se en termes més generals i no utilitzar el mateix sistema que la jerarquia fent ara política d'esquerres.

Una altra diferència interessant l'ofereix la relació que aquesta "Iglesia de los pobres" ha de tenir amb l'Església oficial. Descartada la idea dels marginalistes absoluts, que pensen que cal prescindir totalment de la institució i crear una nova església (diem descartada perquè gairebé tots veuen la inviabilitat sociològica d'aquest projecte), la dialèctica entre els dos pols es matisa de diverses maneres. Com pot suposar-se els "políticos" defensen la necessitat d'atraure's sectors progressistes i àdhuc ajudar la jerarquia amb iniciatives reformistes, mentre que els "puros" mantenen una postura intransigent de denúncia. Si la primera pot introduir excessives condescendències, la segona s'aïlla en un avantguardisme d'illots forgians.

Podríem seguir exposant algunes antinòmies que acompanyen el progressiu aclariment de M.O. L'aportació de "Cristianos por el Socialismo" és decisiva en aquest sentit i en parlarem en el seu moment (1973, "Congreso de Ávila"). En tot cas, les antinòmies exposades les hem extremat perquè poguessen percebre's els contrasts, encara que en realitat, llevat de casos rars, hi ha una frontera movedissa. Els "políticos" conceben la seua fe en Jesús de Natzaret com una reserva crítica i revulsiva contra la possible ampliació política del concepte d'explotat que relegue els verdaderament pobres. Els "puros" eviten el llenguatge polític, però mai no parlen en abstracte. La coincidència s'anomena per ara M.O. i és un grup seriós i esforçat. D'açò no hi ha cap mena de dubte.

El tercer aspecte que hem assenyalat en el terreny de la reorganització de les bases cristianes es referia als capellans progressistes. Després de l'experiència de la trobada contestatària, que serveix de ben poc, hom veu la necessitat de mantenir una coordinació entre els sacerdots més inquiets, obrint el cercle al qui vulga participar-hi. Aquest grup de capellans ha oscil·lat al voltant dels 40, arribant a més de 100 en moments d'accions més sentides (lletra al Nunci per a protestar del possible regal celestial de Guerra Campos). És difícil de seguir els seus passos degut a les seues ocasionals "guadianas". En els darrers anys s'ha consolidat i eixamplat. Algunes de les accions que a continuació esmentarem procedeixen d'aquest grup, amb més fe que l'Alcoià. Al cap i a la fi, creure que es pot guanyar amb deu gols en contra és més fácil que pensar que hom pot superar vint segles.

.../...

La nova Església no es fa per contraposició a la vella més que en els casos extrems en que és necessari palesar la lluita ideològica. L'important, però, es afirmar la novetat amb els fets. Els esquematitzarem en tres fronts.

El primer, específicament cristià, encara que per a les comunitats de base lo cristià sempre tinga un caràcter polític i alliberador. Són, per exemple, les assemblees en esglésies per a commemorar l'u de Maig, per a recordar algun company mort en la lluita (des d'allò de Granada fins a la mort de Normi Menchaca, gairebé en cada ocasió hi ha un funeral que és un crit de protesta), per a exigir les llibertats i amb aquest motiu adherir-se als organismes unitaris de l'oposició democràtica, o per solidaritzar-se amb els companys perseguits (davant el judici dels 16 sindicalistes valencians, entre els quals hi havia dos capellans, les comunitats desplegaren una gran mobilització). En aquesta línia específica d'Església caldria senyalar també la declaració sobre les eleccions en la qual es reclamava el pluralisme i es recomanava votar els partits obrers, socialistes i comunistes. D'aquesta declaració es va fer una tirada de 30.000 exemplars i es va repartir en mà a quasi totes les parròquies. Convindria citar també la tasca de Justícia i Pau davant les eleccions en el mateix sentit, i el treball que ja venia realitzant (campanya pels drets humans, amb una magnífica declaració sobre l'especificitat del País Valencià).

Un segon nivell, intermedi entre l'específicament cristià i el polític, seria el de col·laboració i ajuda al moviment obrer i popular. Les antigues reunions clandestines es converteixen, en els tres últims anys, en quelcom habitual. En els salesians es celebren dos i tres reunions setmanals, en els jesuïtes es presenten en públic per primera vegada la Junta Democràtica, Comissions i els partits prohibits. Durant les eleccions sindicals del 75 la ESPO, patrocinada pel col·legi de Sant Josep, serveix de cobertura a la campanya de Comissions Obreres. El més important, però, en aquest aspecte és que presten llur col·laboració sectors no considerats fins aleshores com a progressistes, per exemple les parròquies del Pilar i Sant Martí. En aquesta última es fan diverses tancades de fàbriques en lluita i la policia entra en el temple, contra l'expressa voluntat del rector, mentre es celebra una assemblea del Metall, i la dissol en la forma acostumada (amb la taxa de ferits que li sembla normal al Ministre de la Governació).

Per fi, en un tercer nivell caldria senyalar la participació directa en la lluita social i política. Com és lògic, és impossible conèixer el nombre de cristians que militen en partits comunistes i socialistes; sí que és possible, però, constatar que en les comunitats cristianes ha desaparegut el prejudici, d'origen idealista i fixació obrerista, davant el marxisme i el comunisme. Per a arribar-hi, ha contribuit enormement el moviment de "cristians pel socialisme". Com és conegut, CPS formalitza la seva existencia en el moment de la Unitat Popular xilena i contribueix poderosament a fer que els cristians s'integren i participen amb ella, desbloquejant llurs prejudicis anticomunistes. En Espanya la reunió constitutiva de CPS es celebra prop de Barcelona en 1973 (assemblea d'Àvila) i hi assisteix una representació del País Valencià. Després s'ha participat en diverses reunions i en la segona assemblea de l'Estat (assemblea de Burgos, celebrada a Cornellà en 1975.). L'assemblea constitutiva de CPS en el País Valencià es fa a Gode-

lleta (Benidorm 74). Per a CPS, com diu un dels seus inspiradors, G. Girardi, l'objectiu del cristianisme no és l'evangelització sinó la lliberació, i aquesta es realitza en la lluita organitzada del poble. Aquest objectiu s'articula en una triple direcció: és necessari reformular la fe cristiana des de la lluita de classes i el compromís amb els explotats –és necessari desbloquejar les masses cristianes del prejudici anticomunista i impulsar-les a la militància en les organitzacions polítiques del proletariat–, és necessari portar la lluita de classes a l'interior de l'Església, reclamant en ella un espai plural en el qual hi càpiguen les opcions marxistes.

A València, CPS té una bona acollida entre grups universitaris i opera com a revulsiu en les comunitats de Missió Obrera. Succeeix un fenomen curiós pel que fa al cas. Com que el grup impulsor a València el constitueixen militants del PC i BR, es produeix un primer moviment de retop, ja que es pensa, una vegada més, en la instrumentalització dels partits polítics. Tanmateix, els plantejaments de CPS són tan clars i coherents, i llur insistència en la distinció de plans (el cristianisme com a fet alliberador concreta llur compromís polític autònomament i pluralment dintre les organitzacions obreres i populars) es repeteix tant, i, sobretot, representa un corrent tan fort i imparable, que les comunitats es veuen obligades a donar passades decisives en la qüestió política. Després de CPS ja no es pot parlar com abans. Existeixen grups cristians amb persones que han optat per plantejaments "autònoms", amb una marcada preferència per l'organització de la classe sobre la direcció del partit leninista (vgr. integrades en el grup "Liberación"). Com n'hi ha en USO, Comissions o UGT, en associacions de veins, en BR, en el PC, el PSPV, la OIC o qualsevol altre grup. Es roman, però, en funció d'una anàlisi política i mai no moguts per l'idealisme abstracte que porta a allò que sembla més radical. D'aquesta manera s'ha donat el salt en la necessària clarificació política dels cristians.

La crisi orgànica del moviment obrer (balanç de tres anys de legalitat)

Artículo publicado en el número 1 de la revista *Trellat,* de crítica cultural y política, en la "primavera de 1980", poco despues de que UGT y la patronal CEOE hicieran público el primer gran pacto social de la democracia, el Acuerdo Marco Interconfederal (AMI), cuya aplicación aisló temporalmente a CCOO, generando graves enfrentamientos entre las dos principales organizaciones sindicales.

Escriure unes notes sobre el moviment obrer en una situació com l'actual resuta particularment arriscat. Hi ha moltes coses encara en l'aire (conseqüències de l'acord-marc, possibilitats de recomposició de la unitat sindical, properes eleccions, per citar-ne sols les de caràcter sindical) i en una publicació trimestral corre el perill de quedar fora de joc amb quatre generalitats. Així, el millor que es pot fer, no tant per amor a l'ortodoxia com a l'actualitat, em semla que es remetre el lector als documents i pronunciaments que van fent-se amb els dies i els esdeveniments. La discreta pretensió d'aquest paper és presentar algunes reflexions sobre un aspecte des del qual poden contemplar-se totes les altres qüestions amb un altre angle de visió.

1. Introducció: unes bases fermes

L'abril proper es compliran els tres anys de la legalització de les centrals sindicals. És un temps suficient, tot i que no excessivament ampli, per analitzar-ne la trajectòria. És evident que amb la legalització s'obria una nova etapa una de les característiques principals de la qual havia de ser l'enfortiment orgànic del moviment sindical. S'ha aconseguit això o més aviat apunta una perillosa crisi?

Encara que siga amb una definició amb contrapunt, podem recordar ací les paruules de Gramsci sobre la crisi orgànica: és aqueixa on "els partits tradicionals, amb la forma d'organització que presenten, amb els homes que els constitueixen, representen i dirigeixen, no són ja reconeguts com a expressió pròpia de llur classe o d'una fracció d'aquesta". Gramsci s'hi refereix als partits burgesos en el moment de la crisi orgànica que propicia el naiximent del partit feixista com a forma de regrupament i resolució d'aquella. En el nostre cas, la situació i l'objecte són del tot diversos, però la definició gramsciana assenyala allò que caldria entendre com a caràcter orgànic del moviment sindical.

a) Alçar el sindicat

Sota el franquismme, la classe obrera no té una representació escaient, donat el carácter feixista del sindicat vertical i la configuracio antidemocràtica de la societat. Les formes de què va dotant-se el moviment obrer, amb un esforç heroic i sostingut, van guanyant consistència en les Comissions Obreres, amb les quals arriba a identificar-se, en les gran lluites de masses dels darrers anys, no tant sols una avantguarda, sinó el conjunt del moviment. Em sembla il·lustratiu recordar com en el moment en què la transició era ja imminent, el fluix ascendent de les lluites fa crèixer el sector minoritari i avantguardista de CCOO en el miratge de proposar una mena de moviment consellista. El fet és simptomàtic. Proposar el consellisme en aquells moments suposava, no tant sols la ruptura democrática, sinó la revolucionària. Al contrari, la previsió del trencament exigia organitzar el moviment sindicalment i començar el procés d'identificació orgànica de la classe amb la seua representació. La prova que el moment demanava això és que UGT, que començava llavors la seua presentació en societat, va capitaltzar una certa afiliació i CCOO, dubta però, finalment, dirigida pel seu sector majoritari així ho entén, es converteix en Confederació Sindical i es llança a un agosarat procés d'afiliació, obertura de locals, organització de les seues estructures, etc.

b) Articular-lo amb el moviment: les eleccions

Amb això es fa el primer pas cap a la comprensió pràctica de la nova situació i, més en concret, cap a la consolidació de l'organicitat. Cal aclarar que de l'organicitat, l'organització no n'és més que una condició entre altres. Pot haver-hi una perfecta organització sindical sense que aquesta siga una representació orgànica de la classe per manca d'identificació entre ambdues. Aquest primer pas es completa amb les eleccions sindicals, on els sindicats demostren per primera vegada, en les condicions adverses que imposa UCD, la seua capacitat autònoma de representació i organització de la classe. Les eleccions constitueixen un triomf no sols per la victòria de les candidatures de CCOO i UGT, la primera sobretot, sinó perquè es fan per iniciativa seua, demostrant així la seua implantació i convocatòria. Però les eleccions tenen un altra virtualitat important en la línia que venim assenyalant. Cal subratllar que, gràcies que CCOO imposa el seu criteri, són eleccions a delegats i comités d'empresa, fet rellevant perquè des del primer moment obliga a fondre la representació del conjunt dels treballadors amb el moviment sindical. Convé tenir-ho em compte, perquè entre els diversos disbarats que u ha de sentir o llegir figura que CCOO, amb la seua defensa dels comités, recolza una mena de corporativisme. Aquesta lectura de la història cap arrere (tal vegada en Redondo recorda els jurats mixtos de la Dictadura de Primo de Rivera, als quals participà UGT) és incompatible amb una de les experiències sindicals més avançades i afermades, com és ara la italiana, on la CGIL es defineix, justament, com a Sindicat de Consells o Comités d'empresa. El caràcter orgànic indiscutible del sindicalisme italià, és a dir, la seua capacitat de representar la classe i la identificació d'aquesta amb aquell, es déu no

sols a una elevada afiliació, sinó a la representció que el sindicats, de manera unitària i a través de les tres grans centrals, fan del conjunt del moviment. Al nostre país, les eleccions sindicals, forçades per CCOO al primer moment d'assentament dels sindicats, intenten articular la representació del moviment, vigorós i combatiu, amb l'estructura sindical. En aquest sentit pot dir-se que durant tot el 78 i fins la meitat del 79, CCOO arrossega la UGT a la unitat d'acció. Perquè una cosa és evident: o la dialèctica unitària dels comités espenta cap a formes unitàries al nivell sindical o la divisió sindical farà dels comités òrgans morts o corporatius. CCOO ha optat per allò primer com a única forma, perquè la representació orgànica de la classe obrera s'articule. I en són exemple aqueixes assemblees de delegats convocades sovint pels sindicats de branca i el Parc de Natzaret o el Teatre Princesa plens de gom a gom. En temps de desencís és tal vegada l'únic exemple de constància de la base.

2. Els diferents nivells de representació

El que fins ara s'ha dit, que sembla que ha de ser valorat positivament, fou tant sols un primer moment de la recuperació del caràcter orgànic del moviment sindical. Existeixen, a més, d'altres aspectes que mereixen una consideracio més crítica. No n'hi havia prou amb l'articulació de l'organització sindical i el conjunt del moviment per tal que es produís una identificació estable entre activitat sindical i la classe obrera. Cal que l'activitat sindical es legitime a l'interior de les empreses com a representació adequada i alhora que guanye un espai afermat d'intervenció en la societat civil. És imprescindible, així mateix, perquè es tracta de representar la classe dominada en una societat capitalista i d'explotació per a mantenir i dirigir el combat obrer. I finalment, com a conseqüència de tot això, cal que el moviment obrer recupere en el moviment sindical no tant sols una tàctica o estratègia sinó tota una tradició, una història, una cultura i un marc ideal de valors que són el seu patrimoni i sense els quals deixa de tenir sentit. Diré un parell de coses sobre com s'han anat desenvolupant aquestes qüestions en els tres darrers anys.

3. La representació a les empreses

a) L'afiliació

Al si de les fàbriques pot dir-se que la identificació amb el Sindicat es produeix en un ampli sector que coincideix més o menys amb els delegats, tot i que el nivell de molts d'ells no siga l'ideal. En línies generals, el delegats, malgrat la gent que s'ho deixa i que molts d'ells es "cremen", són una massa fidel, esforçada, constant. La resta, com diu el poeta, és silenci. Això no obstant, la massa d'afiliats s'ha regularitzat després del relatiu "boom" d'adscripcions que hi hagué durant el 77. Pel que fa a CCOO del PV, es manté en una xifra satisfactòria de cotitzants: una mitjana de 75.000 que suposen

probablement els 100.000 afiliats. És cert que l'afiliació globalment considerada –les tres centrals sindicals i el nombre total d'assalariats– és molt baixa en comparació amb altres països europeus, però també ho va ser als moments de màxima eufòria. Aquest és un altre problema, anterior al desencís. Allò que jo volia dir és que la massa d'afiliats no és tan pessimista i decreixent com de vegades vol donar-se a entendre. Sense cap mena de dubte, això es deu a l'esforç militant de centenars de quadros mitjans que, per molt que ens en queixem, s'aguanten i aguanten el Sindicat. Tanmateix, les xifres tenen una vàlua, però també enganyen. Per exemple, els sindicats italians tenen el 15% de jubilats, mentre que nosalrtres no arribem ni a l'1%. D'altra banda, en le xifres totals d'assalariats s'inclouen tallers i fàbriques pràcticament introbables. Etcètera. El problema no és la quantitat, una volta s'ha arribat a un nivell mitjà, sinó un altre que apareix fins i tot en branques i empreses d'alta afiliació. L'activitat sindical: heus ací allò que dona carácter orgànic al sindicat en l'empresa.

b) L'activitat sindical

Simplificant, pot dir-se que hi ha tres eixos fonamentals d'activitat: el legalista, la negociació de convenis i els expedients de crisi. Aquest darrer és una veritable sagnia, una activitat sindical *in articulo mortis,* car augmenten de manera imparable i és estrany el que pot salvar-se. La negociació de convenis, de branca o sector, és una excellent ocasió que s'aprofita per remoure les empreses amb assemblees i continua informació. L'activitat guanya tibantor amb la lluita. Tanmateix és una ocasió puntual. Així, doncs, l'acció sindical quotidiana es mou majoritàriament per l'eix legalista.

Sovint s'ha discutit entre nosaltres la manera de superar aquest *impasse* que tant de mal fa al sindicat, impedint que arribe a tenir una activitat autònoma i pròpia. El legalisme és herència del franquisme en un doble sentit. D'una banda, el franquisme acostumà els empresaris a la trampa, a no respectar ni tant sols la llei. D'altra, dugué als treballadors a fer ús de l'unic canal que estava permés. Cal suposar que ambdues motivacions deixaran de tenir sentit i que arribarà el moment en què comprovar si la nòmina es troba en ordre tindrà la mateixa importància que la comprovació del rebut de la llum. Ara allò que passa és que el legalisme ès també herència d'una activitat sindical, en d'altres temps avançada puix que servia per lligar-se als treballadors, que avui ha esdevingut un recurs fàcil quan no se sap o no es pot donar una resposta sindical. I com que en les circumstàncies actuals això sovinteja, en nombroses ocasions ens trobem nosaltres mateixos petjant la trampa que denunciem.

c) El poder contractual

No he de ser tan ingenu o pedant com per a donar solucions màgiques. Tant CCOO com UGT tenen molt clar que cal consolidar les seccions sindicals, formar i recolzar els quadres d'empresa. Perquè, certament, on hi ha bons sindicalistes, la cosa funciona. Sobre l'experiència d'aquests sindicalistes vull apuntar una qüestió que, com a òbvia, molt sovint s'oblida. El problema de l'activitat sindical a les empreses i que el sindicat hi arribe a ser un marc obligat de referència amb el qual els

treballadors s'identifiquen, o dit amb el llenguatge de què venim fent ús, el problema que el sindicat a l'empresa esdevinga la representació orgànica acceptada col·lectivament, no es centra tant sols en el reconeiximent legal de les seccions sindicals o en la lluita reivindicativa superant la llei, ans a crear una espècie de legalitat sindical. Entre ambdòs pols, allò que hi ha en joc és la mateixa entitat del sindicat. Perquè, com se sap, en la dinàmica social sempre funciona un sobreentés respecte de la correlació de forces existent. Sense aqueix sobreentés acceptat no es pot rutllar, puix això significaría caure en un conflicte permanent. Si per a cada cosa el poder contractual del sindicat no és capaç de fer veure el seu pes implícit sense haver de fer ús, bé de la lluita oberta bé de la llei, la confiança en el sindicat mai no acabarà d'assentar-se. El recurs a la llei és palés que no reforça el sindicat no tan sols perquè transfereix la resolució a una altra instància (que a més a més no resol res), sinó perquè aleshores el sindicat es vist com un organisme de mediació i, per tant, com una entitat separada de la classe. El recurs continu a la lluita oberta, a banda que és impossible i condueix a un desgast permanent que sols arrossega els més valents, porta a una situació –per molt que no s'ho creguen els ardents defensors de la tensió permanent–, en què creix la convicció que el sindicat no existeix. Quan insistim continuament que cal lluitar perquè el sindicat som tots la deducció escaient és que aleshores no hi ha sindicat. No voldria ser mal entés, però el sindicat o és una condensació de poder estable o és impossible que esdevinga representació orgànica de la classe. Els grans sindicats alemanys, per exemple, representen una condensació tal de poder que l'equilibri de forces a què s'ha arribat és un equilibri sense conflictes. La correlació de forces està fins a tal punt mesurada, estudiada i sospesada, que mai no es pretén sobrepassar i es resol amb mútues concessions. Ara, evidentment no és aquest el nostre cas. Ací el sindicat pràcticament no existeix com a poder contractual a les empreses.

La condensació de poder contractual no ha estat mai, ni ho serà la seua ampliació, un fruit gratuït, sinó el resultat d'una condensació quantitatitva de petites i continues bregues que, en moments determinats, saltarà qualitativament a lluites més fortes i profundes. L'articulació d'ambdós nivells és el que fa progressivament que el sostre es trenque i la frontera vaja avant. Llavors, l'espai de la legalitat sindical s'eixampla. Com pot veure's, el que es proposa no és la renúncia a la lluita, car sense la lluita no hi ha poder contractual sinó tant sols un reconeiximent legal otorgat que serveix de ben poc. Del que es tracta és de capitalitzar la lluita d'empresa per assentar l'espai de representació. Per això no semblarà decebedor a qui estiga d'acord amb que allò important ara és avançar en aquesta línia de consolidació sindical que afirme que cal procedir de manera modesta i imaginativa. Molt apegats a terra, com ho ferem en d'altres temps. Tan important és saber resistir durament quan hi ha forces i possibilitars per fer-ho com buscar les escletxes que donen triomfs fàcils i de prestigi. Tan decisiu és que el Sindicat o el Comité siguen temuts com respectats. Perquè tan sols amb la temor s'aguditza el contraatac i mai no s'estabilitzen les relacions de forces. El Sindicat, en altre cas, no s'assentarà mai com a representació orgánica, font de cohessió de la classe.

4. Els intents de representació d'abast general

L'anàlisi anterior restaria incompleta si, com hem dit d'entrada, el sindicat no demostrara fora de l'empresa la seua capacitar de representació i influència social. En aquest àmbit crec que el que s'ha aconseguit és major que el que s'ha guanyat a les empreses, on –amb escadusseres excepcions– som a zero. La presència en àmbit general és decisiva per a augmentar i qualificar el pes a les empreses, raó per la qual no és tan negre el panorama com podría deduir-se de l'apartat precedent, tot i que no és tampoc massa afalagador.

a) Davant de la crisi i l'atur

Pel que fa a CCOO –puix que UGT es trobava totalment difuminada i sense perspectives pròpies fins a l'Acord Marc–, és ben sabut que el seu I Congrés proposà un pla de solidaritat nacional contra la crisi i l'atur. Aquesta idea es presenta reiterativament i continua essent l'eix fonamental de la seua estratègia sindical. Si és aquest el problema més angoixant, una solució que plantege una remodelació econòmica i en la qual vaja implícit un avanç de les posicions de la classe obrera, no sembla en principi una idea gens desdenyable o destrellatada. O s'accepta això o caldrà asumir la teoría, cada dia menys creïble, de l'esfondrament del capitalisme. Però aquestes il·lusions palengenèsiques estan francament desacreditades, cosa que no és obstacle perquè continúen essent defensades. Entenc que les posicions de resistència obrera enfront de la crisi tenen sentit com a tàctica dura, que tensa forces, davant del perill d'una excessiva confiança en les possibilitats d'uns acords. Però, com a estratègia, és profundament disgregadora. Resistència, per a què? A mi sols se m'acudeix que per agreujar les contradiccions del sistema, cosa que en un moment de crisi molt fonda el que agreuja és l'atur, les tancades d'empreses, el tancament de rengles del gran capital i la seua reestruturació salvatge. O potser resistència per a culminar també en algun tipus d'acords. En aquest cas, som a les mateixes, diem el mateix. Llavors caldrà entendre que s'ataquen i desvaloritzen determinats pactes com els de la Moncloa perquè no es té una visió de conjunt del procés social i no es reconeix que si hom hi ha arribat és per una determinada acumulació de forces de la classe obrera. És tan palès aquest argument, que els cabuts objectors dels pactes, quan la cosa es planteja, es veuen en la obligació de fer fum i tornar al principi, és a dir, tornen a contar-nos allò que tot pacte afavoreix el sistema, amb la qual cosa sempre estem mossegant-nos la cua. Cal resistir. De vegades, aquells qui més consideracions tenen amb la lògica arguementen que "aqueixos" pactes són roïns pel seu contingut insuficient i pobre. Però allò curiós es que si s'analitzen les seues propostes alternatives resulta que u es troba o bé amb que es tracta d'ampliacions com tigres de paper (en lloc d'inversió pública escriuen nacionalitzacions) molt més irrealitzables que les que ells critiquen precisament per la impossibilitat de dur-les a la pràctica. O bé ens trobem amb un programa socialista ben amanit, respete del qual evidentment, ja no cal pactar.

M'he detingut en una consideració excesiva de les positures crítiques perquè si els perills del pacte rauen en un consens desmobilitzador, també cal advertir i reconèixer que el dissens com a actitud permanent i sense institucionalització dels seus guanys, produeix desagregació. I aquest és precisament el pitjor dels mals que poden caure al damunt a un moviment obrer amb necessitat de revalidar i assentar el seu espai en la societat civil.

b) Els Pactes de la Moncloa

En aquest sentit, pense que els Pactes de la Moncloa foren una iniciativa valenta i valuosa adreçada a capitalitzar pel moviment obrer el paper decisiu que aquest havia jugat en la transició democràtica. Avui hi ha a CCOO un cert complex de pactes i, en contrast amb la valenta defensa que se'n féu al seu dia, hom ha passat a una vergonyant i tímida argumentació. Calien, per aconseguir la Constitució, es diu. Crec que els pactes anaven molt més enllà en la línia que he apuntat i que, cas d'haver-se acomplit i desenvolupat, el moviment obrer hauria resolt d'una forma avançada la seua amenaçant crisi orgànica. És a dir, no sols hauria obert una via de solució a la crisi econòmica, sinó que hauria consolidat el seu espai d'intervenció, sense el qual ja hem vist que la cosa no marxa a les empreses. Avui, quan la crisi econòmica s'ha agreujat i la UCD ha optat amb el PEG (Pla Econòmic del Govern) pel programa del gran capital, la majoria dels crítics seriosos reconeixen que fins i tot els aspectes negatius no ho eren tant. Quina importància havia de tenir, excepte en una visió economicista, la pèrdua de dos punts en el poder adquisitiu a la vista de l'alternativa entre una reestructuració mínimament racional, com es proposava als pactes, i una reestructuració salvatge com la que patrocina el PEG? Un Ludolfo Paramio, per exemple, crític mordaç i intel·ligent dels pactes, ha traçat després (*Zona Abierta,* núm. 16) un programa d'actuació de l'esquerra que se'ls assembla. És cert que existeix una polèmica entorn de les possibles alternatives de l'esquerra, tipificada, per exemple, en les posicions contraposades de Mandel i Aglietta, polèmica que si és cert que demostra les dificultats de les propostes d'eixida de la crisi, contrasta amb les simplificacions de beceroles amb què els representants radicals avorreixen, cansen, irriten i confonen la gent. "Ni tan lejos, ni tan alto. Más hondo, la repetición incansable de lo mismo", que deia Juan Ramón Jiménez. Poesia pura, política pura. La foscor impenetrable on ens embolica un crític que intenta no simplificar les coses (veure Fernández Buey a *Mientras tanto,* núm. 1) és realment simptomàtica i alarmant. La tenebra mística de la revolució.

c) La interpretació dretana

Això clar, jo assenyalaria en els Pactes de la Moncloa dos greus errors des de la perspectiva on ens hem situat en aquest article. Un d'aquest s'ha anat corregint en els darrers mesos i és la impregnació dretana que es dona a posicions objectiament correctes. Mentre que escric aquestes notes, Santiago Carrillo insisteix pesadament en els seus discursos a Andalusia, que no es tracta d'un referèndum a fi que guanyen les es-

querres, sinó per tal que guanye Andalusia.[1] Certament, es així. D'altra banda, no seré tant pedant com per discutir a Carrillo la seua intuïció i perspicàcia política, que estan per damunt de la mitjana dels polítics. Sense dubte, ell esguarda un quadre polític més general, té en compte la complexitat de la situació, etc. Però, de fet, la seua insistència, dirigida a les altures polítiques (que caldria veure si s'ho creuen; això és tota una altra cosa), tenen uns efectes desconcertants a les masses que esperen alguna vegada que se'ls parle en llenguage d'esquerres, i produeix una amagada frustració en els militants que, per disciplina i duts per la lògica de la simplificació, adopten una temor reverencial a no pasar-se'n de la ratlla. O, ja farts, comencen a desbarrar en pla agfà i kurd. Pense's, per posar un altre exemple, en l'actitud davant del terrorisme. Haver introduit el tema del terrorisme al moviment obrer, a CCOO, ha estat un gran encert. Els diversos pronunciaments i aqueixa intensa campanya de desembre-gener del 79, quan sovintejaren els assassinats d'ETA a les forces d'ordre públic, feren que, d'una manera pràctica, la classe obrera intervingués en la societat recuperant el seu paper en defensa de la democràcia. Ara bé: els radicals o esquerrans tenen certament raó quan diuen que només hi ha hagut tímides respostes davant els crims de la ultradreta. Si n'hi hagués hagut, no tan sols s'hauria forçat el govern a actar en contra seua, obligant-lo a prendre actituds seriosament democràtiques, sinó que a més s'hauria cohesionat més fortament el moviment obrer.

Amb els Pactes de la Moncloa passa el mateix, car si és cert que hi havia molta insistència que calia obligar al seu compliment, el to que els voltava era la por al *golpismo* i l'actitud de prudència. Es va lluitar de valent a nivell de branca per la famosa massa salarial, però a nivell general dominava el sentiment subconscient que amb la consecució de la Constitució n'hi havia ben bé prou. Tanmateix, és evident que com més s'insistesca en la necessitat de pactar, més necessari esdevé cohesionar positures a l'esquerra, fent veure que el pacte és una conquesta i no un abandó. Caldria fer memòria de les paraules de Brecht en una paràbola de Me.Ti: "Quan es busca una aliança, cal una gran cohesió interna per tal que l'aliança no esdevinga fusió".

d) La interpretació partidista

L'altra gran falla que mina els pactes ha estat assenyalada en nombroses análisis i es tractaria, *grosso modo,* de la interferència d'interesos partidistes. Enrique Gomáriz ho ha explicat amb especial subtilesa (*Zona Aiberta,* núm. 16). Cap a la darreria del 77, encara amb unes eleccions recents en les quals s'ha produit la sorpresa del vot PSOE, la UCD es troba encara sense definir. Gomáriz parla de crisi orgànica de la burgesia en la mida que el partit que tracta de representar-la és un conglomerat de fraccions, grups i interessos en què la fracció dirigent de la classe dominant no es

[1] El autor se refiere a la campaña de referéndum por la autonomía andaluza, celebrado el 28 de febrero de 1980, por el cual dicha comunidad logró acceder a su propio Estatuto por la vía plena del artículo 151 de la Constitución, superando las limitaciones impestas por el gobierno de la época.

veu reflectida. En aqueixos moments hom parla fins i tot de desintegració d'UCD. En qualsevol cas és evident que el partit del govern necessita un reajustament i que se'l veuran venir al damunt aquells qui apostaren per AP i fracasaren sorollosament (Banesto i la resta). És en aquest punt on divergeixen, segons en Gomáriz, les anàlisis del PSOE i del PC. Per al PSOE és convenient que la UCD entre en crisi i es reajuste com el gran partit de la dreta, amb la qual cosa deixaria tot un flanc de capes mitjanes que vindrien a nodrir els rengles del PSOE, i així possibilitarien la seua alternativa de poder. Per al PC és necessàri que UCD s'aferme com a partit d'espectre ampli no tant per a detenir l'avanç del PSOE i guanyar espai, com diu en Gomáriz, com per a evitar les conseqüències del bipartidisme. Perquè el bipartidisme, com s'està veient ara i demostra l'experiència, com d'altres països europeus, no és la possibilitat de fer un altra política quan t'arribe el torn, sinó de fer la mateixa amb algunes correccions. És a dir, es tracta d'una convergència en allò fonamental, una divergència en allò accessori i una alternància en allò que és més propi de cadascú i mútuament es permeten fer. Tenint això en compte, el *tour de force* que fa el PC per imposar els Pactes de la Moncloa s'ha demostrat que era la política més avançada i sobre la qual cal seguir insistint. Hom dirà que l'error del PC fou no preveure que UCD eixiría de la seua crisi de representació decantant-se a representar el sector oligàrquic. Realment desconec si algú va fer-se alguna volta la il·lusió boja que el partit del gran capital, pel fet d'incloure al seu si múltiples faccions de burguesía mitjana, professionals, petita burgesia, hauria d'estar dirigit per aquestes faccions subalternes. No ho crec. Però no cal haver llegit massa Poulantzas per a saber que el bloc al poder i el seu partit tenen contradiccions internes i que a partir d'aquestes i de la pressió externa del bloc dominant és com perd posicions. Fins i tot caldria recordar que la política de la fracció hegemónica del bloc dominant no és unívoca. N'hi hauria prou amb recordar la reforma Arias i la reforma Suárez com a recanvis succesius d'una guerra de posicions, que també ells es plantegen, i guanyen o perden. Tot això és el que no va veure el PSOE.

En conseqüència, el pactes foren una oportunitat magnífica, i perduda, per tal que la classe obrera imposàs la seua presència, una mica esmorteïda amb els avatars de la reforma, i consolidàs la seua representació orgànica, aspecte aquest darrer indefugible per al seu desenvolupament futur. Ara bé: la representació orgànica és doble, política i sindical. Això és el que, al meu entendre, nosaltres no saberem veure. En els pactes assumí tota la representció el PC, servint CCOO de recolzament logístic. Això responía a dues raons. Una, l'obssesiva por de CCOO de semblar que havia signat un pacte social, com ho evidencia que l'últim, incongruent i paradoxal argument que s'hi donà en defensa dels pactes va ser: "al capdavall, nosaltes no els hem signat". Una altra, i més greu, que allò que preocupava al PC era de resoldre la seua pròpia crisi de representació política. De fet, tota la capitalització dels pactes apuntava al govern de concentració i no a l'assentament i protagonisme de la classe obrera. Aquesta inversió feu dels pactes *consensus* polítics en compte d'emmarcar-los en un procés de tensió de forces on els treballadors reafirmaren el seu espai.

D'aquí que quedaren tallats de la lluita de masses, que existí, però deslligada de l'objeciu central. Puix lluitar per imposar la representació de vint diputats era quelcom del molt més llunyà que combatre per la pròpia representació, reconeguda com aclaparadorament majoritària. La qual cosa no vol dir que siguen preferibles uns simples acords entre sindicats i patronal a uns acords socio-polítics, puix que sols amb aquests pot entrar-se a fons en la resolució de la crisi i l'atur.

Però es tracta d'evitar que la representació orgànica de la classe, en compte de ser un conjunt articulat, siga assumida pel protagonisme d'un partit, per molt que se l'estime, que existeisca una identitat i que hom el vulga recolzar.

e) La crisi de representació

Fracassats els pactes, cap a finals del 78, entre el desfici típic d'UGT i la creixent irritació de CCOO, no són renovats. Decisió encertada, sens dubte, però que deixa els sindicats a la lluna de València i sense haver aconseguit, un any i mig després de la legalitat, assentar-se amb fermesa. Com fer-se valdre? A les empreses, a les branques, és clar. En el fons, l'ocasió per delimitar un espai social progressiu pel sindicalisme s'ha malaguanyat, i ambdues centrals cerquen mútuament empar en elles mateixes per tal de reforçar la seua posició.

Durant tot aqueix any es negocien convenis millor o pitjor d'una manera unitària (UGT arrossegada per CCOO), i mentrestant UGT va madurant el seu projecte autònom, tantes vegades rondinat a l'ombra del PSOE.

En les accions de juny contra l'Estatut del Treballadors no pren part (uns dies abans ha signat uns acords amb CEOE). Passat l'estiu, la divisió és un fet i s'avança ja a tota màquina cap a la signatura de l'Acord-Marc Interconfederal que tindrà lloc a desembre. Durant tot aquest temps CCOO va destarotada. Hi contribueixen encara més les tensions internes entre els qui creuen que amb els pactes se'ls ha llevat de damunt un mort i volen espentar grans accions i mobilitzacions, i els que endevinen que UGT camina cap a l'acelerada representació orgánica, si no de la classe, almenys d'un sector d'aquesta. La disparitat de criteris (membres qualificats de CCOO opinen que ni tant sols cal participar en converses amb la CEOE) du al pitjor, a convovar i desconvocar les accions entre el general astorament. A la fi, de cara als convenis de gener, CCOO troba una síntesi en la lluita per desbordar l'acord-marc però buscant l'assentament de la pròpia central.

f) L'acord-marc i els nous intents de legitimació

Sobre l'acord-marc no cal insistir, puix que seria reiterar critiques mil voltes llegides. Tant l'Estatut delsTreballadors com l'Acord sols poden entendre's com a apèndix del PEG, i aquest és l'expressió perfecta de l'estratègia del gran capital. Com ha dit N. Sartorius, PSOE-UGT pensen que no hi ha possibilitat d'eixida progressista de la crisi, i deixen que siga el gran capital mateix i les multinacionals els que la resolguen, tot i al preu dels sacrificis de la classe obrera. Hi haurà qui pensé que això és ja sadisme i que el terme traïció queda pàl·lid com a adjectiu qualificatiu de la seua actitud.

Tanmateix, no ho és així en la lògica de la seua anàlisi. Puix que no hi ha una altra solució, puix que els plantejaments d'una alternativa a la crisi són il·lusoris, aguantem la ruixada i ja vindran temps millors. Ara, això sí, consolidem les posicions sindicals per a quan vinga el moment. Crec que no exagere, perquè si es veu l'acord-marc es comprova que no hi ha cap alternativa de remodelació econòmica i sí una coincidència amb les que proposa el PEG. Llibertat de les empreses, correció de l'absentisme, augment de la producivitat. PEG pur i dur. A canvi, unes quantes concessions sindicals i sobretot la gran concessió que significa afillar a UGT com a interlocutor qualificat. Això és el que cal retenir, perquè, ho vulguem o no, a canvi de concessions inadmisibles, UGT va a assentar-se i a consolidar el seu poder de representació. Em sembla perillós arribar a creure's l'anecdotari pietós que ens contem entre nosaltes mateixos –en tal lloc s'han passat gent d'UGT a Comissions, en tal assemblea els hem deixat amb el cul a l'aire... Sens dubte que hi ha hagut un refús ampli i estès i que els afiliats, i no sols els quadres de CCOO, han tancat rengles i s'han identificat encara més amb el seu sindicat. Però també és cert que per primera vegada hem vist a UGT actuar amb una energía, cohessió i disciplina fins ara desconegudes.

Afortunadament, els treballadors no se'ls representa sols perquè els empresaris o la TV trien els seus interlocutors (tot i que és aquesta la filosofía que defensa UGT en la seua interpetació d'alguns articles de l'Estatut), sinó per la implantació i capacitat de lluita que tinga una Central. Tanmaeix, fóra de beneits no veure'n un altre aspecte. CCOO haurà de guanyar-se el seu espai a pols, com en els vells temps. I li cal tenir en compte que ara no té davant el sindicat vertical, sinó una UGT que també representa els treballadors. Heus ací el *quid* de la qüestió tot i que molts no ho vulguen veure i s'afalaguen amb l'anatema antiugetista. En els recents convenis, CCOO ha mantingut una posició valenta, però cal reconèixer que de moment li les han donat totes en punt a representació. No està dita l'última paraula, tanmateix. Les convocatòries han tingut un ressò a mitges, però dues coses importants s'han aconseguit. Davant els empresaris, demostrar que existeix una central forta i dura, la qual no es pot ignorar, la que més prompte o més tard hauran de reconèixer. Davant un ampli sector de treballadors, enfortir la identificació amb els plantejaments de la seua central d'una manera fins ara inèdita. Els treballadors que han lluitat sabien que no guanyarien el conveni, però lluitaven perquè no s'hi imposara l'alternativa antiobrera implícita a l'acord-marc. Ambdues coses capaciten CCOO per seguir avançant cap a la seua consolidació orgànica sempre que no s'obliden dues coses. Una, que la seua capacitat de representació tan sols s'assentarà en la mesura que persistesca en una alternativa pactada per sortir de la crisi. Una altra, que deu plantejar-se, en aquest terreny, un apropament a UGT en compte d'accentuar-ne la distància. Perquè allò que hi ha en joc és si hom representarà la classe en el seu conjunt o si UGT seguirà el seu camí de representar-ne una fracció i nosaltres una altra. En èpoques de crisi i malgrat que nosaltres aconseguirem victòries parcials i fins i tot sorolloses en el sector més combatiu, l'hegemonia de la representació se l'enduria el sector més moderat. La qual cosa no vol dir que ho hàgem de ser, sinó que cal articular ambdòs extrems amb objectius vàlids per al conjunt.

5. La lluita obrera i el seu carácter emergent i orgànic

L'any dels pactes, el 78, no és cert que baixe la combativitat. Empíricament podríem constatar l'existència de lluites en quasi tots els sectors, però bé que és clar que no fou com el 76 (any decisiu de la transició que els nostàlgics sempre enyoren i que no ha de tornar...). El desencís no apareix perquè es frenen les lluites, sinó per tota una sèrie de raons, algunes de les quals ja han estat exposades. Fins a tal pun és cert que la combativitat persiteix, fins al vell estil de vagues llargues i indefinides, que CCOO es planteja amb fermesa que el 79 les lluites es porten amb control sindical, de forma intermitent i programada. Crec que el clàssic dilema entre control, entés com a direcció sindical, i control com a emmordassament de la lluita, té un saldo favorable a allò primer. Qualsevol que sàpia dues paraules de sindicalisme, reconeixerà que això són les beceroles.

1979 es caracteritza també per jornades de lluita i mobilitzacions amb les quals el sindicat revalida la seua capacitat de representació. Realment deixa bocabadat que la crítica ques es fa a aquest tipus de convocatòries és que no serveixen per a res més que per a prestigiar el sindicat. Però, és que el sindicat és una altra cosa que poder contractual a l'interior de la societat capitalista, i sols a través del l'augment d'aqueix poder, instrument de transformació d'aquella? Un autor poc sospitós de reformismes, l'anglès Perry Anderson, ha criticat durament, en un article que molts haurien de llegir, la creença que el sindicat és una organització revolucionària ("Alcances y limitaciones de la acción sindical", en *Cuadernos de Pasado y Presente*).

a) El mite de la vaga general

En aquest marc d'accions de caire sindical s'introdueix a partir de l'estiu del 79 el fantasma de la convocatòria d'una vaga general. La desafortunada expressió, eixida del Secretariat mateix, és posteriorment esmenada i aigualida. Jo opine que de la gran assemblea de la Casa de Campo de Madrid[2] hauria d'haver eixit la convocatòria d'un atur de 24 hores, tot i pensant que no hauria sortit redó. Eren moments crítics en que un fracàs podía costar molt, però un bon colp podía ser molt profitós. Sobretot perquè no era convincent la raó que s'hi donà –que hauríem anat tots sols– puix que estava ja molt clar que estavem sols. I que després hauriem de lluitar sense companyia. Però de la mateixa manera, em sembla nefasta la campanya dels grups radicals per la vaga general. En primer lloc, perquè reintrodueixen en el moviment obrer –un moviment obrer tallat de les seus pròpies arrels i tradicions i sols amb records vagorosos i inconcrets– el mite de la vaga general. Mite, com és ben sabut, d'origen sorelià (per la qual cosa no pot sorpendre que fos invocat de manera grotesca per un representant de la

[2] La Concentración de Delegados convocada por CCOO se celebró el 14 de octubre de 1979, en la Casa de Campo de Madrid, en el marco de una escalada de presión (la que se denominó estrategia de "sota, caballo y rey" que habría de culminar con una posible huelga general) relacionada con la discusión parlamentaria del Estatuto de los Trabajadores y la propuesta de pacto social promovida por UGT,cuya desigual evaluación generó fuertes tensiones, tanto entre las diferentes tendencias internas del sindicato como en su relación con el PCE. *(Nota del Editor)*

URV a les reunions del compromís autonòmic) i que a la CNT, i en general al moviment obrer, li ha produït seriosos maldecaps. La invocació constant de la vaga general no tan sols comportà llavors greus fracassos, sinó que introduí un element de desmobilització i desorganització. Perry Anderson, a l'article citat, subratlla amb força que cap vaga general, ni tant sols la més important, la del 1905 a Rússia, ha aconseguit canviar un sistema. I hi dóna una raó que hauria de fer reflexionar els incondicionals. La vaga, diu, és una abstenció del treball sense el qual la societat no pot rutllar, però el capital té una mobilitat (invertir en un altre lloc, per exemple) que el treball no té. D'altra banda caldria recordar que una de les coses més criticades al PC, pels mateixos esquerrans, ha estat precisament la seua crida a vagues generals durant la dictadura. Sé bé que els impulsors de consigna tan singular (em referesc als qui tenen una mínima entitat i no als "cors i danses" de la revolució que s'apeguen a qualsevol manifestació per clamar la seua impotència tot cantant "que convoquen, convoquen, convoquen"), no plantegen una vaga general revolucionària. Supose que propungen una mena d'atur general, cosa que en si mateixa no està gens malament. A Itàlia se'n convoquen, no he de dir que sovint, però sí als moments forts de la negociació dels grans convenis nacionals. És clar que aquesta comparació amb els reformistes italians, no agadaria als nostres paladins, que sempre dónen una certa connotació a la seua exigència. Pel que es veu, es trata de vagues salvífiques, al menys a jutjar pel to en què són predicades i les sucessives catàstrofes esdevingudes per no convocar-les. Evidentment, per molt reformista que jo siga, no haig de negar virtualitats a la vaga, instrument clau de la lluita de classes, però em negue a atribuir-li un caràcter salvífic. En un país com Euskadi, on hi ha hagut vagues generals amb un seguiment total, no es pot dir que hagen tingut efectes màgics immediats. Cert que n'han tingut de positius (i també, de vegades, de negatius) en l'alçament de la consciència i la lluita, i en la capacitat d'organització. Però llavors, si estem d'acord en aquest punt, no ens distinguim tant quant a finalitats com a oportunitat, freqüència i intensitat, coses discutibles però que no divideixen els camps. U no és reformista o revolucionari per les hores de resistència. Com a molt, això podrá ser matèria d'un concurs interessant. El que passa és que com que els autoqualificats revolucionaris no volen diferenciar-se sols quantitativament del que anomenen plantejaments reformistes, puix que en veritat fóra beneït, insistexien en el caràcter resolutiu i salvador de la gran vaga. I això és nefast. D'aquesta forma, l'únic que es fomenta en les masses és un malestar difús i impotent, que no té res a veure amb una lúcida i combativa consciència de classe, i una confiança en allò que Sartre anomenà "estats de fusió" enfront de l'avanç en l'organització. La valoració que cal fer del molt estès "si ens unirem, si l'organitzàrem grossa, si tots paràssem..." és que aqueixes formulacions expressen un baixísm nivell de consciència i amaguen l'expressió més endarrerida del nivell de lluita. "Quan tots estiguen en vaga, que m'avisen, que també jo pararé". Amb les demandes radicals que es faça sempre més d'allò que s'està fent, l'únic que s'aconsegueix és fomentar l'estat de desagregació, desconfiança i impotència. A això cal afegir que aquestes crides sempre van acompanyades d'una pertinaç crítica a la direcció del sindicat. Passe el que passe una i mi voltes, la culpa la

té la direcció. I no dic jo que calga una adhessió increbantable, però la sembra permanent de desconfiança no contribueix en res a l'assentament del sindicat, la qual cosa és a hores d'ara una tasca primordial. Finalment, la concepció de la unitat sindical en aquests radicals és encara més forasenyada. No es tracta d'unitat de les organitzacions com a tals, sinó d'unir els elements revolucionaris que hi ha en aquestes. Amb aquesta concepció no hi ha manera de consolidar una representació orgànica de la classe obrera. Així sols s'aconseguirien grups més o menys avantguardistes i moments més o menys feliços d'exaltació i lluita. La influència positiva d'aquests grups és mínima, però el seu patrocini i foment del "curroromerismo" (que vinga Curro Romero, que vinga ETA, que vinguen els tancs d'Afganistán, que vinga la vaga general, que els partits es posen d'acord, que els sindicats siguen més mascles...) contradiu tan obertament el que he volgut dir en aquest article que, per aquesta raó, els he donat entrada com a contrapunt final.

6. I què fem de la cultura?

I ja, per acabar aquest llarg repàs, vull apuntar que la consolidació del sindicat com a representació orgànica no acaba amb l'augment del seu poder contractual adreçat a la transformació de la societat. El moviment obrer aporta una història, uns valors ideals, una cultura. No em referisc, és clar, al *prolet-cult,* a aqueix Lenin a pit descobert en un moment sublim de realisme socialista mostrant el vigor sublim de la raça proletària. És molt més. En la pel·lícula *Novecento,* on s'arreplega la història del moviment obrer italià i que sembla una traducció de la concepció gramsciana de l'art nacional-popular, s'integren en aqueixa història l'evocació de Verdi com a glòria nacional, els paisatges de l'Emilia Romagna, l'art aristocràtic de Visconti, l'amor als cossos de Passolini, la política de Togliatti, la faç inoblidablement florentina de Dominique Sanda, la bellesa de les cançons i les festes populars, la poesía de Marinetti, l'enteresa d'unes dones i uns homes, els records familiars, el combat per la llibertat i moltes coses més. No parle ara de *Novecento* per discutir la seua qualitat, ans per proposar-la com a exemple o símbol d'allò que hauria de ser la cultura obrera com a síntesi.

Per desgràcia, en el moviment obrer espanyol es va trencar tota una riquísima tradició, i ara es troba buit de memòria històrica. La societat industrial i desenvoluada propicia poc l'enllaç amb tradicions d'una altra època que sembla tan diferent i llunyana. D'altra banda, l'obrerisme de molts quadres sindicals i les reticènies que al PC s'han creat envers els intel·lectuals no ajuden massa a la necessària assimilació dels valors intel·lectuals i morals de la nostra època. Els nous moviments (feminisme, ecologisme, nacionalisme...) són avui vehiculadors de nous valors en molta major mesura que el movimen obrer. No es tracta de defensar que en la classe obrera cal contenir-se tot, però si realment pensem que la transformació de la societat ha de partir d'aquella i que no es redueix a un grup corporatiu, més ampli i important

que els restants, però amb idèntics objecius economicistes i particularistes, llavors és imprescindible aqueix enllaç doble amb la seua tradició històrica i ideal i amb els valors de la cultura contemporània. Per això no n'hi ha prou amb repetir-nos que cal assimilar el feminisme, que cal incloure en les nostres plataformes reivindicacions jovenívoles o ecologistes o nacionalistes. La qüestió nacional, per exemple, no es redueix a les màximes transferències sinó que es refereix també a la història del poble mateix, la seua llengua, cultura i tradicions en les quals els treballadors s'han de sentir més arrelats que ningú.

Ara bé: els valors culturals no s'assimilen si no hi ha una estreta aliança amb els intel·letuals, oberta, franca i sense reticències. Aquesta és la primera condició per a la reforma intel·lectual i moral de qué Gramsci parlava com a suprem objectiu de la classe obrera. Estic plenament convençut que entre els quadres sindicals predomina la honestedat, la dedicació i el sacrifici. Però també és cert que es troben rutinitzats, sota l'amenaça de la trivialització, i que tampoc no som aliens a les lluites de poder, els oportunismes, envaniments, personalismes, enveges. Als qui hem parlat de vegades d'açò ens han acusat alguns *heideggers* de les essències obreres d'idealisme cristià. Tal vegada és massa demanar-los que es llegesquen els tres volums de Thompson, on hi ha una impressionant història de la classe obrera anglesa a través de les seues tradicions ideals. Posem punt final. Per a resoldre la crisi orgànica calen també valors ideals, puix que sols mereixerà la representació de la classe obrera aquell qui sabrà recollir, actualitzar i impulsar la seua història que, com deia Marx, aspira a esdevenir el principi d'una nova història universal.

Lugares de la memoria

Texto leído en el acto conmemorativo del 50º aniversario de la reunión fundacional de las Comisiones Obreras del País Valenciano.

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella remota tarde en que su padre le llevó a conocer el hielo. Pocos de nosotros conservamos recuerdos tan extraños y mágicos como los personajes de García Márquez, pero todos llevamos señales, heridas luminosas o dolorosas, que han marcado nuestras vidas. También las instituciones, como las personas, están configuradas por la historia, determinadas por hechos que en un momento dado condicionaron su destino y han forjado su personalidad. Constituyen referencias inexcusables para entender su trayectoria. Los historiadores les llaman *lieux de mémoire,* lugares de la memoria, y aquí se recuerdan algunos que han sido importantes en la historia de CCOO.

1. La reunion. El hombre camina con aire despreocupado, procura disimular la tensión cuando mira hacia atrás para ver si le siguen, dobla la esquina de la calle Caballeros hacia la plaza de Manises y avista el lugar de la cita, un centro cultural que él no conocía llamado Lo Rat-Penat. Cuando se lo dijeron le extrañó, y más al saber que sería una reunión de quince o veinte personas. Hasta entonces ha tenido algunos contactos con un responsable del partido, del que por supuesto no conoce el nombre, encuentros sigilosos, fugaces, respetando al máximo las normas de seguridad, y por eso le ha sorprendido que le citaran en un lugar público al que acudirían otros. Se detiene un momento, enciende un cigarrillo y mira en derredor para asegurarse de que no hay nadie sospechoso, reconoce a uno de los que están entrando, es un enlace del metal, persona de confianza, y sin pensarlo más se adentra en el local. Estrecha la mano de uno de su empresa y saluda imperceptiblemente con un guiño al contacto del partido, pero, para su sorpresa, el que abre la reunión comienza dando su nombre y apellido, la empresa a la que pertenece y el cargo que ostenta, y lo mismo hacen otros. Cuando le toca el turno de intervenir nota una extraña sensación, como si fuera un buceador que sale a la superficie a respirar aire fresco.

En aquella histórica reunión de diciembre de 1966 se tomó la resolución de crear comisiones obreras, aunque nadie sabía muy bien qué podía ser eso, ni cómo hacerlo. Lo que parece que quedó claro es que no tenían que ser un grupo cerrado y oculto de obreros de día y comunistas de noche, de los que tiraban un puñado de panfletos llamando a la huelga general, confiando en que la gente los cogería y seguiría las consignas. Eso estaba comprobado que no funcionaba. Había que entrar en contacto con los

compañeros de trabajo, apoyarles, convencerles, no esperar que fueran a buscar a unos ignotos y misteriosos convocantes de huelgas generales. *Connecting people*, engancharse al personal, darse a conocer, liderar la protesta. Ahí estuvo la originalidad de Comisiones Obreras y hoy continúa siendo uno de los rasgos de su identidad y de su estilo. Bajo la represión franquista no era fácil salir a la superficie, tendrían que combinar con astucia lo legal y lo ilegal, el conflicto y la negociación. Los que ya tenían una cierta experiencia en las nuevas formas de lucha explicaron que el cargo sindical servía para respaldar la representación, que la discusión sobre los cronometrajes fortalecía el poder de negociación (en Altos Hornos se habían tenido que repetir hasta cinco veces), que los Convenios había que utilizarlos para articular la lucha de todo un sector, que la hora del bocadillo era el mejor momento para improvisar una asamblea. No sabemos con exactitud todo lo que se dijo en la reunión, porque como es natural no se levantó acta de la misma, pero las palabras que se pronunciaron debieron resonar como las que escuchó Anselmo Lorenzo a Fanelli, con la gravedad de un momento fundacional. Algo nuevo estaba comenzando en el movimiento obrero valenciano, tanto tiempo amordazado.

2. La calle. Un observador atento hubiera advertido con facilidad que había algo raro en la Glorieta aquella tarde del 1 de mayo de 1967. Por ejemplo, aquellos dos sentados en un banco que miran constantemente el reloj no tienen el aspecto de los visitantes habituales, o esos otros con zapatillas deportivas que se asoman, miran en derredor y se apostan junto a la oficina de turismo. Diríase el ensayo de una ballet, con pequeños grupos inmóviles en el escenario, en la esquina del Palacio de Justicia, en el Parterre, junto al bar Glorieta, esperando que el director dé la entrada en escena. De repente la quietud cesa, los grupos se deshacen y aparece en el centro de la calzada una masa compacta que avanza por la calle de la Paz profiriendo un grito acompasado: li-ber-tad, li-ber-tad. La manifestación avanza a buen paso, pero al llegar a la altura de la calle de Comedias un contingente de la policía armada sale a su encuentro. Se produce un momento de gran confusión, porrazos y forcejeos con los guardias, gente por el suelo o huyendo, y son detenidas varias personas, que luego pasarán dos años en la cárcel. Haber conquistado trescientos metros de libertad puede parecernos hoy insignificante, pero aquella manifestación, la primera desde el final de la guerra, tuvo una importancia extraordinaria porque significó la salida de la oposición a la calle e hizo de CCOO el eje de la lucha antifranquista. A partir de entonces cada primero de mayo se convirtió en una cita obligada para todas las fuerzas de la oposición.

Las manifestaciones se multiplicaron a partir de 1970, hostigadas siempre por la policía, utilizando muchas veces la táctica de los "saltos" en diversos sitios para evitar las detenciones. Los estudiantes participaron activamente, con singular arrojo y entusiasmo, pero quien llevó el peso del combate fue el movimiento obrero, porque era el colectivo más numeroso y organizado y porque detrás de sus manifestaciones estaba el conflicto industrial, mucho más temible que la no asistencia a las aulas. Tras

la muerte de Franco, las huelgas convocadas por CCOO, que en enero de 1976 alcanzaron la cifra de dos millones de huelguistas (doscientos mil en el País Valenciano), fueron las que impidieron el continuismo del gobierno Arias e impulsaron y sostuvieron el proceso de transición democrática. La primera gran manifestación por el Estatuto, en enero de 1976, estuvo integrada básicamente por tres columnas de huelguistas que partieron de sus respectivas asambleas (los de la madera, desde el Sindicato de la calle del Palau, los de la construcción, desde La Fonteta, y los del metal, desde la avenida del Oeste) las cuales, después de diversos enfrentamientos con la policía consiguieron agruparse en la calle de las Barcas y llegar hasta Pintor Sorolla. En la cabecera, los representantes de la Junta democrática sostenían una pancarta que decía: Llibertat, Amnistia, Estatut d'Autonomia, Sindicat Obrer. Con la instauración de la democracia y la normalización de la vida política, CCOO ciñó el campo de su actuación a lo sindical, puesto que ya existían instancias legitimadas para actuar en otros ámbitos de competencia, pero esto no significa que deba recluirse en las empresas. La política sanitaria, educativa o de la vivienda atañe a los trabajadores tanto o más que el salario y hemos de hacérselo saber a los gobernantes, gritando si es preciso. La vocación sociopolítica de CCOO no es un viejo tic del franquismo que haya que superar sino un compromiso con la transformación de la sociedad. Las banderas rojas de los trabajadores continuarán saliendo a la calle cuando la paz o la libertad estén amenazadas.

3. La vieja factoría. La enorme fábrica deshabitada, con las naves vacías y los hierros descarnados, todavía impresiona al visitante. *Estos, Fabio, que ves ahora derruidos, fueron un tiempo muros de Itálica famosa.* Aquí estuvieron los Talleres Devís, luego Macosa, aquí se construyeron locomotoras y vagones. Donde ahora crece la herrumbre y reina una desolada quietud martillearon las máquinas y trabajaron más de mil personas. Macosa fue una industria de cabecera de la economía valenciana, pero también una fortaleza obrera, un enclave de resistencia y de lucha, como lo fueron Astilleros y Elcano, hoy reducidas a la tercera parte de la plantilla, Segarra y Altos Hornos, la empresa arquetípica de nuestra revolución industrial. Desde la colina donde se encuentran las ruinas del castillo que, según cuentan, resistió el ataque de los elefantes de Aníbal en su marcha hacia Italia, se contempla la planicie de naranjos y, al fondo, el lugar que ocupó la factoría. Se ha conservado uno de los hornos altos, como una torre de homenaje, y el taller central, convertido en espacio escénico, pero lo que más llama la atención son las dimensiones del conjunto. Nadie podría sospechar que por esa inmensa explanada circularon trenes cargados de carbón, chirriaron enormes grúas trasportando el hierro y se afanaron más de cinco mil hombres. Apenas quedan huellas del esfuerzo prometeico de aquellos hombres por dominar el fuego, salvo en las manos poderosas de los jubilados de la empresa. Una buena parte del mundo industrial de los años 60 y 70, ha desaparecido o se encuentra amenazado por la deslocalización, pero la melancolía es mala consejera y la moral de la derrota no es la nuestra. La obstinada negativa a rendirse de los trabajadores saguntinos es lo que

hizo nacer a Sidmed, que hoy forma parte de Arcelor, la primera acería del mundo. La presión y la inteligente negociación de los sindicatos de Alstom, sucesora de Macosa, es lo que ha salvado la empresa. Vivimos tiempos turbulentos, dominados por las estrategias oscuras de los gigantes multinacionales, que requieren un sindicalismo internacionalista para hacerles frente.

Es difícil luchar cuando ni siquiera se conoce al enemigo, cuando las decisiones se escapan a la propia empresa y dependen de complicadas operaciones financieras, y es aún más difícil cuando escasea el trabajo. *Lo vuestro fue muy duro, porque os podían meter en la cárcel, pero nosotros vivimos siempre en precario, es como si estuviéramos en libertad condicional,* exclama el joven delegado, un poco aburrido de que le den lecciones. Tiene razón, piensa el veterano, el mundo laboral se ha roto a pedazos. En el polígono donde él trabajó había cuatro empresas de la madera, tres del metal, un laboratorio farmacéutico y una industria láctea, todas con más de cien trabajadores estables. En la actualidad todas han desaparecido y el polígono se ha convertido en un fantasmal centro de logística con almacenes de reparto a cargo de dos o tres personas. ¿A dónde van los jóvenes? A empresas de "prestación de servicios", subsidiarias de otras subsidiarias, con contratos basura. Para hacer frente a esos problemas es insuficiente el sindicalismo de los tiempos heroicos, se requiere un sindicalismo dirigido a los jóvenes de hoy, que son muy distintos a como fuimos nosotros. Hay que construir un modelo organizativo abierto y ágil (incluso de entrada y salida) que les respalde en la reclamación de sus derechos, ofrecerles formación para adaptarse a las nuevas exigencias tecnológicas, exigir a las instituciones una política industrial que les garantice un futuro. Nostálgicos abstenerse.

4. *Bella ciao*. Ríen todas con alboroto de algo que cuenta una de ellas. Las cinco mujeres, de diferentes edades, llevan puesta una bata azul con el nombre la empresa y están sentadas en torno a una mesa de bar. Es la hora del bocadillo en un taller textil. Junto a la barra un hombre, también con una bata azul pero de mejor calidad que indica que es el encargado, pide con prisa la cuenta y mira de soslayo a las mujeres, sin ocultar su malhumor. Sospecha, y no se equivoca, que se están riendo de él. Desde que llegó "esa", piensa, me han perdido el respeto. Se marcha despechado, con aires de torero marchito y, al pasar, les recuerda que les quedan cinco minutos. *Si bwana*, responde la más joven inclinando cómicamente la cabeza, y todas se echan de nuevo a reír. Es verdad, desde que llegó Cristina, están revolucionadas, han descubierto lo que valen y lo que pueden. "Cada uno de nosotros vale tanto como Vos, y todos juntos más que Vos", decía el juramento al rey de las antiguas Cortes Valencianas. Como personas, ellas, las mujeres, valen tanto o más que el gallito del corral, como trabajadoras, estando unidas, pueden derrotar a la empresa. Son las dos caras de la lucha por la igualdad, feminismo y sindicalismo, dos objetivos que ha costado bastante poner de acuerdo. En la cultura obrera tradicional la mujer ocupaba un puesto privilegiado, pero subordinado. Era la mujer fuerte que mantenía unido el hogar, la compañera valerosa que apoyaba y sostenía sin queja la lucha del varón.

Respeto, el máximo, igualdad no, gracias. Siendo los sindicalistas los más machos del lugar, los más valientes y decididos, no iban a consentir que la mujer se les subiera a las barbas. No es de extrañar que los sindicatos consideraran la lucha de las sufragistas como un asunto de las mujeres burguesas. El muro se fue resquebrajando gracias a la labor de mujeres esforzadas, la pionera entre todas, Flora Tristán, las que nos son más próximas, Clara Campoamor, Victoria Kent, Federica Montseny, Dolores, y otras muchas.

A mitad de los años sesenta un viento de revolución cultural agitó Europa, una revuelta antiautoritaria que postulaba, entre otras cosas, la emancipación de la mujer y la abolición del yugo patriarcal y machista. Bertolucci, cuando quiso llevar a la pantalla Mayo del 68, nos contó la historia de tres jóvenes que, encerrados en una habitación, se dedican a romper los tabúes de las relaciones personales y sexuales, mientras sus compañeros levantan barricadas en la calle. No son dos historias separadas, la de los que se inhiben y la de los que luchan, sino una misma historia en la que la liberación social y la personal discurren entrelazadas. En España, a pesar del franquismo o quizás porque estábamos tan hartos de él, el impacto sesentayochista impregnó la cultura de CCOO abriendo la cultura tradicional del movimiento obrero a perspectivas más amplias. Cristina sabía que la liberación de la mujer pasa por lucha sindical y las reivindicaciones esenciales del mundo del trabajo (igual salario, acceso a los mismos puestos, no a la discriminación) pero que no termina ahí, tiene que incidir en la vida cotidiana y trasformar las relaciones de género.

5. El emigrante. Al bajar del tren los seis hermanos se reagrupan en torno a los padres, como en el inicio de *Rocco y sus hermanos*, recuentan las maletas y las cajas de cartón atadas con cuerdas, y emprenden lentamente la marcha con aire incierto y asombrado, como una pequeña tribu en un país ignoto. Han dejado atrás la pequeña casa de cal blanca en el pueblo, tomaron el tren en Córdoba, el famoso "sevillano", que en un par de años llevará medio millón de andaluces a Barcelona, y después de diez horas de viaje han llegado a Valencia. Son emigrantes. Las peonadas de la tierra de olivar no daban para tanta familia, allí no había futuro para los hijos, y al padre la Guardia Civil le tenía fichado por comunista. Empezar una nueva vida. Esa noche, y durante un tiempo hasta que encuentren acomodo, tendrán que dormir en casa de unos parientes, y al día siguiente, sin más demora, comenzarán a buscar trabajo. Antonio encontró pronto faena en una empresa de la madera y, al poco tiempo, contactó con las Juventudes Comunistas y asumió la tarea de crear CCOO en el ramo. Ningún trabajador es extranjero en la patria de sus hermanos, en el mundo del trabajo, allí donde se habla la lengua de la justicia, la dignidad y la solidaridad. Él conocía el significado profundo de esas palabras y enseguida se sintió trabajador valenciano, comprometido con la gente y el país que le acogía. El emigrante se convirtió en el primero de los nuestros. Bajo su dirección, CCOO se valencianizó sin excluir a nadie, se politizó en defensa del Estatuto, normalizó con sentido común el uso de la lengua, y fue la primera organización (antes que el PSOE y el PC) en romper los

compartimentos provinciales y estructurarse sobre la base de la las comarcas, como Confederación Sindical del País Valenciano.

Hoy siguen llegando. Vienen de tierras lejanas, han recorrido caminos tortuosos, afrontado peligros, sufrido engaños. También ellos han dejado atrás una casa blanca, un río, una mujer, un niño. Buscan trabajo para aliviar la miseria de los suyos, cuidan ancianos, recogen fruta, construyen edificios. Acuden al sindicato para que les oriente en sus problemas laborales. El sonido de sus pasos extraviados aviva en muchos de nosotros sentimientos del propio pasado, el desarraigo y la soledad, la incomprensión, el abrumador papeleo administrativo, las dificultades de la vivienda, los abusos en el trabajo y, por encima de todo, la decisión de no volver atrás. Comprometiéndonos con ellos no hacemos sino ser fieles a nuestra historia. Hace años un sindicato mestizo, de valencianos, manchegos, andaluces y murcianos, se convirtió en la Confederación Sindical del País Valenciano, hermanándolos a todos y dándoles una patria común. Hoy ese sindicato se siente orgulloso de acoger a nuevos emigrantes para que puedan convertirse en trabajadores valencianos. No hay extranjeros entre los que luchan por la justicia.

6. El liberado. Están hablando en un despacho del Sindicato los dos antiguos compañeros, él, liberado de la Federación, y su amigo delegado sindical de la empresa en la que ambos trabajaron durante muchos años y juntos libraron muchas batallas. Suena el móvil, ya es la cuarta vez que ha interrumpido su conversación, y el amigo le suelta: *Joder, macho, estás hecho un ejecutivo.* Sonríe forzado mientras atiende la llamada, es de una empresa donde ha habido un accidente y tiene que presentarse de inmediato. De repente se siente sin fuerzas para explicarle nada, simplemente dice, *me tengo que ir.* Le hubiera gustado contestarle, *ahora mismo me cambiaba por ti,* pero ¿para qué? Está acostumbrado a tragar sapos, de empresarios hostiles, de organismos oficiales que dan largas, de afiliados que se quejan, pero no se lo esperaba de su amigo. Estás hecho un ejecutivo, un burócrata, quién te ha visto y quién te ve, eso es lo que ha querido decirle. Recoge los papeles en silencio, nota un sudor frío, como en las pesadillas, y le parece que el otro está muy lejos y que cuando alargue la mano para despedirse no podrá alcanzarlo. Y, sin embargo, aquel hombre que está sentado enfrente de él es su hechura. Lo está viendo el día en que llegó a la empresa, recién salido de la mili, individualista, protestón, dispuesto a tragarse todas las horas extra que hiciera falta para comprarse el coche, pero ni una más. Adivinó que tenía madera de líder, lo fue tallando, educando, hasta convertirlo en un sindicalista de primera. Recuerda la noche del encierro en la empresa, cuando el expediente de crisis, los dos sentados en la puerta, enrollados en unas mantas, mientras los demás dormían, trazando planes para sostener la lucha y hablando de dejar un mundo más justo a los hijos. Ha sido como un relámpago que ha incendiado su memoria, pero tiene que irse, le esperan en el lugar del accidente. Luego tendrá que visitar a la viuda, animarla y ayudarle a hacer las gestiones, organizar una concentración frente la Conselleria para protestar por la falta de seguridad en el trabajo. Todavía queda por cerrar el Convenio, habrá que pre-

parar los equipos para las elecciones sindicales y acompañarles para enseñarles cómo se visita una empresa, y si lo del Convenio no se arregla tendrá que organizar los piquetes de huelga. Las citas pendientes van cayendo sobre su frente como una lluvia fría que apaga el fuego de los recuerdos. Cierra la cartera con violencia, se pone de pie, y de repente siente la necesidad de huir, de echar a correr y dejarlo todo. *¿Te pasa algo?* Están los dos amigos frente a frente y él solo acierta a contestarle: *¿Ya no te fías de mí?* El amigo comprende y, como si acabara de reconocerlo después de mucho tiempo, lo abraza. *No has cambiado nada desde entonces.*

Tal como éramos

Prólogo al libro de Benito Sanz, *Rojos y demócratas: la oposición al franquismo en la Universidad de Valencia (1939-1975)*, publicado en 2002 por la FEIS.

Mirando hacia atrás sin ira, pero con rigor, este libro nos cuenta la historia del movimiento universitario durante la dictadura. Puesto que la abundancia de su información me impide comentarlo todo, me referiré a una fecha simbólica en la lucha antifranquista: 1962. Ese año la oposición aparecía, por primera vez, con la cara descubierta y de una forma, no masiva, pero sí numerosa. Toda la cuenca minera de Asturias estaba paralizada y, con este motivo, más de cien intelectuales, escritores y artistas de toda España firmaron un manifiesto en apoyo de los huelguistas. A partir de ese momento, el movimiento obrero y la universidad, caminando al unísono, pasaron a convertirse en los dos principales focos de lucha contra la dictadura. La alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura fue el ariete que, como se decía, con versos de Machado, en una canción de Serrat, *golpe a golpe, piedra a piedra* derribó el muro de la represión. Por eso cuando, desde el sindicato, queremos preservar la memoria histórica, no podemos hacerlo por separado. El patrimonio de la lucha por la libertad y la justicia no es solo nuestro, es un patrimonio compartido con muchos otros que arriesgaron lo mejor de su vida, la juventud, la carrera, porque fuera posible. La historia de aquellos jóvenes forma parte de nuestra historia, no solo porque gritáramos juntos en las manifestaciones, *Obreros y estudiantes, unidos en la lucha*, sino por algo más importante y profundo: porque, planteando la lucha en los centros de producción del saber, rompieron con los esquemas mentales del sistema (el desarrollismo, la seducción del bienestar) y nos proporcionaron un pensamiento crítico.

La memoria histórica hace justicia y pone las cosas en su sitio, pero también puede ser una trampa. Y la trampa sería, en este caso, creer que caminamos y luchamos juntos en un tiempo y en unas circunstancias irrepetibles. Ahora que ya vivimos en libertad y en democracia cada uno debe dedicarse a lo suyo, los estudiantes a estudiar, los obreros a trabajar. Un consejo saludable y, en apariencia, lógico, una vez superada la anormalidad del franquismo, pero que traducido en términos capitalistas significa lo siguiente: la universidad debe dedicarse a la producción de un saber que legitime la realidad, y el movimiento obrero debe aceptar los límites de esa realidad. A lo largo de la historia uno de los objetivos prioritarios de los que tienen el poder ha sido apropiarse del saber, separando el conocimiento de la acción, para, de esta forma, descalificar la protesta como algo absurdo e irracional. Lo estamos viendo, en la actualidad, en la ofensiva de los medios de comunicación por descalificar al movimiento antiglo-

balización, tratándolo como una protesta de personas ignorantes y ocultando que tiene de su parte a prestigiosos intelectuales.

En contra de esta estrategia de división, el movimiento obrero buscó desde sus orígenes establecer un frente común con el mundo de la cultura y del saber. A principios de siglo, en 1901, cuando en Valencia se estaban formando las primeras Sociedades Obreras de resistencia al capital (así se llamaron los primeros sindicatos) ocurrió un hecho que prueba el aprecio que tenían los trabajadores por quienes desde el campo intelectual defendían la libertad y la justicia. Nos lo cuenta Blasco Ibáñez y vale la pena escucharlo:

> "Cuando Zola era perseguido inicié un mensaje de consuelo y adhesión, creyendo que solo lo suscribirían unos cuantos intelectuales y artistas. ¡Tuve que colocar cuatro mesas con pliegos y se recogieron treinta y dos mil firmas! Venían las modistillas al salir del taller; los muchachos, al abandonar la escuela; los obreros, colgándose al hombro el saquillo de la comida, cogían la pluma con dificultad entre sus dedos callosos; todo un pueblo de humildes, inflamados por el respeto al genio y la admiración al heroísmo. Algunos habían leído novelas de Zola en el folletín de El Pueblo; otros, ni esto, pues les bastaba saber que era un señor que escribía libros, un artista que estaba al lado de los desgraciados y los perseguidos...Yo vi lo que escribía un albañil a continuación de su firma, con una sencillez que arrancaba lágrimas: 'Don Emilio, cuando no pueda vivir ahí, véngase a Valencia. Aquí tiene casa y un amigo. Vivo en...' Y escribía las señas de su domicilio con la tranquilidad del que, ganando tres pesetas, aún está dispuesto a partirlas con los que ama."

Muy pronto el sindicalismo se hizo adulto y se pertrechó de una doctrina propia, que le permitía interpretar la realidad, cuyo armazón básico era el marxismo. El movimiento obrero podía caminar por su cuenta, pero eso no quiere decir que deba hacerlo en solitario. No podemos olvidar que, como escribió Engels, las tres fuentes en que bebió Marx fueron: el movimiento obrero francés, el idealismo alemán y los economistas británicos. Para Marx no existía una separación entre el conocimiento teórico, que se forja en el estudio, y la práctica que se lleva a cabo en las fábricas y en la calle, y su actitud debe servirnos de ejemplo. Hoy, más que nunca, necesitamos las armas de la teoría para combatir a la ideología dominante, reinterpretar los nuevos fenómenos sociales y poder llevar a la práctica una acción coherente y eficaz. La presencia de P. Bourdieu, el gran sociólogo del Collège de France, repartiendo panfletos en una estación de París, en apoyo de la huelga de ferrocarriles, tal vez no sea necesaria, aunque resulta ejemplar. Pero su teoría crítica y su formidable libro *La miseria del mundo* nos son imprescindibles.

Es cierto, y no hay por qué ocultarlo, que en algunos momentos de su historia el movimiento obrero se consideró autosuficiente y dejó caer la sombra de la sospecha sobre los intelectuales. Incluso los que mostraban buena voluntad eran pequeños burgueses en los que no había que confiar o a los que había que reeducar. El partido de la

clase obrera poseía todas las verdades que lo mismo servían para un roto que para un descosido. Las consecuencias de esta apropiación del saber por los que tenían el poder fueron tan nefastas en la patria del socialismo como lo han sido en el capitalismo. *El fantasma del ingeniero ejecutado*, libro reciente de Loren Graham, basado en los archivos de la policía soviética, es un interesante ejemplo de lo que ocurrió con la escisión del saber y del hacer, provocada por el estalinismo. Un grupo de ingenieros, que se oponían a los megalómanos proyectos del poder (gigantescos canales y presas) por su elevado coste social y ecológico, fueron deportados, y las obras se hicieron con las tremendas consecuencias que ellos habían previsto.

Por fortuna nosotros vivimos alejados de estos excesos, pero no siempre fuimos inmunes a la desconfianza. Durante la transición cundió la idea de que los intelectuales, los picos de oro, como se dio en llamarles, querían apartarnos del recto camino, y afloró la tentación de enrocarnos en el obrerismo puro y duro. Duró poco porque ¿cómo podíamos desconfiar de quienes habían luchado a nuestro lado? Teníamos la misma educación sentimental: lloramos juntos de rabia el día que asesinaron a Allende, de pena el día en que murió Berlinguer, cuando vimos a Mastroiani, a Monica Vitti, a Bertolucci y a tantos otros, que admirábamos, depositar un clavel sobre su féretro. Pertenecíamos a una generación que había ido junta a la escuela de Gramsci, es decir, sabíamos que los cambios sociales no pueden darse sin haber ganado la hegemonía cultural. Y no nos echamos atrás en mantener un proyecto común. Desde su creación como Confederación Sindical, CCOO ha puesto el mayor empeño en que una de sus señas de identidad sea la estrecha colaboración entre la universidad y el movimiento obrero.

Este libro de Benito Sanz, editado por la Fundación de Estudios e Iniciativas Socio Laborales, FEIS, perteneciente a la C. S. de CCOO del PV, es una forma de ratificar el compromiso de seguir trabajando juntos. Entre las diversas tareas de la FEIS está la de impulsar los estudios históricos, que contribuyan a preservar el patrimonio del pasado, y la de estimular la reflexión sobre los problemas del presente. El primer objetivo es evidente que el libro lo cumple con creces ya que, a mi juicio, es el estudio más completo sobre el movimiento estudiantil de cuantos se han publicado, un trabajo laborioso y serio que se apoya en una rica documentación, en muchos casos inédita, y en decenas de entrevistas realizadas por el autor a los protagonistas de los hechos, de los que él mismo fue actor privilegiado. Pero, como he tratado de decir en esta introducción, puede también ayudarnos a reflexionar sobre el problema, hoy más candente que nunca, de para qué o a quiénes sirve el saber. Hubo un tiempo en que sirvió para cambiar la historia, se nos dice en el libro, y, partir de aquí, nos deja libres para leerlo como una simple evocación nostálgica o como un reto. Podemos quedarnos en lo primero porque es, desde luego, un libro de hermosos recuerdos, en el que reencontramos a los antiguos compañeros de lucha y revivimos momentos exultantes de nuestra juventud. Qué raros nos vemos, con aquellas barbas subversivas que tanto exasperaban a los guardias y que, vistas ahora, nos dan un aire despistado e inocente. Y qué limpios, con las ilusiones intactas y el porvenir por estrenar. *Poveri ma belli*, ingenuos pero generosos.

Llegados a ese punto podemos cerrar el libro, satisfechos, o ponerlo al trasluz, como se hace con los billetes del euro para comprobar su autenticidad. Constataríamos un hecho digno de mención. Ni una sola persona de las que aparecen es falsa. Todos y cada uno no solo creían en lo que estaban haciendo, sino que lo vivían intensamente. Creo que eso es lo que, leído en profundidad, nos dice. No es un libro de nostalgias, ni de ilusiones perdidas, sino de convicciones. Muchos las siguen manteniendo, otros las abandonaron en el camino, pero poco importa. La lección sigue en pie recordándonos que es hermoso luchar por cambiar el mundo. Otros la recogerán si nosotros ya no lo hacemos. En una bella película, que bien podría dar el título a este libro, *Tal como éramos*, Robert Redford y Barbara Streissand recuerdan su combativa juventud durante la época del New-Deal. Se han vuelto a encontrar, al cabo de los años, cuando Redford, triunfador, salía del Waldorf Astoria y Barbara, militante, repartía en la puerta panfletos contra la guerra. Cada uno ha elegido su camino, pero hay algo que no pueden borrar: lo que amaron juntos en el pasado. Y hay algo más fuerte que nadie puede impedir: que otros sigan amando el futuro como ellos lo hicieron.

Obrers i estudiants, units en la lluita

Texto incluido en la obra dirigida por Benito Sanz sobre *L'oposició universitària al franquisme. València 1939-1975,* publicada primero en fascículos y en 2013 en formato libro por la Universitat de València.

En aquella època –parle del 1970– s'estilaven molt els cine fòrums. Després de la projecció de la pel·lícula, se'n feia un debat i la colla de *rojos,* que omplia la sala, aprofitava l'avinentesa per parlar de la lluita de masses, de la revolució i de coses fabuloses que ens tenien capficats o, tal com va dir Cerantes, *"sorbido el seso de tanto leer libros de caballería*" i de marxisme-leninisme-pensament-Mao-Tse-Tung.

Recorde una vegada que s'havia projectat una pel·lícula del *free cinema* anglès i que es discutia acaloradament sobre la consciència de classe del proletariat. De sobte, es va alçar un tipus gras que desentonava entre aquell públic d'universitaris i va demanar la paraula; *"Compañeros, yo no sé hablar como vosotros, porque soy tornero, pero os puedo decir..."* No sé què va dir, però recorde que es va fer un silenci religiós per escoltar-lo. En aquell temps, la paraula d'un metal·lúrgic valia més que la d'un catedràtic d'Anàlisi Econòmica.

Una de les consignes preferides i més corejades era "*¡obreros y estudiantes, unidos en la lucha!*" Sense la classe obrera, tal com s'havia vist al Maig francès, no es podia fer res o, per dir-ho en termes clàssics, el proletariat era el subjecte històric de la revolució en què aquells joves somiaven. Però sobre aquesta qüestió hi havia dues teories que provocaven polèmiques enceses. Per a uns (les xiques i els xics del Partit Comunista), el capitalisme modern portava a la proletarització dels tècnics, els convertia en assalariats i, per tant, calia aconseguir una "aliança entre les forces del treball i de la cultura"; per a altres (maoistes, trotskistes i consellistes), els universitaris eren petitburgesos que s'havien de reeducar o proletaritzar tot treballant a la fàbrica. Jo vaig coincidir en una empresa amb dos d'aquests universitaris proletaritzats voluntàriament i ens ho vam passar d'allò més bé. Vam aprendre moltíssim de futbol; no crec que ensenyàrem res, però vam fer bons amics entre els companys i organitzàrem una petita comissió obrera. A l'últim, ens van despatxar perquè ens vam entossudir a convocar una assemblea al menjador, en solidaritat amb la vaga d'Astilleros. Va ser una llàstima, perquè un d'ells, que ara és advocat, havia caigut en gràcia a l'encarregat de línia. Ens hauríem fet els amos de la fàbrica, però ens vam precipitar. En conjunt, el nombre d'estudiants proletaritzats no va ser massa alt, però allà on van estar, hi van deixar una empremta: entre els obrers, per la seua companyonia i per la seua audàcia a plantar cara; en la direcció, perquè tenien molt poc en compte això que tant es predica a la Facultat d'Econòmiques sobre la productivitat i treballaven tan poc com podien. "Jo no regale ni un minut de la meua vida al capital", solien dir tot sintetitzant en una frase el concepte marxista de plusvàlua.

Deixant a banda aquestes experiències puntuals, el moviment estudiantil sempre estava disposat a col·laborar amb el moviment obrer i donar-nos un cop de mà, ja que en CCOO no teníem massa mitjans. Els pamflets els imprimíem artesanalment amb aquelles famoses *vietnamites*, que et posaven perdut de tinta i amb les quals tardaves una eternitat. Quan s'havia de fer un tiratge llarg, recorríem a algun capellà progressista que ens deixava la ciclostil. Però també hi havia els xics i les xiques de Ciències. En aquesta Facultat, els del PC havien copat els serveis culturals i, quan els necessitàvem, hi imposaven la dictadura del proletariat, no deixaven passar ningú i ens feien els pamflets. A propòsit, en aquest grup hi havia l'Antonio Gutiérrez, l'actual secretari general de CCOO, que aleshores estudiava físiques i després va marxar a la Michelin de Valladolid.

Els pamflets s'havien de llançar a la porta de les fàbriques a l'hora de l'entrada o l'eixida del personal. Normalment, la gent de CCOO ens intercanviàvem, segons els torns de treball; però, quan això no era possible, sempre trobàvem una colla d'estudiants disposats a fer-ho. Amb un parell de motos (res d'Honda o de Suzuki: la sofrida Mobylette i l'atractiva Vespino), recorrien el polígon i *regaven* de pamflets totes les fàbriques. El cap de personal, sense dissimular l'empipament, em deia: *"Como le echemos mano a tus amigos, les cae el pelo"*. I eren certes les dues coses: que aquells estudiants eren amics nostres i que s'arriscaven que els caiguera el pèl. I a molt més.

Les manifestacions eren un altre punt de trobada. És clar que eren prohibides i que calia fer-les mitjançant la tècnica del *salt.* Passejàvem dissimuladament pels voltants del lloc previst quan, de sobte, sonava un xiulet i en un no res ocupàvem el carrer. L'avantguarda universitària no fallava mai a la cita de CCOO, bé en suport a la vaga de la SEAT, bé contra la limitació salarial. Hi hagué un grup –crec que de Bandera Roja– que va intentar imposar la moda parisenca, del Maig del 68, d'anar-hi amb el casc de la moto per defensar-se millor, però els obrers ja en tenien prou amb el casc de l'obra i la iniciativa va tenir poc èxit.

Què els hi anava, als fills de papà, que gaudien del privilegi d'estudiar i de poder situar-se, en això de la lluita obrera? Doncs, aleshores, com ara, hi havia molts als quals importava un rave la lluita obrera. Però hi havia un sector, conscient i combatiu, que tenia les coses molt clares. Després de derrocar la dictadura, que ens privava de llibertat, calia seguir lluitant contra el capitalisme, que impedia la fraternitat. L'avantguarda universitària dels anys setanta no solament era antifranquista, sinó també anticapitalista i, per això, identificava els seus interessos amb els de la classe obrera.

Al cap dels anys, algun d'aquells joves s'han convertit en venerables *carrosses* del sistema i contemplen el passat com el Frédéric de Flaubert, en l'últim capítol de *L'educació sentimental*: l'antic rebel apareix com la figura patètica del conformisme. Altres, en canvi, continuen lluitant amb la mateixa ingenuïtat d'aquells temps, defensant allò en què creien: la possibilitat d'un món fraternal o, tal com es deia aleshores, sense explotadors ni explotats. No falten a cap manifestació en suport dels sindicats, en defensa del immigrants, en protesta per les explosions nuclears. Per a ells no ha passat el temps, no han perdut les il·lusions ni se'ls han marcit els ideals. Quan els torne a veure, em semblen tant joves com fa vint-i-cinc anys, en què, muntats en una Mobylette, repartien pamflets a la porta de les fabriques.

Enterarse de la película

Artículo publicado en la *Cartelera Turia* (julio de 1997), con motivo del premio "a la mejor contribución social" otorgado por dicha revista a los sindicatos CCOO y UGT.

La Academia de Hollywood acostumbra a dar un Oscar por el conjunto de su obra a aquellos a quienes ignoró en vida, cuando ya los interesados son venerables ancianos y resultan inofensivos. La *Turia* prefiere mojarse cada año. Por eso no ha premiado a los sindicatos por sus gloriosas hazañas del pasado, como hacen otros para jubilarlos honrosamente, sino por su última y conflictiva película: la reforma laboral.[1] Es un reconocimiento a su capacidad para afrontar los problemas del presente con lucidez y coraje.

Al igual que los chicos de la Turia yo no nací, como dice Alberti, con Buster Keaton sino con Gilda y su turbadora cabellera. En aquella época la Metro, la Fox, la Warner y tres o cuatro más dominaban la industria. Cada una era un imperio cerrado y autosuficiente que controlaba todo el proceso: desde los guionistas hasta los acomodadores de las salas de proyección de la Quinta Avenida, los electricistas de los estudios, las peluqueras, los sastres y, por supuesto, el plantel de actores y actrices, pertenecían a la casa. Pero el cine ya no es lo que era. Hoy, cuando la Warner-Sony quiere hacer una película contrata a una empresa el estudio de mercado, encarga a otra el casting y la búsqueda de actores en las agencias, arrienda temporalmente los locales de filmación, subcontrata a los técnicos y así sucesivamente. Los empleados propios de la Warner cabrían en un taxi.

Cuando empecé a ser sindicalista (algo más tarde que a ir al cine pero hace demasiado tiempo) las empresas, como el león de la Metro, se lo tragaban todo. Hoy externalizan la mayor parte del proceso productivo en una cadena que llega hasta los trabajadores, a los que obliga a convertirse en autónomos para contratar sus servicios temporalmente. Como en las petruskas o en las cajas chinas, dentro de una empresa hay cinco o seis subcontratadas (proveedores de piezas, diseñadores, servicios contables, distribuidores a domicilio, casi todo es de fuera). En la General Motors de Brasil hasta los trabajadores de la cadena de montaje pertenecen a otra empresa. El obrero de toda la vida, modelo Jean Gabin con su gorra de *métallo* y silbando canciones de Edith Piaf, es una figura romántica de otros tiempos.

[1] Se refiere a los llamados *acuerdos de abril* de 1997, suscritos por los sindicatos mayoritarios con el Gobierno en el marco del diálogo social y que suponían una reforma pactada del Estatuto de los Trabajadores en materia de negociación colectiva, fomento y estabilidad en el empleo y formación de los trabajadores. *(Nota del Editor)*

Por eso el sindicalismo tradicional que se hace fuerte en el feudo de trabajadores fijos está condenado a un corporativismo feroz, cuanto más radical más amarillo. Desde estas posiciones es fácil, pero resulta una ofensa al conjunto de los trabajadores, quejarse de que en los acuerdos se hayan rebajado las indemnizaciones por despido. Como le ocurrió a Narváez en su lecho de muerte, que no podía perdonar a sus enemigos porque los había matado a todos, los empresarios no indemnizan a nadie, ni poco ni mucho, sencillamente porque solo contratan fijos a un 6 por cien.

Esa es la cruda realidad y para cambiarla hay que mirar de frente al monstruo sin temor a ser devorado, abandonando de una vez el sindicalismo mágico de conjuros y grandes frases. El profesor Lyon-Caen, uno de los mejores especialistas en relaciones laborales, ha escrito que la mayor parte de las figuras del Derecho del Trabajo son inaplicables en el sistema productivo actual y que la tarea consiste en construir pacientemente un nuevo marco de derechos adecuado a los cambios. Como se ha hecho en los recientes acuerdos. Poniendo límites y obligando a la patronal a reconocer la necesidad de estabilizar el empleo. Dando prioridad a los *outsiders,* aunque esto suponga ceder en algún privilegio de los *insiders.* Garantizando los derechos sociales de figuras nuevas, como el trabajo a tiempo parcial. Experimentando fórmulas para que la formación de los jóvenes acabe en su incorporación a la empresa. En una palabra, manchándose las manos y apostando por soluciones limitadas pero reales.

En una inolvidable película de H. Hawks el bueno de Gary Grant se dedica a recomponer el esqueleto de un dinosaurio de museo hasta que tropieza con Katherine Hepburn y se ve arrastrado a una trepidante aventura en la que, a veces, confunden al tigre bueno con el malo. Así es la vida. Entre un sindicalismo paleontológico, recluido y obsesionado por el cuidado de su honorable esqueleto, y un sindicalismo valiente que se enfrenta a la realidad, aun con el riesgo de equivocarse, la *Turia,* que sabe mucho de cine y de sindicalismo, prefiere la audacia de *La fiera de mi niña* y el coraje de los actuales sindicatos.

3. Materiales para el debate


POR LA DEFENSA
DEL PUESTO
DE TRABAJO

Los agentes económicos y sociales en la Comunidad Valenciana

Texto publicado en el volumen colectivo *La Comunidad Valenciana en el umbral del siglo XXI. Estrategias de desarrollo económico,* editado en 2007 por la Universitat de València con motivo del 40 aniversario de su Facultad de Económicas.

Hace cuarenta años, cuando la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales comenzó su andadura, la inclusión de este artículo en un libro-programa hubiera significado un desafío. La confirmación de que la Facultad estaba dominada por rojos y marxistas. Hablar de los agentes sociales, en pleno franquismo, era una forma velada y astuta de dar entrada al movimiento obrero, que por aquellos años comenzaba a ser la pesadilla del régimen, y de reivindicar para el mismo un lugar central en la sociedad. El franquismo distorsionaba la realidad convirtiendo lo normal en extraordinario. En Europa, durante la década de los 60, hablar de los sindicatos era tema habitual de los profesores keynesianos de la *London School* y de la *Bocconi*. Al fin y al cabo el keynesianismo era el paradigma de comprensión del sistema de producción fordista, entonces imperante, y el pacto social entre gobierno, empresarios y sindicatos un elemento clave del mismo.

Cuarenta años más tarde la cuestión social ha desaparecido del debate académico y de la agenda política. En los discursos electorales se habla de todo menos de la clase obrera. El mundo industrial ha perdido homogeneidad y su imponente presencia en la sociedad, desplazado por una confusa galaxia de empresas de servicios, de alta tecnología o de bajo perfil, que de todo hay, y más de lo segundo. Partimos, pues, de esta nueva realidad y no de la añoranza del pasado, cuando los trabajadores de mono azul ocupaban el centro de la escena. Pero también de la constatación de algunos hechos que disipan las fantasmagorías sobre el fin del trabajo asalariado, y que otorgan a los agentes sociales tradicionales, las organizaciones empresariales y sindicales, un renovado protagonismo.

El primero es el hecho de que el trabajo sigue siendo el bien más preciado. La gente necesita trabajar para vivir, y quiere trabajar porque es lo que da sentido a su vida, pero no lo tiene fácil. Como hace cuarenta años, o como hace un siglo, sigue siendo verdad que el que no trabaja no come, o no puede pagar la hipoteca del piso. Los empresarios que crean empleo, no los que crean valor para el accionista, y los sindicatos que lo defienden, siguen siendo el eje de la vida social. Unido a esto hay que recordar que el mercado de trabajo es una institución social configurada y sostenida por normas jurídicas, culturales e institucionales, y no solo por el libre juego de actores sociales. Como ha explicado Solow, los demandantes de trabajo comprenden que un juego

permanente a la baja para conseguir empleo lleva a su autodestrucción (en el límite tendrían que trabajar gratis) y que es necesaria la acción colectiva para impedirlo. La desaparición del universo compacto de las fábricas y la proliferación del empleo disperso, dificultan el empeño, pero lo hacen más necesario. Sigue habiendo sindicatos, digámoslo sin rodeos, porque sigue habiendo injusticias en el mundo del trabajo. Pero, por si este argumento es muy rudo, añadiremos que existe una abundante literatura sobre su utilidad para agregar intereses, canalizar las demandas y ahorrar costes de información y de transacción.

Sobre la actualidad de las organizaciones empresariales solo diremos que el epicentro de la libertad de mercado, donde centenares de celosos funcionarios persiguen la más mínima sospecha de confabulación de intereses, Bruselas, es el lugar del mundo, tal vez con la salvedad de Washington, donde hay más lobbys por metro cuadrado. En nuestra exposición explicaremos, en primer lugar, el proceso de formación de las organizaciones empresariales y de los sindicatos, y analizaremos, a continuación, la situación en que se encuentran y los problemas que deben afrontar.

Las organizaciones empresariales: los pasos perdidos

La Confederación Empresarial Valenciana, CEV, fue creada en 1977 de manera un tanto apresurada para responder a las urgencias del momento e inmediatamente se incorporó a la CEOE. Está formada por las federaciones de los diversos sectores productivos y en gran medida depende de ellas. En 1978 fue creada la COEPA para representar a los empresarios alicantinos, en la que tiene un gran peso la federación de servicios (hostelería), y en 1979 la CEC, de los empresarios de Castellón, dominada por el sector cerámico. En 1981, ante la inminencia de la aprobación del Estatuto de Autonomía, las tres confederaciones provinciales decidieron constituir la CIERVAL que teóricamente ostenta la representación para toda la Comunidad. Sin embargo, como ninguna de las entidades provinciales renunció a sus atribuciones, la CIERVAL ha funcionado como una superestructura fantasma escasamente operativa.[1] En la exposición nos referiremos a la CEV que es la que ha tenido mayor protagonismo.

El perfil de la CEV fue, desde el comienzo, el de una patronal clásica orientada a la negociación de las condiciones laborales con los sindicatos, y a la participación en

[1] Diez años después, la realidad confirmaba drásticamente este diagnóstico y el Diario Oficial de la Generalitat publicaba (el 18 de julio de 2017) un auto del Juzgado Mercantil nº 3 de Valencia por el que se decretaba la disolución de la Confederación de Organizaciones Empresariales de la Comunidad Valenciana (CIERVAL), tras un concurso de acreedores por una deuda de 1.000.565,26 euros, derivada de los fraudes en la gestión de las subvenciones públicas y malas prácticas de las territoriales de Castellón (CEC) y Alicante (COEPA), algunos de cuyos principales dirigentes han sido procesados. Desde entonces, y tras modificar sus estatutos para fijar un ámbito de intervención autonómico, una renovada CEV ha asumido la representación institucional de los empresarios de la Comunidad Valenciana. *(Nota del Editor)*

grandes acuerdos macroeconómicos con las organizaciones obreras y el gobierno. Durante los primeros años apareció ostensiblemente a la sombra de la CEOE aplaudiendo complacida la retórica empresarialista y antisindical de su presidente, el Sr. Ferrer Salar. Eran tiempos de cambio en los que había que definir un nuevo marco de relaciones laborales y la CEOE-CEV dio una dura batalla contra el Estatuto de los Trabajadores convocando a sus socios a fervorosos mítines de defensa empresarial. Por un momento pareció que la confrontación entre patronal y sindicatos iba a enquistarse, pero la tensión sirvió para cohesionar las filas de una y otra parte más que para enfrentarlas entre sí. La patronal necesitaba demostrar a sus temerosos socios que, en la negociación de los convenios, no cedía ni un punto a las presiones de los sindicatos, y las relaciones fueron duras al principio, pero el buen sentido se impuso a la intransigencia. La experiencia de atascos innecesarios y conflictos inútiles llevó a la agilización de los acuerdos salariales. Al menos en esta parcela la cultura empresarial, y como luego veremos también la sindical, se adaptó con relativa prontitud al marco de la democracia industrial. Los dirigentes patronales dejaron de ver a los sindicatos como el enemigo empeñado en destruir la empresa, y los sindicatos aceptaron la despolitización de la negociación, que había sido la causa principal de la tensión durante el franquismo.

No puede decirse lo mismo de otros aspectos de la actuación empresarial en los que la CEV resucitó viejos tópicos vistiéndolos con ropaje moderno. Seguramente la idea más arraigada en la mentalidad patronal de todos los tiempos es la libertad de despido. Durante el franquismo, a cambio de otras ventajas (la prohibición de la huelga, la represión policial sobre los líderes revoltosos) los empresarios habían aceptado en silencio las restricciones impuestas, pero ahora ya podían quejarse y entonar la vieja canción con renovado brío. En su defensa se prescindió del argumento más rancio (en mi casa mando yo y hago lo que quiero) y se esgrimieron razones pretendidamente modernas. Todo lo que estorbaba se identificó con las rigideces del modelo franquista, propias de una dictadura, aunque no fuera cierto ya que la regulación del despido es propia del modelo europeo. Precisamente por su tosquedad y falta de matices, el argumento sirvió para crear un útil chivo expiatorio a cuenta del cual se podía disparar contra la protección del empleo. Todavía en el 2005 el presidente del FMI, el Sr. Rato, en visita pastoral a nuestro país, nos advertía de la persistencia de rigideces en el mercado de trabajo, cuando el índice de precariedad era el más alto de Europa. Los mitos cuesta mucho desarraigarlos. Un segundo argumento fue la crisis económica. Las empresas se encontraban paralizadas por plantillas sobredimensionadas y envejecidas y, para incentivarlas, era necesario que se agilizara el despido y la contratación temporal. Según decían los nuevos abanderados del liberalismo económico, el blindaje del empleo de los *insiders* dificultaba la contratación de los *outsiders*. Este razonamiento se vió reforzado por el éxito de los *reaganomics*. La economía norteamericana iba viento en popa y creaba empleo por la absoluta libertad de contratación, una prueba que no admitía réplica.

En esta decisiva batalla la patronal consiguió una primera victoria, en tiempos de Suarez, introduciendo en el Estatuto de Trabajadores el "despido objetivo", por razones de disminución de la producción, una medida muy limitada para sus aspiraciones. Pero no necesitó insistir más ya que, al acceder el PSOE al poder, el gobierno desplegó un abanico de modalidades de contrato temporal que cambiaron por completo el panorama laboral. Los empresarios se lanzaron con avidez a la utilización de este tipo de contratos, en muchos casos sin causa que lo justificara, y en poco tiempo el 90% de los nuevos contratos eran temporales. Dejando aparte las consecuencias para el mercado laboral, que sufrió un deterioro irrecuperable, aquí debemos destacar su repercusión en la cultura empresarial. Como escribió en su momento José V. Sevilla, los empresarios optaron por la "adaptación pasiva a la crisis" utilizando la precariedad como forma de amortiguar las incertidumbres del mercado, en lugar de acometer una radical renovación tecnológica. Esta actitud defensiva y temerosa arraigó de tal manera en la mentalidad empresarial (siempre predispuesta a ver en los costes salariales la fuente de todos sus males) que cuando, a finales de los 90 y con la economía a favor, el gobierno ha querido impulsar la contratación estable, la respuesta ha sido lenta y decepcionante.

La pasividad, disimulada bajo el manto de una retórica de colaboración, fue la nota dominante de la conducta empresarial y se manifestó en su participación oportunista en los acuerdos macroeconómicos. A la vista de los buenos resultados obtenidos por los Pactos de la Moncloa (la inflación bajó seis puntos) el gobierno, primero de la UCD y luego del PSOE, creyó conveniente apoyar la política económica sobre la concertación social. De 1978 a 1988, fecha de la huelga general que supuso la ruptura del modelo, se fueron sucediendo una serie de grandes acuerdos entre el gobierno, la patronal y los sindicatos, o solamente entre patronal y sindicatos, en los que se fijaban los límites de la negociación salarial y se proponían actuaciones para la reactivación económica. Con notable optimismo en el ANE, Acuerdo Nacional de Empleo, de 1982, se anunciaba la creación de 800.000 puestos de trabajo. La implicación de los empresarios en este objetivo fue muy débil, limitándose a aprovechar los nuevos tipos de contratos, lo cual no llevaba a la creación de empleo sino a la sustitución de fijo por temporal. En 1985, en la Comunidad Valenciana, el desempleo descendió por primera vez, de un 21,23% a un 19,63% y se crearon 21.150 nuevos puestos de trabajo, aunque nada se dice de la calidad de los mismos. Lo que sí sabemos es que se formalizaron 252.000 contratos, lo que significa que el mercado de trabajo funcionaba como una plataforma giratoria en la que los trabajadores entraban y salían con contratos de breve duración y eran sustituidos por otros. Dicho sin ambages, los acuerdos resultaron un fiasco total a la hora de poner en marcha políticas activas de empleo.

Al constituirse la Generalitat, en 1982, el gobierno socialista intentó hacer frente al derrotismo y diseñó un ambicioso plan de política industrial dirigido a la renovación de los distritos industriales tradicionales (calzado, textil, cerámica, madera, juguete y trasformados metálicos). Se crearon una serie de institutos tecnológicos, un parque

tecnológico, que debía convertirse en una incubadora de empresas avanzadas, y diversas instituciones de orientación y apoyo (IMPIVA, PROCOVA, luego IVEX). Las líneas directrices se plasmaron en un Plan cuatrienal (PEV-1984), en el que se consignaban una serie de partidas destinadas a la formación y la creación de empleo. La respuesta de los empresarios fue desigual. Por supuesto la CEV se adhirió al PEV, y a los sucesivos planes que le dieron continuidad, canalizando los fondos destinados al empleo, pero no ejerció una función de liderazgo entre las Federaciones de cara a realizar una profunda reconversión del aparato productivo. Cada Federación actuó a su aire. Los empresarios de la cerámica de Castellón llevaron a cabo un conjunto de acciones colectivas que empujaron la renovación del sector. Su conducta suele ponerse como ejemplo de competencia y colaboración, típica de los distritos industriales dinámicos. El textil, apoyado por el plan de reconversión nacional, mejoró sensiblemente su dotación tecnológica. Con el resto de sectores tendríamos que ser menos complacientes pues, si bien a finales de los 80 habían superado la crisis, su reconversión era muy limitada y se había basado en una actitud defensiva. En la madera desaparecieron las empresas de un cierto tamaño o se convirtieron en comercializadoras, en el calzado se volvió a la economía sumergida y subsidiaria, se reajustaron los pequeños talleres del metal dedicados a la cerrajería, las lámparas o los perfiles de ventanas, y la juguetería se refugió en un par de empresas con productos de una modesta sofisticación. Más de lo mismo, con menores costes salariales, y algunos cambios en la presentación y el diseño. Evidentemente de la actitud de cada empresario no se puede acusar a la patronal, pero sí de la falta de una actitud colectiva más audaz. Los institutos tecnológicos ofrecían la posibilidad de adentrarse en nuevos campos (¿por qué no la maquinaria de precisión?) pero apenas se recurrió a ellos y siempre para proyectos de corto vuelo.

Las transferencias del gobierno central a la Generalitat fueron configurando un espacio autónomo en el que los agentes sociales debían asumir responsabilidades y tomar decisiones. Con el objetivo de delinear un vasto programa económico la CIERVAL convocó, en 1989, unas jornadas, invitando a las diversas instituciones relacionadas con el mundo empresarial (Cámaras, Cooperativas, Ferias). La reunión, a la que luego se llamó "la cumbre de Orihuela", había sido preparada cuidadosamente y se desarrolló en un clima de euforia. Se hizo un inventario de las necesidades más perentorias en infraestructuras y dotación de servicios, acompañado de recomendaciones y propuestas dirigidas a las propias instituciones empresariales (impulsar las Ferias, ampliar el Puerto) y a la Generalitat (mejorar la comunicación con Madrid y Barcelona). La cumbre supuso un meritorio esfuerzo por sacar a la patronal del recinto acotado de las relaciones laborales y por situarla como un agente activo de la política económica. Pero la capacidad de la CIERVAL para liderar el heterogéneo conjunto de organizaciones empresariales era bastante débil y su protagonismo se fue diluyendo, en competencia con grupos de presión (el hotelero y el inmobiliario) que representaban al nuevo empresariado. El cambio de guardia se efectuó en las puertas de la Generalitat coincidiendo con el relevo de los socialistas por los populares.

Las organizaciones sindicales: una dolorosa adaptación

Las organizaciones sindicales más representativas, en la Comunidad Valenciana, son CCOO y UGT, cada una con un 40% de los delegados electos. El resto se lo reparten distintas organizaciones con una baja representatividad sobre el conjunto, aunque en algún sector obtengan buenos resultados. Los sindicatos de tipo corporativo, que se autodenominan independientes, tienen presencia en los sectores proclives al corporatismo (sanidad, administración), la veterana USO pervive muy diezmada en alguna comarca del Sur, el STEPV tiene implantación entre el profesorado de primaria, que sintoniza con la cultura nacionalista, y la CGT está presente en alguna gran empresa, pero es irrelevante en el conjunto. La representatividad de CCOO y UGT es, pues, incuestionable. En la exposición, cuando hablemos de los sindicatos, nos referiremos a ellos de forma conjunta, lo cual requiere una explicación.

En los primeros años la competencia entre ambas organizaciones se hizo notar, en ocasiones de una forma crispada, aunque vista en perspectiva no tuvo repercusiones importantes en la actividad sindical. El deseo de aparecer como primer sindicato y la necesidad de definir las propias señas de identidad provocó innecesarias polémicas. UGT trató de capitalizar la relación con el PSOE presentándose como "sindicato socialista" y tachando a CCOO de "sindicato comunista", calificaciones que había que leer como una contraposición entre moderno y arcaico. Y CCOO, a su vez, remitía a la lucha heroica contra el franquismo, de la que la UGT había estado ausente, acusándola de débil y reformista. La estrategia de los dos sindicatos era muy parecida, pero el deseo de diferenciarse hizo que CCOO, defensora de la política de acuerdos, se abstuviera de participar en el AI y el AMI, y que UGT se retirara de alguna convocatoria de lucha. Esta insana situación terminó con la huelga general de 1988, a partir de la cual la unidad de acción ha sido una constante. Puesto que tanto en la primera etapa, marcada por la competencia, como en la segunda, de armoniosa relación, en lo sustancial de su actuación no ha habido grandes diferencias, la analizaremos conjuntamente.

Comencemos por el recuento de sus efectivos. Entre los diversos sindicatos la tasa de afiliación está en un 17% de la mano de obra, que se reduce a un 14% entre CCOO y UGT, una cifra ciertamente baja. La media europea es del 25%, con una elevada tasa, superior al 75%, en los países nórdicos, con cifras próximas a la media en los países de gran tradición sindical, Italia (28) Alemania (22) Gran Bretaña (30) y con el sorprendente caso de Francia, donde ha caído a un 10%. Dejando aparte la excepción nórdica, en todos los países se ha producido una sensible pérdida de afiliación en los últimos años. Las causas son conocidas y afectan, sobre todo, a los más avanzados en los que la base industrial ha dado paso a una diversificada y dispersa estructura de servicios. La clase obrera tradicional (el *métallo*, el docker) ha desaparecido y con ello se ha esfumado una determinada cultura basada en la adscripción identitaria, en la que la afiliación desempeñaba un papel determinante. Tomar la *carte*, o la *tessera*, como se decía en Francia e Italia, coger el carnet constituía un acto casi sa-

cramental mediante el cual uno se identificaba con su clase, un hecho que se daba también en los partidos. En las sociedades postindustriales y postmodernas, donde los grupos sociales tienen perfiles imprecisos y las ideologías han perdido peso, los compromisos partidistas están en crisis. Por ello no se puede hablar de la baja afiliación sindical, como si fuera un hecho anómalo, sin tomar en consideración que la desconfianza en las instituciones es un hecho generalizado. Ni conviene idealizar la alternativa movimentista como si en ella radicara el futuro de la contestación social. Los movimientos, grandes o pequeños, contra la globalización o la tala de unos árboles, cumplen una función de agitación, pero son intermitentes, muchas veces efímeros, y no pueden suplir el entramado institucional. Sin organizaciones estables de representación de intereses la sociedad queda en mano de fuerzas anónimas y de protestas puntuales. A pesar de la pérdida de peso los sindicatos han aguantado mejor que los partidos la deslegitimación de la representación y este es un hecho positivo que hay que constatar.

Ciñéndonos a España y a la Comunidad Valenciana hay que desmentir un tópico muy repetido, aunque escasamente fundado. Se atribuye la baja afiliación a la forma en que se realizó la transición, por la que el movimiento obrero tuvo que pagar un alto precio. Por exigencias del consenso las luchas obreras fueron frenadas, lo cual provocó el desencanto entre los trabajadores que, según esta versión, venían dispuestos a todo. Y como consecuencia del desengaño el boom afiliativo se desinfló. Lo cierto es que tal boom no existió. En los primeros momentos no había forma, por la falta de estructuras administrativas, de verificar el pago de las cuotas y se daba por afiliado a todo aquel al que se había entregado el carnet. Llevados del afán competitivo ambos sindicatos dieron cifras desmesuradas (doscientos mil afiliados cada uno) que no se correspondían con la realidad. Cuando para el segundo Congreso, en 1980, se pudieron dar cifras más afinadas, de acuerdo con la cotización de los seis meses anteriores, CCOO tenía 77.310 cotizantes, y UGT 59.639. Esta cifra fue aumentando y a partir de 1990 se estabilizó en torno a los 100.000 cotizantes en cada uno de los sindicatos, con una tendencia al alza en los últimos años. Si atendemos a la distribución de los cotizantes por edades, en 2005, los datos de CCOO son significativos. Un 42% corresponde a los comprendidos entre 45 y 65 años, un 46% a los de 30 a 44, un 11% a los de 16 a 29. Quiere esto decir que el grueso de los afiliados, en torno a los 45 años, no procede de los tiempos del franquismo sino que se trata de personas que eran muy jóvenes durante la transición, o que se han incorporado a la lucha sindical con posterioridad. Es cierto también que el grupo de los jóvenes es el que tiene la tasa de cotizantes más baja, con una particularidad importante. Mientras que la tasa de los otros grupos se corresponde con la que representa ese grupo de edad en el mercado laboral, en los jóvenes es más baja (un 11% de afiliación y un 23% en el mercado de trabajo). De aquí cabe deducir dos consecuencias de interés. Por una parte que el sindicato, desde la legalización, se fue consolidando con la incorporación de gente nueva, que no procedía del pasado antifranquista, un dato, a mi juicio, muy positivo porque demuestra que estaba respondiendo a la nueva generación de la democracia. Por otra parte, que

la incorporación de nuevas levas parece haberse frenado entre quienes se han hecho jóvenes en plena etapa neoliberal.

La consolidación de un modelo sindical adaptado a la democracia tropezó con no pocas dificultades. Una pesada hipoteca fue la falta de cultura sindical y la deformación que había producido la lucha antifranquista en la percepción de la realidad. Debido a la afiliación obligatoria el trabajador español de 1977 no tenía experiencia de compromiso sindical, no sabía, como sus padres o abuelos, que a un sindicato hay que apuntarse, cotizar libremente, asistir a las reuniones, leer su prensa, mantener una cierta disciplina orgánica. La obligada clandestinidad no permitía una práctica regular ni una vinculación estable a la débil estructura organizativa de CCOO. Por otra parte la lucha antifranquista contribuyó a crear el mito de que con la democracia se resolverían todos los problemas, cosa que no era cierta tratándose de cuestiones económicas. Para poner en aprieto al régimen se planteaban, sobre todo en los últimos años, reivindicaciones económicas poco razonables que solo tenían sentido por su repercusión política. En el momento de la transición existía un sentimiento difuso entre los trabajadores, agudizado por las luchas victoriosas de 1976, de que se podía poner el listón muy alto y de que los sindicatos podían alcanzarlo.

Por desgracia la situación no estaba para grandes alegrías. La democracia distaba mucho de estar consolidada y los sindicatos dieron un ejemplo de responsabilidad moderando sus demandas. Pero la inestabilidad política era solo una parte del problema, cosa que normalmente se olvida. Lo grave era que, agotado el ciclo desarrollista, la economía atravesaba una profunda crisis que obligaba a los sindicatos a un cambio de estrategia. Aunque se hubiera producido la famosa ruptura (otro mito que vuelve a estar de moda) y se hubiera puesto a buen recaudo a todos los golpistas, la moderación económica era insoslayable. Lo que estaba ocurriendo cuando los sindicatos comenzaron su andadura era la superposición de dos crisis: la crisis política de la transición de la dictadura a la democracia, de carácter nacional, que se resolvió definitivamente con el triunfo electoral del PSOE en 1982, y la crisis económica de la transición del modelo keynesiano fordista al neoliberal, de carácter internacional, que tardaría más en aclararse y que fue la que condicionó la actuación sindical y, a medio plazo, la formación de una nueva cultura.

La actuación sindical, hasta la huelga general de 1988, se centró en tres ejes que fueron evolucionando de distinta manera: la resistencia al desmantelamiento industrial y a la creciente oleada de expedientes de crisis, la formalización de acuerdos sectoriales en defensa de las condiciones de vida y trabajo, la participación en acuerdos macroeconómicos con el gobierno y la patronal, aparentemente para definir aspectos importantes de la política económica. Veamos la trayectoria que siguieron.

El panorama empresarial era borrascoso y muy pronto se convirtió en un paisaje inhóspito y desolador. En 1977, en la Comunidad Valenciana, había 30.000 trabajadores afectados por expedientes de crisis, en 1982, cuando el PSOE asumió el gobierno, eran 80.000 mil. Los sindicatos adoptaron la táctica de oponerse al expediente utilizando los medios legales (entre ellos un estudio sobre la viabilidad de la empresa) y

llevaron a cabo, en muchos casos, acciones de resistencia (manifestaciones, ocupación de la planta). Muy pronto se vió que el expediente era una simple formalidad y que prolongar la agonía de la empresa, para terminar en el cierre, no servía para nada y perjudicaba a los trabajadores que tardaban más en cobrar la indemnización. Este tipo de lucha, basada en la resistencia numantina, se fue abandonando excepto en los casos en que, por la importancia de lo que estaba en juego, los sindicatos concentraban un gran número de fuerzas y no cesaban en el empeño. El caso paradigmático es el del Puerto de Sagunto donde la lucha sindical, y de todo el pueblo, consiguió salvar una zona de la desindustrialización. Esta táctica selectiva se aplica en la actualidad a la nueva plaga desindustrializadora, la deslocalización. Es evidente que, como entonces, no se puede ir en contra de una reestructuración de los mercados, pero la lógica inmediatista del negocio no es siempre lo más conveniente para la economía y en ocasiones resistir no solo es lo más heroico sino lo más razonable.

La negociación de acuerdos sectoriales mediante convenios colectivos pertenece a la más antigua tradición sindical. Podría decirse que constituye la esencia del sindicalismo ya que el establecimiento de normas para todo un colectivo es lo que evita la indefensión de los individuos y la arbitrariedad de los empresarios. Su reconocimiento por parte de la patronal y del gobierno, otorgándole respaldo legal, es una conquista irrenunciable del movimiento obrero. Durante el franquismo la negociación de convenios se convirtió en el eje de la lucha obrera por dos motivos que perdieron relevancia en la nueva situación. Primero porque en las condiciones del desarrollismo era relativamente fácil el intercambio de productividad por salarios, algo bastante complicado durante la crisis. Y segundo porque, bajo las prohibiciones de la dictadura, los convenios gozaban de cierto margen de libertad, una ventaja que dejó de tener sentido en la democracia. No obstante la negociación de los convenios es uno de los momentos privilegiados para demostrar el poder contractual de los sindicatos y por ello no es de extrañar que, a pesar del cambio de circunstancias, continuaran otorgándole una gran importancia. El principal problema provino de que en los acuerdos macroeconómicos, suscritos por los sindicatos con el gobierno y la patronal, se fijaba el aumento salarial con una banda de oscilación de dos a tres puntos. Para los sindicatos era una cuestión de honor exigir, de entrada, el máximo lo cual desencadenaba el conflicto ante la intransigencia de la patronal a acceder. Ambas partes eran conscientes de que la diferencia salarial que les separaba no era significativa, pero en la fase de consolidación organizativa por la que pasaban necesitaban mostrarse firmes. Por este motivo la conflictividad fue alta durante el primer decenio, sostenida por los sectores tradicionales, pero siendo estos los más castigados por la reestructuración, disminuyó ostensiblemente a lo largo de los años 90. La negociación colectiva se ha normalizado, eliminando aristas y esquemas del pasado, pero corre el peligro de desaparecer en los nuevos sectores de servicios, refractarios a todo tipo de regulación. De ello hablaremos más adelante.

La política de acuerdos macroeconómicos entre los agentes sociales y el gobierno comenzó, como hemos indicado al hablar de los empresarios, en 1977 con los Pactos

de la Moncloa, aunque en ellos no estuvieran formalmente presentes los sindicatos sino representados por el PSOE y el PC. Nunca se había intentado algo semejante en España y se pretendía no solo afrontar los graves problemas del momento sino instaurar un nuevo modelo de relaciones industriales inspirado en los pactos sociales centroeuropeos. Tanto el modelo escandinavo como el alemán se asentaban sobre tres pivotes: una política de rentas anticíclica (expansiva o contractiva según la coyuntura), una política redistributiva basada en las prestaciones del Estado de bienestar, y una política de pleno empleo. Su puesta en práctica había dependido del peso de la cultura socialdemócrata (asumida, en el caso alemán, por la democracia cristiana) del refuerzo ideológico recibido del keynesianismo, y de las posibilidades expansivas del fordismo. Condiciones que no se daban en la España de 1980, sumida en la crisis del desarrollismo y con una nueva clase política regeneracionista más que socialista, modernizadora y pragmática, cuyos economistas provenían de los servicios de estudios de los grandes bancos. Los acuerdos que siguieron a los Pactos de la Moncloa, el AMI, AI, AES y ANE, fueron, como ya comentamos, tan solo un simulacro de pacto social, útiles para controlar la inflación y normalizar la negociación de los convenios, y demoledores para el mercado de trabajo. El descosido del desempleo (un 5% en 1978) se convirtió en un profundo desgarrón del tejido social (21% en 1984). La huelga general, en 1988, puso fin dramáticamente a una política de concertación social en la que solo los sindicatos habían creído.

La huelga de 1988, un acontecimiento único en la historia contemporánea de España por su masivo seguimiento, tradujo el malestar de una gran parte de la población que encontró en el llamamiento sindical la forma de expresarlo. Los sindicatos fueron capaces, como había ocurrido en ocasiones históricas en el pasado, de vertebrar y representar el descontento general. Sin embargo, a pesar de su indudable éxito la huelga no tuvo, a diferencia con el pasado, consecuencias perturbadoras o desestabilizadoras, ni produjo los cambios esperados por los sindicatos. El gobierno encajó el golpe ampliando las medidas de cobertura social, pero no varió un ápice la política de desregulación del mercado. La crisis económica había quedado atrás, aunque subsistía una cifra muy elevada de paro, y la estructura productiva pasaba por un momento de transformación radical con la generalización de las tecnologías de información. Los sindicatos eran conscientes del carácter irreversible del proceso y la huelga se produjo no para frenarlo sino para evitar sus devastadoras consecuencias sociales. El desencuentro entre los agentes sociales fue total y tardaría en recomponerse, pero sirvió para desenganchar a los sindicatos de la dependencia política.

La huelga general supuso un corte en la historia sindical. Hasta ese momento los sindicatos pensaban que era posible salvar el modelo keynesiano-fordista, que había que proteger a la industria y fomentar el empleo. Las consecuencias de la huelga mostraron que era factible conseguir mejoras parciales, pero que las posibilidades de construir un proyecto global, consensuado entre gobierno, patronal y sindicatos, eran nulas. Son los mercados los que mandan. A lo largo de la década de los 90 los sindicatos se ven inmersos en un mundo en el que la economía crece y la industria desapare-

ce, en el que se da por bueno un desempleo de dos cifras (hasta el año 2001 no baja al 9%) y se considera normal que un piso cueste el salario de toda una vida (al fin y al cabo es el precio del mercado). En el que tienen que definir una nueva estrategia que responda a la realidad y al cambio de las posiciones empresariales.

El nuevo discurso patronal

Mirando a la actualidad la primera impresión que producen las diversas organizaciones patronales es la de estar desocupadas. Concebidas para negociar las condiciones laborales con los sindicatos, para lo que hacía falta tiempo, buen pulso y astutos mediadores, su labor decae conforme los convenios se simplifican y rutinizan. Este descenso de actividad se ha visto agravado por la fragmentación de los distintos sectores y su pérdida de peso en la estructura económica. La CEV, cuyo sostén habían sido las grandes federaciones, especialmente la del Metal, se encuentra aquejada por la debilidad de estas y tiene que hacerse valer por sí misma y ejercer el liderazgo sobre un empresariado poco interesado en los problemas del conjunto.

Para entender la conducta patronal hay una cuestión a la que se presta poca atención, a pesar de su importancia, y es que nos encontramos con un empresariado muy inmaduro. La crisis de los años 80 acabó con lo que podríamos llamar el empresariado histórico, la tercera o cuarta generación de un grupo de empresarios que, procedentes del artesanado o del pequeño comercio, comenzaron a finales del XIX, se consolidaron en los años 20, y alcanzaron el cenit durante la época desarrollista. Son los Devís, Climent, N. Gómez, Iborra, Mariner (metal) Terol, Simó (textil) Rico, Payá (juguete) Segarra, Navarro (calzado y piel) Monerris, Sirvent (turrón) Serratosa, Bacharach (cemento), Casanova, Noguera, Trenor (aceites y abonos), Villalonga, Mompó (servicios públicos), a los que se unió el grupo de los surgidos en los años 50, los Lladró, Suñer, Aznar, Sáez Merino. Puede encontrarse el relato de sus vidas y empresas en el libro *Cien empresarios valencianos del siglo XX*. No fueron, con dos o tres excepciones, personajes de gran talla sino medianos empresarios, pero crearon un consistente tejido industrial y tuvieron una cierta conciencia de grupo dirigente, de patriciado moderno, como decía *Las Provincias* con su florido lenguaje. A diez o doce de ellos los encontramos invariablemente detrás de importantes iniciativas: sosteniendo el Ateneo, apoyando la Exposición, poniendo en marcha la primera Feria de Muestras de España, creando la Federación Industrial y Comercial, comprando el Banco de Valencia, alumbrando el Centro de Estudios Económicos Valenciano. Algunos otros adoptaron una actitud paternalista y se erigieron en protectores de sus respectivos pueblos, Suñer, en Alzira, Segarra en la Vall d'Uixó, Aznar, en Villafranca, Payá, en Ibi. El rasgo cultural que los distinguía era la durabilidad, el empeño en que los nietos pudieran mostrar con orgullo cien años más tarde el lema: "casa fundada en 1886". La continuidad se extendía a la mano de obra. En el álbum histórico de las empresas no falta nunca la foto en sepia donde aparece el fundador, en los

tiempos heroicos, rodeado de los primeros trabajadores entre los que destacan, sentados en cuclillas en primera fila, cuatro o cinco aprendices, ataviados con la típica gorrilla. Foto que se completa con otra en color en la que uno de aquellos aprendices recibe la medalla de oro por sus cincuenta años de permanencia en la empresa. Querían perdurar, muchos lo consiguieron a lo largo de un siglo, unos pocos aún siguen, pero la mayoría han desparecido.

El empresariado actual, el que tiene que aglutinar y representar la CEV, es un conjunto heterogéneo y sin personalidad. De talla nacional solo encontramos a Serratosa, Lladró y Roig (Mercadona), y, si se quiere, alguno de la cerámica de Castellón, y en las comarcas del Sur algún fabricante de chocolate o de muñecas. La aparición de libros en los que se pretende presentarnos a "los nuevos burgueses" o a "los nuevos líderes" no modifica esta inquietante impresión. Al inevitable trío de consagrados se añade algún pretendiente a la corona (Boluda, Ros Casares) y se pondera la habilidad (denominada pomposamente "excelencia") del primer productor de patatas fritas de España y de un importador de chufas y cacahuetes, pero el grueso del pelotón está formado por constructores en amable maridaje con promotores inmobiliarios. El conjunto del cuadro es plano y gris. Un buen número de empresas se han convertido en agencias export-import, empresas de intermediación que distribuyen productos elaborados en el exterior con el nombre de la casa valenciana, más sensibles al discurso comercial de la Cámara que al patronal. Otras han vuelto al estado de pequeño taller, y en el sector servicios abundan los despachos de asesoramiento, planificación, diseño, programación y otras artes, que muchas veces ni siquiera son empresas ya que cada integrante cotiza como autónomo. Para dar voz a este maremagnum la CEV ha elaborado un discurso prospectivo, de futuro, pensando en hacia dónde deberíamos ir más que en dónde estamos. Las dos patas del mensaje son: el aumento de la competitividad, basado en la mejora del I+D, y la responsabilidad ética.

Hablar de competitividad y de innovación no es, valga la redundancia, excesivamente innovador ya que no hay discurso empresarial, académico, institucional o testimonial, que no se centre en tan celebrado tópico. El problema está en qué y cómo se concreta. Una forma práctica de llevarlo a cabo es mediante los cursillos de formación, o recualificación, de la mano de obra que la patronal y los sindicatos prodigan con fondos de la Unión Europea. Aunque no disponemos de una evaluación pormenorizada, hay datos que indican que los resultados son muy desiguales. Cuando un curso se hace para responder a una demanda concreta resulta sumamente útil a los interesados y a la empresa, pero se imparten muchos sin un objetivo definido. Se observa, además, un fenómeno preocupante. Los cursos dirigidos a perfeccionar los viejos oficios (electricista, encofrador, gruista) tienen numerosos alumnos y proporcionan rápida colocación, mientras que los dedicados a los nuevos saberes (informática, programación) despiertan cada vez menor interés debido a su escasa demanda en el mercado. A un nivel superior, para la formación de cuadros dirigentes o de los propios empresarios, la patronal colabora con otras instituciones (Universidad, Escuelas de Negocios, Cajas) en la programación de másteres. Se trata de cursos de

diversa duración e intensidad, la mayoría dedicados a gestión y marketing. A lo largo de los últimos años la oferta de cursos ha ido en ascenso y puede afirmarse sin temor que una buena parte del empresariado ha sido convenientemente masterizada (incluso dos veces).

Más complicado parece el tema de la innovación. Un repaso a los premios Nova concedidos anualmente por la Generalitat resulta poco estimulante. Muchas de las innovaciones premiadas no son del producto sino de la forma de venderlo (la sombra del marketing es alargada) y las que atañen al producto son triviales (por ejemplo una mezcla de vinos) o rozan lo pintoresco. El certamen recuerda aquellos congresos de inventores de los años de la autarquía en los que se premiaban aportaciones tan interesantes como una almohadilla para los toros provista de un dispositivo que impedía ser arrojada al ruedo. Cuando en alguna ocasión un equipo de investigadores consigue algo interesante, la prensa se encarga de advertirnos que la patente ha sido comprada por alguna multinacional. En definitiva, el problema no es solo de falta de I+D sino de empresas capaces de absorber las innovaciones. No está de más recordar la advertencia de Schumpeter: emprendedor no es el inventor (Ford no inventó el motor de explosión, ni siquiera lo perfeccionó) sino el que es capaz de poner una invención en el mercado. Reivindicar más inversión en I+D está muy bien, pero la patronal debería aprovechar su peso institucional (en la Universidad y las Cajas) para impulsar la renovación de la estructura productiva. Nuestros productos tradicionales (mueble, madera, etc.) no dan más de sí (como dijo el fabricante de la exitosa fregona, no se puede incrementar su valor añadido) y recomendar una y otra vez que debemos orientarnos hacia servicios de alta tecnología, con la base productiva actual, es engañarnos. Ya que se acostumbra a citar el ejemplo del Sillicon Valley, habría que recordar los elementos que lo hicieron posible: la implicación de la Universidad de Standford creando un parque tecnológico para que sus mejores graduados se convirtieran en empresarios, el apoyo financiero de empresas de capital riesgo, y los encargos de proyectos de instituciones públicas (sobre todo de la NASA) molestas por el control que ejercían sobre la investigación las grandes corporaciones de la Costa Este (IBM, General Electric). El admirado valle californiano no lo creó la naturaleza sino una combinación de factores institucionales. Entre nosotros el parque tecnológico de la Fuente del Jarro se ha convertido en un polígono de empresas de logística (de almacenaje), los poderes públicos no se preocupan de atraer empresas sino grandes eventos y Bancaja, donde se supone que la patronal está presente para orientar la inversión, se mete de nuevo en una sociedad de ocio (después de la catastrófica experiencia de Terra Mítica) dedicada a promocionar un evento más. Apostar por la innovación exige liderar un cambio en la estructura productiva y no seguir pidiendo más campos de golf.

El otro punto fuerte del discurso patronal es la defensa de la responsabilidad ética de las empresas. Se trata de un concepto nuevo. Para los antiguos la ética y la responsabilidad social era una cuestión de los empresarios, no de las empresas. Estas eran instrumentos inertes sometidos a las leyes del mercado, mientras que era competen-

cia de los patronos atemperar sus crueles consecuencias sobre los trabajadores. No fue una conducta generalizada, pero sí habitual en determinados círculos de inspiración cuáquera, socialcristiana o humanista. Conocidos empresarios (Cadbury, Lever, Michelin, Schneider, Wendel, Krupp, Siemens, Zeiss) trataron de mejorar las condiciones de vida de sus trabajadores, ofreciéndoles vivienda, escuela, dispensario médico, seguro de vejez, en unos tiempos en que no existía el Estado de Bienestar, y fueron cambiando su actitud paternalista por una conducta inspirada en la justicia social. La responsabilidad ética de la empresa la asumía el empresario y se centraba en la atención a los trabajadores.

Esta situación se ha invertido por completo. Ahora son los empresarios los sometidos a la draconiana ley del *laissez passer*, y la Empresa la que, como la Ambición o la Lujuria en los Autos Sacramentales de Calderón, habla, decide y hasta tiene conciencia. La responsabilidad ética de la Empresa (siempre con mayúscula) se mide por el cumplimiento de unos códigos en los que se especifican las líneas básicas de conducta: el respeto a la competencia, la trasparencia financiera y contable, la garantía en los contratos, la fiabilidad del producto, la atención al medio ambiente. Si se exceptúa la novedad del medio ambiente, la cosa se reduce a no hacer trampas, una recomendación bastante antigua pero que no está de más recordar. Nuestra patronal se ha mostrado sensible a esta problemática, la ha incorporado a su discurso, y algunos conocidos empresarios participan en la Fundación Etnor, dedicada al estudio de tan sutiles cuestiones. Lo más objetable de este moralismo anglosajón no es lo que propone sino lo que olvida. Utilizando el respeto a las reglas del mercado, como única vara de medir, los códigos éticos encubren y legitiman otras conductas antisociales. La responsabilidad ética debería ampliarse a las cuestiones en las que entran en juego las personas. Así, por ejemplo, la garantía y el respeto a los contratos atañe no solo a los contratos comerciales o interempresariales sino también a los laborales, y la patronal debería incluir como responsabilidad ética de sus asociados ese capítulo, donde se cometen impunemente múltiples fraudes. Se usa y abusa de los contratos a tiempo parcial, las subcontratas trabajan con frecuencia al margen de la ley en materia salarial o de seguridad, a los emigrantes se les imponen condiciones de trabajo al margen del contrato (si es que se les hace contrato). No darse por enterado de esta situación, como hace la patronal, significa perjudicar gravemente a aquellas empresas que se toman en serio la responsabilidad social. Después de haber pasado de la rigidez a la desregulación más absoluta, ha llegado el momento de asumir que el mercado de trabajo también necesita códigos de conducta. La patronal está para establecerlos y hacerlos respetar.

El cumplimiento de las tareas que acabamos de mencionar exige que la patronal reafirme su autoridad sobre las organizaciones que la integran, un problema que arrastra desde su fundación. La CEV nació con el sostén de la Federación del Metal, entonces la más poderosa. A pesar de esta hipoteca, la personalidad del primer presidente, V. Iborra, le permitió afianzarse como representación del conjunto, jugando hábilmente con el patrocinio de la CEOE. Eran los tiempos en que el empresa-

riado necesitaba aparecer en público unido y con una voz potente y la CEV desempeñó este papel. Con el paso del tiempo su representatividad se fue desgastando, pero en las negociaciones con los Sindicatos la Generalitat ha continuado como el principal interlocutor empresarial, a pesar de su carácter provincial. No puede decirse lo mismo de la CIERVAL que desde el primer momento apareció como una entidad superestructural, fruto de un acuerdo forzado por las circunstancias entre las tres confederaciones provinciales. La CIERVAL nunca se ha presentado como una entidad delegada de las confederaciones provinciales, que funcionan cada una de forma autónoma. Ocurre, además, que existen otras entidades o asociaciones que compiten con ella.

La competencia por el poder

La Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Valencia es la institución más antigua de representación empresarial. Fue fundada en 1886 por iniciativa de un grupo de políticos liberales (García Monfort, Ramón de Castro) seguidores de Moret, padre de la idea, como también lo había sido de la creación de la Comisión de Reformas Sociales. La palabra liberal, en contra de lo que hoy podría entenderse, no hacía alusión a un entusiasta partidario de la desregulación de los mercados. Los liberales defendían la soberanía popular, la escuela laica y las libertades de conciencia y expresión con mayor empeño que los conservadores, pero percibían los peligros del individualismo. La libertad individual y la competencia podían llevar a la atomización de la sociedad, de aquí que fueran partidarios de instituciones de representación y agregación de intereses, como las Cámaras o los Sindicatos.

Desde su fundación la Cámara de Valencia fue más de comercio, y como consecuencia de navegación, que de industria. Esto se debió no solo al carácter predominantemente agro-exportador de nuestra economía, sino a la concepción "consular" de su cometido. Su principal ocupación era informar sobre los mercados compradores de nuestros productos agrarios y batallar por los tratados comerciales. Por su relación con las exportaciones, los problemas del puerto constituían un objeto continuo de atención. A lo largo de su historia mantuvo esta orientación y una presencia apreciable en la vida económica. Cuando la prensa informaba de una movilización de "las fuerzas vivas" (por lo general, un viaje a Madrid para pedir algo) siempre citaba a la Cámara como elemento de peso. Durante el franquismo las Cámaras consiguieron sobrevivir a la supresión de todas las organizaciones no gubernamentales, a condición de aceptar el control y el nombramiento de su presidente. La de Valencia estuvo presidida de 1942 a 1968 (no es un error, fueron veintiséis años) por Ramón Gordillo, salmantino y camisa vieja, que también ocupó la presidencia, durante los mismos lustros, de la Feria de Muestras y de la Junta del Puerto. Este hecho, bastante singular, reforzó la tradicional vinculación de la Cámara con las instituciones comerciales y convirtió en habitual compartir las presidencias o pasar de una a la otra. Otra ocu-

rrencia del franquismo fue la obligación impuesta a los empresarios de inscribirse en la Cámara, como si se tratara de un colegio profesional que legitimara para el ejercicio empresarial, una norma todavía vigente y bastante discutida.

A falta de otras posibilidades de actuación colectiva, durante la dictadura franquista, la Cámara jugó un cierto papel como lugar de encuentro y representación de los intereses empresariales. En 1952 organizó unas jomadas sobre la economía valenciana a las que fueron invitados representantes extranjeros, algo insólito en el mundo cerrado y controlado de la época. Pero fue en las postrimerías del franquismo cuando su actuación tuvo una importante repercusión. En 1968, a la muerte de R. Gordillo (motivo insoslayable por el que tuvo que dejar el cargo) fue nombrado presidente José. A. Noguera de Roig, persona con autoridad en los medios económicos y de talante abierto. Creó un Servicio de Estudios muy competente que permitió a la Cámara participar en un movimiento de renovación industrial de gran calado que se estaba gestando. En 1970, aunque el desarrollismo había dado algunos signos de agotamiento, nada hacía presagiar la crisis del modelo. España era un lugar apetecible para las multinacionales y algunos valencianos que ocupaban puestos de poder (Mortes en el gobierno, Perelló en la Diputación), realizaron gestiones, con la colaboración de importantes medios financieros, para su instalación en la Comunidad Valenciana. Fueron los tres grandes proyectos de la IV Planta, la Ford y la IBM, con los que se pretendía sacar a nuestra economía de su secular vinculación a las pequeñas empresas. La Cámara colaboró discreta y eficientemente (los dosieres de las negociaciones con Ford se encuentran en su Archivo) superando su tradición comercial y embarcándose en un ambicioso proyecto industrial, que ha sido poco valorado y, lo que es peor, olvidado y suplantado por otros proyectos.

Al instaurarse la democracia, los empresarios se encontraron sin una organización que representara sus intereses colectivos frente a los sindicatos y al gobierno, y con la necesidad de crearla, y con una institución, la Cámara, arcaica y corporativa, pero poderosa por el número de socios y con una contrastada experiencia en el ámbito comercial. Una vez creada, la CEV optó por controlar al posible competidor, cosa relativamente fácil dado el modo de elección de la Cámara, realizado por agrupaciones. De esa forma, el presidente de la federación más fuerte de la CEV, Femeval, pasó a ocupar la presidencia de la Cámara (lo mismo ocurrió en Alicante donde el presidente de la COEPA colocó a su hombre de confianza en la presidencia de la Cámara, con la significativa diferencia de que ambos pertenecían al sector servicios). Al parecer el designio de la patronal era crear una red de poder colocando personas de confianza en las Cámaras, la Feria, el Puerto y, *at last but not least*, en el Consejo de Bancaja. Los gobernantes socialistas vieron con buenos ojos estas maniobras pensando que iban a suponer una renovación de las elites empresariales, un piadoso deseo que tuvo una inconsistente plasmación. En el pretendido diseño del reparto de poder empresarial, la Cámara quedó en una situación incómoda sin que se supiera muy bien cuál era su función y no faltaron las voces (alguna tan potente como la de Ford) que pidieran la abolición de la cuota obligatoria, lo cual evidentemente hubiera llevado a la desapari-

ción de la centenaria institución. No fue así y con el respaldo que le proporcionan sus recursos ha ido encontrando un nicho en el asesoramiento empresarial.

En los últimos años, la Cámara de Comercio de Valencia ha recuperado protagonismo impulsada por un impetuoso presidente que, además de opinar sobre cualquier cosa que se le ponga por delante, ha sabido aprovechar inteligentemente sus recursos económicos. La entidad cuenta con un servicio de asesoramiento a jóvenes empresarios más ágil que el de la patronal, centrado este en los problemas jurídico-administrativos y fiscales, mientras que la Cámara ofrece a quienes comienzan un buen conocimiento de los mercados. En el campo comercial realiza una función interesante promoviendo las relaciones con los mercados externos, especialmente a través de su estrecha relación con la institución ferial. El presidente actual ha reivindicado que la presidencia de las Ferias sea ocupada por el de la Cámara, una anexión que fortalecería su labor consular o comercial, y que ampliaría su poder. Es una fórmula que ya se dio durante el franquismo y que desapareció en la democracia cuando se restableció el sistema electoral en la Cámara, mientras que el presidente de la institución ferial es nombrado por el consorcio. La competencia entre las distintas organizaciones empresariales es lo que está llevando a la Cámara a ampliar los espacios de intervención y a reclamar de nuevo el control de las Ferias, algo que no parece suficientemente justificado.

La Asociación Valenciana de Empresarios (AVE) es otro de los elementos en juego en el mundo empresarial. Esta asociación, que intermitentemente aparece en la prensa con rotundas afirmaciones e indeclinables exigencias, está formada por un pequeño núcleo de empresarios, entre los que se cuentan algunos de los más granados. No es una asociación representativa sino un grupo de presión, un lobby, que fue creado en 1982, en paralelo a la CEV, para suplir las carencias de esta o para reforzar su actuación en algunos campos. Sin embargo se trata de un grupo de presión bastante peculiar ya que no sabemos a favor de quién presiona. Un lobby eléctrico u hotelero está integrado por empresarios eléctricos u hoteleros y dedica sus esfuerzos a conseguir una legislación o una política económica que les favorezca. La AVE la forman empresarios de diversos sectores, presumiblemente con intereses no coincidentes, y no sabemos a qué responden sus tomas de posición. Esgrimir la defensa de los intereses valencianos tendría pleno sentido si tuviera delegaciones lobbysticas en Madrid o Bruselas, pero planteada en Valencia no deja de ser una proposición tautológica. Se supone que los empresarios valencianos y el gobierno valenciano defienden intereses valencianos. Tal vez por ello los pronunciamientos de la AVE se refieren por lo general a la reclamación de infraestructuras que dependen de Madrid. La imposibilidad de definirla y de saber a título de qué reclama que se la escuche es una expresiva muestra del diletantismo de los medios económicos. A una asociación virtual, que solo existe en la medida en que sale en la prensa, que no tiene que firmar acuerdos ni asumir responsabilidades, se le concede más importancia que a la que está legitimada a para ello.

En los últimos tiempos parece haberse convertido, por decirlo en términos coloquiales, en el gallito del corral. No pasa mucho tiempo sin que su presidente (el único miembro identificado de la misma) salga a la palestra en nombre del empre-

sariado más influyente e ilustrado (así lo da a entender) con la complicidad de los medios de comunicación, que le siguen la corriente con edificante beatería. Recientemente ha pedido que cesen las subvenciones a las demás organizaciones empresariales y sindicales ya que a él opinar le sale gratis. A la vista de la creciente presencia de esta asociación deberíamos saber quiénes la integran, qué piensan como colectivo, y qué proyecto económico proponen y están dispuestos a apoyar. Hasta ahora lo único que conocemos con seguridad es que quieren el tren de alta velocidad (dos mejor que uno), la ampliación del Puerto, y el trasvase del Ebro, y que lo quieren ¡ya! El resto es penumbra y ambigüedad. Al parecer nos encontramos ante una asociación ecléctica integrada por hayeckianos que quieren más mercado y más gasto público, por anticatalanistas que sufragan el periódico *Hui* y reclaman el AVE a Barcelona para potenciar el eje mediterráneo, y por entusiastas de la innovación tecnológica que apoyan una política de más ladrillo. Ante semejante galimatías surge la sospecha de que el verdadero objetivo de la asociación es asegurar para sus miembros posiciones de poder, lo cual nos lleva a adentrarnos en el espinoso tema de los empresarios y la política.

Al contrario que los sindicatos que proclaman sin ambages su apoyo a los partidos de izquierda, las organizaciones empresariales afirman episcopalmente estar por encima de la política y no apoyar a ningún partido, algo flagrantemente desmentido por su histórico apoyo a la derecha. Los partidos de izquierda han soñado siempre con el empresario progresista que estuviera de su parte, pero incluso yéndolos a buscar fuera se podrían contar con los dedos de una mano: Olivetti, en Italia, A. Riboud (Danone) en Francia, R. Bosch, en Alemania, Rownthree, en Gran Bretaña, Swope (General Electric) y Kellog, en USA, Echevarrieta (el amigo de Prieto) en España. A pesar de tan menguada cosecha, los socialistas valencianos pensaron, al acceder al gobierno de la Generalitat, que su atractivo programa de renovación de los distritos industriales operaría el milagro. El empresariado histórico, tradicionalmente de derechas, estaba desapareciendo y era el momento oportuno para incidir en la formación de las nuevas elites dirigentes colocando en puestos de responsabilidad a personas afines. Las presidencias de la CEV, de la Cámara, de las Ferias, y los puestos en los consejos de las Cajas fueron objeto de disputa entre los grupos de presión empresariales y el gobierno que consiguió situar a alguna persona considerada simpatizante. Sin embargo la idea de un empresariado que respaldara el proyecto socialista se reveló un espejismo. En las elecciones municipales de 1991 la intervención de la AVE fue decisiva para que se formalizara el pacto entre el PP y Unión Valenciana que dio la Alcaldía de Valencia a Rita Barberá. El control del *cap i casal* fue el preludio del triunfo en las autonómicas de 1995. El presidente Zaplana concedió al que se había constituido como grupo más potente del empresariado, el de los inmobiliarios y constructores, lo que estos deseaban y forjó un pacto de hierro entre poder público y privado que se ha prolongado hasta la actualidad.

La identificación del empresariado con la derecha tiene raíces históricas, casi atávicas, y se explica en la actualidad por la confluencia de políticas e intereses, pero no

es la única razón. En la formación de un bloque tan monolítico entre políticos y empresarios ha jugado un papel importante la idea del poder valenciano. La fórmula no es nueva, apareció con la euforia de la Exposición Regional (*paso a la Región que avanza en marcha triunfal*, decía el Himno) y la retomaron los naranjeros de los años 50, que iban a Madrid cargados de divisas, pero expresaba más un deseo piadoso o, como Fuster apuntó, más una queja lastimera que un convencimiento. Aun siendo los mejores, no nos hacían caso. Este sentimiento ha cambiado radicalmente y aparece ahora envuelto en un aura de orgulloso aplomo, no exento de triunfalismo. El poder valenciano existe, *Valencia cuenta en el mundo*, la alcaldesa no se cansa de repetirlo y es algo que se puede comprobar con la ayuda de las modernas tecnologías contabilizando los impactos mediáticos de la marca Valencia en los medios de comunicación internacionales. La Valencia floreciente y próspera del siglo xv, punto de referencia del comercio mediterráneo, retorna triunfante entre los oropeles de la modernidad, y este paralelismo se ha convertido en la doctrina oficial del valencianismo de derechas. Ya somos Mónaco y, cuando el puerto se amplíe, seremos Hong-Kong, el mayor puerto de descarga de mercancías chinas, aunque parece ser que la superposición de ambos modelos crea dificultades. Mucho habría que decir sobre la realidad y el futuro de estas fantasías, pero no cabe duda que tienen un gran impacto popular y una incondicional aceptación entre los empresarios. Los gobernantes del PP han subido al carro de la victoria a los empresarios que se sienten copartícipes del poder valenciano y protagonistas de una nueva edad de oro. Y, claro está, de ese carro nadie se baja hasta que se estrella.

Los garantes del orden

La situación de los sindicatos, en la actualidad, no es boyante ni decadente sino normal para los tiempos que corren y, en términos comparativos, por encima de la media. Como apuntamos al comienzo, CCOO y UGT tienen una baja afiliación, pero son las organizaciones sociales con mayor número de inscritos y cotizantes, más que todas las ONG juntas. El número de sus cargos sindicales representa una tasa de cobertura del 60% de los empleados. Y sus manifestaciones, si se exceptúan las convocadas por algún suceso extraordinario, son de las más concurridas. El 1 de mayo ha perdido el glamour de los tiempos heroicos, pero sigue siendo un punto de referencia ineludible que recuerda a la sociedad cosas como el empleo, los salarios y las pensiones. Son datos positivos que no pueden hacernos olvidar la crisis general de las instituciones y la desconfianza y el desinterés que inspiran. A partir de esta somera constatación veamos cómo se comportan.

Una radiografía de la composición de la afiliación muestra que se ha producido en ambos sindicatos una evolución acorde con los cambios sufridos en la estructura productiva. En CCOO, en 1980, el 68% de los afiliados pertenecía a las federaciones y a la construcción, el 7% a la agroalimentaria, el 7% a los servicios privados (hostelería,

banca, oficinas) y el 2% a los servicios públicos (enseñanza, sanidad, administración). En 2005 la situación se ha invertido, tan solo un 29% pertenecen a las federaciones de industria, el 5% a la agroalimentaria, el 23% a los servicios privados, y el 25% a los servicios públicos. La distribución en UGT es muy parecida con una mayor presencia en los servicios públicos. Estos datos desmienten la repetida acusación de que los sindicatos permanecen anclados en los feudos tradicionales, que cada vez pesan menos en el sistema productivo. Sin embargo, el cuadro ofrece también sombras preocupantes. El aumento de la afiliación se da, sobre todo, en los servicios públicos donde existe mayoría de empleo estable y un patrón (la Administración) benévolo. Se trata de un mundo muy corporativizado y dividido por categorías donde CCOO y UGT tiene que competir con sindicatos profesionales, con resultados desiguales. Entre los médicos la afiliación es muy baja, pero es buena entre los profesores de Universidad y de enseñanzas medias, donde sin duda pesa el factor ideológico y la memoria de las luchas del pasado, y aceptable entre administrativos y auxiliares. Por el contrario en la confusa galaxia de los servicios privados la presencia sindical no tiene el peso que debería corresponderle. Aquí abundan los contratos temporales (hostelería), las subcontratas con empleo irregular, los despachos con trabajadores autónomos, los comercios familiares o franquiciados, en fin, se trata de un espacio en el que es difícil penetrar y en el que los trabajadores están más desprotegidos.

El desplazamiento de la presencia sindical hacia sectores con menos experiencia y, sobre todo, con características estructurales distintas, ha provocado cambios importantes en la acción reivindicativa. Uno de ellos es el espectacular descenso del número de huelgas debido, en gran parte, a la extensión del trabajo temporal en algunos sectores. En otros, de carácter profesional o corporativo, con empleo estable y generalmente públicos (enseñanza, sanidad, transporte) la huelga es más factible, pero tiene repercusiones muy negativas en la ciudadanía, y debe replantearse su utilización. Por unas razones u otras los sindicatos vienen haciendo un uso moderado de la huelga, y sin descartarla del repertorio de acciones colectivas, tienden a utilizar otras formas de protesta. Esto no significa que haya disminuido la actividad reivindicativa. Veamos las líneas fundamentales.

En medio del desorden general reinante en el mundo del trabajo, para los sindicatos es prioritario establecer unas barreras que frenen la desagregación y la tendencia a la individualización de las relaciones laborales. Se trata de establecer normas salariales y condiciones de trabajo que valgan para todo un colectivo. Esta exigencia sindical contradice la ideología dominante en la patronal, inspirada en los dogmas neoliberales. Si se aboliesen los salarios fijados por convenio, incluso el salario mínimo, afirman los gurús, se podría pagar más a quienes lo mereciesen. Aparte de que nada impide realizar tan benéfico propósito, abolir los mínimos conduce ineluctablemente a dejar desprotegidos a los grupos más débiles y con menos capacidad de negociación, como puede verse en los contratos que tienen que aceptar los jóvenes o las mujeres. En la estrategia sindical actual los convenios tienen un carácter defensivo, lo cual no les resta importancia en el mundo laboral en que vivimos. Se trata de establecer nor-

mas contractuales obligatorias, de recuperar para el mundo del trabajo el imperio de la ley, frase que puede sonar a exagerada pero que responde a una necesidad real. Son mayoría las empresas que no pagan con recargo las horas extraordinarias, y es evidente que si ese 90% de contratos temporales que se realiza estuviera justificado por una relación causal, estaríamos ante una estructura productiva de una alarmante fragilidad. En no pocos casos se trata de fraudes, pero lo más frecuente es una situación de debilitamiento de la norma, que permite cualquier cosa. El código o Derecho del Trabajo, laboriosamente forjado a lo largo de decenas de años por la lucha de los trabajadores, se ha ido desplumando y vaciando de contenido, como si lo que tanto costó conseguir no tuviera importancia.

Por un empleo estable y de calidad, el slogan de una de las campañas conjuntas de CCOO y UGT, resume la encrucijada en que se encuentra la acción sindical. Apunta, en primer lugar, a la lucha contra la precariedad y el desorden del mercado de trabajo, lo que hemos denominado estrategia defensiva y, en segundo lugar, al relanzamiento de una estrategia ofensiva en pro de mejoras sustanciales de tipo salarial y profesional. Desde hace tiempo los sindicatos vienen manteniendo un comportamiento cauto y moderado ante el tema salarial. La dura lucha mantenida contra la inflación, en el primer decenio de la democracia, en la que los sindicatos colaboraron con los gobiernos de UCD y PSOE, dejó la idea de que los precios, más o menos estables a partir de la entrada en el euro, eran una fiera dormida que no convenía despertar con exigencias salariales. Sin embargo, el estricto acoplamiento del aumento salarial al IPC va dejando pérdidas en el camino ya que no es homogéneo e igual para todos los sectores, a pesar del esfuerzo de los sindicatos en conseguirlo. En la última década, según los datos del CES, se ha producido una pérdida global de poder adquisitivo del 4%. El desfase no sería excesivamente alarmante si no fuera porque España es el único país de la UE donde se ha producido este retroceso, en contraste con el aumento notorio de los beneficios empresariales, y porque los salarios españoles eran, ya de entrada, de los más bajos. El salario mínimo no llega a los 600 euros (la mitad que el de Francia), los salarios medios están por debajo de los mil euros, y los jóvenes profesionales que acceden al mercado de trabajo pasan a engrosar el batallón de los mileuristas. Los sindicatos son conscientes de que es conveniente una política salarial más agresiva, y de que para ello es preciso romper un círculo vicioso. Un alza sustancial de los salarios, sin provocar alteraciones inflacionistas, solo puede darse con aumentos correlativos de productividad, pero esto es prácticamente imposible con el trabajo de poca calidad que utilizan la mayor parte de las empresas. El nudo gordiano está en el modelo económico, un problema por el que los sindicatos muestran mayor preocupación que los empresarios.

Más allá del ámbito de la empresa y de las relaciones laborales, los sindicatos cumplen una importante función en la sociedad. La historia ha puesto en sus manos la defensa del tesoro más valioso, acumulado a lo largo del siglo xx, el Estado de Bienestar. Con suma ligereza se olvida que en su gestación participaron reformadores sociales de distinto signo, que las piedras del edificio fueron colocadas laborio-

samente por partidos opuestos, y que todos estaban convencidos de estar realizando la obra civilizatoria más importante de su tiempo. Significaba la culminación de los derechos y deberes proclamados por la Revolución francesa y ampliados por el movimiento obrero: la igualdad y la solidaridad. Posibilitaba que todos los hombres y mujeres fueran iguales ante los retos decisivos de la vida (la enfermedad, el saber, la vejez) y que esto se consiguiera mediante la aportación de todos, en proporción a la riqueza de cada uno. Cuenta en sus memorias el magnate de la siderurgia francesa F. De Wendel que, cuando tuvo que ser internado para una delicada operación, coincidió en el hospital con Jouhaux, secretario general de la CGT. Su sorpresa al encontrarse con "el camarada", como le llama irónicamente, expresa la esencia del Estado de Bienestar: que el patrón y el obrero reciban las mismas atenciones. En la actualidad nadie se atreve a atacar frontalmente lo que constituye la referencia fundamental del modelo social europeo, pero abundan las propuestas tendentes a desvirtuarlo. Los sindicatos mantienen una posición irreductible en defensa del carácter público, gratuito y universal del sistema. Se pueden negociar algunos aspectos (como se hizo con las pensiones en los pactos de Toledo) pero no transigir en la generalización de un doble modelo, de pago y gratuito, porque eso significa convertir al gratuito en asistencial. La beneficencia ya se inventó en la Edad Media y no es un avance volver a ella.

Otras cuestiones que atañen al conjunto de la sociedad y en las que los sindicatos están implicados son las siguientes:

1) *el acceso a la vivienda*, que se ha convertido en un problema pavoroso. En los años 70 un matrimonio de clase trabajadora podía comprar un piso con el 30-40% del salario de uno de ellos, durante diez o quince años. En la actualidad se necesita el salario completo de uno durante toda la vida;

2) *los derechos de la mujer*: la tradición obrera es notablemente machista y no es fácil de eliminar por más que, tanto CCOO como UGT, se empeñen en ello. Históricamente el mundo del trabajo era un mundo de hombres, aunque desde siempre haya habido sectores feminizados, pero este perfil sociológico hace tiempo que ha desparecido con el crecimiento de los servicios. En la actualidad el 58% de los asalariados son hombres y el 42% mujeres, un porcentaje que todavía no se corresponde con la distribución de la población en edad de trabajar, pero que indica un avance notable. La distribución de la afiliación sindical muestra un claro desfase, con un 64% de hombres y un 34% de mujeres. El desequilibrio en la ocupación de cargos de dirección es muy parecido (de 7 a 3, en líneas generales) debido a que siguen pesando mucho, a pesar de su disminución de efectivos, las federaciones tradicionales (metal, química, construcción) mayoritariamente de hombres. La paridad es una aspiración de ambos sindicatos, pero costará de llevarse a la práctica. Al margen de estas contradicciones de tipo organizativo, los sindicatos siempre han mantenido una firme defensa de los derechos de la mujer en el trabajo (igualdad salarial, permisos de maternidad, denuncia de la discriminación en la selección de personal y de los abusos de autoridad). Alguna de estas reivindicaciones vuelve a cobrar actualidad. Por ejemplo,

aunque ningún empresario se opone abiertamente a los permisos de maternidad, las mujeres jóvenes son las que tienen más dificultad en acceder al empleo indefinido para evitar esta eventualidad;

3) *la emigración*: los sindicatos defienden la legalización de los que tienen trabajo para evitar que sean explotados por empresarios desaprensivos. Apoyan una política razonable de control que no se base en la represión sino en cupos y contratos en el lugar de origen (como se hacía con los españoles que iban a Alemania). Las Secretarías de emigración de ambos sindicatos se ocupan de problemas jurídicos y de orientación general (por cierto, con mayor eficacia que las sobrecargadas oficinas gubernamentales) y las Federaciones del campo y de la construcción llevan a cabo una diligente labor de vigilancia y denuncia de las condiciones de trabajo. No obstante es un mundo tan vasto y descontrolado que sus esfuerzos tienen un alcance limitado. Uno de los aspectos que preocupa más a los sindicatos es el surgimiento de tensiones racistas, de las que los trabajadores no están exentos, antes al contrario, el tópico de que nos vienen a quitar el trabajo es aquí donde puede encontrar más caldo de cultivo. La labor educadora que llevan a cabo recurriendo a la racionalidad (su venida nos beneficia) y a la cultura de la solidaridad (nosotros también fuimos emigrantes) es insustituible.

Los sindicatos no son el receptáculo de todos los problemas de la sociedad: el malestar de la juventud, el medio ambiente, la corrupción, la cultura, los medios de comunicación, la globalización, la guerra y la paz en el mundo... Apoyan las convocatorias que afrontan estos problemas, porque afectan a los trabajadores como ciudadanos, pero ni son, ni pretenden ser, el eje de todos los movimientos sociales. No obstante, por su poder de convocatoria, por su peso institucional y por la materia que tratan (el trabajo) son las organizaciones con más capacidad para articular las demandas sociales. Por ello hemos titulado este apartado con la provocadora frase de "los defensores del orden". Antaño se acusaba a los sindicatos, desde el radicalismo izquierdista, de ser los defensores del orden establecido por su apoyo a las políticas reformistas, una acusación que hoy suena bastante pintoresca ya que entre las denostadas reformas se encontraba la construcción del Estado de Bienestar. Actualmente las cosas están más claras. Recuperando una frase célebre de Mounier vivimos en el *desorden establecido*, legitimado por el principio de la *strugle for life* que proporciona el triunfo a los mejores. Los ideólogos neoliberales propician el individualismo más desaforado y el desarme institucional, y ven con buenos ojos la proliferación de ONGs que dispersan y atomizan las demandas. En ese contexto organizaciones, como los sindicatos, con una amplia capacidad intereses y de plantear reformas de conjunto, son imprescindibles para poner un poco de orden en el caos.

Una cuestión que puede condicionar el funcionamiento de la actividad sindical es la concerniente al modelo organizativo. Necesariamente hay que plantearse el problema de la burocratización a la que están sometidas todas las grandes organizaciones. Para el luchador de los tiempos del franquismo, siempre en el tajo, cuyo único ligamen organizativo eran las inestables coordinadoras clandestinas, contemplar la sede

central de varios pisos, con más de un centenar de funcionarios, es una confirmación de la tesis. Un evaluador externo, atento a los aspectos operativos y a las múltiples tareas que los sindicatos tienen que afrontar, aprobaría la existencia del aparato burocrático (sin dar al nombre una connotación negativa) aunque seguramente advertiría de una cierta hipertrofia. En cualquier caso, técnicos y administrativos no intervienen ni deciden en la actividad sindical que es responsabilidad de los órganos superiores, elegidos en los Congresos, de los dirigentes de las federaciones, y de los delegados sindicales para los asuntos que directamente conciernen a sus empresas. La relación entre los dos niveles, el de dirección y el de base (los delegados) es relativamente fluida y se realiza mediante asambleas, informativas y consultivas, pero no decisorias excepto cuando se trata del ámbito de la empresa. Las decisiones que atañen al conjunto las toma la dirección, y en este sentido hay que decir que el modelo organizativo no es asambleario sino de democracia delegada. Otra cosa, en organizaciones del tamaño de CCOO y UGT, haría interminable la toma de decisiones y no garantizaría que fueran más democráticas. En líneas generales se trata de mantener un equilibrio entre el aparato organizativo y la base, pero existen dificultades, propias y externas, que rompen la conexión. La primera es la prioridad otorgada a la acción institucional, a la consecución de acuerdos y mejoras de carácter general, por encima de la resolución de los problemas de empresa. Se trata, sin duda, de una estrategia acertada, pero que propicia actitudes de *free-rider* y que es poco valorada. Mejoras sustanciales, reivindicadas durante mucho tiempo por los sindicatos, como la seguridad social para los autónomos o la regularización normativa del servicio doméstico (por la que hay que felicitar al actual gobierno socialista) apenas son apreciadas, mientras que surgen quejas porque no han resuelto un pequeño problema de empresa.

Otra causa, que explica en parte la anterior, es la deficiente relación con los afiliados, convertidos en muchos casos en simples cotizantes. Entre los delegados, encargados de establecer la conexión, hay militantes a la antigua usanza, pero muchos son simplemente personas de buena voluntad con poca capacidad de liderazgo. En una encuesta realizada a afiliados de CCOO, a la pregunta de a quién recurrirían en primer lugar en el caso de tener problemas laborales, un 70% elegían la respuesta "al abogado del sindicato", lo cual indica una pobre concepción de la vida sindical. Bien es verdad que se refiere a empresas pequeñas y que en aquellas que tienen comité de empresa la respuesta se equilibra con el recurso al comité. En cambio a la pregunta de si reciben adecuada información del sindicato (buena, regular, poca, ninguna) un porcentaje superior al 70% responde que buena. Estos datos confirman que los delegados de las pequeñas empresas son gente honrada que cumple con su deber de trasmitir y explicar la información del sindicato, pero que no consiguen legitimarse como interlocutores entre los compañeros y la empresa, bien sea por falta de capacidad o voluntad (no todos van a ser líderes) o porque los compañeros conciben el sindicato como una simple gestoría de servicios jurídicos, lo cual no es culpa suya. La concepción instrumental del sindicato ha existido siempre. En la prensa obrera de comienzos del siglo pasado aparecen frecuentes quejas por la falta de asistencia a las reuniones y

el impago de cuotas que incluso llevaron a la desaparición de alguna sociedad. No es una novedad la existencia de afiliados de ocasión, pero se ha agudizado con el debilitamiento de las ideologías fuertes que ofrecían una concepción del mundo y se asumían de por vida. Los sindicatos no son inmunes a lo que se ha llamado la macdonalización del mundo, las ideologías ligeras de usar y tirar y los compromisos efímeros. En los últimos años ha aumentado el número de los afiliados temporales, que se dan de baja cuando han solucionado su problema.

Está en el aire del tiempo que se pueden solucionar los problemas sin trasformar la sociedad, una creencia que contradice la cultura sindical. Históricamente los sindicatos se alinearon siempre con los partidos de izquierda, socialistas o comunistas, porque ofrecían un modelo distinto de sociedad. La izquierda se encargaba de concretar, en el campo político, la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, que los sindicatos defendían en las empresas, mientras que la derecha actuaba como abogado de los intereses empresariales. Pero había algo más. La izquierda proponía que la confrontación entre trabajo y capital se resolviera reformando profundamente la sociedad, de manera que el poder cultural y social, y los beneficios económicos, estuvieran, cuanto menos, equilibrados. Los llamados sindicatos de clase se caracterizaban porque unidos a los partidos de izquierda, y a diferencia de los sindicatos corporativos o "amarillos", no solo luchaban por mejoras puntuales sino por una sociedad más justa y solidaria.

En la actualidad las cartas de la baraja se han mezclado, ya no hay derecha ni izquierda, todo el mundo es de centro, o eso dice. Aunque la derecha española es casi tan cavernícola como la polaca, los socialistas realizaron con tanto entusiasmo y diligencia el peregrinaje hacia el centro que perdieron de vista sus orígenes (no han sido, desde luego, los únicos; Blair solo se diferencia de la señora Tathcher en la sonrisa, y los excomunistas italianos han terminado fusionándose con la democracia cristiana). Esta dramática travesía, en la que se fueron echando por la borda valores atesorados durante un siglo, provocó la ruptura de la UGT con el PSOE. En la huelga general de 1988 el sindicato se situó a la izquierda del partido en el plano reivindicativo, pero perdió su referente político. Algo parecido, aunque por razones distintas, le ocurrió a CCOO con su vinculación al Partido Comunista. La creación de Izquierda Unida le permitió distanciarse y librarse del molesto enfeudamiento al partido pero le fue vaciando de proyecto político, un mal que se ha agravado con los vaivenes y el debilitamiento de esta formación. La autonomía es fundamental para los sindicatos y por lo tanto estos hechos tienen un aspecto positivo, haberles liberado del seguidismo partidista. Pero puede significar también un empobrecimiento en la medida en que se ven privados del mundo de valores y del modelo de sociedad que encarnaban sus partidos de referencia. No se trata de desempolvar la vieja retórica revolucionaria, sino simplemente de contribuir a la reconstrucción de la izquierda, de no quedarse al margen, como si esto no fuera con ellos. CCOO y UGT no pueden ser simplemente sindicatos reivindicativos. Representan la continuidad de una cultura de emancipación y solidaridad y deben ser fieles a ella.

Hemos tratado de analizar el papel que juegan los sindicatos y las organizaciones patronales en la sociedad actual, y las debilidades y aciertos en el esfuerzo por adaptarse a los retos del futuro. De partida era que sirven para vertebrar los intereses de los colectivos con más peso en la sociedad, los trabajadores y los empresarios. Del seguimiento de su actuación parece deducirse que a los sindicatos les falta fuerza para hacer valer sus atinados objetivos, y que las organizaciones patronales persiguen metas de corto alcance. Afortunadamente las dos cosas tienen arreglo.

Discurs capitalista i pràctica sindical

Prólogo al libro de Manuel del Álamo, *CCOO del País Valencià. Aproximació a la seua història (1966-1992),* publicado por la FEIS en 1994.

La història de CCOO que aquest llibre relata i analitza minuciosament, es divideix en dos períodes diferenciats amb claredat. El primer correspon als temps heoics de la lluita contra la dictadura franquista, acabats amb una eufòrica transició a la democràcia que ens prometia uns anys més venturosos. El segon, la data d'inici del qual podría ser la legalització dels sindicats, està marcat per la ombrívola presència d'una crisi econòmica d'on no s'entreveu l'eixida. Hi ha alguns estudis excel·lents sobre diferents moments i aspectes d'una ja llarga i densa història, però aquest és el primer que presenta una visió de conjunt des dels inicis de la recuperació del moviment obrer, després de la cruenta derrota de 1939, fins avui dia. Aquesta mirada abraçadora permet a l'autor entreveure la memòria del passat i aplicar la intel·ligència al present, evitant els esculls d'una contemplació aïllada desl fets. Sovint, els militants de CCOO mirem el passat, que va ser el de la nostra apasionada i combativa joventut, amb nostàlgia, en un estèril exercici de malenconia, i suportem la grisor del present amb un desencisat estoïcisme. Quan observem la totalitat del retaule, les figures adquireixen la seua verdadera dimensió. La despietada repressió de la dictadura, al costat de la frívola banalitat de la democràcia, ens restitueix el sentit de la realitat. El temps de la infàmia no admet comparació amb el de la llibertat.

L'excel·lent llibre de M. del Álamo té l'encert de mostrar, en oposició a visions parcel·lades, la continuïtat de la lluita sindical, primer per a conquistar la democràcia, després, i ara mateix, per a conseguir que siguen respectats els drets dels treballadors. Poc podría afegir-hi que no s'haja dit magníficament al llibre. Per això em centraré en un punt que convé ressaltar.

Paral·leament a la lluita sindical, hi ha, com no podía ser altrament, una continuïtat en l'estratègia antisindical dissenyada pel capitalisme per a vèncer la resistència dels treballadors. L'anhilament de les organitzacions obreres, la persecució dels líders, la prohibició de la vaga, en una paraula, l'ús de la força bruta forma part d'aquesta estratègia però s'utilitza amb caràcter excepcional, i a la llarga resulta poc útil perquè dóna la raó a l'oponent. Allò característic de la repressió capitalista és apoderar-se d'aquesta arma i presentar-la revestida d'una racionalitat universal i irrefutable. El poder polític i econòmic adopta una estratègia de desqualificació del contrari que li evita la necessitat d'usar la coacció violenta, llevat de casos extrems.

Amb aquesta finalitat, com han demostrat esl estudis de M. Foucault, els ideòlegs dels sistema s'apliquen amb abrivament a definir el camp d'allò racional d'acord amb els

seus interessos. El discurs del poder i el discurs de la raó s'identifiquen i esdevenen universals i excloents, de manera que qui s'atreveix a pensar i actuar al marge mereix la desqüalificació i la condemna. Constituïda una determinada racionalitat històrica, que no es cap altra que la pretesa racionalitat capitalista, aquell que la qüestiona és un estrany que n'ha de ser exclós. Foucault va aplicar aquest esquema interpretatitu a l'estudi de la repressió i de l'exclusió en diferents camps (la bogeria, el delicte, les malalties maleïdes, les conductes sexuals, la disciplina laboral...) mostrant de quina manera la condemna de tot allò que molesta l'ordre establert és molt més fàcil quan se li pot acusar d'irracional, desviat, antinatural, absurd... És més fàcil prescindir dels aturats quan s'ha establert que les lleis del mercat són perfectes i se'ls pot acusar de ganduls.

L'anàlisi foucaultiana descobreix l'estratègia practicada pel sistema en el començament del sindicalisme. A la prohibició calia afegir-hi l'exclusió de l'univers civilitzat, de manera que els sindicats aparegueren com una aberració engendrada per ments desviades. Els ideòlegs del sistema es van encarregar de fer veure que hi havia obrers bons, treballadors i estalviadors, ciutadans exemplars que se sacrificaven pel bé del país lliurant les seues vides al treball. I obrers dolents, rancorosos, tavernaris, imbuïts de falses utopies, que pertanyien a organitzacions internacionals i que no mereixien que se'ls reconeguera com a ciutadans. Obrers enganyats que no comprenien que tots anem en el mateix vaixell i no els importava que s'afonara. Els anys posteriors a la Comuna les organitzacions obreres van ser prohibides en quasi tots els països i les vagues es van resoldre a trets. Allò més revelador, però, d'aquesta actitud és la profusa literatura amb què es legitimava la repressió. Hi ha textos abundants de l'època en què es qualifica els obrers sindicats de subversius, asocials, apatrides, se'ls compara a tribus primitives oposades al progrés i es considera les seues aspiracions com a deliris de ments malaltes (amb aquesta finalitat se solien utilizar els estudis de Lombroso sobre les dimensions del crani dels anarquistes condemnats a mort). He apuntat citacions textuals que es poden trobar, per exemple, en boca de parlamentaris saberuts i sensats amb motiu del debat, a les Corts republicanes de 1871, sobre la prohibició de la Internacional (que, òbviament, va ser prohibida per 198 votos davant de 38).

Els sindicats no només prosseguiren la lluita social sinó que van evitar caure en el parany de l'exclusió que els parava el capitalisme. Lluitaren per tal d'eixir de la marginació a que se'ls comdemnava, per a legitimar la seua presència a la societat i adquirir una ciutadania de ple dret. Es van imposar la tasca que la seua història no quedara despenjada de la història realment existent ni que en fóra absorbida. Tal com va escriure bellament Paul Eluard: "volem un altre món, però es troba dintre d'aquest".

El resultat d'aquest llarg i rude combat va ser que el capitalisme no només hagué de reconèixer legalment els sindicats sinó que hagué d'acceptar el seu poder contractual. Es va formalitzar un pacte social que satisfeia una bona part de les aspiracions del moviment obrer; la seguretat en l'ocupació, la protecció social i una més equitatitva distribució de la renda. La consecució d'això i la instal·lació dels sindicats al centre de la societat, aconseguida als països avançats als anys cinquant i seixanta, ve revifar la interminable polèmica mantinguda per les diverses tendències sindicals al voltant del

reformisme. El que ha ocorregut a partir dels anys setanta mostra, al meu parer, els seus límits i els seus aspectes positius. El sistema capitalista va acceptar la integració del moviment obrer, no per a domesticar-lo, sinó perquè no tenia un altre remei que comptar amb la seua força. En realitat, el sindicalisme mai no va tenir tant de poder i influència social com en l'època del reformisme. Bona prova d'això és que el sistema ha acabat per no suportar-lo i que, a la fi dels setanta, s'ha vist obligat a reprendre una ofensiva antisindical implacable.

La nova estratègia antisindical pretén, com l'antiga, excloure els sindicasts, arraconar-los, marginar-los, utilitzant l'arma de la deslegitimació. Però ha canviat subtilment el to del discurs. En l'actualitat, els sindicats són desprestigiats com una relíquia del passat, un obstacle corporatiu que impideix el funcionament del mercat, una reserva índia que defensa un territori sagrat (la seguretat en l'ocupació) condemnat a desaparèixer. El discurs del capitalisme actual ja no pretén estigmatizar-los com a subversius i asocials. S'estima més ridiculitzar-los com a nocius i irrellevants. Com deia Foucault, una vegada més el poder defineix el camp del saber i declara absurd i impensable alló que se li oposa. La diferència és que, en lloc d'expulsar-lo com un empestat, l'aïlla com un malalt terminal.

Aquest canvi en el discurs antisindical, en altre temps amenaçador, ara menyspreador, no és degut, com sol repetir-se amb evident mala fe, al fet que avui els sindicats han perdut força i credibilitat. Si fóra així no molestarien. La veritat és que admesos en societat durant el període keynesià, els sindicats han esdevingut un hoste inoportú per al període d'ajust. Gràcies als sindicats, la cultura de la solidaritat s'ha institucionalitzat i és difícil de desarrelar mentre continúen presents. Per això l'estratègia antisindical ja no pot consistir a augmentar el perill que representen, sinó en disminuir la seua importància. Una vegada i un altra s'insisteix que els sindicats ja no interessen a ningú, tret del cada vegada més reduït cercle dels seus afiliats. Una cosa així com els duaners, són un cos a extinguir.

En els últims temps no cessa de repetir-se en els mitjans del neoliberalisme ilustrat, convertits en els nostres paternals consellers, que cal un canvi d'estratègia sindical. Sense cap dubte, però en sentit invers al que ells propugnen. La història dels sindicats mostra que aquests van reafirmar la seua identitat en contraposició al discurs dominant. Davant del discrus de l'exclusió van lluitar per afermar la seua presència en la societat, i quan l'exclusió fou més violenta, com en els anys del franquisme, van redoblar el seu coratge. Ara, davant del discurs de la disminució, que aspira a tancar-los en el marc d'interessos particularistes, cal que augmenten la seua càrrega de valors ideals i emancipadors.

Amb aquests supòsits, i seguint el mètode del contraposar l'estratègia capitalista a la sindical, voldria mostrar: 1) Amb quina feroç violència el franquisme va destruir el sindicalisme de classe i, en resposta, com es reconstrueix pacientment i valerosa el moviment obrer. 2) De quina manera el capitalisme liberal intercepta i esmicola, amb violència dissimulada, el moviment sindical i, en resposta, com es referma i transforma en un moviment social ampli.

El moviment obrer al nostre país hagué de refer la seua història i, per a fer-ho, hagué de començar de zero. Després d'aquella guerra llunyana, que va marcar tràgicament el destí de tants dels nostres compatriotes, els vencedors havien promès que només serien castigats els delictes de sang. Paraules vanes. L'aferrissament en fou la norma. N'hi havia prou amb una denúncia covard perquè l'acusat d'haver pertangut a un comitè de la UGT o de la CNT fóra detingut i condemnat. Calia acabar amb els rojos. L'extirpació del mal no es va limitar a l'eliminació física dels enemics (afusellaments, presons, exili obligat), sinó que va pretendre el seu total anihilament esborrant-los de la història. Van desaparàixer noms famosos dels manuals escolars, com si no hagueren existit mai, com si no hagueren escrit res. La repressió de la memòria va ser l'obra més sinistra i duradora del nou règim. La història del moviment obrer va ser exclosa violentament, llançada a les tenebres de l'oblit, esborrada del record. Destruïdes les organitzacions obreres, empresonats els seus líders, perseguits aquells que donaven senyals de vida, enquadrats obligatòriament tots els treballadors en un aparell coercitiu al qual, per a més escarn, es donava el nom de sindicat vertical, quedava anihilat tot un passat de lluites i sacrificis. El nou règim es podia vanar d'haver acabat amb la lluita de classes i restablert la pau. Com diu un personatge del *Don Carlo* verdià, la pau dels sepulcres.

Fins més enllà dels anys cinquanta, la vida de la majoria de la població va ser extremadament precària. El 1954 s'aconseguia la renda per càpita de 1936. Però encara millor que les xifres, els testimoniatges ens permeten acostar-nos a la misèria viscuda. L'amuntegament de diverses famílies en un mateix habitatge; la fam, agafada a l'estómac les vint-i-quatre hores del dia, enganyada amb moniatos perquè el pa mateix era racionat; el fred calat als pulmons, combatut amb la crema de serradures robades dels femers i, com a conseqüència, el retorn d'una malaltia, la tisi, amenaçant els cossos dèbils. Sembla tot tan llunyà, els anys de desenvolupament ens van canviar tant que els qui no ho van conèixer els resulta difícil creure que mitja Espanya visquera com en un camp de presoners. Així va ser, però. La devastació produïda per la guerra es va exarcerbar a causa d'una política econòmica l'únic objectiu de la qual era la recomposició de la riquesa dels de sempre, als quals es van unir, com a depredadors, els jerarques del règim, els estraperlistes i els "nou-rics". El triomf de les democràcies el 1945 i l'aïllament a què fou sotmès el nostre país per culpa de l'obstinada voluntat del dictador, que proclamava que Espanya s'hi bastava, amb la platònica amistat de Portugal i el blat de Perón (que anava a parar a les mans dels estraperlistes) prolongaren la nostra misèria. EI 1947, quan els països europeus començaven la recuperació gràcies al Pla Marshall, després d'una guerra més recent i devastadora que la nostra, Espanya entrava en el que més tard es va conèixer com l'*any de la fam* i que en aquell moment va ser celebrat com el novè de la victòria.

La misèria moral fou encara més gran en aquells *anys blaus* en què els vencedors lluïen ostentosament els seus uniformes feixistes, el seu poder arbitrari i la seua

buida retòrica. La repressió era tan brutal que va aconseguir interioritzar-se com la forma habitual d'ésser dels vençuts. La por, la passivitat resignada, envoltaven d'una manera apegalosa unes vides sòrdides i sense esperança. Per què recordar aquell abisme de dolor i d'humiliació en què només es vivia per a sobreviure? En primer lloc, perquè es pretén oblidar i es vol reduir el franquisme als últims anys en què, ja que no podia controlar la lluita per la llibertat, semblava liberal. En segon lloc, per a honrar els que no es van rendir. Coneixem només fragments de la seua història: els sis o set comitès de la CNT, i uns altres tants de la UGT, que es van formar a València entre 1940 i 1950, alguns dels homes i dones que hi van participar, la seua curta i tràgica peripècia, descoberts abans fins i tot d'haver establert els primers contactes. El seu esforç, vist des d'un punt de vista pràctic, va ser completament estèril, ja que la censura del règim impedia que ni tan sols la seua detenció fóra coneguda. Van salvar, però, l'honor del moviment obrer, l'únic que podien fer, i després van desaparèixer, empresonats una altra vegada, sotmesos a vigilància, forçats a l'exili.

Tot i el seu esforç, el moviment sindical històric es va extingir per complet. Consumit en una clandestinitat inoperant i sense eixida, va decidir reagrupar forces en l'exterior, d'on ja no tornaria. El nou moviment obrer es formarà a poc a poc a l'interior, desconnectat de l'antic, coincidint amb l'entrada en el món del treball de noves generacions que no havien conegut la derrota i afavorit per les circumstàncies que tot seguit es relataran. Aquesta ruptura brutal amb la seua pròpia història tindrà conseqüències importants. D'una banda, per al moviment obrer comportava la possibilitat d'estar lliures dels esquematismes i llasts d'altres èpoques i li permetia una gran originalitat i audàcia en la seua manera d'actuar i d'organitzar-se. D'altra banda, ocasionava la pèrdua de tot el capital simbòlic i cultural acumulat en molts anys de lluita, pèrdua que es farà notar quan es restablesca la democràcia.

Les fissures del sistema

A partir de 1950 es va fer evident que el dictador no abandonaria el lloc de "guaita d'occident" que ell s'atribuïa. A les democràcies occidentals, ocupats en la guerra freda, els anava bé aquell baluard feroçment anticomunista, i aviat es va veure que no mourien ni un dit per forçar-lo a l'abandó. El Concordat amb el Vaticà i els pactes amb EUA no aportaren cap solució a la caòtica situació econòmica, però van concedir al règim un crèdit de confiança que li va permetre eixir de l'embús en què es trobava. El dictador no mancava d'astúcia per a manejar les persones i va canviar gradualment algunes peces del seu indestructible sistema de poder. Va arraconar els falangistes, deixant-los parcel·les de poder en el camp social; va confiar als vaticanistes les responsabilitats públiques i va canviar la direcció dels ministeris econòmics. Les tensions dels diferents grups, amb orientacions oposades, va produir un autèntic marasme que va acabar amb la crisi política del 56 i amb la fallida econòmica el 58.

Aquestes escaramusses no ens interessarien ara si no fóra perquè tingueren repercussions importants en el desenvolupament de l'oposició al règim. El desgavell intern del sistema es filtrava a través de la seua estructura hermètica. Així, mentre s'intentava normalitzar tímidament el procés econòmic, abandonant les fantasies autàrquiques, els ministeris falangistes llançaven una ofensiva de promeses demagògiques. Mentre un ministre vaticanista intentava que a la Universitat s'ensenyara alguna cosa més que l'escolàstica, el de la Governació continuava prohibint-ho tot. Aquests fets demostraven que el règim, tot i mantenir la seua tosca brutalitat, es veia obligat a fer determinats ajusts i que aquests li ocasionaven no poques contradiccions. En aquest sentit, la necessitat del sector falangista, encapçalat per Girón, d'assegurar-se un espai de poder el portà a convertir l'aparell sindical en un enorme muntatge burocràtic, clientelar i parasitari, però que oferia per la base possibilitats interessants de relacionar-se amb els treballadors. La creació dels enllaços, l'elecció dels quals era en principi una farsa, obria una via de penetració a qui sabera aprofitar-la.

D'altra banda, l'Església, no satisfeta amb imposar a tota la societat la seua particular visió del món, va buscar la consolidació d'un camp directe d'influència mitjançant l'articulació d'un vast teixit organitzatiu. L'obsessió, típicament clerical, de posar-se en terreny aliè i no permetre el contrari va conduir l'Església a defensar zelosament l'autonomia de les seues organitzacions, i va impedir la ingerència del règim, al qual, d'altra banda, retia homenatge. L'Església espanyola estava escarmentada i volia evitar a tot preu el que havia passat amb els altres règims feixistes, on les seues organitzacions juvenils havien estat destruïdes o absorvides en l'estructura del sistema, i on havia perdut el control de l'educació. El resultat de la seua interessada fermesa en aquest terreny fou que molts dels joves espanyols dels anys cinquanta vam rebre una educació pèsima, estreta i clerical, que ens deslliurà d'una altra pitjor. Però també va passar que algunes organitzacions catòliques, desitjoses d'aconseguir audiència en el món obrer, desenterraren una arcaica doctrina social, barreja de conciliació de classes i de vague justicialisme que, a pesar de tot, tenia el mèrit de despertar inquietuts entre els seus joves oients, farts de la desprestigiada retòrica del règim.

El Partit Comunista va ser qui millor va percebre la fortalesa i les debilitats del sistema i, el 1956, va llançar la proposta de reconciliació de tots els espanyols. El Partit, que uns anys abans havia retirat d'Espanya els petits focus guerrillers, va comprendre amb lucidesa que el règim no cediria per les pressions exteriors ni per l'acció d'alguns agents enviats des de fora i tan esforçats com inútils. Va intuir que hi havia un altre camí, que aquell mur insalvable podia ser desgastat per l'acció dels ciutadans. Avançant audaçment en aquesta direcció, el Parit Comunista va deixar de cridar a la continuació de l'enfrontament, crida que ningú ja no creia factible, que resultava incomprensible a les noves generacions i que, en el fons, afavoria el sistema i justificava el seu esperit de croada. Calia oposar-se a la dictadura amb la pràctica de la democràcia, amb l'aprofitament de les mínimes oportunitats per a exercir la llibertat i, d'aquesta manera, tractar d'ampliar el seu espai.

En el terreny sindical, la tàctica d'actuar atents als problemes concrets dels treballadors, d'aparàixer, no com personatges misteriosos enviats de l'exterior, sinó com a líders de la fàbrica elegits pels companys de treball, va aclarir a poc a poc el terreny dels fantasmes de la por i va atraure a la lluita obrera els altres companys. El moviment obrer va emergir lentament, a mitjans dels cinquanta, amb el suport d'allò que els comunistes anomenaven "enllaços i jurats honrats i combatius", per a distingir-los d'aquells que ocupaven el càrrec per a aprofitar-se'n. L'obra de CCOO els anys seixanta fou la de donar-los una perspectiva global, organitzar-los en un ampli moviment de masses i lligar la seua lluita reivindicativa a la lluita per la democràcia.

Els reptes del desenvolupament

El Pla d'Estabilització de 1959 va posar ordre en el desconcert econòmic i va donar pas a l'etapa del desenvolupament. Els llocs clau del govern foren ocupats per un equip de tecnòcrates vinculats a l'Opus Dei, als quals no es pot negar una forta coherència en el seu disseny econòmic i polític. D'alguna manera, el seu projecte estava imbuït de la mística saintsimoniana del desenvolupament industrial, impulsat per l'Estat i per la banca, al qual atribuïen un paper decisiu en el desenvolupament del país. La seua confiança en el dictador, que havia de garantir amb mà dura l'ordre necessàri per a la prosperitat dels negocis, era molt més gran que la que van tenir els seus inspiradors en Napoleó III. En cap moment van pensar els desenvolupistes en la democratització del règim. Sia per la seua formació religiosa conservadora, per la desconfiança innata dels tecnòcrates davant dels polítics o per simple oportunisme, l'equip opusdeísta es trobava ben a gust al govern del general Franco, i en tot cas pensava, si la modernització econòmica ho exigia, en una dictadura més benigna o en un sistema de conservadorisme autoritari. Convé dir-ho perquè un dels principals protagonistes de l'operació tecnocràtica acaba de presentar-se ara en les seues memòries com l'iniciador de la democràcia. A aquests demòcrates frustrats cal recordar-los que mentre ells van estar al govern hi hagué obrers i estudiants que foren empresonats, la vaga era un delicte, la llibertat de premsa no existía i, per si no fora prou, es recorria a l'estat d'excepció quan els mètodes habituals de coerció no eren suficients. Si a finals dels seixanta els crits de llibertat envaien els carrers no va ser gràcies a ells, sinó a desgrat seu.

Dit això, cal fer justicia també al plantejament de desenvolupament en el terreny econòmic. En la dècada dels seixanta Espanya va experimentar els canvis sòcio-econòmics més espectaculars dels últims segles, fins al punt que la frustrada revolució industrial, de la qual solen parlar els llibres, pot considerar-se com a realitzada en aquests anys. Això no vol dir que no es fera amb errors greus, que no comptara amb circumstàncies excepcionals per a dur-se a terme i que, al capdavall, Espanya no continuara sent un país allunyat de les grans potències industrials. Però heus ací les dades. En la segona meitat dels seixanta el nostre país tingué les taxes de creiximent més elevades d'Europa, equiparables a les d'Alemanya i Itàlia en els anys dels seus respec-

tius "miracles". El camp va experimentar un impressionant transvasament de mà d'obra, visible als cinturons industrials i a les noves barriades de les grans ciutats. Aquest procés accelerat d'urbanització va provocar una ràpida i intensa modernització dels hàbits, comportaments i mentalitats. El cine de l'època, amb un estil insuportablement superficial i groller (el cèlebre "landisme") reflecteix millor que una anàlisi sociològica el xoc produït pels canvis en un país reprimit i inculte. A la fi dels seixanta, l'espanyol o l'espanyola estàndard eren molt més semblants a qualsevol europeu que a un espanyol dels anys quaranta.

És evident que tots aquests canvis no van ser obra de la mà miraculosa dels tecnòcrates, els quals es van limitar a seguir els consells del FMI i a elaborar plans de desenvolupament d'acompliment dubtós. El que va passar és que Espanya va entrar en la formidable ona expansiva de les economies capitalistes i ho va saber aprofitar. Els dos exemples repetidament esmentats (l'emigració i el turisme) van proporcionar les divises necessàries i cal dir que al contrari que a Portugal amb els abundants ingresos de les colònies, ací van anar a parar a la inversió productiva. Un país com el nostre, amb abundasts recursos d'oci i una demanda potencial insatisfeta, oferia un camp ideal per a l'aplicació de les ideees keynesianes que tan bon resultat havien donat a Europa. Això és el que es va fer, millor o pitjor. Per això, per a comprendre aquests anys i, sobretot, per a explicar les peculiaritats de la seua crisi posterior, no n'hi ha prou amb parlar de desenvolupament, enaltint els seus prodigis o criticant la seua inconsistència. Es necessàri analitzar-los com la realització d'un model keynesià distorsionat pels entrebancs sòcio-polítics de la dictadura, incapaç, entre altres coses, d'emprendre la reforma fiscal o de reconèixer els sindicats com a interlocutors, elements inmprescindibles per al funcionament acabat del model. Ara bé, amb distorsions i entrebancs, és innegable que el model es va posar en pràctica i el que ens interessa és posar atenció als seus contradictoris efectes.

Keynesianisme deformat

En primer lloc cal constatar que el creiximent econòmic i la intensa mobilització de recursos va acompanyada, en el model keynesià, de l'ocupació total. En el cas espanyol es podría argumentar que es va donar a costa de l'eixida de més d'un milió d'emigrants que el van trobar a Alemanya, però comptant amb aquest considerable drenatge, l'estructura productiva va ser capaç en poc temps de suprimir la subocupació agrària i d'absorvir un mercat laboral en augment. Trobar treball no era un problema. Els salaris, després del dràstic reajust de l'estabilització, van pujar a poc a poc, amb una tendència a accelerar-se a partir dels setanta. La seua parquedat es veia compensada per les hores extres, la suma de les quals igualava en molts casos a la dels salaris. Aquesta sobreexplotació dels treballadors va finançar el desenvolupament. Treballar deu hores, moltes vegades dotze, era normal, i aquest dur esforç va permetre als treballadors, en primer lloc, menjar i vestir satisfactòriament; després, estalviar per a un pis petit, molt aviat om-

plir-lo amb els símbols del benestar (rentadora, televisor...) i, finalment, culminar l'escalada amb l'adquisició d'un petit utilitari que facilitava les escapades de diumenge.

L'accés a aquests béns, considerats per l'esquerra radical com símbols de l'alienació (haurien fet bé els esquerrans en llegir els estudis de Hobswaum i Hoggart sobre la cura de la casa en els obrers anglesos de principis de segle), va canviar per complet la idea que d'ells mateixos tenien els treballadors. Com deien les senyores distinguides amb una ganyota de disgust; "ara ja no se'ls distingueix". No era veritat, però sí que era cert que els elements simbòlics de l'exclusió es difuminaven. Sabien que eren necessaris, que eren ells els que impulsaven el desenvolupament, i això els tornava la consciència de la seua dignitat. La propietat de béns de què fins aleshores s'havien privat, i que compraven amb el seu propi esforç, donava seguretat i sentit a les seues vides. D'alguna manera recuperaven una part de la cultura obrera que, no ho oblidem, és una cultura del treball i del gaudi dels béns guanyats amb el treball.

Des del punt de vista col·lectiu, el moviment obrer va experimentar també una gran transformació durant aquest període. Sobre això voldria fer algunes precisions. Es diu sovint que el model keynesià-fordista és un mecanisme per a desactivar el poder dels traballadors i integrar-los en el sistema. Al meu parer és una afirmació equivocada. És el model liberal el que, amb la prioritat absoluta de l'individualisme, disol la força col·lectiva de les organitzacions obreres. Per contra, la regulació keynesiana-fordista tendeix a homogeneïtzar la classe obrera i necessita que aquesta actue fortament cohesionada i representada per sindicats poderosos. És cert que això comporta el reconeiximent del sistema capitalista per part del moviment obrer, la qual cosa, per als esquerrans dels anys seixanta, representava la seua total socialdemocratització i la renúncia a l'horitzó revolucionari. El paradigma keynesià és l'únic que concedeix un espai teòric privilegiat al moviment sindical com a copartícip del pacte social entre l'Estat i les grans corporacions. En la pràctica el moviment obrer mai no va tenir a Europa un paper tan rellevant i un poder tan decisiu com en els anys 1950-1970.

El keynesianisme deformat, de la manera que es va desenvolupar al nostre país als anys seixanta, va configurar d'una manera singular el moviment sindical. Era un keynesianisme al qual mancava una de les tres parts que havia de sustentar-lo, és a dir, el reconeiximent com a interlocutor del moviment obrer organitzat. El govern eran conscient que el sindicat vertical no representava a ningú, però no podía reconèixer una representació aliena al seu sistema tancat de poder. La intel·ligent tàctica de CCOO va consistir en recalmar-la i imposar-la amb una lluita tenaç i esforçada. Els treballadors necessitaven un poder negociador en un moment que el govern, doblegant-se a les exigències d'un model expansiu, havia deixat d'imposar per decret els salaris i legalitzat els convenis col·lectius. Els empresaris no tenien un altre remei que acceptar aquell sindicat, amagat en l'ombra, prohibit i perseguit, però que tenia el suport de l'assemblea de treballadors i amb una capacitat de mobilització cada vegada més gran.

D'aquesta manera, la lluita reivindicativa i social es va convertir en un combat per la democràcia. Cada victòria no només comportava una millora en les condicions laborals sinó un reconeiximent de la llibertat dels treballadors per organitzar-se i triar

els seus representants, és a dir, un pas endavant en la conquista de la democràcia. La centralitat obrera, típica del model keynesià-fordista, que als països democràtics funcionava en paral·lel a la centralitat de l'estat keynesià, es va convertir a Espanya en un enfrontament amb l'omnipotència de l'estat dictatorial. El moviment obrer no era com en aquells països, i segons la coneguda frase de Galbraith, un dels pesos equilibradors de la balança democràtica, sinó l'eix o la punta de llança per a conquistar-la. Això provoca que fóra molt més combatiu, però es va forjar una imatge sindical deformada, una cosa així com l'espill invertit de la realitat en què estava immergit. Malgrat que l'estructura clandestina guanyava amb el temps en consistència, i encara que molts enllaços i jurats de CCOO servien de punts de referència visibles, el fet és que les CCOO només existien quan actuaven. Un sindicat, però, no és un moviment d'assemblees, ni un moviment de vagues, sinó la institucionalització del poder dels treballadors. Al seu darrere hi ha la capacitat de presionar amb mobilitzacions i vagues, la qual cosa és molt distinta a la necessitat ineludible de realizar-les per a existir. Arribat el moment, la necessària conversió del moviment en sindicat provocarà problemes i decepcions als qui estaven acostumats a concebre el sindicalisme com un acte i no com una potència.

La presència del model keynesià, tot i que deformat, es va manifestar també en la construcció de l'estat de benestar. Un especialista en la materia, F. Comin, ha afirmat fins i tot que, a pesar d'algunes obres aparatoses, mai no va existir durant el franquisme. En sentit rigorós, el *Welfare State* consisteix en una oferta de béns i serveis al conjunt de la població sobre la base dels ingressos fiscals. És a dir, té un carácter universal i unes repercussions si fa no fa igualitàries o de redistribució de la renda, ja que els ciutadans amb menys ingressos reben gratuïtament uns serveis pagats per l'aportació fiscal d'aquells que en tenen més. Aquest no era el cas del franquisme, que mai no es va atrevir a posar mà a l'obra en la reforma fiscal i on els bens rebuts pels treballadors tenien un caràcter contributiu i eren pagats per la renda sostreta als mateixos treballadors. Ajustant-nos, per tant, a una definició precisa del Welfare State, aquest no va existir fins que els governs de la UCD van realitzar la reforma fiscal i els del PSOE va universalitzar les prestacions convertint-les en un dret ciutadà, independentment de l'aportació de cadascú. Actualment es pot percebre assistència sanitària i rebre la pensió mínima encara que no es cotitze, la qual cosa és un avanç considerable.

Això no obstant, aquest plantejament impecable oculta les tendències de fons en els models de regulació capitalista de les dues èpoques. En el paradigma keynesià la protecció de l'Estat és: a) una resposta al poder del moviment obrer, b) una necessitat funcional del sistema lligada a les polítiques d'expansió de la demanda, i c) està legitimada per una cultura de l'element social que es presenta com a superació, per la via de la síntesi, de l'oposició entre capitalisme i comunisme. Per contra, en el paradigma liberal la protecció de l'Estat és: a) inevitable, per les inèrcies i vicis adquirits, però es dóna davant d'un moviment obrer desarticulat i que ja no pot presentar batalla, b) resulta com més va més disfuncional al sistema i c) pot ser desacreditada mitjançant

la difusió d'una cultura individualista i egoísta, ja que el col·lectivisme ha desaparegut de l'horitzó. Aquestes diferències sistèmiques són molt importants a l'hora de jutjar els fets. L'estat de benestar del franquisme, limitat, deficient i caòtic, es va haver de fer sota l'imperatiu keynesià d'augmentar la producció, mentre que la racionalització, duta a terme pels governs dels anys vuitanta, està condicionada per l'obsessió liberal de desacreditar els drets col·lectius. En el fons amaga, sota l'esquer de la universalització dels serveis, una perillosa tendència a reduir la seua quantia i qualitat, la qual cosa els converteix en mers serveis assistencials.

Només un lector superficial creurà que ací s'afirma que amb Franco vivíem millor. No, res d'això. Com podem oblidar no sols la falta de llibertats sinó, en el terreny que ara discutim, les greus deficiències del seu sistema de benestar? N'hi hauria prou de recordar els acudits que es feien sobre els metges de l'assegurança, les faraòniques i inservibles universitats laborals, les dispeses alegres de les mutalitats en residències a Marbella de les quals només gaudien uns pocs, l'amuntegament de blocs construïts per l'Institut de l'Habitatge, i, d'aquesta manera, un llarg etcétera d'ineficiències. No, ni amb el franquisme ni contra el franquisme vivíem millor, però el keynesianisme és més just que el capitalisme liberal. El franquisme desenvolupista es va veure arrossegat per aquest corrent i pressionat per un moviment obrer en augment. El resultat fou que, al marge de les seus realitzacions més o menys limitades, els treballadors adquiriren una consciència cada vegada més ferma d'uns drets socials que, guanyats i fins i tot pagats amb la seua lluita i el seu esforç, esdevenien drets adquirits i irrenunciables. Aquest pas trascendental, donat abans per la classe obrera europea, els treballadors espanyols el van fer a la fi dels seixanta i és una fita històrica. Perquè, diguem-ho sense embuts: la consciència dels drets adquirits, que tant va escandalitzar les sensibles oïdes liberals, abraçava tota la cultura obrera. Darrere d'aquests drets hi ha la lluita de més d'un segle del moviment sindical per aconseguir que la democràcia política es convertira en democràcia social. Per això resulta d'una evident mala fe assegurar, com fan els ideòlegs del neoliberalisme governamental, que defensar l'ocupació fixa o protestar contra la reducció de la percepció per desocupació, és aferrar-se a uns drets del franquisme. No es tracta de concessions del franquisme sinó de drets arrancats pel moviment sindical al franquimse i al capitalisme. I de la mateixa manera que els treballadors lluitaren per la democràcia política dient "no ens mouran", fan bé ara de no moure's i de defensar amb fermesa les parcel·les de democràcia social conquistades.

L'astúcia de la raó

Interpretacions de la transició

Les nombroses i diverses lectures de la transició a la democràcia podrien situar-se entre dos interpretacions extremes, una economicista, l'altra voluntarista. Per a la primera, la instauració de la democràcia seria la conseqüència ineludible de la inadequa-

ció entre el desenvolupament econòmic i la rigidesa de les formes polítiques. Aquesta inadequació, que es va accenturar a mesura que les conseqüències sociològiques i ideològiques del desenvolupament es feren manifestes, va obligar el franquisme a fer concessions fins a posar-lo, a partir dels setanta, a la defensiva i a mercè d'una oposició que cada dia augmentava les seues files. El moment decisiu va ser quan un contingent significatiu de les forces econòmiques comprèn que el franquisme representa un entrebanc per als seus interessos i dóna suport sorneguerament al canvi. La mort del dictador aclariria un terreny que ja estava pràcticament guanyat per la mateixa força de les coses. Com es veu, en aquesta lectura dels fets no s'exclou el paper de les forces socials però, en la seua versió més exagerada, no són una altra cosa que comparses d'una evolució económica que determina els esdeveniments. Advertim de passada que, contra el que poguera semblar, els que la defensen no són els marxistes sinó els historiadors *whig* i els sociòlegs a l'americana. I és que la preocupació marxista per les determinacions econòmiques és molt menor que l'obsessió liberal per traure importancia al paper de les forces socials.

Els fets contradiuen una interpretació tan esquemàtica, tot i que tinga un fons de veritat. Certament va ser el desenvolupament econòmic el que va provocar els canvis sociològics i mentals que van permetre a l'oposició ampliar el seu cercle d'influència fins a convertir-lo en una marea imparable. L'argument, però, és reversible. Aquests canvis invitaven també al conformisme, a un consens passiu respecte a un franquisme menys aclaparador, encara que més selectiu i precís en la seua repressió. Davant la por generalitzada de la primera època, una frase molt difosa reflectia la situació posterior: "si no et mous, no et passa res". Vol dir això que calgué organitzar l'oposició, que va haver d'eixir al carrer i donar la cara amb un risc evident i que fins a la fi va patir els colps de la repressió (en 1975 els líders de CCOO, processats en el famós sumari 1.001, eren en la presó). El franquisme no va cedir res que no li fóra arrabassat. En el moment de la mort del dictador no hi havia res decidit i, és clar, no hi havia indicis que el govern d'Arias Navarro, sobre el qual planaven pressions fortíssimes dels sectors ultres i militars, estiguera disposat a restablir la democràcia. Va ser un moviment de vagues i de masses, com mai no s'havia donat i que es va saldar amb alguns morts, el que va obligar a dimitir al govern Arias i va deixar passar Suárez, el qual va comprendre intel·ligentment que havia de pactar amb l'oposició per a instaurar la democràcia.

Aquest famós pacte és el cavall de batalla d'una altra interpretació per la qual el franquisme, com deia la vella cançó republicana, "no se ha marchao, que lo hemos echao". Segons aquesta versió les forces democràtiques (alguns hi afegeixen revolucionaries), en el moment que tenien la dictadura a la seua mercè, van cedir en el seu impuls i pactaren la transició amb els mateixos franquistes, per la qual cosa no es va produir una *ruptura* amb el règim anterior. Darrere d'aquesta mística paraula s'amaguen més emocions que realitats. Sembla que la ruptura hauria consistit en la instauració d'un règim republicà, amb un govern de centre-esquerra que hauria realitzat una depuració dràstica dels aparells de l'Estat (sobretot dels policíacs i militars) i emprès immediatament profundes reformes socials. Si fa no fa com a Portugal, on la seua

Revolució dels Clavells era ben recent. Però si el que va passar molt aviat a Portugal no era prou per a mostrar que n'era d'il·lusori, el plantejament, hi ha el fet real i incontrovertible que amb els consens es va instaurar, des del començament, un Estat democràtic de dret sense cap restricció.

L'error d'aquesta interpretació és creure que darrere de la dictadura no hi havia res més que els seus aparells repressius i oblidar que una dictadura no és una altra cosa, generalment, que una forma de dominació del capital, i que aquesta continúa present sense el dictador. Amb la convicció que la dictadura era la causa de tots els mals, era lògic creure que no deixant en actiu cap funcionari feixista tot el canvi estava aclarit. Això distava molt de ser cert. Potser la ruptura democràtica comportava *ipso facto* la ruptura de la dominació del capital? De cap manera. Sense negar que alguns grups utilitzaren els reductes de l'antic poder per a intentar una involució, el problema va deixar aviat de ser aquest. Amb ruptura o sense, la qüestió era de quina manera es regularia el capitalisme sota la democràcia o, dit en termes clàssics, de quina manera dominaria la classe dominant una vegada que les seues faccions principals hagueren acceptat la democràcia. No veure-ho així era atribuir les noves dificultats amb que ensopegava el moviment obrer a un pecat original (la falta de ruptura) causant mític del tots els mals, i a tancar els ulls a la complexa realitat.

M'he detingut en aquestes explicacions sobre la transició perquè d'una manera o d'una altra encara serà un factor considerable una vegada consolidada la democràcia. La il·lusió rupturista continuarà present en l'ànim del molts sindicalistes com un trauma que només es curarà lentament i que, d'una manera més o menys conscient, influirà en l'aversió al pacte social mostrada per alguns. Pitjor ha estat l'altre extrem. El determinisme economicista s'ha convertit en la ideología de les capes il·lustrades (o que presumeixen de ser-ho) i pel seu mitjà ha passat a ser la ideología dominant en l'actualitat. Pensar que l'acció de les forces socials pot modificar la realitat es considera una creença d'illetrats, una fantasia primitiva i romàntica que només aprofita per a impedir l'ajust perfecte de les forces econòmiques. En aquest terreny els polítics i intel·lectuals orgànics del partit governant, des de 1982, ha dut a terme una batalla devastadora presentada, machadianament, com la vella pugna de les dues Espanyes, embellida com si es tractara de la culminació de la disputa il·lustrada entre antics i moderns, però que en realitat ha consistit en un despietat sabotatge als vertaders valors de la modernitat. L'economicisme no només ha determinat inflexiblement una política econòmica que ens ha conduït a l'actual desastre. Sobre aquest punt encara s'admetrien excuses. La qüestió és més greu. L'economicisme ha condicionat per complet el projecte polític i deformat fatalment la mentalitat dels ciutadans.

El reformisme frustrat

És innegable que, entre nosaltres, els problemes de la transició ajornaren la necessitat d'afrontar la crisi que s'entreveia. N'hi ha prou amb recordar que la primera crisi

del petroli, el 1973, no tingué repercussions en els preus de la gasolina, que van ser subvencionats per un govern franquista acorralat i amb ganes d'evitar-se més conflictes. Igualment podriem esmentar els elevats augments salarials provocats per l'onada de vagues de 1976, quan ja començava l'enfilall d'expedients d'ocupació. La caiguda de la dictadura comportà una absència total de política económica, conseqüència de la necessitat dels seus últims governs de posar pedaços i de fer concessions quan el vaixell ja s'afonava.

El primer govern democràtic, presidit per Suárez i amb un gestor competent dels afers económics, el professor Fuentes Quintana, tingué la clarividència però no la força suficient per a afrontar la situació que, entre altres coses, suportava una inflació del 22%. Els Pactes de la Moncloa organitzaren una sèrie de mesures importants amb l'objectiu d'arrodonir el model keynesià (reforma fiscal que permetria desgravar a les empreses les càrregues fiscals i ampliar els serveis) i de corregir els seus efectes negatius (moderació salarial, gràcies a la qual la inflació va baixar set punts, dos per sota del que s'havia previst). Aquests pactes eren un magnífic començament d'una intel·ligent política econòmica, atenta a la crisi i als problemes socials, però havien de tenir continuïtat.

No va ser així. Els acords havien tingut una finalitat eminentment política, emmarcada en el consens de totes les forces en suport de la democràcia. Ben aviat van quedar encallades en el terreny sòcio-econòmic, la qual cosa va provocar la dimissió de Fuentes Quintana. El president del govern estava absorvit per la tasca d'evitar els obstacles involucionistes i colpistes, a què es va dedicar amb notable coratge. La política econòmica va quedar a les mans d'Abril Martorell el qual, en lloc de buscar l'acord amb els sindicats, es dedicà a enfrontar-los amb el propòsit neci de debilitar-los. Abandonats els projectes reformistes del seu antecesor i sense un objectiu definit, la seua actuació fou erràtica, amb plans de reconversió industrial ben concebuts però vacilants a l'hora de portar-los a la pràctica, mal explicats i pitjor acceptats pels sindicats. En definitiva, una barreja de bones intencions i d'arbitrisme on va quedar atrapat el materix govern. La crisi es va podrir en un moment (1979, segona crisi del petroli) en què calia afrontar-la amb idees clares. Cal reconèixer, això no obstant, que el govern no tenia les coses fàcils, debilitat per les amenaçes colpistes i les divisions internes del seu propi partit que conduïren, finalment, a la dimissió de Suárez i a l'efímer i poc gloriós trànsit de Calvo Sotelo.

El discurs dels diners

Tots els comentaristes polítics estan d'acord que l'espectacular triomf del PSOE en les eleccions de 1982 va significar la fi de la transició política. La massiva votació al seu favor fou interpretada com un plebiscit en contra del colp de Tejero, ocorregut l'any anterior. La ciutadania desitjava i donava suport a un govern democràtic estable i fort, tancant el pas definitivament a qualsevol involució. El PSOE comptava, per a dur a

terme la seua política, amb un crèdit enormement ampli, els famosos 11 milions de vots tantes vegades invocats. Amb el suport de les forces socials podia aprofitar el marge de maniobra, que sempre hi ha en la definició d'una política econòmica, per a dur a terme el canvi promès. En lloc d'això: 1) va sacralitzar al màxim les determinacions econòmiques convertint-les en norma indiscutida i indiscutible de la política neoliberal que havia triat, 2) es va recolzar en les forces socials interessades en aquesta política, menyspreant olímpicament les que s'hi veien perjudicades o s'hi oposaven, i 3) va difondre i, pitjor encara, exemplificà amb la seua conducta una ideología de nou-rics que, amb l'exaltació del triomf individual, minava els fonaments de la solidaritat social. El famós "enriquiu-vos" de Guizot tindria la seua rèplica en Solchaga proclamant satisfet que Espanya era el país on una persona podía fer-se ric més fàcilment.

Els inspiradors de la nova política econòmica es mostraven convençuts des del començament que, exhaurit el model keynesià-fordista, no hi havia cap més alternativa que la neoliberal. L'impuls industrialista, el sosteniment de la demanda interna i l'actuació incentivadora de l'Estat van ser substituïdes per polítiques monetaristes d'ajust i per polítiques d'oferta centrades en el sanejament, per defunció i tancament de les empreses, i en la desregulació dels mercats, sobretot del laboral. Les conseqüències d'aquesta alternativa sobre l'economia real han estat devastadores. D'una taxa d'atur del 14%, que ja aleshores (1982) semblava enorme, es va pasar a un 22% i, després d'un curt parèntesi que s'aconseguí reduir al 16%, tornem ara mateix a sobrepasar el 22%. Uns resultats tan catastròfics sobre l'ocupació no poden atribuir-se a la ineptitud sinó a una premeditada opció de política econòmica, raonable només des del punt de vista d'interessos determinats.

Els artífexs del disbarat van entendre que, en el context de saturació del model fordista i d'internacionalització dels grans moviments de capital, les grans corporacions industrials cedirien el protagonisme als complexos financers. És molt distint un model de rendabilitat del capital l'eix del qual són les grans inversions en capital fix i que, per tant, necesita un termini llarg d'amortització i un mercat estable per a extraure beneficis, que un model que juga amb la mobilitat constant del capital. Així doncs, *que la fête commence!*. Sembla que hi ha dies que circula més capital en operacions especulatives que el de totes les reserves mundials. Per a què treballar si es poden guanyar diners al casino de joc? És obvi que cap economía se sostè únicament amb l'especulació però, si més no, es poden permetre aquest luxe aquelles que disposen d'un sòlid aparell productiu. Espanya, és clar, no el tenia però, a l'eixida del franquisme, podía oferir-se com un país jove i verge perquè els altres hi especularen. Ací ningú ha vingut a invertir un duro des dels temps llunyans en què s'intal·laren Ford, IBM o General Motors, però durant alguns anys hem estat un dels més poderosos imans per a atraure capital financer que, després de realizar operacions suculentes, se'n anava per on havia arribat. El cas KIO és el més espectacular, però només representa la punta d'un immens iceberg que feu crèixer la nostra economia, a la fi dels vuitanta, per damunt de la mitjana europea, i es va liquar com un torrent als noranta. El que hauria d'escandalitzar de l'assumpte KIO no són les operacions irregulars d'un senyor determinat sinó

el seu desembarcament legalitzat i beneït. Tothom sabia que el seu objectiu era comprar actius, revalorar-los, especular amb ells i aprofitar l'aigua tèrbola per a realitzar operacions de desballestament i venda d'empreses. Què es pot dir del sector de l'alimentació, un camp propici per al desembarcament de les empreses foranes que només pretrenien comprar la marca i la xarxa de comercialització, controlar i, si no hi havia un altre remei, reduir la producció de la competència?

Afrontar aquesta política no era fàcil. La seua orientació tendia a trencar el pacte keynesià entre l'Estat, els interessos industrials i els sindicats, apenes apuntat als Pactes de la Moncloa. Les grans corporacions, lligades al capital internacional, aprofitaren el remolí dels negocis per esfumar-se discretament de l'escena i emprendre una retirada cautelosa (expedients de regulació, tancament d'algunes plantes). Els grups industrials basc i català, que tant de pes van tenir en la història econòmica d'Espanya, fa temps que deixaren d'existir com a tals. Quant a la CEOE no serà sobrer recordar que és un conglomerat heterogeni, marginat de les decisions importants de política econòmica i amb una cúpula que es dedica a lladrar a la lluna. Com va assenyalar M. Olson en un conegut estudi *(La lògica de l'acció col·lectiva)*, una associació d'interessos amb llaços tan dèbils, si vol funcionar, ha de presentar algún objectiu comú amb el qual tots els membres se senten identificdats i que la galvanitze. Aquest objectiu no és cap altre que el problema laboral. A la CEOE no se li coneix un projecte industrialitzador, ja que cada empresa és un món a part, però són continues les seues protestes per qüestions laborals, tema en què tots coincideixen, des del més encimbellat al més modest. En un notable exercici de simplificació per a la CEOE els mals de la nostra economía són deguts a la rigidesa del mercat de treball, els elevats salaris dels treballadors i les càrregues socials. Tant fa que s'haja demostrat la inexactitud d'aquestes assercions, són axiomes amb qué tots combreguen i que li van bé al govern per a tenir entretinguda una molesta associació que, de passada, li aplana el camí.

Traiem les conseqüències pertinents. Ni al govern, amb una política monetarista que dóna prioritat als interessos financers, i amb una doctrina neoliberal el primer dogma de la qual és que el mercat s'ho apanye sol, li interessa un pacte industrial amb els empresaris i ni aquests són capaços d'exigir-lo amb una mínima coherència i, encara menys, d'incloure-hi els treballadors. La CEOE no és un grup de capitans d'empresa, dinàmics i emprenedors, que descriuen els llibres schumpeterians, sinó un batalló de sergents i de caps de personal obsedit pels problemes laborals. El govern assiteix complagut i facilita els atacs empresarials contra el moviment obrer, ja que li fan la feina bruta i el lliuren d'un element incòmode que no té cabuda en el seu esquema. Per tant, cada vegada que el govern i els empresaris parlen de pacte social és per a traure el bitllet de l'acomiadament.

Seguint aquesta línea, els ideòlegs del partit governant han arribat a la conclussió que el moviment obrer és un fet residual i que no té un interés especial buscar el seu suport. Resulta més rendible aconseguir l'adhessió d'altres grups socials. El lector recordarà sens dubtre aquell col·loqui televisiu en què Nicolás Redondo li etzibà al ministre Solchaga: "a ti lo que te pasa es que te sobran los obreros". Tot i que el líder

ugetista es referia a la falta de sensibilitat social del minsitre, el dard anava més lluny. Realment és a la política del govern a la que li sobren els obrers. De moment no sap on posar-los, tret que no siga en les llistes d'atur, però confía que desapareguen a poc a poc. En el model econòmic adoptat sense cap restricció, hi haurà dos grups de treballadors: els altament qualificats, ben remunerats i amb una ocupació segura, i els que els francesos anomenen *laissés pour compte,* els deixats al seu aire a la recerca del treball que caiga: avui venc hamburgueses, demà rente plats, un dia ací, l'altre fent voltes. Els primers ho tenen ben lligat, dels altres no cal preocupar-se. La providència del mercat és infinita i alguna cosa hi trobaran.

L'inconvenient d'aquest plantejament és que cap economia pot funcionar sense una estructura productiva assentada amb solidesa i sense ocupació estable que garantesca el treball ben fet. Aquest món idíl·lic d'operadors de borsa, gestors, analistes de mercat, publicistes, enginyers de disseny, executius i d'altra gent de bon viure, se sostè sobre l'estructura productiva o, com estem veien a l'hora de comparar-nos amb Europa, no és una altra cosa que un món de ficció construït sobre un sub-món de nyaps. Aquest dualisme no només resulta insostenible des del punt de vista econòmic sinó que condueix a una desagregació social summament perillosa. Acceptar la inexorabilitat del model i afavorir alegrement les seues tendències més perjudicials és un greu error, però és el que s'ha fet durant els darrers anys.

El partit governant i els seus brillants ideòlegs han afavorit i, encara pitjor, legitimat, les tendències disgregadores de la societat mitjançant la difussió de la cultura individualista de d'èxit personal. Han pretés, d'aquesta manera, guanyar-se l'adhesió de les noves capes mitjanes i trencar la resistència del moviment obrer i de la seua cultura solidària. Els resultats salten a la vista. El yuppy irresistible de *La foguera de les vanitats* es queda curt atès el que s'estila ací. Al capdavall és massa fácil i vulnerable a aquestes grans catástrofes que només passen a Nova York. Els rics i famosos de Fitzgerald resulten massa tràgics. L'home nou forjat en la dècada felipense és un personatge massís, blindat, invulnerable, forjat amb materials de primera qualitat. De la mateixa manera que l'antic senyoret, considera la seua posició merescuda i inqüestionable, però els seus títols de noblesa són acreditats per universitats prestigioses. Posseix un passat *progre* i una cultura orteguiana, subministrada diàriament per un acreditat periòdic, que li permet opinar sàviament de tot sense comprometre's amb res. Ha adquirit, diríem que naturalitzat, aquest art difícil del *savoir-vivre* que abans només gaudien els hereus rics. Ell és ara un d'aquesta *happy-few* tot i que, certament, no tinga la passió stendhaliana i no siga més que un petit Rastignac, disposat a trair i vendre, en un món balzaquià regid únicament pels diners. Guanyar diners, saber gaudir-ne i damunt creure que això és el que cal perquè l'egoisme de casdascú produesca el benestar de tots (altrament ja s'ho farà cadascú amb el seu problema), en aquestes màximes trivials recolzava la cultura dels modernitzadors convertits en postmoderns.

Regida per aquests principis, la societat espanyola ha experimentat una pèrdua de valors ètics i ideals col·lectius. Una vegada es va comentar la rara singularitatr d'un personatge públic que, després d'accedir al poder, no havia canviat de casa ni de dona

i enviava els seus fills a l'escola pública. És el retrat d'un home antic, absolutament *démodé* en aquests temps de modernor accelerada. Quin executiu agressiu de quatre xavos no s'ha instal·lat en una urbanització luxosa i porta els seus fills a col·legis d'elit i a curs a l'estranger? Quin progre brillant aguanta ara l'antigua companya que semblava tan atractiva pegant cartells i resulta ara una paparra amb les seues manies tercermundistes? Bé, tret que ella no haja canviat també i l'haja precedit en la fugida.

Al marge d'anècdotes, pocs sociòlegs s'atrevirien a negar que el buit moral i la cultura de la satisfacció, com l'ha anomenada críticament Galbraith, constitueixen l'eix de la cultura dominant. Aquesta és la raó per la qual els sindicats molesten tant i no, com sol dir-se, el fet que les seus reivindicacions impedesquen l'equilibri econòmic. Molesten i són atacats i desprestigiats perquè representen un dels pocs focus de resistència organitzada davant la capitulació ètica de la societat. Perquè sostenen amb tenacitat orgullosa els valors d'igualtat i fraternitat, i són capaços de vertebrar la protesta i l'esperança.

L'ofensiva antisindical

Per al neoliberalisme els sindicats són la *bête noire* que cal abatre. A sant de què prestar atenció a unes organitzacions que només aprofiten per a interferir les relacions de mercat? Fins quan caldrà aguantar la seua impertinent insistència en la solidaritat quan està demostrat que tots som egoistes? Ara que l'ocasió és favorable, acabem d'una vegada. L'aguerrida senyora Thatcher no va dubtar en anihilar per la força el sindicat dels miners britànics en un combat singular de més de vuit mesos. Les escenes d'aquella vaga tremenda, amb les col·lectes pels pobles, les dones a les barricades i els miners trepitjats pels cavalls de l'exèrcit, semblen tretes de *Germinal,* com si no haguera passat un segle d'aleshores ençà. És per això que els mètodes thatcherians, més propis d'un coronel de llancers de l'imperi que d'un governant civilitzat, no solen usar-se llevat de casos extrems. Sota l'imperi dels mitjans de comunicació resulta més eficaç l'atac ideològic. L'objectiu és aconseguir la desqualificació moral i intel·lectual dels sindicats i conduir-los a la marginació, a la irrelevància social.

La panoplia d'arguments antisindicals és abundant i variada, però la majoria podria resumir-se en una proposició ben simple: els sindicats són inútils perquè en aquesta vida casdascú ha d'apanyar-se-les pel seu compte. Aquesta proposició pot formular-se amb adorns filosòfics, psicològics, sociològics o econòmics. D'aquesta manera es parlarà de disfuncions burocràtiques, de rigideces institucionals o de costos d'intermediació, segons s'escaiga, però la cançó té sempre la mateixa tornada: els sindicats trenquen la tendència natural de l'home a valer-se pel seu compte. Es tracta, per dir-ho en termes popperians, d'arguments deduïts de una proposició que no es pot falsejar, d'un axioma al qual es pot oposar un altre que tampoc no es pot falsejar i amb el mateix grau de validesa: tots ens necessitem i, per tant, els sindicats són necessàris com associacions d'ajuda mútua. L'argumentació antisindical no és, doncs, tan evident i els ide-

òlegs s'han vist obligats a presentar-la en doble versió, radiofònica i literària. Per a la plebs n'hi ha prou amb repetir, en hores de màxima audiència i amb molta sal i pebre, que els sindicats són un entrebanc. Per a la intel·ligèntsia cal pontificar en les pàgines polanquianes, usant l'última moda intel·lectual.

El liberalisme es basa, no cal recordar-ho, en una axiomàtica individualista que s'adorna amb la bella faula de les abelles industrioses, casdascuna ocupada en la construcció de la seua pròpia cel·la i totes plegades, sense necessitat d'unir-se o sindicar-se, construint la bresca de rica mel que és la societat capitalista. Aquesta faula té un gran poder encantador, sobretot en èpoques embajinades com la nostra, però a partir d'un coeficient intel·lectual lleugerament superior al de Reagan o d'un fanatisme sensiblement inferior al de Thatcher, pocs liberals se la creuen. Qualsevol liberal mitjanament intel·ligent sap que l'individualisme en estat pur destrueix la possibilitat dels lligams socials, dels grups de referència i de les institucions mitjanceres, sense les quals no pot funcionar la societat. Per això mateix les seues contínues apel·lacions al protagonisme de la societat civil i a l'organització dels grups intermedis que contraresten la tan temuda omnipotència de l'Estat i frenen les tendències disgregadores. En aquest context, que contradiu l'axioma bàsic ("cadascú per a ell i tots contra tots"), el liberalisme il·lustrat no pot arremetre d'una manera simplista contra els sindicats i ha de buscar arguments més subtils per a deslegitimar-los. Les associacions de tipus sindical, diu si fa o no fa, com qualsevol altre tipus d'associacions, són necessàries, però els sindicats obrers tradicionals han deixat de fer la seua funció i són perjudicials i inútils. Deixem que els gasetillers facen la feina bruta de desprestigi amb grans arguments i dediquem-nos nosaltres, social-liberals il·lustrats, a minar la credibilitat dels sindicats obrers amb teories avançades.

El primer front d'atac està envoltat d'una moralitat virtuosa i insisteix que els sindicats traeixen els seus prmcipis. Els sindicats obrers, que presumeixen tant de defensar els interessos de tots els treballadors, en la pràctica es dediquen a protegir col·lectius privilegiats; per això destrueixen la solidaritat que prediquen. La defensa de l'ocupació fixa o les reivindicacions salarials es fan a costa dels més desafavorits que no tenen treball. No hi ha article dels economistes neoliberals que no faça ús d'aquest argument capciós. Es podria arribar a pensar que estan molt preocupats a mantenir la puresa del sindicalisme, que estimen embrutada. Si el paper fonamental dels sindicats obrers, diuen, és mantenir la cohesió del món del treball, caldrà concloure que no la compleixen, ja que es dediquen a enfrontar uns contra els altres. Amb refinada malícia volteriana aquests moralistes proclamen: abatim l'infame. El sindicat s'ha convertit en una església, amb els seus dogmes i clergues, que pretén monopolitzar la salvació de la classe obrera quan en realitat només defensa els interessos de grups privilegiats de treballadors. Alguns crítics, més benèvols, atribueixen aquestes desviacions no tant a la malícia com a la ignorància. Els sindicalistes no han tingut la sort de ser il·luminats per l'astre esplendent de la teoria liberal-monetarista, ni tan sols freqüenten el bar de professors de la Facultat d'Econòmiques, i és natural que, tot i la intenció de fer el bé, facen el mal. Com el forçut Zampanó fellinià, són nobles bèsties que no pensen i no-

més saben presumir dels seus muscles i de trencar cadenes davant d'un públic pobletà. Egoistes o estúpids, tant fa, els sindicats són una càrrega del passat. Els sociòlegs acudeixen en suport d'aquests moralistes per a formar un segon front d'atac antisindical. Segons el seu savi parer, no ha d'estranyar-nos que els sindicats adopten posicions corporatives, ja que no són una altra cosa que grups d'interès sotmesos, com qualsevol d'aquests grups, a la lógica de l'acció col·lectiva. L'adhesió dels afiliats no prové, tret de casos excepcionals, de la identificació ideològica sinó dels avantatges que el sindicat els pot oferir. Aquesta oferta de béns específics o selectius, com els anomena Mancur Olson, quedava unificada en el model fordista a causa de l'homogeneïtat de la classe obrera. El lloc central que aquesta ocupava en el sistema feia que les reivindicacions sindicals foren les de tots els treballadors i les d'una part considerable de la societat. La situació actual de la classe obrera, fragmentada i relativament marginal, fa impossible la generalització de les propostes marginals. Els sindicats han d'atendre les peticions dels distints grups i donar preferència a aquells on es té una major afiliació, que solen ser els col·lectius procedents de la segona revolució industrial, cridats a esdevenir residuals. En conseqüència, els sindicats estan condemnats a una corporativització creixent, d'acord amb una fragmentació social cada vegada més gran; això només els dóna tres eixides: a) continuar aferrats a la defensa dels grups obrers tradicionals i desaparàixer a poc a poc amb ells, b) convertir-se en patrocinadors de col·lectius d'elit que, per la seua posició privilegiada, són forts però que es caracteritzen per un feroç egoisme corporatiu i per un menyspreador antiobrerisme, i c) adaptar-se a les noves formes de producció, en qualitat d'organitzadors, en estreta col·laboració amb les empreses, a la manera dels cercles de qualitat, és a dir, passar a ser un departament dels organigrames empresarials. En qualsevol cas, abandonar les seues pretensions generalitzadores i les seues il·lusions de canviar la societat.

Com es veu, es tracta d'un atac despietat contra la vigència dels sindicats obrers amb què es pretén acabar d'una vegada amb l'enutjosa qüestió que molesta el capitalisme des de fa més d'un segle. Això no obstant, caldrà dir, com en les comèdies de capa i espasa: "los muertos que vos matáis gozan de buena salud". Per començar, els supòsits amb què es basen els que pretenen donar-nos lliçons són absolutament falsos. Es fals que les reivindicacions salarials, molt moderades per cert, constituesquen un exemple de l'egosime sindical que enfronta els que tenen treball amb els desocupats. Perquè es complira la bonica teoria dels economistes sobre l'ajust del mercat laboral i s'absorbira una part significativa de la desocupació, els salaris haurien de baixar a nivells taiwanesos. Quant a la defensa de l'ocupació fixa i l'oposició a la flexibilització del mercat de treball, l'evidència és encara més aclaparadora. Els sindicats van advertir que no serviria per a crear ocupació sinó per a destruir-la, i així ha passat. Tot i que el govern, la patronal i els seus corifeus continuen insistint en la desregulació (quan els 90% dels contractes és temporal) els estudis dels economistes demostren que les mesures preses només han servit, en el millor dels casos, per a substutuir l'ocupació estable per la precària i, en molts altres, simplement per a suprimir llocs de treball i, com va indicar l'ex-secretari d'Economia J. C. Sevilla, per a facilitar l'adaptació passiva de

les empreses davant la crisi. L'estabilitat en l'ocupació no és un privilegi dels qui el tenen sinó una necessitat per al bon funcionament de la societat i de l'economia. La precarietat, quan es generalitza, és un mal per a tots els treballadors, ja que l'ocupació es converteix en un bé incert per a tots, i la inseguretat, en una amenaça permanent. Resulta, doncs, incongruent, o de mala fe, acusar els sindicats de defensar els privilegis dels empleats davant dels qui no el tenen. El que cal fer en primer lloc en la lluita contra l'atur és defensar l'ocupació, no permetre la seua destrucció.

Hi ha més coses, però. Si s'examina la pràctica sindical dels últims quinze anys hi ha un fet que contradiu obertament l'acusació que els sindicats viuen tancats en l'estret cercle dels seus afiliats. Ni aquest cercle és tan estret ni la seua acció i la seua influencia queda definida pels límits de l'afiliació. En uns temps d'accelerada vertebració social, els sindicats han estat una de les poques organitzacions de masses que han pogut contrarestar les tendències disgregadores i han servit, fins i tot, d'eix articulador de collectius marginats. Aquesta capacitat d'aglutinació i mobilització, manifestada de manera espectacular en la vaga general de 1988, és deguda a la fermesa dels sindicats en la defensa de la democràcia social. Recordem que el detonant de la famosa vaga va ser les disposicions del govern sobre l'ocupació juvenil amb què els joves esdevenien carn de canó, que les empreses podien usar i tirar a la seua conveniència. Els sindicats van tenir el coratge de mobilitzar els treballadors amb ocupació en defensa dels que no la tenien i d'aquells als quals es negava la possibilitat d'entrar d'una manera estable en la normalitat laboral.

La vaga va ser seguida per la majoria de la població, la qual cosa demostrava la capacitat organitzativa dels sindicats en una societat contínuament bombardejada per missatges conformistes i desmobilitzadors. Aquest sobtat despertar de la societat civil féu que els hàbils comentaristes cortesans posaren en segon terme els seus vertaders protagonistes per a reconduir-la a bon port i desactivar el seu rerefons social. Al seu parer, la vaga fou l'expressió d'un descontent general per culpa, més que de la política del govern, de la seua manera prepotent de portar-la a terme. Els sindicats van ser capaços, segons aquesta versió, de capitalitzar el malestar de la gent i apuntar-se un trimof que per ells mateixos no haurien aconseguit. Cal preguntar-se, aleshores, per què no ho feren altres organitzacions. L'acusació es torna a favor de l'acusat, ja que posa en evidència que només els sindicats tenien suficient credibilitat i capacitat de convocatòria sobre el conjunt de la població, cosa que desmenteix el càrrec de corporativisme.

La veritat és que si els sindicats obrers foren com algunes associacions professionals, corporatives fins a la medul·la, se'ls deixaria viure en pau. Si es comportaren com els sindicats grocs d'empresa se'ls aplaudiria, els cortesans acudirien a felicitar-los i els anomenarien moderns per ser tan feroçment egoistes com els sindicats interns de Toyota o Mitsubitsu. Però no és així. Els sindicats obrers continuen entestats a defensar tots els que pateixen les conseqüències del desordre capitalista. Com està escrit, amb una audàcia premonitòria, en els textos fundacionals de CCOO, som un sindicat d'afiliats i no-afiliats. En la societat dual a què ens empeny el neoliberalisme, això

significa que som un sindicat dels treballadors i dels aturats, exclosos i marginats, dels d'ací i dels emigrants, sense llar i sense futur. Els que ens acusen tenen raó en una sola cosa: és cert que som un entrebanc per al lliure desenvolupament del mercat. Defensem, com deia Marx, els que no tenen res més a vendre que la seua força de treball i els que, amb el reajust brutal del capitalisme, són tractats com mercaderia inútil i empesos a la misèria.

La reconstrucció de la història

Qualsevol història és una invenció i en això rau la seua grandesa i el seu perill. És l'acte de reconstruir el passat i de triar el futur. Freud ens va ensenyar que tots els individus inventem la nostra pròpia història seleccionant, conscientment o inconscientment, els fets. També les nacions ho fan: fabriquen els seus mites, trien les seues batalles, embelleixen els seus personatges, tradicions i símbols, i construeixen un discurs històric d'acord amb el futur en què s'han embarcat (vegeu E. Hobswaum, *L'invent de la tradició*). En el camp acadèmic hi ha un consens unànime pel qual el positivisme històric que pretén "contar els fets com van esdevenir" és una fal·làcia. Cadascú escriu la història com ell l'entén o com vol que l'entenguen els altres, i en aquesta tasca pot enganyar-se i mentir o pot ser sincer i crític amb el seu passat. Aquest problema no es resol escrivint, d'una vegada per sempre, la historia mai contada sinó contrastant les diferents versions. El capitalisme ens ha contat la seua com una epopeia del progrés. El socialisme, referint-se als mateixos fets, ens ha deixat un relat de patiments, lluites i esperances. Al capdavall seria absurd o ingenu pensar que el discurs històric és immune a la lluita ideològica si el que transcriu és la lluita de classes en què el mateix autor continua immergit.

Aquest problema és ara més urgent que mai perquè el neoliberalisme s'ha entestat en una reconstrucció del passat a la mesura dels seus plantejaments actuals. L'ofensiva va començar amb la revisió de la Revolució francesa que, al seu parer, ha estat mal interpretada pels marxistes (Mathiez, Soboul) com un moviment burgès i popular, obert a un posterior aprofundiment social. Per als revisionistes (Furet i la seua escola) la revolució va ser un *dérapage*, una relliscada que va precipitar innecessàriament els esdeveniments i va sumir en la confusió un complex procés de reformes que impulsaven la noblesa i la burgesia il·lustrades. A partir d'ací tot el segle XIX és contemplat, no com un escenari de lluites per a portar a les seues últimes conseqüències les promeses revolucionàries (revolució del 48, Comuna de París), sinó com un esforçat treball per a reconduir els excesos revolucionaris als seus límits liberal-burgesos.

De la Revolució rusa ja no cal ni parlar. No fou un *dérapage* sinó un accident mortal, un error funest i sagnant que val més esborrar de la història. Poc importa que, a la Rússia dels tsars, milions de camperols visqueren com a serfs i moriren com si foren bèsties de càrrega. Res hi té a veure que, en aquells anys d'entreguerres, el capitalisme, amb milions d'aturats i famolencs, no poguera eixir de la crisi i haguera d'obtenir el

suport de la violència feixista, desencadenant una guerra tremenda per la possessió dels mercats. És irrellevant que el bo i millor de la intel·lectualitat europea vera en el comunisme una alternativa a la injustícia del sistema, al "desordre establert", com va escriure el pensador cristià E. Mounier. Tot plegat, allò que explica que la Revolució russa fora vista com una flamarada d'esperança, no només pels desheretats sinó, en frase de R. Rolland, per tots els homes de bona voluntat, té poca importància i no mereix ser contat; allò que importa és esborrar les petjades que portaren a la recerca d'un món més just i recordar només els seus errors, els seus crims i el seu fracàs.

L'oblit

Però no cal anar tan lluny, ja que en la nostra pròpia casa tenim exemples clamorosos de reinterpretació de la història. En el congrés celebrat a València per a commemorar el cinquanta aniversari del congrés d'intel·lectuals antifeixistes que es va fer a la nostra ciutat durant la guerra civil, es va alçar una majoria de veus per a condemnar la postura d'aquells intel·lectuals compromesos, acusant-los d'haver estat ingenus companys de viatge, si no còmplices, del comunisme. El que va resultar més trist i patètic va ser que alguns dels mateixos participants en el congrés antifeixista es van alçar per a dir que avui no ho farien. Obliden, i se'ns vol fer oblidar, que a l'Europa dels anys trenta i a l'Espanya de la guerra civil, no hi cabien les elegants poses liberals, que calia prendre partit i que la tria estava entre revolució o contrarevolució. Hauria estat millor que els penedits digueren, com Reagan en referir-se als nord-americans que s'allistaren a les Brigades Internacionals: "Van fer bé de triar, però van triar malament el bàndol". D'aquesta manera, si més no, quedaven les coses clares.

Cal reconèixer que ha de resultar bastant desagradable per als interessats haver de suprimir episodis històrics que formen part de la seua própia biografia. En aquesta avinentesa sempre queda el recurs als pecats de jovenesa amb què s'enriqueix un currículum de joventut rebel i maduresa sensata. Com els faldillers d'antany, casats finalment per l'Església, ells també van ser joves esbojarrats fins que van posar-hi seny. Aquest és el cas dels que avui ens governen i adoctrinen. Si es fera un recompte dels càrrecs del partit governant que diuen haver estat a les barricades de maig del 68 resultaria que la nit de l'Odéon fou en realitat un míting isidorià. No en degueren ser tants, però és indubtable que un nombre apreciable dels nostres fervorosos neoliberals foren marxistes, militaren en organitzacions tingudes aleshores per revolucionàries i superaren en esquerranisme el que avui consideren un ignorant mestre d'escola i a la seua tropa de nostàlgics del comunisme, dels quals forme part.

Com despullar-se d'aquesta càrrega enutjosa que posa en evidència els seus actuals pronunciaments? Reduint-la a actituds romàntiques pròpies de l'època, gestos gratuïts i heroics, com els dels personatges malrauxians. L'inconvenient d'aquest reduccionisme és que els herois de *La condition humaine* i de *L'espoir*, desproveïts del seu compromís comunista o frontpopulista, són intercanviables amb els personatges

de Drieu o de Céline, com els *déracinés* de Barrès, els *rebutjats* de Salomon o els protagonistes de les novel·les militaristes de Jünger. Si l'unic que compta és el gest juvenil aventurer, romàntic, privat de contingut, no hi ha cap diferència amb el d'aquests joves feixistes que també jugaren a ser herois. Anar a raure amb males companyies és l'inconvenient de despullar-se voluntàriament del passat i de renunciar al sentit de la pròpia història per no haver de reconèixer que va estar impregnat d'un raonable menyspreu per la societat capitalista i d'un justificat anhel d'un món igualitari. Si més no, el Mersault de Camus tingué la sort de desaparèixer després d'haver arriscat la seua vida gratuïtament sense saber per què. Els nostres intel·lectuals estan ací per a contar, com la figura patètica de *L'home sense qualitats* de Musil, que ells van passar per totes les experiències sense trobar-hi cap sentit, fins que van arribar per fi al port segur del liberalisme.

Aquesta amputació de la memòria és un cost molt alt que porta a viure en la mentida. Perquè encara que vulguen esborrar-ho, aleshores tots nosaltres érem marxistes convençuts. Gaudíem dels cine-clubs amb les pel·lícules del *free cinema* perquè ens mostraven l'alienació cultural del capitalisme tardà; estàvem d'acord amb Sartre front a R. Aron perquè utilitzava el materialisme històric per a desemmascarar el vacu idealisme del gran bonze de la cultura burgesa; llegíem Althusser perquè reinterpretava Marx; acudíem amb risc a les manifestacions a favor del Vietnam i cremàvem banderes americanes perquè Lenin havia dit que l'imperialisme era l'última i la més agressiva fase del capitalisme. Crèiem i fèiem aquestes coses perquè tots nosaltres, ells també, érem marxistes. Els nostres intel·lectuals ho neguen. Ells només foren audaços joves antifranquistes, llibertaris que ja preveien la seua conversió en liberals. Segons el seu parer, el marxisme només va existir en llibres rancis i en el cap de quatre comunistes fanàtics. Totes les proves que indiquen el contrari cal esborrar-les, i els nostres directors de consciència, ben situats en càtedres i pàgines d'opinió, se n'ocupen amb abrivament. De la mateixa manera que va fer el franquisme, però amb més subtilesa i refinament, es proscriuen els noms molestos, es difuminen els fets i s'inventa una història que escau a un present sense perspectives.

La memòria

En aquest context de repressió de la memòria no és estrany que els sindicats siguen acusats d'estar aferrats a esquemes del passat. Seria fàcil demostrar que els sindicats afronten amb audàcia els nous problemes i que les seues propostes tenen molt en compte els reptes del futur. Heus ací la seua obstinació per a encoratjar una nova cultura de la solidaritat que possibilite el repartiment del treball. Els que són realment paleocapitalistes i decimonònics són els thaetcherians en fer-nos creure que tots podem ser petits empresaris exitosos en un món feliç de riqueses inexhauribles. Davant el gran problema del futur, l'esgotament dels recursos, els sindicats defensen una austeritat basada en la justa distribució de la riquesa, mentre que els postmoderns només

aspiren que se'ls netege la casa i a expoliar-ne la dels altres (com es va poder comprovar en la Conferència de Rio). Això mateix caldria dir del desenvolupament i dels moviments que en provoca. Els sindicats defensen una actitud generosa, autènticament liberal, amb els emigrants, unida a polítiques de col·laboració amb els països pobres, mentre que els que s'anomenen liberals creuen que tot s'arranja enfonsant pateres i fomentant els mecanismes d'autodefensa del racisme. Vertaderament, qui està ancorat en el passat, qui és l'antic i qui el modern?

El que emprenya dels sindicats no és que no sabien afrontar els problemes actuals, davant dels quals han demostrat una lucidesa i un coratge que ja voldrien els altres agents socials. El que resulta insuportable és l'entestament a romandre fidels a la seua història. La memòria sindical és incòmoda.

En primer lloc és la *memòria de les víctimes*. Com ha escrit R. Mates, seguint els pensadors de l'escola de Frankfurt, el record dels vençuts subverteix l'ordre dels vencedors. La triomfant apologia del progrés capitalista queda entenebrida per la presència de les víctimes del passat: els xiquets de vuit anys treballant a les mines, els slums de les ciutats industrials, les marxes de la fam... Els qui ens demanen que oblidem estan disposats a acceptar la repetició de la ignomínia, una altra vegada com a preu del progrés: els xiquets del carrer assassinats al Brasil, els barris industrials convertits en reserves de l'atur, les marxes migratòries. El mateix dolor, la mateixa indiferència. La memòria de les víctimes és una acusació contra el desordre del món.

En segon lloc, la memòria sindical és *memòria de les lluites*. Deia Kant, a propòsit de la Revolució francesa, que les revolucions de la història són importants perquè provoquen un salt endavant en la consciència col·lectiva de la humanitat. Després d'una revolució les aigües retornen al seu llit, però res ja no torna a ser igual. Això mateix caldria dir dels grans moments de la lluita obrera. Algunes de les seues reivindicacions tardaran a imposar-se, o potser no ho aconseguiran mai, però les coses seran diferents després de les grans manifestacions cartistes, reclamant el vot obrer, de les barricades de 1848, establint el principi del dret al treball, de la Comuna, imposant la centralitat de la "qüestió obrera". "Je me souviendrai toujours du temps de cerises. C'est de ces jours-là que je garde une plaie au cœur", va escriure un dels protagonistes d'aquelles memorables jornades en una bella cançò dedicada a Louise Mitchell.[1] Com oblidar aqueix altre temps de cireres, i també de ferides al cor, aquells mesos d'entusiasme dels fronts populars? Sobre aquells esdeveniments, que a França portaren a l'ocupació de les fàbriques, Simone Weil ens ha deixat una de les pàgines més emocionants de la història obrera:

[1] *Le Temps des cerises* fue escrita por Jean-Baptiste Clément y musicada por Antoine Renard, como homenaje a los *communards* que participaron en la sublevación revolucionaria de París el mes de mayo (el tiempo de las rojas cerezas!) de 1871 y, más concretamente, en recuerdo de la enfermera Louise Mitchell a la que Clément conoció durante aquellas heroicas jornadas, habiendo funcionado desde entonces como referencia entrañable de múltiples luchas populares. *(Nota del Editor)*

"El que hi havia en joc en aquest moviment era alguna cosa més que aquesta o una altra reivindicació particular, per importants que foren. Després d'haver-se inclinat sempre, de suportar-ho tot, d'aguantar-ho tot en silenci durant mesos i anys, atrevir-se finalment a alçar-se. Posar-se dret. Prendre la paraula. Sentir-se persones humanes durant alguns dies. Independentment de les reivindicacions, aquesta vaga és en si mateixa un gaudi. Una alegria pura, un gaudi sense barreja. Si, un gaudi. He anat a saludar els companys d'una fàbrica on vaig treballar fa uns mesos. Hi he passat unes hores. Gaudi d'entrar a la fàbrica amb l'autorització somrient d'un obrer que guarda la porta. Gaudi de trobar tants somriures, tantes paraules d'acolliment fratemal. Que bé se sent un entre camarades en aquests mateixos tallers on, quan jo hi treballava, cadascú se sentia absolutament sol amb la seua màquina! Gaudi de recórrer lliurement les naus, de formar grups, de conversar, de compartir el pa. Gaudi d'escoltar, en lloc del soroll insuportable de les màquines, música, cants i rialles. Un es passeja entre aquestes màquines on durant tantes hores s'ha lliurat la pròpia substància vital, i elles callen, no tallen els dits, no fan mal. Gaudi de passar al costat dels patrons amb el cap ben alt. Ja no hi ha la necessitat de lluitar en cada moment per a conservar la pròpia dignitat contra una tendència quasi invencible a sotmetre's en cos i ànima. Gaudi de veure els patrons fent-se simpàtics a la força, estrenyent les mans i deixant de donar ordres. Gaudi de dir a tothom el que es té al cor, als patrons i als camarades, en aquests mateixos llocs on dos obrers podien estar treballant braç a braç durant mesos sense que cap dels dos sabera què pensava l'altre. Gaudi de viure, entre aquestes màquines buides, al ritme de la vida humana i no segons les cadències imposades pel cronometrador. Certament, la vida dura començarà novament d'aci alguns dies, però ningú no pensa en això, com els soldats de permís durant la guerra. A més, ocorrega el que ocorrega, passe el que passe, sempre s'haurà tingut açò. Per primera vegada i per sempre aurarà al voltant d'aquestes màquines pesants alguna cosa distinta, uns altres records que no siguen el silenci, la coerció, la submissió. Records que diexaran al cor un poc d'orgull, un poc de calor humà en aquest ambient de metall."

Cap lluita està mancada d'importància però hi ha algunes que, pel seu especial significat, han passat a les pàgines de la història: la dels miners asturians, que va obrir el camí a la formació de CCOO; la vaga de Bandes, símbol de la solidaritat entre els obrers de les distintes regions d'Espanya, les mobilitzacions de gener del 76, que van impedir el continuisme franquista, l'encara recent vaga general del 14 de desembre de 1988, en què el sindicalisme esdevingué el portaveu de la protesta contra el capitalisme salvatge. Des de les més conegudes fins a les més ignotes, totes formen part d'un passat militant que ha quedat simbolitzat en la commemoració del primer de maig.

En tercer lloc, la memòria sindical és *memòria de la utopia*. Això no significa que el sindicalisme alimente la idea d'una mítica edat d'or on els homes vivien lliures i iguals, sense cap constricció. "Quan Adam era al paradís, qui filava i qui teixia?" can-

taven els camperols anglesos en les revoltes del segle XIV, rememorant una situació en què no hi havia cavallers per a imposar el treball als serfs. També en els primers temps de la industrialització, els sindicats, formats a partir dels gremis, alimentaren la nostàlgia d'una societat artesanal, idealitzada, en què no existia l'explotació dels patrons ni la servitud de les màquines.

Aquest enyorament d'"el món que hem perdut" (títol d'un conegut llibre de Lasslett, en la línia de les utopies conservadores del passat) va cedir ben aviat davant dels desafiaments del present. Els sindicats van aprendre ben aviat que la utopia d'un món reconciliat era davant, a la fi d'un llarg i fatigós camí. Per què aqueixos xiquets, que tantes vegades hem vist a l'àlbum familiar del moviment obrer, fotografiats abans d'entrar a la mina, amb els seus rostres prematurament adults d'insondable tristesa, mai no hauran de conèixer el final felic que Dickens concedeix a les penes d'Oliver Twist i de David Copperfield? Per què el destí d'aqueixa petita, del celebre quadre de Daumier, que camina corbada de la mà de la seua mare, bugadera, no podrà ser un altre que el de la servitud o, potser, la prostitució? Per què el pes del món ha de ser dut sempre pels mateixos? No, això havia de canviar i algun dia canviaria.

Quan, on, com? No ho sabem, però de tant en tant un llamp ha il·luminat les tenebres. "Avi, serà això el socialisme?" pregunta el xiquet de *Novecento* el dia de la gran vaga, mentre l'avi, veient treballar per primera vegada els amos, s'adorm plàcidament recolzat damunt l'herba. "Companys, és ací on reparteixen terra als qui no en tenen?" pregunten uns emigrants el dia de l'alliberament del feixisme entre un flamejar de banderes roges. "Serà demà el Gran Dia?" conta Brenan que es preguntaven els bracers andalusos davant l'anunci de la vaga general. "Serà darrere de les trinxeres enemigues?" devia pensar el brau milicià que salta cap endavant amb el mosquetó en la mà i el pit descobert, captat per la càmera de Cappa uns segons abans de caure abatut. "Vindrà amb la República?" com creien els milers d'homes i de dones que cantaven i s'abraçaven als carrers espanyols aquell 14 d'abril. "Potser serà allà, entre els joncs i els arrossars?" dèiem nosaltres aquell primer de maig de 1975 quan ens vam assabentar de la caiguda de Saigon i de la derrota del gegant dels punys de napalm. Tant se val! "Pedro Rojas, así, después de muerto / se levantó, besó su catafalco ensangrentado / lloró por España / y volvió a escribir con el dedo en el aire: / ¡Viban los compañeros!" (César Vallejo). Alguna vegada, en algun lloc, *les damnés de la terre*, com va escriure F. Fanon, van veure la resplendor de l'horitzó, van saber que el món podia ser diferent, i aqueixa llum és la que hem de conservar als nostres ulls escrutadors.

Finalment, la memòria sindical és *memòria d'allò guanyat*, no per a un mateix ni per als sindicats, sinó per al conjunt dels treballadors. Les conquistes socials han estat avanços de la civilització. Tornar enrere seria retrocedir a la barbàrie i cap exigència econòmica del sistema pot justificar-ho. Un autor molt citat, i pel que sembla poc llegit, pels qui es presenten com a modernitzadors i ens obliguen a retrocedir a les relacions laborals del segle XIX, ho sabia ben bé i ho va denunciar amb valentia. Escoltem les paraules d'En Manuel Azaña:

> "¿Es posible, señores diputados, es siquiera pensable que la producción pueda estar fundada en la miseria de sus colaboradores? Eso no es posible pensarlo siquiera; no es posible fundar una industria en la cual para animar al empresario tenga éste que descontar la miseria de sus trabajadores. Más valdría abolir cualquier ramo de la producción en que este fenómeno inhumano se produjera que fundarla sobre la miseria confesada e irremediable de los factores de la producción española".

Que en sonen, d'antigues i de noves, les paraules de l'honrat polític, que té la gosadia de proclamar que és abans la justícia que l'economia i que es nega a acceptar que la recuperació de la taxa de beneficis passe per damunt dels drets dels treballadors. Aquest fou el sentit profund de la vaga general del 27 de gener de 1994: no permetre que la raó econòmica s'impose al dret dels homes i dones a viure amb dignitat, no trair els que al llarg de més d'un segle van lluitar per això. No defensem les conquistes sindicals perquè estem ancorats nostàlgicament en el passat sinó per tot el contrari: perquè rebutgem l'horror i l'explotació dels temps més tenebrosos del capitalisme a on ara se'ns vol reconduir. El projecte sindical no és un camí de tornada.

¿Qué hace una chica como tú en un lugar como este?

Artículo publicado en el número 74 de la revista *Cal dir,* portavoz del PCPV, en diciembre de 1978.

Eso, a ver, aclárate, explica, qué haces aquí.

En una revista sesuda, marxista, y quién sabe si leninista. Hasta con un poco de suerte nacionalista. Pero solo en los números extra feminista.

Sí, no disimules, una chica como tú, Octobrina, "modelna", licenciada y libertina, en esta sección de sucesos laborales donde solo se habla de cosas serias e importantes. Tú, dulce, melancólica, patética, despeinada Octobrina, no te metas en esto, que contigo no va. ¿Es que no hay una sección de poesía en la revista? Escucha sus versos: "sois belle et tais-toi", sé hermosa y cállate.

No te cueles, feminista, que te veo venir, a darnos la paliza, el rollo ese vuestro. Pero mujer, que hay muchas cosas que tratar, ¿no lo ves?, el paro, sin ir más lejos. Cien mil, doscientos mil, qué sé yo, un millón de parados. Lo vuestro no es paro, es otra cosa. ¿Qué cosa? Pues no sé, bueno, que no encontráis trabajo que no os lo quieren dar, mala suerte, eso les pasa a todas. Un peón de la construcción en paro, un oficial del metal en paro, que no, oye, que no es lo mismo, reconócelo. El subsidio de desempleo, no es igual, vosotras lleváis años y años viviendo y sufriendo ese subsidio, disimulado y encubierto en las tareas del hogar, ya lo sé, no me sueltes el sermón. Ay, qué le vamos a hacer, Octobrina querida, pasionaria, razonaría, imaginaría, no sueñes, no te acalores, no tengas la razón, paciencia. El siglo que viene, está puesto en los pactos, se arregla lo vuestro. Te lo juro, vida.

No me vengas con aire de Tequila Bang, "armada de pecho hasta la frente", que dijo el poeta revolucionario; ni me cuentes *Novecento*, ya la he visto, que os pusisteis delante de la caballería para defender las tierras. Vale, qué más, en Asturias cuando las primeras huelgas del franquismo, mientras los compañeros estaban encerrados en las minas, vosotras repetisteis la escena tiradas en la carretera, frente a las metralletas franquistas. Te lo concedo, es verdad, tú y yo las conocemos, no hace falta acudir al Mayo francés. Un diciembre valenciano lloramos juntos en el entierro de aquella madre coraje, que diría Brecht, que una noche de cuchillos largos en que la policía buscaba a sus hijos se interpuso con uñas y dientes; "asesinos, no pasaréis, no pasaréis". No podríamos contarlas a todas. Mujeres-sujeto de la historia, protagonistas de la misma batalla. Está bien, tú ganas, panfletera, mitinera, pecera Octobrina.

Pero eso no es razón para que te metas aquí y lo pongas todo patas arriba. Uno no es machista, a ver, un respeto, con un pedrigrí progre de toda la vida, y ahora me vienes dando voces histéricas. Te caen bien los versos de Miguel en la frente, pero no te

pongas así, "con un tigre entre los ojos", que no hay para tanto. Compréndelo, primero hablar de los temas del momento, los problemas gordos, despidos, expedientes de crisis, sentencias de Magistratura, negociación de convenios. Lo justo, oye, que esto no es "Vindicación". No te quejes, que os teníamos reservado un espacio. En primavera hablaremos de la importancia de la secretaría de la mujer en CCOO. No sé qué más quieres, Octobrina inoportuna, insistente, machacona.

Y dale. A una amiga tuya la despidieron por estar embarazada y no tener los papeles del casorio, pero a ningún hombre le revisan su vida privada. A dos muchachas las despidieron por darse un beso, pero el taller puede estar lleno de fotos de tías en pelotas y a nadie despiden por querer tocaros el culo. El textil es el único ramo donde te pueden descontar del mismísimo salario base, porque trabajan mujeres. Los almacenes de naranja las contratan y despiden como les viene en gana. Está bien, me rindo. Lapídame con tu frase preferida: estamos doblemente discriminadas. Luchemos por el unisex laboral.

Sin embargo no me negarás, Octobrina incordiante, Alejandra Magna Kollontai, que tú y el batallón de feministas tenéis ideas demasiado avanzadas, ahí en vuestra cabeza escarolada, intuiciones de un corazón sin sujetador, posturas radicales que la gente no entiende. No me lo niegues. Tú has votado SÍ a la Constitución por la cosa de la democracia, pero la has puesto verde con lo del feminismo, el divorcio, el aborto... Ahora sí que te he pillado, guerrero del antifaz tras la bufanda de Isadora, ¿no te das cuenta? El pueblo tiene sobre estas cuestiones ideas muy vagas, un poco tradicionales. Es natural, tú misma lo dices, veinte siglos de cultura machista, la moral imperante, las ideas dominantes. ¿Lo ves? No hay que pasarse, ir demasiado deprisa.

¿Ahora qué dices? ¿Te parece bien meterte en esta sección seria, marxista-laboralista? A ver, contesta. "Las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante", sentencia cabreada Octobrina. Y con un irónico, "ciao, maschio", me deja sin responder qué hacia una chica así en un lugar como este. Ya han podido comprobar ustedes por sus propios ojos que nada bueno.

El cuento de la buena pipa (real como la vida misma)

Artículo publicado en el número de *L'Opinió* correspondiente a septiembre de 1979.

Érase cuando todavía no había tele, pero solía ocurrir a media tarde del sábado. ¿Lo recordáis? Casi todos nosotros tuvimos que soportar, siendo muy nanos, chavalines a los que ya gustaba dar patadas a la pelota, al señor pelmazo que, queriendo entretenernos, nos atormentaba con el llamado "cuento de la buena pipa". Consistía este, no en relatarnos las espeluznantes aventuras del Capitán Ahab con Moby Dick, la ballena blanca, o las luchas de Jack London con los osos polares, relatos infantiles llenos de vida que el Ché recordaba con cariño en Sierra Maestra. No, nada de eso. El amigo pelmazo de la familia, con ínfulas de educador y pretensiones de gracioso de chascarrillo, nos sujetaba diciendo: "¿Quieres que te cuente el cuento de la buena pipa?" Con cierta timidez, al principio, contestábamos para acabar pronto, que bueno. "Yo no digo bueno, yo digo que si quieres que te cuente el cuento de la buena pipa". La cosa empezaba a ponerse fea y, nerviosos por el partido de pelota que nos esperaba, decíamos: luego. "Yo no digo luego, yo digo que si quieres que te cuente el cuento...", con cabreo mal contenido le espetábamos: ya me lo sé. El pelmazo insistía, sintiéndose el centro de un debate estelar: "yo no digo que me lo sé, yo digo que si quieres..." Vale, cuando vuelva, no, después de merendar, cuéntaselo al primo, déjame ya, no me da la gana..., todo inútil, el tormento duraba dijéramos lo que dijéramos, hasta que dando un tirón nos marchábamos, dejándolo plantado. El pelmazo sonreía entonces con aire de triunfo, satisfecho de su lección educativa, interpretando el silencio embarazoso que siempre produce la estupidez como aprobación de su genio. Hasta que Pepe, el yesaire, cortaba ("Mari Tere, bonica, saca gaseosa fresca, que nos asfixiamos") y Manolo, el ebanista, decía: "ya está bien de rollo, me voy a entrenar un poco con los chavales".

Han pasado los años y hoy estamos todos en Comisiones: el amigo pelmazo, Pepe el yesaire, Manolo el ebanista, Mari Tere, bonica, y nosotros mismos que ya no nos ocupamos de dar patadas a la pelota en la calle, sino de la crisis económica y de los problemas de la fábrica. Los terribles osos polares son ahora de verdad, la CEOE es de verdad, Moby Dick, la ballena blanca, es real como la vida misma y como las multinacionales. Y para que nada falte, hete aquí que el cuento de la buena pipa cabalga de nuevo y nos sigue persiguiendo como una pesadilla. Helo, helo por do viene el infante vengador. Mari Tere, prepara una gaseosa fresca que me temo lo peor.

El amigo pelmazo de la familia (política) persiste, reencarnado e incrustado como una lapa en esta Ejecutiva o en aquel Secretariado. La misma pose, el mismo afán de

dar lecciones, el mismo cuento. "Queréis que os cuente lo que pasa? Pues aquí lo que pasa es que no hay una política económica y financiera". Al principio nos lo tomamos en serio y le explicamos pacientemente que la Confederación del PV es la única del Estado que tiene equilibrados sus presupuestos. "Yo no digo que la Confe del PV tiene equilibrados sus presupuestos, lo que digo es que no hay política económica, ni política de País". Un poco nerviosos, al comprobar con alarma que le resbalan las razones, contestamos que en un año se ha conseguido una auténtica integración de las comarcas más importantes y que eso es hacer País. La sabiduría apelmazada, plomífera i plumífera, del amigo no se inmuta: "Yo no digo que se ha conseguido la integración de las comarcas, yo digo que aquí no hay política económica, ni de País, ni política de propaganda". Con cierta modestia, para ver si nos lo quitamos de encima, decimos que hay fallos pero que en un estudio hecho por técnicos se constató que la CONC y la Confe del PV eran las únicas que tenían una presencia continuada en la prensa. ¿Tal vez llueve? El disco rayado de la buena pipa ahínca en el incordio. "Yo no digo que tal y que cual, yo digo que aquí no hay policía económica, ni de País, ni de prensa, ni de acción sindical". Con manifiesto cabreo, le atajamos: hostia, hemos sido capaces de abordar la negociación de centenares de convenios, no lo hemos hecho del todo mal, y ahora nos viene este con el rollo de... ¡Venga, hombre! "Yo no digo hostia, ni venga hombre, yo digo que aquí no hay política bla, bla, bla, ni política organizativa". En un intento desesperado de despegarnos al cataplasma, contemporizamos, reconocemos que no hemos levantado acta de todas las reuniones, pero afirmamos que en la confederación se ha creado un tejido organizativo ágil, consistente, vital y, por lo mismo, mejorable. Todo es inútil. "Yo no digo que, yo digo que; yo no digo ka, yo digo que; yo no digo ku, yo digo que. Aquí no hay política ni de esta, ni de la otra, ni de la de más allá". Exasperados, le gritamos con nuestra mejor voz de rock-punk: pues venga, tío, explícanos tú lo que hay que hacer. Nuestro ideólogo sonríe triunfante, a punto ya de derramar el tarro de las esencias: "yo no digo que voy a explicar lo que hay que hacer, y mucho menos a hacerlo, yo digo que si quieres que te cuente el cuento de la buena pipa".

De vez en cuando ocurren cosas así entre nosotros. Pero, por favor, no se levanten, señoras y señores, mantengan la calma, *ladies and gentlemen*, que no se trata del feroz duelo entre el mayoritario Antoine y la minoritaria Christine sobre una cuestión de fondo, aquello eran discusiones serias, nada de eso, señoras y señores, algo más floreal y más hortera, *meine Damen und Herren*, aquí el compañero de la familia que quiere hacer su numerito (un aplauso bien fuerte para él) y aquí un servidor y una servidora, y todos ustedes, que le tienen que aguantar. Oiga, jefe ¿y no habrá forma de evitarlo? Veamos. Existe el método italiano, que consiste en zanjar rápidamente la polémica con un expresivo corte de mangas. *Troppo fanatico*. Existe el método alemán, inventado por Ollendorf y muy útil para el aprendizaje de idiomas, que consiste en ir respondiendo así: a la cuestión "aquí no hay política", se responde, de acuerdo, Herr doktor, los elefantes son mamíferos de cuatro patas. Y así sucesivamente. Demasiado científico y con un cierto tufillo socialdemócrata. Y existe, finalmente, el méto-

do francés que consiste en liberar a una persona en cada organización para que se dedique a estos torneos de florete ideológico. Resulta aristocrático y elegante, pero un poco caro. Por eso yo creo que lo mejor es el método tradicional: seguir el camino trazado hacia adelante.

Así es, nosotros a lo nuestro, dejando al maestro que se entretenga, que le cuente a sus amiguetes hasta dormirlos de aburrimiento este bellísimo y variado cuento de la buena pipa. Al fin y al cabo no hace daño a nadie el afán presumido de rizar el rizo y ponerse moños. Es una cosa que pasa hasta en las mejores familias eurosindicalistas eso de tener un chico superdotado y con vocación de Fray Gerundio, capaz de escribir sin parar informes de ninguna utilidad. Y puesto que se trata de amigos, y por añadidura sordos aunque de incontenible verborrea, hay que evitar la polémica. Nada más sencillo. En las Uniones Locales o Comarcales donde haya un piano de cola, un arpa, o algún instrumento de cuerda dulce, conviene que se sienten al lado, porque como dijo el poeta ("del rincón en el ángulo oscuro"), es allí donde quedan más resultones y su recitado suena más melodioso. Incluso yo propondría que en el orden del día, que no debe faltar nunca en toda reunión que se precie, se introduzca siempre un punto ("obertura", "pizzicatto", "andante ma non troppo") en el que alguno de estos virtuosos de la flauta o del violoncelo tenga ocasión de lucirse. Por nuestra parte es conveniente acudir a las reuniones bien pertrechados ideológicamente, es decir, con paraguas o impermeable. Terminado el chaparrón, se dice: "me ha gustado mucho la voz del compañero, especialmente los agudos. En cuanto mejore un poco los graves puede llegar a ser el mejor predicador del Sindicato". Luego se pasa a otra cosa, a las cuestiones que interesan a todos. Y luego a currar en serio. "Manolo, saca la gaseosa fresca que nos asfixiamos, que este otoño viene muy caliente". El viento del otoño ya se encargará de dispersar las hojas de los árboles y de los cuentos.

Los abogados del Seguro

Artículo publicado en la revista comunista *Cal dir,* en febrero de 1979, dos años después de la matanza de los abogados laboralistas de Atocha.

Felliniana visión de parientes napolitanos con acompañamiento de alguna inmensa matroculona que luego, al entrar, se sacará la nómina de su monumental pechera. Buñuelesca congregación de gentes cansadas y hostiles. Como en la sala de espera del Seguro, caras con dolor de muelas o de riñones, salteados en el tajo, que mutuamente se cuentan sus males. Un abuelo tose en el rincón, esperando la jubilación y el turno. Otro se pelea por entrar antes. Patio de Lourdes, donde se amontonan los lisiados, despedidos, agraviados. A las tres ya hay quien hace cola para coger número. ¿Quién tiene la vez? Un cierto aire de tristeza en el ambiente cargado de la antesala de los despachos. Esperpento de lo que fue en otra época.

¿Os acordáis, Ricardo, Merche, Carlos, Leles, Paco...? Íbamos allá, al piso alto de Joaquín Costa, los amigos, los de Comisiones. Cuando conseguíamos arrancar a un par de compañeros y llevarlos allí, corríamos contentos. Era el comienzo, la pequeña chispa, el embrión de una comisión de empresa. ¿Qué hubiera sido entonces sin vosotros? Por eso en este artículo yo quisiera dedicaros, como dice Goytisolo, un "elogio desmedido", porque hubo un tiempo en que erais el centro, el punto de reunión, la cita obligada. Casi cada tarde pasábamos por el despacho a conectar con la gente nueva, que acudía cada vez más. "¿Es aquí donde arreglan lo de los obreros?", decían. "Que me han dicho que pregunte por Doña Asesoría Laboral". En las elecciones del 75 ("hemos ganao el equipo colorao", dijo una revista) fuisteis la palanca. Tiempos fraternales y hermosos. Imposible el olvido. Ahora todo ha cambiado, pero vosotros seguís siendo los mismos.

Aquel pequeño "ejército de la sombra", que dijo Paul Eluard, es hoy un enorme batallón de combate. Pero cuarenta años de represión han dejado en el personal una neurosis legalista que, a veces, convierte el sindicato en un disparatado Seguro de Enfermedad. A vosotros os ha tocado saldar esas cuentas, hasta que la gente comprenda, hasta que la gente cambie. No se puede salir con vosotros a la calle, porque siempre hay alguien que os para: "oiga, don Ricardo, ya que le veo, ¿me pertenece o no me pertenece?" No podéis dar el número de teléfono porque os llaman los domingos a casa, los lunes a las doce de la noche, cada día a la hora de comer. Llegan a los despachos arracimados, exigentes, monótonos, a repetir siempre lo mismo, lo que ya saben, pero quieren que les repita un vez más el abogado, que para eso pagan (los que pagan). "¿Me pertenece o no me pertenece? ¿Usted cuánto me va a sacar? Pues otro abogado me ha dicho que..." Se quejan del retraso en las demandas, reclaman el tóxi-

co, el plus de distancia, el comedor, los vestuarios, lo que no les ponen en nómina, lo que un vecino les ha dicho que es así, lo que un primo del pueblo ha ganado. En una palabra, lo que no se atreven a exigir ellos en la empresa. El abogado tiene que arreglarlo todo, y si no, es que no sabe. Y hasta Merche y M. Ángeles pierden alguna vez la paciencia de maestras de escuela con que lo explican todo, y Carlos se remueve un poco en la silla, que tiembla atormentada. Acabe ya, buen hombre, que hay mucha gente. Pero el hombre vuelve a repetir su inacabable historia, que para eso paga (los que pagan). Así, día tras día, por la mañana cinco o seis juicios, por la tarde de 4 a 10, o a los pueblos. Mortal amor de la batalla, que dijo el poeta. Antes venían los inquietos, los luchadores, porque era el único islote de libertad donde organizarse. Ahora quienes acuden son los individualistas, los que solo quieren que se les solucione su problema que, por supuesto, es el único y el más importante. La gente combativa hace sindicalismo en las empresas y solo cuando hay un caso que lo requiere, que merece estudio, acuden a la consulta.

Escribo esto un 24 de enero. Un día así, hace dos años, volvimos a vernos de nuevo todos los viejos amigos de CCOO al enterarnos de lo de Atocha, pasamos por vuestros despachos, por lo que fueron nuestros primeros locales entrañables, a deciros en silencio: aquí estamos. En este nuevo 24 de enero yo quisiera cambiar el signo de las flores: "vivos para la democracia y para la defensa del pueblo trabajador", os tenemos a vosotros. Admirable Alberto, más sagaz y en forma que nunca, Ricardo, Merche, Rafa, Miguel, Carlos... todos, hasta los jóvenes cachorros incorporados al equipo, convertidos por nuestra culpa en tristes médicos del Seguro, recetando nóminas. Pero tampoco es nuestra la culpa. Ni siquiera de esa legión de plomíferos consultantes e impertinentes clientes. Se trata simplemente que estamos convirtiendo aquellas Comisiones Obreras de la leyenda en las Comisiones Obreras de la historia. Como entonces, ¿qué sería sin vosotros?

La soledad del sindicalista de fondo

Publicado en marzo de 1979 en *L'Opinió,* boletín de Comisiones Obreras del País Valenciano.

El corredor de fondo no es, como todo el mundo sabe, un velocista o un *sprinter*. Estos están hechos para carreras cortas, para los últimos metros. El corredor de fondo demuestra su clase en las distancias largas, los 500, los 1.000 metros. Uno de los más famosos (Zatopeck, creo que se llamaba) ha pasado a la historia como "la locomotora humana". Casi nada.

No es fácil ser corredor de fondo. Requiere un entrenamiento fuera de lo normal. Y, sobre todo, temple, mucho temple. El corredor de fondo calcula centímetro a centímetro la carrera. Sabe cuándo debe ir en el grupo, cuando tiene que quedarse rezagado, y cuando ha de dar el tirón, apretar fuerte, vencer.

Tal vez por esto alguien escribió sobre "la soledad del corredor de fondo". Al velocista, al *sprinter*, le aplauden la breve carrerilla. Él, en cambio, tiene que aguantar largos ratos solo, con ritmo constante. Pero llegará el primero. Seguro.

Bueno ¿y qué? Pues que el sindicalista, el buen sindicalista, el sindicalista de CCOO, es un corredor de fondo. Al contrario del saltarín que se pasa la vida diciendo "lo que hay que hacer es esto" y luego no hace nada. Del *sprinter*, que quema una huelga corriendo demasiado. Del velocista, al que se le va todo el resuello dando voces.

El sindicalista de fondo pasa casi cada tarde por su local del sindicato para echar una mano a la asesoría y aguanta que algún memo, de los que no hacen nada, le llame burócrata. Cobra las cuotas en la fábrica y algún "agarrao", que siempre los hay, le llama pesetero. Explica en las asambleas el Convenio, haciendo ver que las reivindicaciones sindicales son tan importantes como las económicas. Plantea salidas en la lucha, combinándola con la negociación. Y tiene que soportar que algún mentecato le llame reformista. Pero gracias a él, que no es ni burócrata, ni pesetero ni reformista sino todo lo contrario, un luchador que viene de lejos y va más lejos, el Sindicato funciona organizativamente y no pierde nunca la cara.

El sindicalista de fondo, como el corredor de fondo, a veces se siente solo y le dan ganas de marcarse un pegote y echarse una carrerilla para ganar aplausos. Pero aguanta con temple, cada día en la fábrica, cada tarde en el sindicato, siempre al mismo ritmo, dando un tirón cuando los que hablan mucho se han quedado rezagados. Porque él sabe que la carrera, como la historia del movimiento obrero, es larga y dura. Y hay que ganarla.

No temáis. El sindicalista de fondo no está solo. Afortunadamente hay muchos como él en CCOO.

¿Crisis de la conciencia obrera?

Publicado en el diario valenciano *Noticias al día* el 10 de noviembre de 1982.

Con este título, J. F. Tezanos acaba de publicar un pequeño libro que se presta a algunas reflexiones. El tema, sin embargo, no es nuevo y de tanto en tanto vuelve a resurgir en apoyo de alguna tesis. La época keynesiana del consumo y la abundancia llamó en su ayuda a los sociólogos funcionalistas para demostrar que la lucha de clases había pasado a la historia. El conflicto social, como escribió Dahrendorf, se había institucionalizado. El mayo francés lo negó, pero la renuncia de los trabajadores, desmentida inmediatamente en el otoño caliente del 69, dio lugar a la polémica entre Marcuse (búsqueda de nuevos sujetos revolucionarios) y Gorz (búsqueda de una nueva estrategia obrera frente al neocapitalismo). La crisis de los 80 ha llevado a Gorz, convertido al ecologismo, a escribir su *adiós al proletariado* y a los ideólogos de la derecha a cantar una nueva, y ya esta vez definitiva, muerte de Marx.

Los trabajadores se habrían convencido, según ellos, de que lo mejor es estarse quietos, ver venir las reformas y dejarse de sueños revolucionarios.

Que ha cambiado la configuración y actuación de la clase obrera parece evidente. Passolini creía ver nada menos que un cambio antropológico en el obrero de los 60, integrado al sistema y, ante "las cenizas de Gramsci", lloraba poéticamente su muerte. Uno, que siempre ha sido muy obrerista, se emociona ante las nobles figuras trazadas por Max Aub *(La calle de Valverde)* y Corpus Barga *(Los pasos contados)*, tan humanas, dignas y sabias, pero tal vez perdidas irremediablemente para nuestro tiempo. El señor Fidel, el honrado tipógrafo ugetista, admirador incondicional de don Julián Besteiro; el "abuelo" anarquista, que cuenta mejor que Tuñón de Lara la historia del movimiento obrero; sus respectivas hija y nieta, Marga y la Sole, de las que se enamoran perdidamente, como no podía ser menos, los generosos universitarios de la residencia de estudiantes.

Aquello sí que eran obreros. Pero aun desconfiando de la literatura y de las nostalgias personales, la historia nos permite fijar unos cuantos rasgos de la conciencia obrera tradicional que apunto esquemáticamente: 1) El trabajador sabe y siente que pertenece a un colectivo "explotado". 2) Asume esa pertenencia con orgullo y dignidad y se liga con lazos de solidaridad a los que trabajan como él, a quienes considera "hermanos de clase". 3) Reconoce que enfrente están "los otros", los que le explotan, los capitalistas, a quienes considera "parásitos sociales". 4) Cree que es necesario un vuelco, una alternativa, otro tipo de sociedad fundada en valores éticos. 5) Se identifica con las organizaciones obreras como instrumentos de transformación de la sociedad.

La encuesta de Tezanos, realizada en el cinturón industrial de Madrid, trata de averiguar hasta qué punto se dan hoy estos rasgos. Salta a primera vista que las connotaciones de la explotación no son las mismas. La situación objetiva ha cambiado: un 55% tiene casa propia, un 60% coche, un 31% televisión en color, un 84% lavadora y un 94% frigorífico. Obviamente esto lleva a que los implicados se vean y entiendan de muy diversa manera. Solamente el 4% se identifica con el término tradicional de proletario, un 36% con el más general de trabajador u obrero, y nada menos que otro 36% se considera clase media. No existe, pues, la homogeneidad de una conciencia colectiva ligada por el interés del conjunto de la clase, lo cual deriva hacia la corporativización e identificación con los grupos más inmediatos de intereses y se refleja en una concepción instrumental del sindicato. El notable índice de indeterminación y desafiliación denota que el sindicato no se concibe como la representación orgánica de la clase, sino como un instrumento de utilidad inmediata, y muestra que se han roto las lealtades tradicionales.

Sin embargo, estas notas vienen contrapesadas por otras que nos obligan a caminar en dirección contraria a quienes celebran el entierro de los ideales revolucionarios. Resumo la batería de respuestas en tres apartados: 1) Un índice elevado (59%) piensa que es posible cambiar la sociedad capitalista; un número mayor (71%) desea que cambie, y un porcentaje aún mayor (90%) cree que hay que hacerlo poco a poco. Traducido a términos políticos, esto significa, a mi entender, que los trabajadores votan mayoritariamente cambio y reformas por realismo táctico, pero que no han renunciado a una estrategia global de transformación socialista. 2) Los valores que constituyen la cultura ideal de los encuestados ofrecen un alto grado de ambigüedad. Tezanos cree que el elevado índice de aprecio de la profesionalidad, de la promoción social y de "los suyos" muestra una fuerte contaminación de los valores burgueses tradicionales. Pero la verdad es que son valores ambivalentes y que, como dice E. Laclau, su significado depende de su articulación en el discurso ideológico (por ejemplo, el orgullo profesional estaba articulado como un componente importante del discurso proletario tradicional y puede estarlo también a la ideología del éxito individualista). Esto nos lleva a pensar que, si bien los partidos y organizaciones obreras no deben concebirse como una contrasociedad cerrada sobre sí misma (un ghetto, una iglesia), no pueden secularizarse hasta el extremo de que dejen de tener un discurso ideológico y una moral propios. 3) Muy pocos encuestados (un 23% frente a un 70) ven la sociedad dividida en una oposición dicotómica (en términos de la tradición obrera, capitalistas/proletarios, opresores/oprimidos). Los más piensan que hay diversos niveles y grupos. Eso que, a primera vista, parece dar la razón a los funcionalistas y a sus tesis sobre la disolución de las clases, plantea las cosas con más radicalidad si tenemos en cuenta las respuestas del primer apartado. Como explica acertadamente Laclau, los trabajadores, dada la complejidad de mecanismos de la sociedad moderna, perciben las contradicciones no tanto a nivel de las relaciones de producción como de la formación social concreta. Perciben la irracionalidad del capitalismo en el despilfarro, la incapacidad para evitar las crisis, la destrucción de la

naturaleza y la amenaza de aniquilación de la humanidad, etc. Por ello bien puede decirse que siguen teniendo una aguda conciencia anticapitalista, más profunda en la medida en que desborda el marco de su condición y asume, como predijera Marx, los intereses generales de la sociedad.

Se me permitirá una breve moraleja. No está demostrado que los trabajadores solo aspiren a mejoras parciales. Si así fuera, el esquema político ideal sería el "hoy soluciones, mañana cambio, y viceversa". Más bien parece que desean y aspiran, a través de una táctica realista y gradualista, a una estrategia socialista. Para ello el esquema de alternancia bipartidista no sirve y se requiere un bloque social de fuerzas de progreso y de partidos de izquierda.

Nos juzgarán los parados

Artículo publicado en *Levante-EMV,* el 24 de mayo de 1994.

Allá por el año 1947, un grupo de obreros cristianos vinculados a la HOAC acudieron al arzobispo para expresarle su preocupación por la lamentable situación de los trabajadores. Este encargó a unos empresarios amigos, pertenecientes al Instituto Social Empresarial que elaboraran un estudio sobre las condiciones de vida de los obreros, del cual se deducía que el salario mínimo de la época no alcanzaba a cubrir la mitad de las necesidades básicas de una familia con dos hijos. La revista *Forja,* de los jóvenes cristianos de Alcoy, publicó una de las respuestas de la encuesta a la que con sarcasmo titulaba "Menú de lechuga", ya que este era el único lujo que podían permitirse quienes diariamente se alimentaban de boniatos y se calentaban con el serrín quemado en los braseros. No hace falta decir que la revista fue obligada a desaparecer por orden gubernativa.

Desde entonces ha llovido mucho, pero no ha escampado. Entre los tiempos de la infamia y los de la libertad hay un abismo y no existe comparación posible, pero los problemas sociales no han desaparecido y algunos se han agravado. Por eso es grato constatar que los sucesores de aquellos obreros de la HOAC de los años 50 continúan la labor de dar a conocer la situación real del mundo del trabajo. Durante esta semana celebran unas jornadas de información y sensibilización a las que me gustaría unirme con un breve comentario.

Aparentemente, el informe hoacista no dice nada nuevo y no se diferencia del aséptico Informe Foessa o de los datos de los organismos públicos. ¿Quién no ha oído o leído mil veces que hemos sobrepasado el 20% de parados? Lo novedoso e impactante es su empeño en desvelar lo que hay detrás de las cifras: hombres y mujeres de carne y hueso que sufren abandonados a su suerte. De ellos tan solo una pequeña parte, menos del 10%, puede aspirar a encontrar trabajo con continuidad. Un gran número, superior al 30%, con más de dos años en paro, ha abandonado toda esperanza, como escribió Dante de los condenados. Y el resto entra y sale, de un breve empleo a otro, con un intervalo medio de seis meses sin trabajo en los que, por lo general, no reciben subsidio de paro (pues no hay que olvidar, aunque se hace con frecuencia, que se requiere un mínimo de un año trabajado para cobrar durante cuatro meses y eso lo consiguen cada vez menos).

¿Cómo viven esos cuatro millones de conciudadanos nuestros cuando no se les da la única opción de ganarse la vida, que es un trabajo? Una idea muy difundida que muchos aceptan gustosos para tranquilizar la conciencia, es que se las apañan y que incluso no pocos viven mejor que los que trabajan. Nada más falso. El informe de la

HOAC tiene el coraje de llamar a las cosas por su nombre. Sobreviven, malviven gracias a: la dependencia familiar, la limosna y la chapuza. Sobre el primer capítulo no hace falta decir lo que supone, por ejemplo, tener que depender de los padres hasta los treinta años. Pero es un hecho real como la vida misma que casi la mitad de los comprendidos en esa edad no tiene oficio ni beneficio, salvo alguna cosilla que cae, con la que, desde luego, no puede encauzar su vida.

El segundo apartado es aún más dramático. La limosna se ha vuelto a poner de actualidad, retrotrayéndonos al paisaje galdosiano o al más feroz y próximo de *La colmena*. Pero no es a la limosna callejera a la que me refiero, sino a la institucional. Esos desamparados que nos alargan la mano por el centro de la ciudad, que no se atreven a mirarnos, no son más que los restos perdidos de un naufragio más amplio, cuyos supervivientes bracean con angustia agarrados a un mísero subsidio. El reciente informe Foessa celebra con satisfacción que el número de familias que viven en la miseria se haya reducido a la mitad gracias a la *prestación social sustitutoria*. Pero no nos engañemos. Eso quiere decir que al millón de personas que viven en extrema pobreza, sin ingresos conocidos, hay que añadir otro tanto que solo cuenta con las 38.000 pesetas de la prestación social. A la vista de estos datos, P. Schwartz abanderado de la tropa neoliberal que domina en los círculos económicos, ha escrito con insultante desfachatez que los parados viven en *"el paraíso de la subvención"* y por eso no buscan trabajo. En los tiempos de la lechuga y el boniato los ideólogos del sistema afirmaban con idéntica desfachatez que los obreros españoles gozaban de una dieta equilibrada.

En cuanto a la idea, también muy repetida por los que prefieren cerrar los ojos a la realidad, de que los parados están trabajando, el informe de la HOAC recuerda un dato que suele pasarse por alto: de los tres millones en los que se cifra el trabajo sumergido, un 63% cobra menos que el salario mínimo, está sin asegurar, hace más horas que un despertador y aguanta intolerables condiciones de trabajo. Estos hechos coinciden con los últimos datos de la encuesta de la EPA, según los cuales un 60-70% de los parados está dispuesto a pasar por todo con tal de tener faena. Un prestigioso diario gubernamental, orteguiano para más señas, se felicita de este cambio de mentalidad y lamenta que no sean el 100% los dispuestos a tragar con todo. El informe de la HOAC, por el contrario, considera que este es el efecto más perverso de las doctrinas económicas imperantes: la pérdida de la dignidad del trabajo, dignidad conseguida tras muchos años de lucha del movimiento obrero. En coincidencia plena con los sindicatos, la HOAC afirma que la normativa laboral desreguladora supone una vuelta a la ley del más fuerte.

Sermones morales bienintencionados pero inútiles y, además, con olor a sacristía, dirá más de uno de esos laicos, reciclados en cursillos de verano, que creen a pies juntillas en los dogmas económicos. Ese es el gran error. Los grandes problemas de una sociedad son, antes que nada, problemas morales que exigen compromisos éticos de los gobernantes y de la ciudadanía. R. Reich, secretario del Trabajo del presidente Clinton, en un discurso dirigido a los sindicatos, afirmaba que las condiciones

de trabajo deben regirse, en último extremo, por un criterio moral. Y añadía, refiriéndose a algunas de las prácticas socio-laborales de los *cuatro dragones,* que aquí algunos nos ponen como ejemplo: *"Nosotros no podríamos tolerar algo semejante a la esclavitud"*. Como escribió Bernard Shaw, el nivel de civilización de un país se mide por la atención que presta a los desheredados. Nosotros creemos que se mide por el PNB y así nos va.

La opinión de un premio Nobel

Artículo publicado en el diario *Levante-EMV*, el 16 de enero de 1994, criticando las medidas gubernamentales de desregulación laboral y en defensa de la legitimidad de la huelga general convocada para unos días más tarde.

No existen soluciones milagrosas al problema del desempleo, pero algunas medidas son inútiles y perjudiciales. Esto es lo que piensa sobre la desregulación del mercado de trabajo el profesor de la Universidad de Berkeley y premio Nobel de economía Robert Solow (ver su libro *El mercado de trabajo como institución social*). Por supuesto, hay quien opina lo contrario y también es premio Nobel. No cito, pues a Solow como argumento infalible de autoridad, sino simplemente para negar el consenso universal de sabios con el que se justifican las nuevas leyes laborales. La propaganda gubernamental insiste, una y otra vez, en que toda persona bien informada está de acuerdo con las medidas y que solamente los sindicatos, por incompetencia o malicia, se oponen, sin importarles lo que les pueda pasar a las empresas y a los parados. El profesor Solow, al que hay que suponer al menos tan bien informado como los consejeros del gobierno, piensa lo contrario: que los empresarios competentes y los parados son los menos interesados en la desregulación laboral.

Toda argumentación sobre la flexibilidad del mercado de trabajo, como medio para fomentar el empleo, se apoya, según Solow, en un supuesto de libro de texto que no funciona en la realidad. Se supone que, suprimiendo las rigideces salariales, se contratará con más facilidad porque está permitido pagar menos. Sin embargo, se ha comprobado que las empresas solventes no lo hacen. Por definición, una empresa solvente es aquella que trabaja con salarios de eficiencia que se corresponden con la pericia y la productividad de sus empleados. Para estas empresas, es un contrasentido la precarización del empleo que abarata los salarios a costa de la eficiencia y la productividad. Solamente las *empresas-chapuza* están a favor del *empleo-basura*. Por lo tanto, es una medida inútil para las buenas empresas y con efectos perversos en el caso de las tramposas.

La patética imagen de nuestros empresarios, aplaudiendo con ciego entusiasmo las medidas del Gobierno, no invalida el argumento de Solow, sino que demuestra algo que ya fue denunciado por el economista J. C. Sevilla: una forma de adaptación pasiva al mercado, basada únicamente en apretar las tuercas a los trabajadores. La elección de ese camino, alentado por las medidas desreguladoras, nos está llevando a la configuración de un tejido industrial cada vez más débil.

Pero dejemos a nuestros empresarios que no se apearían del burro aunque se les apareciese el mismísimo Alfred Marshall, santo patrón de la economía neoclásica, y

les dijera (cito textualmente): *"Un empresario actúa injustamente si pretende sacar beneficios de su empresa, no porque su gestión sea eficaz, sino porque pague a sus empleados menos, aprovechándose de las necesidades de algunos trabajadores e impidiendo que otros empresarios paguen los salarios adecuados."* ¿Qué diría el buen Marshall de unas medidas que legalizan la conducta injusta que él condenaba?

Bien, pero, al menos, los contratos a la carta y el que los empresarios más torpes tengan manga ancha servirá para emplear parados, aunque sea en empresas-chapuza y para empleos-basura. Por lo tanto, afirman los orates del Gobierno, la oposición de los sindicatos está perjudicando a los parados que esperaban como agua de mayo las nuevas medidas. ¿Es así? Pues no, replica el profesor Solow. Quienes lo afirman se basan en el supuesto de que, si existiese elevado desempleo y una fuerte competencia entre los parados, estos aceptarían trabajar de cualquier forma. Sin embargo, los hechos demuestran que un buen número de ellos no está dispuesto a hacerlo. Prefieren resistir, con un seguro de desempleo sensiblemente inferior a lo que se les ofrece, en la mayoría de los casos, con la sola ayuda familiar, antes que plegarse a lo que consideran una injusticia. Solow considera que esta negativa es *razonable y socialmente útil.*

Según el profesor de Berkeley, esto ocurre, y es bueno que ocurra, porque el mercado de trabajo no es un mercado de pescado (o de ovejas sumisas, como piensa el Gobierno), sino una institución social donde actúan personas con una conciencia histórica de lo que es razonable y justo. Cito sus palabras: *"No competimos por los puestos de trabajo de los demás, tratando de recortar los salarios que se pagan, porque nos han enseñado que eso es injusto, degradante, inaceptable, autodestructivo. Percibimos que la vida en el mercado de trabajo sería muy desagradable, mala, brutal y breve, sin respetar esa norma"*. Los trabajadores, aun cuando estén en el paro, saben muy bien que, cuando se quebrantan las normas que regulan la dignidad del trabajo, se entra en un mundo hobbesiano de competencia atomística, de lucha de todos contra todos, que termina por destruirlos y arrastrarlos a lo más bajo.

El hecho de que no pocos, forzados por la necesidad, tengan al fin que ceder, viene a probar que solo mediante una violencia extrema se consigue arrancar a los trabajadores la idea de la dignidad del trabajo. Eso es lo que se busca. En el fondo, la flexibilidad no es una medida para crear empleo, sino para deteriorar el que existe y destruir la resistencia de los trabajadores a tragar con todo. Entonces ya vale cualquier cosa y ha empezado la cuenta atrás hacia el capitalismo salvaje.

Para los defensores de la desregulación del mercado laboral, las brutales consecuencias de la misma son cuestiones sin importancia. Como ha dicho con cínica franqueza el secretario de la Federación de Empresarios del Metal: *"Más vale explotado que parado"* (Tribuna, 27-12-93). Esta es la interpretación exacta de las medidas del Gobierno. Lo confirmaba enfáticamente la otra noche en televisión un prominente director general: *"Haremos cualquier cosa para que los jóvenes no estén en la calle"*. ¿Cualquier cosa? Los empresarios ingleses del siglo XIX se jactaban de que los niños, en lugar de vagar por las calles como mendigos dickensianos, gozaban de *"un saluda-*

ble trabajo en las minas". Los nazis colocaban un aleccionador letrero en la entrada de los campo de trabajo forzado: *Arbeit macht frei,* el trabajo libera (desde luego, parados no estaban). Hace poco nos enteramos por la prensa de hasta dónde puede llegar la pasión por dar trabajo, no importa cómo. Un imaginativo empresario valenciano tenía encerrados a los obreros y la Guardia Civil tuvo que acudir a rescatarlos. Un concienzudo empresario catalán había tapiado el sótano donde trabajaba un grupo de chinos. A este paso habrá que cambiar la letra de la canción de Raffaella Carrá y presumir: "*Tengo un* obrero *en el armario*".

No digo que hayamos llegado a esos extremos. Solo afirmo que la filosofía es la misma: en el mundo del trabajo vale todo con la falsa excusa de aminorar el paro. Pues no, no vale todo. La desregulación del mercado laboral es una medida equivocada porque es ineficaz e injusta. Por eso los trabajadores, y los sindicatos que les representan, hacen bien en protestar. El profesor Solow, premio Nobel de economía, sostiene que es una protesta razonable y socialmente útil. Siguiendo sus consejos, yo apoyaré la huelga.

Matar a un ruiseñor

Publicado en *El País* el 3 de mayo de 1998.

Sostiene Keynes que la hipótesis central de la economía neoclásica, sobre la utilidad marginal, le vino a Marshall en la cumbre de los Dolomitas. Ciertamente una teoría tan simple y abstracta de la que se deduce, entre otras cosas, que el mercado de trabajo es como el de alcachofas (si hay demasiadas no valen nada y se pueden tirar a la basura) solo se le puede ocurrir a uno a 3.000 metros sobre el nivel del mar, muy lejos de las necesidades y angustias de los hombres y mujeres que viven en la tierra.

Añade Keynes, en el mismo texto sobre la vida de Marshall, que un día, paseando el maestro por las calles de Londres, vio en un escaparate la fotografía de un niño. Probablemente se trataba de un pequeño minero de Gales, con el rostro tiznado de hollín, infantil y avejentado, en el que sobresalían unos ojos inmensos y tristes en los que Marshall vio reflejado el dolor de todas las víctimas del mundo. Le conmovió tanto, sigue contando Keynes, que entró en la tienda, pidió que le enmarcaran la foto y la tuvo durante toda su vida sobre su mesa de trabajo en Cambridge. Tal vez porque ese rostro de dolor le recordaba la verdad de la vida; cuando se encontraba con el dilema entre eficiencia y justicia, Marshall siempre anteponía la justicia.

¿A qué viene esto? Pues a que mañana se inicia en Valencia la "Global March", una carrera humana que recorrerá las principales ciudades españolas, paralelamente a otras que están recorriendo Brasil, el Sudeste asiático y África, para terminar el día 1 de junio ante la sede de la OIT en Ginebra. Está formada por niños y niñas de países donde menores de 12 años se ven obligados a trabajar en condiciones infrahumanas. Su objetivo es sensibilizar a la opinión pública y a los gobiernos sobre esa tremenda y trágica realidad que los medios de comunicación disimulan y legitiman con novedosos eufemismos (deslocalización productiva, plantas maquiladoras). Viene a recordarnos que la globalización de los mercados tiene rostros concretos de dolor, víctimas de una guerra que pasa desapercibida.

Por lo general todos nosotros somos gente civilizada y humanitaria a la que conmueven e indignan los abusos cometidos contra los niños, la orfandad producida por las guerras, la desnutrición extrema de los pequeños africanos y tantos otros males. Sin embargo, en el terreno socioeconómico estamos tan contaminados por la ideología de la necesidad y racionalidad de los mercados que todo lo que aquí sucede lo consideramos normal. Como en las películas de Tarantino, donde la violencia más brutal es algo natural y hasta simpático (Caray, a ver si te fijas al disparar, mira cómo has puesto la moqueta) así, sin darle mayor importancia, se nos presenta la brutalidad de los mercados. Y hasta parece razonable.

Hace más de un siglo, cuando se discutían en el Parlamento británico las leyes de fábrica, un diputado de Manchester dijo, con toda la gracia del mundo, que los niños de 10 años estaban más entretenidos en las minas que en la calle y fue muy aplaudido, entre otros por *The Economist* que se oponía con todas sus fuerzas a la prohibición del trabajo infantil. El prestigioso semanario también se opuso a la abolición de la esclavitud alegando que "si pierden los del Sur subirá el precio del algodón". Hoy se dicen las cosas más a lo fino. Lo que una persona civilizada llamaría explotación (que en Malasia niños de 10 años trabajen de sol a sol para la multinacional Nike por un plato de arroz) los economistas tarantinos lo llaman "ventaja comparativa". Gracias a ese trabajo abusivo y mal pagado el país producirá más barato, podrá exportar, aumentará su PIB y dentro de 50 o 100 años todos serán más ricos. Sobre las espaldas de niños indefensos, que nunca irán a la escuela, que enfermarán y no vivirán para verlo, se construye una hipotética riqueza que a saber quién se apropiará. Menuda ventaja.

En un discurso pronunciado ante los sindicatos americanos, R. Reich, ex secretario del Trabajo de Clinton, supo centrar la cuestión con lucidez y valentía. El problema, dijo, no es económico sino ético. No debemos oponernos a que otros países creen industrias, aprovechando un cierto margen salarial, porque eso sería negarles una salida al subdesarrollo. Pero esa vía, añadió, tiene unos límites en la dignidad de las personas. Al igual que protestamos contra las dictaduras, la opinión pública, las instituciones y los gobiernos deben alzar la voz e intervenir contra los abusos cometidos en el mundo laboral, sobre todo contra el más vergonzoso e indigno: la explotación infantil en el trabajo. Eso es lo que nos piden las niñas y niños que mañana inician su marcha de protesta en Valencia. Quedarnos callados, decía Gregory Peck en una antigua película, sería como matar a un ruiseñor. A miles de ruiseñores.

Mi deuda con el Valencia

Publicado en *Noticias al día,* el 14 de enero de 1983.

Aunque hace muchos años que no voy al Mestalla, en estos momentos de apuro quisiera aportar mi modesta contribución a la recuperación del Valencia F.C., ya que tengo con él una deuda pendiente. El caso es que en mi infancia de "niño de derechas", allá por la posguerra, cuando yo era un "nano", un *jambet* como entonces se decía, fui socio del club durante varios años y, acompañado de mi hermano mayor, iba todos los domingos al campo. Debo ser más viejo de lo que creo porque aún llegué a ver la delantera eléctrica, que ya está en todos los libros de texto de historia, y al legendario San Lorenzo de Almagro, que ha sido inmortalizado en numerosos tangos. Como en un sueño me parece estar aplaudiendo a Mundo que se tira en plancha a un centro terrible de Gorostiza, tan terrible que metió el gol de tremendo cabezazo y se lo llevaron del terreno de juego completamente *grogui*.

De aquellas tardes maravillosas del viejo Mestalla se me quedaron grabadas para siempre tres imágenes que se superponen a los recuerdos angustiosos de los quebrados y las declinaciones de latín, y a aquellas ceremoniosas distribuciones de premios con que los jesuitas nos educaban para competir i triunfar en la vida. La verdad es que la vida la aprendimos fuera, por ejemplo, en la general de a pie del viejo campo. Desde allí se veía la antigua Hípica y esta es mi primera imagen, inaprensible pero nítida como el *demain perdu* del *Grand Meaulnes:* una gentil amazona que corría y saltaba perseguida por un teniente montado, como el moro del romancero, en un caballo alazán.

Luego, la postal romántica se eclipsa momentáneamente sustituida por el cuadro épico. Porque yo estuve allí (como recitaba Gérard Philippe dando voz a un soldado de Napoleón: *Ah, mon Dieu!, yo estuve en Austerlitz!*), en aquel partido único en la historia, jugado, como juegan los chavales en la calle, hasta que se rinda el adversario. Nunca se vio cosa igual. Eran las semifinales de la Copa y el Valencia debía superar una diferencia, creo que de tres goles, encajados en San Mamés. Los igualó. Se jugó una prórroga, y nada. Otra, y seguía el empate. Entonces (nada de monedas ni de penaltis) se inició una contienda a muerte que debía jugarse sin fin hasta que uno de los dos metiera el primer gol. Lástima. Piru Gaínza lo sentenció con un fantástico trallazo desde la banda izquierda. No, no se me olvidará aquel partido verdaderamente épico, el más largo y emocionante de la historia, el único en el que nadie se cabreó a pesar de haber perdido.

Pero en esto que irrumpe la tercera imagen, ni romántica ni épica, sino barojiana, social-realista. Era a finales de los cuarenta, aquellos duros años del hambre.

Cuando acababa el partido y comenzaba a vaciarse el campo, surgían, yo no sé de dónde, un grupo de niños desarrapados que a toda velocidad recogían las numerosas colillas que había tiradas por las gradas y se las metían en un macuto que llevaban en bandolera para luego venderlas. De vuelta a casa, aquella imagen turbaba siempre mis recuerdos del gol, el cabezazo y el *dribbling* y creo que allí comprendí por primera vez, de forma infantil pero imborrable, la injusticia humana: había niños que, como yo, podían ver jugar al Valencia y otros que entraban al final, disputando otro partido en lucha desesperada contra el hambre. Mucho más tarde la lectura de Marx me aclaró las cosas, pero mi punto de referencia siempre ha sido aquella angustiosa visión de una tarde de domingo, feliz para unos, e injustamente desgraciada para otros.

Así es, aunque parezca que exagero. A aquel viejo Mestalla le debo el aprendizaje de la ilusión, la emoción y la compasión, unas lecciones que he tratado de no olvidar nunca. Los años pasaron y dejé de ir al fútbol. La gentil amazona casi seguro que se fue con el teniente (que hoy será ya teniente coronel), de lo que un perspicaz psiquiatra deduciría las raíces oscuras de mi antimilitarismo. El Valencia ganó varias Ligas y Copas. Y en España se pasó de los tiempos del hambre a los del desarrollo, aunque por desgracia seguía habiendo niños que la tarde del domingo no eran felices. Durante un largo periodo aborrecí el fútbol que era el único tema de conversación en la fábrica, cuando yo quería hablar de la libertad sindical, el nuevo opio del pueblo, la cortina de humo para que la gente no pensara. Pero he terminado por reconciliarme con él, aunque solo sea a nivel literario. Descubrí en una novela de uno de mis autores preferidos (*Los Premios*, de J. Cortázar) que los "héroes positivos" del relato, como diría un buen "dzanovista", eran unos muchachotes furibundos del Boca Juniors. Leí, creo que en el gran historiador Hobswaum, que las peñas futbolísticas habían jugado un importante papel en la configuración del movimiento obrero inglés. Me enteré de que el gran Passolini, acompañado del novelista Mario Soldati, miembro del Comité Central del PCI, no se perdía un partido de la Juve. Todos mis ídolos habían sucumbido al hechizo del "furbo", del balompié o, como dijo muy acertadamente el profesor Tierno en un bando municipal, a ese juego diabólico en el que once personas corren detrás de un esférico, tratando de arrebatárselo a otros once.

Actualmente, a los historiadores les preocupa mucho la indagación sobre los elementos constitutivos de la cultura popular. Después de todo, resulta que esta no es lo que los intelectuales desearían que fuese, un discurso ideológico preciso y contundente, sino un conglomerado confuso y contradictorio de tradiciones y aficiones, en el que la fiesta ocupa un lugar preferente.

Ese conglomerado impuro, y no su alambicada decantación, está cargado de unas potencialidades de comunicación, utopía y subversión como no se encuentran en la cultura libresca. Pero estas consideraciones nos llevarían muy lejos y yo solo he querido evocar mis recuerdos y pagar así una deuda de gratitud con el fútbol, el viejo Mestalla y el Valencia. No sé si el sortilegio de la memoria será un conjuro eficaz

para salvarnos del descenso. Comprendo que si esto ocurriera no sería una catástrofe nacional, regional o municipal, un 98 deportivo. Pero algo desaparecería irremediablemente de la isla del tesoro de mi infancia. No, no puede ser. Aunque los críticos de fútbol digan que nuestros jugadores son muy malos, yo estoy seguro de que no son crueles.

La cultura de Ford

Artículo publicado en *El País* (01-11-98), con motivo de la huelga que, con carácter intermitente, venían realizando los trabajadores de Ford-Almussafes en protesta por el bloqueo de las negociaciones de su convenio colectivo y la amenaza de la empresa de rescindir 500 contratos eventuales.

Siempre que se produce un conflicto entre una gran empresa y los sindicatos saltan a la palestra los aguerridos defensores de la libre empresa (meritorios o a sueldo) para acusar a los representantes de los trabajadores de falta de flexibilidad. Los sindicatos españoles, vienen a decir, siguen aferrados a una cultura reivindicativa periclitada y no se han enterado de los retos que plantea la globalización. Dejando aparte que esto no es cierto, lo que más llama la atención en estos sermones admonitorios es que, frente a la supuesta falta de lógica negociadora en los sindicatos, se supone que las empresas actúan con la más absoluta y perfecta racionalidad. Sin embargo, como puede leerse en cualquier manual de gestión empresarial, la racionalidad de las empresas es limitada, no solo porque no son omniscientes, sino porque también ellas están condicionadas por una determinada cultura que conforma y deforma su comportamiento.

La historia de la empresa Ford nos ofrece un buen ejemplo. Durante casi 50 años, de 1901 a 1947, estuvo dirigida autocráticamente por su fundador, una personalidad tan genial como arbitraria. Su genialidad está fuera de discusión. Henry Ford no solo revolucionó el mundo del automóvil, con el sistema de producción en serie, sino que abrió paso a una nueva etapa del capitalismo, la del llamado capitalismo de bienestar caracterizado por la democratización del consumo. El primer Ford T, en 1908, se vendió a 880 dólares. En 1914 su precio era de 220 dólares y estaba al alcance de todas las fortunas.

Pero la arbitrariedad de sus métodos de dirección no es menos evidente. El profesor de Harvard A. Chandler, en sus dos conocidos trabajos *La mano visible* y *Escala y diversificación,* contrapone la gestión de Ford a la de la General Motors para demostrar por qué esta empresa desbancó a su rival. Mientras General Motors ampliaba su presencia en el mercado, mediante un proceso de fusiones, y dirigida por Sloan realizaba la revolución managerial, Ford, temeroso de perder el control de su empresa, se aferraba a sus primeros éxitos y acentuaba los rasgos de una dirección personalista. A principios de los años veinte General Motors disponía de una gama de coches que se adaptaba a la creciente diversificación de mercado (desde el lujoso Cadillac al económico Chevrolet) mientras que Ford se empeñaba en seguir a toda costa con un único modelo sin cambiarle ni una coma. El Chevrolet, que ya se aproximaba al precio del Ford T, disponía de arranque eléctrico mientras que para mover el Ford había que darle a la manivela.

Pues bien, estas obviedades no se le podían ni mentar al irascible jefe. El Ford T había salido perfecto de su cabeza jupiterina y había que seguir fabricándolo hasta que todos los habitantes del planeta lo compraran. En una ocasión su hijo Edsel, aprovechando un largo viaje del tozudo padre, preparó un prototipo de Ford T con algunas modificaciones. Testigos presenciales cuentan que, al mostrárselo, se subió al capó y lo pisoteó con furia gritando, "no, no y no". Esta cómica anécdota se convirtió en trágica historia cuando su hijo consiguió, tras muchas súplicas, que se le permitiera preparar un nuevo modelo. El padre, que controlaba la fábrica a través de una red de soplones y hombres de confianza, fue boicoteando bajo mano el proyecto, forzó a que el Ford-Edsel saliera antes de tiempo y consiguió que fuera un fracaso. El bueno de Edsel, que tenía un monumental complejo de Edipo, en lugar de matar simbólicamente al padre, se murió realmente del disgusto. Al final, cuando ya era demasiado tarde, el gran jefe cedió y en 1927 dio paso a un segundo modelo que, curiosamente, era una copia corregida del que había hecho fracasar. Por estas fechas la empresa había perdido su liderazgo. Su fabulosa cuota de mercado, un 60% en 1914, había descendido al 30%, claramente superada por General Motors. Desde luego no se puede decir que fuera un modelo de gestión empresarial y de previsión del futuro.

Lo peor de una dirección autocrática, como la que practicó Ford hasta la muerte de su fundador, es que genera múltiples vicios en el funcionamiento interno de la empresa. El director pretende controlarlo todo personalmente pero, tratándose de una gran corporación, lo que ocurre es que se forman camarillas y redes ocultas de poder que crean sus propios ámbitos de influencia. Para mantener su autoridad Ford se dedicó a enfrentar a unos contra otros, favoreciendo o castigando a los distintos departamentos cuando se le iban de las manos. Según Collier y Horowitz, en su documentada historia de los Ford, cuando el nieto Henry Ford II, accedió a la dirección, en 1947, se encontró con una empresa ingobernable, un auténtico galimatías o reino de taifas en el que las prerrogativas de los distintos departamentos se solapaban. Contrató a una de las figuras de General Motors, M. Breech, quien, después de hacer leer a todos los directivos el libro de Drucker *The Great Corporation,* implantó la clásica organización de las corporaciones modernas, la llamada organización en M, jerárquica y multidivisional. Pero por lo visto ni la aplicada lectura de Drucker ni el nuevo organigrama dieron resultado ya que Breech dimitió y se volvió a General Motors. Entones se fichó a un león del management, Lee Iacocca. El joven y ambicioso Iacocca se dio cuenta de que, al margen de la organización formal, el poder en Ford dependía de las redes y camarillas ocultas. De manera que se dedicó a tejer, en torno al proyecto del Ford Mustang, una red de incondicionales y a situarlos en puestos clave hasta que llegó un momento en que tenía un poder real mayor que el director nominal, que andaba paseándose por el mundo. Pero como este era el dueño de la empresa y, al igual que el abuelo, no tenía que dar cuentas a nadie, le destituyó de forma fulminante. Parece ser que a partir de entonces el trotamundos, y un poco play boy, Henri Ford II se hizo cargo de la empresa, laminó a

los conspiradores y consiguió ponerla en orden. He escrito "parece", pero no deja de ser una suposición ya que, dada la poca transparencia de la empresa, nunca se sabe lo que pasa en ella.

No hace falta decir que una empresa, dirigida autocráticamente por un monarca que no escuchaba ni a sus consejeros, fue a lo largo de su historia visceralmente antisindical. Cuando en América, a raíz de los trabajos de Elton Mayo realizados en la Standard, se puso de moda crear departamentos de personal para establecer un diálogo con los trabajadores, Ford colocó al frente del suyo a un antiguo sheriff y a su equipo de matones, cuyas dotes de persuasión consistían en la intimidación física de los descontentos. Años más tarde, cuando Roosevelt institucionalizó el diálogo social con los sindicatos mediante la ley Wagner, Ford se negó obstinadamente a aplicarla. Incluso rechazó una invitación del propio presidente para discutir el asunto, acusándole públicamente de comunista.

Todo esto es historia pasada y no tiene por qué seguir siendo así. Solo he querido recordarlo para mostrar que la pretendida racionalidad del comportamiento empresarial es bastante cuestionable. Henry Ford fue un genio pero se comportó en muchas ocasiones de una forma obtusa e irracional, movido por el deseo de demostrar que era él quien mandaba. La cultura de la empresa Ford, forjada a lo largo de su historia, participa de esta ambivalencia, de su genio y de su mal genio, de su intuición y su obstinada ceguera.

La accidentada negociación del convenio, en el que la empresa al fin ha reconocido la justeza de algunas reivindicaciones de los trabajadores, ha estado acompañada de gestos de prepotencia que han prolongado innecesariamente el conflicto y muestran que Ford no ha superado la herencia autocrática y oscurantista de su fundador. Los comentaristas económicos no han cesado de quejarse de las graves consecuencias de la huelga para a economía valenciana. Estaría bien que le pasaran la factura a la empresa o, al menos, que la pusieran a cuenta de las subvenciones que recibe de la Generalitat.

La crisis del Estado de Bienestar

Artículo publicado en 1988 en la revista *Documentación Social.*

1. Lo que pensábamos entonces

Las opiniones sobre el Estado de Bienestar han experimentado en pocos años un sorprendente cambio, en algunos casos acompañado de espectaculares conversiones. En la década de los 60 la izquierda marxista se encontró en la embarazosa situación de hacer frente a un capitalismo incontenible, según se pensaba, en su crecimiento y en las posibilidades de satisfacer las demandas de la clase obrera, que se integraba conformistamente en el sistema. Los pesimistas, entre los que sobresalía Marcuse, creían que la capacidad del sistema para asimilar la contestación era tan grande que solo cabía "el gran rechazo" de aquella sociedad unidimensional. Los optimistas, pertrechados del utillaje analítico del marxismo, remitían a los ciclos económicos y profetizaban el final de la onda expansiva (Mandel) o advertían la imposibilidad por parte del Estado de sostener el gasto público y de responder a las crecientes demandas sociales, lo que, inevitablemente, le llevaría a una crisis fiscal y a una crisis de legitimación (O'Connor y Offe). Y como siempre pasa en estos casos, había también los que se suele llamar realistas, quienes, reconociendo la fuerza integradora del neocapitalismo, juzgaban que era posible una estrategia obrera no reformista o, por decirlo con sus propias palabras, de lucha por reformas no asimilables que, al ser aceptadas, cuestionarían el funcionamiento mismo del sistema (Gorz). Por suerte y por desgracia, todos acertaron y ninguno previó que el fracaso del Estado de Bienestar y de la sociedad opulenta que ellos combatían dejaría, al menos a los que trataban de defender, más pobres y desorientados. Los jóvenes y estudiantes, que habían entrado masivamente en la vida pública, rechazaron el modelo de sociedad uniformadora que se les ofrecía, el movimiento obrero resurgió, protagonizando mayos primaverales y otoños cálidos, y para que todas las profecías se cumplieran el sistema tuvo que hacer tantas concesiones que no las pudo soportar. Pero la revolución no se produjo.

Los representantes del capital y sus intelectuales orgánicos se mostraron menos clarividentes. Podían presumir de un crecimiento económico sin precedentes, de que mediante una adecuada política de rentas el reparto de la famosa "tarta" alcanzaba a todos, y de un equilibrio social que hacía presagiar el fin de las ideologías alternativas. Se estaba demostrando así que el capitalismo no era ese monstruo de explotación que presentaban los marxistas, sino el sistema más eficaz para crear riqueza y el único capaz de autorreformarse hasta conseguir la satisfacción y el consenso general de la población, incluida la presuntamente explotada.

Tan comunicativa euforia procedía no solo del cinismo justificatorio, inherente a todas las ideologías dominantes, o de la ingenua confianza en las posibilidades de regular el ciclo económico, sino que hay que verla también como decantación de las corrientes reformistas del propio capitalismo. Empresarios abusivos y situaciones laborales injustas abundan en la historia, pero manchesterianos en estado puro, que hayan legitimado e idealizado la indefensión de los asalariados en el mercado de trabajo, se encuentran menos de los que hoy se pretende. Desde los comienzos de la revolución industrial personas o sectores influyentes de las clases dominantes se mostraron incómodas, escandalizadas o temerosas ante la brutalidad a que llevaba lo que hoy se designa impávidamente como libre contratación, flexibilidad laboral, salario de competencia y demás eufemismos. Un personaje nada sospechoso, el señor Disraeli, brazo derecho del conservadurismo victoriano, escribió una novela, *Sybill or the two nations*, en la que, con menos fuerza pero más intención política que en Dickens, se denuncia la fractura social ocasionada por las relaciones industriales sin control alguno. Nombres destacados por su talante reaccionario, como Dato o Bismarck, figuran entre los primeros promotores de la legislación social. Y si el lector busca ameno entretenimiento, a la par que sana instrucción, puede consultar los comentarios a la doctrina social de la Iglesia, donde los moralistas se esfuerzan en demostrar que la justicia social es parte de la justicia conmutativa y no solo de la legal. Matiz, al parecer, sumamente importante para los patronos católicos, ya que la primera obligaba bajo pecado mortal. Pero interesante también para el resto de los mortales, ya que venía a afirmar, con la ayuda de toda una parafernalia de conceptos (salario familiar, función social de la propiedad, etc.), que el contrato de trabajo no agotaba las exigencias de la justicia con el simple pago de la mercancía-trabajo a precios de mercado. Con estos antecedentes, a los que se podrían añadir otros varios ejemplos (vgr., en España el organicismo de los liberales institucionistas), no es de extrañar que los nietos de la acumulación primitiva de capital vieran por fin tranquilizadas sus conciencias y disipados sus temores ante esta forma más civilizada de obtener beneficios que llamaban Estado de Bienestar. Como se decía en las comedias de enredo, todo está bien si acaba bien, y ahora quedaba patente la natural bondad del capitalismo teleológicamente orientado desde el principio a este estadio final de equilibrio. Lo sorprendente es que lo que había sido considerado, usando la grandilocuente expresión de Tucídides, una "adquisición para los siglos", un hito histórico definitivo, se revele de repente como una monstruosa equivocación a los ojos de los mismos glosadores.

Pero no nos adelantemos. Estamos todavía en los años 60, cuando los marxistas radicales insistían en el engaño del tinglado neocapitalista y predecían su fin, mientras que los defensores del sistema afirmaban que el capitalismo no solo era el estado natural de la sociedad, sino un especialísimo estado de gracia. Entre apocalípticos e integrados, la socialdemocracia encontró la razón de su azarosa existencia. Como es sabido, en los años inmediatamente anteriores a la I Guerra Mundial, Bernstein planteó con crudeza la necesidad de redefinir el socialismo de acuerdo con la práctica re-

formista que llevaban los sindicatos y con los cambios que había experimentado el capitalismo. Las ilusiones bernsteinianas quedaron truncadas por la guerra, volvieron a renacer con la República de Weimar y sus avanzados propósitos sobre la cogestión, y probablemente, aunque las opiniones no concuerden, debilitaron el movimiento de masas en el momento crucial en que Alemania se debatía entre la revolución y la contrarrevolución. El balance no parece muy satisfactorio, pero sus ideas merecen ser tenidas en cuenta porque subyacen en las posiciones socialdemócratas y eurocomunistas de los 60 y 70. De una forma esquemática podríamos resumir su argumentación en los siguientes puntos:

El capitalismo ha superado la anarquía salvaje de la libre competencia y está controlado por grandes corporaciones económicas que, por su propio interés, tienden a buscar acuerdos. En palabras de Hilferding, estamos ante un "capitalismo organizado".

El Estado cobra, en este marco, un papel de intermediación que le convierte en el eje de la actividad económica. Nada impide que su intervención reguladora se vaya ampliando hasta controlar los resortes fundamentales de la economía, lo que le permitiría administrar los recursos y redistribuir las rentas, La conocida frase de Bernstein, "lo importante es el movimiento, no el fin", hay que entenderla bajo estos supuestos. No tanto como una renuncia a los fines del socialismo como la definición de estos por la lógica del desarrollo económico.

El objetivo de la lucha social y política en los países industriales avanzados no debe dirigirse al hundimiento del orden económico y del Estado, sino a la articulación de ambos sobre la base de sus tendencias hacia la socialización. Se trata de intensificar la lucha democrática de manera que, por la vía electoral, la clase obrera alcance la dirección del Estado y con ello la del proceso económico, ya que ambos están estrechamente ligados.

Esta argumentación viene arropada por consideraciones de carácter ético a las que los bernsteinianos, influidos por la filosofía kantiana, otorgan gran importancia. En primer lugar, si este es el único planteamiento practicable hacia el socialismo o, si se prefiere, el menos traumático e incierto, lo honesto entonces es defenderlo, renunciando a sueños utópicos que distorsionan la realidad. En segundo lugar, en la medida en que el gradualismo social viene posibilitado y sostenido por el crecimiento electoral de las fuerzas de la izquierda, nos encontramos con que las transformaciones económicas se realizan articuladas con la ampliación de la democracia. Se evita así una quiebra en la historia de la libertad de la que el socialismo es la culminación al proporcionarle el fundamento real de la igualdad, La experiencia soviética apuntaba, ya en 1926, a que, puesta la libertad entre paréntesis por exigencias del proceso revolucionario, no era tan fácil recuperarla. Y en tercer lugar, la inevitabilidad del socialismo queda condicionada a la voluntad de consenso, lo que convierte el planteamiento bernsteiniano, en apariencia determinista, en un proceso eminentemente moral. El que el socialismo sea necesario, posible o real a partir de la evolución del capitalismo, no lo hace necesariamente deseable o inevitable. En último extremo, es producto de una educación de las masas que las eleva y aúna en un proyecto colectivo y solidario.

A pesar de haber sido puestas brutalmente en evidencia en los años 20, estas proposiciones parecían factibles en los 60. En estos años el sistema encontró, en las áreas avanzadas, mecanismos de regulación y equilibrio, en medio de un inusitado crecimiento, y los Estados se convirtieron en poderosos agentes de la concertación social y de políticas participativas e igualitarias. La socialdemocracia descubrió en el perfeccionamiento de este modelo el ideal que venía propugnando. Pero también un sector del movimiento comunista, que tan duramente lo había combatido, basó su estrategia en los avances que la nueva realidad ofrecía. En el campo marxista se entabló una interesante polémica sobre el carácter del Estado y su relación con las clases sociales (Poulantzas, Milliband). El Estado no era el instrumento mecánico de coacción de las clases dominantes que debía ser abolido en una lucha frontal para ser sustituido, no se sabe por cuánto tiempo, por el Estado proletario, instrumento de coacción de la clase revolucionaria. A juicio de Poulantzas, era un campo abierto a la lucha de clases que condensaba la correlación de fuerzas existente en una determinada formación social. Esta concepción se oponía a la exigencia catastrofista del necesario hundimiento del aparato de poder, típica del marxismo tradicional, pero también al exagerado optimismo socialdemócrata que, partiendo de la neutralidad teórica del Estado, confiaba en poderlo gobernar favorablemente a los intereses de las mayorías electorales con solo ganar en las urnas. El Estado, en las sociedades avanzadas, en las del bienestar, se encuentra fuertemente entrelazado con el tejido social, lo cual llevaba a los eurocomunistas a plantearse una estrategia, no solo electoralista e institucional, sino de "guerra de posiciones". Es decir, de control del Estado a través de la ocupación de la sociedad o de conquista de la hegemonía. En cualquier caso, por más que se diferenciaran en sus desplazamientos, socialdemócratas y eurocomunistas venían a coincidir en que Estado y sociedad de bienestar, como punto de llegada o de partida, constituyen una situación histórica irreversible e irrenunciable. De no ser así, los primeros quedarían sin contenido y los segundos sin estrategia; los unos sin presente, los otros sin futuro.

Resumiendo. En la década de los 60 existía un consenso teórico favorable al Estado de Bienestar, si exceptuamos a los marxistas radicales, que se oponían a sus efectos alienantes y profetizaban que no podrían soportar el peso de sus contradicciones. Lo paradójico del caso es que las intensas luchas sociales de finales de la década se llevaron a cabo contra la ideología dominante del bienestar, pero sobre la base real del mismo. Los obreros del otoño caliente no luchaban por mejoras salariales porque ya las tenían (aunque no se excluían, y en esta época se alcanzó la "escala móvil"). Exigían el control del proceso de trabajo, como muy bien aconsejaban los Quaderni Rossi y los Quaderni Piazentini. Y los estudiantes se oponían a una Universidad que les preparaba para ocupar un lugar en el sistema productivo, vaciando de sentido su formación, que es muy distinto a encontrarse en una Universidad convertida en fábrica de parados, en la que se les retiene porque no hay lugar en la producción para todos. Las prácticas más radicales que abominaban del sistema eran factibles porque este permitía un margen de maniobra en el que las luchas sociales podían desarrollarse y alcanzar no pocos de sus objetivos. Con lo cual no se está diciendo que tales prácticas

fueran equivocadas, sino que debían darse, como la estrategia reformista propugnaba, para ampliar la cuota de poder dentro del sistema y no para hundirlo. O dicho de otra manera, que la alternativa de desmontaje del Estado de Bienestar, adonde hemos venido a parar, es mucho peor para los intereses populares que lo fue su funcionamiento. En los 60 se pensaba que era imposible hacer marcha atrás y desmontarlo, y algunos, muchos o pocos según la ocasión, soñaban con hundirlo para construir algo mejor. Las cosas han cambiado, y también las opiniones. Antes de adentrarnos en el presente haremos un breve paréntesis en el que intentaremos objetivar el tema, prescindiendo de los juicios que antes y después de la crisis ha merecido.

2. Lo que ocurrió después

Supongamos que nos encontramos perdidos en una isla desierta. Como a pesar de habilidades robinsonianas, de la ayuda del servicial *Viernes* y de la grata compañía de los papagayos, el ser humano parece estar llamado a la sociabilidad, recibimos con alborozo la llegada del buque salvador que va a devolvernos a la civilización. Ha pasado tanto tiempo que ignoramos por completo cuál es la situación en nuestra querida patria y no sabemos la suerte que nos está reservada. Pero el capitán, un auténtico gentleman, nos ofrece la oportunidad de elegir y nos pide que seamos nosotros quienes definamos los términos del contrato social. Las largas horas de soledad nos han permitido especializarnos en el individualismo metodológico y aplicar con sutileza la teoría de juegos. Desearíamos prosperar y enriquecernos, pero, como no estamos seguros del éxito, nos gustaría que existiese también un poder que equilibrara las excesivas desigualdades. Al fin y al cabo, no sabemos en qué parte estaremos al volver a la civilización, y la elección más racional parece que es asegurarnos a la vez libertad y equidad.

Esto es, poco más o menos, lo que nos propone J. Rawls en su célebre libro *Sobre la justicia*, en el que pretende establecer las bases de un nuevo contrato social a partir de las clásicas consideraciones utilitarias. La utilidad lleva a los hombres, según Hobbes, a postular la autoridad; la utilidad es lo que les hace aceptar, según Rousseau, la voluntad general. Rawls va más lejos. Por egoísmo racional los hombres desean un Estado que les garantice un marco de libertad y que intervenga contra la desigualdad. Creo que es importante recordarlo porque el Estado de Bienestar, intervencionista y redistributivo, no solo se apoya en consideraciones morales, sino que, al menos en abstracto, cuenta con sólidos fundamentos epistemológicos.

Pero el Estado de Bienestar no es solo un postulado de la razón práctica, en el sentido ético kantiano o en la versión utilitaria de Rawls. Ha sido un fenómeno histórico, y como tal hay que comprenderlo, aunque sin olvidar las razones que lo hacen deseable al margen de su contingencia. Bien podría ocurrir que como hecho histórico hubiera perdido su oportunidad, y no por ello merecería ser desechado. Como formulación histórica concreta es evidente que corresponde a una determinada etapa del

capitalismo, cuyos avances se basan, fundamentalmente, en las innovaciones tecnológicas y en la particular forma de explotación del trabajo que les es propia. Los avances tecnológicos que dan lugar al trabajo en cadena, concentrado en grandes plantas industriales y con una masiva producción de bienes, o dicho de otra manera, el modelo fordista, conlleva una serie de modificaciones económicas, sociales, políticas y hasta culturales, que son las que, en gran medida, configuran el Estado del Bienestar. Sin pretender agotarlas, señalaremos algunas.

La producción de bienes para un mercado de masas requiere una situación de empleo fijo que permita las compras a plazos y aconseja una remuneración salarial que incite al consumo. Embarcados en esta dinámica, el Estado es llamado a contribuir a los costes de reproducción de la mano de obra, cada vez más exigente, cargando con el mantenimiento de la salud o la escuela y permitiendo así optimizar el consumo privado de mercancías.

El fordismo supone la consolidación de las grandes corporaciones industriales, pero también de unos sindicatos ampliamente implantados y con un fuerte poder contractual. Podríamos decir que el mercado de trabajo, al igual que los mercados de bienes o de mercancías, se oligopoliza, pierde la flexibilidad ideal de la oferta y la demanda que los economistas clásicos le asignaban, y pasa a estar relativamente controlado por los sindicatos. En este contexto el Estado es requerido para que actúe como gran corporación integradora y para que establezca un sistema de equilibrios entre las distintas fuerzas. Este hecho puede ser interpretado negativamente en la medida que los centros de decisión se desplazan hacia las grandes corporaciones socio-económicas, vaciando de contenido la representación política. Pero también es cierto que la presencia obrera, mediada por el poder contractual del sindicato, adquiere una consistencia como nunca la había tenido hasta entonces.

La magnitud de la maquinaria puesta en marcha exige un funcionamiento permanente de la misma, un crecimiento continuado de su rendimiento, ya que una recesión provocaría un hundimiento catastrófico. El sistema ya no puede ser dejado a los mecanismos tradicionales de autorregulación, que podrían colapsarlo. El Estado asume la tarea de regular el ciclo económico, tarea que se convierte en una permanente alimentación de la demanda. En el plano internacional, los Estados de los países avanzados aseguran el funcionamiento del orden económico mediante acuerdos y organismos supranacionales (acuerdos de Breton Woods, Fondo Monetario, etc.). No resulta una novedad, ya que es condición habitual de la economía-mundo capitalista, el que el crecimiento de los países del centro se asiente en el control económico de las periferias, lo que llevará, en un cierto plazo, a hacerse insoportable. Mientras en unos países crecimiento y dependencia conducirán al abismo de la deuda, otros asimilarán las tecnologías del centro y con una mano de obra barata se convertirán en competidores, obligando a un nuevo planteamiento de la división internacional del trabajo.

En resumen, el modelo fordista de producción se asienta sobre el bienestar en el centro y el crecimiento dependiente de las periferias, lo cual requiere la intervención del Estado para asegurar la paz social en su propio país, y unos acuerdos interestatales

para mantener un determinado orden económico. La crisis de este modelo de acumulación arrastra consigo las columnas que lo sustentan o, si se prefiere, al revés, la erosión de los soportes va haciendo inviable el modelo. Las relaciones de causa y efecto son mutuas y poco importa aquí dilucidar prioridades. Podríamos partir de la crisis del sistema monetario internacional, de la inflación a que lleva la necesidad de alimentar crecientemente la demanda, de las insoportables cargas presupuestarias o del aumento de los precios de las materias primas provocada por países dependientes, o de cualquier otra variable. Todas están relacionadas entre sí y configuran lo que Gordon y Reich llamaron estructuras sociales de acumulación del modelo fordista. Por lo tanto, volvamos a ese punto de referencia, Las grandes unidades de producción de los países avanzados, basadas en el trabajo en cadena y la fabricación masiva de bienes de consumo baratos, ha tocado techo. Los procesos se descomponen espacial y temporalmente, reservándose el centro las fases en que se requieren tecnologías más sofisticadas y una mano de obra de alta cualificación. Estos cambios operados en el sistema productivo llevan consigo modificaciones radicales en las estructuras sociales de acumulación. Refiriéndonos a los puntos que configuraban el sistema neocapitalista, antes indicados, vemos:

– El pleno empleo, que no solamente sostenía una producción para el consumo de masas, sino que era la forma de darle salida, deja de tener sentido. Ahora se buscan empleos cualificados para una producción orientada a mercados restringidos y de consumo selecto. La necesidad de que el Estado contribuya a sostener la demanda, cargando con una parte de los costes de reproducción de la mano de obra, se convierte ahora en un inútil despilfarro. Las empresas adaptadas a la nueva etapa, con niveles de empleo bajos asumen la reproducción "gratificante" de su mano de obra cualificada, e incluso compiten por ello, con elevados salarios que permiten a sus empleados arreglarse la vida por su cuenta. Que el Estado cuide de la salud, atienda a la enseñanza o asegure la vejez de una mano de obra que no se necesita ni como trabajadores ni como potenciales consumidores les parece, a los defensores del nuevo modelo, una desviación del gasto público derrochadora y generadora de insoportables déficits. Gracias a una súbita conversión de la teoría económica nos enteramos que el gasto público, antes exigido para liberar recursos privados hacia el consumo y aliviar a las empresas en sus costes salariales, se ha convertido de repente en el enemigo número uno del ahorro y la inversión. Naturalmente, no hay teorías puras, pero con frecuencia se pasa por alto que la teoría económica es una de las más contaminadas por la práctica. En la práctica, el nuevo modelo productivo se concentra en quienes pueden disponer de ahorros porque se les ofrece trabajo seguro y bien remunerado, mientras que el fordismo se sostenía en quienes no podían ahorrar pero era preciso que gastaran. Para que ahorren los ricos sobra el Estado; para que gasten los pobres es necesario, y, en el fondo de las alabanzas y vituperios que recibe de la ideología dominante, no hay que buscar razones objetivas sobre su buen o mal funcionamiento, sino las exigencias del modelo de acumulación. El realismo de las políticas económicas, con el que se nos abruma, es, cuanto menos, un realis-

mo cínico e interesado. Dejando al margen, por ahora, que la realidad se puede cambiar, o así lo creíamos.

– La "affluent society" impulsaba el protagonismo de las masas y llevaba a una sobrecarga de exigencias que encontraba acomodo en el pacto social de las grandes corporaciones y el Estado. Que esto haya podido generar rigideces que entorpecen el dinamismo económico no hay por qué negarlo. Pero el fondo de la cuestión no es este. Lo que ocurre es que ahora no se trata de integrar en el sistema, con la mediación sindical, a las masas de trabajadores empleados, sino de todo lo contrario. Lo que se necesita para el reajuste del modelo productivo es desarticular la capacidad integradora del sindicato, base del poder contractual del movimiento obrero, y que el mercado de trabajo quede libre de trabas para despedir y emplear. La pesada cantinela sobre las rigideces, el deslumbrante descubrimiento de la sociedad civil bloqueada, según se dice, por un Estado corporativizado, responden a la intención de adecuar el modelo de acumulación con el modelo de sociedad y de Estado. De todas formas, no deja de ser paradójico, o lógico si bien se mira, que las fervientes impugnaciones al papel económico del Estado se tornen en justificaciones de su papel policial. Las resistencias sociales a la dureza del ajuste económico requieren la mano dura del Estado autoritario, llámese señora Thatcher o señor Pinochet. Según para qué, no está tan pasada de moda la intervención del Estado.

– Los Estados de los países industriales avanzados, y el que marca las reglas del juego entre ellos más que ningún otro, son incapaces de mantener el orden económico internacional que ellos mismos habían impuesto. Las consecuencias son todavía imprevisibles, pero, de momento, la articulación de las grandes firmas multinacionales ha suplido la actividad reguladora que realizaban los Gobiernos. No es una novedad, ni tampoco puede decirse que vaya a hacer del todo innecesarias las mediaciones estatales, pero el grado de interpenetración de las grandes corporaciones es tan alto que son sus acuerdos los que marcan las pautas a seguir por los Gobiernos. Las políticas estatales quedan enmarcadas o desbordadas por los movimientos autónomos del capital y por el proceso de división internacional del trabajo que ellos delimitan. También por este lado el papel del Estado queda en entredicho.

El proceso histórico del Estado de Bienestar no parece tener un futuro muy halagüeño si lo vemos exclusivamente desde las causas económicas que lo impulsaron, y que, al desaparecer, fuerzan al recambio por un modelo social y político distinto. Pero con ello no está dicha la última palabra y, desde luego, muchas han sido pronunciadas y escritas desde entonces.

3. Lo que pensamos ahora

Para quienes tengan una visión agustiniana de la historia, ni la caída del Imperio romano ni la crisis del Estado de Bienestar, carcomidos por vicios y contradicciones, ofrecen mayores dificultades. Este debe ser el caso del supermarxista Mandel, de la

mano del cual asistimos al terrible y permanente combate entre la "civitas diaboli" y las avanzadillas del Estado proletario, al que, por supuesto, en el juicio final de la historia le está prometida la victoria. No hay que dejarse engañar por los momentos de esplendor ni desesperar en la depresión, ya que se trata de un movimiento cíclico e infernal del que solo la lucha social y, al parecer, secular, podrá sacarnos. Probablemente es verdad, y no está mal recordar alguna vez los grandes principios, pero me temo que sirva de poco consuelo a los no creyentes.

En situación menos airosa, aunque después del escarmiento más renovadora, se encuentran los marxistas que arremetieron inmisericordes contra el Estado de Bienestar y cuya patética figura recuerda a la de Sansón. Su enorme esfuerzo intelectual arrastró sobre las cabezas de los idólatras, y sobre las propias, el templo de la alienación, aunque es dudoso que perecieran los filisteos. Estos curiosos personajes, en los que Kierkegaard veía encarnadas la estupidez, seguridad y prepotencia burguesas, más bien parecen rejuvenecidos después de la catástrofe, se hacen llamar "yuppies" o cosa parecida, y utilizan los argumentos marxistas para demoler lo que aún queda de la construcción que tanto ponderaron. Los pobres sansones han vuelto al desierto a predicar la austeridad y otra vez nos encontramos con que tienen toda la razón en lo que dicen pero pocos visos de operatividad en lo que proponen. Y no solo eso, sino que al suprimir la mediación cuestionada, que no es otra que la mediación del Estado, corren el peligro de que sus orientaciones sean recogidas por la derecha dándoles un sentido completamente distinto. No faltan preocupantes ejemplos.

La sociedad del ocio y del reparto de trabajo, que propugna Gorz, no cabe duda que es la que nos reserva el futuro, que cuenta con posibilidades tecnológicas para alcanzarlo, pero en manos de la derecha se convierte en la coartada para la flexibilidad laboral aplicada a los grupos sociales más indefensos. Lo mismo podría decirse del salario ciudadano, otra de sus renovadoras ideas, que estamos viendo utilizada para sustituir el seguro de desempleo por precarias ayudas asistenciales. Las propuestas de Habermas sobre el restablecimiento de la acción comunicativa entre los grupos y movimientos sociales, como forma de suplir el vacío de sentido en el que desembocan las sociedades dominadas por la racionalidad técnico-administrativa del Estado, constituye el trasfondo teórico de la recuperación del protagonismo de la sociedad civil. Ese es, sin duda, el camino de articulación de una nueva izquierda, pero otra vez estamos en el terreno de la ambigüedad al suprimir, por exceso de radicalidad teórica o de ligereza práctica, la mediación estatal. El concepto de sociedad civil es hoy uno de los preferidos de la derecha en su campaña contra el estatalismo agobiante de la sociedad de bienestar. Y la participación de los grupos sociales en el diseño y control de las políticas económicas, cuya conveniencia nadie negará, le sirve a Buchanan para resucitar las ideas de los antiguos federalistas americanos y arremeter contra el "amenazante Leviathan que hay que situar dentro de nuevos límites". Sin embargo, los contenidos materiales de tales ideas son muy distintos en Buchanan y Habermas. Es la diferencia que media entre la reafirmación de la propiedad privada y su socialización, aunque ambos coincidan en arremeter contra el temible

Leviathan. Me temo que, como escribió con humor Hegel, la izquierda al vaciar la bañera arroje al mismo tiempo al niño. Es lo que ocurrió al demoler críticamente el Estado de Bienestar y creo que es lo que está ocurriendo al proponer alternativas para no dejar, "mientras tanto", un vacío tan grande de incertidumbres y tentativas que son aprovechadas por la reacción.

Esta se presenta con la gravedad de la necesidad histórica y el prestigio de la libertad individual. Inexorablemente científica en lo económico y atractivamente seductora en lo personal. No es extraño que personas de probada virtud, con cien años de honradez a sus espaldas, se le hayan rendido. "'Todos éramos keynesianos", escribió con nostalgia y desconcierto en el periódico *El País* un afamado catedrático de innegable compromiso de izquierdas, haciendo balance del tiempo pasado. Como quien dice, todos éramos ptolomeicos antes de que se descubrieran las leyes del universo; pecado disculpable: todos éramos jóvenes, idealistas, ingenuos.

Pero no se puede seguir creyendo en la varita mágica que con un toque a los salarios impulse la demanda, porque la inflación juega malas pasadas. Ni se puede manejar alegremente el presupuesto para aumentar la intervención pública, porque el déficit se vuelve insoportable, y el incremento de la fiscalidad, como medio de redistribución de la renta, tiene unos límites más allá de los cuales se desincentiva la inversión. Según cuentan, Laffer se lo explicó a Mr. Reagan en una servilleta y este lo entendió. Así de clara y sencilla debe ser la cosa. Anécdotas aparte, el cambio de paradigma en la teoría económica dominante es innegable, y esto es de mayor trascendencia que suscribir esta o aquella particular teoría. Significa que se parte de determinados supuestos y que estos se identifican con los márgenes de maniobra de la realidad.

Más allá de ciertos axiomas, la ciencia económica es impensable y la realidad inmodificable. Manteniéndose fiel a ellos todo lo demás vendrá por añadidura, aunque de momento algunos aspectos están peor que antes. El control de las variables monetarias, la reducción de los gastos sociales y la flexibilidad del mercado de trabajo son puntos fijos de todo programa que se precie de razonable. Con resignación o con entusiasmo, sintiéndolo mucho, porque el número de parados aumenta, o con desenfadada confianza, hay que aceptar las premisas establecidas. La rendición del reformismo de izquierda ante la política económica neoliberal y el convencimiento casi mesiánico de los defensores de esta son los dos rasgos característicos del funcionamiento del paradigma dominante en la interpretación de la crisis.

No creo exagerar un ápice caracterizando el convencimiento sin fisuras, próximo a la iluminación, de los apóstoles del neoliberalismo como un estadio superior del conocimiento. Un tal señor Stockmann, que perteneció al círculo de consejeros de Reagan, nos describe su paso a esta doctrina económica como una auténtica conversión que compara con la de Saulo de Tarso, No es de poca importancia esta pretensión salvífica de dogmas que parecían arrinconados. El tono pesimista y defensivo de un viejo liberal como Hayeck, que presagiaba un "camino de servidumbre" si continuaba la intervención del Estado en la economía, se ha tornado avasallador en los "neos". *Libertad para elegir*, de Milton y Rose Friedmann, es ante todo

un manifiesto en el que consideraciones sobre la historia económica se mezclan con propuestas de liberalización del mercado, envueltas en un piadoso tono fundamentalista que apela cada dos por tres a Jefferson y al espíritu de los "pioneer". No faltan afirmaciones bastante chuscas escritas con enorme aplomo; por ejemplo se da como argumento de que la gente no desea el igualitarismo el que sean muy pocos los que se van a vivir a las comunas. Se podría responder que si tanto se deseara el liberalismo económico no haría falta defenderlo con sangrientas dictaduras como en el caso de Chile, donde los "Chicago boys" fueron a experimentarlo. Pero sería un trabajo inútil. El autor puede demostrar que ciertas medidas económicas son eficaces y convenientes, en el marco de determinadas variables, pero la teoría general de la naturaleza humana en que se basa, su idea de que la utilidad individual es lo que produce riqueza y felicidad para todos, mientras la solidaridad conduce a la injusticia, son proposiciones axiomáticas y, como sus contrarias, opcionales y no falsables. En su contundente afirmación: "El país está dividido entre los que trabajan y los que viven de ellos", se implican los dos niveles, una discutible valoración sobre la realidad económica y una creencia implícita, de carácter valorativo, que supone que eso es malo.

No debe extrañarnos que el paradigma neoliberal para el análisis económico se inscriba en un paradigma filosófico sobre la naturaleza humana. Librecambismo económico y utilitarismo moral iban juntos en A. Smith y la escuela escocesa y van coherentemente unidos en Friedmann y los de Chicago. Lo sorprendente es que la crisis del paradigma del reformismo socialdemócrata, justificada si se quiere por razones de análisis económico, se contamine tan fácilmente de la concepción ideológica y valorativa del paradigma filosófico utilitarista. El entreguismo de la izquierda en este terreno y su tibieza en defender los valores ideales que le dieron origen, considerados ahora valores abstractos o metafísicos, la desarman aún más frente a la ofensiva económica de la derecha. Hoy es moneda corriente escuchar de prominentes socialistas no solo el elogio de la iniciativa individual, como motor de la recuperación económica, sino la apología del triunfo, del enriquecimiento y de la búsqueda de la felicidad privada como actitudes que la respaldan. En este universo mental, en el que se supone que la libre competencia es el espacio donde se desarrolla la libertad y alcanza sus fines, la solidaridad es un contrasentido. Todo lo más que cabe es la ayuda a quienes accidentalmente no tuvieron suerte en la vida. Con ello se hunde el fundamento último del Estado de Bienestar, que no es ayudar al necesitado sino corregir las desigualdades y establecer un sistema general de redistribución de la riqueza. La intromisión de lo colectivo, del sueño de una humanidad reconciliada, según decían los clásicos, como fin, y la presencia de la acción pública, como medio de alcanzarlo, chocan radicalmente con los fines y medios individualistas del viejo paradigma que, de tan nuevo que ahora parece, nos promete el futuro. "Mañana, el capitalismo", promete el slogan, y no este remedo de Estado colectivista que hemos soportado. De manera que, aun suponiendo que el Estado de Bienestar fuera todavía posible, debería ser rechazado por indeseable.

Inevitablemente viene a la memoria la parábola de "el enemigo del pueblo", la figura ibseniana del redentor incomprendido que, en este contexto, no sería más que un entrometido metomentodo que no tiene confianza en la fuerza de los intereses para descubrir los errores. Al fin y al cabo, si las aguas del balneario que se quería construir no eran buenas, la gente hubiera dejado de acudir y esto probablemente habría incitado a los inversores a promocionar la investigación y a mejorar la calidad del producto o abandonar el intento. Todo ello sin necesidad de intervenciones y prohibiciones. Tamaña fe es aún más admirable cuanto que no se basa en la naturaleza humana en estado puro, como pensaba Rousseau, sino en la naturaleza caída, en los hombres en sociedad, a los que se supone capacidad de vivir en armonía con un "minimal State" cuyas funciones se reducirían a evitar los casos raros en que los individuos se desvían de la norma de su propio interés e invaden el ajeno. Esta es la teoría de Nozik, quien se considera a sí mismo, en su encendida defensa del liberalismo, un anarquista. Algo así como el conocido personaje de Pessoa, "el banquero anarquista", o como el pintoresco protagonista de *La ciudad de los prodigios*, o quién sabe si también como los nuevos héroes de las Opas. "Amigo mío, yo solo creé libertad. Liberé a uno. Me liberé a mí. Porque mi proceso, que como ya le he probado, es el único verdadero proceso anarquista, no me permitió liberar a más. ¡Lo que pude liberar, lo liberé!" (Nozik).

No todos los propagandistas van tan lejos en su confianza en la libertad individual y en los mecanismos del mercado. Las opiniones más influyentes buscan el difícil punto medio "entre la anarquía y el Leviathan" (Buchanan), y en esta línea merecen especial atención los neocontractualistas de la *Escuela de Virginia*. Para estos autores no solo es imprescindible el Estado protector, sino que también se necesita un cierto grado de Estado productor que provea de algunos bienes y servicios que, dada la complejidad de la sociedad moderna, los particulares no puedan procurarse por sí mismos. El problema está en establecer un sistema de control sobre las decisiones públicas de carácter económico o, formulado positivamente, en determinar unos mecanismos para que la elección pública *(Public Choice)* responda a los deseos individuales. Tres aspectos me parecen importantes:

– El primero, de carácter metodológico. Los fines de la elección pública no pueden quedar definidos por objetivos generales, que atañen al bien de la sociedad, sino que deben buscarse en el interés de los particulares por maximizar sus beneficios. Los intereses generales son imposibles de clarificar y, menos aún, de verificar, por lo que debe partirse de los intereses particulares, que, en sutiles combinaciones, formalizadas por la teoría de juegos, nos van perfilando marcos concretos de generalización. La discusión sobre este "individualismo metodológico" nos llevaría demasiado lejos. Puede verse en él una exigencia de rigor epistemológico o interpretarse como un reflejo del exacerbado individualismo de la cultura dominante. Sirviéndose de él, Rawls llega, como ya señalamos, a conclusiones que sobrepasan ampliamente el marco del liberalismo y que establecen la necesidad de un Estado que realice funciones redistributivas, y algunos marxistas, como Roemer y Elster, lo utilizan para fundamentar su

interpretación del socialismo. No obstante, hay que realizar tan sutiles combinaciones para alcanzar una generalización de los fines que, a mi juicio, el individualismo metodológico suele ser un instrumento de los particularismos.

– El segundo aspecto del "Public Choice" se dirige a la crítica del Estado y de la política, crítica que, en parte, se basa en el análisis weberiano sobre la autonomización del Estado respecto a la sociedad y sobre su burocratización. La originalidad de los profesores de Virginia está en el estudio de los costes económicos que provoca el sistema institucional de los países industriales, donde las funciones del Estado se han hipertrofiado y están monopolizadas por la clase política. A su juicio, los sistemas electorales funcionan bajo la lógica del mercado, lo que lleva a que, en los periodos de campaña, los partidos aumentan su oferta sin pensar en las consecuencias. El Estado se convierte así en el instrumento que los políticos tienen para autoperpetuarse y funciona mediante el "bling-wire síndrome", el síndrome del remiendo, la preocupación espasmódica por contentar a todos.

– El tercer aspecto, consecuencia de los dos anteriores, tiene un carácter normativo y apunta a una reforma de los sistemas legislativos y a una reformulación del contrato social, cuyo eje central vendría a ser el federalismo fiscal.

> "En la medida en que los poderes fiscal y de reglamentación puedan ser ubicados en unidades gubernamentales de ámbito geográfico más pequeño que el tamaño efectivo de la economía interdependiente, y con un número mínimo de unidades políticas, la competencia entre tales unidades políticas constituirá una garantía contra la explotación indebida de los ciudadanos".

Nótese que no se trata tanto de que la sociedad controle los ingresos y gastos del Estado cuanto de establecer una competencia entre distintas colectividades que termina creando verdaderos paraísos fiscales. En teoría, está muy bien que los ciudadanos decidan si quieren más impuestos para carreteras, o para hospitales, o si no quieren impuestos. En la práctica supone que los que se pueden pagar determinados servicios no acepten cargas tributarias para que se les proporcionen a los demás, lo que viene a descubrir que la teoría es otra. La fiscalidad ya no responde a un principio de solidaridad y a una intención redistributiva, sino a un principio de interés, y tiene una intención conmutativa, de simple intercambio. Yo solo pago por lo que voy a recibir.

Esto, obviamente, es la negación del Estado social elevada al nivel de los principios, ya que se propone como una nueva forma de establecer el contrato social.

4. Lo que cabe esperar

Lo que no puede ser no puede ser y además es imposible, sentenció un torero filósofo. Esta parece ser la conclusión a que nos aboca la ideología dominante. La época

del crecimiento autosostenido ha terminado, el pleno empleo ha terminado, el keynesianismo se ha agotado. La izquierda no tiene alternativas: los socialistas aplican recetas neoliberales, los comunistas han desaparecido del mapa, los sindicatos son viejos diplodocus llamados a extinguirse porque no han comprendido que debían adaptarse. La gente ha dejado de creer en los grandes discursos sobre la historia y los ideales emancipadores, y se retira a la tranquilidad de la vida privada. El egoísmo es el principio metodológico de interpretación de la realidad y el principio ontológico que la ordena. Al fin, en la postmodernidad, hemos alcanzado el exacto conocimiento de los límites y el contenido privado de la felicidad. Al menos eso dicen quienes tienen la fortuna de que sus límites sean amplios y confortables. Pero, ¿y los pobres, los marginados, los descontentos, los rebeldes? ¿Acaso solo les queda la protesta?

A lo largo de la exposición he ido mostrando mi desacuerdo con las posturas excesivamente críticas respecto al Estado de Bienestar por estimar que atacaban un modelo socialmente avanzado y que su demolición supondría una marcha atrás en la historia de los derechos humanos reales. Quienes creemos que una sociedad socialista es más justa que la capitalista parece lógico que apreciemos positivamente aquellas transformaciones históricas del capitalismo que lo hacían algo más igualitario y solidario y presumían de erradicar la pobreza y el desempleo. Por ello no nos resignamos tan alegremente a su liquidación, teniendo en cuenta que la revolución no está a la vuelta de la esquina. Como conclusión apuntaré algunas líneas por las que, a mi parecer, convendría avanzar.

Ante todo, creo que habría que combatir la pretendida inexorabilidad de las políticas que se llevan a cabo. Ciertamente, la izquierda tiene que contar con unos márgenes de maniobra, pero no está obligada a que sean esos. En primer lugar, porque ningún Gobierno, del color que sea, los respeta. De 1961 a 1981 en todos los países industrializados ha subido entre 10 y 20 puntos el porcentaje del gasto público sobre el PIB. El Estado derrocha más que nunca, y de ello tenemos ejemplos que se cuentan por billones: el despilfarro armamentístico de USA, el dinero empleado en España para reflotar la banca privada, las ayudas para la modernización tecnológica en Italia, que, como nos decía L. Sava en una conferencia, sirvieron para que la Fiat se pusiera al día y despidiera a 60.000 trabajadores. En la machacona insistencia sobre la necesidad de reducir los gastos sociales hay una evidente intención de utilización del Estado. El keynesianismo ha muerto, pero no para todos.

La falaz inexorabilidad de la disciplina económica se muestra más insidiosa en la selección de los indicadores y en la prioridad que se otorga a determinadas variables macroeconómicas. En unas recientes jornadas sobre la economía valenciana ante el futuro los ponentes nos mostraron con optimismo los signos elegidos de su recuperación: aumento del excedente empresarial, crecimiento de la inversión, robustecimiento del sector financiero con una considerable entrada de capitales extranjeros y una amplísima diversificación de los sectores comerciales. El único borrón era el índice de paro, de más del 20%, pero resultaba alentador conocer que, aunque se crean tan solo unos 10.000 puestos de trabajo anuales, el número de contratos ha

alcanzado la sorprendente cifra de 200.000, tantos como parados. No dudo que estos indicadores sean relevantes y positivos, pero, como los mismos ponentes apuntaban con discreción, admiten una lectura diferente de la que se desprendería que, en lugar de afrontar la crisis, estamos incubando otra a más largo plazo. El excedente empresarial aumenta a costa de una disminución alarmante de las rentas salariales, la inversión se polariza en empresas punta que reciben todas las ayudas, dando por supuesto que el resto del sector se ha de sumergir, la afluencia de capital extranjero acentúa esta polarización y muy pronto arrasará con sus grandes cadenas de distribución el sector comercial, que ahora parece tan dinámico como salida a la crisis industrial. Con esta lectura las cuentas son otras. El elevado número de contratos temporales no tiene nada que ver con la solución del paro, sino con la precarización del empleo, y este, a su vez, con la precarización de una gran parte de la estructura industrial, intencionadamente buscada. Entonces resulta que, con los mismos datos, nos podemos prometer un futuro esperanzador o temer que el modelo de ajuste elegido deje nuestra economía más maltrecha que antes. Quiero decir con ello algo obvio para los economistas críticos, que saben muy bien que, a partir de unos datos, se pueden seleccionar las prioridades y que la presunta inexorabilidad de los mismos viene determinada por los objetivos elegidos.

A este respecto, G. Therborn ha escrito un interesante libro explicando por qué en unos países hay menos paro que en otros. Su conclusión no es que Suecia o Austria estén en otra galaxia y desarrollen sus economías al margen de la crisis internacional, sino que han afrontado su reajuste mediante la utilización de los márgenes de maniobra de una forma pactada, como venía siendo tradicional en el modelo socialdemócrata, que es un modelo fundamentalmente compensatorio. Santa palabra esta del pacto social, ante la que nuestros gobernantes y empresarios se inclinan reverencial y, permítaseme decirlo, hipócritamente. Porque lo cierto es que no desean de ninguna manera un pacto social, y esta es la clave de la cuestión. En los países citados como ejemplo existe una fuerte presencia institucional de los sindicatos, consecuencia de una peculiar evolución histórica, y esto ha permitido, ciertamente, que se consensuaran determinadas medidas de ajuste. Pero la solución al problema no ha estado en esto, sino en el contenido de tales medidas. Si los Gobiernos hubieran optado por políticas de agresión a las conquistas históricas de la clase obrera, entonces el elevado grado de institucionalización de los sindicatos lo habrían considerado como rigideces pasadas de moda que tenían que eliminar. Y los sindicatos, por su parte, difícilmente las habrían aceptado. El pacto social, que ha posibilitado un ajuste blando, con menores costes sociales, ha sido factible no solo porque hubiera sindicatos fuertes y razonables, sino, principalmente, porque se han planteado políticas económicas razonables y aceptables por las dos partes, con medidas que compensaban los sacrificios exigidos. Los sindicatos, pongo por caso, pueden pactar medidas sobre la flexibilidad en los puestos de trabajo (por ejemplo, un cierto grado de flexibilidad funcional) cuando se les ofrecen garantías de controlarla, o aceptar límites salariales que recompongan la tasa de ganancia de las empresas, cuando saben que existen fondos de inversión obli-

gatorios sobre tales ganancias. Pero lo que no tiene sentido ni en Suecia ni en Austria, y se quiere que tenga aquí, es pactar la aceptación de medidas negativas sin más. Para ese viaje no hacen falta firmas. El fundamento del pacto social es un modelo económico redistributivo, lo que no significa que deba consistir en la repetición del modelo keynesiano, pero sí mantener un equilibrio en los ajustes que impida la liquidación de avances sociales tenidos por irrenunciables.

Esta lección es de obligado aprendizaje en el caso español, donde los únicos pactos que se han basado en un modelo redistributivo han sido los de la Moncloa (acuerdos sobre la masa salarial y sobre la reforma fiscal) y, en parte, el ANE, que, sobre el papel, contemplaba un cierto control sobre los planes de reconversión. Los demás acuerdos habrán estado mejor o peor, no es el caso de discutirlos aquí, pero eran un contrasentido en el marco de una política de corte liberal cuyo objetivo prioritario era, precisamente, la liquidación de aquellos aspectos susceptibles de pactarse. Esta contradicción fue vaciando los acuerdos hasta convertirlos en inaceptables para los sindicatos e inútiles para el Gobierno y la patronal. Por eso causa estupor escuchar al ministro de Trabajo, en declaraciones a TVE, que el Gobierno apoyaría un acuerdo entre empresarios y trabajadores sobre la creación de fondos de inversión. A los ministros segundones, al revés que a los primogénitos, hay que suponerles más ignorancia que malicia, pero esta afirmación supondría demasiado despiste y nos hace pensar que el cinismo es contagioso. Lo que apoya el Gobierno es que cada uno haga lo que quiera con su dinero, favoreciendo la inversión especulativa, los Kíos, los Albertos, las Opas y un movimiento tan libérrimo de capitales que a buena hora va a llevar a los empresarios a pactar con los sindicatos la obligación de reinvertir, solo por el altruismo de crear puestos de trabajo. Así están las cosas, y ni el Gobierno ni la patronal están interesados lo más mínimo en un pacto social que implique un cambio de política económica. Ante esta situación, los sindicatos se han visto obligados a refugiarse en posiciones resistencialistas que, la verdad sea dicha, solo obtienen respuesta en sectores condenados de antemano, como el naval, o en los especialmente cualificados, como los controladores aéreos o la Administración. Posiblemente no tienen otra salida, pero es una salida peligrosa que tiende a acentuar las características disgregadoras del modelo liberal. A mi juicio, la capacidad combativa de la izquierda real o social debería orientarse hacia la formulación de un pacto social con contenidos reformistas, para lo cual es imprescindible la mediación institucional. Que esta sea posible con el PSOE o requiera la formación de un bloque político y social a su izquierda, que le obligue a ello, es una cuestión de estrategia política que no me compete tratar pero de la máxima importancia.

Tan modesta conclusión irritará a los lectores izquierdistas de este artículo, si los tuviere, pero es coherente con lo expuesto en su primera parte sobre las aportaciones del Estado social y la catástrofe que supone para los más débiles e indefensos su demolición. Coherente también con lo apuntado en la tercera parte sobre el vacío que crean algunas alternativas de futuro propuestas por la izquierda radical y que dan pie a su utilización derechista. Del paro al ocio solo se puede pasar mediante una política

de redistribución de rentas, o estamos hablando de una futura civilización solo asequible a las elites. Sin embargo, podría objetarse que, si las tendencias objetivas del capitalismo son las descritas en la segunda parte, la recuperación del reformismo es inviable. Aunque en el artículo he insistido en que existe una sobrecarga ideológica que las hace más avasalladoras de lo que son en realidad y en que hay un margen de maniobra menos determinista de lo que la ideología dominante da a entender, debo reconocer que el reformismo siempre es una solución limitada en el marco del capitalismo. Sin la supresión radical de los gastos armamentísticos, sin un cambio en los centros de poder, sin la socialización de los medios de producción que permita otra concepción del trabajo y de la vida, sin luchar y apostar por lo que parece utópico, el futuro no tiene sentido ni hay una solución definitiva a la crisis. Estoy convencido de que el porvenir de la izquierda está en su capacidad de mantener vivos los ideales emancipadores. Lo que ocurre es que yo no creo que el camino para llegar a una sociedad de atenienses que, liberados del trabajo, dediquen su ocio creativo a dialogar con Platón, sea el despido libre. Y en eso estamos.

Los chicos del coro

Artículo publicado en la revista económica *El Boletín,* el 18 de mayo de 2009, como respuesta crítica al llamado *Manifiesto de los 100,* hecho público unos días antes por la Fundación FEDEA de orientación neoliberal, como propuesta para una reforma laboral desreguladora en los inicios de la crisis económica.

Cuenta Galdós que el banquero Torquemada, trasunto novelesco del Marqués de Salamanca, encontrándose en el lecho de muerte comenzó a pedir a grandes voces "¿Conversión, conversión!" Pronunciadas estas palabras, el benemérito financiero, que había arruinado a tanta gente con sus especulaciones bursátiles, murió sin que los que le rodeaban pudieran saber, comenta el novelista, si estaba pidiendo confesión de sus pecados o avisando a sus socios de una inminente reconversión de los títulos de la deuda.

El escabroso enigma que Torquemada se llevó a la tumba hemos podido resolverlo nosotros con relativa rapidez. El dramático espectáculo de afamados banqueros agonizando y pidiendo auxilio suscitó un clamor de voces de arrepentimiento. Nada iba a ser igual después de la crisis. Unos pedían la severa regulación del sistema financiero, otros, los más radicales, la nacionalización, y hubo incluso espectaculares conversiones, como la de aquel presidente de la patronal que reclamó que el mercado fuera puesto entre paréntesis. Pero pronto se vio que los gritos de "¿Conversión, conversión!" se referían, en España, al mercado de trabajo. A pesar de que, desde el primer gobierno del PSOE, llevamos más de veinticinco años reformándolo, siempre para hacerlo más flexible, por lo visto aún es muy rígido.

La patronal, y los chicos del coro que la acompañan con sus acordes académicos piden ahora la reducción del amplio menú de contratos temporales a un único modelo que se llamaría "contrato indefinido no fijo". Con la enrevesada frase lo que se pide es un contrato sin límites temporales, pero con despido libre y baja indemnización. En la práctica, todos los contratos fijos dejan de serlo pagando, por lo que la seguridad en el empleo depende de la cuantía de la indemnización, que actúa como cláusula disuasoria. Ese es el quid de la cuestión.

La canción del despido barato

El fútbol, escuela de costumbres y de negocios, es una buena muestra. ¿Terminará Villa sus días en el Valencia? Los apasionados besos al escudo cada vez que mete un gol son muy de agradecer, pero poco de fiar. El destino de Villa, como el de cualquier otro,

está marcado por la cuantía de la cláusula de rescisión, y esto es lo que ocurre también con los trabajadores, solo que en este caso se les pagan cuatro duros y no terminan en el Madrid o en el Inter sino en el paro. Cuanto más baja sea la indemnización, más probabilidades hay de que entren y salgan, con lo que estaremos igual que con los contratos temporales. La canción del abaratamiento del despido es un clásico del repertorio patronal y en las sucesivas versiones (rebajas de 45 a 20 días en el despido objetivo) no ha servido para crear empleo estable sino para despedir más. Resulta bastante folclórico escucharla entonada con tanta solemnidad por un coro académico.

El plan de salvamento se completa con la propuesta de autorizar y fomentar los pactos de empresa, al margen de los convenios generales de rama. Como es sabido, los convenios generales surgieron para homogeneizar las condiciones de un sector y tenían como objetivo proteger a los trabajadores con menor poder de negociación. Los pactos de empresa estaban permitidos si mejoraban el convenio general. Ahora lo que se nos propone son pactos a la baja que se adapten a las condiciones particulares de cada empresa.

En el franquismo autárquico se inventó el día del plato único para contribuir a la salvación de la patria. En el futuro, para salvar a las empresas, veremos surgir las más innovadoras propuestas: el día del trabajo gratuito, la semana de vacaciones trabajadas, las horas extra no cobradas, las pagas abolidas, etc. Los pactos de empresa serán muy sencillos, bastará con asustar al personal, coger el Estatuto de los Trabajadores o el Código de Derecho del Trabajo y, como los hermanos Marx en la ópera, ir arrancando páginas. Sinceramente, creo que los 'chicos del coro' desafinan y resulta desolador ver que a profesores de reconocida competencia lo único que se les ocurre para salir de la crisis es reformar por enésima vez el mercado de trabajo. Para empeorarlo, claro. *Déjà-vu, déjà-connu.*

4. Una reflexión de futuro



Lo que queda por hacer

Publicado en el catálogo de la exposición *50 anys de CCOOPV: Construïm drets, mirant cap al futur"*, inaugurada el 17 de abril de 2018 en el Centre Cultural La Nau de la Universitat de València.

Hace algunos años, tras el decenio de implantación del neoliberalismo y la caída del muro de Berlín, se dio por descontado que habíamos entrado en la época postmoderna. Consustancial a esta nueva etapa de la historia era la aceptación de un nuevo paradigma de comprensión de la realidad regido por el fin de los grandes relatos. La modernidad había estado pautada por el gran relato de la razón y del progreso y desde él interpretaban la realidad tanto liberales burgueses como marxistas. La historia del sindicalismo formaba parte de este relato como contrapunto, apoyo y correctivo de la revolución industrial. La lucha de los trabajadores por sus derechos formaba parte de las conquistas de la humanidad por hacer un mundo más habitable y justo. Con la crisis de la modernidad saltó por los aires esta visión de la historia. El multiculturalismo, la proliferación de los nacionalismos, la multiplicación de colectivos con reivindicaciones particularistas, cada uno cargado con su razón y con su historia, han sustituido a los grandes paradigmas unificadores que provenían de la Ilustración, de las revoluciones burguesas y del socialismo. La ruptura del espejo nos ha dejado sin perspectiva arrojándonos a una realidad fragmentada y sin objetivos compartidos. Necesitamos recomponer el conjunto con ejes que lo articulen y con un relato que, partiendo del exigente legado del pasado, incorpore nuevas fuerzas y les dé sentido.

En el actual escenario de desconcierto y futuro ¿qué papel juega el sindicalismo? El sindicalismo que fue el eje que articulaba las luchas contra las injusticias del sistema parece condenado, según algunos, a convertirse en una fuerza marginal en medio de un bosque de protestas fragmentarias y muchas veces enfrentadas. Nosotros no creemos que deba ser así y en este artículo abordamos el papel que puede ocupar entre las fuerzas del cambio social. En la primera parte recordamos historias de luchas obreras que fueron configurando el relato sindical como referencia inexcusable de la transformación social. En la segunda parte analizamos la destrucción del discurso sindical que ha ido realizando el neoliberalismo y que contamina nuestra propia visión. En la tercera presentamos las piezas del rompecabezas, descomponiendo y analizando los elementos del entramado sindical. Y en la cuarta, que titulamos "el porvenir de una ilusión", exploramos algunas experiencias renovadoras con la intención de configurar un nuevo relato.

La cámara nos muestra a un hombre acercándose con paso decidido a un poblado minero en busca de trabajo. Estamos a principios del pasado siglo, en Francia, y las minas son lugares infernales. Por las oscuras galerías caballos ciegos arrastran las vagonetas que han ido cargando niños de diez años. Las bóvedas se desploman con facilidad, el grisú provoca explosiones y los accidentes mortales son frecuentes. En 1906 se produjo en Courrèzes una terrible catástrofe en la que murieron 1.549 personas. Todo por un salario de miseria. Étienne Lanter, el caminante del comienzo, trabaja en el fondo de un pozo, convive con las familias del poblado, trata de propagar sus convicciones socialistas y de formar un pequeño grupo de acción sindical. Tropieza con las pasiones humanas, el miedo a perder lo poco que se tiene, la desesperación de los condenados, la rabia de los que creen en la dinamita, la impotencia, la pasividad, las heridas de las ilusiones perdidas. Pero al final la huelga estalla y se prolonga durante muchos días asediada por sucesos dramáticos. Los huelguistas se enfrentan con los esquiroles, son tiroteados por la fuerza pública, y la huelga termina con un trágico acto de sabotaje que produce el derrumbamiento de los túneles y la muerte de diez trabajadores que quedan apresados. La película, basada en la novela *Germinal*, de Zola, e inspirada en hechos reales termina aparentemente como empezó. Vemos a Étienne caminando, alejándose del poblado minero, derrotado, proscrito. Pero no es así. La cámara va apartándose del paisaje desolado de la mina, siguiendo la mirada de Étienne que se extiende hacia un campo primaveral, mientras una voz murmura: *Echó a andar más aprisa, contemplando el espectáculo grandioso de la naturaleza, que a tal punto contrastaba con la vida sombría de aquel pueblo subterráneo de esclavos. Pero allí abajo también crecían los hombres, un ejército oscuro y vengador cuyos gérmenes no tardarían en hacer estallar la tierra.* No se equivocaba Zola. Los sindicatos crecieron y se consolidaron en las zonas mineras de Francia, Escocia, Gales, el Ruhr, Pennsylvania, convirtiéndose en la punta de lanza de los avances del movimiento obrero. En las minas de Asturias nacieron las Comisiones Obreras.

Estamos a miles de kilómetros de distancia, en USA, medio siglo más tarde. Pongamos que fuera en 1950 cuando el sindicato principal, el AFL-CIO, lanzó una gran campaña de afiliación en los estados del sur. A las puertas de una fábrica textil, donde trabaja un centenar de hombres y mujeres, un propagandista del sindicato reparte panfletos en los que se invita a una reunión. Muchos pasan de largo, no quieren problemas con la fábrica, la principal fuente de trabajo en aquel pueblo perdido de la América profunda. Pero una mujer joven, Norma Rae, se acerca al sindicalista, recoge el panfleto, pregunta y decide unirse a la campaña iniciada por aquel propagandista solitario y valiente para conseguir la sindicalización de la empresa. Norma está atravesando una crisis personal, siente que se le está escapando la vida en pequeñas aventuras, que es el momento de hacer algo que valga la pena. Acompañada del sindicalista visita a los compañeros casa por casa, les habla, les convence, les arrastra. El día señalado se dirige, rodeada por los jefes que la amenazan, al tablón de avisos para

poner el anuncio de la asamblea, va hacia su máquina, la para y se sube a ella con un cartel en el que con grandes letras está escrito: *union* (que en inglés quiere decir sindicato). Los trabajadores se miran, no sabemos qué harán, su amiga que está al lado para, el viejo negro que la conoce desde niña para, otros cinco paran, ya son doce, veinte, mientras Norma sigue subida a la máquina sosteniendo el cartel y entra el sheriff llamado por la empresa y se la lleva detenida. Pero ya han parado todos. A continuación se celebra la asamblea para decidir sobre la sindicalización de la empresa que gana por una amplia mayoría. A partir de ahora la pequeña fábrica del viejo sur podrá participar de las ventajas de los convenios firmados por el sindicato general, unas ventajas conseguidas en una larga y dura lucha que comenzó años atrás y ha continuado hasta nuestros días.

Demos un salto a la actualidad, a la ciudad de Los Ángeles en el año 2000. Las protagonistas son Rosa y Maya dos mujeres mejicanas que cruzaron la frontera clandestinamente y trabajan sin papeles en un enorme edificio de oficinas y despachos. El título de la película es *Pan y rosas* en alusión a una huelga de trabajadoras del textil, en Lawrence, en 1910, donde se acuñó por primera vez la frase. Esta de ahora es una lucha muy diferente a las de antaño. No encontramos aquí grandes fábricas, ni el martilleante ruido de las máquinas, ni aglomeraciones de trabajadores. Los equipos de limpieza trabajan aislados en el silencio de la noche, con contratos precarios, la mayoría son mujeres, emigrantes amenazadas con el despido y la deportación. ¿Cómo va a haber un sindicato en estas condiciones? Pues lo hay precisamente para hacerles frente. Existe un sindicato de servicios, el SEIU, con más de dos millones de afiliados, que a finales de los 80 creó un movimiento, *Justice for janitors*. A la huelga de las trabajadoras de la limpieza iniciada en el Century Center de Los Ángeles e impulsada por este movimiento se refiere la película personalizándola en las dos muchachas emigrantes: Maya, valerosa, Rosa, cobarde, ambas unidas en un mismo destino de explotación y de lucha. La huelga no solo obtuvo resultados positivos sino que, más allá de la película, se extendió a otras ciudades, Houston, Florida y Nueva York, demostrando que hay vida sindical más allá de las fábricas.

Estas historias, basadas en hechos reales, y otras muchas que podrían citarse forman parte de un gran relato centrado en la dignificación del trabajo. La cuestión es esta: ¿qué valor tienen? Las gestas de los mineros, la tenacidad de los sindicalistas, la combatividad de las mujeres que tanto arriesgaron luchando contra la explotación en el trabajo ¿pertenecen a un pasado venerable, pero obsoleto, o forman parte de una historia que continúa y que nosotros asumimos?

La deconstrucción del discurso

El argumento más contundente contra el discurso sindical es que ya no hay obreros, afirmación un tanto exagerada pero en parte correcta. El obrero arquetípico, el obrero industrial, ha desaparecido arrastrado por el cierre de empresas y la desertifi-

cación de los polígonos y las zonas donde se ubicaban las grandes fábricas. La mítica margen izquierda de la ría de Bilbao, donde estuvo la gran industria siderúrgica y naval, ocupada por el Guggenheim; en París, Billancourt y Javel, donde se reunían diariamente miles de trabajadores de la Renault y Citroën, convertidos en zonas de ocio; en Detroit, la capital del automóvil, fábricas inmensas donde se reunían miles de trabajadores, arrasadas como tumbas de un cementerio. Y así sucesivamente. Las nuevas tecnologías han permitido la sustitución de mano de obra por máquinas y propiciado la deslocalización hacia países donde el trabajo es más barato y está menos regulado. El repetido mantra sobre el fin del trabajo, acuñado hace unos años por J. Riffkin, tiene más de ciencia ficción que de realidad, pero no cabe duda que en los países avanzados el trabajo industrial ha caído en picado sustituido por una espectacular ampliación del sector servicios.

Este desplazamiento afecta al sindicalismo, ligado históricamente, no en exclusiva pero sí con preferencia, a la industria. El problema se agrava porque la pérdida de peso de la industria se ha visto acompañada de un predominio absoluto y brutal del sistema financiero, que exige rentabilidades desmesuradas, y por el cambio de modelo productivo motivado por el agotamiento del sistema fordista. La producción estandarizada de mercancías para un mercado de masas requería un flujo productivo continuo que, a su vez, exigía empleo fijo. La saturación de la demanda de bienes de consumo duradero llevó, primero, a un estancamiento y, después, a una aparición de mercados diversificados y cambiantes a los que debía adaptarse la oferta con una gran agilidad. El modelo fordista, caracterizado por la estabilidad, dio paso a un modelo de producción flexible, en continuo ajuste, que afecta gravemente el sistema de relaciones laborales construido gracias al sindicalismo a lo largo de los años. Para que el nuevo modelo funcione es necesario remover el obstáculo desacreditando a los sindicatos como organizaciones ancladas en el pasado y potenciando un discurso que legitime la destrucción de las conquistas sociales.

El ataque frontal, la desregulación de las relaciones laborales, se presenta como la llave maestra que da paso al crecimiento económico. Se trata de abolir la normativa sobre salarios y formas de contrato, un empeño que se ha ido cumpliendo con creciente éxito impulsado por los orates del FMI como medida imprescindible para el buen funcionamiento del mercado de trabajo. Estimulados por estos sabios se ha llegado a extremos en que se contrata por un día, o por unas horas, como se hacía en el campo o en los puertos a principios del siglo pasado. Como muestran con claridad los datos oficiales, la precariedad se ha convertido en ley, el contrato indefinido es la excepción. Para facilitar la arbitrariedad se recurre a la subcontratación. La empresa matriz guarda las apariencias y subcontrata servicios dejando a las empresas subsidiarias que aprieten las tuercas. Cuando las grandes cadenas de la moda, a raíz de una campaña de prensa en su contra, realizaron una investigación sobre sus subcontratistas se encontraron que del primero dependía una cadena tan enmarañada de proveedores que era imposible controlar. Y no vale decir que estas empresas operan en países lejanos difíciles de controlar, aunque cabría pensar que es eso lo que bus-

can. Operando en España ocurre algo parecido. Si investigáramos todas las furgonetas y motos que circulan un día cualquiera en la ciudad al servicio de Amazon, o cualquier otro rey de la venta a domicilio, encontraríamos que no pertenecen a Amazon ni a alguna conocida empresa de reparto que figura como subcontratista principal sino a una red de trabajadores autónomos a los que se va contratando según las necesidades del servicio.

A pesar de sus perniciosos efectos la liberalización total del mercado de trabajo se ha convertido en la "doxa" de las relaciones laborales, de manera que quien se opone, o siquiera duda, es arrojado al pelotón de los torpes. Los sindicatos se han opuesto, y se oponen, con tenacidad a la precarización del trabajo pero, deslegitimado el empleo fijo, aparecen ante la opinión pública como un cerrado grupo de interés, anquilosado y burocrático. Demostrar la falsedad de estos axiomas es conveniente, y los sindicatos disponen de competentes economistas para argumentarlo. Pero la hegemonía del pensamiento neoliberal es tal que centrar la discusión en su terreno es quedar atrapado en la trampa de la pretendida racionalidad económica. Hay que luchar desde nuestro propio campo donde lo prioritario son las personas, sus derechos, su bienestar y su futuro. "Así no se puede vivir, a eso no hay derecho", esas son nuestras palabras y con ellas debemos darnos a conocer. *What side are you on?* de qué lado estás tú, la legendaria canción de la huelga minera de Harlan County, popularizada por Pete Seeger, es nuestra tarjeta de presentación. Porque no hay una, única y verdadera, teoría económica, sino dos bandos, el de los que se enriquecen y el de los que son explotados, es así, hay que escoger y el sindicalismo está de esta parte. Es una historia que puede parecer demagógica o trasnochada, pero de contar las cosas de una manera o de otra cambia la comprensión de la realidad y en ello nos jugamos el futuro. En el relato puro y duro del mercado, que es el que el neoliberalismo impone, el sindicalismo tiene siempre las de perder reducido a elemento extemporáneo, ajeno al buen funcionamiento del sistema. La ofensiva antisindical se centra en neutralizar y desacreditar el discurso emancipador presentándolo como una utopía sin sentido. Y, por lo mismo, el sindicalismo debe recuperarlo y adaptarlo a los tiempos.

Las piezas del rompecabezas

Las perspectivas de la acción sindical están condicionadas por la estructura que la sustenta. Como en cualquier otra organización, el tamaño y la fortaleza, la pesadez o agilidad de su funcionamiento, la legitimidad y presencia social que se le reconoce, son elementos a tener en cuenta antes de hablar de posibles orientaciones y estrategias. Me limitaré, como en todo el artículo, a algunas sugerencias.

Un sindicato, en su definición más elemental, es una organización de trabajadores para defender sus derechos. R. Solow explica su formación como una reacción contra un juego a la baja en el mercado de trabajo. En un mercado de bienes el comprador puede ir bajando el precio mientras la oferta supere la demanda. Pero en el mer-

cado de trabajo a lo que se pone precio es a las personas y estas pueden ponerse de acuerdo para plantarse y no entrar en el juego. Solow lo presenta como una decisión racional porque lo que pretende es refutar el planteamiento simplista del individualismo metodológico (utilizando su metodología) pero reconoce que para dar el salto y ponerse de acuerdo hace falta algo más que la pura lógica. Alguien que empuje a los otros, que ponga en evidencia algunas ideas fuerza (la miseria en que se vive, los abusos que se padecen) que aúne el "cabreo" general y dirija la acción reivindicativa. En la vida real no basta con plantarse y decir no, hay que conducir la protesta (mantener la huelga, ocupar la fábrica, salir en manifestación) y conseguir unos acuerdos con la empresa. Y como remate de esta secuencia inicial hay que plantearse la cuestión de cómo continuar unidos.

Así se formaron los primeros sindicatos y así nacieron las Comisiones Obreras. Con un pequeño grupo, un comunista dispuesto a jugársela, un compañero de la HOAC, un chaval que está hasta el gorro de que lo puteen, un enlace del antiguo Vertical combativo y honrado. Luego, la reunión a la hora del bocadillo, convencer a la gente, fijar un objetivo, vale, dejamos de hacer horas hasta que las paguen como toca. Al cabo de quince días la empresa cede. El pequeño grupo inicial acuerda seguir reuniéndose y que uno vaya a la coordinadora de las Comisiones Obreras de otras fábricas para poder actuar de una forma más amplia. Así empezamos, y luego vino la huelga de todo el sector por la cuestión del Convenio y la patronal que aceptó negociar con nuestros representantes. Y más tarde pasaron otras muchas cosas, pero así fue el comienzo.

Una vez formado el sindicato lo importante es que este pueda negociar sin necesidad de recurrir de nuevo a acciones de fuerza, es decir, que se le reconozca *poder contractual*. Con el tiempo, la capacidad contractual de los sindicatos ha pasado a ser reconocida en las democracias consolidadas como una parte del equilibrio de poderes necesario para el buen funcionamiento de la sociedad. En algunos países (Alemania) participan en órganos de elaboración de la política social y tienen voto en los consejos de las grandes empresas *(mitbestimmung)* y en los Estados Unidos han suscrito con las empresas amplios acuerdos sobre sanidad y pensiones. Este sindicalismo de gestión o *business unionism*, que algunos critican, ha proporcionado sustanciosos beneficios a los trabajadores y representa la cristalización de sus objetivos. Pues ¿qué otra cosa pretende el sindicalismo sino mejorar las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera? La imagen peyorativa que tenemos del contractualismo, frente a la imagen heroica de la lucha, nos hace olvidar que la estrategia de CCOO desde los comienzos se asentó sobre la combinación de lucha y negociación. El problema actualmente no está en si el sindicato debe negociar sino en que este concepto no entra en el paradigma neoliberal. Al igual que es el mercado el que asigna los recursos económicos, es también el que asigna los recursos humanos, es decir, las condiciones de vida y trabajo de las personas. Al menos eso se pretende y a los sindicatos se les pide que ratifiquen los desastres de semejante descontrol. En este contexto, para recuperar el poder contractual (la capacidad de hablar de tú a tú a la patronal y el gobierno) los sindicatos

deben poner en evidencia los desmanes del sistema encabezando o acompañando las protestas de los más desfavorecidos.

La fortaleza organizativa del sindicato se asienta en dos elementos: *la afiliación y la representación*. La afiliación es el compromiso por el que uno decide apoyar al sindicato. En su célebre libro sobre la formación de la clase obrera británica cuenta Thompson las reuniones que los primeros sindicatos celebraban escondidos en el bosque para recibir a los nuevos miembros. En aquellos tiempos, principios del XIX, estaban prohibidos, afiliarse era dar un paso que entrañaba riesgo y que se rodeaba de misterio y solemnidad. A lo largo del siglo las sociedades obreras, camufladas muchas veces como mutuas, fueron aprobadas y de nuevo prohibidas según tiempos y lugares. A finales del XIX, cuando comenzaron a asentarse en toda Europa, se las persiguió, acusadas de pertenecer a la Internacional y de querer subvertir el orden establecido. Pertenecer a un sindicato era un acto de valor y de militancia. Olov Enquist cuenta en una bella novela, *La partida de los músicos,* la odisea de un sindicalista en Suecia, actualmente uno de los países con mayor afiliación, que se adentra en el interior del país para sindicar a los trabajadores de los aserraderos y, al ser reconocido, es apaleado y expulsado. En el siglo XX la situación se fue normalizando, con la excepción de los periodos de dictaduras y de la contumaz intransigencia de algunas grandes empresas. En 1937 una foto, captada en el puente de entrada a la fábrica Ford, en Detroit, ocupó la primera página de los periódicos americanos. En ella se veía cómo una pandilla de matones apaleaba a cuatro sindicalistas que repartían panfletos. La Ford no era la única empresa que practicaba el "*yellow dog contract*" que obligaba a no estar afiliado para ser contratado. Todo ello nos indica que la afiliación tuvo durante un tiempo una connotación militante y de signo de identidad que el interesado llevaba con orgullo.

En el periodo de entreguerras, caracterizado por el protagonismo de las organizaciones de masas, los sindicatos intensificaron su apertura facilitando la afiliación. Para ello, en la mayor parte de lugares se abandonó el modelo cerrado de las sociedades de oficio por el de sociedades de industria. Esta cuestión provocó una escisión en la AFL, la confederación de sindicatos americanos, y el nacimiento del CIO que con el lema "organizar a los no organizados" muy pronto puso en pie imponentes sindicatos en el automóvil y la siderurgia. Al facilitarse la afiliación, la pertenencia a un sindicato se banalizó. Continuó habiendo gente que se afiliaba para luchar por la clase obrera, con espíritu militante, y otros muchos que lo hacían por los beneficios que podían recibir y que se desapuntaban o dejaban de pagar las cuotas por falta de interés. Como explica M. Olson los incentivos selectivos, y por lo tanto el cálculo egoísta del beneficio, fueron aumentando en importancia como motivo para la afiliación, pero han seguido pesando causas políticas, sociológicas y culturales. El boom afiliativo de la UGT y la CNT durante la República es indudable que estuvo impulsado por motivos políticos. La elevada tasa de afiliación de los sindicatos franceses e italianos en los años de la posguerra (1945 y siguientes) se debió en gran parte a la cultura idealista de renovación del país generada durante la resistencia y canalizada

después por partidos comunistas vigorosos y activos. Lo mismo que la caída en picado de los últimos años tiene más que ver con un desencanto general de lo político que con el acierto o torpeza de los sindicatos. Si queremos abordar el problema de la afiliación no podemos soslayar la doble cara con la que se presenta, la pragmática y la ideológica. No sé si entre nuestros potenciales afiliados abundan más los que en el sindicato buscan una simple inversión o un estimulante compromiso, pero necesitamos militantes.

La afiliación no es el único dato a tener en cuenta a la hora de valorar la consistencia de un sindicato. La representación es también un indicador significativo que muestra los que confían en él. En las elecciones para delegados de empresa, celebradas desde 1978 cada cinco años, un 70% de los elegidos pertenece, como media, a CCOO y UGT, con pequeñas diferencias entre ambos favorables a UGT en los años 80 y a CCOO desde el 95. El resto de delegados se lo reparten de forma desigual sindicatos nacionalistas o de tipo profesional. Teniendo en cuenta que la participación electoral es muy elevada (un 80%) hay que concluir que el grado de confianza otorgado por los trabajadores a los sindicatos de clase es muy alto. La legitimidad obtenida por las elecciones faculta a los sindicatos a participar en diversas comisiones de rango institucional y negociar los convenios colectivos de rama o sector.

Este modelo de funcionamiento ha sido criticado calificándolo de sistema electoralista en el que se delega la responsabilidad separando a los elegidos de la base. No es así sino todo lo contrario pues si seguimos con el símil electoralista habría que añadir que se apoya en distritos reducidos (de cincuenta personas como término medio) donde el delegado mantiene con su base una relación de proximidad muy estrecha. Estamos ante un modelo semejante al de los *shop stewards* británicos alabado por la cercanía de los representantes sindicales a sus electores, o del modelo de los *delegati di reparto* impulsados por los izquierdistas del otoño caliente italiano en su empeño por democratizar y revitalizar las estructuras sindicales, asumido por la CGIL. Los miles de delegados de CCOO, repartidos por centenares de empresas, son los eslabones que posibilitan de una forma realista el modelo asambleario defendido por el sindicato. Están en contacto y se reúnen con los trabajadores de su empresa y son convocados por la dirección del sindicato a asambleas de todos los delegados de una rama o sector para discutir y decidir sobre los problemas que les afectan. Creo que CCOO ha mantenido este modelo de sindicalismo convocándoles con frecuencia aunque es posible que la inevitable tendencia a la institucionalización y jerarquización del funcionamiento haya ahogado su vitalidad. En todo caso, es en los delegados donde habría que buscar la renovación del sindicato. Constituyen su principal activo. Todavía quedan viejos luchadores curtidos en muchas batallas que aportan su experiencia, pero muchos son nuevos, jóvenes que apenas conocen el sindicato, gente de base "combativa y honrada", como decía Camacho de los primeros que se unieron a Comisiones, simples afiliados con ganas de ser militantes que han decidido dar el paso y presentarse a las elecciones sabiendo las molestias que les va a reportar. Sobre ellos descansa el sindicato.

El porvenir de una ilusión

Hay momentos en que está bien visto hablar, con un toque de cinismo balzaquiano, de las ilusiones perdidas. Para Frédéric Moreau, el personaje flaubertiano, el desencanto es la culminación de su educación sentimental. Atrás han quedado los sueños de triunfo, la vida bohemia, las discusiones políticas, las barricadas del 48, el gran amor de su vida. Pasó página. Viajó, escribe Flaubert, conoció la melancolía de los veleros y los amaneceres tristes, olvidó, y cuando se le presentó la ocasión de revivir el pasado se dio cuenta de que estaba muerto. A no pocos de los revolucionarios sesentayochistas les pasó algo de esto. Abandonaron las ilusiones de cambiar el mundo, condenaron las ideas en las que habían creído y se convirtieron en campeones de la reacción. Con la caída del muro de Berlín se produjo una desbandada de dimensiones aún mayores. Los ideólogos de izquierdas abjuraban no solo del comunismo sino también de la Revolución francesa que con el radicalismo jacobino había abierto la puerta a los totalitarismos. Hemos vivido engañados y será mejor que no volvamos a hacernos ilusiones, nos repetían.

Comenzamos estas páginas con la constatación del desengaño que nos rodea, y que amenaza con contagiar el sindicato. ¿Acaso también nosotros tenemos que renunciar a nuestros sueños y plegarnos a la cruda realidad? Un repaso sucinto a nuestra historia nos dice que están vivos. Como escribió Louise Mitchell después de la Comuna, del tiempo de las cerezas llevamos una herida abierta, y como repetía Marcelino, no nacimos para la rendición sino para el combate. La ilusión no se ha quedado en los paraísos perdidos del pasado, tiene un futuro y depende de nosotros. Los sindicatos son conscientes de los problemas que les afectan y han impulsado iniciativas renovadoras. Mencionaremos algunas que podrían servirnos de estímulo.

Los más activos han sido los de USA donde, en contra de lo que se cree, siempre han existido grupos muy críticos. La propuesta que ha obtenido mejores resultados es la de las llamadas *Community-Labor Coalitions.* Se busca que el conflicto laboral no quede aislado y aparezca como un problema corporativo recurriendo, para evitarlo, a la tradición comunitarista tan arraigada en el país. El ejemplo más destacado, citado al comienzo, es la huelga de las limpiadoras de despachos, en Los Ángeles (2000) que ha terminado convirtiéndose en un poderoso movimiento, *Justice for janitors,* con unos doscientos mil adherentes en veintinueve ciudades. Comenzó en un gran edificio de oficinas, protagonizado en su mayoría por mujeres inmigrantes, mexicanas y centroamericanas, y se extendió por toda la ciudad con el apoyo de diversos colectivos sociales, activistas de parroquias cristianas y estudiantes de la UCLA. La originalidad del conflicto y la razón por la que, al cabo de tres semanas, consiguió sus reivindicaciones estuvo en la variedad de recursos utilizados, marchas pacíficas, *sit-ins*, piquetes reforzados por los simpatizantes, colectas, presencia en los medios, contactos con líderes institucionales (el cardenal de Los Ángeles se pronunció a su favor) y, por supuesto, el apoyo del sindicato de empleados, el SEIU, al que estaba adscrito el movimiento. La lucha se reprodujo con éxito en Houston y Miami, y el movimiento se consolidó como una de las ramas más activas del sindicato.

Algunas líneas básicas cabe destacar de esta experiencia. 1) Que, aun partiendo del sindicato, busca configurarse como un movimiento abierto a todos, afiliados/as y no afiliados/as, y es impulsado desde la base por líderes naturales que se dan a conocer en la lucha. 2) Que sus principales participantes pertenecen a categorías poco integradas hasta ahora a la actividad sindical: limpiadoras (del sector servicios) mujeres y emigrantes. Y 3) que, planteado como una lucha económica por la subida del salario hora, inmediatamente adquiere un tono de exigencia moral en defensa de la dignidad de las personas y es esto lo que le confiere mayor fuerza y popularidad. Esta elevación del tono se veía favorecida por el hecho de que las protagonistas eran inmigrantes que luchaban por ser respetadas. El lema del movimiento, *justice for janitors*, indicando que lo que se pedía no era dinero sino justicia, lo emparenta con los movimientos por los derechos civiles de los años 60.

Estas características encajan a la perfección con la cultura de CCOO. En la definición que daba Comisiones de sí misma en los primeros tiempos se hacía hincapié en que era un movimiento sociopolítico. Movimiento no porque renunciara a ser un sindicato sino porque aspiraba a construir un sindicalismo integrador que fuera más allá de los estrictamente afiliados. Y sociopolítico no porque pretendiera sustituir a los partidos políticos sino porque en los problemas laborales hay una componente política que se tiene que asumir y defender. En la Transición hubo que encajar el movimiento en estructuras sindicales estables y dejar que los partidos asumieran las tareas de la política, pero se hizo a condición de mantener los rasgos originales. Veinticinco años más tarde de la histórica Asamblea de Barcelona en la que se había dado ese paso, Marcelino Camacho, en el discurso de recepción del título de Doctor Honoris Causa por la Universidad Politécnica de Valencia, recordaba con su habitual contundencia y optimismo el compromiso de CCOO de llevar adelante un *sindicalismo de nuevo tipo,* participativo y transformador. Aunque el paso del tiempo haya introducido rigideces y maneras del sindicalismo tradicional, CCOO es un organismo vivo capaz de corregirlas.

El empeño en potenciar la doble estructura de federaciones y uniones locales muestra el deseo que hubo en los comienzos de mantenerse próximos a la gente. El esquema no es muy original ya que responde a la división entre *Bourses de travail* o *Camere del lavoro* y Federaciones mantenida desde los inicios en el sindicalismo francés o italiano. En nuestro caso remite a una experiencia más próxima, la oposición en los años 70 entre CCOO de rama y CCOO de zona provocada por pugnas de poder entre diversos grupos comunistas que dio pie a una interesante teorización de las CCOO de zona, luego trasladada a las uniones locales. La demostración más clara de la potencialidad de las Comisiones de zona (o de barrios y fábricas, como las llamaban sus defensores) la encontramos en la huelga general del Baix Llobregat, en 1974. A partir de la huelga en dos empresas (Elsa y Solvay), se desarrolló un conflicto que se extendió a todas las empresas de la comarca durante dos semanas y al que se unieron los pequeños comercios, las parroquias, colectivos juveniles y culturales, en fin, toda la población, en un ejemplo único de *Community-Labor Coalition*.

Cuando en el I Congreso se aprobó el esquema organizativo, basado en las Federaciones y Uniones Locales, se argumentó la complementariedad de ambas estructuras. La federación se encargaría de negociar los convenios y los grandes asuntos de la rama mientras que la unión local atendería los problemas que ligan las empresas al territorio y a la vida cotidiana de los trabajadores. Luego ocurrió que en la práctica la mayor parte de los asuntos se canalizaban por las federaciones y que los del territorio no tenían suficiente entidad (salvo en casos excepcionales, como por ejemplo la IV Planta de Sagunto) para dar protagonismo a las uniones, con lo que estas fueron languideciendo y desapareciendo (a esto se ha unido el elevado coste de mantenerlas). Incluso las que subsisten carecen de proyección local y tienden a resolver los asuntos jurídicamente a través de la rama. Si una mujer emigrante que trabaja para una subcontrata de limpieza acude a la Unión local de su comarca con un problema de salarios la atenderán como si fuera una cuestión del Convenio de la rama. Pero es mucho más ya que en esa comarca hay un numeroso grupo de mujeres emigrantes que trabaja en las mismas condiciones, a las que se podría unir y movilizar con el apoyo de los colectivos y ONG relacionados con la emigración. Este es el sentido de las *Community-Labor Coalitions*, buscar nuevas formas de agregación que saquen el trabajo de su aislamiento. El término "community" se emplea en sentido amplio para referirse a los colectivos relacionados con el conflicto, no solo por proximidad geográfica sino también por afinidades ideológicas o relaciones administrativas, como los profesores y estudiantes en el caso de la reciente huelga de los empleados/as de la Universidad de Harvard (octubre de 2016).

En el otro extremo encontramos el sindicalismo francés marcado por la cultura de los grandes acontecimientos, las jornadas revolucionarias, las grandes manifestaciones. Cuando suena el toque despiertan los sindicatos, se movilizan en masa los trabajadores y renace el París proletario. Llama la atención que, habiendo caído de forma espectacular la afiliación a un 7%, mantengan los sindicatos tan alto poder de convocatoria y movilización. Es lo que hace temible y respetable a la CGT. En diciembre de 1995 tuvo lugar una impresionante movilización a lo largo de tres semanas contra la ley Juppé que endurecía las condiciones de la jubilación. Comenzó y giró en torno a la huelga de los "*cheminots*" que era a los que de momento atañía la ley, aplicable después a todo el sector público. La huelga se extendió a La Poste y fue sobre todo secundada por un desbordante apoyo en las calles de las principales ciudades, especialmente en París. Siendo así que las huelgas de transporte provocan molestias, irritación y protestas contra los huelguistas, en este caso ocurrió lo contrario. La población se volcó en su apoyo considerándola una huelga "vicaria" que trataba de poner freno a una amenaza que se cernía sobre todos. Como símbolo de la relación entre huelguistas y población civil apareció la figura de Pierre Bourdieu, profesor del Collège de France y famoso sociólogo, dirigiendo la palabra a los huelguistas en el andén de una estación, imagen que la prensa se encargó de popularizar y comparar a la de Sartre en las puertas de la Renault de Flins en mayo del 68. *Estoy aquí para mostrar nuestro apoyo a todos los que luchan contra la destrucción de una civilización asociada al servicio público, la civilización de los valores de igualdad de la república.*

Las protestas multitudinarias se han repetido en diversas ocasiones. A finales del 2016 tuvieron lugar durante varias semanas una serie de movilizaciones en las principales ciudades del Hexágono, coronadas, como es habitual, con espectaculares manifestaciones en París. El motivo en esta ocasión era la ley de reforma laboral con la que se pretende, al estilo de lo realizado en España, la liberalización (léase precarización) del mercado de trabajo. Hay algunos aspectos que merecen destacarse de estas poderosas protestas.

1) Su carácter turbulento y turbador. Un río de gente desborda los boulevares haussmanianos coreando consignas, voceando el amenazador *ça ira, ça ira, à la lanterne, à la lanterne,* sintiéndose *sans culottes* entonando la Marsellesa, ocupando la ciudad como en las jornadas revolucionarias de la Gloriosa o del 48, descritas por Hugo y pintadas por Delacroix. No son desfiles simbólicos sino actos de fuerza. Evitando la violencia inútil (el eficaz servicio de orden de la CGT cuida de ello) se busca provocar, desafiar al poder.

2) La capacidad agregadora del movimiento. Lo que se plantea afecta a colectivos limitados (los que están en edad de jubilación, los que buscan empleo) pero se presenta y es interpretado como un problema que afecta a todos los ciudadanos. Esta implicación de la ciudadanía, que en Francia siempre aparece como defensa de los valores republicanos, es de suma importancia para rebatir el tópico de que los sindicatos solo defienden a los trabajadores con empleo.

3) El objetivo final de la lucha. Son manifestaciones que se plantean para ganar, para conseguir los objetivos propuestos. Muchos de los que participan tienen sobrada experiencia para saber que tal vez haya que pactar un arreglo, que a lo mejor se pierde, pero de entrada apuestan por la victoria. Por eso las movilizaciones se prolongan durante días, a veces semanas, tratando de doblegar al adversario, hasta que se comprende que se ha tocado techo.

Estas demostraciones de fuerza con las que el sindicalismo francés vuelve de tanto en tanto al escenario social para reafirmar que sigue vivo a pesar de los problemas, induce a pensar que es aquí donde nosotros fallamos. No es del todo cierto. Es erróneo afirmar, como se hace desde el radicalismo izquierdista, que los sindicatos españoles no movilizan, o como se repite desde el centrismo neoliberal que solo lo hacen para defender a grupos privilegiados. El número de huelgas generales y los motivos, que siempre han girado en torno al empleo y los servicios sociales, así como las incontables convocatorias en defensa de estos objetivos, desmienten las acusaciones de pasividad o de gremialismo. Me atrevería a decir que no hay pocas sino demasiadas y por eso a veces pecan de rutinarias, convocadas sin demasiada convicción. Parece que creamos que las cosas no pueden cambiar, esa es la diferencia. Las movilizaciones de los sindicatos franceses se inscriben en una tradición revolucionaria, reivindican el liderazgo de los movimientos sociales, capitalizan un gran apoyo ciudadano, son vistas como una amenaza al poder político y, derrotadas o con éxito, tensan las energías de los participantes. Es mucha ventaja, pero podemos intentar aproximarnos.

Hemos visto en medio de la crisis de nuestro tiempo dos formas de abordar la renovación del sindicalismo, una que podríamos calificar de micro, las *Community-Labor Coalitions*, practicada por los sindicatos americanos, y otra macro dirigida a revitalizar las grandes movilizaciones propia del sindicalismo francés. No son las únicas. Los sindicatos alemanes han optado por fortalecer las estructuras y aumentar el tamaño, base de su poder contractual. En el año 2000 se constituyó el sindicato Ver.di fruto de la fusión de cinco sindicatos ya existentes, los de empleados, correos, comercio, banca y seguros, medios de comunicación y transporte público. El nuevo sindicato, con más de dos millones de afiliados, supera al todopoderoso IG Metall y ha obtenido buenos resultados en las negociaciones con la administración. Es un buen ejemplo y no se puede negar que la renovación estructural y organizativa es necesaria, pero creo que es más importante reencontrarnos con los valores que dieron vida al sindicalismo: la solidaridad con los explotados, la confianza contagiosa en que otro mundo es posible, el coraje en la acción y el compromiso militante.

Una de las líderes de la huelga de limpiadoras de Los Ángeles, citada al comienzo, nos ha dejado el relato de su vida para que podamos cerrar nuestro artículo con la emoción de la verdad. De origen campesino, muy baqueteada por la vida, tuvo que trabajar desde pequeña para ayudar a una familia numerosa a la que abandonó el padre. A los veinte años cruza la frontera a los Estados Unidos y encuentra trabajo en una empresa que está sindicalizada, aunque ella no lo sabe. Al recibir la paga y comprobar que es superior a la de amigas de otras empresas, pregunta y le dicen que eso es por la *Union*. ¿Y eso qué es? Sorprendida y agradecida por lo que otros han hecho por ella sin conocerla visita el local del sindicato y se apunta como voluntaria. "Yo quería hacer por otros lo que habían hecho conmigo", dice. La actividad sindical le absorbe cada vez más, participa en primera fila en la huelga, la despiden, da mil tumbos, pero sigue firme en su puesto. "Yo sin la Unión no puedo vivir. Porque donde haiga (sic) un explotado, pues allí estaré yo", concluye. Tal vez no sepa que hace más de un siglo, en el lejano campo de Jerez, por mujeres como ella se cantaban estas coplas: *Le pregunté a mi morena, que por qué me despreciaba, y me contestó serena, que en la Asociación entrara.* Entre una y otra hay miles de relatos de generosidad y lucha contra la injusticia. Todos ellos forman el gran relato del sindicalismo que CCOO trata de seguir escribiendo.

5. Bibliografía

Bibliografía de Ramiro Reig

1. Libros

1978. *Feixistes, rojos i capellans: Església i societat al País Valencià (1940-1977),* en colaboración con J. Picó, Palma de Mallorca: Editorial Moll. [Reeditado en 2004 por Publicacions de la Universitat de València.]
1982. *Obrers i ciutadans: blasquisme i moviment obrer*, Valencia: Institució Alfons El Magnànim.
1986. *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, Valencia: Institució Alfons El Magnànim.
1990. *Movimientos populares e ideologías populistas (Valencia 1900)*, Tesis doctoral (resumen), Barcelona: Centre de Publicacions de la Universitat de Barcelona.
1992. *Construcción y crisis del Estado liberal. Análisis de un modelo*. *La III República francesa*. Memoria del curso de investigación en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, París: Mimeo.
2002. *Vicente Blasco Ibáñez,* Madrid: Espasa Calpe. [Reeditado en 2012 por la misma editorial en formato Faximil-Books.]
2004. *L'atzarosa vida d'Enrique Blat: un empresari republicà*, en colaboración con Joan Adrià y Josep Mª Jordán, Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
2009. *Las grandes corporaciones del siglo XX*, Valencia: Tirant lo Blanch.

2. Capítulos de libros

1977. Prólogo al libro de J. Picó, *El moviment obrer al País Valencià sota el franquisme*, Valencia: Eliseu Climent editor, pp. 11-53.
1977. "La lucha social en un marco democrático", en T. Carpí y E. Bono (coord.), *El País Valenciano ante la democracia*, Valencia: PCPV, vol. 1, pp. 36-73.
1988. *Historia del pueblo valenciano,* dirigida por M. Cerdá y editada en fascículos por Levante-EMV. Autor de los capítulos correspondientes a "El franquismo: de la autarquía al Plan de Estabilización", nº 45, en col. con J. Picó; "El franquismo: los años del desarrollo", nº 46, en col. con J. Picó; y "Crisis del franquismo y transición a la democracia", nº 47, en col. con J. Picó.
1988. "Condiciones de vida, agentes urbanos y conflictividad social", en *I Congrés d'Història de la ciutat de València,* Valencia: Ajuntament de València, vol. 3, área 7.
1989. "Los conflictos sociales", en *La Comunitat Valenciana 1936-1986*, Valencia: Generalitat Valenciana, pp. 217-268.

1990. *Historia de las Fallas,* dirigida por A. Ariño y editada en fascículos por Levante-EMV. Autor del capítulo "La Valencia de 1900", nº 7.

1992. "El caso valenciano: un proceso de modernización involutivo", en J. L. García Delgado (coord.), *Las ciudades en la modernización de España. VIII Coloquio de historia contemporánea de España,* Madrid: Siglo XXI, pp. 223-244.

1994. "Discurs capitalista i pràctica sindical", prólogo al libro de M. del Álamo, *CCOO del País Valencià. Aproximació a la seua història (1966-1992),* Valencia: FEIS, pp. 13-54.

1994. "Entre la realidad y la ilusión: el fenómeno blasquista en Valencia, 1898-1936", en N. Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid: Alianza Editorial.

1998. "Las alternativas republicanas en el periodo de entreguerras", en J. A. Piqueras y M. Chust (comp.), *Republicanos y repúblicas en España*, Madrid: Alianza Editorial, pp. 231-267.

1998. "Macosa (Valencia) y Altos Hornos de Vizcaya (Sagunto), 1958-1968: dos modelos de implantación de la OCT", en colaboración con M. del Álamo, en J. I. Martínez (coord.), *Mercados y organización del trabajo en España: siglos XIX y XX*, Madrid: Grupo Atril, pp. 219-234.

1999. "Republicanos, socialistas y sindicalistas ante los cambios en el sistema productivo", en J. A. Piqueras (coord.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Madrid: UNED, pp. 223-242.

1999. "Repertorios de la protesta: una revisión de la posición de los trabajadores durante el primer franquismo", en I. Saz y J. A. Gómez Roda (ed.), *El franquismo en Valencia: formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia: Episteme, pp. 37-76.

1999. *Historia de Valencia,* dirigida por A. Furió y editada en fascículos por Levante-EMV. Autor de los capítulos correspondientes a "Los nuevos espacios de sociabilidad política en la época de la Restauración", nº 40; "El blasquismo y las organizaciones obreras", nº 46; "El asociacionismo sindical y patronal en la Valencia republicana", nº 48; y "Autarquía, estraperlo y hambre", nº 50.

2000. Biografías de Luis Suñer y los hermanos Lladró, en E. Torres (dir.), *Los 100 empresarios españoles del siglo XX*, Madrid: LID Editorial, pp. 439-443 y 518-523.

2000. "Ideología y política de la reforma", en S. Dauksis y F. Taberner (ed.), *Historia de la ciudad: recorrido histórico por la arquitectura y el urbanismo de la ciudad de Valencia*, Valencia: Colegio Oficial de Arquitectos de la Comunidad Valenciana, vol. 1, pp. 192-204.

2000. "Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928): promotor de rebeldías", en I. Burdiel y M. Pérez-Ledesma (coord.), *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid: Espasa Calpe.

2000. "La invención de Valencia", en *Actas del congreso internacional 'Vicente Blasco Ibáñez, 1898-1998: la vuelta al siglo de un novelista'*, Valencia: Direcció General del Llibre de la Generalitat Valenciana, vol. 1, pp. 268-288.

2000. "Recuérdalo tú y cuéntaselo a otros. Las relaciones laborales en Altos Hornos de Sagunto", en *Reconversión y Revolución. Industrialización y patrimonio en el Puerto de Sagunto*, Valencia: Universitat de València, pp. 47-57.
2002. "Hubo un antes y un después de Asturias (Valencia 1959-1964)", en R. Vega (ed.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional: el camino que marcaba Asturias*, Gijón: Ediciones Trea-Fundación Juan Muñiz Zapico, pp. 351-368.
2002. "Tal como éramos", prólogo a B. Sanz, *Rojos y demócratas: la oposición al franquismo en la Universidad de Valencia (1939-1975)*, Valencia: FEIS, pp. xi-xii.
2004. "Cómo se construye un sindicato", colaboración en el libro homenaje a *Miguel Lluch. In memoriam*, Puerto de Sagunto: Funcasocial.
2005. Biografías de Luis Suñer, Juan, José y Vicente Lladró, Enrique Mariner, Nicolau Primitiu, Manuel y Vicente Casanova, Vicente y José Antonio Noguera, Manuel Gómez, Vicente Iborra, Carmen Vidal, Silvino Navarro y Arturo Virosque, en J. Vidal (dir.), *Cien empresarios valencianos*, Madrid: LID Editorial.
2007. "Los agentes económicos y sociales", en *La Comunidad Valenciana en el umbral del siglo XXI: estrategias de desarrollo económico*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, pp. 187-212.
2007. "Els agents econòmics i socials en una època de grans canvis", en J. A. Piqueras (coord.), *Història del País Valencià. Transició, democràcia i autonomia,* vol. VI, pp. 247-279.
2007. "El que l'aigua s'emportà", en J. Sorribes (coord.), *La riuà que canvià València*, Valencia: Adonay editorial, pp. 47-65.
2007. Cap. 2 y 3 de *València (1808-1991): en trànsit a gran ciutat,* de J. Sorribes (coord.), Valencia: Generalitat Valenciana, pp. 46-338.
2007. "Una interpretación republicana del siglo xix. La 'Historia de la Revolución española' de V. Blasco Ibáñez", en F. Martínez López (coord.), *Nicolás Salmerón y el republicanismo parlamentario*, Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 203-222.
2007. "Naturalismo y regionalismo", en L. M. Enciso y J. M. Sánchez (coord.), *Reino y ciudad: Valencia en su historia*, Madrid: Fundación Caja de Madrid, pp. 313-336.
2008. Coordinación del vol. 7 de *La gran historia de la Comunitat Valenciana: de la Restauración a la dictadura de Primo de Rivera (1874-1931).* Autor de los capítulos correspondientes a "Alcoy, cuna de la industria y del movimiento obrero", pp. 24-27; "La intensa y larga hegemonía del blasquismo", pp. 62-89; y "El impacto de la guerra europea: del taller a la fábrica", pp. 146-173.
2008. "Félix Azzati: el periodista indeseable", en M. Pérez-Ledesma e I. Burdiel (coord.), *Liberales eminentes*, Madrid: Marcial Pons, pp. 387-420.
2008. "Valencianismo y regionalismo", *Actas del simposio 'Reino y ciudad. Valencia en su historia'*, Madrid: Fundación Caja de Madrid, pp. 409-446.
2008. Entrevista propia y biografía de Rafael Casanova, en *De la misa al tajo: La experiencia de los curas obreros,* de X. Corrales, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, pp. 47-99.
2008. "El Colegio de San José: entre la naturaleza y la historia", en N. Piqueras (dir.),

Botànic-Jesuítes: un paisatge compartit, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, pp. 174-180.

2010. "Emèrit y nosotros que le queremos tanto", en *Crisis y transformación. Una perspectiva de política económica. (Ensayos en homenaje al profesor Emèrit Bono.)*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, pp. 13-22.

2012. "El sindicalismo y la cuestión social. Una reflexión histórica", en P.-J. Beneyto (coord.), *Reivindicación del sindicalismo*, Madrid: Editorial Bomarzo, pp. 27-55.

2013. "Obrers i estudiants units en la lluita", en B. Sanz, *L'oposició universitària al franquisme*, València: Publicacions de la Universitat de València, p. 174.

2018. "Lo que queda por hacer", en *Construïm drets: mirant cap al futur*, catálogo de la exposición conmemorativa del 50 aniversario de CCOOPV, Valencia: FEIS-Universitat de València, pp. 145-160.

3. Artículos en revistas académicas

1965. "Libro del sencillo amor (cuento dialéctico)", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 189: 1-19.

1980. "La crisi orgànica del moviment obrer (balanç de tres anys de legalitat", *Trellat*, 1: 14-24.

1980. "La feudalització del PCPV", *Trellat*, 2-3: 43-47.

1982. "Els mecanismes polítics del blasquisme", *Trellat*, 5: 42-53.

1984. "El fracàs de la burguesia urbana a València. Notes sobre la política municipal del blasquisme (1901-1911)", *Recerques: història, economía i cultura*, 15: 133-158.

1985. "Populismes", *Debats*, 12: 8-21.

1988. "Los agentes sociales: empresarios y trabajadores", *Revista Valenciana d'Estudis Autonòmics*, 11-12: 389-407.

1988. "La crisis del Estado de Bienestar", *Documentación Social*, 71: 67-90.

1988. "Reivindicación moderada del populismo", *Historia social*, 2: 37-50.

1988. "La invenció de València", *Afers: fulls de recerca i pensament*, 31: 569-585.

1994. "L'enfonsament de la democràcia cristiana", *L'Avenç. Revista d'Història*, 179: 6-7.

1995. "Estratègies de supervivencia i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975)", *Afers: fulls de recerca i pensament*, 22: 459-491.

1997. "Un valencianisme mal educat", *L'Avenç*, 214: 17-21.

1999. "Republicanos, socialistas y sindicalistas ante los cambios en el sistema productivo", *Historia Social*, 3: 223-242.

2000. "El republicanismo popular", *Ayer. Revista de historia*, 39: 83-102.

2003. "El laberint polític", *L'Avenç. Revista d'Història*, 278: 41-46.

2005. "La historia de la empresa en Europa", *Revista de Historia Contemporánea*, 58 (2): 279-304.

2009. "La historia al revés", *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 28: 129-131.

4. Traducciones

1979. *La libertad como necesidad: escritos berlineses,* de Robert Havemann, Barcelona: Laia.
1980. *Comunismo en libertad: recuerdo y perspectivas desde la marginación,* de Robert Havemann, Barcelona: Laia.
1991. *La república de Weimar: establecimiento, estructuras y destrucción de una democracia*, de Reinhard Kühnl, Valencia: Institució Alfons el Magnànim.

5. Artículos en prensa periódica

1968. "El desafío setabense", *Játiva-Revista Municipal.*
1970. "Las fiestas populares", *Mundo social*, 179: 11-14.
1972. "Hacia la superación de la división entre trabajo manual e intelectual", *Iglesia Viva*, 41-42: 475-500.
1975. "Hallazgo epistemológico en la DGS: Importante contribución al rearme ideológico", *Hechos y dichos*, 461: 16-19.
1975. "Las elecciones sindicales han venido... y nadie sabe como ha sido", en colaboración con J. Sanz, *Hechos y dichos*, 462: 10-11.
1975. "Retablo de las maravillas sindicales: Comentario entre la primera y segunda vuelta", en colaboración con J. Sanz, *Hechos y dichos*, 465: 8-12.
1976. "La jornada de lucha del día 12", *Lluita*, 32 (noviembre).
1977. "Vivencia cristiana y vida sociopolítica", *Saó*, (mayo-junio).
1978. "Ford: yo de ti no lo haría, forastero", *Cal-Dir*, 72: 16.
1978. "Té con Kafka", en *Cal-Dir*, 73: 7.
1978. "¿Qué hace una chica como tú en un lugar como este?", *Cal-Dir*, 74: 21.
1979. "Sin pactos y a lo loco", *Cal-Dir*, 75: 16.
1979. "La CEV: 'escolà d'amén'", *L'Opinió* (boletín mensual de CCOOPV), 12: 13.
1979. "La soledad del sindicalista de fondo", *L'Opinió*, 14: 15.
1979. Entrevista: "La política unitaria de CCOO", *L'Opinió*, 17: 4-7.
1979. "El cuento de la buena pipa", *L'Opinió*, 18: 22-23.
1979. "Coplas en el cumpleaños de Gramsci", *Cal-Dir*, 76: 15.
1979. "Los abogados del seguro", *Cal-Dir*, 77: 11.
1979. "Una Conselleria ¿de quién y para quién?", *Cal-Dir*, 78: 24-27.
1981. "Queremos tanto a Stendhal (Anotaciones sobre el patriotismo)", *Diario de Valencia,* 26-04-81.
1981. "Compromisos histórico: De la experiencia del PCI... a los errores del PCE", *Diario de Valencia,* 26 y 27-06-81.
1982. "La festa i la política en Vicente Blasco Ibáñez", *Diario de Valencia,* 27-01-82.
1982. "Ramir Reig investiga el blasquisme: Una historia del 'Novecento' valencià". Entrevista realizada por R. Ventura-Melià para *Generalitat,* junio de 1982.
1982. "M'ha enquimerat la teua gràcia fugitiva", *Saó,* septiembre de 1982.

1982. "¿Crisis de la conciencia obrera?", *Noticias al día,* 10-11-82.
1982. "Tres hermanos", *Noticias al día,* 27-11-82.
1982. "La frustración regeneracionista", *Noticias al día,* 15-12-82.
1982. "Empresario español, empresario valiente", *El País,* 23-12-82.
1983. "Mi deuda con el Valencia", *Noticias al día,* 14-01-83.
1983. "Los primeros de la clase", *Levante-EMV,* 09-04-83.
1983. "Las dos caras (duras) del corporativismo", *Noticias al día,* 28-04-83.
1983. "Cortázar: *Deshoras,* a tiempo", *Noticias al día,* 31-05-83.
1983. "El camino de Manchester", *Noticias al día,* 10-07-83.
1983. "Problemas del desempleo: No vuelva usted mañana", con P. Beneyto, *Noticias al día,* 15-09-83; y "La rueda de la fortuna", 16-09-83.
1985. "L'anticlericalisme blasquista", *Saó,* mayo-junio de 1985.
1986. "¿Qué Blasco prefiere usted?", *Cartelera Turia,* 13-07-86.
1988. "Un siglo de sociopolítica valenciana", *Levante-EMV,* 05-11-88.
1989. "Un proyecto sin sindicatos", *Levante-EMV*, 22-01-89.
1989. "Los intelectuales, ante el poder y la oposición", entrevista en *Levante-EMV,* 22-01-89.
1989. Entrevista: "¿Cap al desmantellament de l'Estat del Benestar?", *Saó*, 120: 28-33.
1990. "El Fukuyama socialista", *Levante-EMV*, 23-03-90.
1993. "Los límites de la socialdemocracia", *Levante-EMV*, 05-01-93.
1994. "La opinión de un premio Nobel", *Levante-EMV*, 16-01-94.
1994. "Nos juzgarán los parados", *Levante-EMV*, 24-05-94.
1995. "Como en la ópera", *Levante-EMV*, 13-02-95.
1996. "Los valencianos y el poder: Polizones complacientes", *El País*, 21-02-96.
1996. "Brigadistas: ¡Bienvenidos a vuestra casa!", *El País*, 08-11-96.
1997. "Enterarse de la película (en torno al premio a la mejor contribución social a los sindicatos CCOO y UGT)", *Cartelera Turia*, 01-07-97.
1998. "Matar a un ruiseñor", *El País,* 03-05-98.
1998. "*Hereters* sense fortuna", *El Temps,* 11-05-98.
1998. "La cultura de Ford", *El País*, 01-11-98.
2002. "El mundo se transforma desde abajo", entrevista de M. Alberola para *El País*, 23-06-02.
2004. "Un pas avant i dos arrere", *Saó*, mayo.
2007. "Tarancón: El cardenal que jo vaig conéixer", *Saó,* monogràfic, 40 (mayo).
2008. "Als 40 anys de la 'Populorum progressio'", entrevista publicada en *Saó*, marzo.
2008. "On estem i a on anem: De l'Estat de benestar a l'Estat social", *Saó*, septiembre.
2009. "Los chicos del coro", *El Boletín*, 18-05-09.
2009. "Más barato todavía", *El Boletín*, 29-06-09.
2011. "Els savis d'aquest món", *Saó*, septiembre.
2014. "La Iglesia debe situarse en el mundo", entrevista en *Cresol*, 118 (enero-febrero).
2015. "El Concilio que cambió nuestras vidas", *Cresol*, 129 (noviembre).
2016. "Valencia, ciudad abierta", *Cartelera Turia*, 2.755, 24-11-16.